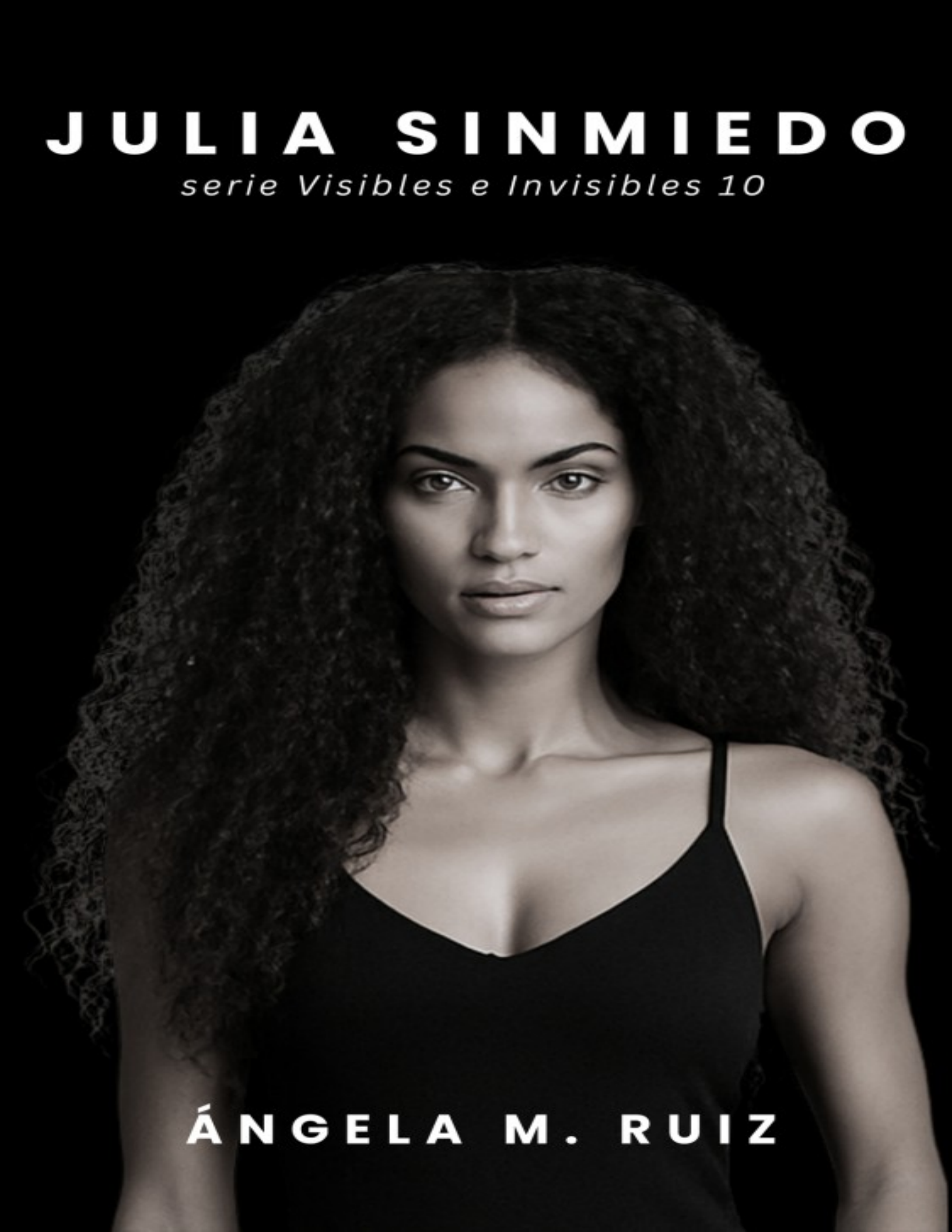


JULIA SINMIEDO

serie Visibles e Invisibles 10



ÁNGELA M. RUIZ

JULIA SINMIEDO

ÁNGELA M. RUIZ
JULIA SINMIEDO

© 2026 Ángela M. Ruiz

ISBN:

Sello: Independently published

Todos los derechos reservados.

Publicado en España

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[CAPÍTULO 25](#)
[CAPÍTULO 26](#)
[CAPÍTULO 27](#)
[CAPÍTULO 28](#)
[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[EPÍLOGO 1](#)

[AMAIA](#)

[EPÍLOGO 2](#)

[JULIA](#)

[EPÍLOGO 3](#)

[IRINA](#)

[EPÍLOGO 4](#)

[SABINA](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

*A las mujeres que me han hecho reír, llorar y querer
estrangularlas a partes iguales. A las que me han
salvado el culo sin pedir nada a cambio, a las que me
han roto el alma y a las que han tenido la paciencia
de volver a pegarla. A las que se quedaron y a las
que tuvieron que irse. Esta va por vosotras.*

Capítulo 1

Arrastro las chanclas por el borde de la piscina y el chirrido hace de megáfono: hoy no reparto paciencia. Me tiro encima de Amaia y le robo el aire y el sitio, porque tiene esa costumbre infame de abrir el brazo y hacerme hueco sin protestar. Me encajo en su costado, le engancho el hombro, apoyo la cabeza y me instalo con toda la jeta.

—Traes un careto que tumba de espaldas —dice, sin quitarse las gafas de sol ni darme bola.

—Traigo una cara de que, si me aplauden mucho, salgo en los informativos —respondo entre dientes—. Así que no me busques la lengua, que te muerdo.

Intenta aguantarse, pero mi mala hostia le hace gracia y, encima, le carga las pilas.

—¿Ha sido bronca de las gordas o de mantenimiento?

—De las que te dejan para el arrastre, tía. Mortal.

Amaia gira la cabeza y se baja las gafas para pasarme la ITV de la desgracia.

—Eso suena a Irina —murmura.

—Eso suena a mi mujer siendo demasiado Irina, incluso para mí.

Me incorporo sobre el codo para vigilar la otra punta de la piscina sin que se note. Irina camina descalza, envuelta en un vestido que me va a quitar años de vida: tela fina, caída perfecta, un trocito de piel aquí y otro allá. Sostiene un vodka en la mano; a ella el alcohol no la vuelve torpe, la vuelve más ella: más directa, más autoritaria, más «me da igual tu opinión, cariño».

Sentada en el borde, con los pies metidos en el agua, está Sabina. Sonríe con la comisura levantada y los ojos tranquilos. Se mantiene sobria, con una botella de agua fría apretada entre las

manos, el pelo recogido de cualquier manera y, aun así, va impecable. A la idiota le sienta bien hasta el desastre.

Irina se inclina hacia ella para susurrarle algo al oído y yo me encabrono al instante. Se me cruza la idea de levantarme de la hamaca, cruzar la terraza y plantarme en medio solo por joderles el momentito.

—Mira que me jode —murmuro.

—¿El qué? —pregunta Amaia.

La tengo al lado, tan pancha, y la zarandearía por estar tan serena mientras yo hiervo sin elegancia.

—Todo —resoplo—. Que Sabina solo tenga que respirar para sacarme de quicio. Y, encima, cabrearme por estar cabreada.

—Eso no es culpa suya.

—Ya lo sé, por eso fastidia el triple.

Irina apoya la mano en el antebrazo de Sabina. La palma abierta, firme. La rubia se inclina hacia ella para no perderse ni una sílaba de lo que estén cuchicheando.

—Fíjate: ni una copa, ni una excusa. Todo consciente. Eso es lo que peor llevo.

—Sabina siempre ha sido así —responde Amaia—, nunca ha necesitado ayuda externa para liarla.

—Ni para follarse a medio mundo, ya puestos.

Amaia se ríe, fuerte, sin freno. Y a mí me pincha algo por dentro, porque cuando se pone así me deja sin munición, me arrastra con ella, y hoy no quiero.

—Julia, por favor.

—¿Qué? Es verdad. Y no me pongas esa cara: tú la conoces igual que yo y sabemos que de santa tiene lo que yo de paciente.

Ella asiente despacio; se nota que no tiene claro si soltarme un tortazo verbal o envolvermelo en papel de regalo.

—Sí. Y también sabes de sobra cómo son ellas cuando están juntas.

Genial. Una verdad vieja que llevamos años bordeando, porque mirarla de frente da pereza y respeto a la vez.

—Claro que lo sé. Si no, no estaría aquí escupiendo veneno.

—Y aun así...

—Y aun así me sigue tocando los ovarios —la corto—. Con la edad no se me ha pasado, lo siento. No me he vuelto zen, ni iluminada, ni ninguna de esas mierdas. La paz interior a mí no me visita: yo sigo con el runrún y con ganas de morder.

Amaia sonrío y se gira hacia mí. Tiene la cara tan cerca que la respiración se me engancha un instante.

—Nunca te ha ido lo de madurar según qué cosas.

Me pasa un dedo por el hombro, con esa calma suya que no tiene nada de despiste. La pelirroja no toca por accidente; va despacio, sabe qué tecla pulsar y, por supuesto, las aprieta todas porque puede. Se me tensan el estómago y el orgullo a la vez.

—Estás muy guapa cuando te pones insoportable —murmura.

—Eso es porque tengo buena genética y mala educación. Un combo precioso.

Nos miramos a los ojos y se nos muere la tontería. Esto pasa siempre que dejamos de hablar de las otras y nos centramos en lo nuestro. No es nuevo y tampoco es inocente. Me aparto yo primero porque, si no, me meto en un lío que no me conviene. No aquí, y menos con Irina al otro lado, reinando desde su trono de piscina.

—En serio, hay días que me pesa más de la cuenta. Lo tengo asumido, vale, pero luego lo noto en el cuello, en la lengua y en cómo le ladro a la gente.

—A mí también —confiesa.

Me huele a vacile, pero no lo tengo claro.

—Eso no lo dices muy a menudo.

—Porque no sirve de nada repetirlo a todas horas.

Y ahí está, con razón. Qué cabrona. Cuando acierta, ni siquiera te llevas el consuelo de llamarla imbécil sin acabar tú de payasa.

A nuestro alrededor, el circo no descansa. Rashel nos tiene fichadas desde su silla, elegante incluso en bañador. Ana va con las manos sueltas y la lengua más, liando a cualquiera que se le cruce. Sara ya va pasada de vueltas, a grito pelado. Asia aguanta a su lado, incómoda con nosotras incluso con tres copas encima.

Irina levanta la cabeza. No hay ni perdón ni desafío. Simplemente está. Y a mí se me ocurre la idea más estúpida del mundo: acercarme y besarla. O gritarle. En ese orden, porque soy así de

romántica. Amaia me huele las intenciones y me aprieta el muslo con los dedos, firme, anclándome a la tumbona para evitar que me levante a montar el número.

—Respira —dice bajito.

Respiro. Cojo aire, lo suelto. Pero el eco de esta mañana sigue golpeándome las sienes. Me lo dijo a la cara, tal cual, sin subir la voz: que sus negocios no los deja, que no se lo pida más y que esto es lo que hay. Ni una frase bonita para que yo me calle y me vaya contenta a hacerme la tonta. Me hizo un ruido feo por dentro, porque yo pensaba que era algo con margen y resulta que topé con piedra. Llevo horas dándole vueltas mientras la oigo hablar por teléfono de turnos, seguridad y «ajustes». Palabras limpias para tapar lo de siempre: gente armada. Escoltas.

Me levanto despacio, tirando de un autocontrol que me cuesta la vida misma.

—¿Qué ajustes? —pregunta al llegar a su altura. Me sale a bocajarro.

Irina se gira sin sobresaltos. No se le mueve ni un músculo.

—Los habituales. Nada nuevo.

—Claro. Para ti.

Para ella son turnos, rotaciones y nombres en una lista. Para mí son caras, ojos y ese temblor de mierda que asoma cuando alguien está al límite, por mucho que se haga la fuerte.

Amaia se coloca a mi lado. No me tapa; solo está. Sabina sigue en el borde, con la boca cerrada y la mirada despierta. No lo enseña, pero lo absorbe todo.

—Vera está saturada —interviene Sabina, suave—. Y Svet también.

—No las mezcles —salta Irina—. No viven lo mismo.

Le cambia el tono; asoma el colmillo.

—Viven casi juntas —meto yo—. Con eso ya les sobra para llevarse un paquete parecido.

No hace falta un máster para entenderlo: Vera tiene habitación propia en esta mansión. Sabina y Amaia también. Pasan aquí más horas que en su propia casa.

Irina se traga la respuesta. Sabina, con toda la suavidad del mundo, le apoya una mano en el antebrazo. Un gesto de freno. Muy bonito. Muy íntimo. Muy «cariño, baja dos marchas». Y yo aquí, haciendo de maceta. Pues mira, no.

—No necesito intérprete —le suelto a Sabina, con el veneno bien mezclado—. Gracias.

Ella retira la mano con una elegancia que me da todavía más rabia, pero la puñalada ya está dada. Amaia mete la cuña antes de que esto degenera en una pelea en el barro.

—Ya son mayores para que les expliquemos de qué va la historia.

—Exacto —añado—. Tenemos que sentarnos con ellas. Que no son putos muebles.

Irina sigue a lo suyo, inamovible.

—Yo decido por Svet —sentencia, dura, con toda la jeta.

—Y yo por Vera —añade Sabina, igual de serena.

—No vosotras. —Amaia no sube el tono; no lo necesita—. Nosotras. Las cuatro.

Me rasco el lateral del pulgar con la uña, ras, ras, una y otra vez.

—Hay que protegerlas. En eso estáis de acuerdo, ¿no? —ataca Irina.

—Y hay que dejarlas respirar —replica Sabina.

Irina cruza los brazos, marcando territorio. La tengo delante, ya sé por dónde va a salir, y aun así pico en el anzuelo.

—Por eso —remato— hay que hablar las cosas claras. Que ya nos leen la cara por los pasillos.

—Vamos a reforzar y rotar equipos. Ellas quieren salir solas. Lo siento, pero eso no puede ser. Es lo que hay.

—Vale, Ira, pero hay que explicarles el motivo —insiste Amaia—. Eso las ayudará a digerir la situación. Y que los guardaespaldas sean más discretos.

Asiento. Espero a ver si Irina cede o levanta otro muro de hormigón. Pero, por supuesto, no soy yo quien la convence. Es Sabina.

—Ira, son adolescentes; o dejamos que vivan con algo de normalidad o se van a rebelar y el cristo va a ser peor.

Irina suelta aire por la nariz.

—Vale, venga, lo que tú digas, rubia.

Clavo los ojos en Sabina, por puro vicio y por marcar territorio. A ella se le curva un poco la boca, nada más. A mí eso me enciende la sangre. Irina me lanza un aviso mudo: un «ni se te ocurra» de manual. Pues ya se me ha ocurrido.

—Si lo dice la rubia, adelante. Que aquí hay gente que oye mejor según el color de pelo. Y luego la problemática soy yo, ya, ya.

Una carcajada de Ana lo invade todo de golpe.

—Julia, tía, ¿pero tú de qué te sorprendes a estas alturas? —Se dobla hacia delante, con los hombros temblando—. Si a Irina se le hace el coño Pepsi-Cola cada vez que la rubia abre la boca.

Me tapo media cara con la mano en un gesto de vergüenza ajena que no frena absolutamente nada; más bien lo subraya. Irina la fulmina con la mirada.

—Ana, por Dios...

Rashel le mete un codazo seco en las costillas.

—Cállate ya, bestia.

Demasiado tarde. Ana ya ha metido el dedo en la llaga y Sabina sonríe, mostrando esa hilera de dientes perfectos y afilados.

—Eso lo dices porque todavía te escuece que Irina te dejara por mí —pincha a Ana sin pudor—. No te preocupes, bonita, que con el tiempo se supera. O no.

Sara se viene arriba del todo.

—¡Ea, ya estamos! Ya le ha salío a mi hermana el ramalazo de folclórica. No le deis más coba, que en cuanto se viene arriba se cree la Piquer en el Lope de Vega y no hay quien la baje del tablao.

Asia abre la boca para intentar poner una tirita, la cierra, y decide vivir un día más. Yo la entiendo: lo nuestro no se arregla con diplomacia.

Ana no puede parar de reír y vuelve a doblarse. Rashel se tapa la cara con la mano, dividida entre la vergüenza y las ganas de aplaudir. A mí la situación me pega una patada directa en el centro del orgullo.

—Si es que ustedes cuatro sois un cuatrimonio con todas las de la ley —sentencia Sara. Se sacude las manos, palma contra palma—.

Un sindicato del pecado, raro de cojones, pero es lo que habéis montado. Ahora apechugad.

Y ahí ya se acaba el cachondeo. Nos quedamos todas con la boca torpe, la cara tirante y esa sensación rasposa de haber tragado algo que no baja bien. Yo la primera.

Capítulo 2

La ocurrencia de Sara zumba en el bochorno del jardín. No termina de caer al suelo, pero tampoco se quita de en medio: se instala en el aire, dando por saco. Cuatrimonio. Se me contrae el párpado. No es por la palabra, que suena a invento de borracha o a secta de esas que te despluman a cambio de energía positiva, sino por la jeta que tiene de soltarlo así, tan campante. Sostengo el vaso con la tentación de decorarle la sonrisa con ginebra, pero el chirrido del portón corta el rollo. Entran voces con una energía que no pega ni con el solazo que cae ni con la conversación de mierda que traíamos.

—Jobar, ¿estáis ensayando para un funeral o es que se ha caído la wifi? —Svet entra la primera, arrastrando la mochila—. ¿Os ha dado un chungo colectivo?

—Estamos negociando los términos del fin del mundo, Svet, no me toques las narices. —Me recoloco la cara a ver si cuela que estoy divina—. ¿Dónde anda la otra? ¿Se ha perdido o viene con banda sonora?

—No flipes, que aquí estoy. —Vera asoma por detrás, con los cascos al cuello, una ceja arriba y la boca prieta—. Vaya tela. Si vais a seguir así de raras, avisad. Grabo un TikTok de «Viejas al borde de un ataque de nervios» y me retiro antes de los veinte.

—¡Niña! Deja de dar por culo y acércame un vaso ya, que tengo la garganta como un camino de cabras —salta Sara, aparcando el tema del cuatrimonio para salvar a su hígado del aburrimiento—. Y baja la ceja, que soy tu tía. He venido a que me alimentéis, no a que me pases un control de alcoholemia.

Vera le alarga el vaso, tranquila, pero con el radar a pleno rendimiento, escaneando la terraza. Tiene ese don de Sabina: parece que anda en las nubes, pero te está radiografiando mientras te crees que no se entera de nada.

—¿Vais puestísimas o es cosa mía? —ataca la niña, a degüello.

Ana se descojona y abre los brazos, a punto de derramar el gin-tonic.

—¡Ay, la niña, la policía de la abstinencia! —Se da golpes en el pecho—. Te lo juro, sobria. Sobria mental, que es lo que cuenta. Lo de las manos es que el hielo pesa, que con vuestra tía al lado no se puede estar a palo seco.

Sara se lleva la mano al pecho, metida en su papel de tía ofendida para el teatrillo de las niñas.

—Hija, tú no preguntas, tú haces una inspección. —Se gira hacia Asia, que está mimetizada con el respaldo de la silla—. ¿Te das cuenta, Asia? Así las criamos, con el colmillo fuera desde chicas. Julia, anda, échame un chorrito más de ese veneno antes de que la niña me denuncie al Defensor del Pueblo. La juventud de ahora te juzga hasta el tipo de hielo, qué barbaridad.

Rashel saca una sonrisita de las suyas, de las de apuntar nombres en su lista negra. Amaia se atusa el pelo con un gesto claro: «si cierro los ojos muy fuerte, igual aparezco en mi casa». Irina ni se menea; Sabina sonrío con esa calma de reina madre que sabe que tiene al público en el bolsillo.

Yo, por dentro, le doy las gracias a cualquier santo que no esté de vacaciones. Benditas sean las niñas y sus ganas de joderles el momentito a los adultos, porque el ambiente empezaba a oler demasiado a verdad, y yo con la verdad tengo alergia crónica.

—No están borrachas. —Sabina suaviza el percal con esa voz de seda que usa para esquivar preguntas jodidas—. Bueno, algunas han bebido de más, pero nada que no arregle un chapuzón o un par de tortas a tiempo.

—Ya. —Svet se cruza de brazos, desconfiada—. Lo típico que dice quien está a punto de perder los papeles y terminar bailando encima de la mesa.

Me muerdo la lengua; mi hija tiene olfato para la catástrofe y me encanta que nos tenga caladas.

—¿Qué estabais tramando? —insiste Vera, colándose entre las sillas—. Había un tufo a bronca de las de acabar llorando en el baño.

El silencio que cae ya no es el de antes; es ese mutismo de adultos que recuerdan de golpe que hay orejas jóvenes cerca y que, si nos descuidamos, nos psicoanalizan y nos cobran la sesión.

—Movidas nuestras —zanja Irina—. Nada que os arregle la vida ahora mismo.

—Claro —salta Svet—, «movidas nuestras» es el código para admitir que tenemos razón y que no queréis que nos enteremos.

—¡Ole ahí la traductora! —Ana la señala y casi le saca un ojo en el trayecto.

—Ana, no seas bruta —suelta Sara, muerta de risa—. Que la criatura lleva razón. Hay un tufo a movida que hiede desde la entrada, y eso que tengo el olfato atrofiado de tanto perfume caro que me regala mi hermana.

Svet nos repasa una a una y clava los ojos en mi cara. Me sostiene la mirada, verde, directa; el mismo gesto seco que le he visto mil veces a Irina cuando te mide.

Vera, en cambio, sigue de pie, con la piel dorada de todo el día al sol y el pelo rubio recogido sin ganas. Y ahí está el chiste: a Sabina la clonaron y la mandaron al instituto. Misma altura de jirafa elegante, mismas piernas infinitas, mismo cuerpo estrecho y tirante, mismos hombros atrás y barbilla arriba, adueñándose del espacio con una calma insufrible. Es su viva imagen adolescente, pero con tirantes de colores y mochila de clase.

—¿Podemos bañarnos ya? —Vera tira la toalla al suelo con un desprecio digno de quien espera que la recoja un mayordomo invisible—. Nos estamos asando.

—Sí, anda, id —responde Sabina al momento.

Por supuesto. La reina de la libertad, la que deja hacer porque sabe que siempre habrá otra pringada vigilando que nadie se rompa la crisma. La comisura izquierda se me sube sola, torcida, por puro vicio.

—¿Y las tareas, qué? —interrumpo antes de que toquen el agua. Me oigo con ese tono que en mi cabeza pretende ser razonable y en la suya equivale a ponerlas a fregar con un cepillo de dientes.

Las dos se frenan en seco. Es una delicia verles la cara de «ya saltó la sargenta».

—¿En serio, mamá? —protesta Svet, con ganas de matarme—. ¿Ahora te vas a poner en plan colegio?

Vera aprieta los labios, arruga la nariz y alarga el lamento:

—Si hemos hecho casi todo, jope.

—«Casi todo» es el pseudónimo de «no dar un palo al agua» —le suelto—. Y no me pongas esa cara. Se la he visto a tu madre mil veces cuando finge inocencia y no me impresiona.

—Ay, Julia, hija, no seas tan lacia. Déjalas que disfruten, que para tener ojeras de mapache y mala leche ya tendrán tu edad. —Sara les guiña un ojo, tan ancha—. Vosotras al agua, que esta parece que muerde, pero luego se tira vestida la primera si os ahogáis.

—Yo no parezco nada, Sara. Soy una pesada porque alguien tiene que serlo.

—No, tú eres una fiera —remata Ana—. Y disfrutas metiendo el dedo en la llaga, reconócelo.

Busco complicidad con la mirada: Amaia, Irina. Un mísero «ya está bien». Nada. Dos estatuas profesionalísimas; la familia se apaña sola.

Svet se encoge de hombros con una chulería que, si no fuera porque me está toreando, me resultaría brillante.

—Las hacemos después del baño, ¿vale?

—Me estás regateando, mocosa. Te faltan tres hervores para negociar conmigo.

—Estoy sobreviviendo —me la devuelve, sosteniéndome el pulso—. Tú también recurres mucho a eso, mamá.

Menuda hostia sin manos. Qué lista es la condenada y qué mala uva gasta.

—No me hables como si fueras mi terapeuta de guardia.

—No lo soy —suelta, cortante—. Menos mal para las dos.

Vera se ríe por lo bajo. Es la misma risa de Sabina cuando sabe que ha ganado la partida sin despeinarse un mechón.

—Venga, a remojo —zanja Sabina por decreto real—. Diez minutos y fuera, que os conozco.

Y listo. El conflicto se evapora porque la jefa ha hablado. Estupendo.

Dejan las chancas donde les cae en gana y corren al borde. El calor es tan asfixiante que el cemento quema solo de mirarlo. Todo está a punto de estallar: el ambiente, el cristal de las copas, mi santa paciencia y la sangre de las que estamos aquí bebiendo para no matarnos.

Svet se despoja de la camiseta con soltura; se nota que no ha tenido que esquivar a un sobón en el metro en su puta vida. Se mueve con esa seguridad de las niñas criadas entre adultas que les ríen las gracias en lugar de mandarlas a por tabaco.

Vera, por su cuenta, decide que el top del bikini le estorba y se queda en cueros de cintura para arriba. Tan pancha, ignorando que el resto de los mortales tenemos ojos.

Ahí el ambiente se convierte en el festival del absurdo. Amaia y Sabina no abren la boca. Siguen sentadas, rígidas, observando el panorama como si nada. Pues nada, me toca hacer de Cenicienta amargada en este puto picnic. Por suerte, Sara, que no puede evitar el ramalazo de madre, resopla.

—¡Ay, hija! —exclama, abanicándose—. Niña, que esto no es una playa nudista de Barbate. Ten un poco de miramiento, corazón.

—Vera —digo yo, bajito y claro—. Ponte la parte de arriba.

Vera se gira despacio. Se le tuerce la boca, chulita. Barbilla arriba, pecho fuera, ojos entrecerrados.

—¿Y por qué? Estamos en familia, ¿no?

Su desfachatez me fascina.

—Porque ya no tienes ocho años y esto no es una selva. Venga, haz el favor.

—Pero si estamos en casa —salta Svet, plantándose a su lado, hombro con hombro—. ¿Qué más te da?

«En casa». «En familia». Lo dicen tan campantes. Se me cruzan dos ideas a la vez y ninguna me gusta. Me acuerdo del cuatrimonio de Sara y me sube un ardor por el cuello. Me obligo a cambiar de canal mental, que bastante tengo con que estas dos no se desmadren.

—He visto al jardinero entre los setos —miento sin pestañear, porque para esto sí tengo talento—. Y hay guardias rondando. Ponte el top. Ya.

Sara se tapa la boca, fingiendo escándalo.

—¡El jardinero! —susurra—. ¡Ay, qué vergüenza, Virgen santa!

En esas, Asia se incorpora despacio, con una mano en el pecho, la otra buscando la toalla. Lleva un biquini diminuto. Diminuto de los de «esto cuenta como provocación, no como prenda».

—Perdón —dice—. ¿Cómo que hay gente mirando?

Nadie contesta al momento; todas nos fijamos en el trozo de tela y luego simulamos mirar a otra parte.

Asia se cubre como puede, roja hasta las orejas.

—A mí no me avisó nadie de que había público. Yo pensé... piscina, familia, relax. Me siento estafada.

Ana, desde su hamaca, levanta la cerveza.

—Cariño, tú no estás estafada. Tú estás en modo «multas de tráfico». Eso no es un biquini, es una declaración de intenciones.

—Gracias, Ana, qué encantadora —replica Asia, tirando de la toalla—. Hoy no, ¿vale? Tengo frío. Sí. Mucho frío.

Sara se abanica con más brío.

—¡Ay, Asia! Ponte aquí a mi lado, que yo te hago pantalla.

—Julia, no seas rancia —me espeta Sabina—. No hay un alma y, si asomara alguien, no tendría agallas para mirar a las niñas.

—Rancia tu tía. Soy la única que repara en lo obvio: Vera ya tiene pecho, es suyo, genial, estupendo, pero paso de quedarme aquí sentada mientras media plantilla se queda embobada. Los tíos son tíos, no me tires de la lengua.

Vera se cruza de brazos con la única intención de tocar las narices. Lo consigue.

—Estás obsesionada —dice—. Te pones como una loca por nada.

—Sí, y tú disfrutas comprobándolo. Ponte el top a la de ya.

Svet resopla.

—Es que eres intensísima, mamá. Te levantas ya cruzada.

—Y tú una respondona. Si vas a hacer piña con ella, que sea para algo útil: pásale el biquini en vez de calentarme la cabeza.

—¡Mandona! —escupe Svet.

—¡Niñata!

Ana levanta la mano.

—Bueno, ya. Menudo pollo por un trozo de tela. —Se gira hacia mí—. Julia, afloja. Si aparece un mirón, con suerte se fijará en Amaia, que tiene más curvas.

Amaia gira la cabeza despacio hacia Ana. Mirada fija, gélida.

—Ana.

—¡Es un cumplido! Hija, estás tremenda. —Ana se encoge de hombros, feliz de la vida—. Si yo tuviera veinte años menos y no arrastrara esta celulitis traicionera, iba en tetas hasta a comprar el pan. Y que le den al mundo.

Sara se ríe, escandalizada y encantada a partes iguales.

—¡Ay, Ana, qué ordinaria eres, por favor!

Rashel suelta una risita corta, contenida, y regresa a lo suyo, sentada con la espalda perfecta, observando sin pringarse.

Amaia apoya el vaso en la mesa con delicadeza y habla sin alterar el tono.

—Vale. Paramos. Vera, cariño: ponte el top. No es negociable. Luego, si quieres, hablamos de los motivos a solas.

Vera la mide con la mirada. No baja la barbilla, pero traga saliva.

—Es que... —empieza y se frena—. Es que me agobiáis.

—Te agobiamos porque te protegemos —dice Amaia—. Y porque no vamos a permitir que te expongas. Póntelo y seguimos con la tarde.

Irina no se ha inmutado. Sigue ahí. Al final, abre la boca para zanjar el asunto.

—Vera.

Solo eso. El nombre. Sin subir el tono, sin explicaciones. Lapidario.

Vera entorna los ojos, bufa y recoge la prenda del suelo. Se la pone con movimientos lentos, exagerados, dejando claro que cede por aburrimiento y no por obediencia.

—Vale, mamá —me suelta, remarcando la palabra con una sonrisa torcida—. Ya me lo pongo, no te vayas a infartar.

Intento disimular el careto. En esta casa, si huelen la debilidad, te devoran viva.

—Como no tengo bastante con dos madres —sigue la cría—, ahora resulta que tengo tres. O cuatro, si contamos a la jefa

suprema.

Señala a Irina con el dedo, sin pudor.

Irina eleva el mentón, lo justo para dar a entender que ha tomado nota. Pero por el rabillo del ojo se intuye que el ascenso a dictadora le ha hecho tilín.

—Perdona, bonita, pero aquí la que corta el bacalao soy yo — interrumpe Ana, golpeándose el esternón—. Que para eso lo firmé por escrito.

—En tu contrato lo que pone es que eres la bufona de la corte — la corta Svet sin mirarla, concentrada en calcular el salto al agua.

—¡Svetlana, me cago en diez! —le rujo, porque la paciencia ya se me ha agotado por completo.

—¡Ay, por Dios, Svet! —chilla Sara, ahogándose de la risa—. ¡Que a tu madre le va a dar un patatús y la vamos a tener que enterrar en el jardín! ¡Qué malaje tiene la condenada, igualita que la rusa!

A Svet le sale un gallo adolescente, se lanza de cabeza provocando un tsunami que nos deja empapadas, y Vera va detrás, haciendo la bomba.

Las observo picarse en el agua. Vera saca la barbilla calcando a Sabina cuando se pone digna, y Svet repite ese tic con la muñeca que es marca registrada de Irina. Me sube un nudo por la garganta que me obliga a jurar entre dientes para no vomitar purpurina.

Y entonces, sin violines ni hostias, me arrea la realidad.

Quiero a Vera. Pero no como la tía guay que te presta el maquillaje. La quiero igual que a Svet. Con el mismo pavor a que se pegue un guantazo contra la vida y la misma mala hostia que me brota cuando se porta como una imbécil.

Y lo más gracioso es que esta verdad ya me rondaba la cabeza mucho antes de que a Sara le diera por sacarnos el diccionario de las familias modernas.

Capítulo 3

Me piro a la cocina porque necesito desquitarme con algo que no tenga abogados ni me pueda devolver el guantazo, y ahora mismo un manojo de verduras me parece el objetivo perfecto. Fuera sigue el festival del diente blanco y la familia ideal, una pantomima que me tiene de los nervios. Cierro la nevera de un patadón, la vuelvo a abrir por puro vicio y contemplo el despliegue obsceno de comida que tenemos dentro. Agarro el hierro de picar y me ensaño con una cebolla morada.

No oigo ni una pisada. Irina tiene esa habilidad de flotar por el pasillo para no gastar suela, pero el aire se vuelve escaso y mis vértebras se ponen en guardia antes de que mi cerebro procese que la tengo encima.

—¿Te has escapado o es que el aire libre te da alergia?

Sigo a lo mío. El acero castiga la madera con un ritmo frenético. Los ojos se me inundan, pero paso de darle el gusto de pensar que lloro por ella. Es el azufre de la cebolla. Antes me corto un dedo que admitir otra cosa.

—Me he mudado. —No me giro—. No es lo mismo.

—Ajá.

Se me pega a la espalda. Su calor traspasa la tela de mi camiseta y mi cuerpo se vence hacia ella por puro instinto animal. Ella no empuja, se instala y me deja atrapada entre el mármol frío y su santa voluntad de tenerlo todo bajo su bota. Planta las manos a mis costados y monta una celda de brazos que me quita el oxígeno y cualquier opción de huir.

—Estás cocinando. —Su tono es de sorpresa absoluta.

—Hago cosas de humanos para que no me mandes al manicomio. No te acostumbres.

—Depende de cómo utilices esa herramienta —murmura pegada a mi oreja.

Bufo. Me hace gracia cuando lo que debería hacer es mandarla a paseo o clavarle un tenedor en el muslo. Sigo picando la cebolla con una saña que ya es casi arte; me autoconvenzo de que lo que me pasa en la tripa son en realidad gases o hambre acumulada, y no la urgencia de darme la vuelta y morderle la cara hasta que se le olvide el nombre de todos sus escoltas.

—No he venido a discutir, Julia.

—Menos mal, porque si no, te estampo los pimientos en la cara.

—Me gustan esos pimientos.

—No es un piropo, es una advertencia de seguridad.

—Me gustan tus avisos. —Su voz baja dos octavas y se convierte en una vibración sucia.

Me roza el lateral del cuello con la boca, lentísima. Sin besarme. Se limita a usar su aliento para recordarme quién manda aquí, por mucho que yo vaya de rebelde sin causa por la cocina. Me tenso, pero no me muevo. Soy una idiota integral: me paso el día soltando pestes porque me organiza hasta el cajón de los calcetines, pero me toca un centímetro de piel y le entrego la voluntad.

—He venido a hacer las paces —susurra contra mi nuca.

—Tu idea de la paz es empotrarme contra la encimera y esperar a que se me olvide por qué quería matarte.

—Reconoce que el método funciona.

—Es jugar sucio, Irina.

—Es que me sé tus puntos débiles de memoria.

Me aparta un mechón de pelo y se recrea en el camino. Me busca la cintura y yo clavo el cuchillo en la tabla para no girarme y mandar mi cabreo a la porra.

—No me trates como a una de tus empleadas a la que hay que calmar. —Intento recuperar el tono de mujer peligrosa.

—Te trato como lo que eres. —Ahora su voz suena real, despojada del teatrillo de la seducción—. Como mi mujer.

Me da de lleno. Y es una putada, porque yo voy por la vida de indignada y, luego, estoy loquita por ella. Irina baja la cabeza y me hinc los dientes en el cuello. Aviso claro: Julia, cállate un rato, pesada. Cierro los ojos y me agarro a la encimera con los dedos.

Pelearle el terreno cuando se pone a avanzar es perder el tiempo y, encima, la dignidad.

—Irina... —Me sale entrecortado, con la voz hecha migas.

—No te provooco, Julia —dice, seca, pegada a mi espalda—. Te bajo los humos.

—Tú no bajas humos, tú provocas un cáncer de pulmón, hija de puta.

Su risa me vibra en la espalda y, de paso, vuelve al lóbulo para rematarme. Tiene esa manía insufrible de acertar. Dejo caer la hoja sobre la madera con un golpe seco y el sonido rebota por la cocina. Me giro.

La tengo delante, tan cerca que le veo la pupila clavada en la mía. Siento cómo se me va el juicio por el fregadero. Y lo de fuera de esta cocina... bueno. Ya si eso, lo arreglamos mañana.

—Te he oído desde el pasillo —dice—. Estabas aporreando la tabla.

—Estaba picando verdura para no picarte a ti el hígado.

—Estás a un paso de liarte a cabezazos contra la pared.

—Intento que las invitadas no llamen a la Guardia Civil porque parecemos un par de perturbadas. Es un concepto novedoso para ti, lo sé. Se llama convivencia —le digo, sin moverme.

Irina no entiende de disculpas, ella solo entiende de estar presente y ocupar todo el espacio disponible. Me echa el brazo a la cintura, me estampa contra sus costillas y encajamos tan a la perfección que me cabrea lo mucho que me traiciona mi propia fisonomía. Mi cuerpo se rinde y sabotea mi intelecto en tiempo récord.

—Julia. Te quiero.

Tiene el cronómetro puesto para soltar la cursilería justo cuando voy a mandarla a la mierda. Es una estrategia del chantaje y yo una pringada con el delantal manchado de tomate.

—Yo también te quiero, por eso considero que tu cabeza quedaría divina colgada en el salón si te la corto. —Le planto la palma en el pecho—. Pero no me vengas con cuentos. Esta mañana me has soltado lo de tus negocios con una frialdad que no te voy a perdonar tan fácil.

Me pasa el pulgar por la mejilla. Una caricia de una ternura que me revuelve el estómago porque le funciona.

—No puedo ofrecerte una vida de las que salen bien en las fotos, Julia. Eso no existe para nosotras —dice sincera—. Pero te doy todo lo demás. Y hoy estoy aquí, contigo. ¿No te vale con eso?

—Ese «todo lo demás» incluye que te peguen un tiro cualquier martes o que yo acabe desquiciada perdida —susurro—. La verdad es una auténtica mierda, Irina.

—Sí, pero es nuestra mierda. Y no la cambio por nada.

—Me gustaría tener una vida normal, con hipotecas y discusiones sobre quién saca la basura, y luego te miro y me entran ganas de pedir la eutanasia —añado, sin retirar la cara de su mano.

—Te aburrirías.

—Seguro —le concedo—. Pero al menos no tendría que agacharme a mirar los bajos del coche cada vez que voy a por el pan.

—Eso te mantiene joven. La adrenalina hace más que el retinol.

—Vete a la mierda, Ira.

Suelta una risa corta y me estrecha más contra ella. Me jode que tenga razón. Mucho. Y no me muevo.

—Ya lo sé —dice contra mi pelo—. Pero aquí sigues.

—Porque soy idiota. Y masoquista. Dos por uno, enhorabuena.

Decido mandar la cena a tomar por saco. La agarro del pescuezo, la acerco y la beso con toda la rabia acumulada del día. Irina me sujeta la cara. Me muerde, le tiro del pelo y la cocina deja de oler a cebolla para oler a lo que de verdad importa.

Me separo porque me falta el aire y porque, si seguimos, acabamos encima de los pimientos.

—No —jadeo—. Hoy no me vas a ganar tan fácil. Me toca hacerme la difícil un rato más.

Irina me ignora los ojos y me devora la boca con la mirada.

—Llevas años ganándote, Julia. No te ponga orgullosa ahora, que no te sale.

—Lárgate antes de que te estelle la vajilla en la cara. —La empujo.

Irina sonríe y pone su pose de perdonavidas porque sabe que me tiene donde quiere. Me planta un beso rápido que me sabe a poco y se pira.

—Luego seguimos —dice desde el pasillo—. Y no te cortes un dedo, anda.

Se va y me deja con la sangre a doscientos grados y la cena a medias. Me apoyo en la encimera, respiro hondo y trato de recordar por qué hace diez minutos quería prender fuego a su ropa. Imposible. Sigo enamorada como una puta imbécil y eso es una mancha vergonzosa en mi historial de mujer fría y sin sentimientos. Al final va a resultar que soy una romántica de mierda y eso sí que no se lo perdono.

Sigo dándole vueltas a los tomates cuando asoma Amaia con los rizos a lo loco y una camiseta vieja. Irina entra en las habitaciones como si fuera a expropiarlas, pero Amaia se filtra por las grietas. Me lee la cara con ese entrecejo de psicóloga que no te cobra la sesión y ya sé que estoy vendida.

—¿Has venido a cocinar o te ayudo a esconder un cadáver? —dice con pachorra—. Te veo muy concentrada con el cuchillo.

—Si el sofrito se me quema, el cadáver serás tú. —Sigo a lo mío, me ensaño con el ajo—. De momento solo ensayo para ver a quién le va mejor el papel de viuda negra.

Se acerca y se apoya frente a mí. Pasan diez segundos en silencio. Es su táctica para que me delate sola por pura presión atmosférica. Qué asco la gente que te ha visto llorar y vomitar; pierdes el derecho a mantener la fachada de tipa dura.

—Habéis hecho las paces. —No pregunta. Lo afirma.

—He firmado un alto el fuego de mierda —le corrijo, mientras suelto la cuchara de madera—. Una rendición por puro agotamiento. Por mi salud mental me ha tocado claudicar.

—Se te ha puesto cara de persona humana. Qué decepción, Julia. Con lo que tú has sido.

—Cállate. Es el vapor de los tomates, me ablanda el cerebro y me dilata los poros. Mañana volveré a ser una hija de puta, no sufras por mí.

—Lo que te revienta es que yo me dé cuenta de que en el fondo no eres tan fiera.

Le enseño los dientes y contengo una carcajada que me arruinaría el personaje de huraña.

—Eres una plasta, Amaia. Una absoluta pesadilla con título universitario y complejo de oráculo.

—Y tú eres un encanto de mujer, pero solo cuando estás de espaldas o durmiendo.

Me muerdo la lengua para no darle la razón. Me estiro hacia el armario de arriba, el que está tan alto que solo alcanzo yo, y si me pongo de puntillas. Aparto el bote de lentejas y el arroz integral que nadie se va a comer en la vida para sacar el contrabando. Planto la botella sobre el mármol. Es un vino que cuesta un dineral y que guardo para cuando el mundo se va a la mierda o para cuando, por fin, da una tregua.

—Hoy bebemos de esto —sentencio—. Y si aparece alguien por esa puerta, le decimos que era vino de cartón y que ya voló. Este veneno solo lo comparto con gente que sepa guardar secretos y no me juzgue.

Amaia me mira, mira la botella y regresa a mí.

—Acepto el soborno. Pero solo porque sé que si no me lo bebo yo, acabarás usándolo para cocinar esos tomates de mierda.

Llena las copas hasta arriba. No se corta un pelo.

—Por las treguas.

—Y por las facturas que pagamos por no matarlas.

Chocamos el cristal. El vino baja raspando y me coloca en mi eje. Me apoyo en el mármol y suelto todo el aire acumulado.

—Sara es gilipollas. —No puedo guardármelo más.

Ella da un trago largo. Asiente y se ríe.

—Brindemos por su retraso entonces.

—No, es que tiene una habilidad innata para tocar las narices. Lo del «cuatrimonio» me ha dejado seca. Menuda payasa.

—Pasa de ella. —Se hace la inocente—. Está borracha.

Amaia se ríe por lo bajo mientras me escanea la boca y luego los ojos.

—No has follado —me casca. Así, en frío.

Me da un ataque de tos y casi escupo el vino.

—¿Qué coño te pasa? ¿Ahora me controlas el flujo o qué?

—Se te nota en la cara. Estás relajada de mentira. —Juguetea con el corcho—. Me gusta tener la estadística al día.

—Tus estadísticas son basura. A veces me da por cocinar después de un polvo.

—Mentira.

—Vale, casi nunca —admito—. Pero ocurriría igual si no fueras una maniática de la limpieza.

Amaia se acerca, me invade el espacio personal.

—¿Yo maniática? —Disfruta como una enana—. Tú eres la que pasa la bayeta con lejía después de follar.

El aceite chisporrotea en la sartén. El vino hace su trabajo sucio. Hay un montón de mierda del pasado que quiere salir. Miro a Amaia. Es una cabrona preciosa. Es tan jodidamente perfecta que me dan ganas de soltarle una bordería solo por equilibrar la balanza.

—¿Qué coño miras? —pregunta con sonrisa de sobrada.

—Nada. Que eres una sabelotodo y te tengo un asco que me muero.

—Ya. —Se termina su copa—. Por eso me aguantas. Porque te encanto.

Me vuelvo hacia el fuego y tiro un pimiento. El ruido del aceite me da la vida. El olor me abre el apetito y me despierta el instinto de jaleo. Soy una básica, no hay más.

—Asia estaba pidiendo perdón por existir otra vez. Me pone enferma —digo por decir algo.

—Asia vive en un bucle de «lo siento». Es para pegarle un tiro.

—Con lo buena que está —resoplo—. Podría ser una perra de cuidado y elige pedir permiso hasta para respirar. Me pone negra.

—Eso ha sonado a que te la follarías aquí mismo.

—¿Me has visto la cara? —Me río—. Me follaría a todo lo que se mueva por puro vicio. Otra cosa es que tenga ganas de gestionar el drama emocional que viene después.

Amaia se descojona. Se pega a mí para cotillear la sartén. Su brazo quema contra el mío. Llevamos años con este jueguito de rozarnos, pero hoy me parece un descaro.

—La realidad es que te encanta la teoría, pero la práctica te da una pereza que te mueres.

—La realidad es que hoy vienes muy subidita. —La miro de lado.

—Es el vino, Julia. Me pone guerrera.

—Te lo voy a confiscar.

—Atrévete.

Me sostiene la mirada. Le alargo el cuchillo cebollero.

—Corta la verdura y no me cortes el rollo.

—Tu rollo no hay quien lo corte ni con una motosierra —dice y empieza a picar.

Cocinamos un rato hombro con hombro. En silencio. Si abrimos la boca, el sofrito arde y la casa explota. El vino baja, el hambre aprieta y me doy cuenta de que, entre los negocios turbios y las frases de Sara, este rincón con ellas es lo único que me impide tirarme por el balcón. O igual es que estamos todas para que nos mediquen.

—Esto va a estar de puta madre —digo mientras vigilo el fuego.

—Siempre te sale bien cuando estás a punto de mandarlo todo a la mierda.

—No voy a mandar nada a la mierda.

—Ya. Y yo no me voy a beber la botella entera.

Me río y le lleno la copa hasta arriba. El desastre se cocina a fuego lento y yo hoy soy la puta chef.

Capítulo 4

—Carga tú con el tablón de los embutidos, que te veo muy ociosa — le ordeno a Amaia mientras le encasqueto la madera llena de jamón del bueno, del que Irina compra a precio de unicornio.

—Eso pesa menos que tu orgullo —me contesta ella, pero agarra la fuente sin rechistar.

Le lanzaría el trapo de cocina a la cara, pero llevo demasiado vino caro en la sangre para desperdiciar energía. Me concentro en montar la cena con la eficiencia agresiva de una señora de bar de carretera; saco platos y cubiertos y los dejo por la encimera mientras Amaia me rellena la copa sin que yo se lo pida, su forma de decirme que me ve al borde del colapso y prefiere tenerme sedada.

—No rellenes tanto, que pareces una comercial de bodega —le digo, aunque no aparto el cristal.

—No has soltado la copa en toda la tarde —responde ella con su calmita de psicóloga—, asumo que es una prolongación de tu brazo.

—Es una estrategia de ocultación, Amaia. —Le doy la espalda para que no vea que me estoy riendo—. Si bebo, la gente cree que estoy borracha y no que estoy planeando un homicidio múltiple.

Salimos a la terraza cargadas y el calor ya no insulta tanto, hay esa temperatura de atardecer en mansión rica que lo vuelve todo peligrosamente estético. La piscina ya no es un espejo; ahora es un campo de batalla de chapoteos y gritos.

—¡A la mesa! —grito con mi mejor voz de sargenta—. ¡O coméis ahora o se lo echo a los perros, y no tenemos perros!

Ana levanta el cuello desde su tumbona y rastrea el aire con ilusión. Me daría ternura si no supiera que se ha bebido media bodega ella sola.

—¡Por fin! —Se estira cuán larga es—. Pensaba que íbamos a terminar rebañando el cloro de la piscina por culpa de tu perfeccionismo culinario, Julia.

—De nada, Ana. Si te mueres de hambre en mi casa, es porque quieres, no porque yo no te cebe —le respondo. Planto la fuente de ensalada delante de ella.

Sara se apalanca en una silla vacía, sube los pies con una falta de educación envidiable y levanta su copa, lista para escupir la siguiente barbaridad. Rashel, en cambio, examina el menú con ese aire de inspectora de sanidad que me hace sentir una auténtica chapucera, aunque sepa que mi aliño de mostaza le da mil vueltas a sus cremas francesas.

A su lado, Asia es un ovillo de nervios mal disimulados; su cara de hambre compite con sus ganas de largarse cuanto antes, pero ahí sigue, aguantando el tipo por Sara. Se lo valoro, la verdad, aunque no pienso decírselo para no romper su mística de sufridora.

Cerca de la barandilla, Irina observa la piscina con una quietud que a cualquier otro le parecería normal, pero que yo sé que es vigilancia pura y dura. El atardecer le recorta el perfil y le deja la cara a medio camino entre una estatua de oro y un bloque de hormigón armado.

Sabina está en el borde de una tumbona, cruza las piernas y me sigue con la vista mientras muevo los platos. Me regala un movimiento de ceja que está a medio camino entre una invitación a su cama y una burla pesada. Me pica, y lo peor de todo es que me encanta que me toque las narices. Es una adicción de mierda.

—¿Dónde queréis esto? —pregunto, fuerte, práctica, señora del *catering*.

—Ahí, en medio, hija. —Sara señala la mesa grande—. Que luego nos ponemos a repartir hostias y así tenemos espacio.

—Eso lo haces tú gratis —le contesto.

Amaia reparte las cosas. Se mueve entre nosotras y me entra un pensamiento muy feo: Amaia es la única que consigue estar en medio sin parecer que está en medio. Eso es un poder. Eso es peligroso. Me aparto el pensamiento con una sacudida mental y me pongo a buscar servilletas.

—¿Llamo a las niñas? —pregunta Rashel.

—Dales un minuto y vendrán por el olor, que están en edad de crecimiento y devoran hasta el mobiliario —apunta Sabina con esa

dulzura manipuladora que tanto éxito le da.

—O cuando se les encharquen los pulmones —remato mientras compruebo que no falte la sal.

—Qué instinto maternal tan desarrollado tienes, tía. —Ana me señala.

—Se llama gestión de daños, cariño. La maternidad poética es para los anuncios de pañales, la real es sobrevivir al caos sin acabar en el calabozo.

Irina no abre el pico, pero al pasar por mi lado me roza el antebrazo con la punta de los dedos. Un toque mínimo. Me entran unas ganas locas de cascarle una burrada para ver si alguna de las presentes se atraganta con el vino, pero me lo guardo. Hoy ya he dado bastante espectáculo.

La mesa se llena de platos, vasos, manos, ruido. Sara se queja de que no tiene silla buena; Ana le sirve a Rashel sin que esta se lo pida; Asia ofrece ayudar y nadie la deja porque nadie sabe qué hacer con Asia cuando intenta ocupar espacio. Amaia pone orden sin mandar, que es otra magia.

—Oye, esto está de muerte. —Sara se mete un bocado enorme—. Julia, hija, si alguna vez te deja Irina, tú te vienes conmigo y me cocinas así todos los días.

—Si me deja Irina, me muero. —Me sale tan rápido y tan seco que hasta yo dudo de si es una broma.

Ana se ríe con la boca llena, tan elegante como ella.

—Vaya, ahora resulta que tenemos a la romántica del año en la mesa.

—Romántica tu abuela.

Irina está ahí, sin sonrisa, pero con ese gesto que es su manera de decir que me ha oído. Me sostiene la mirada un pelín más de lo normal y yo aguanto sin palabras. Normalidad tensa. Muy ella.

Sabina mete el tenedor y mueve la comida, como siempre. Yo no sé si vive del aire; me pone negra y me tienta ir a meterle el tenedor en la boca.

—Julia no se muere. Julia se cabrea, rompe algo y luego se va a dormir con quien más le convenga.

Se me atraganta el bocado. Sonrío con los dientes.

—Qué bonita la lealtad, Sabi.

—Yo soy leal —suaviza ella, tan tranquila—. A la verdad.

La verdad, dice la que miente mejor que nadie.

—La verdad se puede meter en la ensalada.

—La ensalada tiene de todo. —Ella me clava los ojos en la boca un segundo. Solo un segundo. Suficiente.

Amaia clava el tenedor más fuerte de lo necesario. Crac. El plato suena. Nadie lo comenta. Nadie lo ha oído, claro. Yo sí. Yo lo oigo todo cuando me interesa.

Sara, que no entiende nada, pero lo huele, se ríe.

—Vaya tela el espectáculo. En mi casa nos insultamos por el último yogur, pero esto vuestro es profesional. ¿Os cobran suplemento por la mala hostia o es que habéis nacido todas así de torcidas?

—Es gestión de grupos complejos. —Rashel estira el cuello.

—Es ahorro en psiquiatras. —Ana vacía la copa de un trago largo.

—Es una puta secta —se le escapa a Asia. Se tapa la boca y se refugia en el mantel, aterrada por su propio arranque de sinceridad.

—¡Ole tú, cariño! —Sara bufa de risa—. Pues claro que es una secta. Pero con agua clara y tintos que cuestan un riñón. Si el castigo es beber este vino, yo me hago de la orden ahora mismo. Deja de temblar, chiquilla, que decir la verdad no es pecado.

—Vino caro, sí. —Señalo a Amaia—. Esta ha abierto el bueno.

—Lo abriste tú, teatrera.

Me río por no atragantarme con el cinismo de todas y me sirvo más, porque soy inteligente y sé que sobria no voy a aguantar este despliegue de afecto.

Las niñas aparecen empapadas justo cuando ya estamos en la fase de rebañar el plato con desesperación. Vera trae el pelo pegado a las sienes y unos ojos que brillan demasiado; Svet se ha montado un turbante con la toalla.

—¿Aquí se come o solo habéis venido a lucir cubertería?

—Hay comida de sobra, lo que te falta a ti es el libro de urbanidad —le digo sin levantar la vista del plato.

—Eso ya lo sospechaba. —Se deja caer en la silla.

Vera se sienta al lado de Sabina y cumple con el protocolo de imán natural que tienen estas dos. Le arrebató un trozo de pan a Ana sin mediar palabra. Ana le da un manotazo de fogeo.

—¡Oye, pequeña salvaje! —protesta.

—Tú eres de las que comparten, no te hagas la dura. —Vera habla con la boca llena.

—Comparto si me lo pides con estilo.

—Te lo pido con el estómago pegado al espinazo, ¿te vale con eso?

Sabina extiende la mano y le aparta un mechón de pelo mojado de la cara a su niña. Es un movimiento seco, lejos de cualquier posturo de maternidad idílica. Un gesto de propiedad, de «estás aquí y eres mía». Vera se deja hacer mientras devora.

Svet se dedica a auditar la mesa, cuenta copas y la sospecha le nace en las cejas. Me clava la vista.

—¿Esto lo has perpetrado tú? —Señala las fuentes.

—Sí. ¿Algún problema con el menú o es que esperabas un *catering* con estrellas Michelin?

—Me sorprende que nadie esté convulsionando por el veneno.

—El veneno lo guardo para cuando estemos solas y tengamos que hablar en serio. —Le saco mi mejor sonrisa de hiena.

La cena sigue adelante con normalidad. Van cayendo anécdotas de Ana que huelen a invento desde el kilómetro uno; Sara reparte lecciones de vida que nadie ha solicitado y que a mí me entran por un oído para salirme por el sarcasmo. Rashel intenta poner orden con preguntas sobre el colegio de las niñas e Irina está en su mundo de silencios, mientras Sabina hace los comentarios justos para que el resto se ría y lleva el ritmo de la mesa.

Yo me he puesto el disfraz de anfitriona cabrona y me va como un guante. Me da el poder de mandar a todo el mundo a paseo bajo la excusa de la organización y me mantiene las manos lo bastante ocupadas para no darle vueltas a lo que ha pasado antes.

Svet se levanta. Todavía no ha tragado el último bocado y ya busca la salida. Mira a Sabina. Sabina ya asiente, dispuesta a darle el permiso antes de que lo pida.

—¿Me puedo ir ya? —pregunta Svet.

—Ni de coña —corto antes de que Sabina hable—. Hoy no hay servicio de limpieza. Coge tu plato.

Svet me dedica media sonrisa. No se mueve del sitio.

—Lo recojo luego, mamá. No pasa nada.

—Ese «luego» significa que lo haré yo. Levanta el culo y llévalo a la cocina ahora mismo.

—Qué pesada eres. Qué coñazo.

—Y tú no mueves un dedo, Svetlana. Estamos a la par.

Vera se levanta entonces. Arrastra la silla con un ruido seco. Espera de pie, con los hombros hundidos, a ver si alguien le dice algo por el esfuerzo.

—Ya lo llevo yo, Julia. No empieces.

—No. No lo levas tú. Deja de recogerle todo, Vera. No eres su sirvienta —le lanzo, porque hoy tengo la lengua afilada y me molesta su sumisión tanto como la jeta de la otra.

Vera se pone muy seria. Me está insultando por dentro, pero se calla. Agarra los dos platos, los golpea uno contra otro a propósito y camina hacia la cocina a pisotones. Antes de entrar, se gira hacia Sabina.

—¿Puedo poner música?

—Bajita —responde Sabina. Me mira de reojo y aparta la vista rápido.

—¿Cuánto es bajita? ¿Nivel que no se oiga? —insiste Vera con retintín.

—Nivel que yo no rompa el móvil contra el suelo —digo.

—Imposible. —Se ríe Vera mientras desaparece por el pasillo—. Tú ya vienes cabreada de serie.

Cuando se largan, el comedor entra en esa calma sospechosa que se siente cuando dejas de oír un zumbido molesto. Ana apura su copa de un trago, se limpia los morros con el dorso de la mano y se pone de pie.

—Bueno, vámonos ya —le dice a Rashel—, si no me dan ganas de meterme en la vida de estas y luego me arrepiento.

—Tú te metes en todo, aunque no estés —le vacila Sara.

—Ya, pero me largo antes de que me tiréis el vino a la cara.

Rachel recoge su plato. Se mueve sin prisa.

—Ana, ayuda a recoger algo, que la jefa nos va a echar un puro también a nosotras. —Me guiña un ojo.

—No os vayáis todavía, es temprano. ¿Seguro que no queréis otro vino? —insiste Amaia.

—Mañana toca madrugar. —Rashel pone su tono de directiva ocupada.

—Mentira —la corto—. Tú no madrugas. Tú dejas correos programados a las seis de la mañana para que tus esclavos se maten a trabajar mientras tú eliges qué aceite te untas en los codos.

Rashel se ríe. Le encanta que se lo diga.

—Eso es el éxito, Julia. No lo entenderías.

Ana viene derecha a mí. Me agarra los mofletes. Aprieta. No le meto un bocado por no pillar el tétanos. Me sacude la cabeza.

—Estás preciosa cuando estás de mala hostia —me susurra al oído.

—Vete a la mierda.

Le devuelvo el abrazo. La aprieto fuerte porque a pesar de todo es de las mías, la muy zorra.

Luego va a por Irina. Le planta un beso en la mejilla. Se toma su tiempo y espera para ver si salto.

—Cuida a tu mujer, jefa, que hoy tiene el día cruzado.

Irina asiente. No dice nada más.

Ana le guiña un ojo a Sabina. La rubia sigue ahí sentada, muy modosita, aunque es la que tiene el colmillo más largo de todo el grupo.

—Rubia, no te duermas, que aquí las hostias vienen sin aviso.

—Yo nunca me duermo —responde Sabina, y me da más miedo su sonrisa que el comentario de la otra.

Y Amaia recibe un abrazo rápido, apretado, de esos que parecen cariñosos, pero llevan mensaje.

—Tú respira —le dice Ana, como si supiera algo.

Amaia se tensa, luego sonrío.

—Siempre respiro —miento.

Rashel se despide con besos educados, un «gracias por la cena», y se va detrás de Ana.

Ahora somos seis supervivientes en el porche. Sara, que no sabe cuándo cerrar el grifo, se sirve otra copa. Sabina la vigila con los labios apretados, instalada en su nuevo papel de hermana responsable, ese cargo que se ha autoconcedido para compensar años de desmadre. Amaia se soba el pelo otra vez; el tic nervioso le va a reventar el cuero cabelludo. Yo me pongo a apilar platos.

—Dejadlo, que ya me encargo yo sola —digo, a ver si pillan la indirecta.

—Hacemos equipo, mujer —dice Amaia.

Sara se descojona y balancea la copa.

—Uy, uy. Equipo. Me encanta esa palabra. Suena a deporte. Y aquí se juega mucho.

—Sara, por el amor de Dios —murmuro—, si vas a largar una de tus frases de mierda, muérdete la lengua.

—No puedo —dice ella, apurando el trago.

—Para el mal, sobre todo para eso —murmuro ya con la risa floja, porque no puedo con ella.

A Asia se le cuele una risa corta, casi un hipido, pero se arrepiente y acaba encogida. Pobre criatura, todavía cree que puede pasar desapercibida en este nido de víboras.

Enfilamos hacia la cocina cargadas con los cadáveres de la cena. Irina, contra todo pronóstico, agarra dos fuentes con naturalidad. Verla hacer algo doméstico es un evento histórico. Se me arrima, me toca el brazo y me lanza un aviso mudo pero clarísimo con los ojos. Me está diciendo que me comporte y que me guarde el numerito para cuando no tengamos público. Entendido, Irina. No hay numerito. De momento.

Capítulo 5

En la cocina ya no cabe un tonto más. Sara ha aterrizado con el objetivo claro de saquear el mueble bar porque para aguantarnos necesita ir bien de octanaje.

—¿No has barajado la opción de ponerte en horizontal o vas a esperar a que el amanecer te convierta en un montón de ceniza?

—Dormiré en el hoyo, Julia, chiquilla —me dispara ella con ese deje de Sevilla que se le acentúa cuando lleva tres copitas de más y ya no sabe dónde tiene la mano izquierda—. O cuando consigas cerrarme la boca, lo que pase primero, que va a ser que no.

—A ti no te calla ni un apagón hoy, reina.

Sabina me sale por el ángulo muerto y se apoya en el granito. No me toca, no es tan básica. Escruta los desperdicios del tomate con una intensidad ridícula y luego me sube la vista a los labios hasta clavar las pupilas en las mías. Me está cronometrando las reacciones y me toca el coño lo mucho que me conoce.

—¿Qué? —le digo, sin bajar el volumen.

—Nada. Disfruto cuando te veo mangonear.

—Pues a mí me encantaría verte muda, fíjate qué cosas, pero supongo que pedir milagros un martes es de ser muy optimista.

Amaia me lanza un aviso visual que me paso por el forro. Sara, que ya va por su segunda personalidad de la noche, se carcajea.

—¡Ay, por favor! —Se abanica con la mano—. Si es que se os ve el percal desde el Puerto de Santa María. ¡Qué lache me estáis dando, chiquillas!

—¿Qué se supone que se ve? —inquiére Asia, que siempre escoge el momento menos oportuno para intentar enterarse de la fiesta.

—Nada, nena. —Sara le da un palmadita en el brazo—. Tú no te calientes la cabeza. Come y bebe, que estás muy flaquita.

—No bebo. —Asia le da un empujoncito cariñoso—. Ya te bebes tú mi parte.

—Por eso estás así de seria, cariño —responde Sara y la estruja.

Sara está tonta con esta mujer. La mira con una cara de boba que no se aguanta. Verla así de enamorada resulta hasta bonito, aunque no pienso reconocerlo hoy.

Regresamos a la intemperie con las copas. El cielo está oscuro. Las luces del jardín están encendidas para recordarnos que esto es una reserva de gente con billetes y que aquí se viene a ser feliz. La piscina brilla, el agua está quieta. Se oyen los mosquitos buscando sangre y a las niñas riendo a lo lejos. Nos tiramos en los sofás. Sara se despatarra y Asia se le pega al costado.

—Bueno, ¿mañana qué se hace aquí? —pregunta—. ¿Piscina otra vez o nos da por ser personas y salimos a que nos dé el aire de los pobres?

—Yo mañana trabajo —dice Irina.

Sara abre la boca, exagerada.

—¿Trabajas? Pero alma de cántaro, si estamos de vacaciones. No me seas rancia, Irina.

Irina ni parpadea. Ignora el ruido de fondo.

—Yo nunca estoy de vacaciones.

—Eso no es una virtud, Ira, es una tara mental. —Me gano una mirada de reojo.

—Pues yo mañana pienso dormir hasta que el cuerpo me pida perdón por los últimos veinte años. —Sabina estira las piernas—. Sin críos, sin gritos, sin agendas. Le estoy pillando el gusto a la vagancia extrema.

—Tú duermes cuando te sale del higo, Sabi. Eso no tiene mérito —la pico.

—Claro, y tú mandas cuando te sale del mismísimo.

—Eso sí tiene mérito.

Sara se está divirtiendo, la perra.

—Oye, ahora que estamos en este momento de paz absoluta y nada fingida... —Paladea el momento.

—No —corto yo antes de que termine la frase.

—Déjame, Julia, que es una pregunta de primero de convivencia. Una cosa sana.

—Tú no haces nada sano desde que hiciste la comunión, Sara. — Busco el fondo de mi copa para no verle la cara de satisfacción.

—A veces sí, si me pillas merendada. —Se aclara la garganta—. ¿Asia y yo dónde dormimos esta noche? Lo digo por organizar el mapa de ruidos y no acabar escuchando cosas que luego tenga que comentar en el desayuno. Porque aquí lo de las habitaciones es un misterio de la fe.

Lleva tres copas de ventaja y mantiene la puntería. Le da igual todo porque es una turista emocional en este lío.

Me río porque la otra opción implica levantarme y explicarle las normas de educación a mano abierta.

—Sara, ¿te has caído de cabeza en la piscina o es que el cloro te ha frito la última neurona que tenías operativa?

—No te pongas flamenca, que es pura logística —insiste—. He venido a descansar, no a que las paredes vibren con vuestros recitales de alcoba.

—Te jodes. —Me río porque enfadarse con ella es una pérdida de tiempo.

—Me jodo, pero con tapones.

—Sara, ¿no podías probar a estarte calladita cinco minutos?

—Es que me preocupa la armonía familiar, Julia. Lo hago por vuestro bien.

Armonía. Familiar. Lo zampa con una naturalidad insultante. Trago un buche de vino para no saltarle al cuello.

—La armonía familiar la llevas tú grabada en el coño, guapa.

Sara escupe un chorro de bebida mientras se ríe.

—¡Qué bruta eres, hija! Solo digo que aquí hay poca organización y mucha agenda compartida. Unos matrimonios muy bien avenidos, vamos.

Irina me roza el muslo con los dedos. Es una presión para que me calle. No quiere que le siga el juego. Sabina se inclina hacia delante. Usa su tono de seda habitual para hacerse la adulta de la reunión.

—¿Te preocupa el alojamiento, Sara? Si tienes miedo de los ruidos, te buscamos un cuarto en el ala norte. Allí solo se oyen las lechuzas.

—Ay, no, si queréis intimidad total, Asia y yo nos vamos a un hotel y os dejamos con vuestras gestiones —pincha—. Yo solo venía a poner orden moral en este sindiós. Que sois muy modernas, pero os falta un poquito de conversación sobre el tema.

—Tú ya no sabes ni escribir la palabra moral, Sara. Mirad qué noche más buena. —Cambio de tercio fatal—. Parece que por fin se puede respirar sin ahogarse en este aire viciado.

—Tú nunca respiras de verdad —murmura Amaia.

La miro de frente, pero ella ha decidido que el suelo es lo más interesante del mundo ahora mismo. Me pica la piel.

—Yo respiro cuando me dais permiso, que suele ser entre nunca y jamás.

—¡Ay, por Dios! Julia, no seas tan sufrida. —Sara se da aire con la mano, puro teatro—. Qué martirio de mujer, hija mía. Entre la una que no habla, la otra que solo da órdenes y vosotras dos, que no sabéis si queréis mataros o daros un bocado, me tenéis loca la cabeza. Vaya tela.

—Cierra el puto pico, Sara. —Uso un tono lo bastante borde para que se lo piense dos veces antes de seguir.

Sara levanta las manos en señal de capitulación, aunque conserva la sonrisa intacta.

—Vale, vale. Me callo. Pero que conste que os estoy haciendo un favor. Os digo las verdades del barquero para que no os volváis majaras perdidas entre tanta gaita. Un servicio público para vuestra salud mental, eso es lo que soy.

—El servicio público se cobra, hermana —dice Sabina.

—A mí me pagáis con chismes de los buenos y con este vinito, que con eso ya me apaño yo para aguantaros el tirón.

Irina interviene y rompe el bucle con esa voz plana que usa para las cosas que no quiere discutir.

—Mañana vienen dos personas nuevas al equipo de la casa.

Giro la cabeza rápido.

—¿Nuevas de que no las he visto en mi vida o nuevas de que las has reciclado de otro sitio para que no me queje?

—Nuevas de fuera —dice Irina—. Son profesionales y perfectos para cubrir a las niñas. Nada más.

—Vale —acepta Sabina—. Se lo diremos a las niñas mañana.

—Aclárame si eso incluye al jardinero —se mete Sara con esa fijación de borracha que le entra a veces—, por lo de antes, Julia, que me has dejado con el runrún del pervertido en el coco y ya no sé si otear por la ventana o avisar a la benemérita.

—El jardinero es un figurante, Sara, lo que me inquieta es el mundo en general —le corto sin muchas ganas de explicar lo que me parece obvio.

—Pues el mundo siempre es el pervertido, alma mía. Que te lo digo yo, que de mirar de reojo sé un rato.

—Ahí le has dado —asiento. Por una vez en el día no tengo la necesidad de estamparle un cenicero en la frente.

Sabina bebe agua. No tiene prisa.

—El mundo es el pervertido y Julia la policía del escote.

—Soy la policía de la vida, que es peor.

—Y de los horarios —me pincha Amaia.

—Y de la decencia cristiana, que me lleva un orden esta mujer que ni en un convento de clausura —remata Sara, que hoy está decidida a dar por saco.

—La decencia me la paso por el coño, Sara. Mi problema es la seguridad. El respeto. Y que Vera es una adolescente en fase «me da igual todo».

—Es que Vera es tu mini jefa. —Sara señala a Sabina—. Y Svet es la mini jefa de Irina... y tú, Julia... —Me apunta con el dedo, entrecerrando los ojos para concentrarse en no ver doble—. Tú eres la jefa absoluta de los rebotes y la mala leche.

—Eso no te lo voy a discutir —acepto, porque si no me diera tanto asco mi propio orgullo, hasta me sentiría halagada por el cargo.

El ambiente se queda en una pausa vibrante mientras de fondo, en la casa, la música sube de intensidad y se cuele la voz de Vera, que desafina aposta para dar la tabarra. Svet le pega un grito, Vera le contesta a grito pelado y todo vuelve a ese desorden familiar que me hace querer huir y, a la vez, atrancar la puerta para que nadie escape.

Sabina cruza las piernas, enseña rodilla y me clava los ojos.

—¿Se te ha pasado ya el berrinche o sigues queriendo morder a alguien?

—Sigo queriendo morder —le aseguro mientras le sostengo el pulso.

—Pero sigues aquí —dice ella, como si mi presencia fuera una victoria que se anota en su cuenta personal.

—No me he ido nunca, Sabi, lo que pasa es que tú solo ves lo que te conviene para dormir tranquila.

Ella sonrío más.

—Eso tampoco te lo voy a discutir.

Irina me presiona el muslo otra vez. Más firme ahora. Me lo trago y liquido la copa de un sorbo.

Sara, que huele el vacío y lo detesta, vuelve al ataque con una suavidad de mentira.

—A ver, yo no quiero ser intrusiva, ¿eh? Que una es cotilla, pero tiene su clase.

—Ya lo has sido —le digo.

—Pero... —continúa sin cortarse—. ¿No os habéis planteado... cuadraros?

Amaia pasa del desconcierto a la guardia defensiva en un parpadeo.

—¿Cuadrarnos el qué?

—Todo. La logística, las alcobas, los quereres. La intendencia, vamos.

Asia hace un ruidito y se tapa la boca para no reírse. Irina analiza la burrada. Sabina se muerde el labio. Disfruta. Amaia se pone tiesa. Yo me río por no llorar. Ante tal nivel de delirio solo queda el sarcasmo.

—Sara, tú no estás borracha, tú eres una visionaria de la casquería —le digo.

—Estoy operativa y con los ojos bien abiertos.

—Eres una vieja del visillo con barra libre.

—A mucha honra. —Se parte de risa ella.

Sabina interviene con voz suave.

—¿Qué propones, Sara? ¿Un cuadrante de turnos? ¿Pegatinas en la nevera?

—Pues no sería ninguna tontería, reina. —Sara se pone seria—. Azul para cuando Irina se pone generala, rojo para avisar de que Julia tiene el día de morder, amarillo para la santidad de Amaia y rosa para cuando mi hermana saca las garras de fiera. Que os organizáis fatal y tenéis a la chiquillería loca.

—Me has resumido el infierno en tres frases, tía. —Me cruzo de brazos.

—Yo lo llamo optimizar recursos, Julia. No seas antigua. —Sara se repantiga en su sofá y ocupa el doble de espacio del que le toca.

Amaia expulsa el aire por la nariz. Se endereza, se recoloca la camiseta y aprieta los labios para no mandarla a la mierda.

—No hace falta que nadie optimice nada. Gracias.

Sabina mira a Amaia de soslayo. Aguanta el silencio un suspiro.

—¿Seguro?

Lo dice bajito. La pregunta molesta. Amaia no contesta. Irina se concentra en una mancha del suelo. Sabina se limita a mirar el dedo que acaba de meter en la llaga. Si sigo callada, esto acaba con alguien llorando y no me sale de los ovarios.

—No necesitamos calendarios de mierda. Lo que necesitas tú es dormir y que mañana te funcione el cerebro.

—Me iré cuando me echéis, niña —dice ella, encantada de ser el centro del caos.

—Te estoy echando. Puerta. Ya.

—¿Así? ¿Sin un aplauso? ¿Con lo que yo os apporto? —Sara se lleva la mano al pecho, ofendidísima de mentira.

—Venga, circula. Aire.

Sara suspira, recoge el bolso y agarra a Asia de la mano.

—Venga, vámonos, chiquilla, que aquí hay mucha mala energía. Escuchadme una cosa: os quiero un montón, os lo digo para haceros el favor de que lo penséis.

Me señala con el dedo y me apunta a la cara.

—Y tú, deja de morder a todo el mundo, que te va a dar algo malo.

—No muerde a todo el mundo —mete baza la rubia.

Sara se para y se recrea en el gesto de asco que le estoy dedicando.

—¿Ah, no? ¿Ahora resulta que la fiera es sibarita?

—Sí. —Sabina se ríe con descaro—. Es muy selectiva con sus presas.

—Uhh, qué tensión. —Sara se lleva la mano al pecho—. Lo que yo decía. Es que me dais la razón solas.

—Tira de aquí antes de que te pegue un viaje —gruño.

Me tapo la boca con la mano. La idiota esta me hace gracia y no le voy a dar el gusto de que me vea los dientes por algo que no sea para lanzarle una bordería.

Sara le planta un beso sonoro en los labios a Asia.

—Vámonos, que aquí el aire está viciao de tanto deseo reprimido.

Asia se deja arrastrar y cuando llegan a la puerta, Sara se gira con una mano en la cadera; no puede irse sin el último golpe de efecto.

—¡Y escuchadme bien! Si acabáis pasando por el altar en ese cuatrimonio tan raro que tenéis montado, avisadme con tiempo. Yo pongo el arroz, el coro rociero y me pillo el mayor pedal de la historia. ¡Viva las novias, o lo que sea que seáis!

—¡Vete a la mierda, Sara! —le grito a pleno pulmón.

El portazo retumba en toda la terraza. Los pasos se alejan. El sitio se siente desangelado de golpe.

Capítulo 6

—Qué fina es vuestra amiga —dice Sabina.

—Es tu hermana, Sabi. No nos encasquetes el muerto. Lo de decir gilipolleces lo habéis heredado a pachas. Y no te hagas la santa, que tú borracha eras igual de bocazas. Se ve que en vuestra casa el filtro se lo llevó el perro.

Me pego al hombro de mi mujer legal, la que figura en el libro de familia y tiene el permiso oficial para follarme sin que nadie llame a la policía. Sabina pilla el gesto al vuelo y se ríe. Se divierte a mi costa porque sabe qué estoy haciendo.

Estamos las cuatro aquí sentadas, mientras hacemos el paripé e intentamos aparentar que lo que ha escupido Sara no importa una mierda. Me sirvo más porque esto no hay dios que lo gestione sin estar borracha.

—Corta, ¿no? —Irina me agarra la mano.

—Tengo una lista de cosas prohibidas y aquí sigo, lista para tales tareas. —Bebo de un trago largo.

—Mañana charlamos con las niñas. —Amaia intenta que volvamos a ser entes civilizados.

—Eso —dice Irina.

Asiento con la copa. Mañana es el escudo para no hablar de la basura que tenemos delante.

—Sin inventos. Cada una a su sitio y sin salirnos del papel.

—Sin inventos —repite Sabina. Me clava los ojos.

Amaia se masajea las sienes. Tiene cara de agobiada.

—Hoy ha sido un día raro.

—Hoy ha sido martes, Amaia. No seas intensa —le corto.

—Ha sido... demasiado.

—La gente se emborracha y empieza con las chorradas —sentencio—. No hay más.

—Julia —me frena Amaia—, lo que ha dicho Sara...

—Lo que ha dicho Sara me importa lo mismo que el precio del gas —la corto, aunque es mentira.

Sabina carraspea y decide que es el momento de meter el rejón.

—No es ninguna tontería. Es ponerle un nombre feo a una realidad que nos resulta demasiado incómoda.

La mala uva me trepa por el gaznate, y no tiene que ver con el alcohol ni con las ganas, es pura autodefensa.

—¿Realidad incómoda? —repito—. Mira quién habla, la mujer que ha hecho del pragmatismo una religión de domingo.

—Soy práctica, Julia, y tú también lo eres, por mucho que ahora te interese ir de despistada por la vida.

Irina se petrifica y Amaia se tensa de nuevo.

—No empieces, Sabi, que nos conocemos de sobra.

—No estoy empezando nada, cariño —responde ella, conciliadora—, solo señalo lo que hay. Está aquí, delante de todas, aunque cierres los ojos muy fuerte.

—Pues señala el paisaje o las luces de la piscina, o señala a Irina, que siempre te divierte más —la ataco. Lo reconozco y me arrepiento al momento, pero es que no quiero hablar del tema en serio.

Amaia se bloquea un instante, le fastidia también, y eso no me gusta porque ella no se merece estar a disgusto por las impertinencias de Sara o por mi boca. Intento arreglarlo de la única manera que sé: a base de ser todavía más imbécil.

—¡Oye, pues nada! —Subo el tono—. Mañana mismo saco el ordenador y montamos un calendario. Así Sara tiene sus hipótesis por escrito y nos deja de dar el coñazo.

—Julia.

Amaia me nombra con una mezcla de hastío y reproche que me hace sentir minúscula.

—¿Qué? ¿Toca sesión de psicología ahora? Tenemos alcohol, a las niñas que berrean dentro y la noche a punto de palmar. Un plan de puta madre.

Irina me agarra la rodilla. Aprieta. No es una caricia, me está diciendo que como abra la boca otra vez me echa de la casa.

—No es el momento de discutir esto.

—Gracias —le respondo—. Al menos alguien aquí tiene un gramo de sensatez.

Sabina se enciende un cigarrillo.

—Sensatez dice. Julia, tú no sabes ni escribir esa palabra. Tú vas con el instinto por delante. Siempre.

—Y tú vas con unas ganas que se huelen desde la calle —la pincho.

Amaia se levanta de golpe. No hace ruido, pero ha llegado al límite. Se apoya en la baranda, de espaldas a nosotras.

—Amaia —la llamo bajito.

—Estoy perfecta —responde muy rápido. No se gira.

Me muerdo la lengua para no ir tras ella. Sabina se recuesta y suspira.

—¿Os molesta que hablemos de esto? —Mira a Amaia, pero el golpe es para mí.

—A ella no le molesta nada.

Amaia se gira. No tiene su cara amable de siempre.

—No hables en mi nombre, Julia. Haz el favor.

Eso no lo esperaba. Intento hacerme la graciosa otra vez antes de que se note que me ha dolido el desplante.

—Vale, perdón, jefa. No vuelvo a abrir la boca sin permiso de la junta.

Amaia no se ríe. Se sienta otra vez. Irina interviene para cerrar el tema.

—No vamos a montar una crisis por un comentario de borracha de Sara. No tiene sentido.

—Sara no inventa nada —insiste Sabina tras una calada—, solo ha dicho lo que piensa todo el mundo.

—Sara empina el codo más de lo que su hígado permite y larga lo primero que le pasa por la corteza —sentencio yo—. Ese es todo su expediente. ¿Le vais a dar bola?

La expresión de Irina se suaviza, aunque no llega a ser una tregua.

—Julia —murmura.

—Dime.

—Nada.

Ese «nada» es que mañana me va a gritar hasta en latín. Me siento agotada. Me pesa hasta el pelo. Me iría a dormir y no abriría los ojos hasta el próximo verano.

Un portazo retumba dentro seguido de una carcajada, se escucha a Vera mientras le grita a Svet que deje de ser una muerta en vida. La otra le contesta con un gargajo en cirílico. Maravilloso. Mañana toca desayunar y aguantar a los nuevos gnomos de seguridad con metralleta. Cosas reales. Sin misticismos de mierda. Vida. No conceptos raros.

Sabina se levanta, estira las lumbares y pasa por mi lado con una ráfaga de perfume caro a cuestras. Se sienta al lado de Amaia y la abraza. Amaia la mira de reojo. Sabina sonríe.

—Me retiro a mis aposentos —anuncia.

—¿Sola u organizada?

Sabina se gira hacia mí, con una sonrisa de escaparate.

—Con mi mujer. Por hoy.

Amaia baja la vista. Irina no reacciona. Yo trago veneno.

—Buenas noches, guapas —añade Sabina, y lo dice con las palabras bien masticadas.

—Ahora subo —le dice Amaia, y le da un beso.

Nos quedamos tres. Y de pronto la terraza es demasiado inmensa para lo poco que estamos hablando.

—No quiero que esto se transforme en... —empieza Amaia.

—¿En una feria o en un tanatorio? —la corto—. Porque para el desfile ya vamos tarde.

Irina interviene antes de que yo consiga que Amaia se eche a llorar o me estampe la copa en la frente, que sería mucho más estimulante.

—No va a transformarse en nada, venga —dice Irina—. Mañana hablamos con las niñas, ajustamos los turnos de la casa y ya.

El puto «y ya». Como si en la vida fuera pudieras cuadrar los celos y el desorden en una tabla dinámica. Hoy no tengo cuerpo para discutir la física de sus soluciones fáciles, así que me limito a morder el cristal de la copa.

—Vale. Y ya. Voy a cerrar, anda —anuncio.

—Ya cierro yo —salta Amaia.

—Que no, que cierro yo —insisto, al agarrar el pomo.

Amaia me sostiene la mirada. Percibo el brillo de una fatiga de esas que se te incrustan en el esqueleto y te hacen parecer diez años más vieja. No me gusta nada verla así, tan vencida.

—Julia, no es necesario que lleves el volante de todo siempre —dice con un suspiro que le nace del alma.

—Si no llevo yo el timón, lo pilota el fantasma de Sara. Escoge tú quién prefieres que nos estrellé contra la tapia.

Dentro, Vera y Svet están desparramadas en el sofá con el reflejo azul de las pantallas pegado a la cara, ajenas a un mundo exterior que está al borde del colapso.

—¿Ya os marcháis a la madriguera? —pregunta Vera sin levantar la vista.

—A dormir —sentencia Amaia.

—Cinco minutos más —pide Vera.

—Dos —corrijo yo para ejercer mi potestad de ser la villana del cuento—. Y porque me pillas con el vino en reserva.

Vera me lanza una mirada cargada con tres toneladas de odio adolescente.

—Eres insufrible.

—Es mi mayor talento, pequeña —le aseguro—. Arriba.

Svet, que es bastante más lista y tiene hoy menos ganas de guerra, se levanta sin rechistar y se lleva a Vera del brazo mientras la otra protesta por puro vicio. Se oyen los pasos en la escalera, el portazo de rigor. Amaia apaga las luces. Irina cierra la puerta. Todo parece normal, todo está en su sitio, pero la casa tiene un tacto distinto. No es solo por lo que ha dicho Sara; es por cómo esa palabra ha hecho que todas nos pongamos en guardia.

—Buenas noches —dice Amaia, y la frase le sale con fórceps.

—Buenas —le devuelvo.

Irina me pasa por detrás, me roza la espalda con la mano y me guía hacia nuestra habitación sin necesidad de abrir la boca. La sigo porque ahora mismo es más fácil dejarme llevar que ponerme a analizar nada. Antes de entrar, miro hacia el pasillo otra vez. Amaia ya ha desaparecido; se ha ido a su cuarto con Sabina a representar el papel de matrimonio bien avenido.

Ya en el cuarto, Irina se quita la camiseta y deja el móvil en la mesilla con un golpe seco. Me escanea de arriba abajo con esa mirada que lo ve todo, incluso lo que yo intento esconder.

—¿Estás bien?

—De puta madre —miento.

Me sujeta la barbilla con dos dedos y me obliga a dejar de escudriñar las cortinas.

—Julia.

—Que estoy estupenda —insisto, y esta vez me sale con ese tono de «como me lo preguntes otra vez te arreo».

Irina no porfía, porque me conoce de sobra para saber cuándo estoy a punto de entrar en ignición. Me planta un beso en la frente que tiene poco de romántico y mucho de pertenencia. Es una marca, un «tú eres mía», y aunque siempre he odiado que me marquen el territorio, hoy se me bajan las revoluciones.

—Mañana será un día largo —dice ella mientras se mete entre las sábanas.

—Mañana siempre es el mismo lunes eterno.

Escucho el crujido de la casa, ese concierto de tuberías y ruidos de madera que antes me daba paz y ahora me suena a cuenta atrás. Me meto en la cama y el brazo de Irina me rodea la cintura, me pega a ella sin decir ni pío. Cierro los ojos, pero la oscuridad no ayuda a callar el ruido que tengo dentro.

Lo capto en el ambiente: algo se ha desplazado. No es que se haya quebrado nada todavía, pero no podemos simular que no ha pasado nada. Sara ha lanzado una granada y la onda expansiva nos ha pillado a todas con el paso cambiado y los escudos bajos.

Me duermo tarde, con el cuerpo inmóvil y la cabeza en busca de pelea. Mañana, cuando nos crucemos en el pasillo para el café, ya no seremos las mismas que esta mañana. Nos hemos movido, aunque haya sido a empujones, y lo peor es que ya no hay forma de volver a la postura anterior.

Capítulo 7

Me despierto con el aliento de Irina en el cogote y ese silencio de casa rica que ya me pone en guardia. El silencio aquí nunca es señal de que todo va bien; es solo la pausa dramática antes de que alguien detone la primera bomba del día. Abro un ojo, compruebo que es demasiado temprano para cualquier ser humano que no tenga que ordeñar vacas y noto que Irina ya está despierta, al acecho. Me recorre la cintura con la palma abierta. No busca nada erótico; hace inventario de sus posesiones y yo figuro en la lista.

—Buenos días —murmuro, con la voz todavía pegada al paladar.

—Mmm.

Eso es lo máximo que le voy a sacar antes del café; en su cabeza debe sonar a soneto de Shakespeare, pero a estas horas a mí me suena a que calcula cuántas veces me va a llevar la contraria hoy.

Bajo las escaleras y la casa ya funciona con eficacia alemana: nada de gritos, nada de caos, solo el sonido de la tostadora y el agua corriendo.

En la cocina, el panorama es para hacerse un cuadro: Amaia con una camiseta vieja, los rizos a lo loco y cara de haber dormido lo justo para no entrar en coma. Frente a ella, Sabina apoyada en la encimera, impecable incluso en pijama, con un vaso de agua en la mano, guapísima. Me cae fatal y me dan ganas de darle un beso para ver si se queda calladita.

—Buenos días, comisaria del orden establecido —me deja caer, con esa cara de «sé lo que te pasa y me hace gracia».

—Buenos días, reina del postureo matutino.

Abro y cierro armarios con un ruido innecesario. Finjo que busco algo vital cuando lo único que intento es ignorar que el ambiente está cargadito. Amaia no levanta la vista de su taza, concentrada en el café, o quizás no quiere cruzarse con mi cara para no tener que admitir que estamos todas fingiendo.

Entonces entra Irina, que no camina, se desliza. Para mi desgracia ya va vestida de persona importante. Eso nunca es una buena noticia: Irina con ropa de calle antes de las nueve significa que el mundo exterior reclama su dosis de ego y que lo que pasó ayer no fue un paréntesis, sino el prólogo de lo que nos va a caer encima hoy.

—Han llegado —dice, y se sirve café.

Ni «hola», ni un «Julia, qué buen aspecto tienes hoy a pesar de las ojeras», nada; ella va directa a lo importante y yo voy directa a la cafeína. Supongo que nuestra relación se basa en ignorar las cortesías básicas para no perder el tiempo fingiendo que somos personas normales.

Me asomo por el ventanal hacia el jardín y ahí están, dos bultos oscuros plantados junto al camino de grava; mantienen una distancia de seguridad que me parece un insulto a mi inteligencia, porque si vas a vigilarme la vida, por lo menos ten la decencia de acercarte para que pueda ver si vas bien afeitado.

—Son invisibles —digo.

—Lo intentan —responde Irina.

Sabina apura su vaso de agua con una de esas sonrisas que te dan los médicos antes de decirte que te queda un telediario y se apoya en la encimera con un aire de superioridad moral que no le cabe en la cocina.

—A ver cómo les vendemos la moto a las niñas.

—Aquí no se vende nada —la corto, porque me he levantado con el depósito de bilis lleno y necesito vaciarlo sobre alguien—, se les cuenta lo que hay y que gestionen el trauma como puedan, que para algo les hemos comprado un colegio con jardín botánico.

Amaia apoya la taza en la mesa con un golpe seco, para marcar territorio y recordarnos que ella es la única que no va a perder los papeles en esta casa de locas.

Me siento, muerdo una tostada y trago un sorbo de café que me quema toda la boca mientras asimilo que vamos a soltarles a las crías palabras que no se dicen nunca delante de alguien que acaba de enterarse de que el Ratoncito Pérez no existe. Me da un asco

profundo, pero como el pánico me vuelve mandona y el café me pone agresiva, creo que el día me va a salir redondo.

A los dos minutos asoman las herederas por el pasillo. Svet baja primero con el móvil pegado a la mano y esa cara de estar redactando mi esquela mentalmente, embutida en una camiseta ancha. Vera viene detrás, descalza y con ese sueño de aristócrata que a mí me genera instintos criminales inmediatos; me regala una de esas sonrisas que usa para recordarme que ha nacido para tocarme las narices de forma sistemática.

—¿Qué hacéis todas aquí con esta cara? —pregunta Vera mientras bosteza sin taparse la boca—. Qué bajón.

—Buenos días, alegría de la huerta —le digo señalando la silla con la barbilla—. Toma asiento.

—Uy. —Svet hace ese ruidito que en su idioma significa que ya me está mandando a la mierda—. Ha dicho «toma asiento». Esto huele a charla.

—Porque es una charla, Svet —interviene Amaia.

Svet se deja caer con una desgana muy estudiada y Vera la imita, porque es incapaz de tener una idea propia si Svet no le da el visto bueno antes, aunque luego finja que es la reina de la anarquía. Irina se planta a mi lado sin hacer ruido y acota el perímetro.

—A partir de hoy vais a tener dos sombras nuevas solo para vosotras —les espeta de golpe.

—¿Para nosotras? —pregunta Vera. El tono de niña pija se ha ido a la mierda. Ahora suena a persona adulta que huele el marrón desde lejos—. ¿De verdad hace falta?

—Para vosotras. —Me cruzo de brazos—. Para cuando salgáis a que os dé el aire con vuestras amigas intensas y para cuando os mováis por ahí convencidas de que el mundo es un puto anuncio de compresas.

—Van a ser discretos —añade Amaia, que maquilla el hachazo para que no se pongan en huelga de hambre—. No van a entrar en casa ni a ir pegados a vuestro culo como si fuerais un bolso de lujo que hay que custodiar.

—Es que lo somos —murmura Vera con una lógica aplastante que casi me obliga a darle la razón.

—Vera —la frena Sabina con suavidad—. No te vengas arriba, que la mañana no ha hecho más que empezar.

Svet mira a Irina con esa cara que pone cuando va a pedirte la herencia por adelantado o a desmontarte la existencia de un plumazo.

—¿Por qué ahora? ¿Qué ha pasado?

Irina no sabe lo que es un preámbulo.

—El riesgo ha subido de nivel. Punto.

Aprieto los dientes. El crujido resuena en mi cabeza, pero no abro la boca. No quiero soltar una bordería y acabar de joder el desayuno. Vera mira el jardín, hipnotizada por el movimiento de los arbustos.

—¿Son esos dos? —Señala a los tíos que aguardan fuera.

—Esos —confirmo con la voz seca.

Svet se acomoda en la silla.

—Vale, que no somos tontas.

—Ya, pero a veces parece que os entrenáis para serlo y mi paciencia tiene un límite biológico muy estrecho.

—Julia... —Amaia me lanza una mirada de «por favor, no seas una hiena cinco minutos». Lo intento, pero es que me sale solo.

Irina retoma el mando sin adornar la porquería.

—Si habéis quedado con vuestros amigos, id. No os vamos a encerrar en un búnker todavía. Solo van a estar ahí, a una distancia prudencial, con la orden de aparentar que no existen.

—O sea, que nos van a vigilar hasta cuando vayamos a mear —resume Vera con una mueca.

—Os van a cubrir —matiza Sabina, que siempre tiene el eufemismo preparado en la recámara.

—Es lo mismo, pero dicho para que no suene a arresto domiciliario —contesta Svet.

Nadie le lleva la contraria porque la niña tiene más razón que un santo. Saco el aire que tenía retenido y trato de sonar como una persona equilibrada, aunque me cueste la vida.

—Os lo decimos porque el curro de Irina implica que, de vez en cuando, algún listo tenga la tentación de tocarnos las narices a lo grande.

Svet no parpadea. Ha sacado los nervios de acero de su madre. Vamos a tener problemas con esta cuando descubra el alcohol y las discotecas.

—Porque sois de la mafia —dispara la tía, tan ancha, con la misma naturalidad con la que se pide una hamburguesa sin pepinillo.

Vera asiente con una sonrisita de «os hemos pillado el carrito del helado».

—Eso ya lo sabíamos, no hace falta que nos deis el carné de socias.

Me petrifico, no porque me sorprenda que lo sepan, sino por la puta naturalidad con la que lo gestionan. Los críos de hoy en día te detectan una red de crimen organizado entre vídeo y vídeo de TikTok, pero luego no saben freírse un huevo sin quemar la cocina. Irina no lo niega porque ella no sabe lo que es el maquillaje social. No tiene ese músculo desarrollado.

—Hay cosas que hacemos que no salen en el código civil. Sí.

Amaia hace un ruido raro al tragar, Sabina parece una esfinge egipcia y yo miro el salero con unas ganas locas de tirárselo a alguien a la cabeza.

—Pero —añado yo—, que esto no es el *casting* de El Padrino 4: no tocamos la droga.

—Ni el tráfico de armas —salta Amaia, para que no piensen que somos gentuza de esa.

—Y mucho menos el tráfico de personas —concluye Sabina en un tono más serio de lo habitual en ella.

Svet nos escanea una a una.

—¿Entonces a qué os dedicáis exactamente? —pregunta con curiosidad genuina.

Irina prefiere pasar palabra, así que es Sabina la que pone la voz de relaciones públicas.

—Casas seguras —explica—. Para mujeres que necesitan desaparecer del mapa de un día para otro sin dejar rastro ni preguntas. Sin tipos que las sigan.

Vera baja la vista un momento y se le borra la tontería de la cara, lo cual me pega un pellizco en el estómago que no me hace ninguna gracia.

—Y también damos protección a gente que se ha quedado fuera del sistema —añade Amaia con suavidad.

Svet se encoge de hombros, encajando las piezas de un puzle que ya tenía casi terminado.

—Entiendo —resume—. Hacéis cosas buenas a través de métodos feos para que funcionen.

—Exacto —sentencia Irina—. Aunque para pagar las facturas también movemos arte y tenemos negocios inmobiliarios. No todo es caridad.

Se instala uno de esos momentos donde la verdad se planta en mitad de la mesa. Vera levanta la barbilla y mira a Irina.

—¿Y esto va a ser así para siempre?

—Hasta que la situación cambie —responde Irina.

En el diccionario de Irina, eso significa: «te aguantas porque no tengo ni idea». Svet empieza a retorcerse los dedos. Mal asunto.

—Tengo una duda.

—Escúpela —le digo yo, aunque presiento que me voy a arrepentir.

Mira a su madre sin desviar la vista.

—¿Algún día voy a heredar yo todo este tinglado? Como la tía Alaska.

La bilis me sube a traición. Me entran impulsos de arrastrarla hasta el convento más cercano. De agarrarla por los hombros y explicarle que va a estudiar ingeniería aeroespacial o a recoger lechugas ecológicas, pero que en este fango no mete ni la punta del zapato.

—No —digo de forma tajante, que se note el portazo.

Svet me mira, Vera también. Sabina no mueve ni un músculo, pero Irina se toma ese medio segundo eterno que me destroza los nervios antes de abrir la boca.

—Ya veremos.

La frase flota, infectando el desayuno.

—No hay ningún «ya veremos» —mascullo. Me trago el grito para no traumatizarlas más de lo que ya están.

Irina pasa de mi cara de perro, como si heredar un imperio de sombras fuera algo tan normal como heredar la cubertería de plata

de la abuela. Svet no salta de alegría ni se asusta, solo asiente con la cabeza y se guarda el dato en su disco duro de futura villana.

—Bueno. Con eso me vale.

Vera se inclina hacia delante recuperando su modo adolescente estándar.

—¿Entonces podemos ir al cine con el grupo de Marta esta tarde?

Amaia respira aliviada. Cree que hemos salido del campo de minas con todas las extremidades en su sitio. Pobre ilusa.

—Sí —confirma—. Pero los de fuera van con vosotras. Os escoltan hasta la butaca y no les dirigís la palabra.

—¿Y si me muero de la vergüenza porque parezco la hija de un dictador? —se queja Vera.

—Pues te aguantas.

—Julia...

—¿Qué? —corto a Amaia—. La vergüenza es un estado mental, un tiro en la nuca es para siempre.

—Vale. —Svet se levanta de la silla—. Gracias por no contarnos un cuento de hadas.

—Sí —añade Vera—. Gracias.

Y se van. Así. Sin lloros. Sin drama. Con el móvil en la mano y el mundo dentro de la cabeza, ya organizado a su manera.

Cuando desaparecen por el pasillo, la taza se ha enfriado entre mis manos. Mi especialidad: llegar tarde a todo, incluso al calor.

Amaia se pasa una mano por la cara.

—Ha ido... bien —dice, sin creerlo.

—Ha ido.

Irina sigue ahí plantada frente a la cristalera, vigila el horizonte por si aparecen los jinetes del apocalipsis o, peor aún, alguien con una opinión propia que no haya pasado por su filtro. Me dan ganas de levantarme y masticarle ese «ya veremos» que ha dejado flotando en la cocina, una amenaza sutil que me raspa por dentro y que ella maneja con una elegancia que me pone de una mala hostia considerable.

Sabina, que ahora parece haberse convertido en la embajadora del descafeinado y la paz mundial, se sirve una taza mientras me estudia.

—Te has puesto preciosa cuando has dicho «no».

—Qué pena que no te haya preguntado —le contesto, aunque me pica la curiosidad por saber qué cara pongo cuando mando a alguien a la mierda.

Amaia emite un sonido extraño, un amago de risa que muere en un carraspeo. Sabe que el ambiente está para pocas bromas. La cocina, su templo de las tostadas alineadas, se ha convertido en una zona de guerra.

Irina golpea la encimera. Un solo golpe. Corto. Final de la reunión.

—Me voy.

Se marcha sin aspavientos, sin besos de cortesía ni esa parafernalia de despedida que tanto nos gusta al resto de los mortales, y me deja con un humor de perros. Tengo un impulso casi infantil de reventar la taza contra el suelo solo por ver si el ruido tapa el zumbido de mi cabeza, pero me contengo.

Al pasar por mi lado, Sabina me roza el hombro con una intención que no tiene nada de accidental y se inclina para que solo yo pueda oírla.

—Respira, policía.

—No me mandes respirar, rubia.

Amaia levanta la vista hacia Sabina mientras yo observo ese duelo silencioso que nadie piensa reconocer en voz alta. Es un ambiente de mierda, la verdad, pero al menos es nuestro ambiente de mierda. Perfecto.

Sara aparece a media mañana con esas gafas de sol tamaño parabrisas. Entra sin llamar porque sabe que con un «hola, miarma», la gente le permite hasta que les robe la plata.

Yo estoy en el lavadero, para matar el tiempo con lo único que se me da bien ahora mismo: doblar toallas con una violencia pasiva que riéte tú de las manifestaciones antisistema. Me refugio en el algodón rizado porque el algodón no me juzga ni me pregunta por qué tengo esta cara.

Sara se apoya en el marco de la puerta y analiza mi técnica de plegado con una ceja peligrosamente alta.

—Niña, ¿estás haciendo la colada o quieres ahorcar a la toalla de bidé? —pregunta mientras se baja las gafas.

—Doblo. A ver si por un milagro de la física se me endereza el resto de la existencia, que buena falta me hace.

Ella se quita las gafas del todo y me clava sus ojitos de cirujana seria. Se acabó la función de la payasa andaluza; ahora viene la que te opera sin anestesia.

—He venido a pedirte perdón —dice en frío.

Me detengo con una toalla a medio camino. Reviso las esquinas del techo por si hay una cámara que grabe esta rendición histórica.

—Tú no pides perdón, Sara. Tú esperas a que el resto del mundo asuma que tenías razón desde el principio.

—No me toques las palmas, niña. —Hace un gesto rápido con la mano—. Vengo a cumplir con el protocolo de mejores amigas: me disculpo con la boca pequeña, tú me mandas a cagar y nos vamos a tomar una cerveza antes de que se nos caiga la cara de tanta amargura.

Resoplo. El amago de risa me sube por la garganta a traición. Qué putada que sepa desactivar mi cabreo justo cuando ya estaba lista para estallar.

—¿Y qué disculpa es esa? —pregunto mientras vuelvo a la carga con una sábana—. ¿La del término ese del «cuarteto»? Porque si vas por ahí, te aviso que la lavadora todavía tiene el programa de centrifugado libre para meter cabezas.

Sara rebusca un ibuprofeno en el fondo del bolso. Me apunta con un blíster vacío antes de lanzarlo a la encimera.

—Mira, Julia, no me seas malaje. Ayer el alcohol hablaba por mí, pero no decía mentiras. Me entró la vena de alcahueta y largué lo que tenía en la boca. Lo admito tan ancha.

Se traga la pastilla a palo seco, sin agua, con un gesto de dolor que le recorre hasta las pestañas.

—Yo os empujé. Es mi sino y mi vocación frustrada, porque de algo tiene que servir este carácter y conoceros tan bien. Escúchame: os quiero ver felices. Sobre todo a mi hermana. Esa criatura ha pasado un calvario de los gordos y tú lo sabes de sobra. Estuviste allí cuando el mundo se nos cayó encima y hubo que recoger los

trozos del suelo con las manos desnudas. —Se limpia una gota de sudor de la frente—. Y, cariño mío, si la alegría os llega de una forma que no sale en el catecismo, pues bendita sea. Tenemos ya el higo muy negro para dejar de hacer lo que nos pide el cuerpo por el qué dirán o por nuestras propias neuras. Que la vida son dos días y uno ya lo hemos gastado entre quejas y ruegos.

Se me revuelve la tripa y busco un trapo para no mirarla a los ojos. Detesto que me toquen la fibra, así que decido que la mejor defensa es escupir un poco de veneno.

—A ver, aclárame una cosa, ¿desde cuándo eres la misionera de las orgías? ¿Te han dado una subvención de la Junta o es que te aburres en tu casa y has venido a darnos lecciones de libertad sexual?

Se acerca y me da un cachete en la mejilla, un golpe seco que pretende ser una caricia.

—Solo os digo que hagáis el favor de vivir un poquito, coño. Que cuando estemos en el hoyo no nos van a dar una medalla por haber sido las más recatadas del cementerio. Si os gusta el jaleo, pues al lío y que le den por saco a las censuras. Aunque te cueste reconocerlo porque eres una cuadrículada.

—Me cago en todo, Sarita, vaya charla me estás metiendo.

—La misma que me echaste tú a mí cuando me hizo falta. Pero, que oye, que he venido a decirte que siento las formas, Julia. Pero en cuanto te digo la verdad te sale la vena de sargento de hierro y no hay quien te hable en tres pueblos a la redonda. Ni tú misma te soportas cuando te pones de un intensito que habría que echarte agua bendita.

Tiro la última toalla al montón de las perfectas.

—Eres una cabrona redomada, corazón.

—Claro, hija. Por eso me cuentas tus penas y me dejarías hasta el código de la caja fuerte. Me adoras porque soy la única que sabe que detrás de ese genio solo hay miedo a que te despeinen.

Me acerco a ella y le planto una toalla doblada contra el pecho. La obligo a agarrarla para que deje de gesticular.

—Toma. Úsala para limpiarte la hipocresía, a ver si así dejas de dar por saco un rato.

Sara la agarra, se la acerca a la nariz y aspira con un entusiasmo de puro teatro.

—Uy, ¿qué suavizante es este? Huele a dinero, a gente de posibles. Aquí se llora con mucho postín, con algodón de mil hilos. No me extraña que te cueste soltarte, que si se te corre el rímel te sale la broma por un riñón.

—Aquí no llora nadie. Y menos yo —sentencio mientras ordeno los botes de detergente por orden de altura.

Ella me barre con la mirada. No se cree ni una sola palabra de mi discurso de mujer de acero.

—Vale. Pero ni se te ocurra volver a mentarme el tema, reina mora. Ya te he oído, ahora deja que me baje la información al sótano, que tengo las neuronas echando humo.

—No soy tan idiota. Y si se me escapa otra vez, me pegas un guantazo y me quitas la tontería de golpe. Te veo los dedos que hacen chiribitas por pegarme un viaje.

—Me vendría de perlas para el equilibrio mental, la verdad. Un buen impacto y a lo mejor se me recolocan las ideas.

Sara se alisa la falda. Es la misma de siempre, capaz de preguntarte por el precio de las sandalias mientras te clava la banderilla en todo lo alto.

—¿Pero tú estás bien o te llamo al cura para que te dé los óleos?

—Estoy de puta madre, Sara. ¿No me ves? He doblado doce toallas en tres minutos. Soy la puta ama del algodón egipcio. Mira estos bordes, mira la simetría. Si esto no es salud mental, que baje Dios y lo vea.

Sara me recorre de arriba abajo.

—Salud mental dice la criatura. Julia, por los clavos de Cristo, que tienes los riñones cubiertos de billetes. Tienes servicio para que te barran hasta el aire que respiras y te encuentro aquí encerrada peleándote con el suavizante. ¿Para qué los tenéis entonces? ¿Para verlos pasar por el pasillo? A mí me das la mitad de lo que te sobra y te dejo los trapos niquelados, pero tú te vas a la calle a que te dé el sol, que tienes un color de cara que asusta.

Sigo a lo mío. Cuadro la esquina de otra toalla.

—No lo hago siempre. Solo a ratos. Me relaja.

—A mí me relaja que me lo hagan todo mientras me tomo un tinto de verano con mucho hielo. Eso es relajarse, lo demás son tonterías de rica con complejo de mártir.

—Es la costumbre de antes, Sarita. Antes de Irina, antes de todo esto. Me saca de quicio tener gente que da vueltas por dentro de la casa, atenta a si dejo la taza de café en la encimera o si me he levantado con el pie izquierdo. Prefiero que limpien y se larguen. Tener servicio que husmea me pone los pelos de punta. No sé dónde meterme si están ellos aquí dentro.

—Pues te metes en la piscina, alma de cántaro, que para eso está. Deja ya la toallita de marras, anda. Te pones a doblar y te va la vida en que el doblez encaje. Trae eso para acá, que me pones nerviosa hasta a mí.

—Que sí, pesada.

—En fin, ya me voy, que tengo cosas que hacer. —Se recoloca las gafas de sol—. Pero antes de que me echéis de aquí a patadas, dame un abrazo, tonta del bote.

Le doy el abrazo y Sara me aprieta con fuerza. Se separa y camina hacia la salida, pero se frena y se da la vuelta.

—Julia.

—¿Qué quieres ahora?

—A Amaia me la tratas bien. —Ya no usa el tono de broma—. Ella no entiende de estas peleas vuestras. Ella solo sabe querer y fregar el suelo cuando vosotras termináis de discutir. No me la jodas.

Se va sin esperar respuesta, dejándome con el olor a suavizante y una sensación de sequedad en la garganta que no se quita con agua. Sara, la que siempre sabe dónde meter el dedo para que te duela.

Capítulo 8

Vera baja hecha un pincel, con ese aire de princesita que ha heredado de Sabina y que me clava una espinita cada vez que la miro.

A su lado, Svet parece su antítesis: va de negro riguroso, mucho más cómoda y con ese aspecto de cría que todavía no ha descubierto que el mundo espera que sea un adorno. A Svet le ha dado por el luto preventivo y, aunque de momento no las dejamos usar maquillaje, tengo claro que ella no querría *gloss* de fresa; en cuanto nos descuidemos se pintará los ojos como un mapache con mala hostia y saldrá a quemar contenedores. Esa guerra está al caer, pero de momento lidiamos con el despliegue de seguridad.

Me he plantado en el recibidor con mi mejor pose de «pasaba por aquí de pura casualidad» mientras las vigilo con la intensidad de un radar de la Interpol. Me la suda que se note que controlo hasta el aire que respiran, porque en esta casa la paranoia es un deporte familiar y yo voy ganando la liga.

Vera se recoloca una pulsera que le ha encasquetado Sabina, una cosa brillante que debe costar lo mismo que un utilitario de gama media, y me lanza una mirada de suficiencia que me hace sentir muy vieja.

—¿Tengo que aguantar que estos dos me respiren en la nuca dentro del coche? —pregunta Vera, con la ceja en el techo.

—Uno conduce y el otro vigila que no te saques un moco en el asiento de atrás.

—¿Y si me voy andando con Marta? —insiste la niña.

—Vas —le contesta Amaia desde la escalera, dueña de esa autoridad que no necesita gritar—, pero con distancia. Sin agobios, pero sin perderos de vista.

Svet clava los ojos en la puerta. Los dos armarios de seguridad están ahí estáticos y bloquean el camino de entrada.

—¿Y si nos perdemos? —pregunta con segundas.

—No os vais a perder, cielo —la tranquiliza Sabina haciéndose la tonta.

—No lo digo por la orientación —replica Svet, seca.

Se masca algo que no me gusta un pelo; ya no ignoran a los de seguridad. Los analizan. Empiezan a entender que vivir bajo vigilancia es una mierda soberana. Vera se acerca y me planta un beso rápido en el moflete. Es un movimiento estratégico para que me calle la boca y deje de dar instrucciones.

—No seas una turras hoy, anda —me susurra al oído.

—Y tú no seas imbécil —le devuelvo con el mismo cariño.

—Hecho.

Se da la vuelta y se marcha con una sonrisa de victoria. Debería dejarla sin móvil tres meses por lista. Svet pasa por mi lado con más calma. Tiene una expresión inquietante.

—Lo de antes —dice, así, sin contexto.

—¿Qué «antes»? —Finjo que no sé de lo que habla.

Svet ladea la cabeza, estudiándome.

—Lo de «no».

—Ah.

Asiente despacio y mascula un «vale» que no significa que piense obedecer, sino que ha registrado mi negativa y la ha guardado en una carpetita mental para cobrársela con intereses más adelante. Me da mucho más miedo ese gesto que cualquier rabieta de adolescente normal.

Se marchan las dos. Amaia mira la puerta con los hombros rígidos. Sabina se apoya en el marco e intenta aparentar una paz que no se cree ni ella. De Irina ni rastro; se habrá ido a hacer sus cosas de rusa peligrosa con su eterno «ya veremos» bajo el brazo.

El aire de la casa pesa menos, pero jode más. Mis niñas han crecido diez años en lo que se tarda en cruzar el jardín y, a este paso, para la hora de la cena nos van a estar pidiendo la hoja de reclamaciones y las llaves de la caja fuerte.

A la hora de comer Amaia saca la vajilla y empieza a repartir platos. Cuando llega al cuarto sitio, el brazo se le congela en el aire. Mira la porcelana vacía, la silla, y se le cruzan los cables. Sabina y yo

lo vemos, pero ella decide hacerse la sueca, o la vasca, que es más cabezota, y planta el plato igual. Ha invocado al fantasma de la casa y ahora no sabe cómo deshacer el entuerto.

—¿Esperamos a Irina? —pregunta con optimismo.

—Esa no come. —Me acomodo en la silla—. Se alimenta de drama y de las ganas de joder al prójimo.

—Come perfectamente —me corrige Sabina—. Otra cosa es que su paladar no acepte nuestra compañía ahora mismo.

Amaia no retira el plato, lo deja en medio del mantel, convertido en un faro de hostilidad pasiva. En otro momento diría alguna burrada para airear el ambiente, algo sobre sacrificios humanos o dietas de aire. No digo ni pío, lo cual me toca la moral casi tanto como el sitio vacío.

Mientras Sabina marea la ensalada y se sirve agua con rectitud monacal, yo agarro la botella de vino y me lleno la copa con alegría. No es alcoholismo, es supervivencia. Para aguantar este bodegón de naturaleza muerta necesito que el hígado me haga de *airbag*.

—¿Has hablado con Sara? —pregunta Amaia, concentradísima en una hoja de lechuga.

—Sí. Me ha dedicado un par de consejitos de los suyos.

Sabina esconde una media sonrisa detrás del vaso.

—Sara tiene una pedagogía muy física. A mí también me ha dado un repaso.

Amaia fija la vista en el aliño. Esa seriedad es nueva y me sienta regular.

—Lo de hoy con las niñas... —arranca con ese tono solemne que precede a las conversaciones que me dan dolor de cabeza.

—Ha estado bien —la corto antes de que se ponga intensa—. Han sobrevivido, nosotras seguimos aquí y nadie ha incendiado la casa. Éxito rotundo.

—Ha estado... real —insiste ella.

Me tienta escupirle que lo único real aquí es que la comida se enfría y que su vena dramática empieza a darme sudores, pero me callo porque Amaia hoy tiene una cara que me quita las ganas de bromear.

Sabina clava el tenedor en un tomate y levanta la vista hacia mí.

—¿Te ha escocido mucho el «ya veremos»? —pregunta con cuidado.

—Ni que fuera nueva en este circo.

—Claro.

Sabina me sostiene la mirada.

—Julia. —Amaia baja el tono—. No tienes por qué tragarte esto tú sola. Se supone que estamos en el mismo bando.

—No me estoy tragando nada que no sea este pepino mal cortado. —Me meto un bocado enorme solo por joder, fiel reflejo de mi madurez legendaria.

Sabina pasa de entrar al trapo y se dedica a su agua, mientras el cuarto plato sigue entre nosotras con su vacío ridículo y perfecto. No hay bronca, no hay gritos, y ese es el problema: prefiero mil veces un portazo a esta vigilancia sanitaria.

Irina aparece por la tarde tan normal. Se descalza en el recibidor y se desabrocha un botón de la camisa. Ni un hola, ni un perdón por el retraso, ni un comentario sobre lo bien que me sienta el estrés crónico. Irina no malgasta saliva en cortesías; prefiere comunicarse con gestos que solo entiende la gente con tres másteres en altanería. Me hace una seña con la barbilla hacia arriba.

Y yo, que tengo el orgullo de una emperatriz caída en desgracia, pero la obediencia de un chucho faldero cuando ella me silba, la sigo escaleras arriba. La sigo porque necesito comprobar que es de carne y hueso y no un invento de mi imaginación para hacerme la vida imposible.

Entramos en nuestra habitación. El ambiente es raro. No hay tensión sexual, que ya es raro en nosotras, sino una especie de intimidad de supervivencia. Abre un cajón, revuelve entre su seda italiana y saca un sobre de papel pequeño que me tiende con la punta de los dedos.

—¿Qué es esta mierda?

—Nombres.

Lo abro: dos identidades nuevas con sus correspondientes números, rutas, horarios y puntos de recogida detallados. Irina tiene

esa fe ciega y un poco psicópata en que el caos del universo se puede domesticar si haces suficientes listas en papel bueno.

Se sienta en el borde de la cama y me señala el sitio a su lado con un golpecito en el colchón.

—Siéntate.

—No me des órdenes en mi puta casa, que pareces un sargento de la KGB con falta de fibra —le digo por pura inercia.

—Cariño, por favor.

Me siento. Me ha ganado por cansancio y porque sus ojos tienen un peso que me hunde las lumbares. Qué humillación más tonta. Me coge la mano, me la gira con una delicadeza técnica y se pone a inspeccionarme la palma.

—Hoy lo has hecho bien.

Lo dice porque sabe que estoy a punto de explotar y no tiene ni idea de cómo frenarme.

—Mucho mejor que tú, eso está claro.

Me aprieta los dedos.

—No me gusta mentirles a las niñas.

—Pues a mí no me ha gustado que le plantaras a la pequeña ese «ya veremos» —le escupo. Aprovecho que me tiene sujeta para que se lo trague entero. La astilla ha salido, pero el hueco que deja duele de cojones.

Irina no se disculpa, no me manda a la mierda, no hace nada. Eso es lo que me quema: que no reacciona cuando necesito pelea.

—No era el momento de decidirlo.

—Era el momento de cerrarlo de una puta vez, Ira. Que parece que estemos alquilando nuestra propia vida mes a mes, joder.

Ella baja la vista a nuestras manos entrelazadas y luego vuelve a subirla.

—No lo voy a decidir hoy —zanja.

—Ya. Pero es que es NUESTRA hija, no lo decides tú sola.

Soy una bomba de relojería. Me siento madre coraje, tonta despechada y alguien que quiere prender fuego a algo, todo a la vez. Irina me levanta la mano y me besa los nudillos. Es un gesto de otra época, algo raro en ella. Me bloqueo.

—No quiero que tengas miedo.

—Pues no me lo pongas tan difícil, coño.

Mide la distancia y apoya su frente contra la mía. No hay espacio para respirar.

—Te quiero.

Me pican los ojos. Me pongo de una mala hostia tremenda cuando me hace esto.

—No empieces con eso ahora.

—Es la verdad.

—Si me quieres, deja de darme por saco con tanta incertidumbre.

Me río por la nariz porque si no me río, la mato o me pongo a llorar. Irina se separa, se levanta y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Me deja ahí tirada en la cama, con el sobre en la mano y la impresión de que todo está a punto de irse a la mierda.

—Tengo que hacer una llamada.

—Claro que tienes que hacer una llamada —le grito a su espalda —. Tú arreglas el mundo por teléfono en tres minutos y yo aquí con el papelito.

Sonríe, una curva de nada. Es el único premio que voy a sacar hoy. Y se larga por el pasillo. Miro el papel con los nombres de nuestra familia de mentira. Me entran ganas de masticarlo, pero lo doblo y lo guardo en la mesilla.

Me tumbo. El silencio de la casa me suena a cuenta atrás. Las niñas están por ahí con sus sombras discretas atentas a cada paso, acostumbrándose a que su vida tenga un perímetro de seguridad. Y yo aquí sigo, con el «ya veremos» incrustado como una patada en el hígado, consciente de que mañana me tocará volver a creerme mis propias mentiras.

Capítulo 9

Estoy en el pasillo de la planta de abajo metida en una cosa indigna: esperar con el pulso alegre por pasar el día a solas con mi mejor amiga. Patética, sí. Me apoyo en la pared, me cruzo de brazos, descruzo, vuelvo a cruzar. Me saco una pelusilla del pantalón para fingir que tengo una vida.

Amaia baja las escaleras con una bolsa de tela colgada del hombro y las gafas de sol en la mano. En el último escalón se para.

—¿Qué haces ahí?

—Ensayar mi papel de persona normal. Me sale fatal.

Ella pone esa cara de «me haces gracia», pero se la guarda. Se ajusta la bolsa al hombro.

—Venga. Que te conozco: o salimos ya o te da por liarla.

—Yo no la lío. Yo hago mejoras estructurales.

Amaia baja el último escalón, me pasa por al lado y me roza el brazo con los nudillos, breve, de «estoy aquí». Yo finjo que no me ha servido.

Salimos al jardín y el sol me recuerda que el verano es un invento del demonio para que las personas con mal carácter suframos el doble bajo una luz que no perdona ni una ojera. El camino de grava cruje bajo las zapatillas. Ahí siguen los dos gnomos de seguridad: tiesos, los ojos redondos y vacíos. Uno tiene un desconchón en la oreja. El otro está torcido, inclinado hacia la izquierda, y así lleva toda la vida.

—Míralos —digo—. Dos señores bajitos que vigilan la casa. Me dan mucha tranquilidad.

—A ti no te tranquiliza ni un sedante.

—Oye, no me difames. A mí me tranquiliza dormir ocho horas y que nadie me hable. Es muy fácil.

—Y muy compatible con tu personalidad.

Vamos hacia el coche. El chófer ya está al lado, preparado, con esa postura educada de siempre. Abre con una floritura que me dan ganas de aplaudirle por tonto.

Bajamos por el lateral. Los escoltas se colocan detrás, a su rollo, cada uno con su coche, su pinganillo y su cara de haber aprendido a no opinar nunca.

—¿Irina te ha contado algo más? —pregunta Amaia, ya cerca de la puerta.

—Irina ha dicho lo mismo que a todo el mundo y luego ha salido disparada a hacer cosas de Irina.

—Julia.

—¿Qué? Es verdad. Si entro en su despacho y le cambio de sitio dos carpetas, igual se le apaga el universo.

Amaia se ríe y me empuja con el hombro, suave.

—Si quieres, te ayudo.

—Qué bonita eres cuando fomentas el vandalismo.

Nos lleva el chófer porque Amaia no quiere conducir los coches de la finca, y yo no tengo carnet. Ni lo voy a tener. Bastante tiene el planeta con mi carácter; no hace falta añadirle toneladas de metal a mi alrededor.

Me meto primero. El cuero está fresco, el olor a coche caro me sube a la nariz y me da rabia que me guste. Amaia se sienta a mi lado y deja la bolsa entre sus pies. El chófer cierra con cuidado. Detrás, los escoltas arrancan. Lo oigo por el zumbido de motores.

Amaia se pelea con el cinturón. Tira, se le engancha, vuelve a tirar.

—Dame eso —le digo, con la mano extendida.

—No, ya... —Se le engancha otra vez y chasca la lengua—. Joder.

—Bienvenida al club: mujeres competentes contra objetos simples.

—Cállate y no mires —me ordena, mientras por fin encaja el clip—. Ya.

Yo la miro más, por supuesto.

—¿Se puede saber a qué vamos? —pregunto, con la cabeza apoyada en el respaldo.

—A por ropa y unos papeles.

—Qué emocionante. Turismo administrativo.

—Me dejé la carpeta de la escuela y necesito un par de cosas más —dice, y se recoloca el pelo detrás de la oreja—. No aguanto más ahí arriba sin mis trastos.

Ese «mis trastos» me rasca por dentro, porque suena a vida fuera de esta casa. A otra puerta. A otro armario. A un sitio donde yo no soy parte del mobiliario. Me noto el gesto en la boca y lo corto con sarcasmo, que es más limpio.

—Claro. Sin tus fotocopias te desintegras. Eres una yonki del papeleo, pelirroja. Admítelo y nos ahorramos el sufrimiento colectivo.

—No empieces, Julia.

Lo dice sin ganas de guerra.

El coche arranca. Yo miro por la ventanilla, luego vuelvo a ella. Amaia y yo solemos hablar de cualquier mierda. Nos empujamos, nos damos un codazo, nos tocamos la mano sin pensarlo. Hoy vamos más quietas. Me siento estúpida por notarlo y más estúpida por importarme.

Le miro las manos. Manía fea. Uñas cortas, cuidadas. La alianza de Sabina le brilla al girar la muñeca, un destello pequeño cada vez que mueve los dedos. No lo comento.

—¿Has dormido algo o ese careto viene de serie con el bolso?

Amaia apoya la nuca en el respaldo y cierra los ojos un momento. Los abre despacio.

—Poco y mal. Si este coche da vueltas una hora más, igual caigo aquí mismo.

—Perfecto. Tú te duermes y yo le doy conversación al chófer. Le pregunto por su infancia y lo dejo traumatizado.

El chófer carraspea, discreto. Amaia me da un toque en la pierna.

—Ni se te ocurra.

—Qué poco confías en mí. Si yo soy encantadora.

—Tú eres peligrosa.

—Gracias. Por fin alguien lo reconoce en voz alta.

Amaia deja la cabeza apoyada, pero ya no cierra los ojos. Me busca con la mano, la deja cerca de mi muslo, sin tocar. Yo miro esa mano, luego al frente, y al final le engancho un dedo con el mío, rápido, como si fuera un gesto sin importancia.

—¿Mejor? —pregunta ella, bajito.

—No te flipes. Solo evito que te caigas al vacío existencial del asiento.

—Ajá.

Yo sonrío con una esquina de la boca. Me sale una risa breve y me la trago a medias. Amaia también se ríe, más abierta. Vuelve la Amaia de siempre, la que me entiende aunque yo vaya de borde.

Salimos de la finca y entramos en carretera. Urbanizaciones, rotondas, setos cortados al milímetro. Casas con fachadas limpias y persianas bajadas. Todo ordenado. Todo demasiado bonito. A mí eso me pone de mal humor.

—Me sigue pareciendo una locura —dice Amaia, con la vista fija en la nuca del chófer.

—¿El qué? ¿Que hayamos decidido dejar de mentir a las crías o que Irina no nos haya tirado por una ventana todavía?

Amaia resopla.

—Todo. Contarles la verdad así.

—Se iban a enterar igual. Les hemos ahorrado el trabajo. Bastante tienen con el pavo y el TikTok como para ponerse a montar un caso de investigación en casa.

—No es una broma, Julia.

—No lo es —digo, y me escucho más seria de lo que quería—. Pero si empiezo a hablar como un manual de crianza, me pego un tiro.

Amaia se toca las cutículas, una por una, con el pulgar. Luego levanta la vista y me recorre de arriba abajo, despacio. No me gusta esa mirada porque ve cosas que yo escondo hasta de mí.

—¿Tú crees que nos van a perdonar?

—Lo dudo —le contesto—. Yo a su edad me habría largado por menos. Y habría vuelto solo para gritar. Pero prefiero que me odien con la verdad encima de la mesa a que me abracen por una mentira.

Amaia aprieta los labios. Asiente una vez. Me busca la mano ya sin disimulo y me la agarra. Me aprieta fuerte un instante, como si necesitara comprobar que estoy ahí.

—Eres una bruta.

—Y tú una intensita funcional. Estamos empatadas.

—Funcional dice. Te voy a poner eso en tu epitafio.
—Ponme «bruta funcional». Que suena a electrodoméstico caro.
—Eres idiota.
—Y tú me quieres.
—Te quiero, sí —dice—. Aunque seas un problema.
—Qué romántica. Casi lloro, tía. Casi.
—No llores. Que luego me haces terapia inversa y acabamos mal.
—Yo no hago terapia. Yo hago comentarios que te dejan pensando en la ducha.

—Eso es terapia, Julia.

—Pues denúnciame al colegio de psicólogos.

Madrid nos recibe con ruido y prisa: bocinazos, motos, gente cruzando mal, gente al móvil en mitad de la acera. Se me aflojan los hombros con el movimiento. Chueca desfila por la ventanilla: barbas cuidadas, perros caros, gafas grandes, camisetas blancas. El coche frena frente al portal de siempre. Amaia se inclina hacia mí.

—Vamos a hacerlo fácil. Entramos, cogemos lo que necesito y salimos. Sin peleas.

—¿Con quién iba a pelearme? ¿Con una percha? No me tientes.

—*Txiki*.

—Vale, vale. Me porto bien.

El chófer se baja y nos abre. Amaia sale primero esta vez. Yo la sigo y antes de que cierre la puerta, le rozo el codo con el mío.

—Oye —le digo—. Si hoy me pongo insoportable, me das un toque.

Amaia me pone dos dedos en la muñeca, donde late el pulso.

—Te lo doy ya. Respira, anda.

Respiro. Una vez. Dos. Me lo trago. Y ella tira de mí hacia el portal.

Me giro hacia el coche de los escoltas y les saludo con dos dedos en la sien, despacio, bien visible. Para joderles el numerito de tipos duros. Que lo apunten: su camuflaje es una mierda y yo no estoy para reverencias.

Amaia ni se vuelve. Mete el código con el pulgar, un bip, y empuja la puerta con el hombro. Yo entro detrás, a rastras, y dejo que la madera me roce la espalda al pasar.

—¿Tus chicos esperan aquí fuera o van a subir a hacernos los coros? —pregunta, ya de cara al ascensor.

—Abajo —digo—. Y que respiren por la nariz, si saben. Si suben, me van a pedir un plus de peligrosidad en nómina cuando vean que soy capaz de beberme tu reserva privada de *whisky* antes de la una. No quiero testigos de mis talentos.

—No tenemos alcohol, ya sabes.

—Ya. Lo de «no tenemos alcohol» lo dices con mucha seguridad para una persona que vive en el mismo barrio que una tienda 24 horas.

—En casa no hay.

—Qué decepción. —Me paso la mano por el pelo, lo dejo peor—. Entonces me vas a tener sobria. Qué mal plan, Amaia. Sobria digo más burradas y me salen más rápidas.

—Me apunto las dos cosas.

—Vas a necesitar libreta grande.

Amaia vuelve a reírse así, en corto. No se abre, pero se le afloja el cuello, el gesto mínimo de quien te aguanta porque te quiere, aunque te daría un sopapo educativo.

—¿Estás bien? —pregunta. Sin vueltas.

Yo apoyo la nuca en la pared del ascensor. Trago saliva.

—Estoy... —Me lo pienso—. Estoy de pie. Hoy me vale.

—Vale —dice ella. Y con ese «vale» me mete en una caja segura sin decirlo.

El ascensor sube. Me concentro en el panel para no girarme hacia ella.

—Oye —murmuro—. Si en tu casa no hay *whisky*, al menos dime que tienes galletas.

—Hay galletas.

—Perfecto. —Asiento—. Ya tengo motivo para no tirarme por la escalera. Quédate tranquila.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, son estrategias de supervivencia. —Me señalo a mí misma—. Esta unidad funciona por azúcar y mala leche.

Amaia alarga una mano y me toca el antebrazo. Presión justa. Luego la retira, como si nada.

—Entra y come algo. Después hablamos.

—¿Después hablamos? —Repito, con una risa bajita—. Me encanta cuando me pones horario para mis crisis. Muy profesional, tú.

—Funciona.

—Sí, joder. Funciona. Eso es lo peor.

La luz del piso se enciende. La puerta se abre. Yo me despego de la pared y la sigo fuera del ascensor.

Entro hasta el fondo porque he pateado este suelo de todas las formas posibles: descalza, con tacones de infarto y a la deriva con tres tequilas de más. Conozco el rincón exacto donde Sabina se encierra a llorar y ese otro donde Amaia se petrifica para no romperse delante de nosotras. Hoy todo este territorio compartido pesa de una forma que no sé por dónde agarrar.

El salón tiene ese punto de orden que me da una envidia de mierda. Hay libros acumulados con criterio y una manta tirada en el sofá.

Me acuerdo de cuando me instalé en la mansión de Irina, aquello era un museo de los horrores lleno de terciopelo rancio y muebles que olían a iglesia. A Irina le daba igual vivir rodeada de antigüedades que daban miedo. Tuve que meter las máquinas de obra y amenazar al decorador para que aquello tuviera un aire humano y moderno. El ático de estas dos es distinto: es de lujo, pero bohemio y acogedor.

Me acerco a la mesa baja y pillo el posavasos con forma de labios. Lo giro entre los dedos, lo estrujo y lo dejo otra vez en el mismo sitio.

—Esta mierda sigue aquí.

—¿Y por qué iba a tirarlo? —Alza la voz ella desde la cocina—. ¿Quieres agua o vas a seguir analizando la decoración?

—Agua. Venga. Planazo. Hidratación extrema. Me va a salir una piel que flipas.

—Te va a salir una personalidad nueva, a ver si hay suerte.

Amaia aparece con los vasos y me alarga uno. Al cogerlo, se nos juntan los dedos en el cristal. Lo sujetamos a medias. Ella no aparta

la mano; yo tampoco, esa falta de prisa me confirma que estamos a punto de meternos en un lío cojonudo.

—Gracias, corazón —digo, y me sale más bajo de lo que quería.

—De nada —contesta ella, seca, pero no suelta el vaso hasta que yo lo agarro bien.

Me bebo el agua de un trago y me entra por el camino equivocado. Toso, me limpio la boca con el dorso de la mano y hago un gesto de «estoy fenomenal».

Amaia apoya su vaso en la mesa y me da dos palmadas en la espalda, cortas.

—¿Y la carpeta? —pregunto para no seguir por el camino de las verdades que no me apetecen.

—En el despacho.

Cruzamos el pasillo y entramos en su zona de trabajo. Amaia abre un cajón, saca un sobre y lo encaja en el bolso sin perder tiempo.

—Listo —sentencia—. Voy a coger ropa.

—¿Te vas a llevar el vestidor entero a la casa del terror o vas a dejar algo para recordar que este es tu domicilio oficial? —Me apoyo en el marco de la puerta, cruzo los brazos.

—Solo un par de cositas.

—Ya, claro. Un par de cositas. —Me río por lo bajo—. Vais dejando cositas poco a poco. A ver cuándo reconocemos todas que os habéis mudado oficialmente.

—Ay, Julia... qué plan.

Amaia estalla en una carcajada. Y yo, que soy idiota de nacimiento, dejo de estar a la defensiva. Mal hecho. Estaría aquí con ella a solas toda la tarde y esa es una idea de mierda.

Entramos en el dormitorio. La cama está hecha y la ropa doblada, pero hay ese olor a su vida que me toca la moral. No es un decorado, es su puta casa. Amaia apila camisetas sin decir nada. Agarra una sudadera de Sabina, aprieta el algodón y la mete en la maleta.

Se sienta en el borde del colchón. Tiene los hombros caídos y una cara de sueño que no se quita ni durmiendo un mes seguido.

—Estoy rara —confiesa al final.

—Vaya. Gracias por la exclusiva, no me había dado cuenta. Pensaba que estabas así de alegre por naturaleza.

Ella intenta reírse.

—No es mal... —Se frota la frente con dos dedos—. Es que no sé dónde tengo la cabeza.

—Pues búscala pronto, que tenemos que irnos con la familia feliz. Amaia me sostiene la mirada. Respira hondo por la nariz, una vez.

—Estoy cansada, Julia.

—Ya lo veo. —Me siento en la cómoda, no del todo, con el culo en el borde—. Tienes la cara de quien ha dormido cinco minutos y los cinco han sido una discusión.

—Qué delicada.

—Soy una poeta. Una artista del tacto.

—No me hagas reír ahora.

—¿Por qué? ¿Se te desmonta el personaje?

Ella endereza la maleta.

—No tengo personaje.

—Ya, ya. Eso díselo a Sabina, que te mira y ya te ha diagnosticado tres cosas y dos son incurables.

—Sabina no diagnostica a la gente por mirarla.

—Sabina diagnostica lo que le da la gana. Y luego te lo zampa en una frase y tú hasta le das las gracias.

Niega con la cabeza, termina con la maleta y se levanta. Se mueve con mucho esfuerzo para llevar cuatro bragas y dos sudaderas. Me roza el brazo al pasar hacia el baño. Antes nos habríamos dicho alguna burrada o nos habríamos mandado a la mierda con cariño, pero ahora no decimos nada. El contacto molesta. Estamos demasiado cerca para lo que nos conviene.

En el baño están los cepillos de dientes: el rosa de Sabina y el blanco de Amaia, uno al lado del otro. Hay pinzas con purpurina sobre el mármol, una goma del pelo, un bote de crema abierto. Lo normal. Lo de todos los días. Y hoy me molesta.

Amaia abre el neceser y mete cremas y el cepillo con prisa, sin mirar lo que mete primero. Cierra la cremallera. La uña le engancha y hace un ruido seco.

—Ya está —dice.

—De puta madre. Pues volvamos a la mansión Corleone.

Amaia no se mueve. Tiene el neceser en una mano y la otra apoyada en el borde del lavabo. Mira la cama desde la puerta del baño. Luego a mí. Sus labios se separan.

—¿Te apetece...?

—No me digas «te apetece» con ese tono —la corto de golpe—. Que luego me creo que es una invitación y acabamos mal.

Amaia no se ríe para quitarle importancia. No se hace la ofendida.

—¿Te quieres tumbar un rato? —pregunta al final—. Solo diez minutos. Estoy muy cansada.

Diez minutos. Menuda mentira. Diez minutos aquí significan cuarenta, una charla de las nuestras, una mano en la espalda y terminar fritas. Lo hemos hecho mil veces, pero hoy la propuesta pesa más de la cuenta.

—Diez minutos. Claro. Y mañana me hago *runner*. Sabes que diez minutos no existen. En diez minutos nos da tiempo a fastidiarlo todo.

—Cinco —recorta ella, seca.

—Cinco sí. Cinco es un rato de nada, un trámite.

Amaia deja la bolsa en el suelo, se quita las gafas y se estampa contra el colchón en su lado de siempre. Yo me descalzo a cámara lenta. He dormido en este sitio mil noches, así que no sé a qué santo viene tanto protocolo ahora. O sí lo sé y por eso tardo tanto en quitarme el otro zapato.

—¿Vas a venir o piensas quedarte ahí de pie?

—Estudiaba el techo. Este ático es una maravilla. Tiene carácter.

—Ven.

Me tiro a su lado. El colchón cruje. Ella me planta una pierna encima, sobre el muslo. Lo de siempre. Lo de toda la vida. Hoy, en cuanto me cae el peso, se me tensa el estómago y se me seca la garganta.

—Estás a mil grados, tía —digo, porque si no abro la boca, se me nota todo.

—Hace calor, Julia.

—Gracias por el parte meteorológico.

Amaia gira la cabeza hacia mí, la frente relajada, la boca apretada para no reírse. Me rodea la cintura con la mano por encima de la camiseta. La palma firme. No hace presión, pero el contacto pesa más de lo habitual. Me late el pulso en el cuello, una cosa fea.

—Te estás poniendo tensa —dice.

—Yo no me pongo tensa. Yo soy así, de serie: encantadora y relajada.

—Ajá.

—No me hagas «ajá». Eso es violencia pasiva.

Se le escapa una risita mínima y acerca la cara al hueco de mi cuello. No me besa. Apoya la boca ahí, quieta. La respiración me roza la piel.

—Amaia —digo, bajito—. No hagas eso, anda, no seas cabrona.

—¿El qué?

—Ya lo sabes, no te hagas la tonta.

Amaia abre un ojo. No pone cara de susto ni de broma.

—Solo estoy cansada, Julia.

—Ya, ya.

—Julia.

—¿Qué?

Hace un círculo lento en mi cintura, pequeño, sin prisa. No es una caricia de pornazo. Es peor, porque es cotidiana. De casa.

—Nada —dice al final.

—«Nada». Mi palabra favorita. La tuya también, por lo visto. La usas para todo: para no discutir, para no llorar y para no decir «me estás jodiendo viva».

Su pierna sigue encima. Su mano sigue en mi cintura.

—No digas esas cosas.

—¿Qué cosas? ¿Las que suenan feas? Pues mira qué pena, Amaia. A mí las cosas bonitas me salen regular.

Amaia me aprieta la cintura. Un apretón corto. Luego afloja. No se aparta.

—Julia, mírame.

La miro. Le veo los labios entreabiertos, la respiración en la comisura. Me aguanto una sonrisa porque si sonrío me delato.

—Ya te miro. ¿Contenta?

—No te estoy pidiendo nada raro. Solo... párate un momento.

—Yo no sé parar, tía. Yo sé correr y reírme. Parar me da alergia.

Amaia vuelve a cerrar los ojos. Sus dedos se quedan quietos en mi cintura, abiertos. La pierna me pesa, cálida, y me cabrea que me guste.

—Esto es una trampa —murmuro.

—¿Qué trampa?

—Que me abrases así. A cara descubierta. Sin el teatrillo de «uy, perdona, no me he dado cuenta».

Amaia abre los dos ojos. Me enfoca bien. La mandíbula se le marca.

—No estoy fingiendo despiste, te estoy abrazando a conciencia, ¿te molesta?

—Ya lo veo. Y no me molesta, pero me...

Amaia no se encoge. Me corta.

—Julia...

—No digas mi nombre así, por favor. Me pongo de los nervios.

—Pues respira.

Se ríe, pero la risa se le apaga rápido. Me toca con el pulgar la piel de la cintura, donde se ha subido la camiseta un dedo.

—No me lo pongas difícil, cariño. Que hoy vengo floja y tú encima vas de santa.

Amaia se ríe otra vez, más abierta.

—¿Yo de santa?

—Sí. De santa con pierna encima y mano en mi cintura. Santa patrona del roce.

—Eres tonta, no te pongas rara.

—A ver, Amaia. Esto es lo más indecente que hemos hecho nunca y aquí no hay ni una teta fuera. ¿Qué hacemos, meditación guiada o qué?

Ella se parte y aprieta los labios para no seguir. La mano no se mueve de mi cintura.

—Qué decepción de amigas —murmura—. Déjame dormir, anda.

Miro el techo. En mi cabeza se cuelga Sabina: su sudadera en la bolsa, el cepillo de dientes rosa en el baño, la frase de Sara en modo

altavoz. Luego Irina, con ese «ya veremos» clavado donde molesta. Aprieto los dientes.

—¿Sabina sabe que estamos aquí haciendo la siesta? —pregunto para meter a alguien más en la habitación. Para ensanchar esto, aunque sea a patadas.

Amaia se ríe entre dientes. Me mantiene pegada con el brazo, sin fuerza, pero sin salida.

—Sabina sabe que veníamos a por trastos.

—Sabina siempre sabe demasiado. Es una pesada con carrera.

—Sí.

—¿Y tú qué sabes?

Tarda en responder. La mano vuelve al círculo pequeño en mi cintura. Un círculo y otro. Me pone nerviosa.

—Hoy no quiero saber nada —dice.

—Mentira guarra.

Me pellizca, suave, sin hacer daño. Un aviso.

—No me lles la contraria en voz alta.

—Mira la que no manda, pero manda.

—Julia.

—Qué.

—Nada.

Nada otra vez. Me apetece saltar de la cama, gritar que somos idiotas y largarme al salón a ver la tele. Pero no me muevo. Y lo que antes era un abrazo normal ahora es algo que quema si intentas ignorarlo.

Ni puta idea de cuánto tiempo pasa. El reloj es para los que tienen cosas mejores que hacer, y yo ahora mismo solo soy un bulto con conciencia. Amaia respira despacio. No sé si está frita o si está haciendo el papelón de su vida para no tener que decir ni mu.

Mi móvil vibra en la mesilla. Una vez. Otra. Que le den. Si lo cojo, vuelven los correos, los problemas de logística y la gente que no huele tan bien como esta mujer. Ahora mismo prefiero este limbo. Este «nada» que me está ocupando todo el ancho de banda.

Amaia se menea. Se arrima más. Su mano sube un centímetro por mi cintura. Un puto centímetro que pesa de cojones. Aprieto los dientes. No la quito, pero tampoco la busco más. Me quedo. Y

quedarme es confesar. Es decir «sí, aquí estoy, jódeme la vida si quieres».

Al final doblo. Me quedo traspuesta un rato. Lo justo para despertarme con la boca pastosa y la sensación de que el día se me ha escapado entre los dedos. La luz de la habitación ya no es la misma. Amaia está despierta. No se ha movido.

—¿Cuánto tiempo llevo babeando tu almohada?

—Una hora.

—¿Lo ves? —refunfuño—. Te dije que los diez minutos eran una leyenda urbana.

Amaia sonríe. La miro y lo fácil sería hacer la gracia de siempre y desactivar el asunto con un «venga, que nos vamos». Pero hoy esa tontería no sirve. Hoy sería confirmar que estamos en el fango. Así que me aguanto. Deberían darme una medalla al autocontrol o una hostia para que reaccione.

Me levanto despacio. El colchón me reclama, pero tengo que salir de aquí.

—Hay que moverse.

Amaia asiente. Se sienta en el borde de la cama y se recoloca el pelo. Se pone su máscara de mujer seria, pero los ojos no le hacen caso.

—Sí —dice ella—. Tenemos que volver.

Nos calzamos las zapatillas. No decimos ni una palabra sobre el rato que hemos pasado ahí tumbadas, básicamente porque no ha pasado «nada». Y ese es el problema: que este «nada» pesa un quintal, ocupa espacio y me cambia hasta la forma de pisar el pasillo. Salimos al salón. Miro la manta tirada, el posavasos de labios y las fotos de la estantería. Antes eran trastos. Ahora son testigos de mi estupidez.

Llegamos al recibidor. Cojo mi bolso y abro la puerta con un ímpetu que no viene a cuento.

—¿Estás bien, Julia? —La voz le sale baja, medida.

—Estoy de lujo. He dormido en tu cama de millonaria y me has dado palique. Solo me falta robarte una planta de estas para redondear la tarde.

Bajamos en el ascensor. No hay incomodidad, lo que hay es hambre de la mala. Salimos al portal y el aire de la calle me espabila de golpe. Ahí están los tíos de seguridad, con esa cara de no haberse enterado de nada cuando seguro que saben hasta mi grupo sanguíneo.

El coche está ahí, con el motor en marcha. Nos metemos. El conductor nos cierra la puerta y nos instalamos en ese microclima de cuero y aire acondicionado. Antes de que el coche arranque, Amaia se gira.

—Julia.

—¿Qué? —Se me acelera el pulso porque cuando usa ese tono es para largarme algo que no voy a saber dónde meter.

Ella duda. Está a puntito de decir algo real. Ya no le funciona lo de hacerse la tonta.

—Da igual —dice al final, girada hacia la ventanilla.

El coche arranca. Madrid pasa por delante de mis ojos mientras yo pongo cara de que aquí no ha pasado nada. Pero por dentro solo hay un pensamiento: no ha pasado nada nuevo, y por eso mismo, todo es distinto.

Capítulo 10

Aterrizamos en la mansión entre el bochorno, los matones con cara seria y nosotras tragándonos las palabras. El coche casi ni ha parado y yo ya tengo la lengua afilada.

Amaia viene detrás de mí, arrastra los pies, con un cortocircuito mental que se huele desde la otra punta del jardín. Ha decidido aplicarme la técnica del vacío absoluto: que yo me monte mi película de terror y acabe con un ruego de perdón por algo que ni he hecho. Su gran truco de psicóloga: callarse y esperar a que mi cabeza me traicione. Menuda jeta.

Entramos en el salón y ahí está Irina, repantingada en el sofá con un chándal. Un chándal de Irina, claro. En cualquiera sería rendición; en ella es «puedo firmarte la sentencia» mientras termina de pelar una mandarina. Piernas recogidas, un brazo en el respaldo, la cara tranquila. Con el pulgar ordena los gajos en el cuenco y ni así se le mueve el gesto. La mirada no pasea: se clava y te administra. Qué tía más intensa; la empujaría con el pie solo por ver si se digna a existir.

Al otro lado, Sabina hace el ridículo con Robin en brazos. Baila con la música a tope y una sonrisa de oreja a oreja. Está guapísima, la tía. Me salta un *flash* de ella con veinte años, en mitad de una discoteca, y tengo que agarrarme al marco de la puerta para que la nostalgia no me mande a la mierda.

La diferencia es que ahora lleva al nieto encima. El crío es un cruce genético que no hay por dónde pillarlo: es el hijo de Mikel, el hijo de Sabina. Vamos, que Sabina y Amaia son las abuelas oficiales, por mucho que a la rubia le dé un síncope cada vez que oye la palabra. Irina y yo somos las titas porque Vega, la madre del enano, es hermana de Irina. Un árbol genealógico que parece un plato de espaguetis.

El niño es un espectáculo, con ese pelo largo y una cara monísima que no se le aguanta. Va colgado del cuello de Sabina y suelta carcajadas que te ablandan el carácter aunque te esfuerces en mantener la mala hostia. El muy cabrón tiene talento para el chantaje emocional; ya apunta maneras.

Vera y Svet están en el suelo, sobre unos cojines, y rajan como dos viejas en la cola de la carnicería.

Sabina no para. Da otra vuelta, nos localiza y nos saluda con la mano libre, sin soltar al niño.

—¡Hombre! ¡Ya está aquí la policía de las buenas costumbres! —grita por encima del bajo—. ¿Venís a poner una multa o vais a saludar, guapas?

—Y tú eres la policía del ridículo, no te digo.

La pulla me sale suave, porque Robin me ve, estira el brazo hacia mí y me señala, encantado.

—¡Tita! —chilla, orgulloso. Lo dice con pecho y todo.

—¿Tita? —repite Sabina, indignada de mentira—. ¿Y yo qué soy, bonito? A ver: otra vez. Sabina. Sa-bi-na.

Intenta adiestrarlo para que no le hunda la reputación de *sex symbol*. Robin la mira y se le ilumina la cara. Le planta una mano en la mejilla, le aprieta con cariño y lo dice clarísimo:

—¡Abuela!

Vera se dobla de la risa, Svet se tapa la boca para no escupir un «te jodes» que se oiga en Rusia e Irina cierra los ojos y se ajusta el puño del chándal, mientras se traga la carcajada. Amaia expulsa aire por la nariz y deja la mirada clavada más de la cuenta, con media sonrisa que no termina de nacer. Sabina me señala con el dedo, convencida de que yo soy la mente criminal detrás de esto.

—No. Esto es cosa tuya —me acusa—. Le has dado clases particulares de sabotaje.

—¿Yo? —Me llevo la mano al pecho y me sale hasta un gallito—. Si soy un ejemplo de prudencia. De moderación. De... —Me repaso de arriba abajo—. De presencia institucional.

Svet, desde el suelo, me corta con una frase seca:

—Tú metes normas y miedos.

—Gracias, guapa. —Me giro hacia ella—. Qué bonito lo pintas. Luego me haces un retrato y lo colgamos en el baño, para que nadie se relaje.

Me acerco al sofá y le birlo a Irina un gajo de mandarina del cuenco. Irina baja la vista al hueco que dejo, recoloca el cacharro con dos dedos y solo entonces me levanta los ojos.

—¿Te lo he ofrecido?

—No. Esto es lo mejor. —Me lo meto en la boca—. Así te mantengo despierta.

Irina devuelve la atención al salón, apoya la yema del dedo en el borde del cuenco y lo deja en su sitio. Y ya.

—Devuélveme la cáscara cuando acabes.

—Qué romántica eres, eh.

Robin insiste. No entiende por qué, pero sabe que nos tiene descojonadas con esto.

—¡A-bue-la! —lo dice con las sílabas bien separadas, feliz con cada letra.

Sabina lo sostiene bien, con una mano firme en su espalda y con la otra le recoloca el pelo de la cara. Tiene los ojos brillantes y la boca apretada para no reírse. No lo consigue.

—Robin, cariño —dice, con voz templada—. Eso que haces se llama acoso. Yo no soy abuela. Yo soy... —busca salida— la madre joven y con estilo de tu padre. O Sabina. Sabina te vale. Llámame Sabina y te compro un camión de bomberos.

Amaia entra al barro. Da un paso adelante, descruza y vuelve a cruzar los brazos, y no tiene piedad ninguna:

—Eres su abuela.

Sabina gira el cuello hacia Amaia, despacio, y la fulmina con una mirada larga. Aguanta la sonrisa en la boca. Luego:

—Cállate, cariño, que tú vas detrás.

Amaia se ajusta las gafas, tranquila.

—Ya lo sé.

—Pues entonces no aceleres el proceso, bonita.

Vuelve la cabeza hacia Robin y le apoya los labios en la frente. El crío le engancha un dedo en el cuello de la camisa y se lo arruga todo. Sabina le roza la mejilla con la punta de la nariz y le hace dos

chasquiditos suaves con la lengua, bajito, sin vergüenza. Se le cae la baba con el crío. Se le cae toda y no disimula nada, y lo peor es que sabe que la miramos y le importa una mierda.

Me sube un calor de los buenos por dentro al ver a la rubia así de idiotizada. Sabina con un niño en brazos siempre fue difícil de procesar, pero esto es indecente. Con sus propios hijos funcionaba por tramos: a veces era una madre de la hostia y otras se iba a otra habitación a ser Sabina y se olvidaba de que existían. Pero con Robin es una babosa profesional. Entregada, ridícula y feliz.

Me jode muchísimo que me guste verla así.

—Fíjate, Amaia, si le está haciendo ruiditos con la boca. Sabina, que antes solo hacía ruidos si el vino no estaba a su temperatura —le digo, con un pellizco de ironía.

—Julia, deja de dar por saco. Que este niño tiene más clase que vosotras dos juntas —me contesta sin quitarle el ojo de encima al enano.

—Lo que tiene es un hambre que te va a comer un brazo —dice Amaia, y la risa le nace, contenida, sin moverse del sitio.

—Pues que me coma lo que quiera, que para eso soy su abuela.

Ahí está. Lo ha dicho. Se ha puesto el título ella sola y no se ha muerto. Me embobo al mirarla y odio lo mucho que me encaja esta escena de mierda y lo bien que le sienta a ella haber perdido el juicio por este renacuajo.

Irina, desde la esquina del sofá, eleva la barbilla. Espalda pegada al respaldo, manos quieta sobre las rodillas. Me sigue con los ojos, de arriba abajo, atenta a si todavía me dura el cabreo o si ya he bajado la guardia.

Yo entro con todo. Para qué calentar.

—Bueno. ¿Qué cojones pasa aquí? ¿Esto es una secta de captación o habéis abierto un parque de bolas en el salón? —Dejo el bolso en el primer sitio que pillo y pateo un calcetín de Robin que se me cruza—. Porque huele a crimen.

—Es el mix de Vega —explica Vera, que mueve los hombros con un ritmo que no hay por dónde cogerlo, eso no lo ha heredado de su madre—. Y Robin ha decidido que hoy se baila esto.

—Por lo menos Robin tiene un gusto decente, no como vosotras que escucháis basura —digo mientras busco un hueco.

Sabina está a lo suyo con Robin. Lo sujeta bien y le hace girar despacio. El niño se ríe a gritos y patalea, todo rojo, feliz. Ella levanta la vista hacia Amaia, que está de pie junto a la estantería, brazos cruzados y cara seria. La rubia le dedica una sonrisa pequeña, con un brillo de maldad educada en los ojos.

—Nena —canturrea—. Ven. Muévete un poco. Te vendrá bien. Prescripción médica.

Amaia ni pestañea.

—Paso.

—¿Paso? —repito—. ¿Tú? Si eres la primera que se mete en todos los charcos con música.

Amaia me mira fijo. No hay amenaza en su cara, pero sí ese «ni lo intentes» que te quita las ganas de seguir. No aparta la mirada; la sostiene y te obliga a recoger cable.

—Hoy no —dice, tajante. Y ya está.

Svet hace un chasquido con la lengua y se le mueve una comisura. Ni se ríe, la muy rata; te enseña lo mínimo para que te enteres.

—Uy. Alguien viene con el día torcido.

—Cierra el pico, Svet, antes de que te lo cierre yo. —Le saco un dedo a medias, sin ganas de escalar la guerra—. Con cariño.

—Ajá. Con cariño —repite ella, plana, y se recoloca el flequillo sin apartar los ojos de mí.

Irina no se suma porque ella no baila: ejerce de auditora de la diversión ajena. Se la ve cómoda, la tía. Sus ojos van de Sabina a Robin y luego saltan de las niñas a mí; con dos dedos endereza un cojín del suelo, para dejarlo donde a ella le gusta. Control de daños, con la armonía familiar como prioridad.

—Julia. —Sabina me clava la vista—. No te resistas, que te conozco. Al ruedo. —Me guiña un ojo. Tiene esa manía de provocar, la mujer.

Robin se escurre de ella y viene hacia mí en tromba, brazos abiertos; casi se tropieza con mis pies.

—¡Baila, tita! ¡Baila!

—Mira. —Vera se ríe y señala a Robin—. Orden directa del jefe. Firma, sello y todo.

—Vale, vale, ya voy —resoplo, a regañadientes—. Si lo ordena el dueño de la finca habrá que cumplir el protocolo de humillación pública.

Me quito las zapatillas de una patada y dejo el móvil cerca de Irina; al hacerlo le rozo la pierna. Un contacto de nada. Pero Irina reacciona: tensa los dedos en la tela y vuelve a dejarlos quietos, sin mirar abajo. Sé que por dentro está cagada porque me he pasado tres días sin darle ni la hora.

Me meto en medio del salón. La canción tiene un ritmo de esos que mi cuerpo pilla al vuelo, por desgracia. Vera se me pega al instante y Svet se une con esa cara de «estoy aquí por compromiso social y para reírme de vosotras».

—Esto no computa como baile oficial —avisa la muy estirada.

—Computa como que estás haciendo el ridículo con tu madre, así que cállate y relaja el cuello, princesa.

—No soy princesa.

—Ya. Eres el murciélago como tu madre. Venga, mueve el culo, que tampoco te va a salir sarpullido.

Vera me agarra las manos y tira.

—¡Julia, haz el giro! ¡El giro!

—El giro dice. Mira, si me rompo una rodilla, que conste que ha sido por amor maternal.

Svet mete un codazo para colarse en medio.

—Aparta, *drama queen*.

—Aparta tú, gremlin —le devuelvo, y la empujo con la cadera.

Bailamos a empujones, con carcajadas y pasos inventados. Vera se ríe tan fuerte que se le va el aire y me aprieta las manos con fuerza, empeñada en su coreografía. Svet termina por marcar el ritmo con el pie y eso ya es un evento histórico.

—¿Ves? —le canto.

—No te emociones —dice Svet, sin mirarme—. Es ejercicio mínimo.

—Es tu primer baile en sociedad. Te falta la tiara, nada más.

Al lado, Sabina se mueve con Robin en brazos otra vez. No baila a lo loco; lo lleva con una facilidad insultante, hombros sueltos, muñecas firmes. El crío va encantado, con los ojos abiertos y las manos disparando en todas direcciones. Le da palmadas en la mejilla, en la nariz, en el flequillo.

—¡Abuela! ¡Abuela!

Sabina le atrapa las manitas antes de que le deje la cara roja.

—Ni hablar. Yo soy la reina de esta casa.

Svet gira la cabeza, sin cambiar el gesto.

—Abuela reina. Monarquía absoluta de la tercera edad.

Vera se dobla de risa y casi se va al suelo. Yo la agarro por la cintura y la enderezo.

—Vais a traumatizar al niño con esas falsedades, panda de animales —protesta Sabina.

—El niño te está poniendo el título que te toca, rubia. Asúmelo con clase.

—Clase tengo —contesta Sabina—. Lo que no tengo es un seguro que cubra lesiones por baile maternofilial.

—Te lo cubro yo, doctora. Te pongo una tirita en el ego.

—¿En el ego? —pregunta ella—. Qué detallista. ¿Te has hecho un curso?

—Tengo un máster en sobrevivirte.

—Eso explica tu vocabulario.

Svet carraspea.

—Qué pesadas.

—Tú calla, que estás bailando.

—Estoy haciendo ejercicio mínimo —repite, pero el pie le vuelve a marcar el ritmo.

Sabina da un paso más y se coloca cerca. Robin alarga un brazo hacia mí, me toca la clavícula con la palma y me deja la mano pegajosa de galleta o de lo que sea que los niños producen sin avisar.

—Toma. —Sabina me ofrece una servilleta que saca de la nada, de algún bolsillo secreto de abuela profesional.

Le cojo la servilleta. Mis dedos rozan los suyos, apenas. Sabina no retira la mano de golpe; la baja despacio y vuelve a sujetar a Robin

con el pulgar tenso en la costura de su pantalón.

Y ahí pasa. Ese instante donde toda la mierda que hemos pasado y la complicidad que nos une nos explota en la cara. Me obligo a mirar a las cortinas, a las lámparas, a cualquier sitio que no sea su boca.

Porque ella y yo tenemos una norma. Una de esas que no se dicen para no darles realidad. Sabina y yo tocamos a todo el mundo. Somos de mano larga. Culo con codo, hombro con hombro, una palmada en la espalda o los dedos en el brazo. Es lo normal entre nosotras. Le doy un viaje a Ana en el pecho cuando se pasa de lista. Me cuelgo de Amaia cuando estoy de bajón. Le pego un pellizco a Sara en el muslo debajo de la mesa para que no largue alguna burrada. A Vera la agarro de la cara para regañarla y a Svet la empujo porque se lo busca.

Pero con Sabina no. A Sabina no la toco. Ni un roce de hombros, ni un choque de manos por accidente. No es que nos tengamos asco. Es que nos tenemos demasiado de todo lo demás. Y yo, con ella, las distancias las trabajo con una disciplina ridícula. Pacto de no agresión física.

O eso era el plan.

Porque hoy, con la música a tope, el heredero a grito pelado y estas dos plantadas en plan subnormal en el salón, el dichoso pacto me deja la garganta seca. Trago. No se me pasa.

Vera, que huele el drama y se tira de cabeza, me arrastra hacia Sabina.

—Venga, todos a hacer el corro, nada de grupos separados.

—Ni de coña —digo yo, rápida. Demasiado rápida. Gracias, Julia, disimula más.

Vera me mira. Una ceja arriba. La otra, lista para rematar.

—¿Ni de coña el qué, Julia?

—Nada —reculo, sin que se note que me está subiendo la temperatura—. Que yo ya no tengo edad para estas chorradas de guardería. Hacedlo vosotras y me contáis qué tal la experiencia.

Svet se dobla de la risa, la muy cabrona.

—A mi madre le ha dado un parraque preventivo. Se va a poner tiesa en cuanto demos tres vueltas.

—Tiesa te vas a poner tú de una hostia, niña.

Vera me trinca de un brazo, engancha a Svet y, por supuesto, el siguiente eslabón del despropósito es Sabina. Y ahí la tengo: me clava la vista con un desafío de los que pican, se sirve de Robin para cubrirse y me pregunta con la cara si voy a seguir con el papel de mártir o si voy a tener los ovarios de darle la mano de una puñetera vez.

Y como me ve bloqueada, y a la tía le encanta el espectáculo, baja a Robin al suelo. El niño protesta, claro: viene entrenado para conseguir lo que quiere.

—¡No! ¡Abuela! —berrea.

—Aquí —insiste ella, y le coloca las manos en los hombros para que se siente—. Aparca el culo ahí, rey. Mira y aprende.

El renacuajo se sienta con las piernas abiertas y cara de calcular si el trato le compensa o si nos manda a todas a la mierda.

Sabina alarga la mano hacia mí. Directa. La palma hacia arriba. Los dedos quietos. Tengo mil salidas de emergencia: fingir un ataque de asma, decir que me vibra el móvil en el culo, tropezar conmigo misma o lanzarme a la cocina a por agua y tardar veinte minutos en volver.

Pero Vera está pendiente de mis reflejos. Svet se relame. Amaia observa, preparada para recoger heridos; se descruza los brazos y los vuelve a cruzar, sin moverse del marco invisible que se ha puesto. E Irina, apalancada en el sofá, solo me mira. Una mano en el reposabrazos. Y ya.

Resoplo por la nariz. Muy chula yo. Qué bien se me da encerrarme en mis propias normas. Y lo peor es que me sale el instinto de tirarme al barro. Qué asco de cuerpo.

Así que agarro. Le agarro la mano a Sabina. No es un gesto romántico. No es una caricia. Es una mano. Un contacto de juego de niños. Y aun así me pega un latigazo por dentro. Seco. Rápido. Se me enciende el brazo. Se me hace un nudo en la tripa y se me seca la boca.

Sabina no aprieta, pero tampoco suelta. Mantiene la mano ahí, firme, caliente. El hecho de que no me quite la vista de encima lo convierte en una declaración de guerra.

—¡Giro a la derecha! —grita Vera.

Y allá que vamos las cuatro, entregadas al ridículo de forma estrepitosa al ritmo de la música. La mano de Sabina sigue pegada a la mía y yo no sé qué cara poner para no parecer una absoluta perturbada. Así que tiro de mi madurez de siempre: le saco la lengua y pongo cara de asco.

—Esto es una mierda.

—Esto es maravilloso —me contesta ella, tan tranquila.

—Tú eres maravillosa cuando haces el tonto —le susurro, porque el contacto me vuelve idiota y la boca me va sola.

—Y tú cuando te haces la valiente.

—Dais mucha grima las dos —apunta mi hija, tan feliz, sin enterarse de que me estoy pasando por el forro mi abstinencia de Sabina.

—Grima das tú, que parece que te has peinado con un petardo —le escupo sin mirarla.

—¡Otra! —grita Robin.

Sabina se dobla y lo levanta en el aire. El niño se pone a chillar de alegría. Menos mal. Volvemos al territorio seguro: el jaleo, el niño volando y el ruido que no te deja pensar. Pero mi mano sigue con una temperatura que no es normal. Mi cuerpo repasa la jugada. Se acuerda de que solemos tocarnos lo justo para no acabar en el juzgado con una demanda de divorcio de las otras dos.

Irina carraspea desde el sofá. Lo registra todo, no dice nada. Solo guarda la información. No me lo pone fácil la siberiana con su chándal de tres mil euros.

Amaia está al fondo, cerca de la puerta, en su propia nube de seriedad. Tiene la postura rígida. Me da un pinchazo de mala conciencia. Amaia no se merece ver los toros desde la barrera. Debería estar aquí, pero con nosotras todo es tan raro que a ver quién tiene lo que hay que tener para invitarla a la fiesta. Mala suerte.

Vera se me acerca, sudada y con una energía que me agota solo de verla, y me pega un empujón que casi me manda al suelo.

—Baila más, muévete —me ordena.

Svet se coloca justo detrás de mí y me agarra de los hombros para sacudirme con ganas.

—Venga, mamá, que estás rígida. Más ritmo.

—Quítame las manos de encima, desgraciada. —No hago nada por apartarla. Me dejo manejar porque me falta la fuerza hasta para indignarme.

Sabina gira con Robin en brazos y pasa junto a mí. Una vez. Otra vez. Me roza el brazo con toda la intención del mundo. Disfruta al ver cómo me bloqueo y no sé dónde mirar.

—Julia —me dice al oído cuando pasa—. Te estás portando muy bien.

La voz me entra por detrás de la oreja y me deja con el cuello caliente. Me muerdo la lengua porque lo de morderla sale más barato que liarla.

—No me busques, que me vas a encontrar y no te va a gustar el premio —le gruño.

—Yo no busco nada —se ríe ella—. Solo estoy bailando.

—Pues baila en otra comunidad autónoma, hazme el favor. Aquí hay fronteras.

Vera, que vive para el conflicto ajeno, abre la boca con un brillo en los ojos.

—¡Qué mandona es! ¿Te molesta el roce, Julia?

—Me molesta que respiréis cerca de mí, fíjate tú.

Vera me señala con el dedo, feliz.

—Mentira cochina. Te encanta que estemos aquí dándote el coñazo.

—Verdad absoluta. Sois mi penitencia diaria.

Svet se suma al linchamiento y me mira con cara de sabelotodo.

—Mamá —me dice, dispuesta a buscarme las cosquillas.

—¿Qué quieres ahora?

—Nada. Solo que tienes las mejillas rojas. Te va a dar algo en nada.

—Estoy viva, pesada. Tengo sangre, pulso y mala hostia. Todo en orden.

Svet chasquea la lengua, divertida.

—Esa frase te ha salido igual que a Sabina. Os estáis copiando.

—A ti te voy a mandar al Tíbet a practicar el arte de callarte, que hablas por encima de tus posibilidades.

—Ya tengo bastante con estudiar tu cara de mala uva a diario.

Le meto un hombrazo suave, ella me lo devuelve. Nuestro lenguaje: familia, cariño y microagresiones consentidas.

Robin, desde el hombro de Sabina, me mira y estira la mano hacia mí, mientras abre y cierra los dedos.

—Tita —repite, empeñado.

Esa manita me deja sin chulería. Trago saliva y me acerco, porque soy valiente hasta que un niño me llama tita y me enseña la palma. Le hundo los dedos en la tripa, sin piedad.

—Hola, jefe. ¿Has despedido a mucha gente hoy o te has tomado el día libre?

Robin se desternilla, se dobla encima de Sabina y da pataditas en el aire.

—¡Abuela! ¡Gusanitos!

Irina se ríe y habla desde el sofá.

—Ríndete, rubia. Ese papel de abuela te va mucho.

Sabina pone cara de indignación fingida. Se señala el pecho con una mano.

—Por favor, Ira. Si todavía me echan los tejos en la cola del súper. Tengo el espíritu intacto.

—Tienes el espíritu al borde del desguace —sentencio yo.

—Eso también —reconoce Sabina, tan ancha—. Pero el colágeno está bien puesto.

Vera mete baza, porque le falta oxígeno si no hay pique.

—Mi madre tiene mucha más cuerda que tú, Julia. No te flipes.

—Yo tengo cuerda para lo que importa. —Le guiño un ojo—. Para rajar de todas vosotras, para comer hasta reventar y para fo... —Me paro en seco porque Robin me mira con ojos curiosos y la boca llena de risa—... para fomentar el ocio nocturno de calidad —remato con toda mi cara dura.

Svet arruga la nariz.

—Qué asquerosa, mamá.

—Es un don de familia, hija. Ya me darás las gracias.

Robin se retuerce para que lo bajen. Sabina lo deja en el suelo con cuidado y el crío sale disparado hacia un bol lleno de gusanitos. Irina se lo acerca con un gesto mínimo, eficiente, y lo deja justo donde el niño llega sin invadir nada.

Sabina me mira con los hombros sueltos, el pelo revuelto y la camisa pegada a la clavícula por el sudor. Se pasa el dorso de la mano por la frente, se recoge un mechón detrás de la oreja. Yo hago lo que mejor se me da: mirar a cualquier cosa menos a ella. El vaso. La pared. El suelo. Las zapatillas de Vera. La vida.

—Baila conmigo —dice.

Dos palabras. Y, de paso, me planta delante su cuerpo, a una distancia indecente para una mujer que «solo quiere bailar».

—Ni de coña. Ni muerta. Ni con el alcohol de las heridas encima.

Sabina no se aparta. Inclina la cabeza y aprieta los labios, para contener la risa.

—¿Por qué?

—Porque no me sale del higo, Sabi. ¿Te vale como motivo de peso o te lo dibujo?

—No es una razón válida —insiste ella, y acorta la distancia.

—Es la razón suprema. Mi libertad individual termina donde empieza tu insistencia de pesada.

Da un paso. Solo uno. Pero mi cuerpo reacciona y se pone rígido. Odio que se me note que estoy a la defensiva, porque estar a la defensiva es admitir que hay algo de lo que protegerse.

—Julia. —Baja el tono—. Solo es bailar.

—Sabina. Contigo nada es «solo». Contigo siempre hay letra pequeña y efectos secundarios.

Vera chilla:

—¡Sí! ¡Que bailen!

Svet se cruza de brazos, sonrisa de tiburón.

—Por favor. Esto sí lo quiero ver.

Amaia no abre el pico. Y ahí es cuando se me revuelve todo por dentro. Porque su silencio pesa. Tiene cara de saber qué está pasando. Esa lucidez me pone de los nervios. Da un paso lateral, lo mínimo para no estorbar... y para que quede claro que no se va.

Irina sigue sentada. Tranquila. Su calma también es poder: no te frena, no te empuja, te deja elegir y luego te cobra. Acomoda el tobillo sobre la otra pierna y deja el móvil donde antes no estaba, encima del brazo del sofá. Recordatorio.

Debería mandarla a pastar y largarme a por una cerveza. Pero Sabina tiene esa sonrisa de «sé que te acuerdas de cuando hacíamos esto a oscuras» y el cuerpo se me amotina. Y, además, joder, es bailar. No es un contrato. No es una boda. No es el calendario de colores de Sara. Si no acepto, va a parecer que le tengo miedo. Para que no parezca que he hincado la rodilla, decido contraatacar.

—Vale —acepto—. Pero si te piso, te aguantas. No quiero quejas.

—Yo no me quejo.

—Tú te quejas hasta del aire que respiras.

Me acerco porque no tengo ni un poco de sensatez. Ella hace lo mismo. Mueve la cadera con una intención que me pone muy nerviosa. Se me arrima y empiezo a sudar. Tengo la boca seca.

—Míralas —cuchichea Vera.

—Calla —la frena Svet—. Esto es histórico.

—Lo que va a ser histórico es el bofetón que os voy a dar si no os vais a otra parte —las amenazo por lo bajini, sin dejar de mirar a Sabina—. Dejad de dar por saco y mirad para otro lado.

Sabina se ríe, me pone la mano en la cintura y me aprieta contra ella. No es un roce. Es una palma entera, caliente, dispuesta a agarrar carne. Sus tetas rozan las mías muy a posta. Hay un cable pelado entre su cuerpo y mi espina dorsal. Debería quitarle la zarpa de encima, separarme, soltar una pulla sobre su higiene personal e irme a jugar con Robin. Pero me mantengo pegada, hecha una imbécil, mientras mi cuerpo celebra la invasión con un entusiasmo patético. La tregua ha saltado por los aires delante de nuestras mujeres y de las niñas, y yo no sé dónde meter los dedos para no acabar con mis manos en el cuello de la camisa.

—Te has equivocado de víctima, rubia —digo. La voz me baila, pero intento que salga firme.

—Para nada —me sopla ella en el pabellón auditivo—. Es una elección consciente, Julia. Jódete y disfruta.

—Jódete tú, que tienes a tu mujer pendiente —le devuelvo, aunque no me muevo.

—Y tú a la tuya. Y fíjate qué tragedia: estamos bailando. Relaja la mandíbula, que te vas a partir un diente.

Svet ya no tiene rastro de guasa.

—Flipo.

—Svet, controla el oxígeno.

—No me digas cómo respirar, mamá, respira tú —me contesta la tía.

Sabina me aprieta más, solo por joder, y me guiña un ojo. Me tiene pillada por los ovarios y las dos lo sabemos.

—No me busques, Sabi, que me encuentras —le advierto entre dientes.

—Me da igual el mapa, Julia. Ya estoy donde necesitaba estar.

Y ahí es cuando me doy cuenta de la que he liado: nos tocamos con toda la intención del mundo. En medio del salón, con el público de gala, con Irina en su trono y Amaia aguantando el tirón. Un planazo, vamos. Una idea de mierda absoluta.

Irina me llama, sin más. Una sola palabra y ya noto el tirón del collar.

—Julia.

Me giro de golpe. No me echa la bronca; ni siquiera me mira con mala cara. Está sentada, con su chándal de lujo y su actitud de jefa. Le aguanto el pulso visual, pero ella ya ha bajado la vista al bol de gusanitos y lo ha girado para colocarlo mejor. Gestión doméstica de alto nivel. Me acaba de poner la correa sin tocarme.

Sabina me da un apretón en la cintura. Un recadito silencioso: ni intentes escaparte. Y yo, que soy una idiota con el orgullo muy alto y la resistencia muy baja, sigo aquí con ella. La rubia se inclina hacia Vera y le señala la pantalla con un dedo, tranquila, mandona.

—Pon *A/ways*. Bon Jovi.

—Buah —protesta Vera—. Esa es de abuelos.

Se me hace un vacío raro en el estómago. Esa. Justo esa. Claro que esa. Nuestra canción. Qué cabrona. En cuanto entra la batería, me sube calor por el cuello. Me odio por reaccionar así, tan rápido,

tan fácil. Levanto la barbilla, intento poner cara neutra. Sabina me ofrece una mano otra vez, abierta, sin prisa.

—Ven.

Le pongo la mía encima y ella me tira hacia un punto más alejado del salón. Su otra mano se me planta en la cintura, firme. La mía en su hombro, con la tensión justa para no parecer que me agarro a la vida.

—Eres mala —murmuro.

Sabina sonrío con un lado de la boca y acerca la cara a mi oreja. Su voz sale baja, ronca, con esa textura que siempre me ha puesto mala. No canta para el salón. Me canta a mí. La letra me roza la piel.

Se me erizan los brazos. Me recorre un escalofrío por la espalda. El aire me entra corto. Aprieto los dedos en su hombro.

Bailamos pegadas, con una lentitud indecente para estar en un salón lleno de gente. Ella marca el paso. Yo lo sigo. Me cuesta rendirme y luego ya no. Mi peso pasa de un pie al otro, su mano se ajusta más a mi cintura y mi cuerpo responde con una exactitud que no me hace ninguna gracia.

Mi pulgar roza la costura de su blusa, sin querer mirar abajo. Se me calienta la cara de vergüenza y de otra cosa.

—Mira que eres... —me sale entre dientes, sin terminar la frase.

Sabina vuelve a cantar cerca de mi oreja, apenas un hilo de voz. Me roza con el aliento. Se me escapa un suspiro y lo tapo con una tos patética. Patética, Julia. Muy bien.

Me obligo a separar el cuerpo, a dejar espacio, a comportarme. Dura nada. Sabina me atrapa otra vez, me guía con la palma y yo me dejo con las rodillas flojas. La respiración se me acelera y se me nota a un kilómetro.

Quiero soltar una burrada, cualquier cosa para romper esto. Un chiste sucio, una pulla, un «qué asco de canción». Abro la boca y no me sale. La lengua pesa, la garganta se cierra y solo puedo tragar saliva.

La biología es una traidora de mierda. La memoria más.

Sabina baja la voz aún más y me canta otra frase. Me muerdo por dentro para no temblar. Me concentro en el suelo, en el compás, en no mirar su boca. En no recordar. En no hacer el ridículo.

Y aun así, aquí estoy, bailando con ella en medio del salón, y me dejo llevar lo justo para que nadie lo llame abrazo... y lo suficiente para que yo lo sienta en todas partes.

Robin aparece por el medio con su peluche mugriento. Se nos enreda entre las piernas y bendigo su capacidad para reventar momentos críticos. Sabina lo agarra por las axilas y lo sube en volandas.

—Ven aquí, bicho. Tu tía está... —me lanza una mirada de puro regocijo— ...ocupada con su concentración.

—¿En qué? —pregunta Svet, con el hocico metido donde no la llaman.

—En no enviaros a todas a un internado en Siberia.

—Eso no te lo crees ni después de tres *whiskys* —se mofa mi hija.

—Vete a por agua, anda. Haz algo útil por una vez.

—¿Me lo pides por favor?

Le clavo los ojos con mi mejor cara de «te quito el wifi».

—Svetlana.

—Vale, vale. —Se larga, pero me dedica una sonrisa de saber demasiado. Mi hija es un peligro.

Sabina me mira con los hombros sueltos y Robin en brazos. Tiene una cara de santa que no se la compra ni Dios.

—Eres una madre preciosa, Julia. Te pones roja y todo.

—Cierra la boca. —La voz me tiembla un pelo. Qué humillación.

Irina se digna a levantarse del sofá por fin. No viene a bailar, faltaría más. Se acerca para pillar una manta y envolver a Robin, aunque en este salón hace calor para estar en bañador. O a lo mejor solo tengo calor yo. Irina tiene esa enfermedad mental de querer taparlo todo. Cubre, blindo, protege; es su forma de no volverse loca. Le coloca la manta al crío con dos movimientos secos, exactos, y le acomoda la tela por la nuca. El niño, encantado, le apoya el cabezón en el hombro y ya está vendido.

—Tía Ina —balbucea el moco con la lengua de trapo.

Irina lo corrige sin que parezca una corrección:

—Irina.

—Tía Ina —insiste él, partido de risa.

Irina le ajusta la manta otra vez, le deja el borde recto, y concede:

—Aceptable.

Bufo por la nariz. Ver a Irina en su papel de tía cariñosa es un espectáculo surrealista, pero me mola.

Amaia tiene los ojos brillantes. No va a llorar, porque Amaia no deja caer una lágrima ni aunque le peles un saco de cebollas delante, pero se traga algo, se frota las manos en el pantalón y sigue con el niño. Me entran unas ganas físicas de darle un abrazo, de colgarme de su cuello y robarle todo el oxígeno para que deje de pensar en lo que acaba de ver. Pero no me muevo. Porque ahora mismo, con Amaia, hasta un abrazo viene con letra pequeña. Y yo he decidido ponerme el traje de cobarde.

Sabina da un paso atrás y se desentiende de mí de golpe, después de haberme dejado la marca de los dedos grabada delante de toda la tropa.

—¿Ves? —me susurra cuando termina la canción—. No ha muerto nadie.

Y su «no ha muerto nadie» me suena a «ya te tengo donde quería». Suena a desafío, a que esto solo es el calentamiento y a que el peligro lleva su nombre y sus apellidos.

Vera vuelve a su griterío habitual. Svet regresa con el agua y el circo sigue su función. Yo me dedico a lo que mejor sé hacer: registrar órdenes tontas, hacer de madre pesada y fingir que soy la Julia de siempre, la que tiene el control de la situación.

Hasta que veo el movimiento al fondo.

Irina se acerca a Amaia. No invade su espacio de forma bruta. Se coloca a su lado, le toca el hombro con dos dedos primero y luego, con una confianza que me deja loca, le rodea los hombros con el brazo y la estruja. Ver a Irina abrazar a Amaia así, con esa cercanía física, no me entra en la cabeza. Me deja descolocada.

Se inclina y le dice algo al oído. No escucho ni una puta vocal, maldita sea. La curiosidad me pica en la nuca. Me entran ganas de meterme en medio y soltar un «¿qué le has dicho a la pelirroja, cabrona?», así de risas, para que no se note que muero por saberlo.

Amaia suelta una carcajada. Bueno: una sonrisa, de esas suaves que gasta ella. Pero esta vez tiene algo distinto. Es nueva. Pequeña, vale, pero con un brillo que no le conocía. Un «vale» dicho sin abrir la boca. Un asentimiento con todo el cuerpo.

Irina retira el brazo despacio. Antes de alejarse, le alisa a Amaia una arruga mínima de la manga, como si eso fuese lo más normal del mundo. Luego se va con paso cotidiano, como si no acabara de alterar el orden natural de las cosas.

Yo tengo la sensación de que el tablero ha dado un vuelco sin consultarme el movimiento y sin dejarme margen para soltar una de mis pullas habituales.

Y por mucho que me ría, por mucho que mande a las niñas a por agua o por mucho que finja que esto es solo una tarde de música y tonterías familiares... el gesto de Irina me ha superado, mucho más que el baile con Sabina.

Capítulo 11

Subo los escalones con la dichosa canción todavía metida en las muelas, aunque la gracia se me ha escurrido por el desagüe. Lo de Irina y Amaia ha sido una soberana estupidez, pero le doy vueltas al brazo apoyado, al susurrito de marras y a la escena entera.

Irina me pisa los talones, tranquila. Menuda tía. Me entran unas ganas locas de darme la vuelta en el descansillo y estamparla contra el tabique. En plan revolcón salvaje o en plan placaje de *rugby*; todavía no me he decidido por el tipo de violencia que me pide el cuerpo.

Empuja la puerta del cuarto y pasa delante. Entro detrás y tiro de la manilla para que suene un golpe seco. Que se note que aquí arriba la música no me va a tapar los berrinches.

—¿Qué le has soltado a Amaia? —pregunto de sopetón.

Directo a la yugular. Sin preámbulos. Irina se quita el reloj, lo deja en la cómoda y se despoja del pantalón del chándal. Lo hace lánguida, segura de sí misma.

—Hola, Julia.

—No me vengas con vaciles. ¿Qué narices le has dicho?

Se gira, posa el culo en el mueble y me clava esa mirada de iceberg que me sé al dedillo. Esa jeta la usa para negociar millones, para follarme o para regañar a las niñas. La misma expresión para todo. Es un descanso y una tortura a la vez.

—Le he dicho que se relaje.

—Esa milonga no te la compras ni tú —le replico—. Tú no repartes relajación. Tú das órdenes, mandas vigilar el perímetro o cierras tratos turbios. ¿Qué ha sido?

—¿Te ha sentado mal?

—Me ha picado. Que es peor.

Ella esboza una sonrisa casi invisible. Se despega del mueble y viene hacia mí con ese paso de pantera que no tiene prisa porque

sabe que la presa carece de salida. Yo no me muevo. El orgullo lo tengo fuerte, gracias.

—¿Qué quieres que salga por esta boca?

—La verdad.

—La verdad es que Amaia estaba hecha un manojo de nervios. Y la he tranquilizado. Punto.

—El «punto» te lo guardas para tus informes de la KGB. Lo usas para cerrarme la boca y dejarme con el ansia. ¿Qué le has dicho?

Irina se para delante de mí. Cerca. Muy cerca, pero sin tocar. Ni un roce. Ni una excusa. Si me empuja, la empujo; si se planta ahí, con ese olor y esos ojos, me tengo que inventar la salida.

—Le he dicho que mañana...

—No me recites la agenda —la corto—. Dime las palabras exactas.

Sus pupilas no se mueven.

—Que no está sola —dice, en seco.

La frase me da vueltas por el cráneo. Me jode que me joda. Que, en el fondo, sea lo que a la pobre Amaia le hacía falta y me jode el triple que se lo haya dicho ella. Con ese brazo por encima, en plan «yo te cubro, pelirroja». Muy tierno todo. Un cuadro de los que te dan ganas de irte de la olla.

—¿Y por qué se lo dices tú?

Irina ladea la cabeza. No interpreta, observa. Paciente. Qué generosa, la santa.

—Lo necesitaba. Porque habéis sido unas descaradas.

—No hemos hecho nada.

Mierda de boca. Se me nota hasta en el sabor. Irina lo caza al vuelo. Esta mujer oye hasta lo que no digo.

—Tú no haces nada —responde—. Ya lo sé.

Ese «ya lo sé» me enciende las manos. Le agarro la nuca, meto los dedos en su pelo y aprieto. No tiro, pero la tengo. Irina no intenta quitarse ni monta drama. Y eso es lo que me remata: conmigo baja la guardia. A su manera, sí. Pero baja.

—No me cambies de tema. —Me odio por darle la vuelta a la tortilla—. Que tengo una mala hostia contigo de las que hacen época.

Le aprieto en las cervicales, un achuchón que no es tierno y, aun así, es cariño. Irina respira por la nariz, de forma medida, en su línea.

—Dime qué le has soltado a la otra —insisto, con más presión en la base del cráneo.

Ella roza mi muñeca con la yema de los dedos. Un toque mínimo. Aviso claro. «Baja un punto». Y también: «Sigue».

—Que tengo fe en ella —dice, tan tranquila.

Me recorre un chispazo por la espalda. ¿Fe? ¿Irina? Esta mujer no tiene fe ni en la ley de la gravedad; ella revisa datos, firma si cuadra y a otra cosa. Que a Amaia le largue esa palabra de catequista me toca la moral de una forma fea. Y encima me gusta. Tengo un lío montado que ni yo me aguanto.

—¿Y a qué viene el momentito místico justo hoy?

Se pone más seria.

—Porque hemos visto lo que pasaba, Julia.

—Y tú te has puesto a manosear a Amaia para compensar —le devuelvo el golpe—. Menuda casualidad.

Irina no sonríe. Me toca por fin. Me pone las manos en la cintura, firme, y me coloca en mi sitio. Yo la dejo. Porque mi sitio con ella siempre es un sitio que me deja respirar.

—Das el espectáculo con Sabina y luego te encelas porque yo hable con Amaia. Alucino con tu nivel de hipocresía, cariño.

—No son celos. —Me bajo porque sé que tiene razón—. Es pura... curiosidad sociológica.

—Curiosidad —repite ella—. Mira que usas palabras raras cuando te acorralan.

—No me busques las cosquillas —le advierto.

—Tú me las has buscado primero —replica sin arrugarse.

Me aprieta el talle con más saña. Yo, que no me quedo atrás ni para coger impulso, le pego un tirón de pelo para que tenga que doblar el cuello y mirarme desde abajo. Irina aprieta los dientes. Ni un «ay» ni un reproche. Respira, en plena pelea consigo misma para no ceder todavía. Ese autocontrol me pone a mil.

—¿Vas a seguir dándole a la lengua o prefieres que te tape la boca?

—Tápamela.

La madre que me parió. Lo dice sin pose. Se me va el cabreo a tomar por saco. Qué asco me da lo mucho que me gusta cuando lo dice así, sin tonterías. Le estampo la boca encima: beso áspero, cero poesía, cero delicadeza.

La empujo hacia el colchón. Ella da pasos atrás sin rechistar, con el peso bien puesto, obediente y terca a la vez. Afloja los hombros y me ofrece el cuello. Me deja el sitio. Me da vía libre. Me coloca el humor donde toca.

—Quítate este trapo. —Le engancho la sudadera con ganas de bronca y de risa—. Venga. Hoy vengo con poca paciencia y mucha imaginación.

Me aparta las manos, muy ella. Y va despacio. Se toma su tiempo, brazo por brazo, pasa la cabeza por la tela. Me mira de lado, atenta a si salto.

Catorce años casadas y todavía cree que me hipnotiza con el numerito. Y mira, sí.

—La camiseta.

A Irina se le escapa una risa por la nariz, abierta, sin esconderla.

—Qué autoridad.

Le paso la prenda por la nuca y se la saco de un tirón. Debajo lleva el sostén negro de siempre, el indecente. Le engancho el tirante con un dedo.

—Fuera.

—Julia...

—Fuera, joder.

Lo hace. Sin negociar. Se lo quita y lo deja caer en la alfombra.

Ver a Irina a la espera de órdenes me da risa y me da algo en el estómago. En cualquier otro sitio me toca chocar con sus horarios, sus «ya veremos» y su manía de tener razón por sistema. Aquí, me sostiene la mirada y punto. Hoy me vale con eso.

Le empujo las rodillas contra el borde del colchón para que se siente. No se sienta porque le nazca: la siento yo, con un empujón cariñoso y un poco cabrón. Cae sobre la colcha con las manos apoyadas a los lados. Se le calienta la cara. En el cuello se le marca el pulso.

—Hoy mando yo.

Deja que se le tuerza la boca. Una comisura arriba.

—Tú mandas siempre. —Pausa mínima—. Dime qué hago y finjo que no me apetece.

—Qué bien te haces la graciosa. —Le sujeto la quijada con dos dedos. Firme. Sin apretar de más—. Ira.

—Julia. —Le sale grave. Baja. Quietísima.

Le separo las piernas con la rodilla y me planto en medio. Le bajo la vista a la boca.

—Abre.

Le meto el pulgar. Irina cierra los labios alrededor y chupa despacio, con los ojos clavados en los míos. Me marca con un mordisco leve. Me sube el calor por la espalda y se me tensan los hombros.

—Sin dientes —le advierto, y no retiro la mano.

Le saco el pulgar y le paso el dedo por la mejilla, para quitarle la humedad sin miramientos.

—Entonces no me lo metas.

—Hablas mucho para alguien que ha pedido que le cierre la boca.

—Tú no me callas —dice—. Tú me ocupas.

Me deja seca. La frase no tiene adorno: dato puro, y a mí se me acelera el pulso.

—Cierra el pico ya.

Irina junta los labios y se calla, pero con una esquina de la boca levantada con guasa. Me entran unas ganas locas de escupirle en todo el gesto y, acto seguido, comérmela a besos, porque estoy cansada de pelear con ella y porque, no nos vamos a engañar, vengo calentita de abajo.

No le doy tregua. Le aparto el pelo de la cara con un tirón y se lo dejo detrás de la oreja, como si me hiciera la delicada, y me río por dentro de mí misma. Ella me pone una mano en la cintura.

—Las manos quietas. —La aparto de un manotazo.

—No he hecho nada —contesta, con la boca húmeda.

—Has intentado llevar el volante.

Irina se ríe, ya sin pudor.

—Me divierte verte fingir.

—¿Te divierte?

—Mucho.

Le agarro la muñeca y se la estampo contra el colchón, dedos abiertos.

—Quieta ahí.

No protesta. Me mira con la barbilla firme, los ojos clavados.

Me quito la camiseta de un tirón y la tiro al suelo. Luego lo demás. Me quedo solo con las bragas y me planto entre sus rodillas. El colchón cede con mi peso. Le engancho la barbilla para que me mire donde quiero.

—Ni una palabra.

Me recorre lenta, descarada, sin esconderse.

—Te has aprendido el guion.

Se ríe otra vez antes de que pueda cortarla.

—Vas a pagar por cada risa.

Le doy una palmada seca en el muslo. Se le escapa un «ah» mínimo que no es dolor; es gusto. La empujo para que se tumbe. Irina cae de espaldas. Mantiene el cuello tenso, la piel caliente, los ojos puestos en mí. Hundo una rodilla sobre su muslo para que note el peso.

—Ni te muevas.

—No me muevo.

—No contestes.

Ahí sí calla. Se muerde por dentro el comentario, porque lo tiene, y yo lo sé por la forma en que le tiembla la aleta de la nariz.

Le bajo la ropa interior despacio. No por delicadeza; por hija de puta. Irina deja las manos donde se las he puesto. No me toca. No me empuja. Pero respira más alto, con el abdomen duro y las uñas clavadas en la colcha hasta arrugarla.

—Eso es. Así me gustas: quieta y con cara de que me matarías después.

—Después no. Ahora también.

—Agradezco tu sinceridad.

De la mesilla saco un antifaz negro. Lo agito delante de su cara.

—Mira lo que he encontrado.

—¿Otra vez con el teatro?

—Cállate. —Le planto el antifaz en el pecho y le aprieto la barbilla —. Te lo pongo o te lo pones.

Me coge la muñeca con una mano. Un agarre limpio, firme. Me frena sin esfuerzo. Me mira, divertida.

—Pónmelo tú. Ya que estás en tu papel.

Le coloco el antifaz. Ajusto la cinta detrás de su cabeza y le doy un tirón corto.

—Ni se te ocurra levantarlo.

—Si lo levanto, ¿qué? —pregunta, y la voz le sale aún más baja. Más segura.

—Te lo aprieto hasta que se te quiten las ganas de chulear.

Acepta el golpe con un resoplido de puro morbo.

—No puedes.

Le hundo los dedos en la cadera, firme.

—Te estás buscando un problema.

—Me gustan tus problemas.

Le agarro una muñeca, luego la otra. Saco de la mesilla unas esposas blandas, de velcro.

—Mira qué civilizado. Ni nudos, ni historias.

Irina chasquea la lengua.

—Qué decepción. Con lo bruta que tú eres.

—Tú sigue.

Le cierro una muñeca a la barra del cabecero. Después la otra. Le dejo los brazos por encima de la cabeza. Irina estira los hombros y el pecho se le levanta más. Ni atada parece pequeña. Parece un animal grande que juega a estarse quieto por gusto.

Me acerco a su oreja.

—¿Te ríes ahora?

Le muerdo el cuello, fuerte, sin cariño. Irina hace un sonido corto y se le marca la garganta. Abre la boca para soltar alguna de las suyas. Le tapo los labios con dos dedos.

—He dicho que ni una palabra.

Asiente. Una vez. Limpio. Me dan ganas de escupirle un piropo y me da vergüenza, así que le doy un azote de advertencia, por lista.

Bajo entre sus piernas y me dedico a ella sin romanticismos. Con intención, con firmeza, sin darle el ritmo que pide. Irina arquea la

espalda y pega un tirón de las esposas. Me ofrece la boca, abierta, y respira caliente. Le doy un par de palmadas suaves en el muslo, cerca, para marcar territorio.

—Te has reído mucho. —Le subo el ritmo con la mano—. Abre la boca. Respira.

Aspira aire, lo expulsa despacio. Veo el esfuerzo en el cuello, en los hombros, en la forma en que tira de las muñecas sin conseguir nada.

—¿Sabes lo que me da rabia? Que te podrías soltar una mano y darme la vuelta.

Irina suelta una risa ronca.

—Podría.

—Y aun así no lo haces.

—No.

—Porque te pone.

No contesta, pero con un suspiro hondo me regala el «sí» sin decirlo.

—Qué obediente cuando te conviene.

—Qué parlanchina para ser la que manda.

Le muerdo la cara interna del muslo.

—Una más y te dejo aquí atada y me voy a duchar.

—Mentira.

—Prueba.

Tira de las muñecas otra vez. El velcro aguanta. Ella aguanta. El colchón se queja. Yo me río por la nariz.

—Ay, la gran Irina. Tan fuerte y tan... aplicada.

Le agarro la mandíbula. Ella ladea la cabeza con fuerza y me roza los dedos con los labios. No me besa. Me provoca.

Saco del cajón un vibrador pequeño, negro, de esos discretos que Irina llama «herramienta» con toda su cara. Lo enciendo para que lo oiga y lo apago.

—Ah, mira. La utilizaría.

—Cállate.

Le apoyo el juguete en el muslo, y subo lento. Ella traga saliva. Se le tensan los abdominales. El pecho le sube y le baja más rápido. Se

le escapa un sonido, casi una protesta, y a mí me da una alegría sucia.

Me coloco entre sus piernas, y la obligo a abrirse más de la cuenta. No voy con prisas; disfruto al ver cómo intenta mantener la compostura mientras le rodeo el clítoris con la vibración, sin tocarlo del todo. Aprieta los dientes, el cuello se le pone rígido.

Le presiono el juguete de golpe, directo al punto. Ella grita un «¡Julia!» que le sale del fondo de la garganta. El cuerpo se le pone eléctrico. Le marco el ritmo, subiendo la intensidad. Cuando veo que va a perder el sentido de la orientación, retiro el juguete de golpe y la dejo en el vacío.

—Ahora sí te callas, ¿no?

—No me he callado.

Vuelvo y le hago perder el ritmo a propósito. La paro. La dejo al borde. La vuelvo a tocar. Le cambio el punto. Le quito. Le doy. Irina se revuelve contra el colchón, sin poder moverse de verdad. Tira del velcro otra vez. Los músculos de los brazos se le marcan.

—Estás disfrutando mucho.

—Una más y te pongo el bozal que compré el otro día.

Muestra los dientes con un gesto desafiante.

—Eso no existe.

—Claro que existe.

—Dame.

—¿Dame qué?

—Lo que me estás quitando.

—Pide bien.

Se traga el orgullo. Cuando habla, lo hace firme.

—Sí.

—Eso no es pedir.

—Por favor.

Me sale una carcajada bajita. Me doy asco por lo feliz que me pone oírlo decirlo.

La toco con el juguete, con más intención. Ya no se ríe. Tira de las muñecas una vez, le tiemblan los muslos. Le tapo la boca con la palma.

—Shh.

La idiota me muerde la mano. Fuerte. Me deja los dientes marcados.

—Hija de puta —me río—. Encima muerdes.

—Para que no te confundas.

Le retiro la mano y le agarro la barbilla. Ella cierra la boca, pero mantiene la provocación en la sonrisa. Otra vez. Y yo la castigo: le cruzo la palma por la cadera, firme. Sigo. La llevo y la traigo. La paro en seco otra vez. Abre la boca, sin frase. Solo aire. Solo garganta. Se le marca el cuello. Se le tensan las piernas.

—Mírame.

Le retiro el antifaz. Ella parpadea. Me enfoca. Ojos húmedos. Rabia limpia. Boca abierta. Me desafía incluso así, a medio gas.

—Estás muy orgullosa de ti, ¿eh?

—Mucho.

Le doy un beso. Corto. De esos que son orden, no caricia. Le aprieto la cadera con una mano para que no intente repartir el juego.

—¿Te vas a portar bien o te dejo atada hasta mañana?

Se le escapa un «sí» entre los dientes, bajito, rendida y chula a la vez.

Me pongo encima, a horcajadas, y restriego mi sexo contra el suyo con una presión bruta, sin delicadezas. Su calor atraviesa la tela de las bragas. Me hundo en su cuello para morderle la piel a cada movimiento, mientras marco el ritmo que me da la gana. Irina gruñe, me busca con las caderas, ansiosa por encontrar el roce que la termine de romper, pero la mantengo fija con las manos en los hombros. No la dejo. Todavía no.

Bajo por su vientre, le beso el ombligo con una lentitud que es puro castigo, y me meto entre sus piernas. Se las abro más y la obligo a exponerse del todo bajo la luz del cuarto. Me la como a lo bestia. Lengua firme, directa al centro, sin darle tregua. Le tiemblan los muslos hasta el espasmo y, cuando está a nada de perder el sentido de la orientación, me incorporo de golpe, la agarro de la cara y la obligo a enfocarme con esos ojos empañados.

—Dilo —le exijo.

—¿Qué?

—Quién manda aquí.

—Tú.

Se me sube el calor a la lengua.

—Otra vez.

—Tú.

Cuando por fin la dejo caer, se rompe sin gritar. Se le va la fuerza a la cadera y se clava al colchón con un espasmo que la deja vacía. Se le agita el pecho. Me mira con la cara real, y a mí me da una cosa fea en el estómago que no pienso nombrar.

Pero no la dejo al instante. Me ensaño. Me hundo de nuevo entre sus piernas, empapada de ella, y le paso la lengua con una presión lenta, deliberada, ahí donde ahora cada roce le quema. Irina pega un brinco, se arquea como si le estuviera metiendo corriente y tira de las correas con una desesperación que hace crujir el cabecero. Tiene los nervios a flor de piel, esa sensibilidad que duele, y yo le insisto, le succiono el centro con una crueldad que me hace sentir la dueña del mundo.

—Julia... —gime, y esta vez no es vicio; es una súplica cruda.

Intenta cerrar las piernas, pero se las mantengo abiertas con los hombros y la obligo a aguantar el castigo de mis labios sobre su piel hipersensible.

—Ya, Julia.

—Ya qué.

—Que no puedo más —dice, con la voz hecha trizas.

Me separo y la observo desde arriba. La veo deshecha, con el cuerpo vibrando.

—Respira. No te me mueras.

Tiene el pelo pegado a la frente y la boca roja.

—Eres una...

—Ni se te ocurra insultarme ahora —le corto, pero se me va la comisura arriba.

—Eres insoportable, cariño.

—A mucha honra. Me esfuerzo.

Le quito las esposas con dos tirones. Ella flexiona las muñecas, se frota y me agarra de la cintura. Me atrae contra su costado con una facilidad humillante.

—Ven aquí.

—Mira, mira. La que estaba sometida.

—He hecho lo que me ha dado la gana.

—Se te nota.

Me besa el hombro. Un beso corto. Casi nada. Y ese casi nada me gusta... no. Me agunto. Me callo. No le doy el gusto.

Aguantamos un rato sin hablar. Respiración bajando, piernas que buscan sitio, piel pegada. Me paso la mano por la cara, me recojo el pelo como puedo y recupero el uso de la lengua.

—Vale. Sesión de terapia gratuita finalizada. Puedes volver a ser una persona insoportable.

Irina mira al techo, aún con el pecho arriba y abajo, y gira la cabeza hacia mí.

—¿Te has quedado a gusto?

—Más o menos. Todavía tengo el pulso que me baila.

Se incorpora y se tapa con la sábana hasta el ombligo. Se frota el cuello donde le he dejado marca y me mira, muy dueña de sí otra vez. O eso intenta vender. Yo sé que por dentro está hecha puré, y esa Irina blandita es mi terreno favorito para ir a pillar. Aprovecho el bajón, el momento en que los hombros le bajan un dedo, y ahí meto yo la uña. Con descaro.

—Mañana toca planazo —digo, pegada a su cuello. Me coloco de nuevo encima, para que note que sigo encendida. Le aparto el pelo de la nuca y le doy un beso lento, de los que mandan. Su escalofrío me hace relamerme. Sigo de un humor excelente y con ganas de más guerra.

—Tú siempre tienes un planazo, Julia.

—Y tú siempre tienes una agenda.

—Tengo vida.

—Tienes excusas. —Le doy un toque con los nudillos en la rodilla y me bajo, fiel al trabajo de mi lengua sobre sus pezones, despacio, sin prisas—. Mañana quiero uno de los de dar vergüenza ajena por lo cutre. Algo que huela a clase media, a sudor de muchedumbre y a oferta de tres por dos.

Se le corta la respiración un instante cuando le muerdo más fuerte, ahí donde le duele de gusto.

—¿Cómo?

Me incorporo, me levanto de la cama y camino hacia la cómoda. Irina me sigue con los ojos, sin hablar, concentrada en devorar cada movimiento. Me quito las bragas y las dejo encima con un gesto lento.

—Tú, la enana y yo —sentencio. Me llevo dos dedos a la boca, los humedezco mientras la miro fijo y me toco, solo para que vea que no he terminado con ella—. Centro comercial. A comprarle trapos a Svet. Comida basura después. Y lo más importante: sin el séquito de gnomos con pinganillo.

Abro el armario y saco el arnés negro. El de cuero bueno. El que tiene el dildo que a ella la vuelve loca. Se lo enseño con una sonrisa de hiena. Es su debilidad. Es lo que siempre me pide y yo, por pura soberanía, le niego. Hoy se lo ofrezco en bandeja de plata. Vuelvo a la cama y lo dejo sobre la sábana, rozando su cadera.

—Si me das el centro comercial sin escoltas... —le susurro al oído, mientras acaricio el arnés con las puntas de los dedos— te dejo que me lo pongas tú. Y que me folles como te dé la gana. Todo el rato que quieras. Sin que yo diga ni mu.

Irina parpadea una vez. Dos. El conflicto se le ve en las pupilas: el protocolo de seguridad de la mafia contra las ganas de reventarme con ese juguete puesto. Traga saliva.

—No.

—Sí —le rebato, y me subo a horcajadas sobre ella, con las manos clavadas en su pecho, atenta a cómo le late el corazón a mil—. Y no me pongas esa pose de mafiosa. Míralo, Ira. Es tuyo si claudicas.

—Cariño...

—Nada de «cariño». Mañana. Svet. Y la puñetera necesidad de hacer algo que no parezca un episodio de Narcos. Estoy hasta el moño de turnos, de perímetros y de tíos plantados en la puerta haciendo de decoración.

Irina se frota la nuca. Su gesto de cálculo. A mí me sirve de pista: está imaginando la tarde de compras, pero sobre todo me está imaginando a mí debajo de ella con ese dildo puesto. Está cediendo por dentro y haciéndose la dura por fuera.

—Es una idea pésima. Existe un protocolo.

—El protocolo te lo puedes meter por donde no da el sol. —Le abro más las piernas con la rodilla, en un frote continuo contra ella para recordarle que el trato es físico—. Tú impones más respeto que media ciudad. Si alguien se pasa de listo, lo miras y se le quitan las ganas de respirar.

—No soy una deidad, Julia. No soy invencible.

—Nadie te ha pedido que seas Thor. —Le beso la garganta. Aprovecho y le planto el arnés en el pecho—. Te he pedido que seas Irina. Y tú das miedo hasta cuando eliges el sabor del yogur.

Me agarra por la nuca y me acerca a su boca. Me da un beso profundo, húmedo, de los que saben a rendición. Le cojo la mano y se la cierro sobre el dildo.

—Hay riesgos —insiste ella, aunque ya tiene la voz más grave—. Es una cuestión de seguridad.

—No hay francotiradores entre los percheros de rebajas de la planta joven. —Le muerdo el cuello con una saña muy mía—. No me calientes la cabeza. No pienso tragar con que nuestra vida sea este bucle: la finca, los escoltas, tus pausas largas y yo en busca de tu boca para no acabar gritándole a las paredes.

—¿Es eso lo que estás haciendo? ¿Follarme por desesperación?

Me levanto y me apoyo en la cómoda. Me miro las tetas, me las aprieto para que me vea y luego la enfoco a ella, descarada.

—Qué va. Te follo porque me pones a mil y porque sé que te mueres por estrenar esto conmigo. —Señalo el arnés—. Pero necesito este baño de realidad para no mandar todo al carajo. Y para no darle vueltas a... —me muerdo la lengua— a las idas de olla de Sara.

Se levanta y se planta frente a mí, desnuda y perfecta, con esa jeta de jefa que me revuelve el estómago.

—Ah.

—No me hagas el «ah», que te conozco —le arreo, y le doy un beso rápido, casi un castigo—. Sara estaba borracha. Pero tú estás aquí con el arnés en la mano y yo estoy aquí sin bragas. Negocia conmigo, Ira.

Apoya una mano en la cómoda; me encierra.

—Pero te ha afectado.

Le paso la lengua por el labio inferior, para saborearla.

—Me afecta que haga calor, me afecta que te pongas en modo muro. Sara no me afecta. Me da asco que se crea la reina del mambo, eso es todo.

No me compra nada, pero la veo mirarme el cuerpo y luego la boca. Eso, en Irina, es un puto sí. Me pongo más burra todavía. Me agacho despacio, sin dejar de mirarla, y me pongo de rodillas. Huele a ella, a excitación cruda, y me entra un hambre que no es normal. Le cojo las manos, le chupo los dedos uno a uno mientras le ajusto las correas de cuero a la cintura. Me recreo en el sonido del metal, en el roce de mis uñas contra su piel.

—Mañana —repito desde abajo, con la voz rozándole el vientre—. La niña. Ropa nueva. Hamburguesa. Sin guardaespaldas. Y a cambio... —le lamo la base del dildo, lento, con la mirada puesta de abajo arriba— dejo que me hagas lo que quieras con esto puesto. Lo que te dé la gana. Sin que yo abra la boca para protestar.

Se le tensan los muslos. Me agarra la muñeca y me obliga a levantarme, firme, para que le aguante el pulso.

—No puedo mandar a los chicos a casa así como así —dice, pero ya tiene los ojos negros de morbo.

—Claro que puedes —le aseguro—. Considera que me lo he ganado con el sudor de mi frente. Hazlo por Svet. Y hazlo por ti, que sé que te mueres por tenerme así.

Baja la vista al juguete. Claudica. Se le nota en cómo le baja el hombro.

—Vale —acepta—. Tú, yo y Svet. Solas.

—Gracias —se me escapa, y me cago en mi vida por lo blandita que suena.

Irina me mira fijo. Me coge por la cadera y me acerca con una mano que pesa. Intento poner cara dura, pero estoy empapada.

—Y mañana, cuando estemos rodeadas de gente, no montes ningún numerito —me advierte—. Lo de hoy con Sabina ha sido un despropósito.

Se me escapa una risa fea.

—Ah, estupendo. Ahora te vas a poner puritana.

Me empuja contra la cómoda, firme, posesiva. Me doy cuenta de que hablar de la rubia la ha puesto burra de una forma peligrosa. No sé si son celos o si el morbo de Sabina le corre por las venas tanto como a mí.

—No ha tenido ninguna gracia, Julia.

—Pues imagínate el chiste para mí —le escupo—. Que llevo mil años tragándome lo tuyo con ella. Que si un roce, que si un susurro. Y yo, calladita.

Me da la vuelta con un tirón y me obliga a inclinarme sobre la cómoda. Es una postura que yo nunca acepto: de espaldas, el culo en pompa, apoyada en la madera. Me parece demasiado entregada, pero hoy el trato es el que es.

—No es comparable —dice ella, al encajarse detrás de mí.

—Es la misma mierda —la corto—. Solo bailábamos, por si te sirve el dato.

Irina no contesta. Me mete dos dedos de golpe, sin charla, e impone el ritmo con una presión que me saca un jadeo. Ya no discute. Me obliga a tragarme el orgullo por la vía rápida.

—Te he visto excitarte, Julia. Te conozco.

—¿Y qué esperabas? —jadeo contra la madera—. Había música. Me dio por acordarme de cosas.

—Pues acuérdate bien de esto —me susurra al oído—. Porque ahora vas a estarte muy calladita.

Aprieta más. No me hace daño; me lo deja claro. Está ahí, pegada a mis riñones, y no se aparta. Noto el cuero del arnés frío contra mis nalgas antes de que el dildo me busque. Es una mezcla de castigo y de «me perteneces» que me pone de los nervios. Se me escapa una risa corta que muere en la garganta cuando me marca el sitio con un tirón seco del pelo; me obliga a clavar la cara contra la madera de la cómoda. No quiere que me mueva más que como a ella le da la gana.

Saca los dedos y me embiste con el juguete. Más fuerte. Más cabreada. No hay pausa, no hay cuidado; solo el golpe seco de su cadera y ese sonido húmedo, obsceno. Yo muerdo la madera con la mirada, rechino los dientes y resoplo. Me falta aire y me sobra orgullo, pero Irina me lo está quitando a base de embestidas que me

hacen vibrar hasta las muelas. Me obliga a apoyarme bien, a separar los pies, a aguantar una postura que me deja vendida.

Estoy tan encendida que me duele. Intento bajar la mano, en busca de mi propio clítoris para terminar de reventar, pero Irina es más rápida. Me agarra la muñeca con fuerza y me la clava de nuevo contra la cómoda.

—Ni se te ocurra. Dijiste que no ibas a protestar. Que me ibas a dejar hacer lo que quisiera. Pues ahora te aguantas.

—Ira... por favor —jadeo, con la espalda arqueada, en busca desesperada del roce que me falta—. Me estoy volviendo loca.

—Pues vuélvete loca —ruge ella, y me pega otro empujón que me hace castañear los dientes.

Sigue follándome sin piedad. Marca un ritmo que no es humano, una molienda constante que me saca la chulería a hostias. Me muerdo la lengua para no pedirle clemencia. El roce del dildo me llena, pero la falta de estímulo arriba me tiene trepando por las paredes de la cómoda. Irina lo sabe. Disfruta de mi desesperación. Me sujeta fuerte del cuello, me mantiene inclinada y me obliga a tragarme cada embestida.

—No vuelvas a tocar a Sabina sin mi permiso —me dice.

De repente, el ritmo cambia. No para, pero se vuelve más lento, más pesado. Irina se pega a mi culo de una forma distinta, más íntima. Ella también se frota contra mi piel con la base del arnés; busca su propio ángulo, su propio alivio. La escucho respirar de forma errática, casi rota, y eso me pone todavía más bruta.

Su mano baja por fin. No me deja tocarme a mí; es ella la que me busca. Me encuentra el clítoris y presiona con una confianza que me hace ver estrellas. Sigue con el vaivén de la cadera, despacio, hundida en mí mientras me masajea con una maestría que me deshace los huesos.

—Mírame, Julia —me ordena, al girarme la cara para que vea su perfil, sus ojos oscuros y esa cara de absoluta perdición que rara vez enseña.

Estamos las dos al límite. Ella vibra contra mi espalda, su cuerpo se tensa en busca del final. El dildo sigue ahí, testigo fiel, mientras su mano hace que el mundo desaparezca.

—Ahora, Ira... —suplico, y ya no sé ni quién soy.

—Ahora —responde ella, y me pega un último empujón, hundida del todo mientras sus dedos hacen el trabajo final.

Nos corremos a la vez. Es un estallido sucio, largo, que nos deja a las dos mudas. Irina gruñe contra mi nuca y se apoya en mí, con el cuerpo todavía sacudido por los espasmos del arnés y de sus propias ganas. Yo me hundo en la madera de la cómoda, sin fuerza ni para respirar, consciente de cómo mi propio pulso late dentro de ella y el suyo dentro de mí.

Se queda así un rato, sin soltarme, para marcar el territorio hasta el último segundo. Luego, me da un beso corto en el hombro, se separa para desabrocharse el cuero y se va al baño sin decir ni media palabra. Me deja en el cuarto, despeinada, sudada y con la humillación más dulce del mundo pegada a la piel.

Capítulo 12

Titular de primera plana para el diario de lo absurdo: «La Zarina Popov maneja un artefacto de cuatro ruedas y no provoca una carnicería». El coche va tan derecho que sospecho que nos han puesto raíles invisibles de camino al infierno del consumo masivo. Irina tiene las manos pegadas al cuero en la posición de las diez y diez, con cara de quien transporta plutonio enriquecido y no a su familia de paseo. Nada de música, nada de relax, nada de dejar una mano muerta por ahí. Está en modo operativo total.

Revisa el retrovisor cada diez segundos exactos. Los cuento porque mi vida es así de emocionante ahora mismo y porque su tensión se me pega a las encías. Mira el espejo de dentro, luego el de fuera, luego otra vez al centro.

Yo también caigo, porque soy una floja y se me contagia su paranoia. No hay nada. Gente que debería volver a la autoescuela, repartidores con prisa y una señora con un caniche. Vida corriente. El mayor riesgo aquí es que nos atropelle un carrito de la compra, no un comando checheno.

—¿Conduces así por miedo o por darnos el día?

No se gira. Ni una mirada, nada.

—Llevo el vehículo.

—Ya veo, corazón. —Me retuerzo en el asiento para mirar atrás—. Svet, dile algo a tu madre, que me está amargando el viaje con tanta rectitud.

Svet está detrás, con las piernas dobladas, los cascos al cuello y esa cara de aburrida que tiene siempre. Me da la razón por una vez en la vida.

—Está haciendo su numerito de espía. —Señala a Irina con la barbilla—. Cree que estamos en una zona de guerra.

—No creo nada —responde Irina sin distraerse—. Solo intento no llamar la atención.

—Vamos a un puto centro comercial, cari —le recuerdo—. Allí llamar la atención es obligatorio.

Svet disfruta del panorama.

—Mamá tiene razón. Es zona hostil. Sobre todo para ti, mami. Te pones a morir si tienes que esperar diez minutos en la cola para pagar cualquier mierda en el Zara.

Irina aprieta el volante. Los nudillos se le ponen blancos. Es un detalle mínimo, pero lo noto. Svet también, porque me sonrío. Me gusta que mi hija se alíe conmigo para chingar a la jefa. Es una victoria de esas pequeñas que te arreglan la mañana.

—Gracias, Svet —le digo—. Al menos tú tienes algo de luces en este coche de locas.

Irina carraspea. Es un ruido seco. Significa que no va a entrar al trapo porque hoy ha decidido ser una santa y nos aguanta la excursión, que ya es bastante milagro.

—Pon algo de ruido. —Señalo la pantalla—. Si nos la pegamos, que sea con ritmo.

Tarda un huevo en contestar.

—No.

—¿Cómo que no? —Me giro hacia ella—. ¿Has prohibido divertirse en el coche oficial?

—Me quita la concentración —dice con tono de profesional seria.

—Te quita las ganas de vivir, que es distinto.

Svet mete baza de nuevo, encantada con el lío.

—Pon la lista de música de mamá. Esa que se llama «Me cago en todo». Seguro que te espabila.

—Yo no tengo ninguna lista con ese nombre —miento fatal.

Svet me dedica una mirada que es un archivo completo de mis vergüenzas musicales.

—Claro que la tienes. La escondiste cuando te diste cuenta de que yo podía ver lo que escuchas en la cuenta compartida.

—Traidora.

—Soy tu hija. Viene en el contrato.

Irina bufa. No llega a ser una carcajada porque eso rompería su aura de mujer de hielo, pero es lo más parecido a un gesto de humanidad que le voy a sacar hoy.

—Pon lo que te dé la gana, Julia —dice al fin—. Pero que no me estalle la cabeza.

Me giro hacia Svet y le hago el gesto de la victoria con los dedos, escondido para que la conductora no lo vea. Mi hija asiente con complicidad. Me sube una especie de calor tonto por el cuerpo y lo entierro rápido con una broma interna, no vaya a ser que me ponga sentimental.

Pongo música. No mi lista de «cagarse en todo», porque tengo un mínimo de amor propio. Elijo algo con bajos potentes. Irina aprieta los labios, pero no alarga la mano para apagarlo. Bien. Pequeñas conquistas en el territorio de la reina.

—¿Qué trapitos te vas a agenciar, nena? —le pregunto a Svet con mi mejor tono de madre moderna.

—Ni idea. —Svet se encoge de hombros—. Nada que me haga ser una muerta en vida o una señora que va a misa a que le perdonen los pecados.

—O sea, buscas un milagro. Suerte con eso, hija. Con tu cara de pocos amigos y la genética de mami, lo tenemos crudo.

—¿Has decidido ya el templo del consumo? —pregunta Irina sin dignarse a quitarle el ojo a la carretera.

—Uno que tenga el aire acondicionado a tope y donde las dependientas no te sonrían con ese estilo comercial de secta.

Svet se descojona.

—Mamá, acabas de describir todos los centros comerciales de este hemisferio.

—Pues habrá que mimetizarse —sentencio—. Yo soy el ejemplo vivo de la adaptabilidad.

Irina me lanza una mirada de guasa. Su forma de decir «tú no eres flexible ni con un manual de instrucciones». Yo me hago la sueca.

Llegamos al centro comercial. El *parking* está petado porque la peña no sabe qué hacer con su vida si no es con la compra de chuminadas. Irina conduce despacio, no porque dude, sino porque mapea el terreno. Escanea los pilares, las salidas de emergencia y los coches sospechosos. Casi le saco un Lexatin del bolso, pero

decirle a mi mujer que se relaje es el camino más corto para que no lo haga.

Encuentra un hueco de esos que no existen para el resto de los mortales. Ni columnas que estorben, ni furgonetas que te impidan abrir la puerta, y a una distancia prudencial de la entrada. Aparca a la primera. Sin rectificar. Un movimiento limpio, casi ofensivo.

—Vaya, la mujer maravilla lo ha vuelto a hacer —le digo—. Ahora que has humillado a todos los conductores del recinto, ¿podemos ir a por los calcetines en paz?

Ella apaga el motor. No se mueve. No se despereza. No hace el gesto humano de «ay, por fin». Procesa el entorno y luego abre la puerta.

—Svet, pegada a mí —ordena.

—Que no soy un perro, mami —protesta la cría, mientras pone los ojos en blanco.

—A veces tienes el mismo pelo, no te flipes.

Svet me dedica un dedo corazón con una elegancia que me hace sentir orgullosa. La educación ante todo.

Salimos del coche y subimos las escaleras mecánicas. El estruendo es una mierda: el roce de las bolsas, los gritos de niños con azúcar en vena, adolescentes que se miran con esa mezcla de asco y hormonas disparadas y esa música de fondo que es una tortura china.

Irina va medio paso por delante. Siempre. No corre, pero se coloca. Avanza por el pasillo central con aires de guardaespaldas personal. Se para en una esquina, gira la cabeza y sigue. Cualquiera diría que está con las rebajas, pero yo sé que busca enemigos imaginarios.

—Ira, cariño —le susurro con sonrisa de mujer abnegada—. Estamos en modo «marujas de compras». Baja las revoluciones, anda.

—No.

—Qué *chorprecha*. Me dejas de piedra.

Svet se me pega y bufa a escondidas de Irina. Se me sube el ego de madre guay a niveles peligrosos. Me lo guardo en la mochila de

las victorias silenciosas, al lado de la vez que conseguí que se comiera las acelgas.

—Mamá, déjala —me riñe Svet en voz baja—. Se pone en plan Terminator y si la chinchas luego no me compra ni una goma del pelo por castigo.

Irina ni parpadea. Tiene una paciencia que te cagas.

Entramos en la primera tienda: paredes blancas, música de discoteca de polígono y dependientas que te miran con una alegría sospechosa, con el bótox puesto en la sonrisa. Yo me pongo en plan madre intensiva para compensar la rigidez de mi mujer: toco las perchas, critico las costuras y hago comentarios sobre la calidad de la tela.

—Toma, para que te hagas un disfraz de fantasma indigente. —Le paso a Svet un trapo que pretenden vender como blusa.

—Eso me lo dirías aunque fuera de seda pura.

—Pues claro. —Asiento con la cabeza—. La coherencia es mi única virtud.

Irina revolotea por el perímetro con el radar encendido. Se interpone entre nosotras y cualquier desconocido que ose respirar el mismo oxígeno. Es mi mujer, pero ahora mismo tiene toda la pinta de ser un agente del Mossad con tacones dispuesto a proteger un cargamento de uranio.

La cría sale del probador con un conjunto negro. Le queda de cojones. Se mira al espejo e intenta ocultar que le encanta, pero le brillan los ojos. Siento un orgullo muy fuerte en la tripa, así que tiro de mala leche para que no se note que me he puesto tierna.

—Es un espanto. Llévatelo.

Svet da una palmada.

—Gracias. Yo también te quiero, pero a veces me das un asco de los grandes.

Irina mira la ropa de arriba abajo. Mueve la cabeza una sola vez, muy seca. Eso en ella cuenta como una ovación.

—Póntelo —ordena mi siberiana—. Llévalo puesto.

Svet pone los ojos en blanco.

—Hala, la jefa ha dado el visto bueno oficial. Me va a dar un parraque.

—No te desmayes —responde Irina—. El suelo está sucio.

Svet me busca con la mirada, compinche total.

—¿Te fijas? Ella es la sargento de la limpieza y tú la inspectora de la moral.

—Yo no soy inspectora de nada —protesto—. Yo soy una institución nacional. Respetad el mito.

La risa de la niña hace que se me quiten las ganas de quejarme. Es un momento raro en el que todo funciona y nadie termina gritando. Me lo guardo en la memoria antes de que se pase el efecto, porque estas cosas suelen durar poco y mañana seguro que me toca pagar alguna factura emocional por haber sido tan feliz cinco minutos.

Salimos cargadas de bolsas. Svet está de un humor excelente; suelta perlas y me pide opinión con ese miedo a que le destruya la autoestima que tanto me gusta cultivar. Me contengo. Solo un poco. Irina va un paso por delante, con el cuello tieso, y analiza hasta el polvo de las estanterías.

—Mira eso, Svet. —Señalo un maniquí con un vestido que tiene más volantes que la feria de abril—. Es el uniforme oficial para cuando odias tu propio dinero.

—O para cuando quieres pasar por la hija hortera de una rusa con pasta —replica la niña con toda su cara.

Irina frena en seco.

—¿Qué has dicho?

—Nada, mami. —Svet pone su cara de santa—. Que te quiero mucho.

—Miente —intervengo yo—. Ha dicho que eres la jefa de las rusas forradas. Te ha calado, acéptalo.

Svet me arrea un viaje en el brazo mientras se parte de risa.

—Mamá, eres un bicho rastrero.

—Soy una mujer justa —le aclaro—. Las verdades a la cara siempre.

Irina suspira con resignación absoluta. Sigue su camino de patrulla y Svet se me pega al hombro para susurrarme al oído:

—Oye, hoy estás sembrada. Me meo.

Me entra un ataque de satisfacción que trato de disimular con una orden directa. El orgullo es para los flojos.

—Búscate algo que no sea un disfraz de *influencer* ni un hábito de monja de clausura —le digo—. Y camina con más estilo, que me pones de los nervios con esos pasos que das.

—A sus órdenes, jefa —se mofa ella.

Entramos en un antro de lujo donde hay tanto silencio que te da vergüenza hasta respirar. Todo es color crema y las dependientas te escanean antes de darte las buenas tardes.

Svet acaricia un abrigo que probablemente cuesta una fortuna. Irina espera en la entrada, atenta al reflejo de un espejo gigante. No mira si tiene bien el pelo; vigila el pasillo. Me crispa los nervios. Me enternece. Me dan ganas de darle un bofetón de amor.

La dependienta del moño estirado me clava el ojo. No lleva esa cara de querer endosarme un bolso de tres mil pavos para cobrar la comisión del mes, lleva esa de haberme masticado junto a los Corn Flakes en el programa de cotilleo de turno. Se acerca con paso lento.

—Perdona... —dice con voz de ratoncilla—. ¿Tú eres Julia Sinmiedo, la supermodelo?

A tomar por saco la humildad. Me acaba de meter un viaje de ego. La supermodelo. Hacía siglos que no me soltaban el título completo y, oye, el orgullo me da un saltito de alegría. Es ese ramalazo de vieja gloria que me dice: «venga, Julia, saca el cuello, que aún eres la puta ama».

Svet tiene las cuencas de los ojos del tamaño de dos ceniceros. A la siberiana le falta sacar la porra. Se pone rígida y da ese pasito para meterse entre la chavala y mi yugular. Ya estamos con la protección. Casi me carcajeo por lo absurdo de la escena, pero saboreo el momento de estrellato.

—La misma que viste y calza —respondo, y asomo el colmillo—. Lo que pasa es que hoy voy camuflada de persona decente con niños y se me nota menos la mala vida, ¿verdad?

A la chica le sale una risilla nerviosa.

—Perdón, es que mi madre te idolatra. Y yo también, claro. —Mueve las manos en el aire—. ¿Te importa hacernos una foto? Si no es mucha molestia, que sé que vas ocupada.

Lo suyo sería marcarse un «no» rotundo. Mandar a la señora a freír espárragos, invocar los protocolos de Irina y no dar el cante para que no nos acaben pegando un tiro. Pero me sale el «sí» desde el fondo del hígado. Me importa un bledo la foto; es el nombre. Es la confirmación de que no soy un fantasma en esa mansión donde hasta el césped está en nómina. Necesito que alguien me reconozca sin haber visto antes mi ficha policial o el color de mis bragas.

—Venga, acércate antes de que me arrepienta.

Svet empieza con la risita por lo bajo. Ese tono de burla que me dan ganas de meterle la cabeza en un cubo, pero que me encanta.

—Mamá, eres famosa —cuchichea.

—Calladita estás más guapa, lista. —Mantengo la sonrisa de cara al público—. Y ponte recta, que sales en las fotos con una postura que da pena verla.

—¿Puedo salir yo también? —pregunta la cría.

Se las da de adolescente de vuelta de todo, de las que no se impresionan con nada, pero le brilla la cara. Está muerta por salir. Me entran unos impulsos de madre pesada que me dan hasta miedo, así que decido soltarle un hachazo para equilibrar el universo.

—Si dejas de poner esa jeta de delincuente juvenil, adelante.

La mujer saca el móvil y se coloca. Yo planto mi mejor pose de «aquí no pasa nada». Svet se me pega al costado, hombro con hombro. Está orgullosa de su vieja, la tía. Me da un gustazo tan fuerte que me veo obligada a poner una mueca de asco para no largar ninguna cursilería.

—Di «consumismo», que es lo único que te interesa —le ordeno.

Svet pone los ojos en blanco, fiel con su cupo de rebeldía diaria.

—Di tú «impuestos» —me la devuelve.

La dependienta se parte de risa y dispara la foto.

Irina da un paso al frente. No dice ni mu, pero su cuerpo emite una señal de radiofrecuencia que grita «se acabó el circo». Es como un muro invisible que nos empuja hacia la salida. Yo hago como que no me entero. Se me da de lujo ignorar lo que no me conviene.

—¿Me firmas un autógrafo? —salta otra dependienta que se ha unido al jaleo—. Mis amigas van a jurar que voy drogada si no les llevo una prueba.

—Claro. ¿Dónde te lo pinto? ¿En el móvil? ¿En la camisa?

La chavala se ríe y el ambiente se ablanda. El problema es que el resto de las clientas han detectado el movimiento. Una señora con perlas y cara de oler basura mira de reojo. Otra más joven ya saca el móvil para llevarse su trozo de Julia. El murmullo sube. No estamos en la alfombra roja, pero la gente empieza a amontonarse. La atención pica.

Irina se planta a mi lado. Se pega al cristal del escaparate y pone la espalda en un ángulo que le permite vigilar hasta la última pelusa del pasillo. No me toca, porque el contacto físico debe de estar prohibido en su religión, pero su presencia ocupa todo el espacio.

—Julia. —Su voz es un aviso.

Le sonrío al aire, sin mirarla.

—Un minuto, pesada. No me metas prisa que me lío.

A lo mío. Le garabateo la firma a la chica. Me sale una letra de médico tras una noche de farra.

—Ponle la fecha tú, que luego te arrepientes de haberme visto y lo quieres vender en internet por dos duros —le digo.

La chica se ríe.

—Qué va, esto es oro para mí.

—Eso dicen todas antes de conocerme a fondo.

Otra mujer se acerca, toda cortada.

—Oye... ¿eres tú? —pregunta—. ¿Julia Sinmiedo?

—Depende. ¿Vienes a pedirme un préstamo o a decirme que mi ex tenía razón en todo y soy una imbécil?

Se ríe. Foto al canto. Luego otra. Y otra más. Móviles arriba, sonrisas por todas partes. Escucho un «qué fuerte» que rebota en las perchas.

Svet está disfrutando el momento. Está viendo la versión de mí que solo ha visto en vídeos YouTube de cuando yo era alguien importante a jornada completa. Sonríe y le lanza una mirada a Irina. La otra analiza cada teléfono que se levanta.

—Mami, relaja la cara. Nadie va a robar a mamá en esta tienda de ropa.

Irina la mira fijo. No entra al trazo, pero esa frase le ha descolocado el esquema. Acaba de ver que Svet y yo tenemos un

club privado y ella no tiene la contraseña. Svet se ha pasado a mi lado. No es que vaya contra Irina, es que le gusta mi espectáculo. A mí me entra un regusto entre amargo y dulce que me guardo para luego.

—No es por eso. —La voz de Irina no sube ni baja.

—Claro que no —remato yo—. Es por el control. Siempre es por el puñetero control.

Irina me atraviesa con los ojos. Yo paso de broncas. Hoy toca hacer de familia feliz en un centro comercial, una tarea que se nos da de pena pero que estamos cumpliendo con un par de narices.

Garabateo mi nombre en la funda de un móvil que acabará en la basura, cuando una chica con el pelo perfecto me lanza la bomba:

—Oye... ¿y Sabina Rey? ¿Seguís siendo uña y carne?

No hay mala intención, solo esa inercia mental de la peña: Julia y Sabina, el dúo dinámico, el *pack* indivisible que nos inventamos para que la prensa tuviera algo que masticar y que, al final, nos acabó masticando a nosotras.

Pongo mi mejor sonrisa de escaparate.

—Sabina sigue respirando por su cuenta. Teniendo en cuenta su ritmo de vida, ya es un éxito médico.

La mujer suelta una risilla de esas de compromiso.

—Ya, ya, pero es que antes erais pegamento puro. Me encantaba veros juntas.

Pegamento puro. Aprieto los dientes, me doy cuenta del cuadro y aflojo antes de que me dé un síncope maxilar.

Miro a Irina de reojo. No se mueve, no parpadea, pero sé que analiza cada palabra de la señora para ver por dónde puede saltar todo por los aires. No es que le piquen los celos, es que le fastidia cualquier cabo suelto que ella no pueda anudar a su gusto.

Svet, que está a mi lado, me mira con una cara de «esto se pone interesante». Mi hija ha salido a mí: huele el drama a kilómetros y lo disfruta en primera fila.

—La gente tiene una memoria que asusta —le digo a la clienta con el tono más suave que tengo en el repertorio—. Pero Sabina es una rubia con una agenda muy movida. No da para todo la pobre, y yo tampoco.

—Es que os veía y pensaba: estas dos se comen el mundo —insiste la pesada, que no pilla la indirecta.

—El mundo se indigesta, reina. Te lo digo por experiencia personal.

La clienta sonríe, feliz de que le dé carnaza. No nota que estoy a esto de salir corriendo porque tengo tres capas de sarcasmo profesional encima.

—¿Le puedes dar un beso de mi parte? —pregunta mientras se guarda el móvil—. Es que me cae fenomenal.

Trago saliva con elegancia.

—Se lo daré —miento—. Y seguro que ella te manda otro de vuelta, con lengua y todo, que ya sabes que es muy cariñosa.

Svet se troncha. La miro de reojo y le saco el dedo corazón por debajo del mostrador, un gesto familiar, educativo y muy nuestro. Se ríe más.

Irina da un paso al frente. No me toca, pero se planta con una autoridad que hace que la gente empiece a retroceder solita.

—Última foto y empiezo a cobrar. Mi tiempo sale carísimo —anuncio al grupo de mironas.

Hacemos el posado, la dependienta me da las gracias con una cara de haberme visto el aura y salimos de la tienda. Svet me mira con una mezcla de orgullo y ganas de cachondeo que me hace gracia.

—Venga —le digo a mi hija—. Vamos a por tus trastos y nos largamos antes de que me pidan que les bendiga el bolso con un rotulador permanente.

Salimos al pasillo del centro comercial. El ruido sube, los móviles apuntan y las miradas me siguen un rato antes de volver a sus asuntos. Así funciona este tinglado: te usan, te miran y a otra cosa.

Irina ha metido la quinta marcha y nos lleva con el gancho puesto. Su ritmo me agota, así que me entretengo con la vista fija en su culo.

—¿Estás bien? —Me da rabia sonar a persona que se preocupa por el prójimo.

Irina no suelta prenda. Mira un cruce de pasillos; analiza salidas de emergencia con la mirada perdida en el infinito.

—Sí. Pero aquí no.

—Qué profundidad —resoplo—. «Sí, pero aquí no». Te lo tatúas en el brazo y ya tienes el perfil de Instagram apañado para dar pena.

Svet se carcajea.

—Mamá, eres un espectáculo —dice mi hija con un orgullo que casi me hace olvidar que estamos encerradas en esta ratonera de pladur y consumo masivo.

—Un espectáculo con los pies pidiendo la baja por depresión —le corrijo—. Y tú, enana, me estás explotando. A mis años esto es denunciabile.

—Es mi herencia.

Irina tiene una cara rara. No es un cabreo de los suyos, ni son celos. Pero por un momento, Irina no es el centro de mi puto universo y eso le escuece. A mí me da un gustito poco sano, pero es lo que hay.

—¿Ves? —le digo a Svet—. Por eso te he traído. Para que no olvides que tu madre es una estrella y tu otra madre es un supositorio de intensidad.

Svet asiente con una seriedad fingida. Me hace mucha gracia.

—Mami es intensa —confirma—. Pero se le pasa porque tiene cara de que perdonar es de flojos.

—Ahí le has dado. —Me río.

Irina no dice ni mu. Sigue andando. Y yo, que solo quería una tarde de compras normal, me doy cuenta de que la normalidad me va grande. Me devuelve una imagen de mí misma que ya no me cuadra. Y lo que más me revienta es que me ha gustado que me reconozcan. Soy así de imbécil.

Entramos en otra tienda para terminar con las compras de Svet. Ella se prueba trapos, yo hago de jueza de la moda e Irina vigila. Dice que lo tiene todo controlado. Mentira cochina.

En la caja, mientras Svet paga con esa tarjeta que le hemos dado para que se crea independiente, un tío pasa por detrás y me mira fijo. No se acerca, no quiere una foto. Solo me ubica, me pone la cruz y sigue su camino. Me deja una pelusa mental que paso de

limpiar. No voy a ponerle nombre a cada cosa que siento. Bastante tengo con no caerme de los tacones.

Enfilamos el pasillo hacia los comederos humanos. Svet va con una sonrisa que me da la vida y yo solo busco un rincón donde los gritos de los niños no me revienten el oído.

—Vamos a donde no haya enanos berreando, lo pido por favor.

Svet lanza una mirada de superioridad; me recuerda que ella es joven y yo ya tengo un pie en el asilo de la paciencia agotada.

—Eres madre, mamá. Te huelen. Eres su faro —se mofa.

—Me huelen porque tengo la tarjeta de crédito y el instinto de supervivencia de un repartidor de pizzas —le aclaro—. El poder sale de mi cartera, no de mi aura de madre coraje.

Irina se para en seco en mitad del pasillo. Gira el cuello, mira el local y acaba por señalar una mesa al fondo, pegada a la pared y con los laterales cubiertos. Una estrategia de la ensalada mixta. Me entra una risa que me vibra en la barriga. Mi mujer elige sitio para comer lechuga fiel a un protocolo de extracción de rehenes.

—Oye, qué detalle tan romántico —le digo—. Solo te falta poner alambre de espino en el plato para que el romance sea completo.

Irina me dedica una mirada de hielo. Me pone la sangre a mil. Señala la silla con la barbilla.

—Siéntate.

—No me des órdenes, que me vengo arriba y te monto un pollo aquí mismo que salimos en las noticias —le respondo.

Pero me siento. No soy tonta y mis pies están pidiendo la eutanasia. Svet se pega a mí. Me encanta que lo haga.

Pedimos una ración de algo que tiene toda la pinta de haber sido fabricado en una planta química y no en una cocina. Engullimos en bandejas de plástico, rodeadas de gente que grita para escucharse a sí misma y sentadas en unas sillas de tortura que te invitan a largarte antes de que termines de masticar. La normalidad es un atraco a mano armada.

Svet mastica con una elegancia nula y me lanza la bomba con la boca medio llena:

—Lo de «Julia Sinmiedo» ha tenido su aquel. Muy pro, mamá.

—Pro es que no te hayas quemado las cejas con la plancha del pelo esta mañana —digo, sin que se me note que el ego me ha subido tres peldaños.

No cuela. La cría tiene la cara de su madre, pero me ha pillado el truco de oler la debilidad a un kilómetro. Es alumna de mi propia academia de cinismo.

—No pongas esa cara. Te ha molado que te reconocieran. —Baja el volumen porque sabe que Irina tiene el oído de un murciélago.

—A mí lo que me gusta es llegar a fin de mes sin el riesgo de que alguien os haga un agujero de ventilación en la frente —murmura Irina. Directa al hígado.

Svet se encoge de hombros con tranquilidad.

—Yo quiero seguir viva, pero con ropa que no dé pena verla —dice la tía, tan ancha—. Es un plan sin fisuras.

Mi hija es una mezcla cojonuda: un cincuenta por ciento de ganas de bronca y un cincuenta por ciento de estilazo. Irina me dedica una mirada de esas que dicen «luego hablamos» y vuelve a mirar a cada persona que pasa a menos de tres metros de nuestro radio.

Terminamos de tragar y la siberiana se levanta antes de que yo pueda siquiera soñar con un café que sepa a algo.

—Fuera. Nos largamos —ordena.

—Coño, qué estrés. ¿Te vas a derretir si te da el aire acondicionado cinco minutos más?

—Aquí hay demasiada gente y demasiada boca abierta —sentencia. Y se acabó la discusión.

Svet se levanta y me regala una sonrisa; yo mantengo mi cara de perro.

—Ha estado bien, ¿no?

—Sí —le digo—. Ha sido una tarde... normal.

Y decir esa palabra me da hasta asco. Normal. Siento una cosa rara en el estómago que no es por la comida basura. Es el *pack* completo: el nombre retumbando por el centro comercial, el fantasma de Sabina que no nos abandona ni a sol ni a sombra, Irina con los cables pelados fuera de su refugio y yo, mientras disfruto de un plan de mierda que siempre he dicho que detesto por salud mental.

Llegamos al *parking* e Irina encuentra el coche. Mira los bajos, nos mete dentro de un empujón y arranca. Me repanchigo en el asiento y cazo a Svet con la mirada fija en mí por el espejo. Me sonrío de verdad. Y yo, que soy idiota, le devuelvo el gesto sin una sola pulla, así, porque sí.

—Bueno. Ya hemos hecho el ridículo en la civilización por hoy. ¿Estáis contentas?

Svet asiente. Irina no dice nada, pero agarra el volante con unas ganas que me confirman que hoy tampoco nos vamos a morir.

Hoy me ha salido la Julia que enterré hace años bajo tres capas de mala leche y bastantes litros de ginebra. Miro las luces esas tan feas del *parking* y pienso que la normalidad es una mierda que te deja vendida. No te protege. Te pone en bandeja para que tu pasado venga a darte una colleja cuando menos te lo esperas.

Capítulo 13

Irina conduce ahora un punto más tranquila y Svet sigue detrás con el móvil. Miro el asfalto por la ventanilla, pero en el fondo me paso el escáner interno. Se me ha ido la pinza en público y me toca gestionar el bajón de adrenalina.

—¿A dónde vamos ahora? —pregunta la criatura sin despegar los ojos del puto móvil. Tiene los pulgares desbocados contra el cristal. Ni me mira.

—A que te aguanten Luna y Martina —le digo—. Yo ya he cumplido mi cupo de paciencia por hoy y necesito perderte de vista un rato para no volverme loca.

Svet detiene el castigo a la pantalla.

—Vale —y regresa a lo suyo.

Me río por dentro. Ese «vale» es su forma de decir que le flipa el plan, pero su maldito orgullo le prohíbe mostrar entusiasmo. Prefiere el silencio antes que admitir que algo le gusta. Es una jodienda vivir así; lo sé porque soy otra experta en fastidiarme la vida por no reconocer las cosas.

Irina me observa de reojo cada poco tiempo. Paso de ella, me concentro en el paisaje y cuento pinos con una atención ridícula. Bastante ración de Julia ha tenido ya hoy; paso de seguir con el coñazo hasta que acabe harta de mí.

—Vera está allí.

—¿Y Valeria? ¿Y Berta? —pregunta, con un deje de emoción infantil que no consigue frenar—. A ver si las veo hoy.

Con las amigas de Luna se le olvida la pose de adolescente despegada y queda claro que todavía es pequeña.

—Ni puñetera idea, Svet. Dile a Luna que las llame y montad el lío que os dé la gana.

—Mola —murmura.

Llegamos al edificio de Luna y Martina. Por fin un sitio normal, de gente que no tiene helicópteros en el jardín ni cuadros de señores con peluca en el salón. Los gorilas de Irina andan por ahí fuera, camuflados detrás de las farolas o con el pretexto de atarse los cordones, atentos a nuestro cogote. Irina aparca y escanea las esquinas, las entradas y hasta los gatos de la calle. No se relaja ni para poner el freno de mano. Es un espectáculo verla en acción.

Abre la puerta y sale primero. Espero en el coche; me apetece ver la jugada desde la barrera. Apoyo el codo en la ventanilla bajada y finjo desinterés absoluto, que es mentira, pero me sienta de lujo.

Veo el percal. Mi rusa se va directa a hablar con los «invisibles» de la esquina. Van vestidos con ropa corriente, de esa anodina para no levantar sospechas. Irina les dice cuatro frases, marca el territorio con un gesto y señala el portal con el mentón. Uno asiente rápido y el otro redobla la guardia en la calle. Saben quién manda; no se atreven ni a respirar fuerte delante de ella.

Irina regresa al coche con un gesto de tranquilidad inédito en toda la tarde. La conozco; sé leer esos micromovimientos de su cara. Se relaja ante la presencia de sus hombres. Es su equipo y eso le mejora el humor.

Svet me planta un beso en el moflete, casi me saca un ojo, y sale disparada. Irina la acompaña hasta la puerta. Le quita un pelo de la cara, le estira la camiseta y se la coloca recta. La cría tiene cara de saber dónde están enterrados los cadáveres, pero su madre la trata con esa obsesión de no dejar ni un hilo fuera de sitio.

Y empieza el recital. Un beso en la frente. Otro en el moflete derecho. Y como es una ansiosa de la vida y va sin frenos, le arrea un tercero en el izquierdo. Tres besos, la virgen. Me entran impulsos fuertes de silbarle desde la ventanilla por blandengue, pero me corto porque disfruto al verla así de derretida.

—No hagas el imbécil —Irina pretende ponerse seria, pero se le tuercen las comisuras y se le ve el plumero.

—Yo no hago el imbécil, mami, yo soy así de serie —le contesta Svet con toda su jeta.

A Irina se le cae la baba y todavía se cree que da miedo. Me descojono a solas. De pronto aparece Vera y se le cuelga del

pescuezo a Svet.

—¡A mis brazos, que hoy dormimos aquí! —berrea la enana.

—Suéltame, pesada, que me vas a asfixiar —le dice Svet, aunque la abraza con una fuerza que casi la deja sin aire.

Irina le pone una mano en el hombro a Vera, suavemente.

—Vera, por el amor de Dios, compórtate como un ser civilizado por una vez —le pide.

Vera adopta una expresión angelical.

—Pero si soy un angelito bajado del cielo, tita.

—Mientes más que hablas, renacuajo —le contesta Irina.

Svet mira a Irina antes de entrar.

—¿Mañana qué? ¿Apareces por aquí? —pregunta la cría.

Irina asiente.

—Mañana os recojo yo. Sin falta.

—Vale —dice Svet, con un mensaje implícito de «me mola que vengas tú».

Irina le acaricia la mejilla con el pulgar. No dice más. Se da la vuelta y regresa al coche. Sigo con mi papel de observadora desinteresada, aunque por dentro me tienta la idea de sacarle una foto y ponerle un marco de corazones. Sería una horterada, pero me reiría un rato.

Se mete en el habitáculo. Mira a Svet antes de cerrar.

—Te quiero —suelta, lo bastante fuerte para que se entere toda la calle.

Svet contesta a toda leche para ocultar la emoción.

—Ya, yo también, no te pongas intensa.

Irina esboza esa sonrisa exclusiva para nosotras y arranca. Pero antes de meter primera, me mide, acorta la distancia y me planta un beso. Uno de esos de «hola, ya estoy aquí».

Miro por el retrovisor. Svet y Vera entran al portal a empujones, entre carcajadas. Mi hija Martina ya es una mujer adulta que ejerce de anfitriona con la nevera llena y la puerta abierta para todo el mundo. Siento un nudo extraño en el estómago, pero paso de ponerle nombre; el cupo de tonterías de madre intensa está cubierto por hoy.

Irina maneja con una soltura distinta. Ha relajado los hombros. Sospecho que el beso de antes es una táctica para desactivar mis protestas y ablandarme. Es una lianta profesional; me la ha jugado por completo.

—Me ha molado la excursión, ¿eh? —digo por rellenar el hueco, que dar las gracias no me sale.

El coche se detiene ante un semáforo en rojo.

—Ha sido una jornada de provecho.

—De provecho tu tía la de Moscú —le rebato—. Me ha gustado y punto. Deja de analizarlo todo y disfruta, coño.

Me lanza una mirada rápida, un tajo veloz de ojos claros.

—Bien.

—¿«Bien»? ¿Eso es todo lo que tienes que decir después de aguantarme toda la tarde? He visto piedras en la cuneta con más conversación que tú. Eres un fraude de tía. Me sacas de casa para luego soltarme un «bien» que suena a informe de daños. Eres un aburrimiento, Irina. Un aburrimiento con un coche carísimo.

Irina aprieta los labios; se le nota el esfuerzo en los pómulos. Quiere soltar una carcajada, por mucho que el empeño en parecer una tipa dura se lo prohíba.

—No necesito hablar para que sepas lo que hay, Julia —dice sin quitar el ojo del asfalto—. Ha estado bien. Me gusta pasar tiempo con vosotras. Pero la próxima vez búscame un sitio donde no tenga a tres mil personas respirándome en el cogote. Es por vuestra seguridad.

—Venga ya, no me vengas con excusas de huraña. Si estabas que no le quitabas ojo a la niña en pleno desfile de perchas. Te encanta soltar la pasta y darle todos los caprichos, admítelo.

—Me encanta darte todos los caprichos a ti, idiota.

Zas. No me lo esperaba y me ha dado en todo el centro. Intento recomponerme para ocultar que me ha dejado tonta con la frasecita.

—Bueno, hoy te compro la sobrada porque me conviene —refunfuño—. Pero no te flipes, que aún tengo que decidir si te perdono que seas tan sosa. Además, te he visto la cara al dejar a Svet. Tenías una expresión de boba total. Estás boba con ella y lo sabes.

Su mano ejerce un extra de presión sobre la palanca de cambios; mantiene la boca en una línea fina.

—No estoy boba, Julia. No digas tonterías. Svet es una niña excelente.

—¿Excelente? Hostia, Irina, que estás a dos minutos de encargarte un busto de mármol de la niña para el recibidor por puro orgullo maternal. Es patético y fascinante a la vez. No disimules, que mientes fatal.

Resopla por la nariz. Es su versión de un ataque de risa, lo máximo permitido antes de cometer una infracción de su código de conducta ruso.

—Eres una exagerada de mierda.

—No soy exagerada, solo cuento lo blanda que eres —me repanchigo en el asiento, de cara a ella para disfrutar de su incomodidad—. Los tienes mimadísimos a todos. A Svet, a Robin, a Vera, a tus hermanitas... en cuanto alguno te pone ojitos de pena, pierdes la rigidez. Solo te falta llevar un cartel colgado que diga que eres su propiedad. Te tienen ganada y no sabes ni por dónde te ha venido el golpe.

—Anda ya, solo los cuido.

—Ya, ya. Lo tuyo no es consentir, es «cuidar». Qué palabra más limpia. Casi lloro de la emoción, fíjate. A ver cuánto tardas en comprarle otra tontería a alguno solo «por cuidar».

—No me toques las narices con eso.

—Uy, qué fina nos hemos levantado hoy —digo tranquila, pero en realidad me preparo para el asalto final. Tengo una espina clavada desde ayer y, si no me la saco ahora, termino con una úlcera—. Oye, prométeme una cosa. Y no me vengas con evasivas.

El vehículo frena ante otro disco rojo. Irina clava la mirada en el parabrisas, en un intento de ignorarme con elegancia.

—¿Qué?

—Júrame que nunca, aunque sea mayor de edad y te lo pida de rodillas, vas a meter a Svet en tus chanchullos.

Ella no hace el paripé de suspirar ni se pone a estudiar el techo del coche. Se congela, y yo ya sé que cuando se pone así es porque está levantando un muro mental.

—Julia... —empieza con ese tono de «estás cruzando la raya».

—No me vengas con «Julia» ni con mierdas. Promételo y punto.

Sus dedos se cierran sobre el cuero. En la inmovilidad de la espera, le da mil vueltas a la cabeza, mientras mastica la idea. Calcula beneficios y pérdidas.

—Svet tiene mucho talento.

—Ya lo sé, cojones. Por eso mismo te lo pido. Precisamente porque es lista no quiero que acabe metida en tu barro.

Vuelve a hablar fija en la carretera, con esa voz de dar órdenes que nadie tiene huevos a discutir.

—No puedo darte mi palabra sobre algo que no depende solo de mi voluntad.

—Claro que puedes —la corto—. Depende de que tú no le calientes la cabeza. De que no le abras la puerta de atrás. De que te guardes tu puñetero «ya veremos» en el bolsillo y no lo saques nunca más.

Le tiembla un músculo en la mejilla. Le he dado donde le duele, en esa frase maldita para dejarlo todo en el aire. Le tengo una guerra declarada a su falta de concreción.

—Julia —dice ella, con más volumen—. No voy a usar esa expresión. No con esto.

—Pues entonces promételo —insisto.

El semáforo cambia a verde. Irina arranca y, en pleno avance por la avenida, suelta el golpe:

—No la meteré.

Parpadeo un par de veces. No me lo esperaba así, tan de frente.

—¿Eso es una promesa o una frase para que me calle la boca y te deje conducir tranquila?

Gira el volante con una sola mano, se mete en una calle solitaria y por fin me clava esos ojos verdes.

—Es una promesa.

Lo dice en seco. Sin dobles sentidos. Sin guardarse una salida de emergencia. Se me hace un nudo en el cuerpo porque sé que si esta mujer promete algo, va a misa. Me callo, porque si abro la boca se me va a notar que me acabo de quedar más ancha que larga. Qué asco doy, me convence en cuanto se pone seria.

—Gracias —le digo, y me sale un tono de voz ridículo que me quita toda la chulería.

Irina regresa la atención a la calzada.

—No quiero eso para ella.

Asiento y cierro el pico. Me guardo la sonrisa de «al final tienes corazón, pedazo de bicho». El coche sigue avanzando, pero ella ya se ha ido a otra parte.

—Julia —no es su voz de dar órdenes ni de querer llevarme al huerto, que esa me la conozco al dedillo. Es otra cosa. Un tono de los que te obligan a sentarte derecha y dejar de decir gilipolleces.

—Dime, jefa. Suéltalo ya, que te veo con el runrún y me estoy poniendo de los nervios.

Irina traga saliva y echa un vistazo rápido antes de centrarse en el asfalto.

—Me pasé los mejores años de mi vida sola en esa casa de mierda —dice.

Le tiembla la voz y ya estamos. Se va a emocionar y a mí, cuando se ablanda, me revuelve todo. Me obliga a sacar la parte tierna y no tengo el cuerpo entrenado para eso. Miro el salpicadero, concentrada en el recuento de las motas de polvo; si se me ocurre mirarla a la cara soy capaz de comprarle un ramo de flores o de prometerle lo que quiera, y paso de hacer el ridículo a estas horas.

—Sola de verdad —insiste, desde muy adentro—. Mi madre murió pronto y a mi padre solo lo veía en las fotos de los periódicos. Ni siquiera fui al colegio, Julia; me pusieron tutores en casa. Solo había criados en un tránsito continuo por pasillos que daban miedo y un montón de puertas cerradas. No se oía nada. Ni un puto grito, ni una risa, nada de nada. Era como vivir en un mausoleo. De adolescente apareció Ana y por fin me sentí una persona normal, pero hasta entonces yo no era más que otro trasto caro de la familia.

—¿Normal con Ana? Me cago en la leche, Irina, para haber vivido en un búnker tienes un concepto de la normalidad muy optimista —intento bromear, pero me sale flojo.

—Luego, con Sabina se me desordenó la cabeza entera —confiesa ella, y con un suspiro—. Me dio la vuelta. Me dejó tonta. Luego vino

todo el lío que ya conoces. Al enterarme de que estaba contigo, Julia, quise cavar un agujero y no salir nunca. No te odié a ti, pero me destrozó. Estaba en la mierda más absoluta.

—Esa cabrona rubia nos jodió bien a las dos, cari.

—Ya te digo. Me metí en los chanchullos de mi padre porque no sabía qué cojones hacer con mi vida ni con la ansiedad que me dejó de regalo. Así conocí a Rashel. La saqué de aquel sitio asqueroso porque no podía quedarme de brazos cruzados, pero para ayudarla me tocó empezar a dar miedo de verdad. Dejé de ser alguien normal, aunque entre nosotras, nunca tuve madera de ciudadana ejemplar.

—Eras una cría, Ira. Te criaste entre matones y heredaste toda esa mierda; no es que pudieras elegir mucho. —Lo digo mientras pienso en Svet.

—No me vengas con cuentos de inocencia, que no era ninguna santa. El caso es que Rashel se pegó a mí y fue mi única amiga durante años. Ya no estaba tan sola, pero decidí no dejar pasar a nadie más. No quería querer a nadie. Hasta que Sabina volvió a dar por saco y me trastocó los planes. Me convencí de que mi destino era ella y me puse muy intensa con el tema. Ya sabes que me va el drama, por mucho que digáis que no siento ni padezco.

—Nos tienes a todas firmes con ese gesto de perdonar vidas y luego te extrañas de que pensemos que eres una tipa fría.

—La cuestión es que ella te trajo a ti. Y tú, Julia, me has dado todo. No me enamoré de ti en plan adolescente pava; me enamoré de mujer a mujer. No sabía que se podía sentir esto, no sabía que existía esta forma de estar con alguien. Y encima has parido a mi hija, has aguantado mis neuras de mierda y sigues aquí, fiel al tirón. Te quiero tanto que me acojona. No sabía que se podía querer así de bien, así de mucho y ser así de feliz.

Me agarro al reposabrazos con una fuerza dispuesta a arrancarlo del sitio. Trago para no soltar el moco e intento respirar con algo de decencia.

—Joder, Irina, cállate un mes, que me estás reventando el personaje de tía dura y me está costando la vida no llorar.

Irina se ríe por lo bajo, pero me dedica un brillo en los ojos que confirma mi rendición absoluta.

—Ahora me gusta nuestra vida —sigue, porque cuando arranca no hay quien la pare—. Me gusta que la casa esté llena de gente. Oír los portazos, los pasos por el pasillo, el lío. Me gusta que haya gente que no se larga a la primera de cambio. Me gusta tener familia aunque tú creas que vivo en la parra. Todo lo hago por ti y por los niños. No puedo borrar las mierdas de mi pasado ni las cosas que he hecho, pero sí puedo asegurar que nadie os toque un pelo.

—Te sienta bien —le digo—. Tener gente alrededor. Se te quita esa expresión de estar a punto de mandar a alguien al paredón.

—Yo no tengo esa expresión.

—La tienes, créeme —le rebato—. Pero por suerte la disimulas porque tienes a un montón de niños con el grito de «tía Ina» en el oído a todas horas.

Irina guarda silencio un momento, asimilando el percal.

—No contaba con que esto me fuera a gustar así. Tener familia.

Me muevo en el asiento y le planto la mano en el muslo. Nada de caricias flojas, solo una presión fuerte ahí, para que sepa que no me muevo de su lado. No digo nada bonito porque me saldrían ronchas en la lengua, pero el gesto ya va con el mensaje incluido.

Irina mira mi mano y vuelve a mirar al frente. No me la quita. No se pone rígida. Se deja querer.

—A mí también me va el rollo —le digo—. Lo de la casa llena de gente. Y verte a ti feliz por eso.

Irina no contesta con palabras. Me aprieta el muslo de vuelta, un pellizco que significa «ya lo sé, no te pases de lista». Qué tía. Me tiene calada.

Carraspeo para ensuciar el momento, que hay demasiado almíbar flotando.

—A ver, que me aclare yo. ¿Estamos celebrando también que tenemos a Sabina, a Amaia y a Vera metidas en casa?

Su perfil se tensa de inmediato. Mencionas a Sabina y la siberiana se pone en guardia.

—Lo de Robin es una jugada de genio, no me jodas —insisto—. Es la coartada perfecta. Tenemos el campamento base montado y

nadie pregunta por qué dormimos todas bajo el mismo techo. Si es que el crío es un visionario y todavía no sabe ni atarse los cordones.

—Robin ha dado la vuelta a todo.

—Es el puto jefe. Punto.

Ea, esa forma que tiene ella de decir mil cosas sin mover un músculo de la cara.

—Prefiero tener a Sabina a la vista.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Así sé qué hace. Sé dónde está.

—Hostia, qué romántica. Me vas a hacer llorar y todo.

Me lanza una mirada de las suyas, de las de «si abres la boca otra vez te bajo del coche en marcha».

—Necesito que esté a salvo, Julia.

Ahí está la esencia de esta mujer: quiere tenerlo todo atado y bien atado, pero porque en el fondo le importa. Y lo dice tan en serio que me deja sin argumentos.

—Vale, pillado. La rubia explosiva bajo custodia de máxima seguridad. Entendido.

Me río para mis adentros. Pero quiero ver hasta dónde llega su sinceridad de hoy.

—¿Y qué pasa con Amaia? —pregunto como la que no quiere la cosa.

—¿Qué tiene que pasar?

—No me vaciles, que nos conocemos. Antes verla te ponía de una mala baba masticable. Era tenerla cerca y te salían espinas.

—Ahora la quiero —dice.

Casi me muerdo la lengua. Proceso la información, porque esto no estaba en el guion.

—¿La quieres de «vamos a por flores al campo» o de «te voy a dar lo tuyo y lo de tu prima»? Porque hay matices, Irina.

—Es guapa. Siempre me han gustado esas pecas que tiene —dice, fija de nuevo en el tráfico.

—Las pecas de Amaia son un insulto —protesto—. No se puede ser tan buena gente y tener esa cara de muñeca. Es un agravio comparativo.

—Y sus tetas.

Suelto una carcajada que casi me hace escupir el pulmón contra el salpicadero.

—¡Hostia, Irina! ¿Te ha sentado mal la comida basura? Qué directa nos hemos vuelto, ¿no?

—Digo la verdad —responde, y sé que se está partiendo de risa por dentro al verme descolocada.

—Eres una guarra de alta alcurnia, te lo digo.

—¿Te molesta?

—¿Que te gusten las tetas de Amaia? Pero si yo soy la primera que les haría un monumento en mitad de la Gran Vía. Me parece de lo más razonable que he oído hoy.

—Lo sé.

Tengo la mano apoyada en su muslo y ni se me ocurre quitarla. Me da igual el orgullo y me da igual todo. Yo también lo pienso, así que a callar.

—Hace un tiempo te cortabas más para soltar estas burradas —le recuerdo.

Tarda en romper el silencio.

—Antes no tenía esto —dice. No señala nada, pero lo entiendo.

—Ay, por Dios, saca los pañuelos, qué momento más intenso.

—No empieces —me corta ella.

—Que no, que soy muy práctica. Me mola que podamos decir que Amaia está para comérsela sin que se caiga el techo. Me mola que Svet no esté hecha un cristo. Y me mola que tú... —me freno— que estés bien.

El coche avanza por el embotellamiento de siempre, pero ahora mismo me da igual. Entramos en la zona de los chalets de césped milimétrico.

—Estoy contenta.

Resoplo por la nariz, aguantando la risa.

—Pues ándate con ojo. Como seas demasiado feliz te denuncio por incumplimiento de contrato. Que aquí hemos venido a sufrir, que es lo que nos mantiene vivas.

—Sufre tú si quieres —dice ella—. Yo me quedo con lo bueno.

Me giro para mirarla y me entran unas ganas negras de morderle la boca. No solo por el hambre perpetua, sino porque por una vez

las piezas encajan. No la asalto porque el coche sigue en marcha y paso de terminar empotrada contra un seto. Me conformo con un apretón fuerte en su pierna.

—Tira para la cueva.

—A casa —corrige ella.

Y resulta que «casa» ya no es el búnker de seguridad atestado de gnomos. Es el lío montado allí. Es Sabina con la tabarra de sus movidas y el olor de Amaia por el pasillo. Es este cuadro que hemos pintado y que, milagrosamente, no es un desastre.

Me echo hacia atrás en el asiento y desconecto el cerebro. Paso de ponerle nombres a las cosas; soy de tirar hacia adelante sin preguntar mucho. Pero lo que hemos soltado aquí dentro, dicho está. Ya no hay quien lo guarde en un cajón sin que se note que hemos mandado todo a la mierda para volverlo a inventar.

Capítulo 14

Entramos en el palacio de invierno con esa mudez post-confesión que se te queda en el cuerpo cuando has soltado por la boca más de lo que el sentido común recomienda. Irina aparca con suavidad. Yo me bajo y manoseo las llaves en el bolsillo por puro instinto de propiedad, aunque los portones se abren por obra y gracia de la tecnología y mi intervención aquí sobra.

El salón es el Rastro madrileño en hora punta. Hay una maleta abierta que vomita trapos por todas partes en mitad del sofá; las vacaciones han muerto para Asia y Sara.

Sara está en su salsa, con cara de tener la respuesta adecuada para darte un repaso antes de que saludes. Asia va con la mochila ya puesta, estirada y en su papel de fantasma educado que no quiere romper nada. Le calzo un capón en la coronilla a ver si se le despeina tanta corrección.

—¡Vaya, por fin aparecen las desaparecidas! —grita Sara en cuanto asomamos el hocico—. ¿Qué pasa, miarma? ¿Habéis tenido que sobornar a la Guardia Civil o Irina ha puesto su cara de «compro el ayuntamiento entero» para que os dejen circular?

Irina pasa de ella; la tía tiene un máster en ignorar pullas. Yo me apalanco en el marco de la puerta con mi mejor pose de tía chunga pero simpática.

—Ni una multa, Sara. Una decepción absoluta. Yo quería que nos dieran el alto o que me esposaran por lo menos para tener una anécdota que contar, pero con esta mujer al volante es imposible. Un aburrimiento de viaje.

Sara se me acerca y me planta un beso en el moflete. Sabina y Amaia me observan desde el sofá con una sonrisa. Las conozco. Estas dos están compenetradas. No es que se den el lote, es algo más sutil: están alineadas. Han hablado, han pactado y han cerrado algún capítulo mientras yo estaba fuera de cobertura. Me escama.

—¿Lo habéis pasado bien? —pregunta Asia con esa vocecita de primera comunión.

—De lujo, cielo —le digo—. He comido lechuga. Un trauma. Estoy por hacerme *influencer* de la vida sana y empezar a desayunar semillas de esas que parecen alpiste.

—¡Anda ya, criatura! Tú la lechuga no la comes, tú la asustas con el vinagre. Si te he visto yo una vez apartar el perejil de las albóndigas con pinzas... ¡Qué te conocemos, reina! Se te ve el plumero desde el puente de Triana. ¡Lechuga dice la niña, hay que tener coraje!

—Te juro que era verde e iba en un bol —insisto—. Una experiencia mística. ¿Os largáis ya? ¿No os ibais mañana?

Sara hace un gesto con la mano, muy de jefa de logística de barrio.

—Nos vamos ya, que mañana me toca doblar el lomo y Asia tiene deberes de persona de provecho. No sé cómo no se le pega nada de lo vuestro, os lo digo, que sois una mala influencia. Se acabó el vivir de gratis en el *resort*. Volvemos al barro.

—Mi vida es un barro continuo, Sara. Solo que el mío tiene hidromasaje y me cobran el fango a precio de oro.

Sabina se levanta y envuelve a su hermana en uno de sus abrazos de oso pegajoso. Sara se deja querer antes de empezar a protestar. Luego Amaia abraza a Asia. Un abrazo largo, de los que Amaia solo da a la gente que ya ha pasado a ser de su círculo. Un milagro. Asia no sabe muy bien dónde meter las manos, pero acaba por relajar los hombros.

Me acerco a Sara y le doy un apretón y dos besos.

—No vuelvas con resaca, que luego te pones muy intensa dando consejos con la lengua de trapo y no hay quien te aguante —le advierto.

—Niña, yo te doy lecciones hasta con tres gin-tonics encima, que para eso tengo vocación de hermana mayor y mucha más clase que tú. —Me agarra la cara con las dos manos y me aprieta los mofletes—. Cuida a las tuyas, Julia. Que tenéis un peligro juntas que ni una caja de bombas en medio de una fogata.

—¿A cuál de todas? Que aquí hay más gente que en la cola del paro —pregunto, y me zafo de su garra.

Sara sonríe con esa guasa que tanto me gusta.

—A todas, pesada. Que aquí hay mucho ego y muy poca paciencia. Y tú la primera, que eres un caso perdido.

Me deja ir y le hace un saludo de capitana a Irina. Asia me da un beso rápido y me da las gracias al oído; me deja descolocada.

—No me vengas con moñadas ahora, que me pongo sentimental y no me pega nada —le digo—. Venga, tira para el coche.

Asia se ríe por lo bajini y enfila hacia la puerta detrás de Sara, que ya carga con los bártulos como si la estuvieran desahuciando. Las acompañamos hasta la salida. Hay más besos, algún «avisad cuando lleguéis, no seáis descastadas» y una palmada de Sara en el culo de Sabina que esta última intenta fingir que le ofende mientras se parte de risa.

Cuando el coche desaparece por el camino, el silencio que se instala es un descanso para los oídos. Me giro hacia las tres.

—Bueno. —Me cruzo de brazos—. Ahora que se ha ido la autoridad competente, ¿quién me explica qué habéis pactado a mis espaldas? Porque tenéis una cara de haber repartido la herencia que no podéis con ella.

Sabina me mira de soslayo, se encoge de hombros y me regala esa risita de «te vas a comer un mojón hasta que yo decida». Amaia, por su parte, se mete las manos en los bolsillos y clava la vista en el techo.

—Uy, Julia, qué imaginación tienes. Solo hemos hablado de la vida, de lo mal que nos sienta el color fucsia... —dice Amaia con una jeta impresionante, y riéndose, encima.

—Ya, ya —bufo—. Mañana os voy a sacar hasta el último detalle, aunque tenga que ponerme pesada con el interrogatorio durante cuatro horas. De momento, voy a ver si proceso la lechuga que me he comido sin entrar en colapso.

Me voy hacia la cocina. Sé que estas dos esconden algo, pero hoy estoy tan de buen humor que me cuesta hasta enfadarme. Me siento magnánima.

—Picoteamos fuera, señoras —decreto.

—¿En la piscina? —propone Sabina—. A estas horas el sol ya no intenta matarnos y se está de lujo.

—Compro —dice Amaia.

Ni una réplica. Ni un «es que hay bichos». Están tan de acuerdo en todo, que la sospecha se me agranda.

—Vale, piscina —claudico—. Pero si hay muchos mosquitos, volvemos al aire acondicionado.

Empezamos el trasiego. Nada de niños a gritos ni música de esa que te taladra el cráneo. Solo escucho el chocar de los platos y el hielo en la jarra, que es música celestial para mis oídos pecadores. El jardín tiene una luz tenue y el agua de la piscina está quieta.

Sabina saca una bandeja con cuatro cosas: queso del bueno, tomates que saben a huerta y una tortilla que ha salido del horno por arte de magia. Amaia trae el vino, por supuesto. Esa mujer huele el alcohol a kilómetros, tiene un don natural. Irina aparece con el hielo. Ver a la mujer que maneja el cotarro con una cubitera me hace pensar que hay esperanza para el mundo. Yo llevo las copas, que es el puesto de máxima responsabilidad porque soy capaz de tropezarme con una sombra y mandarlo todo al carajo.

Nos desparramamos cerca del agua. Las sillas son de esas que te tragan y los grillos están dando su concierto habitual. Me acomodo ahí, con el calorcillo en la espalda y el vino en la mano. Por una vez, la vida no me debe nada.

—Venga, arriba ese copazo —dice Sabina, y levanta la copa hasta casi dársela en la frente—. Brindemos porque estamos vivas y ninguna ha acabado en urgencias con un ataque de nervios.

—A mí esto me da un mal fario de los gordos —digo yo, y arrimo mi cristal—. Tanta paz me escama. Estoy esperando a que alguien se ponga a gritar de un momento a otro.

—Relájate, Julia, que eres una agonías —se ríe Amaia—. Disfruta de que no hay dramas por una vez en la vida.

Irina choca su copa contra la mía con un golpe seco.

—Por no haber palmado entre tanto perchero y tanto intensito —dice con una media sonrisa.

Bebemos. Del tema del coche no decimos ni mu; ya está hablado, masticado y escupido. Ahora lo que toca es seguir respirando y que

nos quiten lo bailao.

—Svet se ha quedado en el piso con Vera, Luna y Martina —les cuento, para ponerlas al día—. Con la escolta de guardia en el pasillo, por supuesto. Se han saludado con un abrazo histórico y a los dos minutos seguro que ya se estaban llamando de todo por el mando de la tele o por un yogur.

Irina asiente, relajada. Tiene un brillo en los ojos de satisfacción interna que se guarda para ella solita. Yo me hago la tonta y no abro el pico, que hoy me he propuesto no ser una metomentodo profesional y dejar que cada una gestione sus movidas sin que yo meta mi nariz de por medio.

—¿Y si nos pegamos un chapuzón ahora mismo? —propone Sabina.

—Yo ahí no meto ni un dedo, paso —salto yo—. El agua oscura me da un mal rollo que me muero. No sé qué hay ahí debajo y no pienso averiguarlo.

—A ti lo que te da mal rollo es que el cerebro te funcione dos minutos seguidos sin imaginarte una catástrofe —me dice Sabina mientras se come una aceituna—. ¿Todavía no han arreglado las luces de la piscina?

—Qué va. Está eso negrísimo. Me da miedo que salga un bicho de las profundidades y me use de aperitivo nocturno mientras chapoteo —le contesto.

Amaia es la primera que se pone en pie, decidida.

—Voy a cerrar la puerta que da al jardín, que hoy no quiero que los de seguridad se pongan las botas mirándonos las carnes —anuncia, muy suya, y me guiña un ojo de camino a por las toallas y a echar la llave.

—Qué detalle. —Subo el tono para que me oiga bien—. El romanticismo ha muerto y lo has matado tú de un portazo, Amaia. Eres una cortarollos.

Al momento vuelve con el cargamento de toallas, las deja en una silla y, de sopetón, empieza a desvestirse tan tranquila. Habla de la tortilla como si fuera el tema del siglo.

—La ha hecho Vera esta mañana. —Saca la cabeza por el cuello de la camiseta, con los pelos de loca—. Estaba comestible, ¿verdad?

Un hito en la historia de la gastronomía familiar.

Yo me aferro a la copa de vino y clavo la vista en el agua de la piscina. De pronto el cloro me resulta un tema de estudio apasionante. Qué pringada soy. No puedo evitarlo, así que le doy un buen repaso al panorama por el rabillo del ojo.

Amaia se quita los pantalones cortos. Luego el sujetador. Revuelve la bolsa hasta dar con el biquini, tan tranquila. Julia, hostia, que ya conoces el inventario de sobra, no seas patética. Pero me quedo atontada con el arco de su espalda y ese mapa de pecas. Tiene una cintura de mujer real, un cuerpo de currante, de los que cargan con la compra, con los críos y con lo que le echen. Amaia es de las que sostienen el mundo y yo le dedico bastante más atención de la que mi orgullo me permite. Me hace hasta gracia que me pase esto.

Se pone la parte de abajo del biquini con una naturalidad que mira, yo qué sé. Habla y se mueve, ajena a que yo estoy a un paso de que me dé un cortocircuito.

—Mañana llamo al colegio en cuanto abran. —Intenta domar la melena en un moño alto de esos que se caen solos—. El calendario de las extraescolares de septiembre es un insulto a la humanidad. ¿Ajedrez a las tres de la tarde? ¿En qué cabeza cabe? A esa hora los niños tienen el cerebro frito, no están para mover caballos. Es una falta de respeto al concepto de siesta.

—El mañana es una mentira, Amaia —le digo después de un trago largo—. Es un invento de Irina para que no nos escapemos de su palacio. Nos tiene aquí secuestradas con vino del caro para que no nos demos cuenta de que somos sus siervas favoritas. En cuanto te descuides, nos pone uniforme.

Amaia se coloca el top. Se abrocha el invento por la espalda con agilidad. Esa piel y esa calma me cabrean de lo bien que le quedan. Bebo más vino. Necesito la lengua bien hidratada para no soltar alguna lindeza.

Se gira, se ajusta un tirante y me pilla el repaso. Era inevitable.

—¿Qué miras con esa cara de boba? —pregunta con una sonrisa. Me conoce de sobra—. ¿Llevo algún lamparón de huevo o qué?

—Tápate ese escaparaté, haz el favor —digo sin pensarlo mucho. Si me guardo la pulla, me sale un grano en la lengua. Y ya que estamos, le zampo el resto—: No os podéis ni imaginar la perlita que me ha soltado Irina esta tarde en el coche.

Sabina se descojona viva, con esa risa de hiena que suelta en cuanto huele sangre o salseo. Amaia, por su parte, se ríe con el freno de mano puesto. Se ajusta el tirante por inercia, se pone algo roja y me lanza una mirada de «tierra, trágame».

—¿Qué perlita, a ver?

Sabina se abanica con una mano, encantada de la vida.

—Ay, por favor, servidme vino a mí también —pide—. Esto se ha puesto interesante.

Irina vuelve del baño tan tranquila.

—¿Qué me he perdido? —pregunta mientras se acerca.

—Nada —respondo yo.

Sabina no puede cerrar el pico.

—Julia está aquí de chivata. Nos está contando tus gustos arquitectónicos. Hoy se siente generosa.

Irina me clava los ojos, pero sin vergüenza ninguna.

—Yo solo tengo ojos.

—Claro, claro. Y has decidido usar esos ojos para hacerle una ecografía a las lolas de la pelirroja. Eso es lo que estoy explicando.

Amaia se tapa la cara, muerta de risa.

—Julia, para ya...

—¿Pero qué «para ya»? —le rebato—. Si es lo que dijo ella. Con toda la jeta del mundo. «Amaia es guapísima. Y sus tetas». Tal cual. Palabra por palabra.

Irina arquea una ceja, pero no se inmuta.

—Yo no lo dije con esa ordinariez, Julia. No me atribuyas tu falta de vocabulario.

—Lo dijiste así —insisto—. Y a mí me dio un ataque de risa y unas ganas locas de darte un bofetón.

Sabina ya no aguanta más.

—Virgen santa —dice entre carcajadas—. Irina, hija, es que no dejas pasar una. Luego soy yo la que tiene fama de lagarta y tú vas por detrás poniendo notas.

Irina se lleva la mano al pecho, haciéndose la ofendida.

—¿Yo? Pero si soy una santa. Una esposa ejemplar.

—Tú eres un peligro público. —Amaia le tira una toalla para que cierre el pico.

Irina la pill a al vuelo y se la echa al hombro.

—Es que Irina las analiza a todas —añade Sabina con una sonrisa de pill a—. A Rashel, a Ana..., a todo bicho viviente. Y luego pone esa cara de que no ha pasado nada.

Irina se sirve vino, imperturbable.

—A Ana no la miro —dice sin más.

Sabina se desternilla.

—Venga ya, si babeas por las esquinas. Lo que pasa es que te da una pereza que te mueres.

—Lo que me da pereza es tener que escucharla cuando abre la boca —matiza Irina.

—Eso cuenta como mirar, no intentes escaquearte —remato yo para que no se libre.

Amaia se agacha a recoger una sandalia y, por supuesto, mis ojos se van directos otra vez. Me doy asco a mí misma por ser tan básica. Pero oye, me encanta darme asco.

Sabina se levanta, ya en biquini, y se planta al borde de la piscina.

—¿Nos tiramos ya o vamos a seguir aquí de tertulia?

—Tírate tú. Yo esperaré a que Irina certifique que no hay pirañas ni nada que muerda.

Irina me mira de arriba abajo.

—No seas gili, Julia. La única que muerde en esa piscina es la rubia.

Amaia nos dedica una sonrisa y todo vuelve a su sitio. Qué coraje me da que me guste verla así de tranquila.

La intensidad baja de revoluciones. Volvemos a lo cotidiano. Nos vamos con las copas a la orilla de la piscina y nos reímos de las tonterías de siempre con los pies en remojo.

—A ver, Amaia, alma cándida, que tengo una curiosidad —le digo y giro la copa, con la risa contenida—. Irina ya ha confesado sus fetiches ópticos, así que te toca mojarte. Si tuvieras que elegir a una

de este grupito nuestro para un revolcón, sin contar a tu mujer, claro... ¿quién sería la premiada?

Amaia parpadea a toda pastilla, procesando la pregunta.

—¿Pero tú te escuchas, Julia? ¿Quieres que confiese mis pecados delante de mi mujer? ¿Estamos locas o qué?

—No me la marees, Julia, que me conozco y luego los celos me dan un hambre que no veas —salta Sabina. Pero lo dice con una sonrisa enorme, con la barbilla apoyada en la mano porque a ella le va la marcha.

Irina me lanza una de esas miradas tuyas, de las de «eres una cría, pero te quiero». Me vuelve loca.

—Julia, déjala en paz, anda.

—¿Qué pasa? Estoy animando el percal, que estamos aquí muy paradas. —Pongo mi mejor cara de buena persona, aunque sé que no cuela—. Además, es una pregunta teórica. Científica, casi. Me interesa el criterio estético de la monjita.

Amaia me mira con una expresión que no descifro, pero no hace ni amago de levantarse. Aguanta el tirón.

—¿Seguro que quieres que te lo diga? —pregunta ella. Una sonrisilla le empieza a bailar por la cara.

—Hombre, por favor. Me muero por saberlo. Venga, dilo, que aquí somos todas familia.

—A mí también me pica la curiosidad, no te creas —confiesa Sabina, y le da un codazo cariñoso a su mujer—. Contesta, anda, que quiero saberlo.

Irina bebe un trago de su copa. Muy despacio. Se hace la interesante, pero tiene la oreja puesta. Me encanta. Si no me ha mandado a callar todavía es porque el chisme le interesa mucho más de lo que admite.

Amaia se encoge de hombros, quitándole hierro al asunto.

—A ver, del grupo... —empieza y se calla—. Es que sois un lote de cuidado. Cada una tiene su pedrada y una intensidad que no hay quien la gestione.

—Qué bonita eres, coño. Nosotras aquí dándolo todo y tú ahí, haciendo de santa de la paciencia.

—No soy ninguna santa. —Amaia pone una cara que le quita el aire de beata de golpe—. Solo tengo más aguante que el resto de vosotras juntas. No es lo mismo.

—Eso tiene mucho más peligro. —La señalo con el dedo—. La gente que siempre mantiene el tipo me da un miedo de muerte. Tenéis una ventaja injusta sobre las que perdemos los papeles antes de empezar. Es de ser muy perra.

Sabina levanta su copa al aire y brinda con la nada.

—Por el aguante de mi mujer.

—Y por vuestras ganas de dar por saco a todas horas —añade Amaia, y me guiña un ojo.

Me encanta que me siga el rollo. Me toca sacar la artillería pesada para que se deje de historias.

—Venga, corta el rollo. ¿A quién te tirarías? Y no me digas que a Sabina, que esa respuesta es de primero de bollera y aquí ya somos todas doctoradas en vicio.

—Julia, qué pesada te pones cuando te da por algo. Eres como una gota malaya.

—Sí, pero soy una gota malaya con mucho encanto —admito con todo el orgullo del mundo—. Contesta, que aquí eres la única que no se ha liado con nadie que no sea la rubia. Dinos con quién pecarías, aunque fuera de pensamiento.

Sabina hace un ruidito de satisfacción. Irina deja de mirar a Amaia y me mira a mí. Es un ordenador procesando mis tonterías, pero tiene un brillo en los ojos que dice «sigue, a ver por dónde sale el tiro».

Amaia se repantinga en la silla. Está más tranquila que nadie. No se le mueve ni un pelo del flequillo.

—¿Esto es un test de esos para ver si somos compatibles o qué narices buscas? —pregunta con guasa.

—No, es una conversación entre mujeres adultas con un par de copas encima —le miento con todo mi descaro.

—Yo no estoy borracha —salta Irina con su sequedad de siempre.

—Bueno, tú eres una computadora soviética. Amaia y yo estamos disfrutando de la vida —le rebato.

—Julia está muerta de celos porque cree que nadie la mira y lo disfraza de encuesta social —se ríe Sabina.

—Julia está haciendo un estudio de campo —corrijo—. Me interesa saber qué pasa por las cabecitas de mis amigas.

Amaia no me quita el ojo de encima. Me aguanta el pulso sin parpadear. La tía tiene más peligro del que parece.

—¿De verdad piensas que vivo en un convento? —pregunta con una suavidad que me descoloca.

—Pienso que eres de esas mujeres fieles hasta el aburrimiento que solo tienen ojos para su santa esposa. De las de devoción absoluta y rezos antes de dormir.

Sabina saca pecho, encantada de la vida.

—Devoción. Me flipa. Me la apunto para cuando nos peleemos.

Amaia niega con la cabeza muy despacio. Tiene una sonrisa que me está empezando a poner nerviosa.

—Julia, tengo sangre en las venas. Claro que me fijo. Tengo ojos, tengo manos y tengo de todo.

No esperaba esa soltura. Me ha robado el chiste que tenía preparado. Me recompongo rápido, que para eso tengo tablas en esto de ser una bocazas.

—Ah, pues qué alegría me das, hija. Sal de ese armario de perfección. —Saco pecho—. Venga, desembucha. ¿Quién ha conseguido que la santa peque de pensamiento?

—Pues mira, la primera del grupo con la que me iría a la cama eres tú, Julita.

Y la muy cabrona se ríe en mi puta cara mientras yo me quedo con la boca abierta.

Capítulo 15

Ni un chiste se me ocurre. Ni una bordería. Nada. Menudo corte me ha metido la tía.

Sabina decide que ya basta de silencios y sube el volumen para regodearse.

—¿Pero qué me estás contando? —Se toca el escote con un gesto exagerado—. ¿Se lo dices así, en mi cara?

La tía finge. Le brilla el jeto; le encanta que su parienta haya lanzado esa bomba.

A mí el vino se me ha atravesado en el gástrico y noto las mejillas a mil grados. Tengo un sofoco por el pescuezo digno de estudio.

Amaia me mira. Solo a mí. Pasa de Sabina; no se arrepiente para nada de haberlo dicho. Al revés, comprueba que estoy sin cobertura y suelta una risita de ganadora.

—Está muda —se cachondea Irina con voz de enterradora *sexy*—. Esto es para celebrarlo: Julia se ha quedado sin respuesta. Apuntad la fecha en la pared.

—Hija, ¿pero tú respiras? —Sabina se gira hacia mí con la toalla al hombro, con una risa ya descarada.

Intento encontrar la frase para hundirlas a todas, pero la lengua se me ha hecho un nudo contra el paladar. Irina detecta que estoy en la lona y aprovecha para rematarme.

—Y encima se está poniendo como un tomate. —Da otro trago al vino—. Se le ve el arrebol hasta debajo de lo mulato.

—¡Ay, Ira, que me da algo! —grita Sabina, y se da un chapuzón.

—¿Roja? —Amaia se acerca para inspeccionarme los mofletes.

Me pica el orgullo. Me fastidia que me pillen. Me fastidia que Irina se pitorree y que Amaia me haya puesto en este compromiso, aunque sea yo la que ha empezado a tocar las narices.

—No estoy roja —gruño.

Me levanto despacio, que no parezca que salgo por patas, aunque por dentro busque la puerta más cercana.

—Voy a por más alpiste. —Señalo la botella.

—Ni se te ocurra moverte —me frena Amaia.

Aprieto las muelas. La capulla tiene esos ojos enormes y claros que te dicen la verdad a la cara mientras se ríe de ti por dentro.

—¿Qué quieres ahora? —me sale una voz de cría quejica.

Amaia me echa agua con la mano.

—No te hagas la tímida ahora, Julia, que has sido tú la que ha abierto el melón con la preguntita —responde con esa calma suya.

—Era una coña, tía. Pensaba que ibas a decir que a tu cuñada o a alguna de esas que se dan un aire a tu mujer, por eso de no salirte del guion.

—Yo no tocaría a Sara ni con un palo, por Dios. Menudo cuadro.

¿Y a mí sí? Me siento con el culo al aire. Busco una frase lapidaria, algo que la deje balbuceando, pero se me ha secado el cerebro.

—Eres una pedazo de cabrona —murmuro. Y me sale con un cariño que me da asco a mí misma.

—Qué va. Soy tu amiga. Y sé lo que estabas rascando, así que te he dado el premio gordo, guapa.

Sabina me lanza una sonrisa de «toma, por lista». Se endereza y me clava la vista.

—Bueno, cortad el rollo ya —dice, algo más seria—. Ya nos hemos enterado de que mi mujer tiene un gusto de locos. Y que a Julia se le caen los pantalones cuando la ponen en evidencia.

—A mí no se me cae nada —protesto por puro vicio.

—Venga, acéptalo. A mí me da igual. El deseo es libre. Mi mujer tiene ojos y tú tienes un cuerpo que es para verlo. No pasa nada.

Agarra su botella de agua. Me mira fijo, con una fuerza capaz de hacerme sudar.

Amaia se ríe por lo bajo, pero asiente al momento. Le planta una mano en el cuello y la rubia le sonrío, ahora sí, como la dueña del cortijo que es. Se dan un beso rápido.

Irina se me acerca. Yo sigo ahí, sentadita en el borde, con la copa temblando y el cuerpo rígido.

—Venga, ya está bien de tonterías. —Me agarra de la cintura y me pega a ella—. Amaia tiene razón. ¿Quién no querría hincarle el diente a Julia? Si es que es un espectáculo de mujer.

Me pega un beso en la sien, bien sonoro.

—Un espectáculo con un tornillo flojo y un genio de mil demonios —añade Sabina, de nuevo a carcajadas.

—Un espectáculo —insiste Irina—. Con esa boca que solo suelta barbaridades y un culo que ya quisieras tú, rubia. Normal que se le antoje a cualquiera.

El piropo me pega un viaje importante. Irina me está defendiendo con un orgullo que me pone hasta colorada. Me marca el territorio y yo aquí, haciendo el papel de mi vida, callada y sin saber dónde meterme.

Me agarro a la copa. Tengo los dedos congelados por el hielo, pero por dentro estoy a punto de hervir. Irina me ha sacado del marrón, pero me ha metido en su terreno. Me da coraje, porque cuando pierdo la mala leche me quedo sin defensas.

Ella se mantiene pegada a mi hombro.

—Hala —ordena—. Todo el mundo al agua de una vez.

Sabina ya está por ahí flotando, haciendo el muerto. Amaia se lanza al agua, se apalanca a su lado y le mete un empujón. Sabina chilla, un alarido de mentira. Normalidad absoluta. Un cuadro de familia feliz que te cagas.

—¿Te vas a remojar o qué? —me dice Irina en el cuello.

—Paso mil.

Me calzo un sorbo largo, pero me sabe a rayos. No es la ginebra, que es de la buena, es que la pelirroja me ha descolocado. No es que me haya tirado los trastos a la cara, es que ha abierto una puerta que yo tenía cerrada con candado y cadena en el sótano de mi cabeza y que no pensaba que fuera una posibilidad real para ella. Y me ha molado. Qué tía más retorcida. Qué lista es la condenada.

Me trago el aire y me obligo a bajar las revoluciones. Miro a las dos sirenas estas de pacotilla en la piscina. Se las ve tranquilas y yo necesito que la charla vuelva a ser un cotilleo de mierda sobre lo mal que está la juventud.

—¿Sabéis la perla que soltó Vera el otro día?

Irina se gira hacia mí, divertida.

—¿Qué ha pasado ahora con la niña?

—Que dice que su madre es más joven que yo —digo, con voz de ofensa máxima y aires de diva herida—. Y me lo cascó con esa cara de «lo siento, abuela, pero los números son los números».

—A ver, es que Amaia es seis años más joven y se conserva en formol —Sabina estira las palabras mientras se chotea de mí.

—Qué va, Amaia no se cuida una mierda. Amaia tiene una flor en el culo y yo tengo un carácter de perros que me envejece. Jugamos en ligas distintas, ella es Disney y yo soy una de Tarantino.

—Irina, ¿tú ves a Julia más cascada que a mí? —pregunta Sabina, con toda la guasa del mundo.

Irina le pega un tiento a su copa. Me mira de arriba abajo, despacio.

—Julia es más madura que tú, que no es lo mismo.

—Mil gracias, cariño —le devuelvo con sarcasmo—. Es el piropo más asqueroso que me han echado desde el instituto.

—No es un piropo, es un parte médico.

—Y tú eres una doctora de pacotilla —murmuro, y me sirvo más ginebra porque esto no hay quien lo aguante sobria.

Sabina asoma medio cuerpo del agua, con el biquini brillando bajo los focos. Me mira con una guasa que no le cabe en la cara.

—¿Ya te has apaciguado?

—Solo pienso que Amaia no tiene luces —digo—. Es la única de aquí que no ha catado otras carnes. Y va la tía y me dice eso. Un poquito de por favor, que hay sensibilidades.

Amaia no pierde la sonrisa ni aunque la maten.

—Yo no tengo que ir por ahí enseñando los galones.

—Claro —le ataco yo—. Tú eres la santa de la casa. La que no sabe lo que es un pecado.

—Yo peco con Sabina cada vez que puedo.

Sabina le arrea un manotazo, mitad cariño, mitad «cállate ya».

Irina se pone en pie.

—Voy a ver si hay hielo.

—Te sigo —salto yo, porque necesito que me dé el aire y porque necesito hablar con ella a solas.

Amaia no me quita el ojo de encima.

—No salgas corriendo, Julia.

—Que no corro, pesada. —Me encamino a la salida—. Es que el hielo de Irina es de otra categoría, que tú eres capaz de ponerme un cubito con sabor a pescado.

Irina me agarra la mano para que me levante.

—No te comas la cabeza —me susurra a modo de aviso.

—Que no, cari, si estoy fenomenal —le digo con mi mejor sonrisa de «aquí no pasa nada»—. Sigo en mi sitio.

Irina enfila hacia la cocina. Asumo que sigo respirando después del bombazo de Amaia. La aludida me sigue taladrando con la vista, así que le levanto la copa con un gesto de resignación total.

—Eres una pieza de cuidado, chata.

—Lo que tú digas.

Me largo a la cocina detrás de Irina. Ella se pelea con el hielo y mueve las manos con esa eficacia que me hace pensar en cosas que no vienen al caso. Agarro una botella.

—¿Y a ti qué te ha parecido el numerito?

—Nada. Es Amaia.

—«Es Amaia» —repito, con voz de pito—. Esa es la nueva excusa universal para todo, ¿no? Como el «son sus costumbres y hay que respetarlas».

—Amaia es transparente. —Irina pasa de mi parodia—. Y no gasta saliva en mentiras.

—¿Y tú te tragas que lo ha dicho en serio? ¿O solo quería callarme la boca?

—Amaia no sabe lo que es el sarcasmo cuando habla de esas cosas.

—Pues qué bien. —Me sirvo más combustible—. Menudo percal tenemos montado.

—No es un percal —sentencia Irina—. Es lo que hay. Y no se va a hundir el mundo por eso.

—Se hunde mi sistema nervioso, que es peor. Ahora tengo el disco duro ocupado con la imagen de Amaia en bolas y eso va a traer cola.

Irina me encasqueta el hielo en la copa con un golpe seco. Me analiza, divertida a mi costa.

—No me cuentes historias. Tú ya te la habías imaginado sin ropa hace siglos.

—Oye, por favor. Eso lo harás tú, que le miras el balcón cada vez que se agacha. Yo soy más de verla vestida, que tiene más gracia imaginar cómo se quitan tantos botones sin romper nada.

Irina me pasa la copa. Me la meto entre pecho y espalda de un trago y el alcohol me da el empujón que me falta.

—Venga, al agua. —Señalo el jardín—. Necesito un baño maría urgente para bajar las revoluciones.

Salimos al jardín y Sabina y Amaia están flotando en la piscina tan tranquilas.

—¿Qué pasa? —pregunta Sabina desde el agua—. ¿Ya habéis arreglado el país las señoras importantes?

—Ya. Ahora bajamos al barro con las plebeyas. Prepárate.

Sabina se acerca al borde chapoteando y me lanza una mirada de las suyas.

—Tírate ya, anda. Que se te nota la rigidez desde aquí.

—No estoy rígida —le rebato con toda mi chulería—. Estoy en pausa técnica.

—Estás sudando ginebra por los poros.

—Es una fragancia de edición limitada, cateta.

Sabina, que es una tocapelotas, me lanza un viaje de agua fría que me da de lleno en las piernas. Pego un salto que casi me mato.

—¡Serás cabrona, Canija!

—Venga, que pareces mi madre antes de meterse en el balneario —me pica—. Entra ya.

Amaia se acerca a Sabina con una sonrisa en la boca. Hacen un frente común que no me gusta un pelo.

—Déjala, si hoy está en modo diva y no quiere que se le estropee el pelo.

—Qué va —insiste Sabina—. Lo que le pasa es que tiene miedo de que el agua esté mojada.

—A mí no me achanta nadie, ¿eh? —gruño, y pico el anzuelo de cabeza.

—Pues demuéstalo, valiente.

Me sube el calor de golpe. Me revienta que me toquen las palmas porque acabo bailando siempre. Miro a Irina, que se ha sentado en su silla cara con esa cara de «fíjate, otra vez haciendo el ridículo».

—Vale, pero como mañana me levante con mocos, os paso la factura de los pañuelos —amenazo.

Me quito la camiseta de un tirón y me planto en el bordillo.

—No me salpiques, Julia, que te mato —avisa Irina desde su sitio.

—No te prometo nada, jefa.

Pego un salto que es de todo menos elegante, en busca de que el golpe del agua me limpie todas las tonterías que tengo en la cabeza. El frío me corta el rollo de golpe. Está espectacular. Saco la cabeza bufando y me encuentro a Sabina partida de risa.

—¡Vaya planchazo, bonita!

—Ahora te vas a enterar de lo que es un planchazo.

Me lanzo a nadar hacia ella con ganas de guerra. La alcanzo y la agarro del hombro, la hundo, ella me devuelve el viaje y acabamos enredadas entre risotadas y salpicones. Amaia se mete en el ajo, claro. La tía tiene una fuerza en los brazos que no es normal; me pone las manos en la cabeza y me sumerge antes de que pueda decir «copa».

Salgo a la superficie, trago aire y escupo agua, con la risa floja.

—¡Amaia, mi pelo! ¡Que me vas a dejar calva!

Irina nos vigila desde la orilla. No se desternilla, pero ha bajado la guardia. Me gusta que nos mire. Me flipa que vea que, a pesar de todo el lío que tenemos montado, todavía sabemos hacer el idiota.

Nos tiramos un buen rato así, en plan ganso, con nados en círculos y el olvido de que tenemos ya una edad. El agua me deja el cuerpo lánguido y la cabeza por fin en silencio.

Amaia se desliza hasta mi lado, con esa sonrisa que me hace replantearme mis principios, y me sujeta un momento por los costados.

—Venga, parad, que estoy ya sin pilas.

—Tú tienes batería infinita, no me jodas —le digo, aunque la dejo marchar.

Amaia enfila hacia la escalera. Sabina va detrás. Se sientan con las piernas colgando en el agua, mientras Irina se levanta de su trono y yo sigo en el agua.

—Esto es otra cosa —dice Amaia—. Así sí se puede estar.

—Es la única forma de no acabar a puñaladas —añado yo, mientras floto de espaldas.

Irina nos dedica una sonrisa de medio lado que significa mucho y nada a la vez.

—Yo me retiro a boxes —anuncia—. Mañana me toca currar temprano.

—Normal. —Me apoyo en el bordillo—. El imperio no se levanta solo mientras nosotras nos ponemos a remojo.

—Procura no ahogarte, Julia.

—Haré lo que pueda.

Se esfuma hacia el interior de la casa y las demás seguimos con las paridas sobre el cloro y la vida contemplativa. Al rato, Amaia decide que el agua ya le ha arrugado hasta las ideas y se pone en pie, empapada y con tembleque.

—Me voy a la ducha.

—No te pires todavía, rancia. —Le doy un manotazo al agua para salpicarla—. Quédate otros diez minutos.

Amaia se escurre el pelo.

—Por hoy ya he cubierto el cupo de emociones fuertes.

—Venga, Amaia —insiste Sabina desde el borde—. No seas sosa, que se está de lujo.

—Que no, que tengo los labios morados —repite ella, que cuando se pone cabezona no hay quien la mueva—. Buenas noches, criaturas.

Se da la vuelta y me deja a solas con Sabina. Me cago en todo, ahí es cuando me entra un tembleque que no es por el frío. Nado hacia ella. Me apalanco justo entre sus piernas, en una invasión de su terreno, para que sepa que hoy no voy a jugar a la defensiva.

—¿Se te ha pasado ya el *shock*?

—Estoy en mi punto óptimo. —Escupo un chorrito de agua—. Y con un pedal importante. Perfecta, vamos.

—No estás borracha. Estás alegre.

—Que no, cansina. Que voy doblada —insisto, aunque en realidad el alcohol me ha dejado solo esa neblina justa para no huir de ella.

—Te conozco, guapa. —Baja la mano para acariciarme el pelo mojado.

Me quedo tiesa. A ver, regla número uno del universo: a una tía negra no se le soba el pelo. Es ganarse un bofetón a mano abierta. Yo tengo esa aduana cerradísima y la única con la tarjetita VIP es Irina. Fin. O eso me repito yo para hacerme la dura, porque Sabina se paseó por este cortijo hasta que nos inventamos aquel pacto de no tocarnos para no saltar por los aires. El pacto ya lo mandamos a la mierda el otro día bailando, vale, pero es que ahora va la muy idiota y me mete los dedos entre los rizos empapados. Me pega una caricia tan suya, tan de dueña y señora, que me manda un calambre por la nuca y me deja con las defensas en los tobillos. Qué coraje me da la tía; tiene línea directa con mis putos fusibles.

—Sé cuándo vas ciega y cuándo no quieres que se te note la empanada mental que traes —remata.

Me callo, disfruto de esa mano en mi cabeza, pero odio que sepa leer mis neuras mejor que yo.

—Venga, habla ya, que estás deseando. ¿La otra lo ha soltado para hacerse la interesante o para callarme la boca? —pregunto. Para qué vamos a andarnos con rodeos, si al final el elefante en la habitación es tan grande que ya no cabemos nosotras.

Sabina juega en el agua con los pies y me encierra con las piernas.

—Si lo ha dicho es porque es verdad.

—Me cago en mi estampa —murmuro, y me hundo hasta la nariz.

—Te has agobiado sola. Y no es para tanto.

—Claro que lo es —le replico, aferrada a sus rodillas—. Con ese asuntillo planeando sobre nuestras cabezas.

—A mí el asuntillo me preocupa menos que a vosotras. Y me parece normal que Amaia no sea de piedra. Tiene buen gusto, la tía, no se le puede negar.

—Venga ya. Tú es que vas sobrada de ego y el resto somos unas aficionadas.

—Pues un poco sí. Y me mola que mi mujer tenga el cuajo de decir lo que piensa.

—¿Y tú qué? —le lanzo la pulla, a la caza del hueco—. ¿Tú te tirarías a alguien de este grupo de taradas?

Sabina ni se lo piensa.

—¿Yo? A todas. A todas menos a mi hermana, que no tengo ganas de salir en el telediario de las tres por un lío familiar —se ríe y, joder, me la comería con patatas ahora mismo.

—Qué tía más sinvergüenza —le digo con un deje de risa—. Qué honestidad más cerda. Qué puta eres.

—Yo no pierdo el tiempo mintiendo sobre lo que cualquiera puede ver —sentencia, muy segura de sí misma—. Y tú tampoco deberías, Julia, que ya tienes pelos donde todos sabemos y no te pega hacerte la estrecha.

—Tú mientes hasta para decir qué has desayunado, que eso te mantiene el cutis terso. —Estiro el cuello hacia ella.

—Con esto no. Y ahora vas a dejar de hacer el tonto y me vas a hablar en cristiano.

El silencio se nos hace pequeño, así que me pego al borde de la piscina para que el agua decida por mí qué parte de mi cuerpo quiere flotar y cuál prefiere hundirse con ella.

—¿Te acuerdas de la primera vez? —dice de golpe la tía, ahí, mojada y con esos aires de trascendencia que le dan por rachas.

—¿De la primera vez que caté un Rioja de tres cifras o de la primera vez que Hacienda me dio una alegría? —pregunto yo, que hoy ya he tenido bastante intensidad y me apetece cero ponerme profunda.

—No, tonta del culo. —Me da una patadita suave en el brazo debajo del agua—. De la primera vez que montamos aquel trío. Con Olga.

—Hostia, Olga —digo al aire—. Pobre criatura.

—Ya. —Sabina pone cara de funeral—. Teníamos veinte años. Y llevábamos encima un cargamento de MDMA. Tú por error, encima.

—Estábamos fatal —le recuerdo, porque la memoria le falla cuando le conviene—. Yo traía un cabreo de tres pares de narices

contigo. Todavía me acuerdo de la jugada y me dan ganas de tirarte el vino por la cabeza, que lo sepas.

—Menos mal que iba puesta, porque estaba acojonada.

—Sí, acojonada. Menuda jeta has tenido siempre. A veces me pregunto por qué no te mandamos a pastar eternamente.

—No era cara, es que no podía elegir, os quería a las tres, aunque admito que la cagué con la mentira, venga.

Miro cómo la luna le da un brillo de mala de película en la cara. Está guapísima la hija de puta, es que no tiene perdón de Dios.

—¿Y a qué viene este viaje al pasado ahora? ¿Te has dado un golpe en la nuca al tirarte a la piscina?

—Me recuerda a este momento —dice ella bajito—. A lo mejor una dosis de aquellas nos vendría bien para espabilar.

—Ni de coña. Tú eres una yonki rehabilitada y las demás acabaríamos en el hospital con el corazón pidiendo el finiquito. Que ya tenemos una edad, Sabina, que si me levanto rápido me cruje hasta el alma. ¿Para qué quieres tú más jaleo?

—Para lanzarnos —dice ella, y asoma esa sonrisa que tanto me gusta y tanto miedo me da—. Para hacer lo que nos pide el cuerpo y que frenamos por ir de señoras serias por la vida.

—Yo no tengo el cuerpo para fiestas —le corto el rollo—. Yo tengo el cuerpo para un pijama de esos feos de borreguito y dormir doce horas del tirón sin que nadie me pregunte dónde están las llaves.

—Tú no sabías que querías morder —dice ella, muy segura—. Y ahora lo sabes.

Me acerco a su cara de pilla, a ver si por ósmosis se le pega algo de mi sentido común, aunque sé que es batalla perdida.

—¿Todo este discurso viene por las chorradas que soltó tu hermana el otro día?

—Lo del cuatrimonio.

—Eso. Esa palabreja de mierda que suena a oferta de tres por dos en el Carrefour.

—La etiqueta es una catástrofe, lo sé —admite—. Pero creo que se puede querer y desear a más de una persona a la vez. A mí me pasa de serie. He nacido cuarenta años antes de tiempo, Julia. Me ha tocado ser la pionera y es un agotamiento.

—Vale, aceptamos barco con lo tuyo. Pero nosotras cuatro somos amigas. Dos parejas de amigas que se llevan muy bien. Punto.

—No te lo crees ni después de vaciar la bodega, Julia. Fíjate, anda. Vivimos juntas. Criamos a las niñas como si compartieran ADN. Nos apoyamos en todo. Nos peleamos por estupideces. Nos conocemos cada manía, cada centímetro de piel y las mierdas que tenemos en la cabeza. ¿Qué más te falta para admitirlo?

—No follamos, Sabina. Ese es un detalle bastante importante en la definición de «lío».

—No lo hacemos por los tabúes que tenemos ahí metidos.

—No te pongas intensa, que te conozco.

Aunque la idea me hace un cosquilleo en la nuca que no me gusta reconocer.

—No soy intensa, soy práctica. Tú sabes que nos queremos. Mucho.

—También queremos a Rashel y a Ana y no por eso vamos a montar un harén en el salón —le digo para ver si baja de la nube.

—No es lo mismo y lo sabes. Lo nuestro es un pifostio monumental que, por algún milagro del cielo, funciona que te mueres.

—Funciona porque no nos hemos quitado las bragas.

—Funciona porque somos unas artistas del autoengaño. Le hemos puesto el sello de «mejores amigas» para no tener que dar explicaciones a nadie, ni siquiera a nosotras mismas, Julia.

—Tú serías la primera en descorchar botellas para celebrarlo. No me vengas ahora con el hábito puesto.

—Yo de santa tengo lo que Irina de *hippie*. Te lo acabo de decir clarito: os quiero a las tres, y eso es un hecho. Pero este invento vuela en cuanto alguien estornude fuerte. No estáis listas para el lío. Ha llegado Sara, ha tirado el petardo y estáis todas con un cortocircuito mental que no podéis con él. Venga, confiesa.

—Qué pico tienes, hija. A veces me das miedo.

—Soy la más lista de esta casa —dice ella, tan ancha—. Y me entero de lo que Amaia dice por esa boca y de lo que Irina dice con un simple movimiento de hombros.

—¿Y qué ha dicho mi siberiana favorita?

—Te ha agarrado del brazo y ha gritado que eres suya sin decir ni media palabra. Marcando el territorio.

—Claro. Soy su trozo de jardín particular. Me tiene para que le haga bonito en las fotos.

—Mira, ni tú ni Irina habéis soltado el papel de novias intensas conmigo, ni yo con vosotras. Y Amaia, que es una blanda con mucho cerebro, ha terminado metida en este bucle nuestro tan sano —dice suave—. Nos cuidamos, vigilamos qué comemos y nos mandamos a la mierda con todo el cariño del mundo. Pero sin catar lo que queremos.

—¿Y qué es lo que quieres tú, lista? —pregunto, aunque lo sé de sobra.

Sabina me clava la mirada.

—Julia, no tienes doce años. Hay unas ganas de follar cruzadas que no caben en este jardín. Es la verdad esa que callamos para no parecer unas colgadas. Porque no es lo habitual. Tenemos metido en la cabeza que el lote viene de uno en uno, sobre todo para el tema de la cama. Y te digo una cosa: cerrar las piernas es fácil. Pero apagar esto que tenemos es otra historia. Y ahí está, dándonos la tabarra.

—Yo no tengo ganas de nada —miento—. Bastante jaleo tengo ya con Irina y la casa.

Sabina se ríe de nuevo. Se lo está pasando pipa a mi costa.

—Bastante jaleo tienes negándolo, querrás decir.

Se acerca más. Sus rodillas me rozan el brazo y un chispazo me recorre entera. El agua de la piscina está quieta, pero mi pulso va a toda pastilla.

—Mira, Julia. —Se pone seria de golpe—. Somos adultas. Y las que ya peinamos canas sabemos que mantener este equilibrio sale mucho más caro que un calentón bien gestionado.

—¿Y qué equilibrio es ese? Porque yo veo que aquí cada una va a su bola.

—Tenemos una familia —dice Sabina—. Dos hijas que se enteran de todo. Un casoplón que mantener. Un negocio que nos tiene atadas. Y tenemos este lío que se mantiene porque nadie lo agita.

—¿Y si lo agitamos? ¿Qué pasa?

—Si lo agitamos, igual nos estalla en la cara. Y yo no quiero que vuele todo, porque he aprendido a vivir así. Por muchas ganas que tenga de meteros mano de otra forma. Lo sabes, no me intentes engañar.

—Yo no engaño a nadie. Soy un libro abierto.

—Sí, un libro en chino —dice la cabrona—. Y te aviso, todas estamos bajando la guardia. Estamos a un paso de liarla.

—Yo no bajo nada. Tengo la guardia más alta que la muralla china.

—Bajas lo que te interesa. Y esto te da miedo porque no quieres que se rompa lo que hemos montado, esta relación de cuatro sin pasar por la cama. Pero el cariño es real. Somos una familia. Esto no va solo de sexo, aunque nos muramos por ello.

Me supera su capacidad para analizarlo todo.

—Eres de un práctico que asusta, tía. Deberías trabajar en la ONU.

—Soy realista. Y tú también, por mucho que te hagas la despistada.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Nos ponemos a ver cómo se pone el sol?

Sabina suelta una risilla floja.

—Nos reímos de Sara. Y de lo que no va a pasar todavía. Aquí en remojo y mañana vuelta a la función de siempre, que se nos da de lujo.

—Y con Amaia tirando granadas. —Le guiño un ojo; voy más ligera.

—Y con Amaia tirando granadas —repite Sabina—. Con Irina marcando el terreno cada vez que te acercas a alguien. Y contigo sin saber qué contestar porque te pones roja en cuanto te tocan.

Suelto un airecillo por la nariz. Me fastidia que me conozca tan bien.

—Menudo espectáculo. Deberíamos cobrar entrada.

—Menuda obra de ingeniería —me corrige Sabina.

Se mete en el agua y viene hacia mí con calma. Me pone de los nervios, porque aquí la que suele manejar los tiempos soy yo. El agua ondula mientras ella acorta distancias. Se planta delante de mi

cara, a nada, y me mira de arriba abajo. Me inspecciona los labios y luego me clava los ojos. La sonrisa que traía se le borra y da paso a esa expresión de «te tengo donde quiero».

—Venga. Para que no se te olvide que estoy aquí.

Y me muerde. Me muerde el cuello, debajo de la oreja. Un mordisco suave, de esos que avisan, muy íntimo. No duele un carajo. Marca. Me deja un calor que me sube por la espalda y me pone tonta. Yo no me muevo. Yo no respiro.

Sabina se separa apenas nada. Me mira a los ojos y disfruta del momento.

—Ahora vete a dormir con Irina.

—No te pases de lista. Y guarda el látigo, que aquí la que manda sigo siendo yo. Aunque me haya gustado el mordisquito, no te flipes.

—Te mando porque me sale de ahí —susurra ella con una soberbia que, por desgracia, me pone bastante—. Y te mando porque si no te doy el empujón, la liamos. Y no toca todavía. Circula.

—Tú ganas —consigo articular.

Se retira, se apoltrona en el borde de la piscina con una tranquilidad insultante y me dedica una mirada de suficiencia absoluta.

—Venga, vete, Julia, por Dios.

Salgo del agua y mantengo el tipo, pero el fresco de la noche me recuerda que estoy empapada y que me ha dejado con la miel en los labios.

—Hasta mañana, rubia —le lanzo desde la orilla.

—Que descanses, bonita.

Me doy la vuelta y enfilo hacia la casa. Voy dejando un rastro de agua por el suelo, pero me importa un bledo. Por dentro estoy muy alterada, con una mezcla de ganas de matarla y de darle un beso bien dado.

Y lo peor es que Sabina tiene toda la puta razón del mundo. El equilibrio ese del que habla sale carísimo, pero me gusta que la gente no se ande con rodeos. Amaia ha sido clara y Sabina me acaba de despachar con un bocado que me ha dejado muda.

Entro en el cuarto y me meto en la cama con Irina. Menudo día intenso, hostia. Estas mujeres me van a volver loca tarde o

temprano, pero me da igual. Al final va a resultar que me gusta que me pongan en mi sitio de vez en cuando. Toca cerrar el pico y dejar que el día se acabe de una vez.

Capítulo 16

El pasillo está a temperatura de cámara frigorífica, perfecto para que no se me derritan las ideas tan temprano. Oigo el portazo de la calle y ya sé que Sabina, que ahora es una mujer sanísima, ha salido pitando a fabricar endorfinas trotando entre los pinos. Que le cunda el oxígeno. Yo busco a la otra. Cruzo el pasillo hasta su puerta y entro sin llamar; la cortesía es un invento para las visitas y yo aquí tengo derecho a pensión completa.

El ambiente huele a sudor de calidad y a esfuerzo recreativo; está claro que la rubia no se fue a dormir con un libro de autoayuda. Entra una luz grisácea por las rendijas de la persiana, la cantidad exacta de claridad para no estamparme contra el armario. El suelo da pánico: bragas y camisetas desparramadas. Un caos precioso.

Amaia está en la cama, en pelotas y desparramada boca abajo. Duerme con una profundidad envidiable. Contemplo desde el umbral ese festival de pecas y la curva de esa cadera que me sé de memoria. No la despierto; saboreo la escena antes de soltarle el percal.

—Venga, jefa, que se te pasa el arroz. —Me acerco a la cama y le doy un toque con el pie al colchón.

Ella me ve y no le da un amago de infarto porque ya está curada de espantos conmigo. Gruñe y se tapa la cabeza con la almohada.

—Julia, tía... Vete a pastar. Es de noche todavía.

—Son las siete pasadas, so vaga. Además, te traigo mi presencia divina, que ya es bastante regalo. Mueve el culo, que tenemos que hablar y no me voy de aquí hasta que me mires a la cara.

Se da la vuelta con una lentitud infinita y me mira con un solo ojo entrecerrado. Tiene el pelo enredado y una marca de las sábanas en la mejilla; no sé si soltarle un beso o un insulto. Pega un tirón de la sábana con agilidad y se tapa hasta el cuello.

—¿Qué quieres? ¿Se ha quemado la casa?

—Casi. Se ha quemado mi paciencia, que es peor. Venga, saca un brazo de debajo de la colcha y hazme un hueco, que vengo con ganas de dar guerra y de que me hagas caso.

Amaia suspira, se aparta y me deja sentarme en el borde del colchón. Me dedica esa mirada de querer matarme, pero sin fuerzas para el homicidio.

—Eres una pesada, Julia.

—Y tú una pelirroja muy mal acostumbrada. Venga, despierta, que lo que te tengo que contar no se dice con los ojos pegados. Llevo toda la noche dándole vueltas a tu puta frasecita de ayer.

Amaia se incorpora a duras penas y se apoya en el cabecero. Aprieta la sábana contra el pecho.

—Podrías haber esperado a que fuera de día, Julia. No son horas de asaltar habitaciones con esa energía que traes.

—Ni energía ni hostias. Si espero me sale una úlcera y luego me toca aguantarte a ti dándome lecciones de salud gástrica. He venido a que hablemos de una vez, así que deja de ponerme esa cara de estar analizando mis traumas infantiles para ver qué pastilla me recetas.

Amaia suspira con una paciencia infinita.

—A ver, Julia. Lo de anoche no es el drama que te estás montando en esa cabeza que tienes. Solo dije que, de todas las que estamos en el grupo, tú eras la primera opción. Era una teoría. No era una invitación para que nos quitemos la ropa ahora mismo. No te rayes, que te pones muy pesada.

—Qué bien te vendes, tía. No me vengas con teorías de laboratorio. Te pregunté si iba en serio y me soltaste que sabías de sobra lo que te estaba preguntando. No recules ahora, que tú eres de las que van de frente.

Me sostiene la mirada. Se le ha pasado el sueño de golpe.

—No reculo. Tú no preguntaste para reírte. Querías saber qué pasa aquí y yo te dije lo que hay. Punto.

—Punto —repito. Me gusta el tono, aunque esto sea un lío de tres pares de narices.

—La culpa es de la bocazas de Sara. Tenía que soltar la palabrita de marras y jodernos la existencia a todas.

—Cuatrimonio. —Solo pronunciarla me da un tic en el ojo. Suena a enfermedad rara.

—Exacto. Esa idiotez. Desde que la soltó estamos todas para que nos encierren en un manicomio. Irina está marcando el territorio y no deja que nadie se mueva. Sabina está perdida en sus pensamientos porque por fin alguien le pone nombre a sus líos de cabeza. Y tú estás que muerdes los muebles.

—A las personas, Amaia. Tienen más chicha y se quejan más fuerte, que es lo que me gusta.

Se ríe. La conozco, esa risa. Me devuelve a mi sitio.

—Es un alivio que lo reconozcas. Pensaba que era la única a la que le había escocido el comentario de Sara.

—Escúchame. Eres guapa, Julia. Y estás muy buena, no vamos a engañarnos a estas alturas de la vida. Eres territorial y das miedo, pero eso también atrae a la gente. Yo siempre me he sentido por debajo de ti. Más sosa. Menos interesante.

—Tú eres la que tiene cerebro, tía. No digas gilipolleces.

—Soy la que mantiene la calma, que es muy distinto. Al principio tuve mis celos, claro. Hasta que un día se me pasaron. Por cansancio o porque aprendí a quererte.

—Somos familia.

—Eso es. Cuando Sabina se hundía, ¿quién estaba ahí aguantando el tirón? Tú e Irina. Cubriéndome las espaldas. Aguantándonos a las dos. Llevando a las niñas al colegio, arreglando el desastre diario. Los embarazos, las crisis, los cuernos. Vosotras dos. Siempre habéis estado ahí. Sois mi familia. No es una etiqueta de mierda. Es la realidad.

No encuentro ninguna pulla. Me siento blanda, y eso me da rabia y gusto a la vez.

—Tú y yo lo vivimos todo juntas —sigue ella—. Amamantar, las fiebres, los turnos de noche, las broncas con Sabina e Irina por el trabajo. Ellas estaban en su guerra particular. Nosotras estábamos en casa. Y estábamos juntas. Muy juntas. Eres mi mejor amiga, Julia. De verdad de la buena.

Me siento imbécil. No sé qué contestar. No esperaba esta sinceridad a estas horas.

—Y ahí está la hostia que me he dado. —Retuerce la sábana—. No tengo ni idea de dónde está el límite. Ni siquiera sé si existe. Porque lo único que nos falta es el roce. Y ni eso, porque hemos compartido cama mil veces. ¿Cuántas noches me has abrazado cuando yo estaba destrozada? ¿Cuántas duchas nos hemos pegado juntas después de una juerga? Nuestros cuerpos se conocen. No se esconden nada. Y ahora me vienes con que con quién me acostaría del grupo y me sale tu nombre sin dudas. Porque te quiero. Porque tenemos demasiada intimidad. No tengo ni idea de qué significa esto.

—No te he pedido un informe detallado de tus sentimientos, pesada —le digo con la voz más suave de lo que me gustaría.

—Ni me lo pidas. —Se ríe—. Porque no tengo respuestas. No sé si quiero acostarme contigo. Es algo que ni me planteo. Con Irina todavía menos.

—Irina impone mucho.

—Irina impone y excita, las cosas claras —admite Amaia sin cortarse un pelo—. Y tú también, Julia. Pero además me has visto llorar y me has limpiado los mocos. Es distinto.

—Ya.

—¿Que si me imagino a las cuatro juntas montando un lío en la cama? Pues claro. La fantasía es divertida y me hace gracia —confiesa con una sonrisa—. Es lo único que le falta al chiste de Sara para que explote del todo, pero fantasear sale gratis, Julita. Una cosa es lo que se te pasa por la cabeza y otra muy distinta es romper el equilibrio que tenemos, que nos ha costado la misma vida conseguirlo.

—Ya, bueno. Sabina me dio el mismo discurso anoche. Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Nos miramos de lejos o qué?

—En nada. Nos levantamos. Desayunamos. Tú te vas a buscar tu cafeína y ese humor de perros que gastas por las mañanas. Y yo me ducho. No le des más vueltas al asunto, que te va a salir humo de la frente.

La miro de arriba abajo. Sigo hecha una piltrafa, pero se me ha pasado el agobio de golpe. Estaba yo muy dramática y resulta que aquí todo el mundo tiene la lección aprendida.

—Venga, trato hecho.

Me acerco y le encasqueto un beso en la frente. Un beso seco, de tía abuela, para que no se flipe.

—¿Y qué le digo a Sabina si me vuelve a dar el tostón con el tema? —Amaia se estira.

—Dile que has dormido como un tronco. Y que la próxima vez cierre el cajón de las bragas, que canta por soleares.

Amaia se desparrama en la almohada y echa todo el aire que tenía guardado.

—Lárgate ya, Julia. Eres un bicho.

—Me piro, pero porque yo quiero, no porque me echas.

Doy media vuelta y salgo con la cabeza bien alta. El pasillo sigue frío, pero ya no tengo ese peso en los hombros. Me voy directa a por el café. Y a por mi mala hostia, que hoy me va a hacer falta para no ponerme tierna delante de todo el mundo, que luego la gente se toma confianzas.

La casa está callada, de ese modo falso de las primeras horas de la mañana. Es agosto y media familia está por ahí dando tumbos de vacaciones. Me sirvo el primer café. Negro, que se note que estoy viva. Me apoyo en la encimera empanada con el móvil, viendo tonterías en internet para no pensar en nada.

Pasos en el pasillo. Otra vez la pesada de Amaia. Entra en la cocina con una camiseta de tirantes y unos pantalones de yoga tan apretados que se le nota todo y no me viene nada bien ahora. Viene con el pelo goteando y ese olor a coco que me da hambre. Se ha vestido a toda leche. Pasa de mi cara y le pega un bocado a una manzana con un ruido que llena la cocina.

—¿Ya te has quitado la mugre de encima o es que el agua está cara? —pregunto mientras la miro de reojo.

—Ya.

—¿Y Sabina? ¿Se la ha tragado la tierra?

—Se ha ido a correr. —Pone los ojos en blanco—. Bueno, eso cuenta ella. Yo apuesto a que se ha escondido en algún arbusto a fumarse un canuto para no mandarnos a todas a la mierda antes del mediodía.

—Clásico. Sabina y su mezcla de yoga mental y vicios de toda la vida.

Amaia no se ríe. Tiene unas ojeras que le llegan a la barbilla.

—Hay que recoger a las crías. ¿Comemos fuera? Si las tenemos entretenidas con comida basura igual no intentan quemar la mansión hoy.

—Podríamos llevarlas a un sitio con mucha gente y ruido. Irina odia que los niños griten y las aglomeraciones. Sería el plan perfecto para tocarle las narices de buena mañana.

—Irina no está, Julia. Y vendrá tarde, para variar.

—Claro. Su imperio no se gestiona solo. —Me bebo el café hirviendo—. Venga, acepto. Buscamos un sitio donde los helados sean gigantes y luego nos tiramos a la piscina hasta que se nos arruguen los dedos.

Amaia se apoya en el mármol. Está demasiado tranquila y eso me mosquea. No es su paz habitual, es algo raro, de decisión tomada.

—¿Estás bien o qué?

—Que sí, pesada. Estoy bien.

Me mira fijo con esos ojos claros que tiene. Son tan luminosos que me molestan.

—No te rayes, Julia.

—Yo no me rayo. Yo hago inventario. Y tú estás en el departamento de misterios.

—Pues sácame de tus listas. Soy una tía normal.

—De normal no tienes nada. Eres un peligro.

—Tú sí que eres peligrosa. Yo soy la única que se da cuenta de tus tonterías.

—Voy a subir a cambiarme. En diez minutos te quiero en la puerta.

Y justo cuando pienso que voy a tener una mañana tranquila, el mundo explota.

No es un ruido flojo. Un golpe de metal contra el suelo retumba en las paredes, un portazo casi revienta el marco de la puerta de entrada y una sarta de gritos en ruso me deja paralizada en la escalera.

—¡Me cago en la leche!

El panorama que me encuentro al girarme es para enmarcarlo en el museo de los horrores. Rashel sujeta a Irina por la cintura. Ella aguanta el tirón porque es demasiado orgullosa para caerse delante de nadie. Pero está jodida.

Hay sangre por todos lados. Una mancha enorme devora su camiseta blanca por un costado. El rojo brilla y gotea sobre el suelo de mármol con un ruidito constante. Irina tiene la cara blanca, pero finge que no está muerta de miedo.

—Me cago en la puta, ¿qué coño...?

Sabina aparece por detrás sin soltar ni un grito. La boca le tiembla, pero las manos le funcionan a mil por hora mientras revienta el cierre del botiquín que tenemos junto a la entrada.

La vasca asoma el hocico desde la cocina. Ve el cuadro y la manzana que llevaba en la mano aterriza en el suelo con un ruido seco. No se pone a llorar ni pierde el tiempo. Se le quita la cara de hacer magdalenas y se le pone la de coronel de la guardia civil. Mira el charco, mira a Sabina y ya sabe de qué va la movida.

—¡Trapos que absorban, alcohol y algo para apretar! —Sabina no despegla la vista de la herida.

Amaia sale pitando hacia el lavadero. Ha desaparecido por el pasillo antes de que yo logre procesar el movimiento. Yo me clavo al suelo y cuento las gotas de sangre que hay en las baldosas, en la ropa y en la cara de Irina, que sigue pálida.

—¿Se puede saber qué coño ha pasado?

Irina me clava la mirada e intenta sonreír.

—Un malentendido.

—¡Un malentendido con plomo, no te jode!

—Cierra el pico, Julia —ordena Sabina. No es un consejo, es una orden de las que no se discuten.

Se acerca a Irina con el material. Rashel la sujeta porque está a punto de desmoronarse y Ana, que está a su lado, parece que se ha bañado en la sangre de mi mujer.

—Rashel, no la sueltes. Ana, quita trastos del sofá —ordena Sabina.

—En el sofá no. Al despacho —jadea Irina.

—Al despacho, pues. Más luz y menos estorbos.

Irina empieza a caminar. No cojea, porque es así de chula, pero el esfuerzo se le nota en cada paso. Va dejando un rastro rojo por el suelo que me revuelve las tripas.

—¡Yo me meto con vosotras!

—Ni de coña —Sabina me frena—. Tú fuera. Solo vas a estorbar.

—¡Que es mi mujer, pedazo de imbécil!

—¡Y yo soy la que tiene que arreglar esto! —me grita Sabina con un tono que asusta más que el trapo lleno de sangre que lleva en la mano—. ¡Ahora mismo me sobras! ¡Fuera!

Me quedo plantada, la mala hostia se me sale por las orejas. La autoridad de la doctora me ha dejado quieta. Amaia vuelve del lavadero cargada hasta arriba de toallas y botes. Me ve la cara de perdida y se para.

—Julia. —Me corta el paso—. Ni se te ocurra liarla.

No me toca, no hace falta. Me echa una mirada de «quédate quieta o te arreo» y se mete en el despacho cerrando la puerta en mis narices. Me quedo a solas con la ninja del este y con Ana. Rashel tiene una calma de bloque de hielo que siempre me ha puesto de los nervios.

—Venga, soltadlo ya. ¿Qué coño ha pasado?

Ana me mira de reojo.

—Un error de cálculo.

—¿Un error de quién? ¿Vuestro? ¿De los gnomos del jardín?

—No es el momento de rajar, Julia —dice Rashel.

—¡Es el puto momento! —le planto cara—. ¡Irina está perdiendo sangre a chorros y tú pretendes que me quede aquí a verlas venir!

Rachel no parpadea.

—Ha sido un coche. Iba directo a por ella. Ella se ha dado cuenta y ha intentado esquivar el regalito.

—¿Y los guardaespaldas dónde coño estaban?

—No ha dado tiempo de nada. No es el momento, Julia. Déjalo.

—¡Que lo deje! ¡Me cago en mi estampa!

Me doy media vuelta, entro en la cocina y agarro la primera silla que pillo. La levanto y la estampo contra la isla de mármol. El golpe suena de maravilla. El estruendo me quita un poco de esa presión que tengo en los pulmones.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Vuelvo al pasillo con las manos temblorosas. Ana me mira y, por una vez, no me tira una pulla. Me entiende la rabia.

—Baja las revoluciones, Julia. Necesitamos la cabeza fría.

—No quiero tener cabeza. Quiero saber quién ha sido el listo que ha apretado el gatillo para ir a su casa y explicarle cuatro cosas.

—No tenemos ni idea —dice Rashel.

—Y una porra.

—No es broma. Ahora céntrate en que Sabina y Amaia están dentro con ella y saben lo que hacen.

Me acerco a la puerta del despacho y pego la palma a la madera. No se oye nada. Solo el murmullo bajo de Sabina dando instrucciones y Amaia respondiendo con monosílabos. Tengo los pies helados. El sarcasmo se me ha ido de paseo y la mala uva se me ha atascado. Solo tengo miedo. Pánico a que Irina no salga de esta con su prepotencia habitual. Pánico a que la sangre que he visto en el suelo sea demasiada.

—¿Está muy jodida?

No tengo el valor de mirar a Rashel a la cara, no sea que me encuentre con la respuesta que no quiero. Ella tarda en contestar.

—La bala no ha entrado, le ha rozado. Con unos puntos se arregla.

—¿No me mientes?

—Está consciente, Julia. Si se estuviera yendo al otro barrio, no estaría mandando a todo el mundo a paseo. Sabina la tiene controlada. Y Amaia también.

Pienso en Amaia y me da la risa floja dentro del susto. Hace cinco minutos estábamos de charleta y ahora ha activado su versión de salvamento y socorrismo. La tía se pone útil y se le quita la tontería. Es una fuerza de la naturaleza cuando hay sangre de por medio.

Me apoyo en la pared porque el cuerpo me está pidiendo una excedencia y las piernas me tiemblan.

—¿Y las crías?

—Están fuera. Respira de una vez.

—Coño, Rashel, que vuelven hoy. Que se encuentran el percal.

—Ya lo sabemos —interviene Ana—. Pues cambio de planes. Que no vuelvan. Se aborta la misión de bienvenida.

—Irina se va a poner de un burro que no veas como intentemos mangonearle la agenda —aviso, conociendo su genio.

—Irina ahora mismo tiene la capacidad de decisión de un geranio —sentencia Rashel.

—Sabina sabe lo que hace —me digo a mí misma para no entrar en pánico. La rubia con un bisturí en la mano es lo más parecido a un dios, aunque sea una agonías para todo lo demás.

Me entra un picor de esos de querer saberlo todo y no enterarme de nada. Estoy aquí fuera de bulto y me reconcome no ver qué se cuece en el despacho. Así que me planto ante la puerta y le meto un viaje con los nudillos. Un golpe de autoridad, de «aquí mando yo o por lo menos que se me oiga».

Amaia abre. Lleva la camiseta decorada con goterones rojos, el careto serio y el pelo chorreando. Está eficiente, tan en su sitio, tan ignorando mi existencia.

—¿Qué quieres, Julia?

—¿Cómo va la feria?

—Está bien. Es un corte profundo, pero el drama viene de la cantidad de sangre que ha perdido.

—Quita, que paso.

Amaia me mira de arriba abajo. Me ve las manos bailando y el careto de susto que me llega al suelo. Sabe que estoy a dos minutos de un síncope.

—Ni de coña entras.

—¡Amaia, no me toques los ovarios!

—He dicho que no. Estamos con la costura y no quiero distracciones.

—¿Costura?

—Sí, Julia. Y no necesitamos que entres con ese ataque de nervios a dar por saco.

—Yo no tengo nervios, tengo opinión propia y derecho a verla.

—Tienes un miedo que te cagas y es normal. Pero ahora mismo sobras. Vete a que te dé el aire y vuelve cuando te hayas calmado.

—¿Y cómo quieres que esté? Soy un desastre, ya lo sabes.

Amaia me dedica una sonrisa de esas que significan que me quiere mucho pero que soy idiota.

—Pues vete a ser un desastre a la cocina.

—¿Y Sabina? ¿No se ha desmayado todavía?

—Sabina está atacada, pero el pulso no le tiembla.

Se hace a un lado y por el hueco alcanzo a ver algo. Irina está despatarrada en el sofá del despacho. Ni un quejido, ni una protesta, nada de esa altanería habitual. Ojos cerrados y cara de muerta. Sabina está doblada sobre ella, manejando unas pinzas con una concentración que asusta.

—¡Irina!

Irina abre un ojo. Me lanza una mirada congelada.

—Cállate la boca, Julia. No me desconcentres a la doctora, que si se le va la mano me hace un estropicio.

Amaia me cierra la puerta en los morros y hace de muro. Mi cara de tonta no cabe en el pasillo.

—¿Estás más tranquila?

—Muchísimo. Estoy que salto de alegría.

—Venga, pues ahora vas a ser útil. Te vas a la cocina. Preparas café del fuerte. Limpias la que se ha liado en el suelo. Y luego llamamos a Luna para que se quede con las niñas hasta que se pase el temporal.

Me doy la vuelta. Vuelvo a la cocina. El contraste es brutal. La silla tirada. La manzana en el suelo. Pillo una bayeta, la empapo, vuelvo al pasillo y me hincó de rodillas. Empiezo a frotar el mármol. El tufo metálico me pega un viaje a la nariz. No es que haya un pantano de sangre, pero para que me tiemble el pulso me sobra la mitad.

Rashel, que es lo más parecido a una computadora soviética, coge el móvil y marca con una tranquilidad que me asombra.

—Luna. Sí. Oye. Las crías se quedan en vuestro antro. Sí. Ha saltado una tubería y tenemos un lío de fontanería de los gordos. Luego te cuento.

Cuelga y me mira.

—¿Fontanería? ¿De verdad, Rashel? ¿No tenías algo más creíble? ¿Un ataque de ninjas o que nos ha tocado la lotería?

—Luna sabe de qué va la vaina, no necesita que le deletree el drama.

Me levanto y tiro el trapo hecho un asco al fregadero. Tengo el estómago dando saltos y el corazón me va a una velocidad que no es normal, pero al menos la jefa sigue teniendo lengua para mandarme callar. Eso es buena señal.

—Me voy a pimplar algo fuerte. Ahora mismo.

—Ni se te ocurra —dice Ana—. Con los nervios que llevas, el alcohol te va a sentar como una patada en el hígado.

—Ana, corazón, guarda el manual de salud para otra y desembucha. ¿Qué carajo ha pasado ahí fuera? Porque me tenéis aquí en ascuas y no estoy para adivinanzas.

—Faltan datos. Un coche que no debería estar ahí. Un disparo —resume con esa tacañería de palabras que me saca de mis casillas.

—Rashel, hija, que tú sabes hasta el suavizante que usa Irina. No me vengas con misterios y suelta la lengua. —La acorralo con la mirada, a ver si se digna a ser humana un rato.

Rashel me mira de frente y, por un instante, veo un brillo de pánico.

—Julia. Esto es un aviso en toda regla.

—No fastidies. Yo aquí esperando el folleto del club de campo y resulta que nos quieren matar. Qué cosas.

Amaia asoma la cabeza otra vez, me agarra los hombros y me clava los dedos con cariño, pero apretando.

—Julia, por lo que más quieras, deja de ser una histérica y mantén el tipo.

—Me pides milagros —le devuelvo, aunque me dejo hacer—. Pídeme que vaya a morderle la yugular al que ha disparado, pero no me pidas que me espere aquí quieta.

—No. —Se le escapa una medio sonrisa que me desarbola—. Te voy a abrazar.

Y me trinca. Me estruja contra ella en un abrazo que tiene poco de romántico y mucho de torniquete emocional.

—Aquí estoy. —Me aprieta más—. No me muevo de aquí.

—Amaia —digo, y la voz me sale perjudicada.

—Calladita, que te pones muy intensa.

—Amaia, que voy en serio. —Me aparto para verle la cara—. ¿Qué pasa con Sabina? Con lo que le gusta un drama a esa mujer, le va a dar un patatús ahí dentro.

—Está al borde del colapso, no te voy a engañar. Pero va a aguantar el tipo hasta que termine. Es una profesional, aunque tenga el sistema nervioso hecho un cromo.

—¿Y si la lía? —pregunto sintiendo el miedo dándome golpecitos en la garganta.

—Sabina no mete la pata operando ni aunque se esté yendo por la pata abajo. —Amaia señala el despacho—. Me voy para allá a echarle una mano.

—Yo voy contigo. No me dejes aquí con las sosas estas.

—De eso nada. —Me para en seco—. No seas pesada, Julia.

—¿Por qué?

—Porque si entras tú, las pones a las dos cardíacas. Yo voy en plan eficiente, pero si apareces con esa cara de susto, nos ponemos todas a llorar por las esquinas y no acabamos nunca. Quédate aquí y pórtate bien.

—¿Seguro que no me estás vendiendo la moto?

—Es una herida limpia, te lo prometo. Pero ha faltado un pelo para el desastre total.

—¿Un pelo de cuánto?

—La arteria. Ha pasado rozándola.

La arteria. Me cago en todo. El suelo se me mueve y acabo apoyada contra la pared, escurriéndome hasta que el frío del mármol me da un aviso en el culo. Miro la puerta del despacho con ganas de entrar a patadas, pero me levanto y me voy directa a la despensa. Encuentro la botella de vino más cara, le arranco el precinto con los dientes y me sirvo un copón hasta arriba.

—No es el mejor momento para hidratarse con alcohol, ya te lo ha dicho Ana —me sermonea Rashel apareciendo detrás de mí.

—Cierra el pico y déjame vivir.

Me trago el vino de un tirón. Me baja quemando y me recuerda que sigo entera, dándome ese puntito que necesito para no ponerme a gimotear. Vuelvo al pasillo, me planto en el suelo con la copa y me preparo para esperar a que alguien salga a decirme que

la fiesta puede seguir. Ellas me siguen, claro, que no me dejan sola ni para ir al baño.

—No quería ir al hospital —dice Ana—. Ya sabes que le tiene alergia a los registros y a que los de uniforme metan las narices en sus asuntos.

Svet me está abrasando el móvil en el bolsillo. Me planto en la puerta del despacho.

—Eh. —Uso ese tono de autoridad que tengo guardado para las crisis gordas.

La puerta se abre y asoma Amaia otra vez con un careto que asusta al miedo y un rizo pegado a la frente por el sudor que le da aire de loca.

—¿Qué coño quieres ahora, Julia?

—La heredera, que se ha puesto en modo martillo pilón. —Le planto el móvil en la nariz—. Va por la décima llamada. O le coges tú el aparato o lo tiro por la ventana.

Amaia afloja los hombros. Intenta sonreír, pero le sale una mueca de haber masticado un limón podrido.

—Atiende tú. Y ni se te ocurra soltar prenda. No me apetece gestionar un drama de moco y pataleta ahora mismo.

Me largo a la cocina, que es el mejor sitio para soltar mentiras piadosas sin que se note el tembleque.

—Svet. Soy yo. Ni se te ocurra rechistar.

Pero mi hija ha salido a su madre y no se calla ni aunque la sumerjas en cemento.

—Mamá, ¿qué ha pasado?

—Nada, un marrón doméstico de los de toda la vida. El fregadero ha decidido que quería libertad y estamos inundadas hasta las cejas. Un cristo, vamos.

—He oído a Rashel hablando con Luna —me suelta la sabelotodo con tono de minidictadora—. Ha pasado algo gordo. No soy idiota, mamá, que me he leído ya tres libros de espías.

—Ya sé que no lo eres, cariño, pero haz el favor de disimularlo un rato y cierra el pico.

Se calla. Malo. Está moviendo los hilos mentales para pillarme en el renuncio.

—¿Mami está bien? —pregunta de repente, y ahí ya se le nota que es una cría.

—Mami es de titanio, ya lo sabes —miento más que hablo—. Ha tenido un percance en el curro, un golpe de esos tontos que se curan con sofá, manta y que nadie le toque las narices.

—¿Qué clase de percance?

—Gajes del oficio, Svet. Ha calculado mal un giro y se ha comido una esquina. Un clásico de los suyos por querer ir más rápido que el viento.

Svet resopla. Suena igual que una vieja de ochenta años de vuelta de todo.

—Vale. Me voy con Vera. Que nos baje el chófer ese nuevo, el que tiene cara de dibujo animado.

—Ni de coña. Y no quiero más preguntas, que me vas a sacar una úlcera.

—Como digas, pero quiero hablar con ella.

—Luego, Svet. Te juro por mis muelas que sigue entera.

Cuelgo y me tiembla el pulso, pero me convenzo de que es porque no me he echado nada sólido al estómago desde ayer. Amaia sale del despacho y cierra la puerta.

—Fumata blanca. —Me escanea de arriba abajo. Se fija en la copa de vino que agarro con fuerza—. No te me mueras tú también, Julia, que no tengo fuerzas.

Se acerca y me planta otro abrazo.

—Ya me habéis dado el susto del siglo, cojones —le digo contra el hombro, que huele a hospital y a cansancio.

Me separo y veo que me ha dejado un regalo rojo en la camiseta. Me toco el pómulo y palpo algo pegajoso que no debería estar ahí. Amaia saca una gasa del bolsillo con un movimiento de prestidigitadora.

—Te he manchado. —Me frota la cara sin mucha delicadeza.

—¿De qué me has manchado?

—De sangre de tu mujer, cariño. ¿De qué va a ser?

Me limpia el estropicio con una frialdad que asusta.

—Joder.

—Eso, joder. —Se da la vuelta y señala la puerta—. Venga, entra. Pero sin montar el numerito, que la mujer necesita oxígeno.

Entro con Amaia pisándome los talones y el corazón a mil por hora, aunque trato de hacerme la chula. Irina está desparramada en el sofá, pálida y frita por el chute que le han metido. Sabina es un manojo de nervios que no para de dar vueltas. Está a nada de que le dé un jamacuco.

—¿Cómo está, Sabi?

—Pues de milagro no se ha ido al otro barrio —responde Sabina—. El proyectil ha hecho una herida lacerante de tres pares de narices. Ha destrozado tejido subcutáneo y ha pasado rozando la íliaca externa. Si llega a desviarse un milímetro, tenemos aquí un festival de sangre. Le he tenido que meter una sutura por planos que ni en el mejor hospital de campaña. La he dejado sedada para que no me monte un mitin. Soy una fiera de la medicina, Julia, aunque ahora mismo me tiemblen hasta las pestañas.

Sabina se me pega, pero guarda una distancia prudencial.

—¿Y tú? ¿Cómo lo llevas? —le pregunto, dándole un toquecito en el hombro.

—Fatal. Estoy a un paso del colapso. Estoy haciendo un esfuerzo por no saltar por la ventana y echar a correr.

Me mira la copa de vino con una cara de deseo que me da hasta risa.

—Dame un trago de eso, por tu madre.

—Ni hablar, guapa. —Aparto la copa—. Esto es medicina preventiva para mi salud mental, que falta me hace. Si te lo bebes tú, te terminas de ir por el sumidero.

—¿Y ahora qué narices hacemos? —pregunta Sabina, que no se está quieta.

—Pues verlas venir. Esperamos a que la jefa resucite y luego montamos el gabinete de crisis. Estoy hasta el mismísimo de tanta acción y tanto tiro. Tienes que echarme un cable, Sabi. A ti te escucha más que a las demás, así que intenta convencerla de que deje de jugar a los soldados antes de que nos maten a todas.

Sabina asiente, aunque parece que la cabeza se le va a caer al suelo del mareo que lleva.

—Vale, vale. Pero búscame un ansiolítico o algo, Julia. O me desplomo aquí mismo y te toca hacerme la reanimación a mí misma.

—No te metas nada raro —la corto—. Necesito que tengas todas las luces encendidas para cuando esta despierte. No podemos permitirnos que estés en el mundo de los unicornios.

—Las tengo encendidas —protesta ella—. Pero si no me das algo para bajar las revoluciones, colapso. Me estoy mareando, no es broma.

Me levanto porque sé cómo es cuando entra en bucle.

—Venga, voy. No te muevas.

Voy a la cocina, rebusco en su arsenal de pastillas para los nervios y vuelvo al pasillo. Está sentada, con cara de haber visto un fantasma y las manos aún manchadas de sangre. Le encasqueto la pastilla en la boca sin contemplaciones.

—Hala, trágatela y respira, que no se ha muerto nadie hoy. Por los pelos, pero aquí seguimos.

—Un milagro es lo que tenemos —me corrige ella con la voz ya pastosa.

Rashel y Ana desaparecen para organizar el despliegue de seguridad, ahora que la capitana está fuera de combate. Yo me apalanco aquí con Sabina, esperando a que Amaia asome el hocico y a que la jefa deje de jugar a la bella durmiente desangrada. La paz se ha ido y no vuelve. El equilibrio ese del que fardamos se ha ido a la mierda del todo.

Me levanto haciendo ruido. Me arrastro hasta la cocina y agarro el trapo lleno de sangre. Lo hundo en el fondo del cubo de la basura, bien tapadito con los restos del aguacate de ayer. No quiero que Amaia lo vea. No quiero que Sabina lo vea. No quiero que nadie lo vea.

La sangre es mía. La sangre es nuestra. La sangre es el puto mundo que no se calla.

Amaia baja las escaleras. Vestida de limpio. Se sienta a mi lado y me tritura los dedos de la mano en lo que supongo que es un gesto de cariño, aunque ahora mismo me vendría mejor un ibuprofeno. Sabina a mi otro lado me pasa el brazo por los hombros.

—A Irina le han hecho un destrozo importante. La voy a tener bajo observación, con el hematoma controlado y la herida bien suturada, pero necesita reposo absoluto o se le saltan los puntos en cuanto estornude. La herida tiene bordes irregulares con riesgo de necrosis si no se cuida —nos informa Sabina, seria—. Así que vamos a intentar no agobiarla.

Me entra un escalofrío. Miedo. Y ganas. Ganas de matar a quien ha hecho esto y de matarla a ella por gilipollas. Y ganas de estar aquí. Con ellas. Con mi puta familia. Con mi puto desastre. Y con mi puto milagro.

Capítulo 17

Las crías están desterradas en el cuartel general de Luna y Martina. Ayer acompañé a Amaia a llevarles suministros: ropa, libros y suficientes porquerías para que les salgan caries de solo mirar la bolsa.

En el piso de las niñas fingen una normalidad que no se cree nadie. Aquí, en el palacio de la zarina, llevamos varios días metidas en fase «comando especial de limpieza». Sabina, Ana y Rashel se han atrincherado en el despacho y mueven piezas antes de que Irina esté operativa. Al pasar, oigo a Rashel murmurar algo sobre «la maldita transferencia» y a Ana responderle que ya queda menos. Logística de seguridad, supongo. O alguna de sus movidas informáticas. No tengo cabeza para preguntar.

La jefa sigue en horizontal. No es solo que el balazo la haya dejado para el arrastre, es que está masticando que su burbuja de control se ha ido al carajo. Irina no está convaleciente de la carne, está de retiro espiritual forzado para asimilar que no es invulnerable.

Entro en el cuarto. Irina ocupa el centro del colchón con esos aires de quien manda incluso cuando está a un estornudo de que se le salgan las tripas. Está pálida, con la sábana por la cintura y la camiseta enrollada bajo las tetas para que todo el mundo admire el festival de gasas que lleva pegado al costado. Sabina lo ha precintado todo con una cinta adhesiva que promete arrancarle hasta los pecados cuando toque despegarla. La rubia tendrá la cabeza para que se la miren, pero hay que reconocer que con la aguja es una artista.

Me hundo en el sillón de lectura. Ni de coña me acerco a la cama. Mantengo la distancia de seguridad porque tengo el termostato emocional fatal y, si la toco, termino desparramada por el suelo. Y Julia no se desparrama. Julia conserva la verticalidad y el orgullo, aunque por dentro esté para que la recojan.

En la esquina, Amaia está en bucle doblando una toalla manchada de rojo.

—Amaia, deja de masacrar esa toalla, anda. —No levanto la voz, pero el tono va con ese retintín marca de la casa para que se entienda el recado.

Ni media palabra. Deja la toalla en la mesilla y se acomoda en el borde de una silla, quieta. En cuanto entra Sabina por la puerta, abro el melón.

—A ver, ¿me va a explicar alguien qué cojones está pasando aquí? Irina abre los ojos por fin. No se mueve, pero me enfoca, aunque lo que quiere es ignorarme.

—Ha sido un coche —dice con un hilo de voz.

—Y un regalo de plomo —añado yo, por no dejarle todo el mérito al motor—. Y un fallo de seguridad que te cagas. No me vendáis la moto, que ya soy mayorcita. ¿Han sido los Trueno?

Irina parpadea despacio. Mal asunto.

—Sí —confiesa al final.

Vaya novedad. Es la misma purria que Irina juró que ya no formaba parte de su dieta diaria.

—¡Mierda, Ira! ¡Es que no aprendes!

—Esto no es un juego de mesa, Julia —responde con los párpados cerrados otra vez—. Es una guerra antigua que no empezó ayer.

—Lo sé de sobra, hostias, que no soy tonta.

Me levanto del sillón, dejo la copa a un lado y me planto junto a la cama. No la toco, que conste en acta. Me coloco en el borde y la miro con una mezcla de ganas de besarla y de asfixiarla con la almohada.

—No voy a montar un número. —Me sorprende que la voz no me tiemble—. No voy a gritar ni a ponerme en plan tragedia griega, porque ya tengo una edad y no me pega el drama. Pero este teatrillo se tiene que terminar ya.

Irina abre los ojos, con cara de no entender nada. Yo me cruzo de brazos para no darle un sopapo terapéutico, que la herida ya le escuece bastante.

—Es un rasponazo, no te pongas así.

—Es sangre en el suelo de mi salón, pedazo de bruta —la corto—. Es Amaia pringada de gasas y Sabina haciendo de costurera de urgencia. Son Svet y Vera preguntándose por qué tienen que ir al baño con escolta.

—¡Los enemigos no desaparecen porque yo decida quedarme en pijama viendo la tele, Julia! ¿Te enteras?

—Que ya lo sé, coño. —Me inclino para que me vea bien la cara—. Lo que te pido es que dejes de buscarle las cosquillas a esa gentuza. No pienso vivir con el desfibrilador en la mano cada vez que llegas tarde. No voy a regalarle nuestra tranquilidad a tu ego de tamaño industrial.

Irina bufa y mueve la cabeza, tratándome de ingenua. Sabina se pone seria y decide entrar al trapo.

—Llevas años en guerra con esa gente —dice, clavando la vista en Irina—. Esto ya es algo personal y lo sabes tú y lo sabemos todas.

—No necesitamos más pasta, Ira. Lo que nos falta es que no te maten, ni que se lleven a alguien de la familia por delante para fastidiarte a ti. Vivimos en un ay porque tú no paras de tocarles las narices y de quitarles los juguetes a esos salvajes.

Irina hace una mueca de dolor.

—No tienes ni idea, Julia. Quitarles el dinero es la única forma de que no nos muerdan el cuello. De controlarlos.

—El control se te ha ido a la porra —interviene Amaia. Su voz es tranquila, pero corta—. Nos has dado un susto de muerte, Irina. Casi te enterramos.

—No estaba en mis planes acabar así —responde la otra, poniéndose de lado con esfuerzo.

—No, claro que no. —Amaia se sienta en el borde de la cama—. Tu intención es que estemos a salvo, pero tu método es una auténtica chapuza.

—Ira. —Sabina da un paso al frente—. Lo liquidamos como sea. Lo que haga falta, ¿me oyes? Pero esto se acaba aquí. No quiero más peligros absurdos.

Irina la encara entre alucinada y ofendida. Sabina no es su mujer, pero es su conciencia. Con mucha mala leche y una aguja en la

mano.

—¿Pero qué os pasa? Llevo años tratando de borrar a esos tipos, ¡que no os enteráis!

—Pues se ve que no funciona ni para atrás —corta Sabina—. Cambia de estrategia. Negocia. Suelta billetes. El dinero no es el problema, que tenemos para aburrir. El problema es tu ego, que es más grande que este cuarto. Y que te pone más el riesgo que la tranquilidad, y eso nos va a acabar matando a todas.

Irina resopla y sonríe, sin gracia, sin responder. Sabina me busca con la mirada y yo asiento, que para eso somos un equipo de rescate de esposas kamikazes.

—El problema es que te crees que el poder es más importante que la vida —le digo.

—El poder es la vida, Julia —murmura Irina.

—El poder es lo que te ha dejado ese agujero tan mono en el costado. —Le señalo la venda—. A este paso, tu siguiente accesorio de lujo será una caja de madera con herrajes de oro.

Amaia asiente. Somos un bloque contra su cabezonería.

—Escúchame bien —dice Sabina—. Esto no es un ruego, es una condición. Un plan de supervivencia.

Casi aplaudo. Me pone muchísimo cuando la rubia se pone en plan jefa de operaciones.

—¿Qué plan? ¿Qué plan, a ver?

—Necesitamos estabilidad, Irina —dice Amaia. Su voz es suave, pero tiene peso—. Las niñas crecen. Necesitan un espacio seguro. No un puto campo de batalla, hostias.

Irina mira a Amaia.

—¿Me vas a hacer chantaje emocional, Amaia?

—No. —Amaia me mira a mí antes de volver a Irina—. Pero si esto no cambia, vas a perder lo que te importa. Y nos vas a perder a nosotras tres.

Irina se calla. No busca pelea, busca una excusa para no creérselo.

—¿A las tres? ¿Os tengo a las tres?

Me doy cuenta de que no está vacilando y me da un vuelco todo. Es una sensación extraña, una mezcla de vértigo y una satisfacción

bastante sucia.

—Sí —confirma Sabina—. Nos tienes. Y no es que nos hayas ganado en un sorteo. Hace mucho que decidimos que íbamos juntas a por todas.

Se acerca a la cama.

—Somos una familia, Ira. Y aquí se hace lo que dice la mayoría. Somos tres contra una. Si nos quieres, nos quieres con todo lo que eso conlleva.

Amaia me pone una mano en la rodilla y le agarra la mano a Irina.

—Estamos juntas en esto —dice, y sé que lo dice de corazón.

—Afirmativo. —Mi voz suena tan sólida que hasta yo me sorprendo de no estar tartamudeando—. Nos tienes. Pero si pretendes que sigamos viviendo en mitad de un tiroteo, nos vas a perder más rápido de lo que tardas en vaciar un cargador.

Irina tiene un músculo en la cara que no para de moverse; señal de que le está doliendo reconocer que tenemos razón.

—Vale —cede por fin—. Pero que sepáis que esto no se acaba solo porque yo lo diga. Ya me gustaría. Si sigo en el lío es para evitar que todo salte por los aires. Cerrar esto como queréis va a ser muy complicado.

Sabina arruga la nariz, manteniendo esa expresión seria. No se fía ni un pelo, y hace bien, que a Irina ya la tenemos muy vista.

—O muy caro —dice, yendo directa al grano.

Irina nos mira una por una.

—No tenéis ni idea. Habláis como si esto fuera un cuento de hadas.

Sabina me corta el paso antes de que yo pueda soltarle alguna fresca sobre nuestra comprensión de la realidad.

—Sabemos lo que hay. Tú encárgate de liquidar el asunto —sentencia.

—¿Y luego qué? —pregunta Irina, buscando la trampa.

—Luego —dice Sabina—, hacemos limpieza. Nos quedamos con el dinero que no esté manchado. Seguimos con el colegio y con la ayuda a mujeres. Es lo que hay que hacer. Tenemos pasta de sobra para portarnos bien sin que nos intenten matar cada vez que vamos

a comprar el pan. Tu guerra con los Trueno es lo que nos está hundiendo. A menos que tengas algún secreto más guardado por ahí.

—No hay nada más —asegura Irina.

Me arrimo al colchón y aparco el culo a su lado. Le cojo la mano.

—A ver si nos enteramos, capitana: no me mola nada que abran boquetes por el cuerpo. Me has dado el susto de la década.

Le brillan los ojos. No tiene ninguna mota de polvo, ha bajado la guardia y se le nota todo.

—Ya me he dado cuenta, Julia.

—Te lo has currado, reina, que eres un dolor de muelas —la pincho para que no se me ponga tonta con los sentimientos, que nos conocemos.

Irina hace un ruido seco. No es para ponerlo en un recopilatorio de risas tiernas, pero es lo que hay.

—Al final va a resultar que Sara no estaba tan mal de la cabeza —murmura casi para sí misma.

—¿En qué parte de su enciclopedia de locuras? —pregunto.

—En que no tengo solo una mujer dándome el coñazo, resulta que tengo tres y no me he enterado ni de cómo —responde soltando todo el aire.

Sabina sonrío, Amaia suspira y a mí se me quita un peso de encima. Nos quedamos las cuatro ahí, disfrutando de que nadie grite por cinco minutos. Sabina se enfunda los guantes y recupera el mando de la situación.

—Bueno. ¿Cómo va esa avería? —le pregunto a la doctora, porque si no hablamos de medicina me voy a poner a decir cursilerías.

—Como paciente también es insoportable —gruñe Sabina sin una pizca de broma—. No para de dar por saco.

—Estoy quieta, rubia —protesta Irina con un hilo de voz.

—Estás quieta porque antes te juré que te enchufaba un sedante para elefantes si pestañeabas —le espeta Sabina.

Irina hace un microgesto de fastidio que en ella equivale a un berrinche de tres horas.

Me acerco y examino la obra. La costura está perfecta, un trabajo fino de pelotas. La piel de alrededor está amoratada y tirante. Sabina sabe lo que hace.

—Vaya mano, tía. Yo creía que te dieron el título por guapa y va a resultar que fuiste a clase —la pico.

—Ni se te ocurra vacilarme con eso —dice Sabina—. Estaba muerta de miedo. Sabes que yo soy de microscopio y laboratorios limpios, odio la carnicería a pelo.

—Ya lo veo —le respondo suavizando el tono—. Por eso te ha salido de cine. El pánico te sienta bien para las manualidades.

Sabina me clava los ojos y ahí no hay rastro de sarcasmo. Es una mirada cruda, me descoloca.

—No me hace ninguna gracia verte así, Ira. Ninguna.

—Ya —responde Irina, seca, pero el comentario le ha llegado al fondo.

Amaia se despega de la ventana, se apoltrona en la silla de la esquina y volvemos a callarnos.

Me acuerdo de golpe del numerito de la bacteria aquella. Fue un espectáculo de cabezonería nivel dios. Irina pilló un bicho de esos que te dejan el sistema inmunitario por los suelos, pero ella decidió que el termómetro estaba estropeado o que le tenía manía personal. No dejaba que nadie se acercara a menos de tres metros sin soltar un gruñido. Como paciente es un desastre absoluto; no se fía de nadie que no sea ella misma mandando a todo el mundo a la mierda.

Ahí fue cuando me terminó de enamorar. Qué despliegue. Me tenía ganada viendo cómo se cabreaba con su propia biología, coordinando un operativo de busca y captura con cuarenta de fiebre y los ojos dándoles vueltas. Yo le plantaba paños con hielo en esa frente de hormigón mientras ella deliraba. Me daban ataques de risa, me daban ganas de estamparla y, sobre todo, me daban ganas de hacerle de todo menos cuidarla.

—¿Te acuerdas de cuando te atacó aquel microbio?

Irina abre los ojos muy despacio.

—Ni me lo menciones, Julia. Que todavía me duele la cabeza de oírte —gruñe.

—Tuve que inmovilizarte para que no te fueras de patrulla en pijama y pantuflas, que no se te olvide —añado sacando pecho.

Sabina y Amaia se ríen, y el ambiente se relaja.

—Eres la peor enferma de la historia de la humanidad, Irina. Con diferencia —sentencio.

—Es verdad —reconoce ella, y hasta parece orgullosa de su currículum de mala paciente.

Sabina le pasa una gasa final y le coloca un esparadrapo. Se agacha tanto que las puntas de su pelo le rozan el brazo a Irina. Están ahí, pegadas, acostumbradas a tocarse sin pedirse permiso. Es una escena de intimidad que me da en toda la cara. Me engancha el gesto de Sabina, cómo responde mi mujer y el sitio que ocupa cada una en este cuarto. Amaia tampoco se pierde nada. El tablero se ha roto, los esquemas han volado por los aires, pero aquí estamos las cuatro, aguantando el tirón mientras decidimos qué narices vamos a hacer ahora.

Sabina se despegas. Se apalanca en el colchón, justo al lado de Irina, pero manteniendo el contacto, no sea que la otra se evapore. Le pasa la mano por el pelo. Un gesto de monja con ganas de juerga.

—Estás para que te recojan con pinzas.

Irina asiente con un gesto pesado. Tiene los ojos medio cerrados y no tiene fuerzas ni para vacilarla.

—Estoy frita. Estoy agotada, sin energía ni para respirar. No quiero más debates ni más vueltas a todo.

—Pues deja de pensar de una vez, coño —dice Sabina.

—No sé cómo se detiene este ruido.

—Ya —insiste Sabina—. Pero por una noche haces el esfuerzo. Cierras el pico, te relajas y punto. Si te pones tonta te canto una nana y te aseguro que eso sí que va a ser un castigo.

Irina sonríe, sin ganas de pelear. Amaia se acerca con una manta que pesa bastante. Se la planta a Irina encima, bien apretada hasta la barbilla. Me cabrea que verlas así me ablande tanto.

—Podríamos poner algo en la pantalla —propone Irina.

La observo. Cine. Es la idea más de familia de clase media que ha tenido en su puñetera vida. Está para el arrastre, la pobre.

—¿Qué quieres ver? —pregunta Amaia con ese tono de madre que sabe que no vamos a elegir nada decente.

—Una chorrada —dice Irina—. Algo que no me obligue a usar la cabeza.

Sabina se levanta.

—Voy a por el proyector.

Irina le agarra la mano al vuelo. Un movimiento instintivo, de los que no le da tiempo a filtrar por su filtro de eficiencia.

—No te vayas.

—Que voy a por el aparato, pesada, que si no, no hay cine. —Se ríe Sabina.

Irina la mira fijamente.

—¿Me ayudas a moverme?

No es una orden de las tuyas. Es un SOS. Es un «no puedo sola y me fastidia». Ver a Irina pidiendo permiso para ser humana es algo que no me esperaba hoy.

Sabina asiente y la ayuda a incorporarse. La sujeta por las lumbares con una confianza que escuece. Hay demasiada piel en juego. Demasiado roce gratuito. Y yo no siento ganas de montar un pollo de celos. Me da por pensar que, oye, pues igual no pasa nada. Amaia me vigila de reojo, esperando que me transforme en un bicho raro y salte al cuello de alguien, pero hoy no me sale.

Sabina la acomoda contra los almohadones. Irina está pálida, pero al menos ha soltado los hombros.

—De nada, floja —le responde Sabina con cariño.

Se va a por el equipo.

—¿Te vas a quedar ahí plantada o qué? —me pregunta Irina.

—Vigilo que no entre un comando especial a robarte los órganos, que estás muy vulnerable.

—Eres mi mujer. —Me regala una sonrisa y ya me ha convencido, mierda—. No saques de quicio a la inválida. Por favor.

—Me estoy haciendo la dura —me resisto por pura inercia.

—Acércate ya, coño.

Me rindo. Me siento en la silla y le doy la mano. Sabina vuelve, enchufa el trasto y proyecta una de dibujos animados en la pared.

Tonterías de colores. Amaia se acerca y se apalanca a los pies de la cama.

—Yo me pongo por aquí, que hay sitio.

—No seáis ridículas, venid las dos —dice Sabina mientras se tumba a lo largo, pegada a Irina. La rodea con el brazo con toda la naturalidad del mundo, y yo veo cómo su mano se pierde bajo el costado de mi mujer.

Qué cosa más rara. Lo mismo me estoy haciendo vieja, pero no me pica ni un poquito de rabia. Lo que siento es un hambre física, de las que te ponen el cuerpo en alerta. Me lo apunto en mi lista de sucesos paranormales.

Amaia se acopla al otro lado de Irina y estira el brazo hacia fuera, me llama. Es un órdago en toda regla. Siento ese vértigo de cuando sabes que vas a tomar una decisión que te va a descolocar la vida entera.

Dejo la copa en la mesilla. Al carajo las dudas. Me acerco al colchón y veo que Amaia no me quita el ojo de encima; tiene las pupilas dilatadas. Me tumbo. Ocupo el hueco que me ha dejado y apoyo la cabeza en su hombro. Me pego a su costado y el calor me mete un viaje directo a la entrepierna. Es el motor de estos tres cuerpos funcionando a la vez, una fricción silenciosa que me pone la boca seca.

Amaia me pasa el dedo por la cara, recorriéndome el cuello con una lentitud que es un insulto.

—¿Estás bien o te busco un cojín de plumas de pato?

—Estoy ocupada en no despeñarme —le susurro sin abrir los ojos.

—Ya veo.

—No me toques el pelo —le advierto, aunque por dentro me estoy deshaciendo.

—No te lo toco.

—Estabas a punto.

—Era un cariño —dice ella con toda su cara, y me roza la oreja con los labios, un toque que me hace apretar las piernas.

—Ni de coña. Tienes muy malas intenciones.

Amaia suelta una risilla baja que me enciende. Deslizo la mano por debajo de su camiseta y dejo la palma en su cintura, húmeda de

esa tensión que compartimos.

Sabina levanta la cabeza hacia nosotras con la satisfacción que no le cabe en la habitación. Ya no esconde el hambre, se relame como si nos estuviera saboreando a distancia.

—Qué bonitas estáis así, tan modositas —murmura con recochineo, pero con la voz ya ronca.

—Cállate la boca, Sabina, que estás más guapa.

—Ni loca. Me encanta veros así.

—Pues mira los dibujos y déjanos en paz.

—Los dibujos son un rollo comparado con el espectáculo que dais vosotras.

Amaia me aprieta más y me pega sus curvas de una forma que ya no tiene nada de amistosa.

—No le hagas caso, Julia.

Le da una colleja suave a Sabina por encima de Irina, pero aprovecha el movimiento para rozarme con el pecho. O igual me lo invento yo, que ya no sé.

Irina, en el centro de todo el meollo, no dice nada. Su respiración es un reloj que va ganando velocidad. Está en su nube, dejándose querer por las tres. Caigo en la cuenta de que Amaia no mentía. Todo esto ya nos había comido la tostada hace tiempo; solo faltaba que nos tumbáramos juntas para que la pólvora encontrara el mechero.

Muevo los dedos sobre la piel de Amaia, rascando con las uñas. Ella tiembla, un espasmo pequeño que me sube el ego a la garganta. Sabina me hace un gesto de complicidad, de los que terminan con las sábanas por el suelo.

—No me des la brasa, Canija —le digo, pero mi mano sube por el costado de Amaia.

—Que no te la doy. Estoy de lujo.

—Yo también —murmura Irina con la voz pastosa.

Me relajo en este calor, con el ruido de fondo de los dibujos y con la sensación de que esto va a reventar y me va a encantar. Muchísimo, para qué nos vamos a engañar. Tengo la piel en carne viva, receptiva a cada roce, a cada olor.

La película sigue a lo suyo, pero ya nadie mira la pared. Los cuerpos encajan con una obscenidad natural. Mi mano pegada a Amaia. Su aliento, ya pesado, en mi oreja. El olor de Sabina que lo inunda todo. La paz de Irina.

Ya no tengo miedo a lo que venga. Solo tengo hambre. Ganas de morder, de vivir en este rincón y de ver cómo salta todo por los aires de una vez por todas. Me duermo, o lo intento, sabiendo que ya no podemos fingir que no pasa nada. El cuerpo nos ha ganado por goleada. Y cuando esto explote, no será un despiste. Será una decisión. Y la vamos a tomar las cuatro juntas, sudando la misma fiebre.

Capítulo 18

Aquí se respira paz de la buena. La madriguera de Martina y Luna es el paraíso de la pereza y yo llevo una semana instalada en el sofá, viendo pasar los días mientras el caos sigue fuera.

En la mansión, Irina sigue a lo suyo: gobierna su imperio a golpe de ibuprofeno y testarudez siberiana. La tía capitanea su flota de matones desde la colcha, cerrando tratos y curando el boquete que dejaron los Trueno. Rashel y Ana andan en plan comando de élite; Sabina y Amaia gestionan el apocalipsis con una eficacia que me da mareo solo de pensarla. Yo, mientras tanto, he aplicado la política de avestruz.

O más bien, me han mandado al destierro con una elegancia que te cagas.

—Julia, nena, quédate con las crías, que no se rayen —me soltó Sabina con esa cara de buena que pone cuando te está haciendo la trece-catorce.

Pero yo no soy idiota. Sé que me han echado porque a Irina la pongo enferma. Me acerco a colocarle una almohada y la tía se pone rígida; le pregunto si le duele y parece que le estuviera ofreciendo cianuro. Mi forma de cuidar es demasiado... física. Demasiado de tocar, de oler, de estar encima. Y a la Zarina, cuando está herida, le jode que yo note que es humana. Le jode que mi mano en su frente le suba la tensión y le baje las defensas. Así que, patada y a la madriguera.

Estoy desparramada en el sofá. Las crías están por el suelo, dándole a los botones. Luna perpetra ruidos en la cocina, ruidos de persona que no tiene un cadáver en el maletero. Martina no aparta la vista del juego, pero me pasa el escáner. Es clavada a mí en el tono de piel, pero me saca tres cabezas en cordura y cinco en aguante. Es, de lejos, lo mejor que he hecho nunca, aunque fuera por puro despiste.

—Madre. —Saca esa voz de asistente virtual que me ha puesto nerviosa desde que era pequeña—. Tu avatar se ha suicidado. Ha saltado al vacío.

—¡Mierda! —Me rasco un tobillo y busco una postura más cómoda—. Ni he visto el agujero.

—Había un cartel de peligro de tres metros de ancho en la pantalla —me informa con calma—. Nivel de concentración bajo mínimos.

—Mi atención está de permiso retribuido —le respondo—. He venido aquí a que me cuiden, no a que me humille una consola.

Svet le mete un codazo a Vera y las dos se parten. Yo no puedo evitar que se me escape una mueca de orgullo. Me mola este ambiente de casa normal donde nadie revisa si el café lleva cianuro.

Observo a mi primogénita. La traje al mundo a los dieciséis porque en las monjas me explicaron de maravilla el origen del pecado original, pero se saltaron el tema de los fluidos y sus consecuencias directas. No es que tuviera instinto maternal, es que era una cría con la lengua muy larga y el juicio muy corto. Martina fue un marrón logístico de los gordos. Un «uy, esto abulta» que despaché con una jeta asombrosa: se la encasqueté a mis padres y a otra cosa. Yo andaba muy ocupada intentando ser el centro del universo bajo cualquier foco que me apuntara. Martina salió derecha porque mis viejos se encargaron de arreglar mi desaguizado. La pobre sabe de sobra que fue un error de cálculo carísimo, pero me trata con un cariño que no me merezco. Me acojona que haya salido tan buena persona habiendo estado en mis entrañas, la verdad. Alguna mutación buena tuvo que haber por el camino.

—Madre, el siguiente mapa es para gente que no esté distraída —dice Martina.

—Que sí, pesada.

Me levanto y me arrastro hasta la cocina.

—¿Cafeína o te preparo un veneno rápido? —me pregunta Luna.

—Vodka —bromeo—. Qué va, ponme un café de esos que son petróleo puro. Quiero que me resucite hasta las neuronas que me fundí de fiesta en los noventa. A ver si me pongo las pilas.

Luna niega con la cabeza, divertida, mientras trastea con la cafetera.

—En la mansión están demasiado tranquilas. Da miedo.

—Mal asunto. —Me apoyo en la encimera—. Irina debe de estar planeando conquistar un país pequeño desde la cama y yo paso de leerme el boletín oficial hoy. No estoy para trámites.

—Se llama instinto de conservación —dice Luna, encogiéndose de hombros.

—Se llama pasarle el marrón a las que no tienen ataques de pánico —le aclaro—. Y de momento, me va de cine.

Me acuerdo de mi madre. Menuda pieza. Era una actriz de tres al cuarto con unos delirios de grandeza que no le cabían en el cuerpo. También se preñó de mí siendo una cría y, como su carrera se fue al garete, decidió que yo era su billete de lotería premiado. Me arrastró por todos los *castings* del país en cuanto aprendí a gatear. Yo era la niña rara, la cuota exótica que quedaba bien en las cajas de cereales. Un objeto de lujo para fardar. Me repetía que era una diosa, que mi piel oscura y mis ojos color oro me harían rica. Y yo, que de tonta no tenía un pelo, pero de ego iba sobrada, me lo creí y le saqué rentabilidad. Menuda chapa me daba con mi supuesta ascendencia caribeña. Que si un abuelo marinero de Cuba, que si sangre de las Antillas... Se inventó un guion de culebrón para explicar por qué yo era oscura y mi padre un abogado rubio con cara de ángel.

Mi padre me miraba con una pena que te cagas. El pobre hombre sabía que él no había plantado nada en aquel jardín, pero me crio igual. Me quería con una paciencia de santo. Y yo me aproveché, claro. Me daba todos los caprichos y me sacaba de todos los charcos donde me metía. Luego descubrí la verdad: de Cuba, nada de nada. Mi madre se lió con un actor negro en un camerino mugriento y el azar hizo el resto. Fui una carambola del destino con buena percha, una mentira con patas que tuvo que aprender a bailar en un circo donde nadie me preguntó si quería actuar.

—Madre, si no retomas el control del dispositivo de manera inmediata, las niñas obtendrán una victoria aplastante por pura

incomparecencia —me grita Martina sin despegar el ojo de la pantalla.

—¡Que ya voy, pesada! —le pego un grito de vuelta, pero con una sonrisa que me ocupa media cara.

Regreso al sofá y me hundo entre los cojines. Svet detecta que mi cabeza se ha ido de viaje.

—¿Estás pensando en cosas chungas de las tuyas?

—Pienso que el acantilado ese es una metáfora de mi vida. Y en tu abuela.

—Mi abuela es un accidente geográfico.

—Y tú la que se tira en plancha sin mirar si hay agua.

La niña se descojona. Vera se apunta al carro y empiezan las dos con el cachondeo. Ni puta idea de qué se ríen, si las estoy llamando cafres a la cara, pero oye, el humor de estas crías funciona a otro nivel.

Martina está en su mundo, mimetizada con el mando, calcula trayectorias o lo que sea que procese ese cerebro privilegiado.

—Martina, ¿te molaba eso de ser la hija de una adolescente que no sabía ni freír un huevo? —pregunto por meter cizaña.

—No tengo elementos de juicio para establecer una comparativa. Mi madre biológica eres tú. No existe una unidad de reemplazo disponible para verificar si otra opción sería más eficiente.

—Me has dado en todo el orgullo —murmuro.

Vuelvo a pensar en mi santa madre, la que me crio bajo la doctrina de «prohibido llorar y el último que cierre la puerta». Me enseñó a tragarme los marrones en seco. Y claro, así he salido yo. Un desastre que intenta disimular su caos a base de pasar la tarjeta de crédito por el datáfono hasta que salga fuego.

—Madre, tu avatar ha sufrido una baja definitiva. Otra vez —me informa Martina—. Tu índice de concentración es insuficiente para el nivel de dificultad seleccionado.

—Lo sé, jefa. Tengo la cabeza en el quinto pino.

—La falta de atención conlleva un coste de oportunidad elevado en este entorno virtual.

Me levanto y me voy a la ventana. Ahí fuera Madrid sigue a lo suyo. Atascos, gente corriendo a sitios donde no quieren estar y

personas que no tienen a un sicario buscándoles las cosquillas. Qué suerte tienen algunos.

Suena el telefonillo. Abro la puerta y me encuentro a Sabina y Amaia. Vienen para ver si sigo viva o si me ha dado por hablar sola. Amaia me lanza esa mirada suya, la de quien conoce hasta el color de mis bragas. Es una mujer práctica, con sentido común y los pies tan pegados al suelo que dudo que pueda saltar.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora? —Me da un beso casi en los labios.

—Nada bueno, estoy dándole vueltas a las cosas —le confieso.

—En tu caso, eso cuenta como actividad suicida.

—Ahí me has dado. Tienes toda la razón.

Sabina se ha puesto esas gafas de sol inmensas que le tapan media cara, pero se nota que se está riendo de mí por la curvatura de la boca.

—¿Te has cansado ya de jugar a las familias normales? —pregunta con guasa.

—Un aburrimiento —digo bajito para que no me oigan las niñas—. Aquí hay demasiada paz, me entran ganas de ponerme a rezar.

—La paz es la antesala de la calma.

—La paz solo sirve para que me entre la paranoia y crea que alguien va a venir a pegarme un tiro.

Sabina me empuja suave.

—Eres una bruta, Julia.

Amaia se acerca y me agarra del brazo con cariño.

—Irina te echa de menos —me avisa.

—Ya me olía yo el percal.

—Necesita a alguien a quien darle órdenes cada cinco minutos.

—Lo de siempre. No sabe vivir sin dar por culo.

—¿Te vienes ya? —pregunta Amaia.

—Venga, va. Vámonos.

Antes de irnos, Sabina se lanza sobre Luna y Vera.

—Venga, mis niñas, un beso a vuestras madres. Luna, dame un abrazo, que me tienes abandonada. Vera, no crezcas más, que me vas a dar complejo de vieja.

Amaia agarra a Martina y a Svet. A Martina la achucha con cuidado y a Svet le revuelve el pelo.

—Martina, cielo, cuida de estas cafres.

Svet se ríe y Martina se pone muy tiesa, pero no se aparta.

—Entendido, Amaia —dice Martina—. Velaré por la integridad del domicilio y de los individuos que lo habitan. Madre, ¿tienes previsto pernoctar aquí mañana?

—Ni idea, nena. El futuro es un misterio.

—La probabilidad estadística de que regreses a la mansión es del ochenta y cinco por ciento —informa la calculadora humana.

—¿Y eso de dónde sale, lumbreras?

—Tus niveles de agitación sugieren que necesitas conflicto. La normalidad te genera apatía. El jaleo es tu hábitat natural.

—Vaya tela, qué asco das cuando aciertas, hija.

—No es una crítica —responde Martina—. Es una observación técnica basada en precedentes.

—Ya lo sé, lista.

Le planto un beso en la frente. A las otras tres les pego un estrujón. Están mimosas, milagro de los gordos. Salimos por la puerta. Llevo el pasado dándome golpecitos en el hombro y el futuro pidiéndome guerra. Me voy al frente. Me vuelvo a mi cueva de oro.

—¿Vas a bajar a dormir aquí esta noche? —pregunta Amaia mientras bajamos.

—Ni de coña —le digo—. Vuelvo a casa.

—¿Y ese cambio de planes?

—Es mi sitio. Aquí me pongo demasiado blanda y no me conviene.

—¿Te molesta sentirte así?

—Me quita la gestión de mi propia vida. Y yo necesito tener la última palabra.

—No vas a decidir una mierda, Julia.

—Lo sé. Pero voy a dejarme los cuernos intentándolo.

Nos metemos en el coche. El chófer está ahí, recto, sin mover ni un solo músculo de la cara. Arrancamos. Madrid sigue con su jaleo. El ruido, el suelo sucio, la gente que vive vidas corrientes y no tiene a tres mujeres y un lío de mafias encima. Yo no sirvo para ser una

ciudadana ejemplar. Ni lo quiero. Irina, Sabina, Amaia y yo. Un desastre cojonudo.

Llegamos a la mansión. El jardín está tan quieto que parece de cartón piedra. Entro. Irina está en el salón, plantada en el sofá. Va vestida de persona civilizada, señal de que no piensa morirse hoy. Está pálida, pero mantiene esa mirada de «aquí mando yo y tú me traes el café» que me pone a mil y me dan ganas de arrearle un viaje a la vez.

—¿De dónde vienes con esos pelos? —pregunta.

La cabrona esta ni sabe dónde he estado ni me ha echado de menos, seguro.

—Vengo de ver a mis herederas, pesada. Que sepas que te han puesto falta.

—Ah —dice ella. Cortita y al pie.

—¿Y tú qué? ¿Has cancelado ya la reserva en el cementerio o seguimos con el drama?

—Aquí sigo.

—¿Cómo llevas el boquete que te hicieron? ¿Te silba el aire cuando respiras o ya se ha cerrado el grifo?

—No da guerra. Deja de ser tan intensa.

Me tiro al sofá a su lado, hundiendo el culo en el cojín hasta que casi toco el suelo. Sabina y Amaia miran el tenis entre nosotras.

—Se acabó el festival de las balas —le digo.

—Eso parece, Julia.

—¿Y los Truenos? ¿Qué ha pasado con la orquesta?

—Van a estar fuera de juego en nada. Liquidados por completo.

—¿Cómo que liquidados? ¿Has sacado el lanzallamas?

—Si quieres dormir esta noche, mejor no preguntes por los detalles.

—Oído cocina. Me ahorro el trauma —le digo—. Yo solo pido ir a por el pan sin tener que mirar debajo del coche.

Ella me agarra la mano y me aprieta que casi me cruje los metacarpianos. Me deja la marca del anillo y todo.

—Gracias, Julia.

—Mira, no empieces con los agradecimientos de despedida de soltera que me dan escalofríos. Haz el favor de insultarme o algo.

—Vamos a ver una peli.

—¿Otra vez? ¿Qué pasa, que ahora eres la sucesora de Boyero? ¿Te ha dado por el séptimo arte?

—Me ayuda a no pensar en que hace unos días casi me voy a ver a mis antepasados.

—Me vale el plan. Cualquier cosa antes que escucharte filosofar sobre la muerte.

Me levanto. Las otras dos están ahí en silencio, disfrutando del espectáculo.

—¿Qué pasa con vosotras? ¿Venís a la sesión o preferís quedaros aquí contando baldosas?

—Nos apuntamos —corean las dos al mismo tiempo. Parecen un coro de iglesia.

Subimos a la segunda planta hasta llegar a la sala de cine. Mi señora soltó una pasta indecente para montar este sitio cuando la familia creció. La pantalla ocupa toda la pared y las butacas son tan grandes que te pierdes en ellas. Una sobrada de ricos, vamos.

Hay poca luz, pero suficiente para ver que tenemos todas la misma cara de no saber dónde meternos.

—Venga, ¿qué ponemos? —pregunta Sabina.

—Algo que no tenga tíos pegando tiros ni explosiones, por favor —responde Irina. Hoy está simpática la tía, de un humor que me tiene mosqueada, pero se lo compro—. Me apetece algo con chicha.

Miro al personal. Tengo el cuerpo revolucionado, el deseo me muerde y me entra la risa de pensarlo.

Irina se pelea con el proyector. Amaia se le pega y empieza a tocar cables mientras le dice algo al oído. Se entienden con un gesto y me hace gracia.

Sabina se me pega. No llega a rozarme la piel, pero su calor me llega en oleadas y me entran unos calores de gilipollas integral. Me lanza esa mirada suya de gata vieja y me quedo boba, no tengo otra palabra.

—¿Te acuerdas de *La decisión de Sophie*? —me dice en un susurro que me recorre la columna de arriba abajo.

Maldita sea su estampa y su buena memoria. Me acuerdo muy bien de esa noche que me puso la vida del revés. O que me la

arregló, según se mire.

—Me acuerdo, capulla.

Teníamos dieciocho añitos. Yo ya era madre. Martina estaba ese fin de semana con Jaime, el imbécil de mi ex que me dejó el bombo de regalo y las ganas de no volver a ver un rabo en la vida. Estaba de huelga de piernas cerradas. No quería saber nada de nadie. Solo me importaba mi niña, mi caos y que mi madre se callara la boca.

Sabina por aquel entonces no era esta rubia de oro que tengo al lado. Era la rubia de Malasaña, vivía en un piso de mierda compartido con Diana. Hacía un frío del carajo.

Estábamos apalancadas en el sofá. Un trasto viejo que te absorbía los riñones. Diana andaba en el otro mueble, ida, con la mantita hasta las cejas viendo la peli.

Yo me acomodé por pura inercia. Mi espalda contra su pecho, mi nuca encajada en su clavícula. Un movimiento de amigas que no quieren pillar una neumonía, vamos. Sabina me pasó el brazo por encima y me sujetó por la cintura. Todo muy casto, muy de hermanas, hasta que dejó de serlo.

Empezó con un roce tonto en el costado, de esos que puedes fingir que no has sentido si eres muy buena actriz. Pero luego metió la directa. El pulgar se me hundió en la carne, justo debajo de las costillas, y las pulsaciones se me pusieron a mil. No dije ni pío.

La mano empezó a escalar por dentro de la sudadera, sin pedir permiso ni mierda. Me acarició con la yema de los dedos la tripa y los flancos. Tenía intención y yo no era tonta, me dejó seca. Cuando llegó al borde de la teta, aquello ya fue otra cosa. Aguanté la respiración para no soltar un gruñido.

Sabina no se cortó un pelo. Siguió a lo suyo y yo noté un calor húmedo que me subía por las tripas, algo que no había sentido en mi vida. Yo hasta entonces solo sabía lo que era estar cansada o aburrida de todo. Aquello era un invento nuevo, algo bruto, una sacudida de realidad que me dejó tonta.

Me moví un poco. No quería que quitara la mano, quería que supiera que estaba despierta y que aceptaba el reto. Ella lo pilló a la primera. Me apretó el pecho con la palma y sentí un chispazo que me bajó directo a las bragas. Qué barbaridad.

Giré la cara muy despacio para mirarla. Tenía los ojos fijos en los míos, brillantes. No se estaba riendo de mí. Tenía un hambre que me dio hasta miedo del bueno. No dijimos ni una palabra porque no hacía falta estropear el momento. Diana seguía flipando con el drama de la película en su sofá, ajena al incendio que teníamos montado al lado.

Sabina sonrió de lado, con esa comisura que aún me lleva por el camino de la amargura tres décadas después. Bajó la mano por mi vientre hasta el elástico de las mallas. Tiró de la tela. Y metió la mano. Sin escalas.

Me acarició el pubis por encima de las bragas. El calambre fue de los de irse a urgencias. Estaba chorreando. Ese deseo no tenía nada que ver con cumplir el expediente con un tío o con un calentón de discoteca. Era por ella. Por mi rubia de Malasaña.

Créditos. Se acabó la peli. Diana se levantó hecha un zombi y se largó a dormir. La puerta se cerró y nos quedamos a solas. Yo estaba encima de ella, con su mano todavía metida en mi ropa, temblando de arriba abajo. Tenía el miedo en el cuerpo, pero me puse gallita. La miré a los ojos con toda la chulería que pude reunir.

—Ahora terminas lo que has empezado, lista —le solté. No fue un ruego, fue una orden de ejecución.

Sabina sonrió, me agarró la cara con las dos manos y me plantó un besazo que no olvidaré nunca.

Follamos. Follamos hasta que nos dolió el alma. En el sofá, en la cama, donde pillamos. Como si se fuera a prohibir el sexo al día siguiente. Y yo, la Julia que creía que el sexo era un trámite para que te dejaran en paz, descubrí lo que era arder de verdad. Me caí de cabeza por Sabina y todavía no he tocado fondo.

Aguantamos tres años de risas, sexo guarro y mucho lío. Hasta que me di cuenta de que Sabina no entendía lo de la exclusividad. Que tenía a otra. Y a otra más. Y que una de esas era Irina. Se me rompió el corazón y me largué a ser Julia, la borde.

El aire acondicionado de la sala de cine me da una hostia y me devuelve al presente. Respiro como si me faltara el oxígeno.

Sabina me mira con la misma sonrisa de hace treinta años. Sabe que me tiene donde quiere. Sabe que recuerdo dónde puso cada

dedo. Por eso ha dicho el título de la película. Me provoca a la cara y yo ya estoy con las bragas pidiendo tregua.

—¿A qué viene esta mierda ahora, Sabi?

La tía se encoge de hombros, invitándome a pegarle un bocado.

—Porque estamos todas aquí. Ya no somos las crías del sofá roñoso de Malasaña.

Le brillan los ojos. Me pone que me mire así, sabiendo que me ha ganado. Me recuerda a la Julia bruta que no se achantaba ante nada.

—Eres una cabrona, Canija —le digo, pero por dentro me estoy riendo.

Ella se acerca un paso, me invade el espacio personal y baja la voz para que solo la oiga yo. Me llega su olor y me entran calores.

—Hoy podemos compartir algo más que recuerdos, Julia.

Casi me ahogo con mi propia saliva. Para no saltarle encima aquí mismo, le meto un empujón en el hombro, uno de esos de «anda ya, no me calientes más de la cuenta».

—Cierra el pico y muévete, anda, que te pones muy intensa.

Me giro y veo el panorama. Amaia e Irina ya están instaladas en las tumbonas. Irina sigue peleándose con el mando, muy seria ella. Amaia, por su parte, está ya medio traspuesta, en su línea de paz absoluta, ajena a que Sabina me está buscando las cosquillas.

Voy directa al mueble de los trastos y saco una manta de esas que cuestan un riñón pero no abrigan un carajo, puro postureo textil. Se la tiro a Sabina a la cara, que la caza al vuelo.

—Hoy compartimos manta —le digo. Es un hecho, no una sugerencia.

Sabina me devuelve una sonrisa de victoria. Sabe que he aceptado el envite y que me muero por ver por dónde sale esto.

Irina está a la izquierda. Sabina, con la manta bajo el brazo, se sienta con ella. Amaia ocupa la derecha. Yo me encajo a su lado. Me pego a su costado, le apoyo la cabeza en el hombro y le rodeo la cintura. Amaia me abraza al instante. Un gesto de los nuestros, de los de casa.

Sabina estira la tela y nos tapa a las cuatro.

—¿Entonces qué vemos?

Cierro los ojos. Siento el calor de Amaia, el olor de Irina y la presencia eléctrica de Sabina al otro lado.

—La decisión de Sophie —respondo.

Pero no es la decisión de Sophie, qué va. Es la mía.

Miro a Irina de reojo y veo que ha dejado de pelearse con el mando. Sabe de qué va la vaina. Sabe que esa película es nuestro código de barras. Y Amaia, la pobre, está ahí en medio, a punto de enterarse de qué pasta estamos hechas las otras tres cuando nos ponemos nostálgicas y guarras a la vez.

Capítulo 19

El proyector ronronea y yo tengo los nervios a su puta bola. Entre las luces de colores y el que hoy me haya levantado con el día de cara, voy con hambre de jaleo y una expresión de gilipollas difícil de disimular. Estamos las cuatro apretadas bajo una manta de mierda que tapa más bien poco, pero ahí seguimos: juntitas, conspirando sin decirlo. Tengo la cara hundida en el hombro de Amaia y el agarre firme en su cintura. La peli ni me entra; yo solo estoy con Sabina. Bueno, con su boca, que es donde guarda el catálogo completo de sus pecados. Menuda lagarta.

Está tumbada de lado, pegada a Irina. Mi rusa va medio ida por los fármacos, blandita por dentro y con la espalda tiesa por costumbre. Sabina le ha pasado el brazo por la tripa. Aprieta: peso, presencia. Respiran casi al mismo ritmo y a mí se me va el pulso a sitios que no tocan.

Y entonces la tía hace su numerito.

Se recoloca para que la manta no estorbe y se desliza por el respaldo con una soltura que me enciende la alarma. Se ha puesto igual que se puso conmigo aquel día en aquel sofá de mala muerte, cuando su pecho era mi pared y su mano mi ruina personal. Irina ni se entera del todo; está flotando. Sabina está despierta. Juega. Veo cómo cuela el brazo por debajo de la manta, despacio. Inclina la cabeza hacia el cuello de Irina y le roza la piel con los labios: un beso corto, otro más largo. Luego se espera ahí, le respira encima. Irina traga. El pecho se le hunde y sube más hondo. La pierna se le mueve, traicionera.

Levanto la cabeza para mirar a Amaia, la única persona decente en este circo, y vuelvo a girarme hacia las otras. Sabina me busca. Ojos fijos. Ni una pizca de burla. No abre la boca y aun así me lo dice todo, directo a la nuca.

Debo de tener una expresión de idiota monumental. Me muerdo la lengua para no soltarle algo, pero no aparto la vista; ni muerta me achanto yo ante ella, y menos con este ambiente. Sabina me regala una sonrisa pequeña. Estira el brazo por encima de Irina, me busca a ciegas bajo la manta, el roce de sus dedos contra los míos es un calambre de los que te avisan de que te vas a quemar y te da igual. Luego le susurra algo a Irina al oído, una frase que no oigo pero que adivino en el aire. Mi mujer gira la cabeza hacia mí y me lanza una mirada que es un contrato en toda regla: ella también lo quiere. Le respondo con un gesto mínimo, casi un golpe de barbilla. Lo hacemos.

Amaia sigue a lo suyo, tragándose la película tan tranquila, sin olerse la misa negra que estamos montando a escasos centímetros de su costado.

—Amaia, muévete un poco, que me estás dejando sin aire —le digo bajito.

—Pero ¿qué te pasa ahora? —murmura, a medio camino entre dormirse y mandarme a la mierda.

—Nada, cariño. Dame sitio.

Me escurro por el respaldo. Copio el gesto de Sabina, con menos gracia y más nervio. Me planto detrás y empujo para encajarme. Me da la risa por dentro de lo ridícula que soy, pero el orgullo me tira de la coleta y no freno. Si voy a hacer la mamarracha, lo hago bien.

Amaia se ríe. Flipa.

—Julia, que me vas a tirar. ¿Qué te ha dado? ¿Te pica algo?

—Estoy de lujo, pesada —le susurro en la oreja—. Tú échate encima de mí y calla.

La atraigo hacia mí y la aplasto contra el pecho, firme, para que note que voy en serio. No pilla ni la mitad porque es la sensata de este grupo de taradas, la que no pierde los papeles por estas historias. Pero hoy no se salva nadie.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunta en un susurro flojo, sin ganas de pelear.

—Ponerme cómoda contigo.

—Cómoda no. Estás rígida.

—Tú mira mejor —le vacilo.

Intenta girarse para echarme la bronca y la paro al momento. Le rodeo la cintura con el brazo y aprieto. Cede. Y ese *sí* fácil me da vértigo.

Hundo la barbilla en su hombro y le respiro en la oreja. Huele a coco y a limpio.

—Hueles que alimentas —le digo, con la voz más baja.

—Me vas a poner tonta y no me voy a enterar de nada.

—Que le den a la película. Si total no se entiende nada con tanto colorín.

Bajo la manta, la palma se afirma en su cintura y la pego más. Se queja con un «eh» sin fuerza, pero no se aparta. Al otro lado, Sabina aprieta a Irina contra ella y le arranca un suspiro que no es de sueño. Mi mujer se recoloca más cerca de ella, la muy lista. Yo lo noto todo: el cambio en las respiraciones, el peso del cuerpo de Amaia contra el mío y esa electricidad que salta de una a otra, callada, sucia, viva.

Deslizo los dedos bajo su camiseta y busco piel. Quema y es suave; de esas pieles que te vuelven torpe. Se le eriza todo el cuerpo y a mí se me infla algo por dentro. Miro de reojo a Sabina, que sigue a su rollo con Irina, y pienso: tú a la rusa, que yo aquí tengo faena.

Disfruto la jugada. Cuatro tías rompiendo la idea de lo correcto con los mismos dedos. Se me cruza un «Julia, frena», pero ni lo miro. Bajo y sigo.

—Amaia —le digo pegada a su cuello—, afloja. ¿Estás bien?

Coge aire, llena los pulmones y lo expulsa otra vez, obligándose a estar en calma.

—Que sí, que estoy perfecta. —Se empeña en sonar dura.

—Eso quiero. Que estés conmigo, no te asustes.

La abrazo hasta que se relaja. Entonces empiezo por el costado, lento, un rato eterno hasta que me abro paso y subo hacia el borde del sujetador. Apoyo la palma en el pecho. Su corazón va desbocado y me lo canta todo.

—Julia... —susurra con la voz a punto de romperse. Amaga con levantarse.

—No te vayas. —Se lo corto—. Estoy haciendo cosas.

La sujeto con un brazo y la pego a mí otra vez. Bajo al muslo, aprieto, acaricio con intención.

—Julia, de verdad... —insiste, pero no se aparta. Ni lo intenta.

Se deja caer contra mí... y recoloca la cadera, como si buscara sitio sin pensarlo demasiado. Vuelvo a su tripa. No es de gimnasio; es real, blandita, agradable. Me río por dentro por la devoción con la que la toco. Me gusta demasiado.

La sala está llena de respiraciones y roces. Irina y Sabina también montan su fiesta cerca. Piernas cruzadas, brazos que se enredan, piel con piel. Hace un mes, si me cuentan esto, les cuelgo el teléfono.

Muevo la mano por el abdomen de Amaia. Reconozco el terreno. Todavía podría disimular. Decir que esto es solo un cariño de amigas, uno de esos abrazos largos que se nos van de las manos. Aún tengo ese margen de maniobra, esa mentira a la que agarrarme si la cosa se pone fea. Pero Amaia no es tonta, y el calor que desprendemos bajo esta manta no tiene nada que ver con la amistad. Ella sabe que mis dedos buscan algo más, y yo sé que ella me va a dejar encontrarlo.

En cuanto mis yemas rozan el metal del broche del sujetador, se acaba el simulacro. Ya no hay «cariño» que valga; ahora esto es una declaración de guerra en toda regla y a Amaia ya no le cabe duda de por dónde voy. Bendito diseño, se abre por delante. Un regalo. Bordeo la curva del pecho antes de apretar y Amaia suelta un gemido corto, de los que salen sin querer porque el cuerpo ya no sabe cómo esconderse.

—Julia... —vuelve, ya sin fuerza.

—Cállate un poco, pesada. —Le muerdo el lóbulo, suave—. Me estás tentando a portarme peor.

Toco el cierre, lo tanteo: lo abro a medias, lo vuelvo a cerrar. Alargo la putada. Se tensa, pero el pulso le golpea en mis costillas y me pone bruta.

—¿Puedo? —le pregunto al oído—. Dímelo claro.

Gira el cuello y me clava esos ojos verdes, llenos de nervio y deseo.

—No me des un discurso. —Le rozo la boca—. Con un gesto me basta.

Amaia mira a Sabina. El cuerpo tirando. La cabeza, no.

—Mira a tu mujer —le susurro—. Está ocupada. Nadie te va a rescatar.

Se le escapa una risa floja, nerviosa, entregada.

—¿En serio? —pregunta con un hilo de voz.

—Mírame.

Me recorre la cara buscando una mentira. No la encuentra.

—¿Sigo? —le digo en alto, ya sin paciencia.

Lanzo la pregunta al aire y el tiempo se congela. Sabina se pone atenta, con la mano aún perdida bajo la manta, esperando. Mi mujer también aguanta la respiración. Las dos están pendientes de Amaia, porque saben que si ella dice que no, la función se acaba para todas.

Amaia me mira a mí, luego a ellas, y al final clava los ojos en Sabina. Recorre con la vista el brazo de la rubia, que sigue hundido contra el cuerpo de Irina, y lejos de escandalizarse o de saltar con el orgullo de mujer herida, se lame los labios. Sabina le lanza una mirada rápida: tira.

Amaia se incorpora y le dice algo al oído, un susurro que no alcanzo a oír pero que hace que a Sabina se le afilen los ojos. Se dan un pico rápido, un sello de labios que sabe a «haz lo que quieras con ella», y entonces se deja caer contra mi pecho. Me agarra la muñeca con una firmeza que me pilla por sorpresa y es ella la que me guía la mano hasta que mis dedos vuelven a chocar con el broche. Al otro lado, la cabrona de la rubia se ríe por lo bajo, un sonido ronco, de alivio y de vicio, al ver que el círculo se ha cerrado.

Yo me prendo de golpe. Hago clic. El sonido se clava en la habitación. El sujetador se abre y el pecho cae libre, con peso. Meto los dedos. Carne tibia, blanda donde tiene que serlo. No es la firmeza de Irina ni el cuerpo fino de Sabina. Esto es Amaia: curvas, peso, presencia. La palpo con la palma abierta y aprieto.

Bajo por la cintura, por la cadera, y la agarro fuerte. Le pego la boca al cuello y le muerdo la piel a besos, con hambre, sin delicadezas inútiles.

—Respira lento —le ordeno—. Déjate.

Respira... pero no como le digo. Más corto. Más rápido.

Los dedos bajan despacio pero con intención, hasta perderse bajo el borde de su ropa. Tiembla, con sudor y ganas y esa tensión en el vientre que pide más. Abre las piernas sin darse cuenta y apoya la nuca en mi hombro.

—Así —le digo, ronca—. Así me sirves.

La sobo con un cuidado que ni yo me reconozco; no quiero que le entre el agobio y se cierre. Voy probando hasta dónde me deja. Disfruto de la textura de su muslo, de cómo la piel cede bajo mi presión. Por fuera, chulería; por dentro, el pulso hecho un lío. Se me amontona encima, deja de estar agarrotada y se ablanda. Acepta el magreo sin rechistar y a mí se me enciende todo.

Vuelvo arriba, a lo que me tiene obsesionada. Rodeo la curva de la teta, noto el peso y se me va la cabeza. Le pinzo el pezón con delicadeza y el botón se pone tieso. Le sale un ruidito por la nariz, mitad queja, mitad «sigue», pero lo ahoga para no montar el número delante de las otras dos. Yo sigo, más suelta: la palma cierra y abre sobre el pecho, exprime, amasa, y el pulgar busca donde la hace temblar. Se arquea entera, la boca entreabierta. Se traga el sonido. Me agarra del brazo. Fuerte. No para apartarme. Para no caerse.

Me acerco a su oreja, rozo el lóbulo con el labio y disfruto de verla bloquearse, superada por lo que mi mano hace debajo de la ropa.

—¿Te gusta que te meta mano o ya te arrepientes?

—Me gusta —confiesa, con la voz hecha polvo y dulce a la vez.

Me giro para mirar el panorama y me topo con Sabina. Me clava los ojos, sin disimular ni un poquito las ganas que tiene de que esto pase.

—¿Qué miras tanto, Sabina? —Tenso la tela de la camiseta de Amaia con un apretón para que vea bien dónde tengo la mano—. ¿Te gusta lo que ves?

No le doy tiempo a contestar. Me acerco y le engancho la boca. Joder, Sabina. Hacía una eternidad que no la besaba y el golpe de su sabor me revuelve por dentro. No es un roce de cortesía: le agarro la nuca, aprieto, la muerdo suave, la obligo a seguirme el ritmo. Es

un beso de «te quiero, pesada» y de «ya era hora». Le marco el labio inferior con los dientes antes de soltarla. Me sale lo guarra porque verla perdida me pone.

Cuando me aparto, la sala está para verla. Amaia tiene los ojos muy abiertos, buscando aire. Irina sigue ahí con esa cara de rusa que no sabes si te va a besar o te va a partir en dos. Y Sabina está al borde de prender.

Regreso a lo mío. Vuelvo a las tetas de Amaia: las sostengo, las aprieto. Cierro los muslos a su alrededor y su cuerpo me da vía libre. La noto tibia, confiada, y me sale una risa corta, nerviosa, de las que se escapan cuando te sales con la tuya.

Bajo por el costado y dejo la mano apoyada donde empieza a temblarle el cuerpo, antes de la cintura. La mantengo ahí. Presiono. Me quedo. Vuelvo arriba, a los pechos. Los estrujo con ganas: alterno caricia y agarre, y ella se aprieta contra mí, buscando más.

La peli sigue de fondo; podrían estar recitando el BOE y yo seguiría en lo mío. Estoy en mi sitio. Con ellas.

—¿Te vas a morir ya o vas a aguantar un poco más?

—No me muero, pesada.

No aflojo. Vibra y a mí se me dispara algo feo, de esos impulsos que te secan la boca y te ponen el cuerpo al mando. En mi historial de manoseos con mujeres solo están Sabina e Irina, salvo aquel lío con Olga en el que Sabina y yo íbamos tan colocadas de éxtasis que tengo un agujero negro donde deberían ir los recuerdos. Fuera de eso, mi currículum de roces «casuales» es patético.

Amaia y yo siempre hemos sido de abrazos, cariñosas, amigas. Pero ahora mis dedos están plantados en su piel y pesan. Aquí ya no cuela la excusa: esto no es un tropiezo. Es rarísimo, madre mía. Media vida viéndola como la amiga que te sujeta el pelo cuando vomitas... y ahora estoy aquí. Pervertida. Y, lo peor, me gusta.

Amaia no es Sabina; Sabina es fuego con sonrisa. Tampoco tiene el rollo de mi mujer, que va de piedra hasta que das con el punto. Amaia juega a otra cosa. Por fuera es paz; por dentro guarda mucho más, y ese contraste me pone burra.

Respira más lento, intenta hacerse la tranquila, pero el cuerpo canta. Se le tensan las piernas y el culo se le endurece en cuanto

mis dedos se mueven a un sitio nuevo. La sujeto ahí, pegada, sin salida. Le planto la otra mano en la barriga para que no se gire. Si me mira a la cara, o me entra la risa idiota o digo una tontería para tapar que por dentro me rompo.

Nadie habla, pero aquí hay hambre y nos medimos. Sabina e Irina van a lo suyo, se rozan con un descaro que me enciende y me cabrea a la vez. Sabina es una ladrona fina: se te arrima, te roba terreno y cuando te enteras ya la tienes dentro. E Irina... joder con mi santa esposa. Verla con esa cara de vicio, dejándose tocar por Sabina, me pica. Me la imagino buscando donde a mí me gusta y me entran dos impulsos: partirle la boca a besos e insultarla. Luego recuerdo dónde tengo los dedos y se me corta la tontería. Además, todo el mundo sabe que esas dos llevan años acumulando ganas; su historial ya es folklore del grupo. Y ahora mismo Amaia es la que me tiene la cabeza hecha polvo.

Le paseo los dedos otra vez por el costado: subo, bajo, aprieto. Menudo descubrimiento. Se me enciende el ramalazo de pecadora y me importa una mierda. Llego al metal: botón, cremallera. Amaia intenta girarse. Busca aire. Busca mi cara.

—Amaia, corazón —le digo al oído, bajito, solo para ella—. ¿Quieres que siga? Dilo ahora.

—Julia, joder... —dice, y deja caer la cabeza. Me muerde apenas la mandíbula, donde llega.

Le desabrocho el botón despacio. Bajo la cremallera sin prisa. Los dedos me tiemblan y se me va un gesto torpe, pero lo arreglo. No voy a hacer el ridículo de adolescente.

Ella vuelve a intentar girarse. Le planto la palma en el pecho y la dejo fija.

—No.

Me sale serio, mandón. Me muerdo la lengua para no suavizarlo, porque sé que a ella eso también le pega por dentro.

Tiro del pantalón y de las bragas hacia abajo para abrirme paso. Amaia ladea la cadera. Colabora. Sin teatro. Qué lista. Qué fácil habla el cuerpo cuando deja de hacerse el educado. Se me dibuja una sonrisa de victoria y me sube un asco delicioso.

Apoyo la palma en su monte: húmedo, vivo. La temperatura es obscena. Presiono, marco, aviso. Intenta tragarse un jadeo y se queda quieta. Le doy un diez por no apartarme de un manotazo y por no salir corriendo a pedir perdón por tener cuerpo.

En la pantalla, la protagonista recita una frase dramática con voz de entierro. La pobre mujer habla sola.

Alzo la vista hacia Irina. Está pendiente de mí. Me aguanta el pulso y se le levanta una comisura que dice: «eres una cabrona». Y no suena a reproche. Yo le respondo igual. Es nuestro idioma: amenaza cariñosa y hambre compartida.

El chute de adrenalina me tiembla por dentro. El morbo me sube desde las botas: tengo los dedos donde nunca han estado y he perdido de vista los de Sabina. No sé dónde los tiene metidos, pero lo intuyo. Irina está demasiado quieta, con esa rigidez suya que anuncia que se traga el orgullo a bocados. Con eso me basta.

Aprieto los dientes, cierro la cabeza a cal y canto y vuelvo a lo mío. Mi mano se cuela entre los labios de Amaia y me empapo al instante. Está tibia, abierta, resbaladiza. La piel se me pega y mi mano entra con esa facilidad que te vuelve mala persona. Busco el clítoris con paciencia: primero rozo, luego aprieto para que lo note y no pueda fingir que no.

—Así. Ahí. No te muevas.

Amaia se traga un gemido. El vientre se le hunde, se le tensan los muslos y se le escapa un sonido corto, feo, real; lo mata al momento por educación, por orgullo o por miedo a que nos oigan. Yo no freno. Me quedo encima, con los dedos donde no debería y una calma inventada.

Le acaricio, lento. El pulgar baja y sube sin prisa. Quiero que lo sienta entero: la presión, el roce, el fuego que le sube por la barriga.

Amaia empieza a empujar contra mi cadera, primero tímida y luego con ganas. Su cuerpo habla: abre más las piernas, se engancha a mis dedos, busca el ángulo. Le vibra todo. Le tiemblan las rodillas. Y cuando el pulgar insiste, cuando mantengo la presión y dibujo círculos pequeños, se le va todo a ese sitio donde ya no manda la cabeza.

No intenta apartarme. Se pega más, se acomoda, me pide sin pedir.

—Quietecita, Amaia —le susurro, rozándole el cuello con los labios—. Que te me escapas.

Su risa sale rota, sin aire, y se convierte en un gemido que vuelve a tragarse con una rabia ridícula.

—Me vas a matar.

—Te estoy haciendo un favor —le contesto, bajito, para que Irina y Sabina no me oigan—. Calla y déjate.

Sigo. No cambio el ritmo. Presión. Círculo. Aflojo para que el cuerpo lo pida. Otra vez. Mis dedos ya van solos y yo estoy demasiado metida en esto para hacerme la fina.

Amaia empieza a romperse sin gritar. Se pone rígida, clava los dedos en la manta y abre la boca en silencio, con los ojos fijos al frente. Intenta sostener la compostura mientras se le cae encima. Le tiembla el abdomen. Aprieta mi mano con el cuerpo. Intenta atraparla. Y cuando llega, lo hace de golpe: un espasmo que le sube desde las tripas, le sacude las piernas y le arranca un suspiro largo, húmedo, imposible de esconder.

Se oye. Lo oímos todas.

Retiro los dedos despacio, no por delicadeza, sino porque estoy a punto de reírme o de soltar una burrada. Le dejo la palma en el vientre, sin querer admitir nada. Me queda tibia y mojada. El pulso me late en las yemas.

Amaia sigue con la pantalla. No la dejo girarse; la sujeto ahí, porque si se vuelve ahora me ve entera. A ella todavía le dan sacudidas pequeñas, coletazos. Respira por la boca; intenta recomponerse y se traga cualquier sonido que le quede.

En la otra tumbona suena tela contra tela. Un ajuste de postura. Un roce breve. Un suspiro. Ya está.

Yo tengo el corazón desbocado y una satisfacción sucia que no sé dónde meter. Bajo la vista a mi palma húmeda, la cierro y la abro. Nadie dice nada. La película sigue. Y lo de «solo amigas» acaba de irse a la mierda.

Capítulo 20

La película se va a negro y, madre mía, qué fatiga me entra. Ahora toca lo peor: encender la luz y verles la cara a estas tres después de lo que hemos hecho.

El proyector hace «clac» y la pantalla muere. No se oye nada. Nadie dice el típico «vaya tela» para disimular. Solo escucho nuestras respiraciones, que todavía van a mil. Somos cuatro tías que hace diez minutos estaban a punto de prenderle fuego a la sala y ahora están quietas, asimilando el festival de manos y sudores que nos hemos marcado en un espacio tan pequeño.

Se encienden las luces. Zasca. Menudo cebollazo. Me obliga a cerrar los ojos. La iluminación es una chivata de cuidado: nos saca las caras de culpables, los pelos de locas y esas miradas de no saber cómo afrontar este momento.

Amaia suelta un aire largo, pero no gira la cara. Sigue pegada a mí, con la temperatura por las nubes y el sujetador abierto bajo la camiseta. Cuando por fin se incorpora, tiene esa cara de haber pecado fuerte y no saber si pedir perdón o pedir otra ración.

Al lado, Irina está pálida. Se retira la manta y los apósitos se intuyen bajo la ropa, pero ella es incombustible. Nos analiza a todas, hace su lista mental de quién ha tocado a quién y se guarda el informe sin decir ni mu.

Sabina, en cambio, está disfrutando del bajón. Me clava los ojos con un descaro que me hace dudar entre darle un beso o tirarle un cojín a la cabeza. No tiene vergüenza ninguna. Solo una cara de «vaya fiesta nos hemos pegado, nena» que me encanta. Su falta de filtro me da la vida, para qué voy a decir otra cosa.

—Bueno —digo, porque el silencio me da alergia y alguien tiene que abrir la veda—. Vaya basura de película. El director se ha lucido el tío.

La sonrisa de Sabina lo dice todo.

—¿Ese es tu gran comentario crítico? ¿Descansada con el análisis?

—Pues sí. —Subo el tono—. La protagonista es una pesada. Me ha caído fatal desde la primera escena.

Amaia hace un ruidito con la nariz, una risa disimulada. Menos mal. Ya la tengo aquí otra vez. Ya se le está pasando el susto.

Irina carraspea. Tiene la voz rota.

—Se me ha hecho larga.

—Larguísima —apoyo yo—. Me ha dado tiempo a aburrirme, a pensar en la lista de la compra y a... —Me callo antes de soltar la burrada que tengo en la punta de la lengua.

Sabina se ríe, qué cabrona es.

—A darle vueltas a otras cosas —me pincha—. Para eso has tenido tiempo de sobra, Julia.

—Cállate un poquito, anda, que estás muy graciosa hoy —le gruño, aunque me dan ganas de saltar encima de ella y seguir con lo que estábamos haciendo.

Amaia por fin reacciona. Se empieza a recolocar la ropa con un disimulo que no engaña a nadie y se abrocha el sujetador por dentro de la camiseta haciendo malabarismos. Me pican las manos por meterme ahí debajo y ayudarla a terminar rápido, pero me corto.

—¿Alguna tiene hambre? —pregunto, por decir algo normal—. Porque yo tengo un agujero en el estómago.

—Tú lo que tienes es mucha cara. —Sabina se estira como una gata y nos deja ver que a ella el pudor se la trae floja—. Pero sí, yo sigo con hambre —añade con segundas.

Miro a Irina, que sigue procesando que su sala de cine se ha convertido en una zona de guerra hormonal.

—¿Irina? ¿Sigues viva o te hemos rematado? —le pregunto con cariño, pero sin perder el colmillo.

Ella esboza una sonrisa muy pequeña y se incorpora del todo.

—Sigo viva, Julia. Por desgracia para todas vosotras.

—Venga, arriba. —Le arreo una palmadita en la pierna a Amaia—. Que si nos quedamos aquí mucho más rato, o llamamos a un cura para que nos confiese o a un abogado para que nos divorcie a todas a la vez. Y a ver quién paga esa minuta.

Irina se queja al ponerse de pie. Sabina, todavía sentada, la coge por la cintura y le levanta la camiseta y el apósito para comprobarle la herida. Y mi mujer, que no suele dejar que nadie le toque un pelo sin pedir instancia por escrito, se está quietecita. Debería darme rabia, pero lo que me da es un respiro. Ver que no soy la única que tiene que lidiar con su cabezonería me quita diez años de encima.

Amaia me mira de reojo con esos ojazos verdes suyos. Tiene el aire a trompicones todavía. Sé lo que piensa: «Julia, por tu madre, no abras la boca para soltar una de las tuyas». Pero soy un bicho. O un ángel, según se mire. Me acerco a su oreja y le muerdo el lóbulo un poquito.

—Ni se te ocurra dormirte ahora —le susurro.

Amaia traga saliva. El ruido se oye en toda la sala.

—Descuida, no tengo el cuerpo para siestas.

—Ya. Yo tampoco. Yo lo tengo para cosas mucho más movidas.

Irina se estira hacia el mando y apaga el proyector. Baja las luces. Las deja en ese punto tenue de las casas donde vive gente con pasta. Menos mal, porque con la luz blanca me sentía en un interrogatorio.

Nadie pide perdón. Nadie se excusa. Ninguna ha salido corriendo al baño a llorar. Es un alivio y una señal de que estamos perdidas.

Amaia se levanta con una agilidad que envidio, sobre todo porque yo sigo con las piernas hechas puré. Se lo piensa y al final me planta cara.

—¿Vienes o vas a echar raíces ahí?

—Voy —respondo. Me falta tiempo para levantarme.

Bajamos en procesión hacia la cocina. El pasillo es el de siempre, con sus fotos de parientes que no conozco y sus alfombras donde te hundes hasta los tobillos. Pero el ambiente está cargadito. Amaia abre camino. Irina va despacio, con Sabina de escolta para que no se le desmonte el costillar. Yo cierro la fila. Las tengo a las tres delante. Necesito ver dónde pisan. Es instinto, o afán territorial, o que no quiero que ninguna se me escape de la vista.

En la cocina, la realidad nos pega un guantazo de normalidad. El mármol frío, el ruido de la nevera, el agua del grifo. Es una cocina

de lujo, pero aquí se mancha y se vive. No hay sitio para ponerse intensas ahora mismo.

Amaia saca queso, tomate y lo que pilla. Irina se sienta en un taburete porque no aguanta más el tipo. Sabina se mueve por los cajones buscando servilletas. Yo miro la encimera. Esto no es un sueño. Me da hasta coraje que me guste tanto verlas así, de andar por casa, pero me sacudo la tontería.

—¿Dónde está mi cuchillo bueno? —pregunto, porque tengo un hambre que me muero.

Amaia se gira en seco.

—Ni hablar.

—¿Cómo que ni hablar?

—Hoy no te dejo nada que corte a mano —dice con guasa.

Sabina se apoya en la isla de la cocina. Se humedece los labios. Es un gesto de nada, pero yo sigo caliente y me deja la garganta seca.

—¿Agua o vino?

—Agua —dice Irina. Aburrida hasta para convalecer.

—Vino. Uno grande. Lléname la copa hasta arriba —pido yo.

Amaia pone los ojos en blanco.

—No me mires así. Es zumo de supervivencia. Lo necesito para procesar este momento.

—Bebes para no pensar —me pincha Sabina.

—Y tú hablas para tocarme los ovarios.

La rubita se ríe, le encanta que le dé guerra. Amaia me sirve el vino. Comemos de pie. Nada de platos elaborados. Solo masticamos para tener la boca ocupada y no soltar ninguna burrada. El cuerpo me da latidos todavía por lo que hemos hecho. El queso no me va a bajar la temperatura, pero al menos me sirve para no embobarme con el cuello de Sabina o la boca de Amaia. Me las comería a las tres, pero de momento, me conformo con el vino.

Irina bebe agua con una pausa excesiva. Tiene el gesto bloqueado. El agujero que lleva encima la tiene limitada. Sabina la vigila sin pasarse de intensa; está al quite por si a la rusa le da por desplomarse.

La cosa arranca sin previo aviso. Mi mujer deja el vaso, se levanta y el cuerpo le pega el último tirón. Su organismo ha dicho que hasta aquí hemos llegado. Necesita una cama de tres metros y la necesita ya.

—Me tengo que tumbar, estoy fundida.

No me da tiempo a hacer de esposa oficial.

—Voy contigo —salta Sabina, rápida.

Amaia se congela con un plato sucio en la mano. Está computando el reparto de habitaciones, se le ve en el gesto. Yo huelo el percal a un kilómetro y me pone de un humor excelente, aunque tenga el cuerpo que me echa chispas.

—Yo me encargo de esto. —Amaia señala la mesa.

—Venga, muevo el culo y te ayudo. —Me oigo decir con un tono demasiado alegre.

Irina y Sabina enfilan las escaleras sin despedidas solemnes. Pasan de tonterías. Mi rusa quiere estar horizontal y Sabina quiere asegurarse de que no se me desangre por el camino. Además, a la doctora le toca hacerle la cura, y ya sabemos que eso de andar con gasas y antiséptico le da un punto de importancia que le encanta. Se van y nos dejan el campo libre.

Amaia y yo recogemos los restos de la cena. El grifo gotea y la porcelana choca. Ella friega y yo seco. Llevamos haciendo esto mil años, pero hoy tengo las manos torpes porque no puedo dejar de mirarle el cuello.

Ella no me dirige la palabra. Está concentrada en un tenedor.

—Estás rayadísima, admítelo.

Disfruto de lo lindo al ver cómo se le ponen los hombros de tiesos. Para de fregar. Suspira.

—No estoy rayada. Solo estoy... ordenando cosas en mi cabeza.

—Venga ya, no me jodas, que te huelo los pensamientos desde aquí. —Le doy con el trapo en el hombro, un toque con cariño pero con toda la intención de sacarla del sitio—. Tienes una cara que te llega al suelo.

Amaia apoya las manos en el granito, es probable que contando hasta diez para no mandarme a paseo. Se gira despacio y me mira

de frente. Tiene los ojos brillantes y las mejillas con un tono que la delata por completo.

—Solo intento no ponerme intensa, pesada. Me sale solo y no quiero estropear el momento con mis movidas mentales.

—Pues para no querer estropearlo, tienes un gesto de pocos amigos que te cagas, cariño.

Me río, y la carcajada me sale de lo más profundo porque estoy de un humor excelente. Es que me parto con ella. Ella acaba soltando una risa floja, se rinde.

—Qué borde eres. Podrías disimular que te estás riendo de mí.

Doy un paso hacia delante. Invado su espacio porque quiero que note que vengo de un calentón de los que hacen época y que la cosa sigue dándome calambres en sitios interesantes. Sigo eléctrica, con el pulso acelerado y una sonrisa de satisfacción que no me cabe en la cara. No se echa atrás. Me aguanta la mirada y eso es lo que más me gusta de ella, que no huye aunque se esté asando por dentro.

—¿Estás bien?

—Estoy de puta madre, Amaia. Con una vibración encima que no se me quita ni con una ducha de hielo y la cabeza dando botes, pero más feliz que nadie. De hecho, si te descuidas, te empotro aquí mismo contra la encimera.

Se ríe, aunque se ha puesto colorada perdida. Yo me aguanto para no pegarle un bocado en el moflete, por graciosa y por estar así de buena.

—Qué bruta eres, tía.

—Bruta no, sincera. Escucha, si te arrepientes de lo de antes, suéltalo ya —le digo con guasa total, buscándole las cosquillas—. Pero vamos, que tú me diste vía libre. Estuviste más por la labor que yo, que ya es decir. Si llego a saber que eres tan regalada, te meto mano el primer día que nos mudamos juntas y eso que nos habríamos ahorrado.

La cara de Amaia es un poema. La boca abierta y el rojo subiéndole desde el escote hasta las orejas. Le he volado todos los esquemas de chica responsable y verla así, bloqueada por mi

bocaza, me pone el pulso a doscientos. Me encanta sacarla de quicio.

—Eres... eres idiota, ¿eh? —consigue decir, que casi no le sale la voz.

—Y tú una reprimida que se muere por que le den un buen meneo, pero aquí seguimos las dos, fingiendo que solo estamos fregando platos cuando lo que queremos es otra cosa.

Se da la vuelta a toda pastilla y abre el grifo con una fuerza que salpica todo. El ruido del agua es lo único que suena mientras ella le da una paliza a un vaso.

—Me voy al baño —dice de pronto, dejando el vaso sin enjuagar.

—Venga, corre, ve a echarte agua fría antes de que salgas ardiendo aquí mismo —me mofo mientras la veo alejarse por el pasillo con el paso más rápido de la cuenta.

No puedo evitarlo. La sigo cuando se va. Vaya culo tiene la tía. Grande, firme, se menea con cada paso rápido que da. Me encanta lo bien puesto que lo tiene, tan potente. No es la primera vez que me empano con ella alejándose, ni la primera que me imagino el tacto de esa carne. Pero hoy es distinto. Hoy lo admito: lo quiero. Quiero agarrarlo, apretarlo. Ese culo va a terminar en mis manos, de eso no tengo ninguna duda.

Seco el vaso que ha dejado a medias con una energía que casi lo pulverizo y lo guardo. Me muevo por aquí con un hambre que no tiene nada que ver con lo que hay en la nevera, con la adrenalina todavía disparada y una satisfacción que me recorre el cuerpo de arriba abajo.

Y cuando ya estoy terminando de recoger, oigo pasos por el pasillo. Es Sabina. Mi cuerpo la reconoce antes de que asome ese flequillo que siempre lleva perfecto. Se planta en la cocina con ese rollo de diosa que jamás ha pedido el turno de palabra. Lleva un moño que es un atentado al buen gusto y una camiseta ancha, pero la tía va a cara lavada y sigue estando jodidamente guapa. Se apalanca en el marco de la puerta. Sin un puto gramo de timidez.

—¿Qué quieres? —le digo, borde de mentira.

—Nada.

Tiro el trapo en la encimera y me pongo frente a ella.

—¿Cómo está mi mujer? ¿Se ha dormido?

—Le he metido un chute sin decírselo para que descanse —dice Sabina con una sonrisa de lado—. Se ha dormido. Amaia también ha subido. Estamos solas.

—¿Y la psicóloga te ha dicho algo? ¿Está bien? Se ha quedado toda cortada aquí conmigo cuando os habéis ido.

—Está procesando todo esto, pero está bien. Tú sabes que ella es más... tradicional que nosotras tres juntas, pero si ha dejado que le bajaras las bragas es porque le apetecía, eso te lo aseguro. Así que no te preocupes por ella.

Camina hacia mí sin prisa. Se apoya en el mármol, invadiéndolo todo como si fuera la dueña de la casa, de mi cocina y de mi paciencia. Se fija en mis manos, que todavía están inquietas.

—Has recogido todo. Qué hacendosa.

—Soy una joya, ya lo sabes. Limpio, cocino y hago maravillas con los dedos. No te quejes.

—Sé lo que haces con los dedos. Lo acabo de ver. Y lo recuerdo mejor todavía.

—¿Te vas a poner nostálgica o vas a decirme a qué has venido? Porque tengo el cuerpo para pocas bromas y muchas guarradas, no me tientes.

Me doy cuenta de lo loca que estoy. Hace diez minutos perdía la cabeza por Amaia, ahora tengo a Sabina delante y me la comería con patatas. Y lo peor es que si Irina bajara con ganas de mambo, también me tiraría a sus brazos.

—He venido porque el beso de antes me ha sabido a poco. —Lo dice con una mirada que me está desnudando por capas.

—No me jodas, Sabi. Que acabamos de pringarnos las manos con nuestras señoras. Que esto es una locura de las gordas.

—Es una locura maravillosa. Y tú estás muerta de ganas.

Me tiene arrinconada contra el mármol y me jode que me conozca tan bien. Se fija en mi pecho, en cómo sube y baja, y luego me busca los ojos. Estira una mano muy lenta y me roza la clavícula con la yema del dedo. Baja por el escote hasta que se detiene donde empieza el calor. Es un toque eléctrico, sutil, seductor.

—Quita esa cara de lista, que te voy a dar un viaje.

—Dámelo con un beso, anda. No seas tan borde.

Me besa. Un beso de verdad. Se me mete por la garganta y me baja hasta el útero. Es una embestida con clase, muy de ella.

Se lo devuelvo con un hambre animal. Mi boca se engancha a la suya y reconozco cada rincón. Besar a esta mujer es volver al sitio donde aprendí a respirar. Le muerdo el labio de abajo, bruta, porque me quema la sangre y porque me fastidia que me tenga así de pillada después de media vida. Ella gime suave, ese ruidito de pija viciosa que me pone el vello de punta.

Me agarra la cara con las dos manos. Sus pulgares me recorren y me obligan a profundizar en su boca. Me sabe a gloria. Me sabe a todo lo que nos hemos callado mientras hacíamos como que solo éramos amigas.

Esto no es una escena de amor de esas que dan fatiga. Es carne y ganas. No compite con Irina ni con Amaia. Esto es otra liga.

—Te quiero, Julia —susurra contra mis labios, sin separarse—. Y te deseo tanto que me duele.

—Eres una pesada —le respondo, respirando a lo loco—. Una pesada y una provocadora. Yo también te quiero, joder. Y te voy a volver a follar tan bien que te vas a olvidar hasta de cómo te llamas. Te voy a poner fina, rubia.

Sabina sonríe, satisfecha. Se separa y me mira con esa superioridad que me vuelve loca. Me acuerdo de cuando empezamos, hace tres décadas. Fue ella la que me explicó de qué iba esto. Aprendí todo con ella. Me empezó a gustar llevar la voz cantante y ella se dejaba hacer de todo. Era una sumisa de libro conmigo, le encantaba que yo mandara y a mí me volvía loca verla así, tan entregada, tan suya pero tan mía.

—Me gusta cuando te pones ordinaria. Me pone muchísimo.

—Lo sé. Eres una viciosa por mucho que vayas de marquesa por la vida.

Le agarro la nuca, tiro de ella y la empujo contra el borde de la encimera. Quiero mi cuerpo presionando el suyo hasta que no quede aire entre las dos. Le muerdo el cuello y meto la mano por debajo de su camiseta ancha. Busco piel, busco esa suavidad de porcelana que tiene y le agarro la cintura con una fuerza que la hace arquearse.

Tengo la cabeza perdida; solo pienso en levantarle la ropa, sentarla en el granito y follarla aquí mismo.

Le bajo la mano hacia la cadera, apretando, y cuando voy a buscar el camino de bajada, Sabina me agarra la muñeca. No es un tirón seco; es una presión firme, elegante, que me frena en seco. Se separa de mi boca, lo justo para que su aliento me queme los labios, y me mira con una mezcla de deseo y de autoridad que me deja paralizada.

—Hoy no, Julia —susurra, recuperando la compostura.

—¿Cómo que hoy no? —jadeo, con el pulso martilleándome en las sienes—. No me dejes así, Sabi, que me subo por las paredes.

—Me gustaría hacer de todo contigo ahora mismo, pero Amaia necesita que suba con ella. Vamos a hacerlo bien para que no salte todo por los aires.

Me quedo con la mano muerta bajo su ropa y el corazón me da patadas en las costillas. Si fuera cualquier otra excusa, si fuera solo por hacerse la difícil, le habría dado un empujón y la habría besado hasta que dijera que sí. Pero es Amaia. Y ese deber, esa lealtad hacia la mujer que está arriba procesando el desastre es lo único en el mundo capaz de hacerme soltar el agarre.

Sabina me nota la rendición en los dedos. Se estira, me da un último beso lento, saborea mi frustración, y me coloca un mechón de pelo con una delicadeza que me duele.

—Vete con ella, anda.

Se separa de la encimera, se alisa la camiseta con una tranquilidad que me da ganas de gritar y me lanza una mirada de reojo que es pura promesa de pecado.

—Buenas noches, Julia. No sueñes conmigo, que te vas a despertar empapada.

—Vete a la mierda, Sabina. Buenas noches.

La veo alejarse por el pasillo con ese contoneo que sabe que me hipnotiza. Me deja otra vez sola en la cocina, con el sabor de su boca en la mía y el pulso haciendo una fiesta en mis sienes. Qué asco me da lo mucho que me gusta esta mujer. Y, me cago en todo, qué ganas tengo de cumplir lo que le acabo de prometer.

Tengo el cuerpo eléctrico, eso es innegable. Sensible a cualquier roce. Pero también estoy más en mi sitio. Sabina siempre ha sido un refugio. Un refugio con goteras y con el suelo lleno de trampas, pero un sitio donde volver. Y el deseo por ella está ahí porque tiene que estar. No necesita que nadie le dé el visto bueno. No necesita explicarse delante de Amaia o de Irina. A mí eso me da un vértigo de cojones. Porque ya no es una paja mental ni deseo en abstracto. Y la realidad siempre pica más.

Me obligo a moverme. Subo las escaleras sin meter ruido. El pasillo está a oscuras. La casa está en pausa. Escucho un cuchicheo en el cuarto de ellas. No pillo ni una palabra.

Entro en mi cuarto. Cierro la puerta. Apoyo la espalda contra la madera y me paso los dedos por los labios.

Me quito la camiseta. Me miro en el espejo y me da rabia lo espabilada que me veo.

Esta noche las reglas del juego han cambiado. Y mañana... mañana va a haber que gestionar este marrón.

Apago la luz. Me meto en la cama con Irina y le echo el brazo por encima.

En mitad de la noche, el beso de Sabina sigue ahí, flotando, exacto, sin moverse. Lo que he sentido con Amaia también.

Y yo, que soy la campeona mundial de la negación, hoy no puedo hacerme la loca. No del todo. Porque ha pasado. Y lo que ya ha pasado no hay dios que lo borre.

Capítulo 21

Amanezco empotrada contra Irina, un poco a lo lapa y un mucho a lo invasora de espacio personal. Me encanta. Me toca las narices que me encante. De hecho, me fastidia mucho que mi sistema nervioso haya decidido volverse tan receptivo en las últimas veinticuatro horas. Estoy a cinco minutos de ponerme tierna y eso sí que no lo tolero; qué bajonazo, Julia, por Dios. Ten dignidad.

La luz del día se cuela por una rendija de la persiana. La habitación huele a ese desinfectante de hospital que se ha mudado a vivir con nosotras desde el tiroteo, mezclado con el aroma a los potingues de alta gama que usa Irina hasta para desangrarse. Y luego estoy yo: rastro de vino, noche convulsa y verdades que preferiría dejar en el sótano.

La jefa está de costado, con la respiración tranquila. Me tiene la mano puesta en la cintura, sin apretar. Seguro que hace teatro y está más despierta que yo. Da una seguridad de hierro y una grima que flipas.

Tengo un hormigueo en la barriga que no tiene nada que ver con la resaca. Ayer le di un beso a Sabina. Ayer exploré territorios nuevos con los dedos e hice que Amaia resoplara de una forma que no le había oído nunca. Y aquí estoy. En mi catre. Con mi parienta. Con la emperatriz del mundo remendada por el flanco.

Aguanto quieta, que ya es un hito histórico en mi biografía. La escaneo. La piel de Irina quema, excepto en ese trozo de carne más fresco cerca de la gasa. Me escuece solo de verlo y me cabrea que me duela a mí lo que le hicieron a ella.

—Buenos días, cariño mío —le susurro, con los párpados a medio gas.

Me arrimo más por puro afán de marcaje. Le hincó el hocico en el pescuezo, le huelo la existencia. Se me hace un nudo en el ombligo y me sube un bochorno de los malos.

Irina hace un amago de movimiento. Apenas nada. El ritmo de su pecho cambia. Y, de golpe, le da por jugar a las olimpiadas e intenta incorporarse.

Me pongo en guardia antes de que se dé cuenta.

—Quieta ahí, Rambo. ¿A dónde vas?

—Tengo cosas que hacer —murmura, sacando a pasear el tono de «aquí se hace lo que yo diga».

—Tienes que hacer reposo, coño, así que relaja las tetas de una vez.

Apoya la mano en el colchón, cabeza hasta la médula. Intenta subir el tronco y se le tensa la costura de la piel. Se le descuajeringa la cara. Lo pillo del tirón porque me sé todos sus trucos. No se queja ni muerta; ella es más de aguantar el tipo hasta que los órganos se le salgan por la boca. Pero yo lo he visto y ya me tiene calentita.

—No seas exagerada, Julia —masculla con esa voz de jefa que a mí no me intimida ni un poquito.

—De exagerada nada, guapa. Tienes un agujero nuevo en el cuerpo y te vas a estar quieta por mis ovarios, que hoy mandan ellos.

Es increíble lo de esta mujer. Me dan ganas de morderla y de arroparla a la vez.

—Estoy perfecta. Deja de agobiar.

—Estás viva, que ya es bastante para la que liaste. Un milagro, vamos.

Aprieta los dientes. Sé que le jode que la cuiden, que prefiere llevar ella el timón hasta de su propio entierro.

—No me hables con ese tono de que tienes pánico y lo ocultas con borderías.

Qué tía más cínica. Es para darle de comer aparte.

—No tengo pánico, cielo. Tengo mala leche. Y ahora te vas a comer mi cuidado intensivo, te guste o no, que ya me has echado de aquí un montón de días y se acabó.

—No me hace falta —dice, aunque la voz le tiembla.

—Ya, pero a Sabina bien que la has dejado cuidarte esta semana.

—Sabina es mi médico, no es lo mismo. Y es todavía más pesada que tú, pero por lo menos tiene conocimientos para evitar que me

muera.

—Y yo tengo conocimientos para bajarte los humos y obligarte a comer y a descansar. He vuelto y te voy a tener entre algodones, así que deja de intentar ponerte vertical antes de que te dé un guantazo, te lo aviso.

Intenta incorporarse otra vez, por pura cabezonería. Le planto la mano en medio del pecho, firme, sin caricias ni tonterías. Bloqueo puro.

—A la cuna he dicho. Ni un movimiento más o te ato al cabecero.

Se para por fin. Me mira con una mezcla de odio y algo que se parece sospechosamente a las ganas de que no me vaya nunca. Yo le sonrío, porque en el fondo sé que me ha echado de menos hasta la última gota de sangre.

—Venga, relájate. —Suavizo el gesto—. Que vengo con ganas de guerra pero de la buena, en cuanto dejes de ser una inválida oficial. De aquí no me muevo hasta que camines derecha, así que ya puedes ir acostumbrándote a mi cara otra vez.

—Julia.

—Ni Julia ni Julio. Hay sábana. Hay reposo. Hay que cerrar el pico.

—Tengo llamadas.

—Tienes un boquete en la chapa y un orgullo que no te cabe en el pijama. Los recados pueden esperar a que no te desmontes si estornudas.

Irina me sostiene el pulso visual. Tiene cara de seria, pero hoy se le asoma un cansancio que suele guardar. Y ahí me pica algo feo en el pecho, porque ver a Irina agotada me da un yuyu que no veas. Me confirma que no es un robot de última generación. Es mi mujer y la quiero tanto que me dan ganas de denunciarme por blanda.

Irina hace una mueca, rendida. Sabe que hoy no gana.

—Me duele —admite. Así, a pelo.

Me deja fuera de juego. Irina no admite el dolor ni bajo tortura. Irina es de las de «ya se pasará».

—¿Has probado a no ser tú durante cinco minutos? Dicen que el descanso funciona mejor si dejas de creerte de acero.

Me dedica ese amago de sonrisa que solo saca cuando no hay testigos.

—Tu capacidad para empatizar es una patología.

—Y la tuya es una leyenda urbana que nadie se cree.

Nos miramos fijo. Yo con mi cara de lista y ella con esa fatiga que le sale por los poros.

—Vale, reconozco que estoy fundida. —Baja el volumen—. Ojalá hoy no tuviera que oír hablar de Trueno ni de nada.

Se me hace un nudo en las tripas. Qué mierda. Me dan un bofetón de realidad sus ojeras y veo que lleva el motor echando humo de cargar con todo.

—Vale, trato hecho —sentencio—. Hoy solo eres una simple mortal que va a dejarse cuidar por esta experta en tocar las narices. Te vas a cagar.

Irina arruga el morro, que es su forma de decir que va a protestar.

—No necesito que me... y no puedo... solo he dicho que ojalá...

—Te hace falta y te aguantas —le corto el hipo.

Abre la boca para soltar alguna de sus frases de magnate con mala hostia, pero no la dejo ni tomar aire.

—Al baño y luego a la cama otra vez.

—Ni de coña.

—Que te digo que sí.

—Julia, no me jodas.

—Que sí —le digo mientras la empujo con suavidad—. Te quito la mugre de encima y tú mantienes el pico cerrado.

Me lanza esa mirada de escarcha suya. Pero hoy el bloque de hielo tiene una raja importante. No le llega el riego para montar una guerra civil en el dormitorio.

—Me puedo duchar sola.

—Claro que puedes sola, faltaría más. Y yo puedo comerme un kilo de helado de una sentada, pero no es plan. Aquí estamos, dándonos cariño a base de insultos. Porque somos así de especiales.

Gira el cuerpo para bajar de la cama y veo cómo aprieta los dientes cuando el costado le pega el aviso. Hace una mueca de esas que intenta camuflar. Me pone de los nervios que sea tan burra. Me

pone a mil que sea tan burra, para qué nos vamos a engañar. No hay quien la dome y eso me pierde.

Me levanto y le encasqueto la bata. Esa prenda que dice «mando mucho, pero en mi casa parezco una abuela con reuma».

—Póntela, venga.

Irina agarra la tela y me mira con ganas de asesinarme.

—Esto es un atropello.

—Si te cruzas con el comando de tus gorilas en este plan, se tiran por el balcón del trauma. —Me río en su cara—. «La Jefa en bata de boatiné». Les da un síncope ideológico.

Me dedica una mirada de las que fulminan pasaportes.

—Tu ironía debería estar tipificada en el código penal.

—Es mi mayor virtud —le digo sacando pecho—. Viene de serie.

La escolto hasta el baño. No es que no sepa llegar, es que me sale de dentro. Necesito estar ahí pegada, viendo que no se me desmorona por el camino, vigilando que respire. Me doy asco a mí misma por ser tan pesada, pero me da igual.

Avanza con esa calma de mentira que usa para que no se note que cada paso le jode la vida.

—Deja de vigilarme, que pareces un escolta.

—No soy un escolta —le rebato con chulería—. Soy tu mujer. Es mucho peor porque no me puedes despedir.

Sopla, casi una risa. Me vuelve loca sacarle esos ramalazos de humanidad.

Entramos en el baño. Abro el grifo y calibro el agua para que no parezca el caldo de un cocido. Irina se sienta con esa cara de «mira qué ridícula es mi mujer haciendo de asistenta». Esa expresión es su forma de decir que me quiere. Lo tengo estudiadísimo.

—¿A qué viene tanto despliegue?

—A que el agua no se calienta sola. Y no te quiero oír quejarte de la temperatura. Tú no tienes dermis, tú tienes blindaje de tanque.

—Tu sensibilidad me deja sin palabras, Julia.

—Ya, ya, soy un encanto, me lo diagnosticó el médico de pequeña —le corto el rollo de golpe—. Venga, te desnudo.

—Ni de coña.

—No me hagas usar la fuerza bruta, que hoy vengo con el día cruzado y te voy a acabar arrastrando al plato de ducha.

Se clava en el sitio.

—Julia.

Me planto delante de ella. Le engancho la bata por la solapa y tiro hacia mí. Solo un poquito, lo suficiente para que entienda quién manda hoy en este baño.

—Irina. Te han dado puntos. Te han zurcido. No estás negociando una fusión bancaria, estás en mi casa. Y aquí mis ovarios son ley.

Me mira fijo. Veo ese brillo de irritación en sus ojos que tanto me pone. Le revienta que le dé órdenes y, lo que es peor, le vuelve loca que yo sea capaz de hacerlo. A mí me pasa igual, pero yo no tengo que disimular tanto.

Le desabrocho el invento sin prisas. La despojo de la bata. Debajo se gasta unas bragas de encaje de las sexis, porque Irina puede estar al borde del colapso, pero jamás descuida el envoltorio. Me entra la risa.

—Mírala ella. La zarina de los bajos fondos con lencería de lujo.

—Cierra el pico —me espeta, aunque le falta fuelle para enfadarse.

—No me da la gana. Hoy toca que te cuide yo y te aguantas.

Me fijo en el parche, pegado al costado. Y luego están todas las demás marcas de una vida que no ha sido un paseo por el campo. Una en el hombro, otra cerca de la clavícula, una raya fina que le atraviesa el abdomen. Un mapa de hostilidades. Verla así me da una rabia negra que me cuesta tragar.

—Me gusta que me desnudes, pero para otras cosas, no porque pienses que no puedo sola...

—Me dejas por las buenas. No me obligues a sacar las tijeras.

Resopla, pero se deja. Se planta delante de mí con toda su historia grabada en la piel y yo no puedo apartar los ojos. La miro de arriba abajo y siento de todo: ganas de matarla por asustarme así, ganas de lamerle cada una de las cicatrices y ganas de empotrarla contra el lavabo. Todo a la vez.

—Para adentro. —Le doy un empujoncito.

Se mete en la ducha. El chorro caliente le impacta en las escápulas y se le caen los hombros un poquito. Me encanta ver cómo se rinde ante el agua. Siento un impulso de insultar al universo por hacerme querer tanto a esta mujer tan difícil.

—¿Vas a quedarte ahí haciendo inventario o vas a entrar de una vez? —pregunta sin darse la vuelta.

—Entro. Alguien tiene que vigilar que no te rompas la crisma. Y de paso voy a aprovechar para meterte mano con la excusa de que soy tu enfermera.

—Eres una completa amenaza.

Me quito la ropa y me meto con ella. El calor me da en la espalda y me deshace un nudo de la nuca. Cojo el bote de gel, me lleno las manos y me pego a su espalda.

—Quieta —le digo al oído.

—Que sí, que no me muevo —responde, pero ya está empezando a usar su tono de protesta habitual.

—Como te pongas tonta, te meto la cabeza bajo el agua fría y te vas a enterar de lo que es un tratamiento de choque.

Bufa por la nariz. Sé que es su forma de reírse sin que se note demasiado. En su mundo de hielo, eso es una declaración de amor absoluta.

Ataque directo a la zona cero: hombros, nuca y esa espalda que me pone de un humor excelente y me da un hambre de las que no se quitan con un bocadillo. Meto las manos a fondo. Nada de caricias de monja ni chuminadas de spa. Froto con ganas de que sienta que estoy aquí. La señora se tensa, pero su cuerpo es un chivato y empieza a coger temperatura. Sus músculos mandan a la mierda el protocolo de combate y se ablandan.

—¿Ves? —Pego el hocico a su oreja—. El cielo no se ha desplomado ni te ha caído un rayo en todo el centro por dejarte cuidar, pedazo de bruta.

—Todavía no —refunfuña ella con esa voz de ultratumba que me hace estragos en la entrepierna.

—No me calientes el morro, que estamos en la ducha —la aviso mientras le pego un meneo bueno a las cervicales—. Me despisto con el jabón y te hago un trasquilón en el pelaje que no vas a saber

defender ni con todo tu dinero ni con toda tu soberbia. Te dejo hecha una oveja merina y a ver si tienes coño de presidir una junta así.

Irina se parte de risa. Eso me transmite calma. Es mi ansiolítico y me da rabia que me tenga tan controlada sin mover un dedo, solo por oírla reír.

Paso a la fase capilar. Le mojo la cabellera y la tía inclina el pescuezo con docilidad. Qué cara más dura tiene, sabe muy bien cuándo le conviene acatar órdenes. Le planto el champú, hundo los dedos e inicio el masajito de cráneo. Irina larga un suspiro que dura un invierno entero.

—Respira, anda.

Bajo las revoluciones para no arrancarle la cabellera.

—Es lo que hago.

—Digo que respires con ganas, no esa mierda de ahorro de energía. Que parece que te cobran el oxígeno a precio de oro, joder.

Se calla la boca. Se apoya contra el azulejo, dejando que la gravedad trabaje por ella por una vez.

Le aclaro el pelo con un cuidado que me da hasta asco de lo tierna que me pongo. El agua baja por su columna y, en cuanto el chorro se acerca a la avería del costado, se pone rígida. Se le marcan los abdominales, que son para ponerles un monumento, pero el gesto es de dolor puro.

—Eh. No te me cierres ahora, que ya casi estamos.

—Es que me duele —susurra.

Y me enfada, porque me duele a mí también.

—El remiendo está impecable —le digo para romper el momento cursi que se nos venía encima.

—Sabina.

—Sabina tenía toda la razón del mundo. Eres la peor paciente de este lado del hemisferio.

—De siempre.

—De siempre —repito—. Mira, si algún día te da por palmarla, juro que te mato yo antes por darme tanto el coñazo.

Ella gira el cuello y me clava esos ojos de hielo que hoy tienen un brillo menos cortante.

—No me voy a morir.

—No me hagas promesas de las que no puedas cumplir. Que me entran los nervios y me da por romper cosas.

Vuelve a mirar a la pared. Agarro la esponja y le recorro el pecho y el abdomen, haciendo malabares para no rozar la herida. Se la paso con una calma que no va con mi ritmo habitual. La piel le quema. Tiene una bola de nervios ahí dentro que me gustaría sacarle a base de meneos bien dados.

Le quito el sudor, la pringue de las cremas y la mugre de la noche. El miedo no se va con jabón, eso ya lo sé, pero por algún sitio tengo que empezar el mantenimiento de esta mujer.

Me arrimo y le casco un beso en toda la cicatriz del hombro. Solo labios. Suavecito. Deja de respirar, que se cree ella que no me doy cuenta, pero yo sigo a lo mío. Le arreo otro beso más abajo, en la clavícula. Un viaje, otro beso.

Sigo hasta la herida. Le planto los labios en el borde, donde se acaba el blanco de la gasa y empieza su piel. Ella hace un ruido de persona normal, por fin, nada de esas posturas rígidas de siberiana que pone a veces.

—Julia... —dice bajito.

Escuchar mi nombre así, con esa voz que parece que le sale de los pies, me pone el pulso a dos mil revoluciones. Si fuera otra, me pondría a soltar poemas, pero antes me corto la lengua que ponerme cursi.

—No te flipes, que te va a subir la tensión.

Se le ponen los ojos con un brillo raro. Mira que mi rusa es de las que tienen el conducto del llanto oxidado, pero ahora está blanda.

Me pego a ella y la abrazo con la frente en la espalda. Cojo aire porque me estoy portando tan bien que me doy miedo a mí misma. Soy una santa y deberían poner una calle con mi nombre por lo menos.

Irina se da la vuelta. Me mira a los ojos, baja a la boca y luego vuelve arriba. Me agarra la cara con una mano y me sujeta el mentón con fuerza.

—Gracias.

Odio cuando hace eso. Es una rendición y yo la quiero peleona, dándome guerra.

—No me vengas con esas, anda —le digo—. Me pones de los nervios cuando te pones así de mansa. Me da un coraje que no veas.

Ella pasa de mi queja. No se ríe, solo me mira con una fijeza que me obliga a bajar la guardia. Y entonces va y hace la jugada maestra. Baja la vista, baja la mano y la planta en el tajo del abdomen. Mi cicatriz de la cesárea. Esa cremallera torcida que me dejaron de recuerdo el día que decidieron sacarme a la niña a las bravas.

Me recorre la marca con las yemas de los dedos. Yo no me muevo. Se lo permito porque hoy la quiero mucho y porque he sido yo la que ha empezado el reconocimiento médico. Se dobla, aunque le duela hasta el alma el movimiento, y me planta un beso encima del surco. Un beso seco. Directo. Sin vueltas.

—Vale ya, corta el temita de las heridas. —Me sale una voz de pito que me deja en ridículo total.

Levanta la cabeza y me mira desde abajo con una media sonrisa.

—¿Qué te pasa, Julia? ¿Te pone nerviosa?

—Pues claro que me pone, tía —tartamudeo como una idiota—. Sabes que me da una pereza máxima recordar el drama del parto. No me hagas esto ahora, cari, que vengo de buenas.

Se incorpora despacio, sufriendo lo suyo pero sin aflojar el agarre. Me engancha de la cintura con una mano y me deja pegada a sus costillas.

—A mí me gusta esa marca. De ahí salisteis vivas las dos.

—No te pongas intensa, pesada, que luego te entra el frío de la estepa y tengo que pedirte permiso por escrito para que me des un beso.

Irina me aprieta el michelín de la cintura, sin cortarse un pelo.

—Cállate ya, que no paras. Te pasas el día llorando porque no te hago mimos, pero en cuanto me acerco me tiras un dardo.

—Vale, me rindo —admito, porque la tía tiene razón y no tengo por dónde salir—. Tienes un minuto de silencio. Aprovechalo antes de que recupere el habla.

No espera. Me arrea un beso que yo me como enterito. Es un contacto que me baja la tontería y me enciende la sangre al mismo tiempo. Me tiene ganada y lo sabe.

Terminamos con el agua. Le paso el teléfono de la ducha por la espalda con todo el tiento del mundo. Ella se porta de lujo y no dice ni esta boca es mía. Es un hito histórico. Me guardo el comentario irónico para no fastidiar el momento. Salimos y agarro la toalla más grande que tenemos y la empaqueto bien para que no se me quede pajarito.

—Siéntate ahí —le mando.

—No.

—Que te sientes, coño.

Irina apoya el culo en el borde de la bañera, envuelta en el rizo blanco y con los pelos chorreando pegados al cuello. Me entran unas ganas locas de pegarle un bocado en el hombro y en otros sitios que no vienen a cuento ahora. Le paso la toalla por la cabeza sin mucha delicadeza.

—Ay —se queja.

—Te aguantas. Eres capaz de comerte un tiro sin pestañear, pero luego te pones delicada con mi forma de frotar.

Me dedica una mirada seria, pero con ese brillo en los ojos de quien se está descojonando por dentro.

—Eres una pesadilla, Julia.

—Y tú sigues viva por mi santa paciencia y porque me da la gana. No te me pongas dramática.

Le pringo la piel con crema, bordeando el parche del costado. Le rozo la zona con tiento. Irina se pone rígida.

—Respira —le pido.

—Lo hago —gruñe.

—Pues hazlo con ganas. —Le arreo un toque suave en el muslo—. Vamos.

La visto con una camiseta ancha, mía. Le manejo los brazos con un cuidado extremo, sin tirones. La dueña del cortijo dejándose vestir. Me entran unas ganas locas de sacar el móvil, grabarlo y mandárselo a Ana para chincharla, pero hoy no tengo el cuerpo para

choteos externos. Hoy me toca ser el soporte de mi rusa, y aunque no lo diga, me encanta tenerla así de cerca.

—Esto no significa que me mandes —dice con la voz baja.

—Significa que hoy soy tu puta ama. Te has metido en mi ducha. Eso te convierte en propiedad de la empresa hasta que yo diga.

Irina hace un amago de risa. Apoya la frente en mi hombro. Noto el peso muerto de su cuerpo y me toca sujetarla por la cintura para que no se me desparrame por el suelo del baño.

—Venga, a la piltra. —Le doy un toque en el culo.

—Julia, tengo asuntos que revisar...

—Las cosas se hacen cuando dejas de estar hecha una braga.

—No estoy tan mal.

—Calla. A la cama. Ya.

Regresamos al cuarto. El sol entra ahora a saco. El ambiente huele a limpio, a jabón y no a farmacia de guardia. Me mola más así. Hace un amago hacia la silla del escritorio, donde se sienta a organizar su imperio del mal. Le pongo el brazo delante antes de que dé el primer paso.

—Ni de coña, jefa.

—Julia, por favor.

—Horizontal. Ahora mismo.

Me mira con un cabreo de esos de mentira, de los que esconden que en el fondo está encantada de que le lea la cartilla.

—Eres una pesada insufrible.

—Soy eficiente, reina. Lo has dicho tú misma hace diez minutos, pero entre el ibuprofeno y el drama se te ha olvidado.

La empujo hacia el colchón. Con determinación pero con cariño, que no quiero que se me rompa. Le calzo una almohada en los riñones para que esté cómoda y le subo el edredón hasta el ombligo como si fuera un rollito de primavera.

—Esto es el colmo —murmura—. Me estás haciendo la camita.

—Sí —le confirmo—. Y como se lo casques a alguien, te niego el saludo en público para no perder mi fama de malota.

Me acerco a la mesilla y agarro el arsenal químico. Se las pongo delante con un vaso de agua, con cara de pocos amigos pero por dentro me estoy riendo sola.

—Venga, al buche.

—No soy una cría, sé tomarme una medicación.

—Eres mucho peor porque tienes criterio propio y lo usas fatal. Traga y no me hagas perder el tiempo.

Irina se las zampa de un trago. Sin rechistar. Es el segundo milagro de la mañana y empiezo a pensar que el universo hoy se ha fumado algo muy fuerte.

—Sabina decía que tenías mano para ser enfermera —dice ella, con la voz más pastosa.

—Sabina dice chorradas a granel para pasar el rato. —Me siento en el borde del colchón—. Y también dice que como paciente eres una auténtica pesadilla, que dan ganas de darte con un palo.

Irina cierra los ojos un momento y exhala.

—No es mi mejor faceta, lo reconozco.

—A mí me encanta. ¿Te acuerdas de cuando me mandó a vigilarte? Tú con una fiebre de espanto y yo haciendo placajes para que no te levantas.

—Ni me lo nombres.

—Fue un descojone —insisto—. Estuviste a punto de palmarla, pero el resto estuvo de diez. Me enamoré de ti ahí mismo porque tengo un gusto de mierda para elegir pareja, eso está claro. Me va la marcha.

Irina entorna los ojos.

—No fue ahí.

—Que sí —le aseguro—. Ahí fue. Me dio el flechazo cuando vi que eras todavía más insoportable enferma que sana. Pensé: «esta es mi clase de desastre, este incendio lo quiero yo para mí». Y mira. No me equivoco nunca. Soy un hacha.

Me mira con esa tranquilidad que hoy tiene menos espinas.

—Te gusta cuidar, Julia. No lo ocultes más.

—Me gusta llevar el volante, que no es lo mismo —le corrijo, y le doy un toquecito en la pierna para que se esté quieta.

Me engancha la muñeca. Tiene fuerza la tía, incluso estando medio muerta. Tira de mí hacia su lado con un golpe seco.

—Ven aquí.

—¿Qué pasa? ¿Te has vuelto dócil de repente? ¿Quieres mimos?

Irina tira con más ganas. Me obliga a tumbarme con ella. Me encaja bajo su brazo con una soltura que me toca las narices. Me rodea. Ella da el paso. Ella. Es para no creérselo.

—Cállate ya —murmura contra mi pelo.

—No.

—Julia.

—Vale —cedo, porque la tengo pegada y huele que te mueres de bien—. Pero solo porque estás medio muerta y me das pena.

Me aprieta más. El gesto es pura necesidad de que la toquen, de estar conmigo. Y eso me llega hasta los tobillos. Tengo el hocico incrustado en su cuello y ella se dedica a respirar, por fin, a un ritmo normal. El calor que desprende es real, es físico, y ahora mismo el resto del mundo y nuestras movidas cruzadas con las otras dos me importan una mierda muy grande. Solo quiero que descansen y que no me suelte.

—Me da rabia —dice de pronto, bajito.

—¿El qué te da rabia, jefa? —le pregunto, mientras acomodo el culo contra su costado.

Se lo piensa. Le cuesta soltar prenda.

—Haber fallado.

Tócate las narices. No me dice que casi se le para el corazón, ni que ha visto la luz al final del túnel. Qué va. Su drama es que no ha sido perfecta. Es para darle con un calcetín sudado en toda la frente. Tiro de mi manual básico de cariño, que consiste en ser un dolor de muelas constante.

—Pues no falles más, lumbreras. Problema resuelto. Mañana te apuntas a un cursillo de infalibilidad y me dejas dormir tranquila.

Irina suaviza la expresión.

—No soy infalible, ya lo sé.

—Vaya, qué noticia. Mañana lo publicamos en el BOE —le corto, pasando de su drama existencial—. Por eso ahora misma la que corta el bacalao soy yo. Te arropo, te callas la boca y te dejas querer, que te pones muy intensa cuando te da por filosofar.

—No quiero perderte, Julia.

Se me hace un nudo en el estómago y quiero pegarle un bocado en el hombro para que espabile y deje de decir gilipolleces.

—No me vas a perder, pesada. Pero hazme el favor de no matarnos de un susto cada dos por tres, que el tinte para las canas me quema el pelo.

Me planta un beso rácano en la cabeza. Yo me callo, no vaya a ser que se crea que me tiene ganada por cuatro mimos mal dados.

—Hoy no hay Trueno —me dice al oído con voz ronca.

—Hoy te toca ser una mortal del montón que traga café aguado y se deja cuidar sin rechistar.

Me acaricia la cara, que es su forma de decir que está de acuerdo pero que le fastidia reconocerlo.

—Mañana charlamos de todo lo que hay que charlar.

—Mañana te voy a meter un tercer grado que vas a flipar —le advierto—. Y si te pones a lo esfinge rusa, me traigo a Sabina y te montamos una intervención doméstica con pancartas y todo. Te vas a enterar.

—No te atrevas.

—Me atrevo a eso y a pintarte la cara con rotulador permanente si te descuidas. Pero hoy paso de jaleos.

Me trinca con más ganas y me estampa contra su cuerpo. Me clava la mano en la cintura y yo me rindo. Qué bajo he caído, Dios mío. Me da un coraje de locos que no me apetezca moverme.

—Eres una tía insoportable.

—Y tú eres mi jefa favorita, aunque con esas pintas de ir en bata pareces una jubilada peligrosa.

Se ríe. Es ese ruidito corto que solo me hace a mí y que me hace sentirme la puta ama.

—Ayer te lo pasaste de lujo con Amaia. —Ya tardaba en salir el temita.

—Pues sí, para qué te voy a engañar. Es un encanto de mujer. Y tú con Sabina estabas muy a gusto, no me vengas ahora con celos de guardaría.

—Es cierto. ¿Estás bien con eso?

—Te quiero lo mismo, idiota.

—Y yo a ti.

Irina cierra los ojos. Me abraza y se duerme poco a poco, vencida por los fármacos y el cansancio. Yo me quedo con los ojos abiertos,

porque soy así de lerda y vigilo cuando algo me importa. Qué asco doy.

La observo un rato. La cicatriz nueva asoma por debajo de la camiseta. Le planto un beso encima de la tela, muy suave, casi sin rozar. Un beso rápido, por si acaso se despierta.

—Estás viva, menos mal —susurro para mis adentros.

Irina ni se entera. Respira despacio. Está en nuestra cama, ocupando sitio y dándome calor. Pienso que esto es un milagro de los gordos, aunque me joda coincidir con las movidas de Sabina. Hoy estamos enteras. Si mañana el mundo se va a la mierda, ya buscaremos a quién echarle la culpa. Pero hoy estamos aquí, juntas.

Capítulo 22

Esa bata le sienta de pena. Irina solo sabe lucir trajes de tres piezas o cartucheras con pistola incorporada; fuera de eso, su elegancia brilla por su ausencia. Le queda fatal. Me pone a mil.

—¿Piensas bajar con esas pintas? —le pregunto. Me regodeo en su desastre estético.

—Es mi casa y solo estáis vosotras.

Se ajusta el cinturón con una mano. Evita mi cara. Sabe que si me sostiene la mirada le voy a salir con alguna burrada sobre lo que le haría contra la cómoda y ahora mismo no tiene el cuerpo para ruidos.

Yo la espero apoyada en el marco de la puerta. Luzco una camiseta con más años que el sol y mis bragas de la suerte.

—Estás domesticada, reina —la pincho con una sonrisa de oreja a oreja.

—No estoy domesticada. Estoy reventada, que no es lo mismo.

Se para. Me encara. Tiene los ojos oscuros y los párpados le pesan, pero hay un brillo ahí que me sacude las tripas y me recuerda que sigo con la libido por las nubes.

—No me busques las cosquillas, Julia.

—Yo no busco nada —miento—. Vengo así de fábrica, soy un regalo de la naturaleza.

Irina bufa, mitad queja y mitad risa. Se sienta en el borde del colchón con una cautela excesiva. La miro de arriba abajo sin cortarme un pelo. Mis instintos pasan de la educación y de los protocolos.

—¿Te duele menos la avería?

—Sí.

—Ya. Tú si no sangras un poco al día no estás tranquila.

Me lanza una mirada de advertencia.

—Julia.

—Vale, vale. —Levanto las manos en son de paz—. Hoy entierro el hacha de guerra. Hoy voy de tía cariñosa y encantadora.

—Eso sí que da miedo —murmura, pero sonrío.

Me acerco y le planto un beso rápido en la frente. No es por cursilería, es afecto del bueno, del que sale solo. Ella cierra los ojos un instante y yo me pongo a inspeccionar la ventana con un interés repentino para que no se me note la cara de tonta. Es mediodía, el sol entra con fuerza y el hambre aprieta.

—¿Bajamos?

—¿Te aguantan las piernas?

—Aguantan. No vas a tenerme aquí apalancada un mes. No soy un gato.

—Eres peor.

Se levanta y, antes de salir, le recoloco la bata. Le aprieto el nudo del cinturón con saña. Lo hago por pura inercia y, en el momento en que termino, me entra una risa interna porque esto es lo más parecido a ser una pareja normal que hemos hecho en semanas y me hace gracia lo rápido que me acostumbro a estas escenas domésticas.

Bajamos. Irina ya camina con otro aire, los mimos de hace un rato le han sentado de lujo y tiene el color de vuelta en la cara. Yo me pego a ella y busco el roce de su espalda con la mano. La verdad es que todavía tengo el cuerpo revolucionado y una neblina mental importante. Voy con la sonrisa boba y la guardia por los suelos, pero se me quita la tontería en cuanto cruzo el umbral.

Sabina está en medio con su energía habitual de «acabo de arreglar el mundo, traedme una medalla y un *whisky*». Pelo recogido, cara de haber dormido diez horas y unos ojos que chispean. Sonríe. Mucho. Demasiado.

Irina se frena en seco. Yo proceso el panorama. Sabina nos mira de arriba abajo, se detiene en mi cara de recién bajada de una nube y su sonrisa se vuelve aún más insoportable.

—Buenos días, familia. Qué alegría veros con esas caras de felicidad. —Su voz destila un optimismo que me incita a pegarle un bofetón con el trapo de cocina.

—Menudo humor traes tú —le lanzo, porque aunque estoy de buenas, el tonito me toca la moral.

Irina la observa. Tiene el detector de marrones encendido al máximo.

—¿Qué has liado ahora? —pregunta, saltándose los preliminares.

—Qué humos. Te sienta bien esa bata de señora de barrio, te da un toque hogareño muy tierno.

—Sabina —insiste Irina, y la voz ya le baja una octava—. ¿Qué has hecho?

—Podríamos comer algo primero, ¿no? He hecho un risotto —interviene Amaia con un hilo de voz.

—No —dice Irina.

—No —repito yo. Si mi mujer dice que no hay almuerzo hasta que se aclare el percal, yo me declaro en huelga de hambre. Me apetece mucho marcar territorio hoy y dejar claro que somos un *pack* indivisible.

Sabina me lanza una mirada rápida que dice «Ya hablaremos tú y yo, guapa, que a ti te compro con dos besos».

—Vale, vale. Veo que hoy la cortesía brilla por su ausencia. Me encanta lo directas que sois. Cero rodeos, a lo que vamos. —Se apoya en la isla—. He finiquitado el asunto de Los Trueno.

Silencio absoluto.

Irina no parpadea. Yo sí porque mis nervios son de carne y hueso. Amaia baja la vista.

—¿Cómo que lo has finiquitado? —pregunta Irina. Le sale una voz ronca, bajita, da miedo.

Sabina extiende los brazos. Está orgullosa de su hazaña.

—Pagando —dice tan pancha—. Ya está.

Siento el viaje en el estómago. No es que me sorprenda que la rubia use el talonario como arma de guerra, es que tiene una elegancia psicópata que me deja tonta.

—¿Pagando el qué? —pregunto yo, porque veo que Irina está a nada de lanzarle un cuchillo jamonero.

Sabina me mira con condescendencia. Me pone negra.

—He comprado la paz, Julia. La paz tiene un precio. Todo el mundo lo sabe, aunque algunas prefieran hacerse las duras.

Irina resopla. Se le marca la vena del cuello y yo, que hoy he venido de un humor excelente y con las hormonas de fiesta, no puedo evitar fijarme en lo guapa que está cuando se enfada, incluso con cara de querer asesinar a su mejor amiga.

—¿Has recompensado a los que intentaron matarme? —Sube el tono. Incrédula y cabreada—. ¿Les has dado dinero por pegarme un tiro?

Sabina se encoge de hombros.

—Sí.

La doctora ha perdido el norte del todo. Se le ha ido la pinza a niveles estratosféricos.

—¿Cuánto? —pregunta Irina. Lo dice muy despacio, quiere el dato para poder estallar con razón.

Sabina sonríe. Le encanta el momento, la atención, el drama.

—Cuarenta millones.

—¡Me cago en mi vida! —El grito se me escapa solo—. ¡Cuarenta kilos! ¿Pero tú qué te has fumado hoy, Sabina? ¿Te has vuelto loca o qué te pasa?

Sabía que Sabina tenía pasta, mucha pasta, pero esto es otro nivel. Ni yo, ni Irina, ni creo que Amaia sabemos a cuánto asciende su cuenta, pero si suelta cuarenta millones así, de golpe, es que lo que le queda es una montaña indecente de billetes.

—Estoy estupenda, Julia. Tengo el cerebro limpio y la cuenta bancaria llena. Es una combinación ganadora.

Irina da un paso hacia ella; una invasión de espacio personal con todas las de la ley. Se le abre la bata y mi cabeza, que hoy está de vacaciones en la isla de la desvergüenza, se va directa a su muslo. Soy una impresentable, lo sé. Tengo las defensas por los suelos y me sube un calor que no viene a cuento ahora que estas dos están a punto de arrancarse la cabellera.

—A un enemigo no se le paga —escupe Irina. El tono es alto, agresivo—. No negocias con el que te pone una pistola en la cara. ¡No premias a los que quieren verte bajo tierra!

—No he premiado nada —le devuelve Sabina sin inmutarse—. He comprado que nadie vuelva a manchar de sangre el suelo de esta casa. He comprado tu seguridad.

—¡Este suelo me importa un carajo! —grita Irina, que ya está roja de pura rabia.

—Es el suelo de la familia. —Sabina sube también el tono y pierde la fachada de calma—. Y tú estabas encima de él desangrándote. Se acabó la discusión, Irina. He tomado una decisión ejecutiva.

Amaia da un paso adelante y se mete en medio, en ese sitio peligroso donde puede frenarlas a las dos.

—Sabina, desembucha todo.

Ella recupera su compostura de doctora de éxito. Lo tiene todo pensado, como siempre.

—A ver, les he soltado la pasta, sí. Lo he hecho por interés puro y duro. Les he comprado el orgullo, que es lo más barato que tienen esos tipos.

Irina tuerce la boca y esa vena que se le hincha en el cuello no augura nada bueno para los próximos cinco minutos.

—¿El orgullo? ¿De qué cojones hablas?

—De eso —dice Sabina con una suficiencia que me fascina—. Les he dado una salida digna. Un final que pueden vender a sus colegas como un triunfo total. No se van a casa derrotados, se van forrados. No pierden la cara, cobran el peaje por haberte puesto contra las cuerdas. Y con eso se callan, desaparecen del mapa y nos dejan vivir tranquilas de una vez. He comprado su silencio y su ausencia. De nada.

Irina respira fuerte, con ese gesto que hace antes de estallar.

—Lo has hecho sin decirle nada a nadie.

Sabina aguanta el tipo que da gusto verla.

—Lo he hecho sin decirte nada a ti, sí. Las demás estábamos de acuerdo. Bueno, Julia no tenía ni idea porque prefiere vivir en su mundo de colores y no enterarse de estas cosas.

—Me has dejado fuera de mi propia historia —insiste Irina, acercándose más.

—Sí —repite Sabina—. Y lo volvería a hacer.

Amaia aprieta los párpados. Sabe que esto va a acabar regular. Yo, mientras tanto, flipo fuerte. Me dan ganas de decir algo, pero no quiero que me manden a paseo.

—¿Ah, sí? —Irina está hirviendo—. ¿Y me vas a decir por qué te has tomado esas libertades, Sabina?

—Porque tú no habrías movido un dedo, Ira. —Sabina inclina la cabeza, sonrisa pequeña. Una reina—. Tú prefieres que el mundo arda antes que agachar la cabeza un centímetro. Prefieres una guerra interminable a una solución rápida que te obligue a tragar orgullo. Y yo ya he tenido mi cuota de quirófanos y desastres para lo que resta de año. Prefiero pagar la cuenta que limpiar la sangre.

Irina se le echa encima, otro paso más. Amaia intenta poner paz con un gesto de la mano, pero Irina ni la ve. Solo existe Sabina y la mala hostia que le sube por la garganta.

—Tú no mandas en mi guerra. Nuestra organización no tiene voz ni voto en mis asuntos personales. ¡Tú no te metes en mis putos asuntos, Sabina!

Y entonces la rubia suelta una carcajada en toda su cara. Una risa limpia, de superioridad absoluta.

—Qué bonito —dice—. Mi guerra, mis asuntos. Ira, cariño, te han disparado en la barriga. Ya no es tu guerra. Es nuestra. Tus asuntos no tienen nada que ver con nuestra organización, pero tu vida tiene que ver conmigo, las de las demás también, las de la familia más todavía.

Irina aprieta los dientes. Se le endurece el cuello.

—Tú no mandas aquí —escupe, intenta recuperar un terreno que ya ha perdido.

—No, desde luego que no mando. —Sabina se recoloca el pelo, impecable—. Solo soy la que te tuvo que remendar las tripas. La que te vio abierta en canal y escuchó cómo te asfixiabas sin soltar un quejido para mantener ese orgullo absurdo. Y resulta que también soy la que tiene los fondos necesarios para comprar un extintor antes de que esta casa termine reducida a cenizas.

Yo suelto una carcajada que intento camuflar con un estornudo falso, pero no cuela. Es tan propia esa frase, tan de ella, que me hace gracia a pesar del percal.

—Tú no te rías, Julia. —Irina me apunta con el dedo. Está fuera de sí, la pobre.

—No me río, es un tic nervioso —murmuro con toda mi cara dura —. Es el estrés, que me da por ahí. No me mires así, que me entran los calores.

Amaia, que siempre tiene que hacer de adulta en la sala, da un paso al frente para que no nos matemos.

—Irina, basta. Esto no va de tu ego, va de que no nos vuelen la cabeza a ninguna.

Mi mujer gira la cabeza hacia Amaia muy despacio. La mira como si no la conociera. Ahí le ha dolido: ver que Amaia tampoco está de su parte.

—¿Tú también? ¿Estás con ella en esta payasada?

Amaia aguanta el chaparrón con dos ovarios.

—Sí. Si soltar billetes nos ahorra un entierro, firmo lo que haga falta. No tengo vocación de mártir, Irina.

Irina enmudece. Eso sí que no me lo esperaba. Es verle la cara y saber que le escuece que le hayan quitado las llaves de la fortaleza. Se cree que es la única que nos puede proteger y, de pronto, se da cuenta de que no tenemos por qué jugar con sus reglas. Pero Sabina, que es una lista y sabe dónde meter el dedo para que pique, no le da tregua.

—Les he pagado para que no se acerquen a los niños. Eso era lo prioritario.

Irina pivota hacia ella con una furia que me obliga a recular dos pasos por pura supervivencia. Madre mía, la que se viene.

—¡No metas a los críos en esto! —brama. Es un grito fuerte, retumba.

Es la primera vez que la oigo gritarle así a Sabina. A los demás nos casca cada bordería que flipas, pero a Sabina siempre la ha tratado con un respeto casi sagrado, con cuidado de no romper nada. Esto se ha desmadrado por completo.

—¡Yo no los meto, Irina, los metiste tú solita en el momento en que decidiste jugar a esto! —Le sostiene la mirada—. Lo único que estoy haciendo es sacarlos de tu desastre porque tú no has tenido la decencia de protegerlos. Tu seguridad ha sido una basura. ¡Una absoluta y soberana puta mierda!

Yo miro a una, miro a la otra y solo puedo pensar que si Sabina, que es la mujer más fina y con más clase que he conocido en mi vida, ha soltado un taco de ese calibre, es que estamos a dos minutos del apocalipsis. Y oye, dentro de lo que cabe, me encanta ver a la doctora sacando las garras; ya era hora de que alguien le bajara los humos a la capitana general de esta casa de locos.

Irina se pone roja. Se le hinchan las venas de las sienes.

—¡No me hables de cómo hago mi trabajo! —ruge—. ¡No tienes ni la más remota idea del avispero que acabas de patear!

—Lo sé, Irina —responde Sabina, con una educación que casi ofende—. El precio ha sido altísimo, no hace falta que me lo recuerdes. Pero era elegir entre eso o esperar a que la próxima vez el tirador tuviera mejor puntería. He limpiado demasiados desastres en esta casa; mi cuota de tragedias familiares está completa. No voy a permitir que ocurra otra.

De repente, Irina estira el brazo y, con un movimiento brusco y lleno de rabia, agarra la tetera de cristal que hay sobre la encimera y la estampa contra el suelo. El estallido es seco, violento. El cristal salta por todos lados y el té se desparrama por los azulejos blancos. Yo pego un salto y me pego a la pared, con el corazón en la boca. Me ha dado un susto de muerte, pero Sabina ni se ha inmutado. Solo mira el destrozo.

—Bravo, Ira. —Su voz suena bajita, pero se oye por encima de mis taquicardias—. Si te hace ilusión, sigue con la vajilla, pero los platos rotos no van a devolver el dinero. El trato está cerrado y el conflicto se acabó. Tírate al suelo y patatea si quieres, pero acéptalo de una vez. La guerra se ha terminado.

—¡Has financiado a los tíos que me querían ver en un agujero! —grita Irina fuera de sí—. ¡Has llenado los bolsillos de unos tipos que nos quieren muertas! Les acabas de decir que dispararnos sale rentable. Eso es poner un cartel de «se regala dinero» en nuestra puerta. Mañana volverán a pedir cincuenta y pasado cien. ¿Te hago un dibujo con rotuladores o te entra ya en la cabeza?

—Estás guapísima cuando te haces la catedrática de seguridad de alto riesgo —le vacila Sabina con una sonrisita de las suyas.

Irina no está para bromitas. Da un paso hacia ella y el suelo parece que se va a quebrar.

—¡No tiene ninguna gracia, Sabina! —le grita casi en la cara.

—Para mí, toda —responde ella, sin retroceder. Es increíble la capacidad que tiene esta mujer para mantener el tipo cuando tiene a una fiera delante—. Tú gestionas el honor y yo gestiono los resultados. Mi prioridad absoluta es que no vuelvas a perder una gota de sangre. Ni tú, ni Julia, ni Amaia, ni los niños. El debate está cerrado, Ira. No hay más que hablar.

Irina se le echa encima. Están a un suspiro de distancia. Yo no sé si saltar para separarlas. He visto a Irina repartir hostias a mano abierta y, aunque esté hecha un cromó, si le da un viaje a Sabina la desguaza. Pero lo que hay entre estas dos no es solo ganas de pegarse. Es esa mierda antigua, esa electricidad rara que llevan arrastrando mil años y que nos salpica a todas. Amaia a mi lado está rígida. No se mueve.

—Te crees que puedes sustituirme —dice Irina.

—No —niega Sabina—. Me creo capaz de salvarte. De ellos y de ti misma. Es una diferencia sustancial.

Zasca. En toda la boca. No ha necesitado ponerse cursi ni soltar ninguna de esas frases de mierda de las novelas que lee mi madre. Le ha metido un viaje directo al mentón: «me importas y punto». Miro a Amaia con cara de: «¿Has visto eso?». La habilidad de la rubia para mandar a alguien a la mierda y decirle que la quiere en la misma frase debería estudiarse en las facultades.

Yo aprieto la lengua contra los dientes, quiero soltar alguna burrada para romper esta tensión, pero me limito a observar.

Amaia decide intervenir.

—Irina. Lo siento, pero Sabina ha dado el paso que tú no podías dar.

Irina se gira hacia ella.

—¿Me estás pidiendo permiso para decirme eso? ¿Me estás diciendo que no mando en mi propia operación?

Amaia no se achica.

—Te estoy diciendo que el orgullo no te dejaba ver el bosque. Tú no ibas a dar ese paso porque eres la jefa, porque tienes que

mantener esa imagen de que todo pasa por tu mesa de despacho. Sabina se ha pasado tu protocolo por el forro porque le importa que sigas entera. Y mira, al final ha servido para cerrar este tema de una vez. Se acabó.

Sabina asiente, satisfecha.

—Exacto —dice—. Gracias, cariño. Me alegra que alguien sepa apreciar el valor de la iniciativa privada.

Amaia le lanza una mirada.

—No me llames cariño, que no estamos para fiestas.

—Vaya. Perdón, señora de los límites infranqueables. Tomo nota.

Yo me río por la nariz, otra vez. No por gracia. Por tensión. Mi cuerpo necesita expulsar algo.

Irina clava sus ojos en los míos. Me va a desintegrar.

—Y tú, la del fondo. ¿Qué piensas de este golpe de estado? Suéltalo de una vez, Julia. No te cortes, que se te ve en la cara que te mueres por decir algo.

Claro, cómo no. El muerto para mí. Qué tía más agradable cuando se hace la emperatriz herida. Trago saliva y el calor me sube por el cuello. Me vienen *flashes* de todo: del beso de Sabina en la cocina, de Amaia en la sala de cine. Y me acuerdo de la ducha con Irina, de su piel, de esa bata que le queda fatal. Y yo aquí, en medio de esta pelea.

—Pues pienso que la doctora es una psicópata nivel experto. —Me pongo derecha para que no se note que me tiemblan las canillas—. Y que le ha echado unos ovarios que ya te gustarían a ti.

Sabina hace un gesto de victoria.

—Gracias, nena. Sabía que tú me entenderías.

—Y pienso —sigo, porque ya que me he puesto no voy a parar— que eres una jefa insufrible, Irina.

Irina se indigna.

—¿El insulto gratuito era necesario para el desarrollo de la trama?

—Sí, muy necesario. Y mira, las dos tenéis razón a vuestra manera. Pero se acabó lo de que tú seas la que corta el bacalao y las demás miremos cómo lo haces. Eso de que tú mandas y nosotras obedecemos se ha terminado hoy.

Se hace un vacío y solo se oye el zumbido de la nevera. Irina se petrifica. Amaia deja de respirar. Sabina se relaja, porque ya lo hemos dicho en voz alta.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta Irina con un hilo de voz.

—A partir de ahora, votamos —le digo sin apartar la vista—. Ya te lo dijimos el otro día, pero creo que no te quedó claro. Te guste o te joda la vida, esto va a ser una democracia. Y te aviso, a mí tampoco me hace una gracia loca, que yo soy de las que prefieren mandar y que me abaniquen, pero ya hemos visto que cuando tú llevas el volante acabamos todos en el hospital. Y eso va por ti también, Sabina. Ni una gestión de las tuyas por debajo de la mesa. O jugamos todas o pinchamos el balón.

Irina echa humo, pero debajo de ese cabreo hay algo que me da hasta pena, un bajón de los gordos.

—Me estáis quitando el mando —dice en un susurro que me deja un regusto amargo en la boca.

Amaia da un paso al frente y le habla claro.

—No es eso, Irina. Te estamos quitando el peso de tener que decidirlo todo. No es lo mismo ser la jefa que ser la que carga con todos los muertos. Queremos compartir el peso, nada más.

—Qué bien lo vendes. Deberías dedicarte al *marketing*.

—No hay nada que vender. —Sabina se encoge de hombros y recupera su tono chulo—. Está hecho.

—Eso es lo que más me fastidia. —Irina la mira con un odio limpio que da gusto—. Habéis negociado a mis espaldas.

Sabina da otro paso. Corto. Nada de invadir el espacio personal, que Irina ahora mismo es una granada sin anilla y la rubia no es tonta.

—Hice el movimiento por mi cuenta porque eres una cabezona y habrías dicho que no —le dice con voz firme—. No iba a gastar saliva en convencerte mientras tú servías de diana para los francotiradores.

Irina cierra los ojos. Respira con dificultad, pero aguanta el tipo. Cuando los abre, tiene las pupilas fijas en Sabina.

—Ni se te ocurra volver a dejarme fuera de una decisión que me afecte —le advierte, y la voz le sale rasgada, peligrosa.

Sabina no se ríe. Se le quita la tontería de golpe y se pone seria, algo que ocurre una vez cada eclipse total.

—No te he dejado fuera, Ira. Te he salvado el culo. Y sí, he decidido yo. Porque cuando te tuve que coser los boquetes, bonita, te vi la cara. Y no tenías cara de madrina de la mafia rusa. Tenías cara de niña asustada que no sabía por dónde le venían las hostias. Y yo no pienso perderte por tu orgullo de mierda. Si a ti te pasa algo, me muero.

Irina no habla. Ese silencio en ella es un mundo entero hundiéndose. Se le empañan los ojos. No hay dramatismo impostado, es una rabia pura que se le escapa por los lacrimales porque no le cabe más impotencia en el cuerpo. Una lágrima le resbala por la mejilla y a mí se me remueve todo por dentro.

Sabina, que tiene el corazón más grande que la cuenta corriente, intenta calmar a la bestia con un abrazo. Pero a Irina se le cruzan los cables. Le pega un manotazo seco en el brazo que suena en toda la cocina y nos deja a todas heladas.

—¡Que no me toques! —le grita con la voz quebrada y los ojos que dan miedo—. ¡No me toques!

A mí se me para el pulso. Irina está fuera de sí, gritándole a Sabina con una furia que no entiendo. Me tiro en medio de cabeza porque veo venir el desastre. Me planto entre las dos, usando mi cuerpo de muro, muerta de miedo por si a mi doctora le da uno de sus ataques de ansiedad y se acaba liando una gorda. Sabina es fina, es elegante y tiene un cerebro que ya quisiéramos el resto, pero cuando se colapsa, se colapsa. Sin embargo, me pone una mano en el hombro y me aparta con una calma que me deja loca.

Me fijo en ella y flipo. No tiene pizca de miedo. Sabina ha pasado por cosas que nos harían llorar a todas y sabe distinguir un ataque de una crisis nerviosa. No le teme a Irina. La quiere tanto que sus inseguridades le dan igual ahora mismo.

Amaia, que es la única que mantiene la cabeza fría cuando el resto estamos para que nos encierren, da un paso adelante y le lee la cartilla a la jefa.

—Te has pasado tres pueblos, Irina. No somos tus empleadas ni tus soldados. Esto ya no va de que tú mandes y nosotras digamos

«sí, señora». Somos un bloque. Y el bloque aguanta unido, aunque a ti te joda tragarte el orgullo.

Irina nos mira una a una. Primero a Sabina, luego a mí, que estoy ahí en medio estorbando, y termina en Amaia. Se da cuenta de que ha metido la pata hasta el fondo. Se le inundan los ojos y el arrepentimiento se le huele a kilómetros. No sabe gestionar el cariño, la pobre es un desastre para estas cosas.

Le empieza a faltar el aire. La ansiedad le aprieta el cuello. Está nerviosa, fuera de sitio, y como no sabe qué hacer con todo ese ruido que tiene dentro, le arrea un puñetazo a la encimera. Pega la mano al granito y aprieta los dientes para no soltar un alarido, con los ojos llenos de lágrimas que ya no puede aguantar.

—Perdona, rubia. —Se pone a llorar de puro nervio—. No tenéis ni idea de lo que habéis hecho. No sabes lo que significa pagarles a los Trueno, Sabina. No lo entiendes. No tenías que haberlo hecho.

Sabina, con una elegancia que me hace sentir una ordinaria, se acerca otra vez. Esta vez Irina no se mueve. La rubia le coge la mano con una delicadeza increíble, le abre los dedos y le mira los nudillos, que ya están de todos los colores. Tiene esa paciencia de quien ha visto de todo y ya no se asusta por un poco de sangre o un mal gesto.

—¿Ya has terminado de hacer el animal? —le pregunta con voz suave—. Porque como te hayas roto algo, te voy a tener que enyesar hasta las ideas, y no tengo ganas de aguantarte así tres semanas.

Irina asiente, derrotada. Suelta un hipido que intenta disimular.

—Vale —dice al fin—. Está hecho.

Sabina se relame. Le gusta que la fiera pase por el aro.

—¿Vale qué? Dilo entero, que quiero oírlo bien claro.

Irina aprieta los dientes. Se deja cuidar por la mujer a la que casi le arranca el brazo hace un momento.

—Vale que está hecho. Vale que ese dinero nos da un respiro. Pero la próxima vez que vayas a mover un solo euro, me lo dices antes.

—Por supuesto —responde Sabina—. La próxima vez te aviso con tiempo: «Oye, Ira, que voy a soltar cuarenta millones para que no te llenen de plomo». Superdiscreto todo.

Irina le echa una mirada de esas suyas, pero ya no tiene fuerza.

—No te pases de lista, doctora.

—Soy lista, cariño, no puedo evitarlo. Y ahora quédate quieta que te voy a poner hielo antes de que esa mano parezca un botijo.

Amaia suspira. Yo aprovecho para relajar los hombros, que los tenía a la altura de las orejas.

Irina se apoya en la encimera. La bata se le descoloca y yo me acerco para apretarle el cinturón sin que me lo pida. Me mira y me da las gracias con los ojos, que es su forma de no admitir que me necesita.

Sabina nos observa. Decide que ya ha soltado bastante dinamita por hoy y busca la salida elegante.

—Voy a avisar a Rashel de que el gato está en el agua —dice y le pone el hielo a Irina en la mano.

Irina gira la cabeza y se sorbe los mocos ya sin disimulo.

—¿Rashel lo sabía?

Sabina se frena en seco y sonrío con una mala sombra que me encanta.

—Hombre, Ira. Yo sola no muevo esa pasta sin que salten las alarmas. Además, Rashel ha soltado diez millones de su bolsillo porque tampoco quiere verte en una caja de madera.

A Irina se le hincha la vena del cuello otra vez, le vuelve el cabreo, le vuelven los nervios.

—Sabina, no te vayas, que no he terminado contigo. ¿De qué vais? ¿Me gestionáis la vida por detrás? ¿Me estáis tomando el pelo?

—No sigas —dice Sabina encogiéndose de hombros—. Y no te pongas a gritar de nuevo, que te va a reventar la costura y me va a tocar coserte otra vez. Y la segunda va con recargo.

Irina da un paso hacia ella y le agarra el brazo.

—Dile a Rashel que ya hablaré con ella. Que se prepare. Y tú, Sabina... —Se corta. Respira. Le duele el orgullo—. Perdón por el manotazo. Se me ha ido la pinza. Pero que sepas que sigo enfadada contigo.

Sabina le guiña un ojo, le da igual la amenaza, y se larga por el pasillo. Amaia mira el hueco de la puerta y luego se gira hacia Irina. Está agotada, pero se mantiene firme.

—Irina... No te sientas humillada —dice Amaia—. Acepta que ya no estás sola con todo.

—Esa frase me la estáis repitiendo demasiado.

—Porque eres dura de mollera y te cuesta procesar —le susurro yo al oído.

Irina me mira. Se le cae la máscara un momento. Cansada.

—Yo estaba sola —murmura casi para sí.

Y ya está. No dice nada más. Me pega una sacudida por dentro que me dan ganas de salir a buscar al responsable de que se sienta así para darle dos hostias. Le planto la mano en el cuello, el pulso le bombea. Le paso el dedo por la nuca. Soy su dueña y me da igual quién mire.

—Eso se acabó, Ira. Te aguantas con nosotras.

Ella cierra los ojos. Respira. Amaia, que es más lista que el hambre, enreda con la cafetera para no estorbarnos. Sabe cuándo sobran testigos.

Irina vuelve a abrir los ojos y me pone esa cara de «no me toques mucho que me derrumbo y tengo una imagen que mantener».

—No me hables con ese tonito, Julia.

—¿Qué tonito?

—Ese... de quererme. Me pone enferma.

—Es el tono de familia, pesada. Te lo comes con patatas.

Se muerde los labios. Se inclina y me roza los dedos. Es nada, un toque de mierda, pero para una tía tan cerrada como ella es muchísimo.

Amaia aparece con dos cafés, nos deja una taza a cada una.

—Bebed —dice—. Que todavía queda día.

Irina mira la taza.

—¿Qué día?

Amaia se encoge de hombros.

—Día de guerra doméstica, Irina. De esa que no sale en los periódicos. Reuniones, llamadas, las niñas correteando, la vida pegándonos bocados. Lo de siempre, pero con menos ceros en la cuenta.

Le doy un sorbo al café sin esperar a que se enfríe. Me quemo la lengua, pero me viene de perlas. Ese dolorcito me devuelve a la

tierra y me saca del bucle mental. Irina mira el humo que sale de su taza un rato largo. Al final bebe.

—Esto ha servido para que fuera dejen de gritar. —Amaia señala el pasillo con la barbilla—. Pero agarraos, que ahora viene lo gordo.

—¿Y qué es lo gordo? —pregunto yo, que hoy vengo con el ánimo arriba y me da todo igual mientras haya café y esperanza.

—Aprender a decidir entre todas.

Irina mastica la frase. Yo, que tengo la boca más grande que el sentido común, largo lo primero que me viene.

—Coño. Qué panorama más agobiante me acabas de pintar.

Amaia se ríe.

—Qué alivio, querrás decir.

En la cocina se respira otra cosa. El mando ya no lo tiene una sola. Irina ha tenido que morderse la lengua y tragarse una decisión que no ha tomado ella. Amaia está ahí, plantada en nuestra cocina, dejando claro que ella también cuenta. Y Sabina ha demostrado que tiene la cartera llena y el sueño muy tranquilo después de soltar una millonada para salvarnos el culo.

Y luego estoy yo, que tengo un cacao mental entre el deseo y el instinto de protección que me va a dar un algo.

Irina deja la taza en la mesa. Se levanta y, aunque cojea, mantiene la espalda recta.

—Tengo llamadas pendientes.

—Faltaría más, su majestad —murmuro por lo bajini.

Ella me regala una sombra de sonrisa. Es de esas que guarda solo para mí, cuando sabe que la estoy pinchando.

—No empieces, Julia. No hoy.

—Yo no empiezo nada. Si es que solo con existir ya te molesto. Es mi función vital en esta casa, alguien tiene que hacerlo para que no te aburras.

Enfila hacia el despacho. Va orgullosa, a pesar del sablazo que le acaba de dar Sabina. Amaia frota una mancha en la encimera que yo creo que se está inventando para no mirarme.

La paz nos ha salido cara. El orgullo de Irina ha sido la moneda de cambio y ahora nos toca a las demás arrimar el hombro. Esto va a ser un festival de política, sexo, silencios y decisiones a pachas. Ya

no hay vuelta atrás. La comedia de Sara se ha acabado. Esto es real. Ahora somos un bloque sólido, una roca. Y más nos vale sujetarla con fuerza, porque si se nos resbala y nos cae encima, no va a quedar de nosotras ni la sombra.

Me acabo el café de un trago y dejo la taza con ganas.

—Amaia.

—Dime, Julia.

—La próxima vez que vayáis a soltar una bomba de estas, avísame con tiempo.

—Espero que no haya próxima vez. Aunque con Sabina por aquí, no pongo la mano en el fuego.

—Siempre hay una próxima, no te engañes —le respondo, que ya nos conozco.

Porque en esta casa la tranquilidad dura lo que tarda una de nosotras en tener una idea de esas brillantes y peligrosas. Y hoy Sabina ha tenido una de cuarenta millones de euros. Casi nada. Me levanto, me acerco a Amaia y le planto un beso rápido en la mejilla, con cariño.

—No dejes que me pille sin un chiste preparado para la siguiente, ¿vale?

Amaia me mira divertida, con esa cara de madre que sabe que no tengo remedio.

—Eso no te lo puede garantizar nadie, Julia. Ni con todo ese dinero.

Salgo de la cocina y voy por el pasillo. Siento todo el peso de la situación. Tengo miedo, tengo unas ganas de follar que me muero y tengo la certeza absoluta de que estamos todas como cabras. Pero es una locura maravillosa y no me bajo de este carro ni loca.

Capítulo 23

Abro los ojos. Es tardísimo, pero me da igual. He dormido tantas horas seguidas que me siento hasta extraña, con el cuerpo descansado por primera vez en un siglo. La tregua con los Trueno me ha quitado un peso de encima y mi cerebro ha decidido que ya tocaba apagar el incendio interno, aunque en esta casa tengamos nuestra propia guerra civil montada. Ayer Irina se pasó todo el día evitándonos con una habilidad asombrosa. Me salto la ducha, me pongo lo primero que encuentro por el suelo y bajo las escaleras para ver qué desastre me toca gestionar hoy.

En cuanto pongo un pie en la planta de abajo, oigo el golpe seco de una carpeta contra la mesa de madera. Rashel escupe un «ya está» con ese tono de autoridad que usa cuando ha resuelto un problema que a los demás nos habría llevado meses. Asomo la cabeza por el marco de la puerta y veo que Ana y ella han tomado el salón por completo. Mi casa se ha convertido en su oficina particular. Las veo moviendo papeles y tecleando con una energía que yo no tengo ni después de tres cafés cargados. No me gusta reconocerlo, pero me da una tranquilidad increíble ver que se encargan de los marrones mientras yo bajo con estas ojeras y los pelos de loca. Es un alivio que me hace sentir inútil, pero qué bien me viene.

Amaia está con ellas, sentada en un rincón. Lleva una camiseta grande y un moño hecho con prisas que, por supuesto, le sienta mucho mejor de lo que debería. Me mira de reojo sin dejar de leer unos documentos.

—¿Has descansado bien, dormilona? —me pregunta con una media sonrisa.

—De vicio, cariño. Hacía siglos que no sobaba de esta manera. He babeado la almohada y todo.

Bebe agua tranquila. Amaia vive a base de H₂O y de una calma para gestionar las emociones que me da una envidia que te cagas.

Se ríe, casi nada, se levanta y se acerca a mí. Se mete en mi espacio personal y me altera el pulso de mala manera. Es una situación absurda. Antes me habría dado igual que se me pegara tanto, pero ahora me pone nerviosa y me entran calores poco normales.

—Vamos a por un café, anda. Que te hace falta activarte —me dice con un tono suave.

—Traedme uno a mí también, que estoy en las últimas —pide Ana guiñándonos un ojo desde el sofá, rodeada de informes.

Rashel sigue muy seria, pero es que ella nació con esa cara. Sospecho que ya ha tenido su ración de charla intensa con Irina, así que decido guardarme mis bromas pesadas para otro momento. Me limito a plantar un beso rápido en la mejilla cuando paso por su lado. Ella me mira de esa forma suya, captando el mensaje al vuelo. No hace falta que hablemos sobre el tema.

Todavía no he tenido tiempo ni de oler el café cuando la puerta se abre de golpe. Sabina entra con muchísima fuerza, casi rompiendo la calma de la estancia. Lleva el pelo impecable, las gafas de sol puestas en la cabeza y una piel que brilla tanto que me pregunto de qué laboratorio secreto de lujo ha salido. Necesito que me dé el contacto de su proveedor de juventud eterna ahora mismo. Se mueve con una energía que arrolla, disfrutando del éxito de su última jugada.

—Buenos días, consejo de administración del caos —nos saluda con una sonrisa enorme que le ocupa toda la cara.

Amaia ni se inmuta. Está ahí con su café y seria de más.

—Hola, terremoto —le dice sin mirarla.

—Vaya, qué alegría, qué alboroto. Estás sembrada hoy, cielo.

Sabina se ríe y me mira buscando ayuda para animar a la otra.

—Julia, haz el favor y ponle marcha a esta mujer, que tiene el ánimo por los suelos.

—Ni de coña. No cuento chistes antes de las doce. Recién levantada solo emito gruñidos y pullas de baja intensidad.

Amaia me mete un codazo en las costillas. Y a mí, masoquista, me encanta. Me gusta que me toque, aunque sea para mandarme al hospital.

Sabina se instala en la isla central. Apoya los codos y nos observa. Espera que le demos las gracias o que le demos palmas. Se muere por un poco de atención. Y yo me propongo no darle ni un «buenos días» extra. Que se aguante, que ya viene bastante creidita de casa.

—¿La rusa qué hace? ¿Sigue encerrada? —pregunta Amaia.

Sabina resta importancia con un gesto de la mano.

—Estará en el despacho dando órdenes, lo de siempre. La marca del costado le da un toque distinto, la hace real. Es más persona ahora.

Oír eso me sienta fatal. Pensar en Irina convertida en alguien corriente me da un rechazo físico instantáneo. No me sale aceptarlo. Apuro el café para no soltarle una burrada a Sabina, que la pobre no tiene la culpa de mis neurias.

—Está demasiado quieta —susurro.

Amaia me presta atención.

—Lo sé —admite—. Yo también tengo esa sensación.

Cuando esa mujer no hace ruido está tramando algo gordo. Su inactividad es la señal de que prepara una jugada que no vamos a ver venir.

Entonces se abre la puerta. Aparece en bata, con el pelo recogido y unas ojeras de haber pasado la noche revisando facturas o planeando venganzas. Entra y el desorden de la cocina se acaba de golpe. No le hace falta hablar para que sepamos que está cruzada.

—Buenos días —saluda al entrar.

—Buenos días, bonita. ¿Te has dignado a salir de tu cueva por voluntad propia o es que las paredes del despacho han empezado a contestarte? —le responde Sabina.

Irina la fulmina con la mirada.

—He salido porque he querido.

—Vaya, qué autoridad, me tienes temblando —digo yo por lo bajo mientras le doy un sorbo al café.

Ni me mira. Me ignora fuerte. Y eso me toca la moral, porque si no me hace ni caso soy un cero a la izquierda en su esquema mental de hoy, o me la tiene jurada para después.

Amaia, que es la que pone el parche antes de que salga el chichón, intenta suavizar el percal.

—¿Quieres un café, Irina? —le ofrece con esa paciencia de santa que tiene.

—Luego.

Sabina se recoloca en la silla, se estira como una gata y se prepara para el ataque.

—Bueno, ya que nos hemos juntado todas en este cónclave improvisado... —empieza con ese tono de querer llevar la voz cantante.

Irina la frena.

—Sí. Ya que estamos todas.

Se acaba el cachondeo. Irina se apoya en la encimera, de pie, sin buscar un sitio donde sentarse, solo para que quede claro quién va a dar el discurso. Y a mí me empieza a bailar el párpado porque veo venir el lío a kilómetros.

—Hay una norma nueva —anuncia.

Sabina se pone las manos en la cintura.

—Vaya, qué novedad. ¿Esto se vota o nos vas a pasar un decreto por el grupo de WhatsApp? ¿Viene con un Excel para organizar las crisis existenciales por turnos?

—No —responde Irina, seca—. Se llama transparencia. Y no es idea mía, es lo que dijimos ayer, ¿verdad?

Nadie abre la boca. Amaia mira al suelo. Yo aprieto la taza esperando el golpe, que sé que viene, pero no sé por dónde me va a dar.

Sabina sigue con su racha de ironía fina.

—Ah, transparencia. Qué palabra tan bonita. ¿Ponemos un buzón de sugerencias o nos cogemos todas de la mano para hacer terapia?

Irina pasa de ella. No hay ni un rastro de que le haga gracia el sarcasmo de la otra.

—Si mandamos todas, aquí se sabe todo.

Me entran los sudores. Esta mujer no se pone así de intensa para hablar del cuadrante de los escoltas. Aquí hay algo guardado y lo va a largar ahora mismo.

—Se acabaron los secretos —sigue ella—. Eso de esconder las cosas en el cajón y decir «yo me encargo» se ha terminado. No paso ni una más.

Sabina se pone recta, manteniendo su pose de marquesa.

—Qué seria, Ira. A ver, ¿qué pasa? —pregunta con ligereza.

Irina ni se molesta en contestar. Me preparo para lo que sea, pero, aun así, cuando lo hace, me deja frita. Mete la mano en el bolsillo de la bata. No saca el móvil ni las llaves. Saca una cajita pequeña, blanca. La deja caer sobre el mármol.

Amaia se congela. Me sube una mala hostia de las que no se quitan con un «lo siento». Sé qué es eso sin tener que leer el prospecto.

Sabina mira la caja y se le cae la careta. La sonrisa de lista se le borra de un plumazo.

Irina coloca la caja con mucho cuidado, le da la vuelta para que veamos bien el nombre y la abre. Hay un blíster cortado con cuatro pastillas. Suficiente para que se me revuelva todo por dentro.

—Ya que vamos de frente... empecemos por la mierda que guardas en el cajón. —Mira a Sabina.

La rubia palidece, muda. Ella, que siempre tiene la última palabra, el chiste listo o la salida por la tangente. Ahora, nada.

—¿Esto desde cuándo? —pregunto.

Me sale la voz normal, sin gritar, pero con un tono de bronca que no puedo esconder. Sabina me lanza un aviso con los ojos, de esos de «cállate la boca, Julia, no me jodas ahora».

Qué pena me da. No pienso callarme ni una.

—Julia... —empieza ella con voz de seda.

—Julia nada —la corto—. Habla. ¿Cuánto tiempo llevas empastillándote otra vez a escondidas?

Amaia da un paso al frente y se pone seria.

—Sabi, cariño, ¿te las estabas tomando? —le pregunta con una voz que es mitad caricia, mitad interrogatorio de la Gestapo.

—No —dice ella rotunda.

Mentira de las gordas. Irina suelta una carcajada. Me revuelve las tripas.

—Claro que no, mujer —dice con una mala uva que te cagas—. Las tiene ahí porque el color de la caja pega con las sábanas. O igual es que ahora las receta el espíritu santo.

Sabina se gira hacia Irina y se pone hecha una furia. Descontrolada, con esa vibración de adicta que se ve pillada.

—¿En serio me estás haciendo esto? —escupe, perdiendo toda esa clase que suele gastar.

—Te estoy haciendo un favor, aunque te joda —le responde Irina—. Estás en una recaída y no te voy a guardar el secreto ni un minuto más. Bastante mierda tenemos ya.

—¡Que no es ninguna recaída! ¡Te lo expliqué! —Sabina ya está gritando. Se le ha ido el volante.

La decepción me recorre la espalda. Me cabrea que haya vuelto a las andadas con las pastillitas, pero lo peor es el pacto de silencio de estas dos.

—Si es una recaída o no lo decidimos entre todas, ese es el pacto —le devuelve Irina—. Bienvenida al club de las que se joden.

Toma ya. Un «a pastar» con todas las letras. Me cabrea porque es un golpe bajo, pero es que Irina, cuando se ve contra las cuerdas, muerde. Me dan ganas de darle un capón para que se calle, pero al mismo tiempo me dan ganas de pegarme a ella porque sé que está hecha pedazos y solo sabe escupir para que nadie vea que por dentro está fatal.

Amaia intenta meterse en medio, le pone una mano en el hombro a Sabina con toda la ternura del mundo.

—Sabi, escúchame, estamos aquí para ayudar, no para hundirte —dice suave—. Pero tienes que decirnos la verdad.

Sabina se sacude la mano de Amaia. Está fuera de sí, respira a trompicones, dándose cuenta de que sus mentiras elegantes ya no sirven de nada. Se encara con Irina.

—No compares salvarte el pellejo con lo que estás haciendo tú —empieza, pero Irina la corta.

—Te estás jugando la vida con esa caja. Es lo mismo.

Amaia vuelve a acercarse a Sabina con esa cara de «ven aquí que te voy a dar un abrazo pero también una charla».

—Esto es un tema serio —dice—. No uséis esto para medir las fuerzas.

Irina pasa de ella, pero Sabina, que ya ha perdido los papeles del todo, le tira un dardo.

—Mira, la capitana Amaia al rescate. Siempre tan oportuna, cariño.

Amaia se lo traga. Yo no tengo esa capacidad, yo ya le habría dado la vuelta a la cara.

—Intento que no terminemos en la cárcel o en la morgue, Sabina —dice Amaia—. Que os habéis despertado con ganas de joderlo todo.

Tengo la vista clavada en esa cajita de mierda y se me calienta la sangre. Miro a Sabina y casi aplaudo. Qué capacidad, qué talento para el engaño. Es doctora, tiene un vocabulario que te cagas y una elegancia que ya quisiera yo, pero debajo de ese disfraz de mujer de éxito hay una mentirosa de competición. Se marcó el papelito de «estoy limpia, el retiro de Tailandia me ha conectado con el cosmos» y nosotras, que somos unas imbéciles, nos comimos el cuento con patatas. Nos vendió la milonga de las palmeras, los masajes y la vida espiritual, y aquí la tenemos, con el kit de autodestrucción listo para usar.

—Sabina, cariño, por favor —susurra Amaia—. Danos lo que tengas. Vamos a hablarlo tranquilas.

Sabina da un paso atrás, está a nada de estallar. Tiene los ojos que le bailan y esa urgencia de quien se ve cazada.

—No tenéis ni idea de lo que estáis diciendo. —Hasta para defenderse tiene clase—. Esto es una medicación específica, un protocolo de mantenimiento que no requiere de vuestra supervisión. Os estáis comportando como histéricas.

—¿Histéricas? —Me río, pero es una risa que avisa de que el tsunami viene de camino—. Escúchame bien, doctora Corazón. Me importa tres pitos tu protocolo y tus palabras de cinco sílabas. Esa caja nos la das o te aseguro que hoy mismo se acaba la paz en este grupo. Te has pasado de lista. Nos has tomado por idiotas mientras te marcabas el discurso de la recuperación milagrosa. Me jode porque te quiero, porque eres mi amiga y te estás matando a plazos, pero sobre todo me jode que nos mientas a la puta cara después de todo lo que hemos pasado.

Sabina empieza a temblar, no de miedo, sino de pura rabia contenida. El control se le escapa por las costuras. La adicta que

lleva dentro está gritando por salir y mandar la elegancia a paseo.

—¡Dejadme en paz! —grita de repente, y ahí ya no hay rastro de la doctora fina—. ¡Es mi vida y hago lo que me sale de los ovarios! No necesito que me cuidéis, ni que me juzguéis, ni vuestra puta caridad.

—Nadie te juzga, Sabi —insiste Amaia, tocándole el brazo—. Solo queremos que estés bien. Danos eso y lo hablamos, busquemos una solución juntas.

—¿Una solución? —Sabina se ríe con desprecio—. La solución es que me dejéis salir de aquí ahora mismo.

Me planto delante de ella. No voy a ceder. Mi paciencia tiene un límite y Sabina lo acaba de saltar con pértiga. La miro a los ojos y le sostengo el pulso. No me creo ni una sola de sus palabras. Las adictas mienten mejor que hablan, y ella tiene el doctorado en ambas cosas.

—No te vas a meter esa mierda, Sabina. Antes te rompo los dientes de uno en uno —le digo con una sonrisa que sé que le da pánico—. Así que elige: o me das la cajita por las buenas y nos reímos de lo tonta que has sido intentando colárnosla, o te prometo que el próximo retiro lo vas a pasar en una habitación con paredes acolchadas y sin vistas al mar.

—No me vengas con el carné de jueza, Julia. —Ya le asoman los lagrimones.

—¿Dónde estaban? —Muerdo cada sílaba.

Amaia me pone la mano en el brazo para que no le arranque la cabeza de un bocado. No me calma una mierda, pero le acepto el gesto porque sé que tiene el corazón a mil. Sabina busca a Amaia, claro. Nos conocemos el baile de memoria. Yo hago de poli malo y ella viene con la manta y el chocolate caliente. Es nuestra coreografía estrella desde hace años.

—Sabina —dice Amaia con voz dulce pero firme—. Suéltalo ya, anda. Hazlo por ti.

Sabina traga saliva con una dificultad espantosa. Tiene la cara descompuesta.

—En la bolsa —dice por fin—. En el doble fondo ese.

—Ole tu arte. —Me río por no llorar—. Un ambiente sanísimo el que estamos creando. Chantajes de millones de euros y una farmacia clandestina en el bolso. La familia del año, vamos. Si nos dan un premio a la convivencia, lo empeñamos para pagar la fianza. ¿Cuántas hay? ¿Tienes un almacén y esto es solo el escaparate?

Sabina levanta la mano pidiendo un aire que no le voy a dar.

—No es lo que piensas, Julia.

—Esa frase es de primero de liarla parda —le contesto—. Venga, corazón, un poco de nivel. ¿Cuántas?

—No lo sé —dice ella. Mentira de la buena o vergüenza de la mala. Me da lo mismo.

Amaia respira hondo. Se está aguantando el pánico con pinzas. Amaia es una máquina en las crisis, pero cuando Sabina se rompe, a ella se le mueven los pies.

—¿Te las estás tomando? —insiste casi suplicando.

Sabina se encoge de hombros.

—No.

—¿Y has estado a punto? —salto yo. Aunque no la creo.

Ella me mira con ganas de pegarme.

—¿Qué quieres oír, Julia?

—La verdad, para variar. Ya que nos hemos puesto sinceras, vamos con todo.

Irina ladea la cara, más ancha que larga.

—Sinceridad. Qué palabrita más graciosa.

La rubia se gira hacia ella con el colmillo fuera.

—Eres una auténtica hija de puta.

—Sí —le contesta Irina—. Y tú una inconsciente que se cree que puede jugar a los médicos consigo misma.

—Se acabó. Sabina, ponme los ojos aquí. —Amaia le coge la barbilla con dos dedos y la obliga. Nada de romanticismo, esto es control físico para que no se escape—. Mírame —repite—. No te vamos a machacar. Te vamos a aguantar el tirón, como siempre. Pero no nos mientas a la cara.

—Tenía el mono. Ya está.

El corazón me da un latigazo. «Tenía el mono» es la forma de decir que ya lo estaba mandando todo al carajo.

—Gracias —dice Irina—. Por fin dejamos de hacernos las tontas.

Sabina estalla. Empieza a gritar, fuera de sí, perdiendo la compostura del todo.

—¡No me busques, Irina! ¡No necesito vuestros discursos ni que decidáis mi vida! ¡Sé lo que hago!

—¿Ves cómo jode que otros muevan tus piezas? —le dice Irina—. Que te dejen fuera y te obliguen a tragar. Bienvenida al nuevo orden. Y no, no tienes ni idea de lo que haces. Estás a un paso de la cuneta.

—No te pases —le digo a Irina, aunque me cueste defender a Sabina ahora mismo—. No mezcles tus mierdas con su salud mental.

Me dan ganas de mandar a Irina a la porra por ser tan víbora y a Sabina darle dos bofetadas para que despierte de una vez, que ya tenemos una edad para andar escondiendo pastillitas como si tuviéramos quince años. Pero bueno, hoy vengo con el día generoso.

—Dánoslo todo —le pido sin gritar—. Lo que sea que tengas en ese bolso de lujo. Todo fuera. Encima de la mesa. Ahora mismo, Sabina.

—Claro. Julia, la *sheriff* de la casa al rescate.

—Exacto. Soy la *sheriff* y la que te va a quitar la mierda de las manos. Me importa tres pimientos tu orgullo de doctora. No voy a ver cómo te enganchas otra vez por no querer pedir ayuda.

—Sabina —dice Amaia con una ternura que me parte el alma—. Sácalo todo, por favor.

Sabina mira a Amaia y se le cae la máscara. Se hace pequeña, herida, le falta el oxígeno.

—No me tratéis como a una niña —pide con la voz quebrada.

—No te tratamos como a una niña —le contesta Amaia, a punto de llorar ella también—. Te tratamos como a alguien que queremos ver viva mañana por la mañana. Estabas limpia, hostias. ¿Por qué ahora?

Irina observa la escena. Tocada, quizá dándose cuenta de que ha tirado de la manta y ha salido demasiada mugre.

Sabina, con las manos temblando, mete el brazo en el bolso y revuelve en el doble fondo. Saca dos blísteres más. Los tira sobre la isla de la cocina. Uno, dos, tres. Pastillas de colores, suficientes para

dormir a un caballo o llevarla al tanatorio. Y lo peor es que siendo médico, si quiere más, solo tiene que firmar un papel.

Amaia cierra los ojos un momento.

—Gracias —dice casi en un susurro.

—¿Gracias? —escupe Sabina—. Qué bonito. Me quitáis el único recurso que tenía para no venirme abajo.

Me pega un viaje por dentro. Esa frase es una porquería. Es la verdad desnuda. Me entran unos impulsos contradictorios de darle un achuchón o de darle un revés, porque esa confesión es una recaída con todas las letras. No la abrazo. Hoy no toca. No de esta manera.

—Te buscas otro recurso, Sabina —le digo, pero con un fondo para que no la mande a la mierda—. Te buscas a Amaia. Me buscas a mí. Te buscas a Irina, si te quedan ganas de hablarle después de esto. Te buscas lo que sea. Pero no te buscas una pastilla.

Sabina me lanza una mirada cargada de rabia.

—Qué fácil lo dices tú, Julia.

—No es fácil —le rebato—. Pero es lo que hay. Punto. Es obligatorio.

Amaia se mueve rápido. Coge las pastillas y se las guarda en el bolsillo. Aunque todas sabemos de sobra que esto no se soluciona así de fácil, que a partir de ahora vamos a tener que ser sus sombras particulares.

Irina ve la jugada y, contra todo pronóstico, afloja. Baja la cabeza un instante.

—¿Hacía falta este numerito? —le pregunto a Irina, subiendo el volumen para que mis palabras le perforen el tímpano.

Ella me clava los ojos. Ni un amago de disculpa, ni una excusa de mierda, nada.

—Sí —dice—. Era necesario que se supiera.

—Sí —le rebato—. Tenía que hablarse, pero no así. Esto ha sido una ejecución pública. Y lo peor de todo es que tú ya sabías lo que había. Llevas tapándole los marrones a Sabina desde que el mundo es mundo. Siempre tenéis vuestros secretitos, vuestras movidas a espaldas de nosotras dos. Y ahora, como te ha picado el orgullo y

estás cruzada con ella, vas y abres el grifo para ver cómo se ahoga. Ha sido una guarrada de las gordas.

Irina se frota el cuello. Está haciendo un esfuerzo inhumano para no mandarme a freír espárragos.

—Dilo como te dé la gana —responde.

Sabina se limpia las lágrimas.

—Qué bien, Irina. Has ganado. ¿Estás contenta?

Irina la observa.

—No. Estoy ayudándote.

Esa frase le ha dado donde duele. A Sabina le jode cuando Irina deja de jugar al gato y al ratón. Y ahora Irina va en serio.

—Vale. —Amaia toma aire y se coloca entre las tres—. Esto no lo vamos a dejar morir así.

Sabina intenta protestar, pero Amaia le planta la mano delante antes de la primera sílaba.

—Esta noche nos sentamos y hablamos con calma —sentencia—. Las cuatro juntas.

Irina, que siempre tiene que poner la puntilla para no perder el rango, niega.

—Amaia, yo no creo que esto sea productivo ahora mismo...

—Me importa un carajo lo que creas —la frena—. Se acabó la asamblea. Nadie se larga a su cuarto a rumiar la mala hostia. Ni por el berrinche de Sabina ni por el cristo que tenemos montado con los colombianos. Se acabó la tontería de ir de lobas solitarias por el pasillo. Hoy toca organizarnos y hablar claro. Y también hablar claro de esta relación que tenemos las cuatro, os guste o no os guste.

—Qué bien —se mete Sabina—. Una secta con presupuesto y ahora con dormitorios compartidos. ¿Qué más? ¿Un juramento de sangre?

—Ya hemos tenido sangre de sobra, cielo —le digo yo.

Irina no protesta. Eso ya lo dice todo.

—Vamos a hablar con calma. Cuando estemos más tranquilas todas —sigue Amaia, firme.

Sabina pone esa cara de «te quiero matar pero necesito que me abracés hasta que se me pase el temblor». Lo de siempre con ellas dos, que se quieren a mordiscos.

—Me estás castigando a pasar la noche aguantando la cara de esta. —Señala a Irina con desprecio—. ¿Vuelve el turno de vigilancia? ¿Vais a ponerme un grillete para que no me escape a la farmacia más cercana?

—Te estoy protegiendo —contesta Amaia—. A ti. A nosotras. A las niñas. A todo.

Sabina asiente muy despacio, deshinchada, vacía. Se le ha terminado el chute de adrenalina.

Irina se despega de la encimera con un movimiento torpe y se lleva la mano a la herida por pura inercia. Y, de pronto, parece una persona que acaba de tirar una granada emocional y ahora nota el humo en la garganta.

Se gira hacia mí. Me busca con los ojos.

—¿Contenta?

—Para nada —la corto—. Pero te he calado la estrategia desde el minuto uno.

Irina asiente. Un gesto de derrota. No hay rastro de prepotencia. Solo está agotada de ser ella misma.

—Rubia —dice Irina, mirándola—. Esto no era para humillarte.

A Sabina se le escapa una risa, o un sollozo. No estoy segura.

—Venga ya. Era justo para eso.

—Era para ventilar los secretos de una puta vez —insiste la rusa.

—A tu manera —responde Sabina, recuperando ese tono elegante y frío que usa cuando quiere poner distancia—. Con tu estilo tan sutil de cuidar a la gente: poniendo un recortada sobre la mesa de la cocina.

Irina aprieta los dientes.

—Tú también juegas con fuego —sentencia—. Solo que tus incendios huelen a destilería y a farmacia de guardia.

Sabina se congela. Amaia le planta una mano en la espalda para sujetarla y la otra no hace el amago de apartarse. Qué estampa más bonita nos ha quedado. La transparencia total no era abrir un vino caro y comentar el día. La transparencia era esto: quitarle a alguien el escondite delante de todo el mundo y ver qué hace con las manos cuando ya no tiene dónde meterlas.

—Necesito una ducha —dice Sabina buscando una salida.

Amaia le cierra el paso y le agarra el brazo, sin violencia, pero con la decisión de quien ha hecho guardias en urgencias emocionales.

—Ni de coña. No te vas sola ni al baño.

Sabina levanta los ojos hacia ella.

—Amaia...

—He dicho que no.

Sabina aguanta un segundo. Dos. Al final hace un gesto con la cabeza, rendición pura y dura.

—De acuerdo.

Amaia la guía hacia el pasillo y se largan las dos sin añadir ni una palabra. La pelirroja lleva las riendas y Sabina, por una vez, agacha la cabeza y se deja llevar. Y a mí eso me da una paz de lo más retorcida.

Irina se queda en la cocina conmigo. Se apoya en la isla, y ahora sí se le nota el cansancio en los hombros y en la forma de repartir el peso entre los pies. La cara, impecable. El orgullo, también. Pero el cuerpo no miente tanto.

Yo me cruzo de brazos, porque si no, se me van las manos a hacer aspavientos.

—Eres cruel, Irina —le digo, más calmada de lo que esperaba de mí misma—. Te has pasado. Y mira que yo soy de estirar la cuerda, pero... vaya numerito.

Irina no intenta venderme una excusa con lacito. Me mira, sin maquillaje emocional.

—Sí. Lo he sido.

—¿Por qué así? —Bajo el volumen porque tengo la garganta hecha polvo de gritar—. Podías haberlo dicho de otra manera. Una frase normal. Un «oye, esto me preocupa». No lo que has hecho.

Irina tarda en decidir que ya da igual. Y cuando habla, no se esconde.

—Porque me dolió lo de ayer, sentir que no pinto nada.

Me cuesta encajar esa frase saliendo de su boca. A ver: esta mujer organiza cosas enormes, firma cosas enormes y manda a gente que se cuadra. Y, aun así, está hablando de «no pinto nada» con la voz baja.

—No es que no pintes nada —sigo, más suave—. Es que, cuando te pones, eres insoportable. Y no pasa nada por reconocerlo. Yo también lo soy, pero yo al menos lo aviso con un chiste y una cara de «perdón por existir».

Una media risa le dura un suspiro. Se le apaga enseguida, pero esa microgrieta está.

—Ya lo sé —admite.

—Y aun así has ido a hacer daño donde sabías —le digo, sin gritar, pero sin quitarle hierro—. Tú sabías lo de Sabina. Lo de que estaba coqueteando con la recaída, que se le estaba yendo de las manos. Y te lo guardaste. A Amaia y a mí nos dejaste sin información. Y tú ahí, enterándote de todo, calladita. Eso es lo que me fastidia. No que supieras. Que no lo dijeras.

—La estaba vigilando —dice ella—. Tenía la situación bajo mi responsabilidad.

—Vale. Estupendo. La estabas vigilando. —Me inclino sobre la isla para mirarla bien—. Me tranquiliza un montón saber que estabas tú al cargo, sí. Muchísimo. ¿Te sientes mejor ahora? ¿Te ha servido? ¿Te ha arreglado algo por dentro?

Irina tarda más en contestar. Está tragándose cosas, el impulso de ponerse dura, el impulso de mandarme a paseo, el impulso de no mostrar nada.

—No. Me siento fatal. Pero al menos ya no finjo.

—Ya, bueno. Lo de no fingir está genial. Aplausos. Pero podías haber elegido una forma menos... destructiva.

Irina me mira, y hay algo distinto, no en la cara, sino en el cuerpo: los hombros no están firmes. Ha dicho lo que ha dicho, ha ganado lo que quería ganar, pero ha perdido algo en el camino. Y lo sabe.

—No quiero perderla —dice casi para ella.

Me sale una ternura cabreada. Esa que te da cuando alguien lo hace todo mal, pero el centro del asunto te toca.

—Pues no la pierdas. Pero aprende a decir «me duele». Que hay formas, Irina. Formas humanas, de persona que duerme por la noche.

Cierra los ojos un momento. Respira. Los abre. Me aguanta la mirada.

—No me sale de otra forma.

—Pues te lo curras —respondo, con una sonrisa pequeña, porque si no me pongo seria y me da pereza—. Te buscas ayuda, lees un libro, lo que sea. O vienes y lo dices tal cual: «Estoy celosa», «estoy dolida», «me siento fuera». Y ya está. Nadie te va a quitar el pasaporte por eso.

Irina frunce el ceño, ya volviendo a ser ella.

—¿Me sigues queriendo?

—Sí, por desgracia. —Levanto las manos en señal de culpable confesa—. Es una enfermedad crónica, ya lo sabes. Pero hoy te lo digo con cariño: me tienes la paciencia a media carga. Y aun así... aun así te quiero. No te emociones, ¿eh? Que me da vergüenza.

—Voy a hablar con Sabina.

—Bien. Y si te sale el impulso de soltarle otra frase de esas tuyas, paras, respiras.

—De acuerdo.

La miro irse hacia el pasillo, recta, sin escena. Me apoyo en la encimera y escucho mis propios pensamientos, que por una vez no vienen a morder. Hoy vienen a cuidar, aunque sea con tacos y chascarrillos, que es mi manera cutre de querer.

Capítulo 24

La mansión está en un punto muerto que acojona. No vuela ni una mosca por miedo a que Irina le pegue un tiro desde el despacho por hacer ruido. Se acabó la fiesta. Ahora toca esa quietud de bicho que no sabes si está muerto o espera a que te acerques para arrancarte un brazo.

Las crías llevan más de una puta semana fuera. Nueve días de silencio que se me hacen bola. Nueve días y, oye, que sí, que es «contención estratégica», que suena estupendo dicho con cara seria, pero en cristiano: las hemos dejado con gente que no tiene sangre en las manos para poder pegarnos tiros tranquilas. No las traemos de vuelta porque Irina, aunque esté para el arrastre, no deja de dar órdenes, y Sabina sigue siendo un peligro público para su propia salud mental.

Subo a ver a la jefa. Se ha quitado la bata para ponerse un chándal de seda que brilla tanto que me da fatiga visual. Está ahí, pálida, soltando directrices con esa voz que tiene cuando se pone seria. Tiene la *tablet* en una mano y una taza de té en la otra. El té no lo bebe. Lo sujeta para tener algo que no sea un arma.

—¿Vienes a dar por culo o a informar?

—Hoy vengo simpática. Apúntalo en el calendario. —Me dejo caer en la silla delante del escritorio y cruzo las piernas—. ¿Cómo vas?

—Viva. —Levanta los ojos—. Ocupada.

—Viva es un rango nuevo. Me alegro.

Irina marca algo en la pantalla con el dedo, sin prisa. Luego deja la *tablet* a un lado y me mide, de arriba abajo.

—Amaia y tú vais a ver a las niñas.

No lo pregunta. Yo tampoco voy a hacer teatro.

—Sí. Hoy. Hemos quedado ya. Las tengo aquí. —Me doy dos golpecitos en el pecho. Me sale una sonrisa tonta que intento disimular, fatal—. ¿Algún «no hagas esto» que quieras soltar antes?

—No te las traigas —dice, seca—. Todavía.

Asiento. Me cuesta, pero asiento.

—Lo sé.

Irina se calla. Le tiembla el pulso al llevarse la taza a la boca. Lo disimula con el codo apoyado.

—¿Sabina? —pregunto.

—Biblioteca.

—¿Con Rashel?

—Con Rashel.

—Vale. Entonces el mundo sigue girando.

Irina hace un gesto que en ella ya cuenta como humor.

—Rashel la maneja. Es útil.

—También come. Asegúrate de que no se nos muera de pura eficiencia. —Me levanto—. Te mando fotos de las niñas.

—No —dice rápido.

Ahí me freno.

Irina se recoloca el chándal en la muñeca y decide tragarse algo que no quiere que exista.

—Mándamelas —rectifica, bajito—. Y diles... diles que están bien allí.

—Eso es un «te echo de menos» en ruso o en tu idioma propio, ¿no? —Le guiño un ojo.

Me fulmina con la mirada.

—Vete, Julia.

—Sí, señora.

Bajo con el cuerpo más ligero. No porque el asunto esté bien, sino porque al menos hoy tengo un destino que no es una reunión de gente con cara de funeral.

Sabina está castigada en la biblioteca. Bueno, Amaia dice que está «entretenida», que suena mejor. Hemos convencido a Rashel para que le haga de niñera de lujo. Es la única con los ovarios lo bastante bien puestos como para decirle que se siente y se calle sin que la rubia intente degollarla con un abrecartas. Rashel no pregunta, no juzga. Gracias a ella, Amaia y yo podemos salir a que nos dé el aire sin miedo a que Sabina decida quemar las cortinas.

Amaia asoma por el salón ya lista, bolso colgado, llaves en la mano. Me cae bien esa versión de ella: efectiva, con cariño, sin permitir tonterías.

—¿Rashel tiene a Sabina ocupada? —Cojo mi bolso.

—Le he dicho que necesita ayuda con unos documentos viejos. Sabina ha aceptado.

—Qué elegante. Mentir se te da cada vez mejor, me das miedo. Sabina ama dos cosas: mandar y sentirse lista.

—No ha protestado —dice Amaia—. Eso es lo único que cuenta ahora.

—Eso es lo que me inquieta —murmuro mientras salimos—. Cuando Sabina no protesta, es que calcula.

Amaia me mira de lado.

—Hoy vienes de buen humor, pero sigues siendo tú.

—Gracias, cariño. Me conoces y aun así no has huido. Eso habla muy mal de ti.

En el coche, me hundo en el asiento y cierro los ojos. El olor del interior, el clic del cinturón de Amaia, el ruido de la ciudad al fondo... Todo eso me recuerda que hay gente viviendo su vida sin enterarse de lo nuestro.

Madrid nos traga. Gente normal corriendo, motos, un señor discutiendo por teléfono, una señora con una bolsa de la compra. Nadie sospecha nada. Nadie mira a los lados. Es casi obsceno, lo tranquila que puede ir la gente por ahí.

—Mira ese. —Señalo con la barbilla a un tío que cruza con un café—. Su mayor drama ahora mismo es que se le enfríe eso.

—Y el nuestro es que no se nos rompa nada más de lo que ya está roto —responde Amaia.

—Qué poéticas estamos. Luego me haces una dedicatoria.

Amaia bufa, pero le veo el gesto suave en la comisura. Ella también está deseando ver a las niñas. Amaia no lo dice mucho, pero lleva las manos inquietas.

Llegamos al edificio de Luna y Martina. Subimos. Ni timbre ni hostias: la puerta se abre antes de que yo levante el dedo.

Martina nos recibe con una coleta tirante. Lleva una libreta en la mano. Sí, una libreta. Martina es así.

—Bienvenidas —dice, formal—. Estado del riesgo: nivel 4. Perímetro exterior: sin incidencias. Puerta principal: asegurada. Cerradura secundaria: operativa.

—Hola a ti también, Martina —digo, y me muerdo la risa.

Amaia se inclina hacia ella y le toca el brazo con cariño, suave.

—Hola, cielo. ¿Cómo estás tú?

Martina parpadea. El cariño la descoloca, pero lo lleva cada día mejor.

—Estoy correcta —afirma—. He cumplido los objetivos del plan de seguridad doméstica.

—Vale, pues yo te doy un diez y un abrazo —dice Amaia, y se lo da.

Martina se pone rígida y luego se relaja. Me enternece y me da risa a la vez, y no voy a elegir una sola emoción porque hoy me caben todas.

Entramos. El salón está lleno de cosas de Luna: cables, un portátil abierto, otro cerrado, una taza con algo que huele a café, una caja de herramientas pequeña. En una esquina hay una bolsa de patatas abierta. Vida real.

—No toquéis ese cable —dice Martina al ver mi mirada—. Está en proceso de carga y transferencia.

—Tranquila, reina, que mi relación con la tecnología es de respeto y miedo —le digo—. Yo vengo a lo importante: mis niñas.

Luna aparece desde el pasillo y se nos tira encima, sin avisar, sin nada. Nos abraza fuerte a las dos a la vez. Nos aprieta y noto su calor, su olor, su pelo en la cara. Le pellizca el moflete a Amaia.

—Eh, eh, eh. —La aprieto yo también—. Aquí no lloramos, que llevo rímel imaginario y se me corre.

Luna se ríe y me da un empujón con el hombro. Svet y Vera se levantan del suelo. Estaban con el móvil, cada una con su rollo de adolescente que quiere parecer indiferente y no puede. No corren. Se acercan con pasos medidos, con esa cara de «hola» que en realidad significa «os hemos echado de menos».

—Hola —dice Vera.

—Hola —dice Svet, y me mira primero a mí y luego a Amaia, como haciendo comprobación.

—Venid aquí, anda.

Les abro los brazos, sin drama, pero con intención clara. Vera duda. Luego se deja caer a mi lado y me da un abrazo corto. Yo le doy uno largo, de los que dicen «estás a salvo» sin abrir la boca. A Svet le sale un gesto más rápido, más confiado; se acerca y apoya la frente en mi hombro.

—Os he echado de menos —les digo, bajito, y lo digo sin vergüenza porque para algo soy madre y hoy me da igual sonar cursi.

—Ya —murmura Vera, y se le escapa una sonrisa.

—Nosotras también —dice Svet.

Amaia se sienta en el sofá y Vera se le pega al instante. Amaia la rodea con el brazo sin pensarlo, con naturalidad. Vera se deja. Y yo miro eso y me entra una alegría tranquila, de las que no hacen ruido.

—¿Qué tal el exilio? —pregunta Amaia, y le acaricia el pelo a Vera.

—Bien —contesta Vera—. Aburrido. Aquí nadie discute por protocolos.

—Qué horror —digo yo, con una mueca exagerada—. Normalidad. Qué amenaza.

Luna se ríe y se deja caer en el respaldo del sofá, detrás de nosotras.

—Son unas quejicas. Yo les he puesto series, juegos, he pedido comida, he hecho de chófer... —Me mira—. O sea, soy una madre mejor que tú.

—No te flipes, que te he visto la taza esa y aquí huele a porro —le digo—. ¿Han comido algo que no venga en bolsa?

—Sí. Pizza.

—Eso no cuenta. Eso es pan con truco.

Martina se aclara la garganta.

—Nutricionalmente, la pizza puede ser aceptable si incluye proteína y verduras.

—Martina, cariño —la corto con una sonrisa—, te quiero, pero no me conviertas esto en una conferencia.

—No es una conferencia —dice ella, ofendida por la imprecisión—. Es una aclaración basada en datos.

—Vale, enciclopedia. Te concedo el punto.

Amaia me mira, divertida.

—¿Queréis volver ya? —pregunto a las dos enanas. Les doy espacio para contestar.

Svet y Vera se miran. No hacen teatro. No hacen el numerito. Lo hablan con los ojos.

—No —dice Svet—. Todavía no.

—Gracias por decirlo claro —respondo—. Lo entiendo. Y prefiero que estéis aquí tranquilas.

Vera asiente.

—Aquí se duerme.

—Dormir está sobrevalorado —dice Luna, y Martina la mira con desaprobación instantánea.

—Dormir regula el sistema inmunológico, mejora la memoria y reduce la irritabilidad —recita Martina—. La privación del sueño afecta al juicio.

—Se lo dices a mi café —contesta Luna.

—No es un ser vivo —sentencia Martina.

—A veces lo parece —dice Luna, y se ríe sola.

Me giro hacia Svet, que sigue pegada a mí, apoyada en el respaldo de mi silla.

—¿Mami está mejor? —pregunta bajito.

Ahí se me ablanda la cara. No me sale fingir.

—Está mejor —le digo—. Sigue mandando a todo el mundo, así que eso es buena señal. Y te manda un beso, aunque le cueste decirlo.

Svet sonríe, una sonrisa pequeña y afilada.

—Y tiene ganas de ajustar cuentas.

—¿Eso te lo ha dicho por mensaje?

—No —dice—. Eso lo sé.

—Lista. —Le doy un toque en la nariz con el dedo, suave—. Tu madre es tu madre, sí. Y tú eres mi hija. Me toca aguantarme.

Svet se ríe por lo bajo.

—¿Tú estás bien? —Ahí ya me remata, porque la pregunta va directa.

—Yo estoy... contenta de veros —admito—. Y nerviosa. Y con ganas de meteros en el bolsillo y llevaros conmigo. Pero no lo voy a hacer, que luego Martina me pone una multa.

—Podría hacerlo —dice Martina, seria—. Sería coherente.

—Ya, ya, tú eres capaz de redactar la sanción con bibliografía —le digo—. Oye, Martina, gracias. Por cuidar de ellas, por estar pendiente, por aguantar a Luna y su vida de caos. Te has portado.

—Era lo adecuado —responde, pero la voz le sale un pelín más baja—. Además, forman parte de la unidad familiar.

—Ay, me muero —dice Luna—. Ha dicho «unidad familiar». Qué mona eres. Te como.

Martina la mira con seriedad.

—La terminología correcta reduce malentendidos.

—Y también mata la diversión —le contesto—. Pero hoy te lo perdono.

Amaia se inclina hacia mí, bajito.

—Hoy estás blandita —me susurra.

—Hoy estoy feliz, que es peor. Dame un minuto y les digo lo mucho que las quiero.

Vera se ríe y se tapa la boca con la mano.

—Mejor no. Qué vergüenza.

—Me da igual. De hecho, me encanta que os dé vergüenza, significa que sois adolescentes sanas.

Martina, desde su sillón, se endereza y da el parte oficial:

—La presencia de Amaia ha estabilizado el entorno emocional. Estimación de descenso de conflicto: doce por ciento.

—¿Y la mía no? —le digo—. Yo he notado otra cosa: que tengo a mis niñas delante y que, por fin, puedo respirar.

Luna, por una vez, no suelta chiste. Se acerca y me da un beso rápido en la mejilla.

—Pues respira, Julita. Y si alguien te toca los ovarios, me lo dices.

Amaia se ríe, Vera se acurruca más contra ella y Svet se pone cerca de mí, pegada. Yo me acomodo en medio de todas. Y hoy, por una vez, no voy a estropearlo con amargura. Hoy vengo a quererlas. Y punto.

Hablamos de chorradas, de deberes, de la serie nueva que están viendo y de un dibujo que una de las peques insiste en que es un gato aunque tiene cara de patata. Yo pongo cara de madre responsable, que me queda regular, y Amaia hace ese papel suyo de «todo va bien» que le sale tan natural que hasta dan ganas de creérselo. Por un rato jugamos a que esto es una casa normal: meriendas, preguntas del cole. Y ya.

Pero bueno. Aquí sabemos lo que hay. Si alguien abre el cajón de los cubiertos no encuentra solo cucharas.

Amaia se levanta. Hasta aquí la función.

—Tenemos que irnos.

Lo dice y ya está. Sin discurso, sin explicaciones. Ni falta que hace.

Las niñas nos despachan con cuatro besos tirados al tuntún, más rápidos que un «te quiero» con prisa.

—¿Volvéis luego? —pregunta una, sin drama, sin gran cosa. Es lo que hay.

—Volvemos pronto —dice Amaia, y les sonríe.

Yo les hago un gesto con la mano, medio saludo, medio promesa.

—Portaos bien, ¿eh? Y no me vengáis con que «se me olvidó» lo de matemáticas, que esa excusa ya la gasté yo en mi época y no coló.

Svet se ríe, Vera me mira con esa cara de «me da igual tu pasado, señora». Me cae bien esta niña, qué quieres que te diga.

Salimos rápido. El ascensor tarda lo suyo y suena a viejo. Amaia mira el panel, yo miro el techo, y entre las dos hacemos una oración laica para que llegue de una vez.

En el coche, Amaia se pega a la ventanilla, callada. Yo me acomodo en el cuero del asiento.

—¿A dónde vamos? —pregunta ella, sin girarse.

—A ningún sitio concreto. A dar una vuelta. A caminar. A mover las piernas y a no hablar con nadie durante cinco minutos, si puede ser.

—¿El Retiro?

—El Retiro me vale.

El coche para en la puerta y Amaia se acerca a la ventanilla del chófer.

—Quédate cerca, pero no encima. Vamos a caminar.

—Sí, señora.

Ni parpadea. Ese hombre ha visto cosas. O no las ha visto, que para eso le pagamos.

Entramos en el parque y lo primero que me da es una mezcla rara de risa y cansancio. Hay gente corriendo, un padre negociando con un niño por un globo, una pareja haciéndose fotos y un músico tocando con mucha fe en sí mismo. También hay perros. Muchos. Algunos más educados que ciertos humanos.

Yo camino al lado de Amaia, despacio, e intento no mirar hacia atrás. A cierta distancia, van dos escoltas enormes, haciendo el papel de «no somos escoltas». Claro.

El sol de la tarde pega de frente. Entrecierro los ojos y me sale un bufido.

—Qué ridículo —digo al fin.

Amaia gira la cabeza y se ajusta el bolso.

—¿Qué es ridículo?

—Nosotras. Paseando aquí, tranquilas, y con dos tipos gigantes siguiendo a unos metros.

—Es el precio de poder pasear.

—Esto no es poder pasear. Esto es pasear con vigilancia.

—Es lo que hay, Julia.

—Ya, ya. Lo sé. Solo que... me da risa. Mira a esa familia. Van a lo suyo. Nadie se fija en el suelo antes de subir al coche. Nadie revisa nada. Viven. Sin más.

Amaia me mira de lado.

—Y hoy nos toca un rato de eso.

—Un rato. Vale.

Seguimos caminando. Amaia va con las manos en los bolsillos, los hombros algo más relajados que esta mañana. A mí me sorprende verla así. Menos tensa, menos... Amaia en modo «tengo que sostenerlo todo».

—Sabina está bien —dice ella.

—Ya lo sé. Sabina siempre parece estar de lujo cuando tiene a alguien encima fiscalizando sus movimientos.

—No es solo eso. Está procesando.

—Procesando de... ¿«me hago la fuerte y luego reviento en casa» o de «estoy haciendo cálculos para el próximo *show*»?

—De «lo estoy digiriendo» —dice Amaia—. De aceptar una pérdida de confianza. Eso es un duelo, Julia, aunque no haya muertos de por medio.

—Vaya, gracias por el recordatorio, doctora alegría —le digo, y me río de mí misma—. Entonces, ¿qué está aceptando?

—Que Irina ha roto un acuerdo implícito. —Amaia lo dice despacio—. Que entre ellas había una expectativa de lealtad y de cuidado mutuo. Y que Irina la ha cruzado.

—¿Más lealtad que la que nos tienen a nosotras?

—Sí. Y eso, además, nos coloca a ti y a mí en un lugar incómodo, porque Sabina no puede fingir que no hay jerarquías emocionales. No todo el mundo se quiere igual, ni se confía igual. Y ella lo sabe.

Me callo, más por hacerme la interesante que por otra cosa.

—Vale —digo—. Y tú, Amaia. ¿Te dolió que Irina lo soltara así?

Amaia no aparta la vista. No hace gestitos, no se protege con nada. Se limita a asentir.

—Sí.

—Ah. Mira. Una respuesta humana. Me alegro. —Me doy un toque en el muslo, teatral.

—Julia.

—Qué. Es un piropo.

Amaia resopla, casi una risa.

—Sí, dolió —repite—. Pero no había otra salida.

—Eso te lo compro a medias —le digo—. Había opciones. Lo que pasa es que Irina eligió la que más daño hacía. Y lo sabes.

Amaia baja la mirada.

—Elegió lo que le sale cuando está acorralada —dice—. Ataca primero para no exponerse.

—Eso. Gracias. A eso me refería. No era necesario hacerlo así.

Amaia se sienta en un banco de piedra. Yo me dejo caer a su lado y estiro las piernas.

—Irina no sabe pedir ayuda.

Amaia se recoloca el pelo detrás de la oreja. Va con esa cara de «te lo voy a explicar con dibujitos, pero te quiero igual».

—Irina no pide nada —dice—. Irina coge. Y luego te monta una explicación tan bien puesta que tú acabas firmando debajo.

A mí se me escapa un bufido por la nariz, porque sí. Porque es justo eso.

—Vale. Sí. Me estoy riendo, pero por dentro también lloro. La tienes estudiadísima.

—Soy psicóloga, Julia. —Me guiña un ojo—. A Irina la conozco desde hace años. La quiero mucho. Y hay días que tengo que recordarme a mí misma que querer no significa dejar que te pisen.

—Qué finas nos levantamos hoy.

—Finísima. Y tú, muy suavita hoy.

—No me lo gafes, tía. Que me dura lo que tarda alguien en decir «Irina».

Amaia se ríe de cara al frente y hace un gesto con la barbilla hacia la gente que pasa. Estamos sentadas en un banco, el sol se cuela entre las hojas y la ciudad suena alrededor, ese runrún de pasos y conversaciones que hace que el mundo siga.

—A ver —dice, volviendo a mí—. Lo de Trueno fue muy listo por parte de Sabina, Julia. Hubo suerte, hubo dinero, hubo contactos... todo a la vez. Pero no fue casual. Lo montó por nosotras, por las crías, sí. Y, sobre todo, por Irina.

Asiento, jugando con la goma de mi muñeca. Me la estiro, la suelto, me la vuelvo a poner. Tic. Tac. Mis manos siempre contando cosas que mi boca se calla.

—Ya. Porque Irina va por la vida metida en líos que no le corresponden.

—Y porque vive en hipervigilancia —dice Amaia, ya en modo profesional sin ponerse pedante—. Su sistema nervioso está entrenado para esperar la hostia en cualquier esquina. Eso no se apaga por voluntad. Y cuando alguien vive así, le cuesta parar. Parar se siente peligroso.

—Que sí, que sí... que la cabeza de Irina es un sitio agotador para vivir. —Me sale una sonrisa—. Yo no entro ahí ni con casco.

—Pues imagínate ella, que no puede salir.

Amaia se calla y me observa. No con juicio, sino con esa atención suya que a veces me da ganas de taparme con una manta. Qué manía con ver cosas.

—Tú le has pedido mil veces que se retire, que deje esa vida. Y las dos sabíamos que no lo iba a decidir sola —continúa—. No porque sea mala, sino porque tiene una estructura mental muy rígida con la responsabilidad. Si ella cree que algo depende de ella, se lo traga entero.

—Lo sé. Y también sé que si se lo dices, te larga un discurso y acaba pareciendo que tú eres la egoísta.

—Exacto. Y ahí entra Sabina. Le quitó la razón para seguir. Le cambió las condiciones del juego. Le dejó claro: «Esto ya no te toca».

Yo ladeo la cabeza, masticando la idea. Me hace gracia, porque es verdad.

—O sea, que Sabina le hizo una encerrona con cariño.

—Con cariño, con inteligencia, y con una dosis de «me he cansado de verte así». —Amaia se encoge de hombros—. Y sí, le salió bien.

—Se lo compro —digo—. No me gusta, pero se lo compro.

—Claro que no te gusta —dice Amaia—. Porque tú también tienes tu parte. Tú has sido su freno muchas veces y ahora no sabes dónde ponerte.

—Mira qué lista estás hoy, colega.

—Hoy y siempre.

Me río y miro hacia arriba, a las copas de los árboles. Me viene un pensamiento tonto: que ojalá la vida fuera solo esto, banco, sol y Amaia diciendo verdades sin cargárselas con dramatismo. Pero no. Tenemos a Irina y su cabezonería y a Sabina con su mochila.

—Lo que pasa —digo— es que a Irina le va a costar un mundo asumir que ya no decide todo.

Amaia asiente.

—Porque ha perdido autonomía. Y para ella la autonomía no es un capricho, es una necesidad psicológica. Es su manera de regular la ansiedad: «Si yo decido, estoy a salvo». Cuando le quitas eso, el

cuerpo interpreta amenaza. Y aparece irritabilidad, control, necesidad de tener razón... todo el paquete.

—O sea, que se va a poner insoportable.

—Más —corrige Amaia, divertida—. Y lo digo con amor.

—Yo también lo digo con amor, pero que Dios reparta paciencia.

Amaia me da un codazo suave en el brazo, casi maternal.

—Ya. Y lo de Sabina... Lo de las pastillas.

Amaia se frota la cara un momento y ahí está: la psicóloga gestionando su propia reacción para poder sostener la conversación.

—Sabina tiene una adicción, Julia —dice, clara—. Y eso no es una etiqueta para castigarla, es una descripción clínica. El trastorno por consumo de sustancias es crónico. Se puede estabilizar, se puede vivir bien, se puede estar años sin consumir... pero el riesgo no desaparece. Y en su caso hay dos factores importantes: vulnerabilidad biológica y acceso fácil a medicación por ser médico.

—Ya, la combinación perfecta. —Hago una mueca.

—Y hay otro factor: el aprendizaje del cerebro —añade—. El cerebro recuerda rápido qué sustancia reduce síntomas a corto plazo. En el caso de las benzodiacepinas, el efecto es inmediato: baja activación, baja ansiedad. Eso refuerza el patrón.

—No quiero verla otra vez enganchada a esa mierda.

Amaia me mira con ternura, pero sin suavizarlo todo para que me sea cómodo.

—Lo entiendo. Y por eso es importante que lo pienses bien: no va de «querer» o «no querer». Va de riesgo, de prevención y de acompañamiento. Sabina tiene recursos, sí. También arrastra trauma. Y el trauma mantiene el sistema de alerta alto.

—¿Sistema de alerta? —repito, porque Amaia cuando se pone clínica me saca conceptos y yo voy recogiendo migas.

—Sí. Hiperactivación —explica—. Dormir mal, sobresaltarse, irritabilidad, pensamientos intrusivos. Y cuando eso se mantiene, el cuerpo busca alivio. Las benzodiacepinas son una vía rápida. Muy rápida. Y por eso son peligrosas para alguien con su historia.

Yo resoplo y me froto la cara con las manos, como si pudiera borrarle la preocupación a base de fricción.

—Vale. Entonces, ¿qué? ¿La vamos a vigilar toda la vida?

—Supervisión, sí —dice Amaia—. No vigilancia policial. Supervisión en el sentido de tratamiento continuado, límites claros con la medicación, revisiones, red de apoyo. Lo que se hace con una condición crónica. Igual que con la diabetes no dices «ya está, ya aprendiste, apáñatelas», aquí tampoco.

—Ya lo sé —murmuro, y me da rabia porque, de verdad, lo sé.

Amaia me sostiene la mirada.

—Entonces no te pongas bruta con ella. No lo hace para fastidiarnos, ni para llamar la atención, ni para complicarnos el día.

—Ya, ya. —Levanto las manos—. Me lo apunto. «Julia: no seas energúmena».

—Eso. Y otra cosa: lo que está viviendo es patología dual. Trauma más adicción. Eso agota a cualquiera alrededor, sí. Pero a ella la desgasta por dentro de una manera que tú no ves.

—Vale. Entonces, ¿qué hago yo? Porque yo quiero ayudar, pero luego ya sabes cómo me pongo con ella.

Amaia me señala con un dedo.

—Tú tienes buena intención, pero te pones en modo «por mis ovarios». Y hay un punto medio: estar, preguntar, no presionar. Y si se pone borde, no te lo tomes como un ataque personal. Es un síntoma.

—Me acabas de hacer un manual de «cómo ser humana sin cagarla». Gracias, doc.

—De nada. Te mando factura.

—Pásasela a Irina.

Amaia me empuja el hombro con cariño.

—Ves. Hoy estás bien.

—Hoy estoy que reparto amor e improperios.

—Pues reparte con cabeza —dice Amaia—. Y guarda algo para ti, que también te hace falta.

No me apetece discutirle.

—Vale. Pero si Irina me clava una de sus miraditas, yo igual le grito un «cariño, respira» y salgo corriendo.

—Eso ya sería un avance —responde Amaia, seca y divertida—. Porque por lo menos no le sueltas una barbaridad.

—Me estás llamando bocachanca.

—Te estoy describiendo con cariño clínico.

—Ah, maravilloso. —Me recuesto en el respaldo y dejo que el sol me dé en la cara—. Pues nada, cariño. Me voy a portar bien. Hoy. Mañana ya veremos.

Capítulo 25

Amaia estira las piernas y me mira.

—Hoy es suficiente. Y mañana, si la lías, lo hablamos.

—Qué haría yo sin tu consultita gratis en el parque. Te tendría que pagar en cafés, o en *croissants*, o en favores indebidos. Lo que prefieras.

Amaia se cruza de piernas y no dice nada todavía. Solo se recoloca las gafas.

—Vale, va. Ya que estamos siendo honestas... lo del cine —le tiro de golpe, a ver qué hace.

No reacciona. Eso me pone nerviosa, porque yo venía a medir daños, no a que me atiendan con calma profesional.

—Sí —dice—. Lo del cine.

—No fue un juego, Amaia. No fue una tontería para matar el rato. No fue... «uy, qué locas estamos, qué nochecita».

—Sí. —Asiente despacio—. Fue de verdad.

Me recoloco. Me cuesta encontrar una postura decente. Entre los nervios y el cansancio, siento que el cuerpo me va por libre.

—Te aviso. —Levanto un dedo—. No voy a ponerme borde. No voy a escupir sarcasmo para esconderme. Me voy a tirar a la piscina sin hacerme la graciosa. O bueno, me haré la graciosa, pero sin pasarme.

Amaia se ríe por lo bajo, breve.

—Eso sí que es un evento.

—Cállate. Que me estás poniendo nerviosa y todavía no he llegado a lo gordo.

—Dilo.

—Te quiero. —La miro fijo, sin apartarme—. Ya está. Ya lo he dicho. Me acabo de escuchar a mí misma y me da vergüenza, pero también me da... alivio.

—Lo sé —contesta.

—No me digas «lo sé» tan tranquila, por favor, que me dan ganas de tirarme al suelo y rodar. —Me tapo la cara con la mano—. O de morderte. Una de dos.

—Julia...

—Vale, vale. Sigo. —Me enderezo, resoplo—. Me gustas. Mucho. Me pone tu cuerpo muchísimo. Y antes de que me salte el modo chistosa: hablo en serio.

—Lo sé.

—¿Lo sabes todo? ¿Te lo chiva el máster de psicóloga? ¿Te llega por *bluetooth*?

Amaia niega con la cabeza.

—Me llega porque te conozco desde hace veinte años y porque no eres sutil.

—Eso es injusto. A veces soy sutil.

—Cuando te conviene.

—Ya. —Me muerdo el labio, me rasco la nuca—. Y me encanta que no pierdas los nervios cuando yo estoy así. Que tú no entras al trapo. Que no me juzgas.

Amaia inclina la cabeza. Analiza, ordena, encaja piezas.

—Eso tiene que ver con tus mecanismos de defensa. Tú subes el volumen para no tener que sostener lo que sientes. Y hoy, que estás dejándolo sentir, estás más guapa y también más expuesta.

—Me acabas de llamar intensa con palabras finas.

—Te acabo de llamar humana —corrige, tranquila—. Y sí, lo analizo. Todo. Siempre. Es mi defecto profesional y mi manera de cuidarte.

—Pues mira qué bien, porque yo hoy necesito que me cuiden. Pero sin que me trates como a una paciente, ¿eh?

—No te trato como a una paciente.

—A veces sí —la pincho, pero con cariño—. Cuando haces esa pausa de «vamos a validar la emoción».

—Vale. Me lo apunto. Y tú apúntate que también te quiero.

—¿Me lo acabas de decir así tan tranquila?

—Te lo he dicho directo —dice, paciente—. Sí.

—Gracias. —Me sale bajito—. Y otra cosa: me gusta que no me cuentes historias. Que no intentes dejarlo bonito. Que vas al grano.

—No te miento nunca.

—Eso es lo que me da miedo y lo que me tranquiliza a la vez. —Respiro hondo—. Vale. Ahora la pregunta que me tiene la cabeza dando vueltas: lo de dormir hoy todas en el mismo sitio.

Amaia apoya los codos en las rodillas, entrelaza las manos. Terapeuta total. Con camiseta y vaqueros, pero terapeuta total.

—Eso es logística. Y también es una intervención.

—¿Intervención? Me encanta. Suena a que vas a sacarnos una pizarra.

—No hace falta pizarra. —Me mira con firmeza—. Hay nervios, hay culpa, hay deseo, hay miedo. Mucho miedo. Y el cuerpo pide cercanía para regularse.

—Regularse... —repito—. O sea, que nos metemos en un dormitorio en *pack* para que nos calmemos.

—Para que nadie esté sola con su cabeza. Para que el sistema nervioso baje revoluciones. Y para que no nos inventemos películas que nos hacen daño.

—O sea, que si me pongo a comerme el tarro, tú me vas a poner una mano encima y se me va a pasar.

Amaia abre la boca, la cierra. Tiene esa seriedad que usa cuando detecta que voy a hacer de mí.

—Estoy diciendo que el contacto ayuda. Y que hay que hablarlo entre las cuatro. De una vez.

—Estás dando donde duele. —Me toco el pecho con un dedo—. Lo tuyo debería ser ilegal.

—No es ilegal. Es terapia.

—A mí no me terapices, Amaia, que te conozco. —La miro de lado—. Además, tú también tienes lo tuyo.

—Sí —admite. Se aclara la garganta—. Yo también tengo lo mío.

—Ajá.

—Y antes de que te pongas insoportable... —me avisa, pero le tiembla la voz.

—Yo, ¿insostenible? Difamación. —Sonríe—. Dilo.

Amaia baja la mirada, y cuando vuelve a mirarme tiene las mejillas más rojas. Esa timidez suya, la de siempre, la que intenta esconder detrás de la profesión y de ser adulta responsable.

—Me da vergüenza hablar de esto. Y me da rabia, porque yo soy la que debería sostenerlo bien.

—Es que eres adorable cuando te pones tímida. Y eso me da ganas de... —Me freno—. Iba a decir una frase muy porno —confieso—. Me la guardo.

Amaia suelta una carcajada y se tapa media cara con la mano.

—Gracias.

—De nada. —Me acerco—. Entonces, ¿te da vergüenza y aun así quieres hablarlo?

Amaia asiente.

—Sí.

—¿Y lo del cine? ¿Lo metemos en la misma carpeta o en una carpeta aparte?

—Lo del cine está en la misma carpeta. Y lo estoy analizando, por supuesto. Lo analizo todo. Y aun analizándolo... también lo sentí.

—Vale. —Respiro despacio—. Yo también.

Ella juega con un hilo suelto del bolso y luego lo deja.

—Te voy a decir otra cosa y no te rías.

—Me voy a reír seguro, pero con cariño. Dime.

Amaia inspira y ahí vuelve a salirle la psicóloga ordenando el caos con palabras limpias.

—Cuando tú me dices «te quiero», se me activa todo: el deseo, el miedo a hacer daño, la necesidad de controlarlo y la parte profesional que quiere entender por qué. Y aun así... me gustas. Y me atraes. Mucho.

—¿Ves? Esto es lo que me mata. Tú lo dices así, sin hacerte la interesante, y me dejas tonta.

Amaia niega, apurada.

—No quiero dejarte tonta.

—Pues lo consigues igual. —Me acerco otro poco, sin tocarla todavía—. Estoy a punto de hacer una cosa. Te aviso para que no me denuncies.

Amaia se ríe nerviosa y se le vuelve a subir el color a la cara. Me mira a los ojos y ahí está la confesión entera, sin escapatoria.

—Ya sé cuál —susurra—. Y me da vergüenza decirte que sí.

—Dímelo igual —le pido, suave.

Amaia traga saliva. Se le mueve el cuello al hacerlo.

—Sí —dice casi sin voz—. Me da vergüenza. Y sí.

—Joder... —susurro, incrédula—. Es que eres tú al cien por cien.

—Cállate y ven —me corta, y ahí me sorprende, porque a Amaia también se le escapa carácter cuando deja de pensar tanto.

Me acerco y le doy el beso que me estaba quemando los pulmones.

No voy con prisas. No voy a ganar nada. Solo la beso y ya. Y es Amaia: firme, suave, presente. Me responde sin darle mil vueltas, y eso me sube el pulso de golpe.

Me separo un centímetro para mirarla.

—¿Estás bien? —pregunto, y me sale cuidarla sin chiste.

Amaia respira más rápido, todavía roja.

—Sí. Estoy bien.

—¿Y la parte psicóloga qué dice? —la pincho.

—Que esto es una mala idea.

—Ajá.

—Y que ahora mismo me da igual.

—Vale. Entonces vamos a hacer una cosa: seguimos hablando. Lo hablamos todo. Pero hoy no me des una clase magistral, ¿sí?

Amaia me toca el antebrazo con la punta de los dedos. Un gesto simple, pero a mí me deja quieta.

—Lo intento. Pero te aviso: voy a analizarlo. Incluso mientras te beso.

—Pues analiza, doctora —murmuro—. Pero no pares.

Le paso la mano por el cuello. Piel. Calentita. Y me acerco porque necesito confirmar que esto está pasando y que no me he vuelto idiota de golpe. Amaia me agarra de la cintura y me aprieta bien, firme.

Nos besamos de nuevo. Es un beso largo. Y no se parece a ninguno de los que tengo archivados en la cabeza. Con Irina siempre hay intención. Con Sabina hay chispa y risas y manos que no saben estarse quietas. Esto con Amaia es... serio. Sólido. Y a mí, que me creo valiente, se me cae la valentía al suelo.

Me separo para respirar. Abro los ojos. Amaia me mira sin moverse. Tiene los ojos grandes, verdes, brillantes.

—Ay, Amaia —susurro—. Esto es un lío de dimensiones importantes. Un puto desastre.

—Sí. Un desastre precioso.

—No digas precioso, cabrona. —Le sale una sonrisa y a mí otra—. Que me vas a poner romántica y ahí sí que no respondo.

—No te pega nada.

—Exacto. Y mírame.

Nos reímos bajito, pegadas, respirándonos la una a la otra. Vuelvo a su boca. Esta vez sin hacerme la lista de pros y contras. La beso con hambre, con prisa, con ese punto de «vale, ya está, ya lo hemos hecho, pues a por todas». Le meto lengua y Amaia responde igual, sin ponerse fina, sin ir con cuidadito. Y me gusta tanto que me da vergüenza. Me doy cuenta de que estoy agarrándole la nuca con las dos manos, apretando, y me sale una risa tonta contra su labio.

—¿De qué te ríes? —murmura ella, sin soltarme.

—De mí. De mi cara, de mis principios, de mi vida entera. Todo muy estable.

Amaia suelta una carcajada mínima y me la trago, porque vuelvo a besarla. Me olvido del parque y de la gente alrededor. Solo existe su boca, mi mano en su cintura y el hecho de que hemos cruzado una línea que llevábamos años bordeando.

Nos separamos otra vez y me apoyo un momento en su hombro, porque me tiemblan las manos y no me apetece que me vea tan transparente.

—No hay vuelta atrás —digo, pegada a su cuello, con la voz ronca.

—No —contesta ella—. Y mira que yo soy de pensármelo todo.

—Pues hoy no te has pensado una mierda.

—Hoy no.

Aguantamos un instante así, respirando despacio, recuperando el pulso sin hacer teatro. Me separo para mirarla.

—Tenemos que irnos —dice Amaia, y suena responsable, pero tiene la boca roja y los ojos encendidos. Muy responsable no está.

Caminamos despacio, juntas, demasiado juntas. A los dos pasos, Amaia me agarra la mano y entrelaza los dedos. Lo hace con una

naturalidad que me da un pinchazo de nervios y una alegría estúpida al mismo tiempo. Miro nuestras manos y resoplo.

—Esto es muy fuerte —murmuro.

—¿El qué?

—Esto de ir de la mano. Es... muy de gente normal.

—Pues hoy vamos a ser gente normal un rato —dice, y me guiña un ojo.

—Nos dura hasta que crucemos la puerta del búnker.

—Nos dura lo que nos dejen.

—Ahí ya entran las otras dos y la vida real.

Ella traga saliva, pero no suelta mi mano.

—Ya. La noche va a ser interesante.

—Interesante es una palabra educada —contesto—. Yo usaría otra con más consonantes.

—Tú siempre tan fina.

—Yo soy finísima. Lo que pasa es que tú me sacas lo peor.

—¿Lo peor? —Se para para encararme, indignada de mentira.

—Lo mejor, vale —cedo—. Pero no te acostumbres a que te lo diga.

Llegamos al coche. El chófer nos abre la puerta con esa cara impasible de profesional que ha visto de todo y no se le mueve ni una pestaña. Subimos al asiento de atrás. En cuanto se cierra la puerta, Amaia me mira, yo la miro, y se nos va la cabeza.

Nos besamos otra vez. Sin hablar. Sin preámbulos. Su mano me busca la nuca, la mía se le cuelga por la cintura. Respiramos rápido, chocamos dientes y nos reímos por eso, porque estamos nerviosas y porque esto es una locura.

Me separo y le digo en voz baja:

—Tía. El chófer.

Amaia mira de reojo hacia delante. Vuelve a mí con una sonrisa que no le cabe en la cara.

—¿Qué pasa con el chófer?

—Que nos está vigilando. O sea, no descarado, porque tiene instinto de supervivencia, pero nos está viendo.

Amaia se tapa la boca con la mano, intenta no reírse fuerte.

—Vale, vale, perdón —susurra—. Es que... es que no puedo parar.

—Yo tampoco —admito, y le doy otro beso cortito, rápido, de «calla» y de «sí» a la vez—. Pero imagínate su cabeza ahora mismo.

—Está pensando: «¿Y esto cómo se lo digo a Irina?» —dice Amaia, y le tiembla la risa.

—Exacto. —Me río yo también—. Estará calculando si se lo cuenta hoy, mañana o en su testamento.

—¿Y qué le dirá Irina?

—Irina le dirá: «Gracias por informarme. Buen trabajo. Siga conduciendo». —Imito su tono serio.

—No, no, no. —Amaia niega con la cabeza—. Irina dirá: «¿Han llegado bien? ¿Necesitan agua?» Y luego te mirará a ti con esa calma suya que da miedo.

—Sí. —Asiento, muerta de risa—. Y por dentro estará apuntando cosas.

Amaia me pega un codazo suave.

—Tú dices que te da miedo, pero te encanta.

—Me encanta porque estoy fatal —confieso—. Además, tenemos permiso. O sea, ella nos ha dado permiso y aun así yo me siento... culpable y feliz a la vez. Muy sano todo.

—Yo también. —Me roza la mejilla con los dedos—. Estoy contenta y muerta de nervios.

—Estamos para una.

—Cállate. —Se ríe, y vuelve a besarme.

Y seguimos. Sin parar. Besos largos, besos torpes, besos con pausa para respirar y volver a entrar. Yo la acaricio, ella me agarra la camiseta, y en un momento dado me doy cuenta de que estoy sonriendo mientras la beso. Sonriendo. Yo. Qué vergüenza. Me separo y apoyo la frente en la suya.

—Vale. Vale. Que si seguimos así, llegamos a casa con la cara desencajada y el chófer va a necesitar terapia.

—Que se joda —susurra Amaia, pero luego se ríe—. Pobrecito.

—Pobrecito nada. Está en nómina de Irina. Y te voy a decir una cosa: yo siempre he pensado que los escoltas no están solo para protegerme.

Amaia abre los ojos.

—¿Ah, no?

—No, no. Están también para vigilarme. Para tenerme fichada. Para que Irina sepa si he comido, si he dormido y si me he portado bien.

—¿Y hoy qué pone en el informe? —pregunta Amaia, con los ojos brillando de broma.

—Hoy pone: «La señora Julia se ha liado con la señora Amaia en el parque y luego ha seguido en el coche. Estado: feliz y descontrolada».

Amaia se lleva una mano a la boca para no reírse.

—Irina va a leer eso y va a levantar una ceja.

—Sí. Y luego va a hacer esa pausa suya que te deja pequeña.

—Y después te dirá...

—«Me alegro. Pero llegad a tiempo a cenar». —La imito tan bien que Amaia se dobla de risa.

—Es que es ella. Es que la estoy viendo.

—Y Sabina, por su parte, va a hacer un comentario indecente.

—Seguro.

—Y nosotras vamos a intentar comportarnos y nos va a durar tres minutos.

Amaia me mira con una ternura que me deja sin palabras. Luego me besa otra vez, suave, sin prisa, y ahí sí me pongo nerviosa de verdad.

—¿Te arrepientes? —me pregunta, pegando la boca a la mía, casi sin separarse.

—Ni de coña. Estoy acojonada, eso sí. Pero arrepentirme, no.

—Yo tampoco.

—Bien —suspiro—. Pues ya está. A vivir con esto.

—A vivir con esto —repite, y me aprieta la mano otra vez.

Y, por si no había quedado claro, vuelvo a besarla. Porque no sé parar. Porque no quiero. Porque me gusta. Y porque, por una vez, no me apetece hacerme la interesante.

Llegamos a la mansión y en cuanto abro la puerta ya sé que aquí no ha habido ni reconciliación ni nada. Sabina e Irina están en el salón, cada una en un extremo, sentadas rectas, con esa cara de «no me hables que muerdo». La tele está apagada, no hay música, no hay nada en la mesa. Ni una mísera señal de merienda

compartida. Solo dos mujeres enfadadas ocupando metros cuadrados, pero al menos están en la misma habitación.

Amaia entra detrás de mí, con el pelo revuelto y la boca brillante. Yo voy con una alegría peligrosa.

Sabina levanta la vista primero.

—¿Qué tal el paseo? —pregunta, y lo dice normal, pero el tono lleva multa.

—Bien —digo yo, porque me sale la risa y la muerdo por dentro—. Muy... educativo.

Amaia, a mi lado, sonríe.

—Productivo.

Irina no dice nada. Se limita a mirarnos, primero a Amaia, luego a mí, sin prisa. Me mira la boca. Me mira la cara. Y a mí, que venía contenta, me pincha. No por miedo, porque miedo hoy no tengo; es más bien vergüenza con chulería encima, que es mi especialidad.

Dejo el bolso en una silla, me aclaro la garganta.

—Vale. Antes de que alguien se ponga a hacer inventario de pecados... —Le guiño un ojo a Irina, por pura inconsciencia—. Hemos acordado hablar hoy. Las cuatro. ¿Os acordáis o lo he soñado?

Sabina abre la boca, la cierra. Hace ese gesto suyo de «me estoy tragando un comentario para no liarla más».

—Claro que me acuerdo —dice al final—. Lo que no sé es si venís a hablar o a... —mira a Amaia, luego a mí— a restregar.

Amaia se sacude la ropa, muy tranquila.

—¿Restregar qué, Sabina?

Yo no aguanto y me río.

—Ay, por favor, qué dramática estás. Si te sirve, no venimos a restregar nada. Venimos a arreglarlo. Y a dormir juntas. Que sí, que lo dijimos. Que no me miréis así, cojones.

Irina por fin habla, sin subir el volumen, con esa voz que corta las tonterías por pura autoridad natural.

—¿Dormir juntas, Julia? —Pausa—. Perfecto. Pero antes hablamos.

—Bien. Eso es lo que acabo de decir. —Me saco la chaqueta y la cuelgo en el respaldo de otra silla, intentando que mi cuerpo no

delate que por dentro voy a mil—. Y para que quede clarísimo: vengo de buen humor. No lo estropeéis, que me cuesta.

Sabina me da con un cojín, incrédula.

—¿Tú? ¿Buen humor?

—Sí. Hoy estoy mona. Hoy soy conciliadora. Hoy soy un rayo de sol, Sabina. Disfrútalo porque igual mañana vuelvo a ser yo.

Amaia se toca el labio y me mira de reajo, y yo me siento valiente. Así que hago lo que hago cuando me pongo nerviosa: voy a lo físico, a lo simple, a lo que no se puede discutir.

Me acerco a ella, le pongo una mano en la cintura y la beso. Un beso rápido, sin teatro, pero con intención.

Me separo y miro a las otras dos, con una media sonrisa.

—Esto acaba de pasar. Ya está. Nadie se muere.

Sabina me mira con una mezcla de «qué fuerte» y «me cago en tu vida». Yo doy dos pasos hacia ella.

—No me pongas esa cara, por favor.

—Julia, no...

—Sabina. —Le agarro la barbilla con dos dedos, suave, para que no se me escape—. Deja de hacerte la ofendida cinco minutos.

Y la beso. También corto, también claro. Se le va el aire por la nariz, sorprendida. Cuando me aparto, parpadea dos veces y el enfado se le descoloca.

—¿Ves? —digo, casi orgullosa—. Sigues viva.

Sabina se pasa la lengua por el labio, sin darse cuenta, y me mira con ganas de insultarme.

—Eres... —empieza.

—Sí, sí, ya lo sé. —Le doy una palmadita en el hombro—. Luego me lo dices con detalle, que me gusta.

Irina sigue en su sitio, quieta, con las manos apoyadas en las rodillas, espalda recta. No aparta la vista, y ahí sí me entra el telele, porque con Irina no me sale el chiste fácil. Con ella todo cuenta. Me acerco igual. Me planto delante.

—Vale. Ahora tú.

—Ya te veo venir.

Por fin hay una grieta mínima en su cara. No es sonrisa, pero tampoco es hielo puro.

—Pues no te muevas y bésame.

Le pongo las manos en la cara, despacio, sin apretarle, y la beso. Más largo. Más firme. Porque sí, porque la quiero, porque me da la gana, porque llevo horas tragándome cosas y hoy quiero empezar por esto, por lo que es verdad sin discusión. Irina tarda en responder, pero responde. Y cuando lo hace, me sostiene de la mandíbula con una mano, lo suficiente para dejar claro que aquí nadie está ganando nada, solo estamos aquí.

Me separo con la respiración más alta.

—Ya. Besos repartidos. Democracia.

Amaia se carcajea detrás de mí.

—Julia, eres imbécil.

—Gracias, cielo. —Me giro hacia las cuatro esquinas del salón, como si esto fuera una reunión de comunidad—. Vale. A partir de ahora, boca para hablar, no para morder. Subimos a la habitación. Las cuatro. Nos sentamos. Y cada una dice lo suyo sin hacer numeritos.

Sabina se levanta despacio.

—¿Y quién te ha nombrado coordinadora?

—Nadie. —Me encojo de hombros—. Pero alguien tiene que evitar que os paséis toda la noche con cara de funeral.

Irina se pone en pie también. Se ajusta la manga en un gesto.

—Subimos.

—Eso. —Señalo la escalera con el dedo—. Arriba. Venga. Y por favor: hoy no quiero gritos. Si alguien quiere gritar, que grite en un cojín. Hay muchos.

Amaia se me acerca, me roza la mano con la suya. Un contacto pequeño, pero me coloca por dentro. Yo le aprieto los dedos, sin mirar.

Subimos juntas. Sabina va delante, con paso rápido. Irina detrás de ella, sin correr. Amaia y yo al final, pegadas, intentando comportarnos.

En el rellano, antes de entrar, levanto las manos.

—Última cosa antes de sentarnos: yo hoy vengo a arreglarlo. No a ganar. Si alguien quiere competir, que se apunte a pádel.

Sabina me mira de arriba abajo.

—No sé ni por dónde empezar contigo.

—Empieza por «hola, Julia, eres insoportable y aun así te quiero».

—Le sonrío—. Así calentamos.

Irina me sostiene la mirada.

—Entra —dice.

Y entro. Con ellas. Con el subidón todavía en el cuerpo, sí, pero también con la certeza de que hoy hablamos y dejamos de jugar a las ofendidas, igual conseguimos algo.

Capítulo 26

Me coloco en el centro del cuarto con los puños en las caderas. Soy el blanco de todas, aunque ninguna dé la cara.

—Bajad el culo donde podáis y cerrad la boca. —Me sale una voz de sargento chusquero que, milagro, parece que funciona. O eso intento venderme—. Vamos a dejar de evitar el asunto del cuatrimonio este. Y uso el palabro de Sara porque es el que hay. Lo del cine no fue un espejismo ni nos dio un parraque grupal por falta de azúcar. Ocurrió. Y los besitos que nos hemos dado después también.

Sabina se recoloca en el sillón y cruza esas piernas que no se acaban nunca.

—Yo no evito nada, no me metas en ese saco —me interrumpe.

—Perfecto, entonces ya vamos avanzando —interviene Amaia, con media risa—. Porque si el plan es no acabar a hostias en esta casa, nos toca hablar, poner normas y no improvisar con el corazón en la mano. Si os sirve, yo lo plantearía así: necesitamos un encuadre compartido. Qué estamos construyendo, qué límites hay, qué acuerdos son negociables y qué cosas son líneas rojas. Y, sobre todo, cómo reparamos cuando metamos la pata. Porque la vamos a meter.

Yo levanto la mano, teatral, para pedir turno.

—Vale. Empiezo yo, que si no reviento. Os tengo unas ganas que no son normales. Me tenéis subiéndome por las paredes Y me da rabia reconocerlo porque me deja en pelotas, y no en el sentido divertido. Pero no es solo eso, que también. Es que os quiero. A las tres. Sois mi gente. Mi bando. Mi casa. Y me da un pánico serio que esto nos estalle por no cogerlo bien desde el principio. No quiero una barra libre emocional, ni que cada una haga la suya cuando le pique el orgullo. Yo... quiero que todo sea parecido a antes, solo que

hablado, mirándonos a la cara, y con sexo. Ya está. Lo he dicho. Que alguien me tire una manta o algo.

Se hace un hueco raro entre nosotras, de esos que no sabes si alguien va a reír o a ponerse a llorar. Veo una sonrisita por ahí. Irina ni pestañea. Sabina se humedece los labios con toda la intención del mundo. Amaia me sostiene la mirada, y en sus ojos hay alivio, del bueno, del que baja el pulso. Yo tengo la cara caliente, pero tiro de mentón arriba. A falta de plan, chulería.

Sabina es la primera en curvar la boca con descaro. Me contengo para no arrearle un viaje. Se ríe por la nariz, una de esas risas que te quitan las ganas de seguir siendo honesta.

—Cuatrimonio —repite, saboreándolo—. Julia, qué interesante verte adoptando el vocabulario doméstico de mi hermana. Te falta el acento, pero vas en camino. Dicho esto, no entiendo la solemnidad. No somos vírgenes en un altar. —Se recoloca el pelo tras la oreja, una de esas maniobras de distracción que maneja de lujo—. Además, yo ya he hablado con cada una. Por separado. En privado. Cada una sabe qué pienso, qué siento y qué deseo. No hay sorpresas en mi carpeta, chicas. He hecho los deberes mientras vosotras os dedicabais a miraros de reojo.

A mí se me pone el estómago revuelto. Celos. De los de toda la vida: los que te hacen querer preguntar y no querer oír la respuesta. Sí, conmigo habló en la piscina. Con su mujer, obvio. ¿Con Irina? Irina conmigo no ha tenido esta conversación. Ni una frase. Ni una pista. La capitana de los protocolos no me ha pasado el informe de su reunión con la rubia.

—¿Y qué les dijiste, Sabina? —Marco cada sílaba con cariño venenoso—. Cuéntalo aquí, delante de todas, ya que hoy estamos haciendo sesión conjunta. ¿Qué vendiste en esos encuentros tan... íntimos?

Sabina juega con el anillo, elegante hasta para hacerse la tonta.

—Lo mismo que a ti, Julia. No te pongas dramática.

—Drama el que me montáis. —Doy un paso hacia ella—. Si vamos a ir claras, vamos con todo. Nada de pasillos y susurros.

Sabina suspira y se le cae un poco la sonrisa.

—Si lo que necesitas saber es qué dije de ti... dije que eres la que más me intimida. Porque me gritas. Porque me riñes. Porque a veces me tratas con condescendencia. —Traga, sin perder ese tono fino suyo—. Y también dije que me importas tanto que me descolocas. Por separado era más sencillo. Aquí, juntas, se siente... inquisitorial.

Sabina admite que le doy miedo. No sé dónde poner eso.

Amaia aprovecha el hueco y se pone derecha con una expresión que te llama tonta a la cara con elegancia.

—Yo venía a esta casa a ser la adulta responsable. La que pone tiritas, la que no quema las tostadas y la que mantiene la cordura. Y al final, miradme. Me habéis arrastrado a vuestro lío de cabeza, pero no me voy a hacer la víctima. No soy un rehén de vuestros caprichos. Quiero estar. Aquí. Con vosotras tres. Eso por mi parte.

—Mira, la psicóloga se nos ha puesto valiente —la pincho, suave, para que no se me suba la ternura a la garganta y me delate.

Amaia sigue a lo suyo:

—Me siento ambivalente. Me ilusiona y me asusta. Me activa y me da vértigo. Pero prefiero esto, con palabras, con acuerdos, que lo de antes: cada una interpretando gestos y montándose historias. Ya no estoy fuera de vuestro rollo de siempre. Y me encanta.

Irina decide que hasta aquí la parte lírica. Se gira despacio. Sigue enfadada. La mirada se le fija en Sabina y el cuarto se hace pequeño.

—Todo eso está muy bien —dice—. Pero yo no voy a hablar de deseos ni de futuro sin saber por qué esta —señala a Sabina, dedo firme— decidió que mi vida se compra con cuarenta millones entregados a mis enemigos.

Sabina se levanta del sillón rápido, sin perder el porte, pero con el pulso alto.

—Otra vez con lo mismo —contesta, sin un taco, pero con filo—. Era tu vida, Irina. Tu vida.

—Era mi decisión —ruge Irina, y el esfuerzo le pasa factura: se lleva la mano al costado—. Me humillaste delante de mi gente y recompensaste a quienes querían verme enterrada. Y tú, tan inteligente, tan brillante... ¿de verdad no entiendes por qué fue un

error? Pagaste cuarenta millones por miedo a perderme. Te entiendo el miedo. No te acepto el método. Nos va a explotar en la cara.

—¿Y qué proponías? —Sabina avanza y se planta cerca, sin achantarse, sin gritar—. ¿Que aceptara quedarme de brazos cruzados? No soy un soldado que aplaude las bajas por disciplina. Soy una mujer que te ama. Y el dinero no tiene el mismo peso para mí que para ti, lo sé. Pero hay cosas que no tienen precio: que tus hijas no tengan que enterrar a su madre.

—No me asusta morir, Sabina —dice Irina, baja, dura—. Me asusta lo que harías tú después.

Esa frase me deja los dientes apretados. Ellas están ahí, a nada de distancia, con el orgullo por delante y el cariño por detrás, y yo hoy vengo con humor, así que intervengo antes de que se desangren por orgullo.

—Vale, ya. Se acabó el duelo de miradas, que os vais a dejar estrábicas —alzo la voz—. Irina, cariño, bájate del pedestal. Sabina ha soltado cuarenta millones. Cuarenta. ¿Te entra la idea? Sé que tú escuchas cifras y ni se te mueve una pestaña, porque fijo que tienes más dinero escondido en sitios que yo no sé ni pronunciar, y me hace gracia ser tu mujer y no tener ni idea de cuánta pasta hay. Pero para el resto del planeta eso es una barbaridad. No ha sido un capricho. Lo ha hecho por ti. Por nosotras. Estaba cagada de miedo de que acabaras muerta. Te vio sangrando sobre el mármol, gilipollas. Humillación es que te pierdas por orgullo. Esto ha sido amor. Amor bruto, sí. Amor de «me lanzo y ya veremos». Pero amor.

Sabina me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza. No está acostumbrada a que yo le haga los coros contra la jefa. Irina analiza mi defensa con una intensidad que me hiela los pies.

—He puesto treinta —matiza Sabina, con una corrección casi ofendida—. Los otros diez son de Rashel. No le quitemos mérito.

—Eso —asiento—. Rashel también vio el panorama y estuvo de acuerdo. Y ya de paso, Irina, igual te toca reconocer que tú sola te metiste en un charco con los Trueno por pura cabezonería.

Irina afloja los hombros. Un gesto mínimo, pero existe.

—Ese charco no lo busqué sola —dice—. Lo de los Trueno fue para salvar a Ana. Pero qué sabréis vosotras. No tenéis la

información. Ni tenéis ni idea de lo que piensa Rashel.

Claro. Ana. Siempre hay un capítulo que yo no he leído.

Amaia entra sin apretar, pregunta desde su tono clínico:

—Irina, cuando dices «no tenéis la información», eso marca una jerarquía que aquí nos está haciendo daño. Si quieres que funcionemos, necesitamos un nivel mínimo de transparencia. No por control, por seguridad emocional.

—Ahora no. —Levanto la palma—. Hoy no estamos haciendo *briefing* de guerras. Hoy estamos aquí por nosotras. Irina, quiero saber dónde estás tú con todo esto. Con nosotras.

Irina mira hacia el jardín, sin moverse mucho.

—¿Qué quieres que te diga, Julia? —responde—. Me cuesta pensar en sexo y futuro con la sensación de que nos pueden matar a todas. Pero vale. Ya que estamos aquí... Lo mío no es una exclusiva. No sé fingir indiferencia tanto como vosotras. —Mira a Sabina, y en esa mirada se le va medio personaje—. Yo quiero a Sabina desde siempre. Todas lo sabéis, aunque hayáis preferido no mirarlo para mantener la convivencia tranquila. Cuando Sabina empezó con Amaia... te odié, Amaia. No era personal. Eran celos. Pérdida.

Amaia asiente despacio, sin ponerse dramática.

—Lo sé. Era muy evidente. Lo viví.

—Luego vi que tú eras lo que ella necesitaba —sigue Irina, y se le suaviza la voz—. Apoyo. Pausa. Estabilidad. Yo no doy eso bien. Con el tiempo dejaste de ser un obstáculo y te convertiste en familia. Me cuesta decirlo porque se me cae la máscara, pero te quiero, Amaia.

Ver a Irina diciéndole «te quiero» sin que se le atragante me deja medio boba. Y justo por eso no me guardo lo mío.

—Dímelo a la cara, Irina —pido, y mi voz sale rara, más humana de lo que me gustaría—. Necesito quitarme esto de la cabeza. Desde que tú y yo firmamos la exclusividad... ¿te has acostado con Sabina? ¿Habéis tenido algo a escondidas?

Sabina baja la mirada al suelo. Amaia se tensa, con los ojos apretados un instante, preparándose para el impacto. Irina me aguanta la mirada sin esquivarme.

—No. Jamás.

Ese «jamás» me quita un peso enorme de encima.

—Ganas no me han faltado, Julia —añade, directa—. No te voy a mentir ahora. He sentido deseo. Muchas veces. Pero me frené por ti. Y por Amaia. Cuando tuve que elegir, te elegí a ti. No he roto el trato ni una vez.

Se me escapa una risa corta, nerviosa, de alivio. Me siento idiota y feliz a la vez.

—Y a partir de aquí —sigue Irina, centrada en Sabina— estoy dispuesta a que esto se abra. Pero con condiciones: de frente. Las cuatro enteradas. Nada escondido.

Yo asiento, porque me está saliendo hasta responsable, mira tú.

Irina recoloca los hombros, intenta volver a su postura habitual.

—Pero no te confundas, Sabina. Sigo enfadada. No acepto que te metas en mi vida y menos con decisiones que tienen consecuencias. Te guste o no, yo soy la que decide en mi vida. Y también soy la que puede protegeros, aunque ahora os cueste verlo.

A Sabina se le va la compostura. Se le humedecen los ojos, pero mantiene el tono educado, ese que duele más que un grito.

—Es mi vida también, Irina —dice, más alta, sin perder la dicción—. Y está hecho. Tú nos diste tu palabra de que se acababan los trapicheos con los Trueno. Así que no voy a hablar más del dinero. Lo volvería a pagar, todas las veces necesarias. Y yo tampoco te perdono que mencionaras mis pastillas en la cocina. Me expusiste delante de ellas para castigarme. Yo te lo conté a ti, solo a ti, en un momento en el que estaba al límite. Y tú usaste eso para herirme.

Yo me planto delante de Sabina y le doy una colleja suave, con cariño, para bajarle el pulso. Hoy no vengo a pelear, vengo a ordenar el caos sin romper nada.

—Sabi, cielo, baja un punto el volumen —le digo—. Y tú también, Ira. Que os quiero vivas a las dos, no impecables. —Miro a Sabina—. Tienes que empezar a confiar en nosotras. No puedes llevar una farmacia escondida en el bolso y pretender que no nos enteremos. ¿Por qué no nos lo dijiste?

Sabina me encara con los ojos cargados de agua.

—No te busqué a ti porque siempre estás con el ladrido en la boca, Julia —dice, sin insultar, pero dándome donde duele—. Me

regañas. Me pones nerviosa. Me intimidas cuando te enfadas conmigo.

Me como el reproche doblado porque sé que lleva razón. Mi forma de demostrar afecto es a base de marcar territorio y dar voces, y eso al final termina mandando a la gente que me importa al rincón de los castigados.

—Vale —digo, tragando—. Eso... es justo. Soy un encanto, ya lo sé.

Amaia se acerca desde el colchón, le toma la mano a Sabina con una delicadeza que a mí me da envidia y paz a la vez.

—¿Y a mí por qué me dejaste fuera de esto, Sabi? Soy tu mujer. Se supone que conmigo no tienes que llevar puesta la máscara.

Sabina traga saliva.

—Porque no quería que me miraras con pena, Amaia. No quería mancharte otra vez con mis recaídas y mis tonterías. Tengo un pánico que no me deja dormir a que un día te canses de mis líos, me veas tal cual soy y te vayas.

Amaia la abraza. No es teatro; es sostén real. Sabina se permite romperse contra su hombro.

—Si después de todo lo que hemos pasado sigo aquí —dice Amaia, con voz firme— no me voy a ir ahora. Pero necesito que me dejes ayudarte. Que nos dejes ayudarte. Sin secretos. Sin compartimentos cerrados. ¿Me lo prometes?

—Vale —contesta Sabina, con una sonrisa amarga, intentando que el humor la salve—. Haced lo que queráis. Ponedme un localizador. Revisad cuántas veces entro al baño. Firmo lo que haga falta. Pero no me dejéis sola con mi cabeza. Mi cabeza... no siempre juega a favor.

Eso, dicho así, nos deja a las cuatro más quietas. No por incomodidad; por respeto. Por entender la gravedad.

Amaia se separa para mirarnos a todas y toma el timón con calma profesional.

—Necesitamos acuerdos —dice—. Concretos. Y realistas. Uno: hablamos antes de que alguien explote. Dos: cuando haya una decisión que afecte al grupo, la hablamos en grupo. Tres: cuando haya celos, se nombran. Se identifican necesidades, no se castiga.

Cuatro: si alguien recae o está en riesgo, se activa apoyo, no juicio. Y cinco: definimos qué parte se comparte fuera de casa. Hay niñas. Hay entorno.

Nos ponemos a debatir. Hablamos todas a la vez, nos interrumpimos, nos reímos con nervios, nos picamos con cariño. Negociamos convivencia, deseo y miedo, con veinte años de historia sentadas en el suelo.

—¿Habrá noches separadas o juntas? —pregunta Sabina, ya más serena, con ese brillo de quien ya está montándose su propia película erótica en la cabeza.

—Se verá —respondo—. Si una tiene un día de mierda, se va a su cueva y punto. No voy a hacer una tabla. Ni un Excel. Me niego a vivir en una agenda de «hoy te toco, mañana me tocas». Me mata la gracia.

Amaia asiente y lo aterriza a su terreno:

—También habrá que acordar cómo gestionamos la sensación de exclusión. Si alguien se siente fuera, lo dice. Sin castigos pasivos. Y si alguien necesita espacio, se respeta, sin interpretar que es rechazo.

Irina añade, firme, con ese tono suyo que sirve para que el mundo se ponga recto:

—Y el consentimiento es innegociable. Nadie tiene obligación de nada. Ni presiones, ni bromas, ni chantajes emocionales. Si una dice que no, se acabó.

A mí me pica la nuca de hablar de esto tan normal, pero me aguanto. Y saco el tema práctico, el que luego nos ahorra problemas.

—Y otra cosa. —Las tres me atienden—. De puertas afuera, seguimos con la versión oficial: dos parejas conviviendo por logística. Que la gente piense lo que quiera. Aquí no hay que dar explicaciones. Lo que hagamos debajo del edredón es patrimonio nacional exclusivo de esta casa. Nadie necesita saber a quién le estamos quitando las bragas. Hay que blindar a las crías y que la casa no salte por los aires.

Irina asiente, aprobando el plan por utilidad.

—Es práctico. El misterio siempre ayuda a mantener el respeto.

Sabina me mira con una sonrisa fina, con guasa controlada.

—Julia proponiendo discreción. Qué giro argumental —dice—. Eres una hipócrita de mucho cuidado. Aun así, estoy de acuerdo. Por pura comodidad social y no tener que dar explicaciones a nadie ni aguantar caras raras.

Amaia también asiente, seria.

—Es una medida de protección. No de vergüenza. Y eso hay que recordarlo.

Pero Irina y Sabina no han cerrado lo suyo. Vuelven a engancharse, a discutir quién tiene derecho a estar más herida, sacando cosas antiguas, de antes de las canas, de antes de los pactos.

Estoy agotada. Me pesan las piernas. Necesito espacio. Necesito un respiro. Y también, para qué mentir, quiero estar un rato a solas con Amaia.

—Hasta aquí la reunión de hoy. —Me levanto con la chulería justa para que me hagan caso—. Irina, Sabina... fuera.

Me miran como si me hubiera vuelto loca de repente.

—¿Perdona? —Sabina arruga el morro.

—Lo que habéis oído. Os vais a la otra habitación y lo habláis vosotras dos. Os reconciliáis, os abrazáis, os... lo que os dé la gana. Pero no volvéis aquí hasta que lo tengáis encaminado. Necesito un rato sin vosotras chocando.

Irina me mira, buscando si voy en serio. Asiente. Se mueve con cuidado, protegiéndose el costado, y sale. Sabina va detrás con un brillo en los ojos que me dice que ya calcula en qué postura va a pedir perdón.

—Irina —la llamo cuando está en el umbral. Se gira—. Cuida de ella esta noche. No la dejes sola con su cabeza. Ya me entiendes.

Irina asiente otra vez, más despacio.

—Lo entiendo, Julia. No se me va a escapar.

Me besa rápido y cierran la puerta tras de sí. Se oye el rumor de sus pasos alejándose por el pasillo y luego la nada.

Me dejo caer en el colchón, desparramada.

—Ostras. —Me tapo la cara con las manos—. Qué día de mierda. Qué familia de locas hemos montado.

Amaia se tumba a mi lado y me pasa una mano por el brazo. Un gesto pequeño, pero me coloca por dentro.

—Estás regulando. Te he visto. Has intervenido sin atacar. Has puesto límites. Has sostenido. Eso también es quererse.

Yo me giro hacia ella. Me cuesta hablar sin chiste, y aun así lo intento.

—Tengo miedo, Amaia —confieso—. Miedo de no saber manejar esto. Miedo de romperlo.

Ella me coge la mano y entrelaza los dedos con los míos. Aprieta.

—Yo también tengo miedo —responde—. Y a la vez, por primera vez en mucho tiempo, no lo llevamos cada una por su lado. Lo estamos compartiendo. Y cuando el miedo se comparte, pesa menos. No desaparece, pero se vuelve tratable.

Me acerco a su cuello y cierro los ojos. Hoy, al menos hoy, hemos dejado de esquivar lo evidente. Somos esto: cuatro mujeres con historia, con deseo, con heridas, intentando hacerlo bien.

Un desastre, sí.

Nuestro desastre.

Y con eso, por hoy, me vale. Si nos rompemos, nos rompemos juntas.

Capítulo 27

Estoy caliente. Punto. Y no en plan poético: en plan cuerpo insistente. Yo no pido paso para entrar en el barro. A mí me va el sexo bruto, el de agarrar fuerte, el de acabar con marcas que luego hay que tapar con ropa y con cara de «yo no sé nada». Me gusta mandar, llevar el ritmo, decidir, notar cuándo la otra cambia la respiración y saber que he acertado.

Y hoy... hoy estoy rara. Me sale pudor. Pudor a mí. Es ridículo. Yo, Julia, la que ha desfilado casi en cueros en una pasarela en París con cara de aburrida, la que ha dicho barbaridades a gente importante tan tranquila. Y ahora tengo a la pelirroja a un metro y me entra una inseguridad tonta, adolescente, de las que te hacen sudar las manos.

¿Qué coño es esto? Pues que me importa, esa es la tragedia. Me estoy jugando algo que no sé ni bautizar y eso me anula la licencia de tía dura en el peor momento.

Amaia es mucha Amaia. No lo voy a confesar ni aunque me amenacen con quitarme el suministro de ginebra de por vida, pero es lo que hay. Me pone nerviosa no dar la talla con ella. Quiero que flipe, quiero que se acuerde de cada movimiento, y esa necesidad de ser impecable me da una náusea insoportable.

Amaia se apalanca contra el cabecero de mi cama con una cara que me dice que rastrea hasta el último pensamiento guarro. Me analiza con una paciencia que me hace sentirme desnuda sin necesidad de tocarme un solo botón.

—¿Julia?

—¿Qué quieres? —le devuelvo.

Me sale un tono borde que tira para atrás. Mi capacidad para ser encantadora en los momentos clave se merece un premio a la mediocridad absoluta. Ella parpadea despacio y lo que hace con la boca me vuelve idiota.

—Oye... ¿me puedo duchar aquí? En tu baño, digo.

Casi me descojono por lo surrealista de la situación. Tenemos el cuarto calentito después de haber mandado a Sabina y a Irina a dar un paseo para tener un momento a solas, tengo los bajos dando palmas y ella me sale con el gel de ducha.

—Madre mía, Amaia. ¿Qué pregunta es esa? —le digo mientras salto del colchón.

—Estoy nerviosa, Julia —admite ella—. Yo qué sé.

Esa confesión me vuela la peluca. Ella también lo sabe. Sabe que hoy no vamos a comentar el precio del kilo de aguacates. Me acerco un palmo.

—Pues bájale a la intensidad, que me salen ronchas con tanto drama. —Camufló el tembleque de las manos—. Tira para el baño. Haz lo que te salga de la peineta: caga, mea o mira la alcachofa si eso te calma el chichi. No me pidas permiso para usar mi baño, es todo tuyo. Circula, anda.

Amaia niega con la cabeza y se levanta.

—Qué cerda eres, de verdad.

Me voy detrás y le corto el paso con el antebrazo apoyado en la pared, sin tocarla todavía, dejándole espacio para que decida. Porque con Amaia se puede ser guarra, pero no idiota.

—Una cosa —le digo bajito—. No me pidas permiso para cosas que son normales. Si necesitas pedirlo para otras, ahí ya hablamos.

Fija la mirada en mi boca y traga. Vale. Perfecto.

—Julia... —Suenan a aviso y a súplica a la vez—. No me pinches.

—Yo no pincho. Yo señalo realidades. Y ahora mismo la realidad es que estás temblando y me estás dando una pena que no te la mereces.

—¿Pena? —Me mira con ofensa teatral—. Qué cabrona.

—Con cariño. Siempre con cariño. —Le guiño un ojo—. Venga. Dime la verdad: ¿te quieres duchar o te quieres esconder?

Amaia bufa y me señala con un dedo.

—Eres pesadita.

—Y tú has te has quedado aquí voluntariamente. Eso dice mucho de tu salud mental.

—Soy psicóloga, no hago milagros. —Me da un empujoncito suave con el hombro—. Y sí, me quiero duchar. Me ayuda. Agua, orden, dos cosas que entiendo.

—Qué bien, orden. Pero vuelves a la boca. —Ya no me sale hacerlo más ligero—. No lo hagas, que luego tengo que recomponerme y yo no tengo consulta.

—Pues no provoques —me contesta, seca, pero con sonrisa.

—¿Yo? Si tú has empezado con lo del baño, que eso es un clásico tuyo. Preguntas sencillas para tapar lo que te pasa.

Abre la boca para soltarme otra, pero al final se rinde y me agarra la camiseta con dos dedos, suave, tirando apenas.

—Dame un beso y déjame ducharme —dice, casi enfadada consigo misma.

Me río por lo bajo.

—Mierda, Amaia. Así sí.

Le agarro la cara con las dos manos y la beso. No hay prisa, no hay exhibición, no hay nada que demostrar. Solo ella, su boca y esa manera suya de ceder sin dejar de tener carácter.

—Ahora te vas a duchar. Y cuando salgas, ya veremos si sigues tan valiente.

—Qué chula eres, tía, a mí no me vaciles, te aviso —murmura, con los labios aún pegajosos.

—Venga, ve. Y no tardes mil años, que te conozco.

Amaia ya se gira hacia el baño, pero antes de entrar se vuelve con el pomo en la mano.

—Y no voy a cagar —dice, seria—. Que conste.

Se cierra la puerta y enseguida oigo el sonido del agua golpeando el plato de ducha. Negocio con mis pulmones para que el oxígeno baje a la planta baja, que tengo aquello a punto de reventar por la presión acumulada. Tengo que bajar de revoluciones. Me miro las palmas de las manos; me sudan de forma asquerosa. Julia Sinmiedo, la que se las sabe todas, con taquicardia y sudores de novata por una pelirroja que sabe amasar harina y poner cara de buena. Soy un desecho social.

Manoteo el móvil. Necesito un chute de realidad para no terminar tirando abajo la puerta del baño y montando una escena de alto

voltaje bajo el agua. Llamo a las crías. Son mi cable a tierra, el aviso de que soy una adulta responsable y no una adolescente con las hormonas pidiendo guerra a gritos.

—¿Qué pasa, tropa? —suelto en cuanto Svet me lo coge—. ¿Habéis reducido ya a cenizas el piso de Martina o todavía hay algo donde apoyar el culo?

Me llega la risa de Svet. Esa cría tiene el don de quitarme las tonterías de un plumazo.

—Todavía estamos negociando el menú, mamá. Vera quiere pedir pizza con todo lo que sea ilegal y yo digo que hoy toca algo que no nos tape las arterias de grasa, que ya llevamos una semana de excesos.

—No me des la turra con el brócoli, Svet, que se te está pegando lo mística de tu hermana. Dadle al cuerpo lo que pida, pero luego no me vengáis llorando con que el estómago os duele. ¿La matemática os vigila o ha dimitido ya?

—Martina está fundida con sus cables y sus algoritmos, pasando de todo —interrumpe Vera, mangándole el móvil a la otra—. Oye, mi cargador está en la mesilla de mamá. Que no lo toque, que me conozco sus manazas.

—Se lo diré cuando salga de la cueva —le aseguro—. Venga, portaos como personas y no hagáis que me arrepienta de haberos dejado sueltas.

—Vale, corta ya, pesada, que te queremos —dice mi hija antes de colgar.

Estrello el móvil contra el colchón. Fin del teatro de madre modelo. El sonido del agua se corta. El cuarto se llena de una espera física que me hace castañear los dientes. Estoy rozando lo patético y haciendo poesía y me estoy poniendo enferma.

La puerta del baño se abre y el vapor sale en desbandada, el cuarto se llena de un olor a jabón que me mareo. Amaia asoma envuelta en una toalla blanca, con el pelo goteando sobre los hombros. Es un insulto a la decencia lo bien que le sienta la humedad. Me mira y veo que el deseo ya le asoma por las pupilas, brillante y peligroso.

Me levanto, decidida a que no se me escape el control del asunto. Si no muevo el culo, esto acabará en drama existencial y yo he venido a por el premio gordo.

—Me toca.

Le paso por el lado sin tocarla, aunque me cuesta la vida no meterle la mano bajo el rizo de la toalla para comprobar si su piel quema tanto como imagino.

Me encierro en el baño. Necesito que el cerebro deje de dar saltos. Me quito la ropa de un tirón y la mando al cesto con un desprecio absoluto. Me meto bajo el chorro de agua fría. A lo bestia. Busco el sopapo térmico para dejar de pensar y quitarme el sudor del día. No quiero oler fatal cuando la tenga delante. Me enjabono a toda leche, me seco de mala manera y me anudo la toalla a la cintura. El espejo me devuelve la imagen de una suicida, pero con la barbilla alta. Es Amaia, Julia. Tu Amaia. No muerde... y si muerde, mejor.

Al volver al dormitorio, Amaia está junto a la ventana, de espaldas a mí. Se ha puesto una de mis camisetas, una negra de algodón que le llega a mitad del muslo. Está hablando por teléfono con las niñas también, con esa voz suave que usa para poner orden en sus cabezas.

La observo desde la sombra. Siento una mezcla de ternura y un morbo que me recorre la columna. Esta mujer es el sitio donde puedo dejar de hacerme la dura y darme cuenta me acojona más que un pelotón de fusilamiento de los Truenos. Verla con mi ropa, invadiendo mi terreno, me hace sentir que mi mundo se ha reducido a estas cuatro paredes.

Al carajo. Me lanzo. No lo pienso más porque si lo pienso analizo las consecuencias y hoy las consecuencias me importan un bledo. Me acerco por detrás, sin hacer ruido, sintiendo el frío del suelo en los pies. Le rodeo la cintura por encima de la tela negra y la aprieto contra mí con unas ganas que pretenden ser de jefa pero que me delatan por completo.

Me pego a su espalda hasta que me llega su calor. Ella suspira y se abandona contra mi pecho. Huele a limpio, a mi jabón, a ella. Es la puta gloria. Le hundo la cara en el cuello, donde el pelo sigue

húmedo, y le planto un beso de los que dejan claro lo que quiero. Su pulso se dispara bajo mis labios.

—Cuelga —le digo al oído, y le doy un mordisquito en el lóbulo—. Tengo un asunto urgente. De los que no esperan.

Su risa me vibra pegada al esternón. Despacha a las crías en dos frases.

—Sí, mi amor, sí, claro. Manda foto de los deberes. *Bai, maite zaitut. Agur bihotza, eta ondo portatu.* —Corta y deja el móvil en la mesilla, sin apartarme la mano de encima—. Ya está. ¿Contenta?

—Mucho. —Le aprieto el vientre con la palma—. Me encanta cuando me obedecen.

Se gira despacio, con cuidado de no romper el momento. Me aguanta la mirada con un brillo que dice que no va a ser una presa fácil.

Luego, con todo el descaro, me mira las tetas, aunque para descaro el mío, que estoy aquí pegada a ella casi en pelotas.

—Vaya, Julia —dice, con una sonrisa ladeada—. Yo que pensaba que eras la dura del grupo. Y mírate. Vienes a por abrazo y permiso.

—¿Permiso? —Me río por la nariz—. ¿Tú me ves cara de pedir permiso?

—Yo te veo cara de venir nerviosa.

—No te flipes, pelirroja —intento recuperar mi voz de seria—. Es pura táctica. No quiero que luego vayas llorando por ahí diciendo que soy una bruta. Se llama elegancia, coño.

—Ya, claro —se mofa ella—. Tienes las orejas coloradas, chula. No me vendas la moto. Estás muerta de miedo, que te conozco.

Sube las manos por mi pecho hasta apretarme la nuca con los dedos. Sus uñas me rozan la piel y me dan ganas de gritar.

—Es el calor de la ducha, pesada —miento, aunque sé que no me cree—. Y saca tus dedos de psicóloga de mi cabeza, que aquí no te voy a pagar la hora de terapia.

Me pongo seria. La miro a los ojos y me sale lo de siempre: el impulso de cuidarla, aunque ella sea la que nos recoge a todas cuando vamos hechas un cristo.

—Solo quiero que estés bien y que no te asustes si me sale la cafre. Me sale fatal esto de cuidar sin ponerme a hacer el payaso, ya

sabes.

Lo digo y ya me veo la cara de idiota desde fuera. Qué necesidad. Me rasco la nuca, hago una mueca y me refugio en el humor antes de que me salga otra frase blandita.

—Mira, si me pongo tierna me pegas un collejón y ya está, ¿vale? Me lo merezco.

Amaia me clava una mirada firme, de las suyas, de «a mí no me vengas con películas».

—No te equivoques conmigo, Julia. No soy una virgen que salió ayer del colegio de monjas ni soy tonta. No me voy a asustar de ti a estas alturas. Sé dónde me meto y a quién tengo delante. Llevo veinte años viéndote ser tú.

—Vale, vale. Ya. —Me acerco hasta rozarle la punta de la nariz, porque hablar me deja con el culo al aire y tocar es más fácil—. Es que contigo me sale la vena protectora y me queda rara, hasta fea, te lo digo. Y sí, sé que tú no eres nueva, pero solo has estado con Sabina.

Sopeso si digo lo siguiente o me lo trago. Lo suelto igual.

—Y Sabina... Sabina tiene esa cosa de diosa nórdica seductora, pero luego en la cama se le cae la máscara. Le gusta que la lleven, que le digan «ahora», «aquí», «así». Le gusta tumbarse y dejarse. Yo no soy así, aviso. Yo me enciendo, hablo, toco, mando... y encima me río.

Sus manos bajan despacio por mi espalda, hasta el borde de la toalla. La cabrona sabe lo que hace. Me noto las piernas más vivas, el cuerpo más atento.

—Me estás vendiendo mucho cuidado, Julia. ¿Qué pasa? ¿Te da cosa porque hoy no puedes esconderte detrás de tu fama?

—¿Mi fama? —Me río por lo bajo—. Mi fama es un invento vuestro para tener tema de conversación en cenas. Luego soy una señora que hace la compra y se enfada con el pan que viene roto. Una leyenda.

—Ya. Y yo soy la Virgen de Arantzazu.

—Ay, hija de... —Me muerdo la risa, le pego un toque con la frente y le hablo bajito—. Tú lo que quieres es verme perder la compostura. Te pone nerviosa que yo esté tranquila.

—Me pone nerviosa que hables tanto —me corta, directa—. Eso sí.

—Pues mala suerte, cielo. Yo hablo. —Le aprieto la cintura, suave, para que note que no es bronca—. Y hoy encima estoy contenta, así que igual doy la chapa el doble.

Amaia no se aparta. Se pega más. Restriega su pecho contra el mío, los pezones marcados bajo mi camiseta. Me sale una risa tonta que disimulo con chulería.

—Si supieras cómo soy, estarías muerta de miedo. No pido permiso y las delicadezas no son lo mío. Me gusta el jaleo y me gusta mandar.

—¿Ah, sí? —Amaia ladea la cabeza—. Pues prueba.

—¿Prueba qué?

—A mandarme. A ver si te atreves cuando no estás de boquilla.

—Me estás provocando.

—Te estoy escuchando, que es distinto.

Le paso un dedo por el borde de las bragas, sin meterlo, solo rozando. La miro a la cara, sin bajar la vista. Que sepa que voy en serio y que también voy jugando.

—Vale. Primera orden: deja de hacerte la valiente. Si algo te gusta, lo dices. Si algo te corta, lo dices.

—Aiba, mira quién se ha puesto responsable.

—Es que hoy me ha dado por ser buena persona un rato. No te acostumbres.

—Tranquila, que se te pasa. —Me roza el cuello con los labios. Me agarra una teta y aprieta—. Pues venga, Julia. Manda. Tengo curiosidad de verte el numerito.

—Vale. —Le doy un beso corto en la comisura de su boca—. Pero ahora dime una cosa.

—¿Qué?

—Que quieres que me calle.

Amaia abre la boca, duda y al final se ríe bajito. Me excita y me enternece a la vez. Menuda mezcla.

—Quiero que te calles un rato.

—Perfecto. —Le doy otro beso, más largo—. Pero te aviso: si me callo, me salen las manos.

—Eso ya lo noto.

—Pues espérate. —Le muerdo suave el labio inferior—. Y otra cosa, Amaia.

—Dime.

—Voy a ser generosa.

—¿Generosa?

—Sí. Te voy a dejar elegir una vez. Una. Luego ya me encargo yo.

Amaia me agarra la toalla con dos dedos y tira, sin quitármela del todo.

—¿Y qué puedo elegir?

—Dónde pones las manos. Y te doy una pista: si las pones donde me gusta, luego no me pidas que sea educada.

No se pone chula. Me mira, roja, sabe que le estoy dando una salida y decide no tomarla.

—No quiero elegir. Elige tú.

—Así vas muy bien. —Le agarro la muñeca y se la coloco donde quiero—. Aquí. Y no te cortes.

Ya no hay chulería, ni suya ni mía. Hay ganas. Y hay confianza. Y me entra una ternura cabrona que disfrazo con una pulla, porque me sale mejor.

—Y deja de apretarme la teta con esa cara de santa, que luego me haces decir barbaridades y te pones roja.

—Yo no me pongo roja.

—Ya. Y yo no hablo tanto.

Amaia se ríe otra vez y busca roce, calor. Me pasa el pulgar por debajo del pezón. Me empuja, me prueba. La sujeto bien, sin hacerle daño, y le vuelvo a acercar la boca al oído.

—Te toca aprender una cosa conmigo —susurro—. Cuando digo «quieta», es quieta.

—¿Seguro que me quieres quieta? Joder...

—Eso es. Joder. Y ahora, otra orden: deja de mirarme la boca y bésame de una vez.

—Te voy a besar y te voy a dejar mandar un rato, pero yo de momento escucho mucha cháchara de tía dura y veo poco movimiento. ¿O es que tienes miedo de no estar a la altura de tu propia reputación delante de mí?

Me está buscando las cosquillas y encima le sale bien. Me calienta y me divierte a la vez, que ya es mala suerte. Le aguanto la mirada, trago saliva y se me escapa una risa tonta por la nariz.

—A ver, Amaia... —digo pegada a su boca—. Tú hoy has venido a tocarme los ovarios, ¿no?

—Yo he venido a que hagas algo. —Pone cara de «venga, va, espabila»—. Que hablas un montón.

—Hablar es gratis, pelirroja. Lo otro... lo otro exige entrega.

Le muerdo el labio, suave, y la miro de arriba abajo, para que lo note. Ella me agarra de la nuca con una mano, me da un beso rápido, con hambre, y se separa para hablar.

—Venga, Julia. Menos charla.

—Qué mandona te has puesto tú también, ¿eh? Me encanta y me cae fatal. Quieta ahí, coño. —La señalo con dos dedos—. Y no pongas esa cara de lista, que te veo venir.

—¿Qué cara? —pregunta, inocente. Mentirosa.

—Esa de «te leo el cerebro». La odio.

—No te leo nada, mujer. Se te ve todo en la cara.

—Qué gusto, chica. Qué paz me das —contesto, irónica, y camino hacia la mesilla.

No voy a hacerme la importante, pero me noto torpe. Giro, vuelvo a girar, y al final abro el cajón de la mesilla y aparto dos libros que tengo ahí para hacerme la intelectual. Cojo el mando pequeño y aprieto el botón. Se oye un zumbido y el fondo del armario se mueve lento. Muy lento.

—Venga ya... —murmuro—. Te juro que hace esto cuando hay público.

—Ya, claro. El armario también se pone nervioso.

—Tú te ríes, pero te voy a poner a ti nerviosa en un minuto.

Se encienden las luces del compartimento y aparece todo. Ordenadito. Limpio. Cuero, seda, metal. No es un circo, es mi material, mi colección privada de años. Me hace gracia y me da pudor a la vez enseñarle las tripas de mi bestia.

Amaia se acerca despacio. No asustada, pero tampoco tan lanzada como antes. Se le abren los ojos más de la cuenta. Se planta delante del armario, se inclina.

—Hostia, Julia... —Silva—. Madre del amor hermoso. Tú aquí tienes de todo.

—Yo soy una persona previsora. —Intento mantener el tipo—. Y con aficiones.

Amaia alarga la mano y toca un látigo con la punta de los dedos. Lo roza con cuidado, como si fuera a morder. Luego mira las cuerdas de seda negra, bien recogidas, y niega con la cabeza.

—Vaya por Dios... Yo creía que eras intensa por la personalidad y resulta que es por el atrezo. ¿Esto viene con manual de instrucciones o te lo sabes de memoria?

Me río, porque esa salida es muy suya y me baja las pulsaciones de golpe.

—Me lo sé de memoria. Y lo que no sé, me lo invento.

—Qué bruta eres. —Me mira de reojo, divertida—. ¿Te gusta atar?

—Me gusta que no me den la turra. Eso ayuda. Y tú qué mala eres, que me pones a hablar de esto y luego dices que hablo mucho.

Amaia se ríe, pero no se aparta. Da un paso más y se me mete cerca, tan tranquila. A mí ese «tan tranquila» me deja tocada, porque yo por dentro voy acelerada.

—¿Irina te deja usar esto con ella?

Me sale una carcajada corta, más por sorpresa que por otra cosa.

—Pues claro. Cuando le apetece.

—Ajá.

—Ajá dice. Te has puesto muy vasca de repente.

—Soy vasca todo el rato, Julia. Tú es que te enteras cuando te interesa.

Mira otra vez el armario y luego vuelve a mí. No pregunta por morbo barato. Pregunta por mí. Y eso me pone nerviosa.

—¿Y por qué me lo enseñas? ¿Te estás tapando con esto para no mirarme? —Baja la voz, suave pero firme—. No abras nada para impresionar. Si quieres usar algo, lo usamos. Si no, no pasa nada. A mí me vales tú, no el armario.

—Amaia...

—No, en serio —insiste—. Me gustas tú cuando estás aquí delante, haciéndote la chula y a la vez temblando.

—Que no tiemblo.

—Sí, sí, ya veo.

—Bueno, vale, un poco. Pero no por miedo, ¿eh? Por ganas.

Amaia sonríe y me toca la muñeca.

—Eso sí te lo compro.

Yo agarro aire, le aguanto la mirada y me sale el descaro otra vez, porque a mí me salva la vida.

—Mira, Amaia. Te lo voy a explicar fácil: te lo enseño porque me pone que lo mires. Y porque me pone más que no pongas cara rara. ¿Te vale?

—Me vale. Y no voy a poner cara rara. Ya te lo digo.

—Qué bien, porque odio los sustos a estas alturas. Elige, ¿lo dejamos abierto o lo cierro? Para que luego no digas que no soy generosa.

—Eres muy generosa, sí —se burla—. Te darán un premio.

—El premio me lo das tú luego, si te portas.

Amaia abre más los ojos, le ha entrado el calor. Se le va la risa.

Cojo el mando y cierro el compartimento sin dejarla decidir nada. Las luces se apagan y solo entra la luz de fuera, más suave. Me giro hacia ella y le corto el paso con el cuerpo, sin tocarla. Ella levanta la barbilla.

—¿Y ahora qué, Julia? ¿Vas a hacer algo o vas a seguir posando?

—Yo no poso. Yo preparo.

—Preparas.

—Shh.

Se me escapa una risa muy baja, porque soy imbécil y porque me encanta.

—Te estás riendo.

—Porque me caes muy bien, Amaia.

—Eso ya lo sé.

—No, no lo sabes. Me caes tan bien que me entran ganas de ser buena contigo. —Me muerdo la frase porque no quiero ponerme cursi. Así que lo arreglo rápido—. O sea, que igual no puedes caminar en condiciones mañana. Depende de ti.

—Ahí está Julia. Vale. Ya.

—¿Ya qué?

—Ya. Deja de hablar. Bésame.

—Qué impaciente te has puesto, aiba.

—No digas «aiba», que me da la risa.

—Pues no te rías.

Me hace caso, obediente por fuera. Por dentro no. Se le acelera la respiración y me agarra la camiseta. Me besa. Me coge la nuca, me tira hacia ella y me lo da con ganas. Yo le respondo igual y la empujo suave contra el armario. Cuando nos separamos, tiene esa sonrisa de «te estoy calentando y lo sabes».

—¿Esto era mandar? —me provoca.

—No. Esto era aviso.

—A ver el mando entonces, jefa.

—Tú sigue buscando, que ya lo vas a encontrar.

Le meto la mano por debajo de la camiseta, directa a la piel caliente de su cintura. Se le borran las bromas y se le ven las ganas en la cara.

—Bien —murmuro—. Ahora ya me estás cayendo peor.

—¿Por qué?

—Porque me estás poniendo muy contenta y luego pasa lo que pasa.

—¿Y qué pasa?

Le muerdo la mandíbula, suave.

—Que hoy te aguantas. Hoy vas a escucharme. Luego ya te dejo hacer cosas con la boca, que veo que la tienes con iniciativa.

Amaia suelta aire, le tiembla la risa.

—Eres una sinvergüenza.

—Sí. Y tú estás aquí. Así que revisa tus decisiones, guapa.

La agarro de la cintura, clavo los dedos en su carne y la tiro contra la cama sin muchas contemplaciones.

Capítulo 28

Amaia cae sobre el colchón con un «uf» que intenta sonar digno y le sale sincero. Rebota un poco y la camiseta se le sube, enseñando muslo. Se ríe con la misma boca con la que me vacilaba hace un minuto.

—La hostia, Julia. Qué fina.

—Fina no soy. —Me subo a la cama detrás de ella y le agarro la cintura por encima de la tela, apretando—. A ver, mírame un momento.

Gira la cabeza y me clava los ojos con chulería y paciencia de psicóloga.

—¿Vas a darme otra charla o qué?

—Voy a hacerte una pregunta y tú vas a contestar sin hacerte la graciosa. —Le aparto el pelo mojado del cuello y le beso detrás de la oreja—. ¿Estás bien? ¿Quieres esto?

Suelta un «*bai*» que le sale bajo, sin teatrillo. Y me gusta más de lo que debería.

—Vale. —Le muerdo suave el lóbulo, apenas—. Entonces no me marees.

—A ver quién maree a quién —murmura ella, y el tono le tiembla. Muy poco. Suficiente.

Le meto la mano por debajo de la camiseta, la subo por la espalda caliente y a ella se le corta la respiración. No digo nada. Que hable su aliento, que hoy ya hemos hablado bastante.

—Julia... —Me lo dice sin queja, sin demanda. Aviso.

—Te escucho.

—No me hagas sufrir por deporte.

Río en voz baja, pegada a su nuca.

—¿Por deporte? Tía, yo hago cardio en la elíptica. Esto es otra cosa.

A Amaia se le rompe la pose y me dedica un «ya, ya» con voz de «qué imbécil eres» que a mí me pone contenta.

—Date la vuelta —le digo.

—¿Y si no?

—No me calientes, Amaia. Que hoy vengo espléndida y luego me arrepiento.

—Ah, sí. Espléndida. —Se gira despacio hasta quedar boca arriba y me tira de la toalla anudada a la cintura—. Sigues vestida. Muy valiente.

—Estoy entreteniéndome. —Le apoyo una rodilla entre las piernas, sin aplastarla—. Y tú estás preciosa y muy lista, así que no me obligues a ponerte en modo «menos boca».

—¿Eso es una amenaza?

—Eso es una promesa. —Le pellizco el muslo, cariñosa, y luego le paso el pulgar por la piel, calmando el sitio—. Tú dime: ¿quieres que te quite la camiseta o te la quitas tú y presumes un rato?

Amaia abre la boca, piensa, y al final hace ese gesto suyo de «pues mira» que siempre acaba conmigo perdiendo neuronas.

—Me la quitas tú. Y no presumo, ¿eh? Estoy aquí tumbada, normal.

—Normal dice. —Le agarro el bajo de la camiseta y se la subo despacio, mirándole la cara y no el cuerpo, para que sepa que la estoy viendo entera—. Anda, levanta brazos.

Cuando le saco la camiseta por la cabeza, el pelo se le queda hecho un lío húmedo y me entran ganas de reírme y besarla a la vez.

—Estás guapísima despeinada.

—No me hagas cumplidos, que me da vergüenza.

—Tú la vergüenza la tienes en un cajón, bien guardada. —Le beso la frente, bajo a la sien y luego al pómulos—. Además, esto no es un cumplido. Es un dato.

Amaia me agarra de la nuca y tira, buscando mi boca.

—Dato tu madre. Ven aquí.

La beso. Fuerte, con ganas. Amaia me responde igual y me muerde el labio.

—Eh. Despacio con esa boca. Que te tengo calada y hoy no te dejo llevarme a rastras.

—¿A rastras? —Se ríe con mala idea—. Qué fantasiosa eres.

—Amaia, que te conozco. —Le bajo besos por el cuello y le marco la clavícula con la boca—. Te haces la prudente y luego estás aquí apretando las piernas.

—Estoy... —traga— ...a gusto.

—Me vale. —Le paso la mano por los pezones, y ella reacciona con un ruido que intenta esconder. Me mira con cara de «ni se te ocurra reírte».

—Te estás riendo.

—Un poco, sí. —Le doy otro beso, suave—. Me haces mucha gracia. Y me gustas. Mala mezcla.

Amaia me agarra la muñeca.

—Julia.

—¿Qué?

—Habla menos.

—Eso ya me lo has dicho, pesada.

—Pues hazme caso.

—Hazme tú caso a mí también. —Le beso la comisura de la boca—. Abre las piernas.

Se le van los ojos a los míos: sorpresa primero, luego un brillo que no es de chiste. Obedece despacio. No por miedo; por ganas. Y esa obediencia voluntaria me deja contenta de una manera que me da rabia admitir.

—Bien. —Le paso la mano por el interior del muslo y subo, sin llegar del todo—. Y ahora, otra vez, dime que estás bien con esto.

—Que sí, hostia.

—Gracias. —Le doy un beso rápido en la boca—. Qué educada eres cuando quieres.

Le acaricio el borde de la ropa interior, por fuera. Ella arquea la espalda. Me mira con el ceño fruncido, como enfadada con su propio cuerpo.

—No me mires con esa cara de... de «ya sé».

—Es que ya sé. —Le meto dos dedos por dentro de la goma, rozando piel. Ella me clava las uñas en el hombro—. Eh, uñas no,

que luego me toca explicar el cuadro.

—Pues no me provoques. —El tono le sale ronco.

Le aparto la mano del hombro y la llevo a la cama, al lado de su cabeza.

—Aquí. Quieta.

Amaia me mira con una mezcla de risa y «te voy a matar» que me vuelve loca.

—¿Quieta? ¿Yo?

—Sí. Tú. —Le aprieto la muñeca contra el colchón, firme pero sin pasarme—. A ver si puedes.

Amaia aguanta tres segundos y luego se le escapa un «me cago en...» entre dientes, bajito, porque le está costando. Y porque le está gustando. Le doy un beso en el pecho y luego otro más abajo.

—Hoy te voy a hacer perder el hilo y tú vas a fingir que no.

—No... no estoy fingiendo nada.

—Mejor.

Bajo con la boca hasta su barriga, le marco el ombligo con un beso lento. Ella me tira del pelo sin querer, se le va la mano por puro impulso. Levanto la cabeza y la miro, quieta.

—Amaia.

Ella sabe que odio que me toquen el pelo.

—Perdón. —Lo dice rápido, casi enfadada—. Se me ha ido.

—No pasa nada. —Le beso la muñeca, donde la tengo agarrada—. Si quieres tocarme el pelo, me lo dices antes, por favor.

Amaia se ríe, pero le tiembla.

—Y ahora te voy a hacer una guarrada con cariño, que es mi especialidad.

—Qué fina.

—Eso te gustaría.

Le bajo la mano por el vientre, ya sin jugar. Le engancho las bragas con dos dedos y se las arrastro por los muslos hasta quitárselas del todo. Cuando la toco por fin donde lleva rato pidiéndome el cuerpo, está caliente y mojada, pegajosa en la yema de mis dedos.

—Julia...

—Aquí estoy. —Le doy un beso en la cadera—. Respira.

—Qué... qué pesada eres con respirar.

—Porque funciona. —Le marco el ritmo con la mano, suave al principio, abriéndole los labios despacio—. Dime dónde.

—No me hagas decir nada ahora... que somos... nosotras, y esto es muy raro.

—Por eso te toca hablar. ¿Más? ¿Menos? ¿Igual?

Amaia cierra los ojos, y cuando los abre me mira con una honestidad que me da vértigo.

—Igual. Y no pares.

—Hecho. —Le beso la boca, corto, y vuelvo abajo sin dejar de tocarla—. Y ya que estamos: tienes una boca preciosa cuando no la usas para vacilarme.

—Pues mira qué bien... —Se le rompe la frase cuando le paso el dedo por el clítoris, directo, sin prisa—. Me estás... me estás liando.

—Te estoy haciendo un favor. —Le muerdo suave el muslo, por encima de la piel tensa—. Tú te pasas el día sujetando a todo el mundo. Hoy te sujeto yo.

Amaia suelta una risa que se convierte en un gemido y me agarra la muñeca otra vez, esta vez pidiéndolo sin decirlo. La dejo. Que agarre. Que se quede ahí. Yo sigo: dos dedos abriendo, el pulgar insistiendo arriba, la humedad creciendo, el coño respondiendo a cada pasada.

—Oye —dice, entrecortada—. ¿Y tu toalla?

—¿Te molesta?

—Quiero que estés igual de desnuda que yo.

—Qué exigente. —Me incorporo, me deshago el nudo y la dejo caer al suelo—. ¿Así mejor, señora?

Amaia me recorre con la mirada sin ninguna vergüenza ya. Se lame los labios.

—Así... sí.

—Vale. —Vuelvo a inclinarme sobre ella y le beso la boca otra vez, esta vez largo—. Y ahora vas a hacer una cosa por mí.

—¿Qué?

—Decírmelo todo. Si te sale un «más», lo dices. Si te sale un «para», lo dices. Si te sale un «Julia, te quiero pegar», también lo dices.

Amaia se ríe, y la risa le tiembla en el pecho.

—Julia, te quiero pegar.

—Ya lo sabía. —Le doy un beso rápido—. Ahora céntrate.

Vuelvo abajo, le separo las piernas, le sujeto los muslos con firmeza y la miro desde ahí. Tiene el coño abierto, brillante, los labios hinchados y rosados, y cuando le paso un dedo se moja más.

—Mírame.

Hace el esfuerzo de no apartar la cara. Me encanta. Me encanta porque es valiente de verdad, no de boquilla.

—Así. —Le paso el pulgar por el clítoris, lento, apretando para que lo note bien. Ella suelta un quejido claro—. Muy bien, Amaia.

—No me... no me digas «muy bien» que me cortas más.

—Pues ese es el plan, cariño.

—No me llames cariño.

—¿Qué quieres que te llame?

Amaia me mira con una rabia dulce, roja entera.

—Lámame Amaia. Y cállate.

—Amaia. —Lo digo despacio, disfrutándolo—. Y ahora te callas tú.

Le bajo la boca por fin, sin avisar más. Le abro los labios con los dedos y le meto la lengua, de abajo arriba, despacio, tragándome su sabor caliente y salado. Amaia se arquea con un «ah» que le sale crudo, sin vergüenza. Me agarra del pelo esta vez con intención, tirando, marcándome el sitio.

—Eso es —murmuro contra su coño, con la voz rota por la saliva—. Ahora no me importa. Agarra.

Intenta decir algo y solo le sale aire.

Le doy tiempo. Le doy ritmo. La lengua plana, larga, la recorro entera; luego la punta, donde se le rompe la respiración; después la boca, me cierro sobre el clítoris, chupo suave y suelto, una y otra vez, hasta que le tiembla el vientre. La siento moverse contra mí, húmeda, desesperada, y quiere subirse a mi cara.

—Joder... —Me aprieta la cabeza con las dos manos.

La sujeto por las caderas para que no se me descontrole y, cuando está al borde, paro a propósito, solo rozándole con la lengua, apenas. Amaia gruñe, se retuerce.

—Julia, te voy a matar.

—Sí, ya, luego. —Levanto la cabeza y la miro, con la boca brillante—. Dímelo.

—¿El qué?

—Que lo quieres. Que lo quieres ya.

Amaia me mira con orgullo herido. Y con ganas. Y con esa terquedad suya que me vuelve loca.

—Lo quiero ya —escupe, rendida.

—Gracias. —Y vuelvo.

Esta vez no le doy tregua. Le meto la lengua con más presión, la chupo, la lamo rápido, corto, justo en el clítoris, y al tiempo le hundo dos dedos dentro, hasta el fondo, curvándolos hacia arriba, buscándole ese punto que la hace perder el control. Se retuerce, me llama por mi nombre con la voz rota, y yo la sujeto más fuerte de las caderas para que no se me escape ni se haga daño.

—Ah... ah... Julia... —se le rompe el nombre y se le queda en la garganta.

Cuando llega, lo hace con un gemido largo y un «la hostia» que me arranca una risa en plena faena. Se corre contra mi boca, el coño apretándome los dedos, la piel ardiéndole por todas partes, las piernas temblando. Yo no paro hasta que se le calma el temblor y me afloja el pelo.

Me incorporo despacio y subo a besarla. Ella me agarra la cara con las dos manos, me besa con hambre, con su sabor en mi lengua, y con esa risa tonta de después que intenta esconder.

—Eres una cabrona —murmura.

—Hoy no. Hoy soy un regalo. ¿Desde cuándo querías que te comiera el coño?

Amaia se parte, todavía con los ojos brillantes.

—¿Y quién te ha dicho a ti que yo quería eso?

Me coloco encima, despacio, y le muerdo el labio.

—Venga, dime con esa voz de psicóloga seria qué haces todavía vacilándome si ya sabes que te gusto.

Me pega un empujón flojo en el hombro.

—Porque eres un coñazo, Julia.

—Y tú estás aquí debajo, temblando.

—Ya, pues... —me agarra la cintura y me aprieta— ...haz algo útil con eso.

—Con mucho gusto. Y luego me dices otra vez que hablo mucho. A ver cuánto te dura el enfado.

Amaia me besa el hombro, suave, y susurra:

—Ven.

—Sí, señora.

Y me muevo, por fin con la boca cerrada y las manos currando. Amaia gime, me araña el brazo con cuidado, cuidado a su manera, que es bastante poco.

—Uf, Julia... ya era hora.

—Ya era hora dice. —Le muerdo el cuello, con mala idea—. Perdona, se me había olvidado que me contrataste para esto.

—No te hagas la lista, anda... —Se le rompe la frase y me agarra la cara—. Mira que eres pesada.

—Y tú mira que te gusta. —Le bajo la voz—. ¿Entonces lo habías imaginado?

Amaia asiente con esa cara de orgullo herido que se le queda cuando se lo está pasando de lujo y no sabe dónde meterlo.

—Que sí. Hala, ya está, ya te lo he dicho. No lo apuntes en una libreta.

Me río contra su piel y sigo, con el ritmo justo para que me maldiga en euskera y luego me pida más en castellano, que le sale más sucio.

—A ver, vasquita —murmuro—. Una cosa.

—¿Qué?

—Que esto es rarísimo.

Amaia abre los ojos y me mira, con el pelo pegado a la frente, roja y preciosa, y se le escapa una carcajada que se le queda en medio del cuerpo.

—Ya. —Me aprieta la muñeca—. De estar tomando cañas a... esto.

—A esto. —Le pellizco una teta con cariño—. A estar aquí, desnudas, dando vergüenza ajena en mi cama.

—A mí me está dando vergüenza ahora mismo, sí.

—A ti te da vergüenza de boquilla. Luego haces «ah» y se te olvida la educación.

—Para, Julia.

—No. Que me lo estoy pasando bien. —Le beso la boca, corto—. Y me hace gracia que seas tú la que está aquí pidiéndome que pare. Amaia me mira con rabia dulce.

—Es que te vienes arriba.

—Sí. Me vengo arriba y te me pones seria y me entra el pudor, que eso ya es para denunciarlo.

—¿Pudor tú? Venga ya.

—Pues sí. —Le apoyo la frente—. Eres mi amiga de toda la vida. Y ahora te tengo aquí abierta de piernas y... me da risa y me da corte. Las dos.

Me acaricia la nuca con los dedos, suave.

—A mí también. —Y lo dice bajito, sin chiste—. Me da cosa mirarte y pensar «hostia, es Julia».

—Pues mírame. —Le marco el ritmo con los dedos otra vez—. Mírame y acostúmbrate.

Aprieta los labios y se le escapa un gemido que le sale honesto.

—Me estás... —traga— ...me estás dejando tonta.

—Ya. Venga, cambia de postura.

—¿Cómo?

—Que te pongas a cuatro patas.

Le noto el frenazo por dentro. Se ríe nerviosa, yo creo que no sabe si mandarme a la mierda o besarme.

—Julia... qué rápida vas.

—Amaia, rápida de qué, si te acabo de comer entera. —Le agarro la cara, firme—. Si te da corte, me lo dices y ya. No pasa nada.

—No es que me dé corte... —resopla—. Es que... somos nosotras. Que te he visto llorar. Que te he visto borracha cantando Camela. Que te he visto con un *piercing* que no te pegaba nada.

—Y yo a ti con flequillo. —Le corto—. Eso sí que fue una agresión.

Amaia se ríe, pero se le queda la risa temblona.

—Es raro, tía.

—Ya. —Le beso la boca—. A mí también me parece raro. Por eso me apetece. Para quitarnos el susto del cuerpo.

Ella se muerde el labio y asiente con un «venga» que le sale muy resignado y valiente a la vez.

—Vale. Pero no te flipes.

—Yo no me flipo. —Le doy un cachete en el culo, suave—. Gira.

Amaia se coloca despacio. Apoya las manos en el colchón, levanta el culo con una dignidad ofendida que me da la vida. La piel le brilla todavía por la ducha, y yo le miro el culo porque soy idiota.

—¿Qué miras tanto? —murmura, sin girarse.

—Que eres un espectáculo, Amaia.

—Julia, por favor.

—Por favor dice. —Me pongo detrás, le abro más las rodillas, sin brusquedad—. Qué formal eres cuando te da el apuro.

—Me está dando apuro. Mucho. Y a la vez... —se interrumpe con un gemido cuando la toco— ...y a la vez me está gustando.

—Eso es lo único que me importa. —Le beso la espalda, cerca de la cintura—. Y ahora, quieta un momento.

—No me digas quieta, que me da la risa.

—Pues te aguantas. Quieta.

Le paso la mano por el culo, despacio. Se le tensa el cuerpo. Le doy un par de azotes más, con cariño, el punto exacto para que se queje y no se enfade.

—La hostia, Julia... —dice entre dientes—. ¿En serio? Qué fina.

—Fina no. Tú eres lista. Y muy mandona por dentro. —Le meto la mano por delante, buscándola donde ya está caliente—. Dime.

Amaia se muerde el antebrazo para no soltar una barbaridad. Le sale una, igual.

—Me cago en...

—Eso. —Le aprieto—. Habla.

—Tócame. —Lo escupe, con vergüenza y ganas a la vez—. Venga, hostia.

—Qué bien te sienta pedir. —Me inclino y le muerdo el hombro, suave—. ¿Ves? No pasa nada.

—Esto no lo digas mañana.

—Mañana no existe. —Sigo tocándola, con ritmo—. Y si existe, te aguantas. Que para algo eres psicóloga.

—No mezcles mi trabajo con tu guarrería.

—Tu guarrería es también mi trabajo hoy.

Le meto dos dedos, despacio, y Amaia suelta un «ah» que ya no tiene vergüenza, solo cuerpo. Se mueve, intenta escaparse hacia delante, y le sujeto la cadera para mantenerla donde quiero.

—No te muevas, Amaia.

—No puedo, joder.

—Sí puedes. —Le doy un azote más, esta vez con intención—. Puedes y vas a poder.

Amaia gime, se le rompe el control y me larga una retahíla en euskera que no entiendo entera, pero me llega la idea.

—Gozamena... Laztana... —Más cosas que no sé repetir—. Segi.

—Eso suena a que me estás poniendo a parir.

—Te estoy llamando de todo.

Se ríe, jadeando, aunque sé que no es verdad. Estoy harta de oírla decir ese «laztana» a Sabina, y sé que es algo cariñoso. Me provoca una emoción extraña por dentro.

Sé que está cerca por cómo se le aprietan los muslos y por ese temblor que disimula con orgullo. Yo no la dejo disimular nada: le agarro el pelo, sin tirar, solo para que note mi mano.

—Mírame.

Amaia gira la cabeza, con el cuello tenso, y me mira por encima del hombro. Tiene la cara roja y el gesto de «no me mires tanto» y «mírame más» a la vez.

—Qué cabrona eres —murmura.

—Hoy estoy contenta. —Le beso la mejilla, y eso la descoloca—. Venga. No te corras todavía.

—¿Perdona?

—He dicho que no. —Le marco el ritmo más lento—. Te queda otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Una sorpresa.

Me separo, me levanto de la cama y voy a la mesilla. Ella aprovecha para dejarse caer, respirando fuerte, y cuando oye el cajón, levanta la cabeza.

—Julia...

—No te muevas. —Abro el compartimento del armario otra vez y cojo el arnés. No lo saco con teatro, lo saco porque me apetece—.

Vale. Mira.

Se gira con la boca entreabierta. Lo cuelgo de la mano, tranquilísima, fingiendo que no me está dando un pudor raro.

—Tengo ganas de follarte con esto.

—Así, sin avisar.

—He avisado desde el principio.

—Ya, pero... —Se ríe, nerviosa—. Es muy fuerte.

—Sí. —Me acerco a la cama, me pongo detrás—. Si no te apetece, se queda guardado y te como otra vez y punto.

Amaia me mira, y en esa mirada hay una decisión que le cuesta, pero la toma.

—Me apetece.

—Bien. —Le doy un beso en la espalda—. Entonces me lo pongo.

Amaia se gira de golpe y se sienta sobre los talones, con los ojos brillantes.

—No. —Me agarra la muñeca—. Me lo pongo yo.

—¿Tú?

—Sí. —Levanta la barbilla, chula—. Ya que estamos haciendo cosas raras, déjame probar.

—¿Tú has usado esto alguna vez?

Abre la boca, duda, y dice la verdad con una mezcla de vergüenza y mala hostia consigo misma.

—No.

—¿No?

—No. Nunca. —Arruga la nariz—. A Sabina no le gusta.

Suelto una risa corta.

—Sabina es muy suya.

—No te rías.

—Me río porque me estás matando. —Le acaricio la mejilla—. Vale. Pues hoy te estrenas.

—¿Y a Irina? ¿Te lo pones tú o ella?

—Con Irina me lo pongo yo. —Me muerdo la risa—. Y le gusta tanto que luego me mira con cara seria y me dice «limpia eso bien» y yo me siento una adolescente guarra en un internado. Este está nuevo, que conste.

—Ay, la rusa... qué carácter.

—Sí. —Le pongo el arnés en las manos—. Venga. Si quieres hacerlo, lo haces y yo me callo.

Amaia lo analiza, lo gira, intenta ubicar las correas. Dice «me cago en la leche» muy bajito.

—No me mires, ¿eh?

—Claro que te miro. Me encanta verte aprender. —Le guiño un ojo—. Te va fatal la timidez.

—Julia, no me jodas y dime por dónde va esto.

—Por tu culo no va, tranquila. —Me río—. A ver, ven.

Me siento en el borde de la cama, le abro las piernas y le indico dónde enganchar. Amaia se acerca y se lo coloca en la cintura con cuidado, seria.

—¿Así?

—Así. —Le cojo las manos y le enseño a ajustar las correas—. Aprieta más. Sin piedad. Si se mueve, me da rabia y a ti te gusta menos.

—Qué delicada eres, Julia.

—Soy práctica.

Baja la vista al arnés, se le escapa un gesto de impresión y vuelve a mirarme.

—Estoy nerviosa.

—Yo también. —Lo admito y me da risa—. Qué ridículo.

—No es ridículo. —Me acaricia el muslo—. Es que eres tú. Y estoy aquí... poniéndome esto.

—Ya. —Me inclino hacia ella—. Y tú eres tú. Y estás aquí. Y me tienes con la cabeza hecha mierda.

Me besa, lento, y me susurra:

—Vale. Voy a intentarlo.

—Inténtalo. Y si te pierdes, me lo dices. —Le muerdo el labio.

Me empuja suave hacia atrás para tumbarme. Yo obedezco. Y ahí ya me entra la risa, porque a mí lo de obedecer me cuesta hasta para cosas buenas.

—No te rías. —Se pone encima—. Que me desconcentro.

—No me río de ti. Me río de mí. —Le acaricio la cadera—. Mira la escena: tú arriba y yo aquí, con cara de «sí, Amaia, lo que tú digas».

—No tienes esa cara. Acostúmbrate.

—Eso sí que es raro.

Se coloca entre mis piernas, se pone seria y me mira a los ojos.

—Julia, si paro, paro. Si me sale mal, no te hagas la graciosa.

—Vale. —Le agarro la nuca—. Y tú si te vienes arriba, no te frenes por educación. Aquí no hay normas.

Inhala hondo y se inclina para besarme otra vez. Tiene la boca caliente y un temblor pequeño en las manos, pero el gesto es firme.

—Aiba... Qué fuerte.

—Sí. —Le aprieto el culo—. Ven. Fóllame, Amaia.

Abre mucho los ojos, impactada por oírlo en mi boca, y luego se le escapa una risa.

—Eres una guarra.

—Y tú una vasca con iniciativa. —Le beso la comisura—. Dale.

Se coloca mejor, me abre las piernas más y yo me dejo. Le doy el sitio, le doy el ritmo, le doy la confianza. Y cuando entra, despacio, con cuidado al principio, se me escapa un gemido que no se esperaba.

—Joder... —dice, con la voz rota—. Joder, Julia.

—Aquí. —Le agarro la mano y me la llevo a la boca, besándole los nudillos—. Tranquila. Lo estás haciendo bien.

—No me digas «bien», hostia —protesta, pero ya no hay mala leche. Hay pudor y ganas—. Que me pongo más nerviosa.

—Pues entonces cállame. —Le muerdo el dedo.

Se le enciende la cara.

—Cállate.

—Sí, Amaia.

Ella se echa a reír y comienza a moverse con más decisión. Al principio va a trompicones, buscando el ángulo, y yo la ayudo con las caderas, sin quitarle el mando.

—Eso es —le digo bajito—. Ahí. No te cortes.

—No me estoy cortando ya, eh.

—No, no. Ya te has soltado. —Le aprieto la cintura—. Mira qué rápida.

Se inclina, me agarra del cuello con una mano y me besa fuerte, con hambre. Ahí ya no hay amiga de veinte años ni cañas ni pudor: hay Amaia follándome y yo perdiendo el orgullo con gusto.

Se separa, me mira con esa chulería suya que vuelve cuando está bien.

—¿Ves? —jadea—. Hablas un montón, pero al final te callas.

—Porque me estás haciendo callar tú. —Le muerdo la barbilla—. Y eso me pone muchísimo.

Aprieta la mandíbula y acelera. Se le escapa un gemido feo, crudo, sin nada de psicóloga. Y yo, que suelo llevar el ritmo, me descubro dejándome llevar por ella.

—Sigue, Amaia... —se me rompe la voz—. Sigue.

—¿Así?

—Así. —Le agarro el culo—. Y más fuerte, si te apetece.

—Me apetece. —Y me lo da.

Me lo da con ese punto de rabia contenida que tiene ella cuando se permite ser egoísta. Y yo la aguanto, la acompaño, le devuelvo besos, le aprieto la espalda y me río en un momento absurdo porque me viene a la cabeza lo ridículo y lo perfecto de todo.

Me oye reír y frunce el ceño.

—¿De qué te ríes?

—De que mañana nos cruzamos en la cocina y nos da un telele.

—De eso nada —me corta, y me da otra embestida—. Mañana te callas también.

—Sí, señora.

Amaia se ríe y se mordisqueea el labio con una cara que no le había visto nunca: abierta, valiente, cachonda.

—Nunca había hecho esto, Julia.

—Ya. —Le acaricio la mejilla—. Y lo haces de puta madre.

—No me lo repitas, que me lo creo.

—Créetelo. —Le doy un beso—. Me estás follando tú. Disfrútalo.

Continúa, con el cuerpo ya yendo solo. Y yo me dejo, por ella, por nosotras, por el morbo y por la ternura que me da verla así, tan decidida y tan cortada a la vez.

—Amaia... —susurro—. Si esto lo sabe tu mujer, me mata.

—Ya lo sabe. Y la tuya también.

—Vale. —Me río, sin voz—. Pues entonces dale. Que me muero.

Ella acelera más y me sujeta por las caderas, encontrando el ritmo. Y yo, por primera vez en toda la noche, me quedo sin charla.

Porque no me sale. Porque Amaia me está comiendo el sitio y yo estoy encantada.

Capítulo 29

Me despierto con una molienda en las tripas que no tiene nada que ver con el alcohol. El cuerpo lo tengo flojo y la cabeza a vueltas con una cosa muy concreta: me he pasado la noche follando con Amaia. Y encima me lo he pasado de lujo. Sigo sin creérmelo.

Su calor a mi izquierda. Ocupa un sitio que hasta hace nada era propiedad privada de mis manías o de la postura marcial de Irina cuando decide dormir recta e inmóvil. No me muevo. Quietísima. Hasta contengo el aire, por pura superstición, por si se rompe el invento y descubro que he soñado fuerte.

Mírame: Julia, la que iba de dura, la que se reía del romanticismo, ahora tiene el pulso acelerado solo por oír su respiración al lado. No viene con contrato de exclusividad, no viene con amenazas. Solo está. Y eso me deja medio idiota.

Me doy un asco tremendo. Pero es un asco agradable. Y eso ya es el colmo.

Me giro despacio, con cuidado, retiro el brazo de debajo de ella. Tengo el hombro dormido y la mano con hormigueo, pero ni se me ocurre quejarme: me gusta. La observo dormir. Tiene el pelo fatal, un rizo pegado a la cara dándole guerra en la nariz y esa expresión de «yo hago el bien» que a mí siempre me ha dado risa y ganas de meter la mano donde no debo.

Esto ya es real. Me he liado con mi mejor amiga. Conozco su piel. Conozco sus sonidos. Y lo peor: me ha encantado tanto que ahora me entra el miedo por la puerta grande.

Me pica la espalda, me duelen los labios y tengo la cabeza con ideas que no ayudan nada a la convivencia. ¿Y ahora qué, Julia? Pues ahora a hacer lo que hago siempre: fingir que controlo la situación. Lo de siempre, pero con Amaia al lado y el cuerpo todavía en «hola, buenos días, repite».

Hago un amago de estirarme, lento, para recuperar la circulación en el brazo. Amaia abre los ojos. Ni sobresalto, ni susto, ni cara rara. Me clava esa calma verde que tiene y me regala una sonrisa de recién despertada que me deja sin recursos.

—Vaya carita de susto, Julia —dice con la voz espesa.

—Qué va. Estoy... —me aclaro la garganta— estoy haciendo inventario, pelirroja.

—Inventario de qué.

—De daños. —Intento ir de chula y me sale regular—. Me has dejado la cama hecha un desastre, y yo tengo un punto maniático. Ya sabes. Me alteras el orden y luego me quejo.

—Tú lo que tienes es resaca emocional, tía.

—Resaca emocional tu prima. —Me rasco la nuca, incómoda—. Yo estoy estupenda.

—Claro que sí, guapa. —Se acerca y me roza la cara con la punta de los dedos—. Estás estupenda, pero tienes los ojos de «he hecho una locura y me ha gustado».

—Qué exagerada eres, Amaia.

—No soy exagerada. —Se gira, se recoloca el rizo de la nariz—. ¿Te arrepientes?

Ahí me pongo seria. No porque me dé drama. Porque la pregunta va al centro y yo a estas horas no tengo filtro.

—Ni de coña. Lo que pasa es que me conozco. Me pongo contenta y luego hago el imbécil. Y tú no me mires así, que me desorganizas el cerebro.

—Pues acostúmbrate. —Se acerca y me da un beso corto—. No se ha caído la casa, Julia.

—Todavía.

—Todavía no. —Aprieta mi mano—. Vamos a ver cómo están ellas, ¿no? O te vas a quedar aquí con cara de boba y haciendo planes con la lengua.

—Esas dos deben estar finas. Irina con el costado todavía tocado y Sabina con su lío de medicación y orgullo. Y nosotras vamos a entrar con la cara brillante, que se nos va a notar que hemos sido felices.

Hace un gesto con la boca. Se incorpora y se sienta al borde de la cama, estirando la espalda.

—Hostia... —Se frota el cuello—. Tengo agujetas en sitios que no sabía que existían.

—Eso es culpa tuya por hacerte la valiente.

—¿Yo valiente? Tú eres la de «quieta» y «mírame» y «ahora no».

—Porque tú eres de las que aprietan los dientes y tiran. —Le pego un toque en la rodilla—. Y yo... me pongo... protectora. Ya ves. Denuncia.

—Me ha gustado.

—No me des cuerda, Amaia, que me pongo tonta.

—Ya estás tonta. —Se levanta y me tiende una mano—. Venga. Arriba. Que luego se nos hace tarde y toca aguantar a Irina con cara de pocos amigos.

—Irina siempre tiene cara de pocos amigos.

—Ya. Pero hoy igual la tiene con cariño también, quién sabe.

Nos levantamos con esa torpeza de estrenar intimidad nueva. No sabemos dónde meter los codos. Me pongo unos pantalones cortos y mi camiseta gris de la suerte, la del agujero en la axila. Me niego a tirarla. Es mi uniforme de casa. Paso del espejo. No me apetece verme la cara de feliz que debo tener.

—¿Te duele algo? —le pregunto, haciéndome la dura, pero observándola bien.

—Me duelen las piernas. Y el orgullo, un poco.

—El orgullo lo dejaste anoche en mi cama.

—Qué mentirosa. Yo tengo orgullo siempre.

—Sí, claro. Por eso me estabas llamando «cabrona» cada dos minutos.

—Porque lo eres. —Me sujeta del antebrazo y me acerca—. Y me encanta.

Le doy un beso rápido y me separo, porque si no nos quedamos aquí y no salimos nunca.

—Venga, vasquita. A trabajar.

—A trabajar dice. —Suelta una risa—. Tú eres una sinvergüenza.

—Soy una profesional del caos. Tú me conoces.

Salimos al pasillo y tiramos hacia el cuarto de Sabina y Amaia, donde están las otras. Vamos juntas, pero sin pegarnos demasiado, por puro instinto de supervivencia social. Amaia lleva el cuello rígido. No dice nada, pero la conozco.

—Oye —murmuro cuando ya tenemos la puerta cerca—. ¿Qué nos vamos a encontrar aquí? ¿Bandera blanca o campo minado?

—Ni idea. Con esas dos, igual han hablado tres frases y han acabado frente a la pared sin saber qué hacer. O igual han arreglado lo suyo a su manera.

—Me encanta que tu forma de tranquilizarme sea darme más motivos para preocuparme.

—Es lo que hay, tía. —Se acerca y baja la voz—. Tú entra con buen rollo, ¿vale? Nada de pinchar.

—Hoy no pincho.

—Julia.

—Vale, vale. —Respiro hondo—. Pero una cosa te digo: si Sabina suelta una frase de esas tuyas de «yo acepto el dolor» o «he aprendido», me atraganto y la culpa será suya.

Se ríe por lo bajo.

—Pues tú sonrío y asiente, que eso es lo que se hace con Sabina cuando se pone fina.

—Yo con Sabina no sé sonreír y asentir. Yo con Sabina hago gestos con las manos y digo tacos.

—Ya lo sé. Y hoy me vas a hacer el favor de no empezar una guerra antes del desayuno.

—No empiezo guerras antes del desayuno. Las empiezo después, con energía.

Me da un empujoncito suave con el hombro.

—Qué idiota eres.

—Y tú me has dejado dormir a tu lado. Revisa tus decisiones.

—Mis decisiones están revisadas. —Fija la mirada en mis labios—. Y repetidas.

—Amaia, por tu bien, aparta esa mirada. Que estamos en el pasillo.

—Pues abre la puerta, cobarde.

—Cobarde tu tía. —Pongo la mano en el pomo, lo giro despacio—. Si al abrir están a hostias, tú y yo damos media vuelta y nos vamos a por tostadas.

—Y luego volvemos.

—Luego volvemos, sí. Con pan. Y con paciencia.

Le aprieto los dedos sin que se note mucho y abro la puerta sin llamar, porque en esta casa la privacidad duró lo que tardó Sabina en mudarse con su primer maletín.

Venía preparada para encontrarme un desastre: sábanas por ahí, un «buenos días» con mordisco o a Irina dando órdenes en pelotas. Pero no. Nada de porno. Nada de numerito. Y eso me deja más rara que lo otro.

Irina está tumbada sin camiseta, con los ojos cerrados y soltando el aire despacio. Y en una silla a su lado está Sabina, con los guantes de látex puestos, una bandeja metálica y un surtido de gasas y botes que huelen fatal. Está concentrada y me da miedo distraerla, no me vaya a operar a mí también.

Ni rastro de la rubia diva; ahora es la doctora que sabe que si le tiembla el pulso, la costura se va al carajo. Está quitándole los puntos.

Las veo y me pican los ojos de una forma muy tonta, sobre todo por Sabina. Verla cuidando a la rusa a pesar de la movida que traen me confirma por qué la quiero aunque sea una desequilibrada con vocación de mártir. Observo sus manos y luego su cara; está en el chasis otra vez. Se le marcan los huesos del hombro, y yo ya estoy haciendo cuentas: desayuno, comida, merienda y si protesta le hago la avioneta con la cuchara. Que se ría.

Irina abre un ojo, me ve en la puerta y se le asoma una microsonrisa que me recoloca el carácter. Me quita las ganas de soltarle una bordería a bocajarro.

—¿Habéis terminado ya de jugar a las casitas o venís a fiscalizar mi proceso de momificación? —pregunta con voz ronca.

—Venimos a ver si la carnicera ya ha terminado de apañarte. —Entro al cuarto con las chanclas haciendo ruido—. Sois un cuadro. Una en horizontal y la otra con cara de no haber comido desde que existía el Messenger.

Sabina ni se vuelve. Sigue con las pinzas y las gasas, a lo suyo.

—Cierra la puerta, Julia. O me vibra el pulso y le dejo a tu mujer una costura que luego me va a tocar oír durante meses.

—¿Vibra el pulso? —Me acerco un paso más y bajo la voz—. A ver, cariño. Si a ti te vibra el pulso, es que llevas dos cafés y cero tostadas. Y no me hagas abrir ese melón ahora, que lo abro y no paro.

Irina suelta un resoplido que casi es risa. Casi.

—Déjala, Sabi —murmura—. Si no dice una tontería cada cinco minutos, se descompensa. Es su manera de seguir viva.

—Mi labor social, Ira. —Me apoyo en la cómoda, cruzo los brazos—. Alguien tiene que ponerle alegría a este cuarto, que estáis las dos con una cara... vamos, que entra un cura y se pone a repartir estampitas.

Sabina se humedece los labios, concentrada.

—No me hagas reír —me avisa—. Estoy con el punto exacto de paciencia. Exacto.

—Tranquila, que ya me callo. Además, ya he gastado la energía en otras... actividades deportivas.

Irina abre el otro ojo.

—¿Actividades deportivas? —pregunta con tono de saber, pero con ganas de oírme de todas formas.

—Nada que te vaya a subir la tensión, zarina. Tú céntrate en respirar y en no morirte, que el resto lo gestionamos las que caminamos.

Sabina hace un ruidito por la nariz.

—Ay, por favor —dice sin mirarme del todo—. ¿Puedes, por una vez, no venir con doble sentido?

—Puedo —respondo—. Pero no quiero. Me aburro.

Me acerco a la cama y echo un vistazo a la bandeja.

—A ver. ¿Qué tal la obra? ¿Ha quedado decente o me tengo que ir preparando para oír a Irina llorar porque tiene otra cicatriz? Que eso sí que no lo tolero, ¿eh? Irina quejándose por estética. Me da un ataque.

—Si me quejo, lo haré por motivos serios. Por ejemplo, porque mi mujer está aquí hablando y nadie le ha pedido opinión.

—Mira qué lista. —Le toco el hombro con dos dedos, suave—. ¿Te duele?

—Me molesta. No empieces con la enfermera cariñosa, Julia.

—No soy cariñosa, soy pesada. Es distinto.

Sabina deja las pinzas en la bandeja con cuidado y cambia de gasa. Su voz sale más baja.

—No provoques, Julia.

—Yo no provoco. Yo observo y comento. Soy cultura.

—Eres un peligro —murmura Irina, pero no suena enfadada. Suena cansada y contenta de verme.

Me giro hacia Sabina y le señalo la bandeja con la barbilla.

—¿Has desayunado antes del trabajo fino?

—No —dice ella automática, como si la pregunta no tuviera importancia.

—Pues mal. Muy mal. —Me apoyo en la cama, cerca de su rodilla, sin tocar—. Luego te preguntas por qué te tiembla el pulso. Te voy a decir una cosa: en cuanto termines, vienes conmigo a la cocina y te meto algo en el cuerpo. Y si me dices que no, te lo meto igual.

Me planto detrás de ella y me centro en lo que está haciendo, con las manos en los bolsillos. Tiene un mechón que se le escapa del moño y le cae a la frente. Le roza, le molesta, le vuelve a caer. Ella sopla, resopla, se lo quita con el dorso de la mano y el mechón vuelve a su sitio, pesado y tocachuevos.

Y a mí, que hoy me ha dado por ser una persona decente durante un rato, se me va la mano. Sin pensarlo demasiado, estiro el brazo. Le pesco el pelo con cuidado —lo que me cuesta, porque a mí el cariño me sale raro— y le recojo el mechón hacia atrás. Uso la goma que llevo en la muñeca y le hago una coleta nueva, apañada, sin apretarle la cabeza. Un gesto tonto.

Sabina se para, con las pinzas en el aire. No se gira. Pero se le afloja el cuello. Y eso me llega a los dedos, que siguen ahí un instante más del que deberían. Me aparto rápido, finjo normalidad, que no ha pasado nada. Y entonces caigo en la cuenta: lo he hecho delante de público.

Noto a Amaia atenta desde el umbral y a Irina desde la cama, recostada en la almohada, con esa seriedad que a veces es pura

mala hostia y otras pura atención. Hoy está en lo segundo, pero no me voy a venir arriba, que luego me estampo.

Sabina carraspea y vuelve a lo suyo, con una concentración nueva. Examino su cabellera. A esta distancia, con el sol pegando de lleno, aparecen cosas que antes mi miopía voluntaria prefería ignorar para no amargarme la existencia.

—Oye, Sabi. Te ha dado fuerte por el platino, ¿no?

—No es tinte, Julia. Son canas. Que ya no tenemos veinte años, por mucho que tú te empeñes en llevar camisetas que compras en la sección de adolescente.

Me pega un viaje de nostalgia bien fuerte. Canas. De cerca es verdad; hay hilos de plata entre el rubio de siempre. Me cae encima toda la edad de golpe. Estamos envejeciendo. Las cuatro. Llevamos media vida esquivando balas, queriéndonos a escondidas, soltando trolas y criando niños, y de repente el calendario pasa factura en el pelo. Me entran impulsos absurdos de abrazarlas a todas y pedirle al tiempo que deje de correr, que todavía no sé qué hacer con esta versión de vieja sabia que se me viene encima.

—Pues te quedan de lujo, rubia —murmuro.

—Gracias por el cumplido tan elegante —responde Sabina, y le tiembla la risa en la voz—. Ahora apártate, que estás encima.

—No estoy encima. Estoy supervisando.

Irina resopla desde la cama, sin moverse demasiado. Tiene una mano cerca del costado, pero la mirada la tiene viva.

Amaia, por fin, entra del todo y se arrima a Sabina. Le planta una mano en el hombro, suave, sin invadir.

—¿Te echo un cable?

—No, ya casi estoy. Pásame ese apósito de ahí, el que no tiene pegamento. Esta señora tiene la piel fina y se queja si le arrancas un pelo.

—Yo no me quejo —dice Irina seria.

—Tú no te quejas —replica Sabina sin levantar la cabeza—. Tú haces un informe.

Amaia le alarga el material, Sabina lo coge y lo coloca. Irina lo aguanta sin rechistar. Y yo miro el cuadro, porque me sorprende

verlas funcionar sin tirarse del moño. Me toca la fibra y eso me da rabia, así que vuelvo al humor, que es mi idioma.

Me apoyo en la pared, me cruzo de brazos y carraspeo fuerte.

—Bueno. A ver. Parte de guerra. ¿Habéis firmado ya el armisticio o seguís con la mala hostia guardada? Porque aquí ha habido conversación de adultas, pero también os estáis mordiendo la lengua.

Sabina se aguanta la sonrisa, sin perder el hilo de lo que hace.

—¿A qué te refieres, Julia?

—Ay, no te hagas la fina. Que te sale muy bien, pero hoy no cuela. ¿Habéis hablado en condiciones o habéis hecho lo vuestro de «me enfado, me callo, me enfado más»?

Amaia me hace ese gesto para que no pinche. Yo le devuelvo una cara de «si no pincho, me muero».

—Hemos hablado —dice Irina, y su voz sale baja, cansada, pero firme.

—¿Y? —insisto—. ¿Hemos hablado en plan «me importas» o en plan «me importas, pero te voy a recordar el precio de tu pecado cada mañana»?

Sabina suelta aire por la nariz, a medio camino entre la risa y el deseo de que me calle.

—Hemos hablado bien.

—Ah, «bien». —Asiento teatral—. Me encanta. Bien es la palabra favorita de la gente que tiene cosas pendientes y no quiere decirlas. ¿Habéis follado ya o la siberiana sigue usando el tajo del costado como excusa para hacerse la estrecha? Responde, que tengo el morbo trabajando a tres turnos.

Irina abre mucho los ojos, hace el amago de escandalizarse... y no le sale. Se le sube el color a la cara y se le queda una boca de «qué asco me das» que, en su idioma, significa «sigue hablando».

—Julia, por favor. Un poco de decencia, que hay una profesional trabajando. —Señala con la barbilla a Sabina, pero la voz le tiembla de risa.

—Decencia... —Me miro la ropa, como buscando el bolsillo donde la dejé—. Eso lo perdí hace años, Ira. Y tú lo sabes. Además, Sabina es médica. Ha visto cosas peores que mi lengua. ¿Sí o no?

Irina cruza los brazos.

—Tu lengua es una emergencia sanitaria.

—Gracias. —Le tiro un beso al aire—. Entonces: ¿ha habido reconciliación con... digamos... abrazo completo?

—Digamos que hemos llegado a un acuerdo satisfactorio —dice la rubia con esa dicción perfecta que usa para las cosas sucias, porque le encanta torturar—. Y la rehabilitación va por buen camino.

—Traducción: sí —concluyo feliz—. Menudo par de hipócritas. Ayer os queríais arrancar la cabeza y hoy estáis con la paz mundial y el roce terapéutico.

—La adrenalina ayuda.

—Y tú me zampas esa frase con cara de profesora de instituto. Anda, no me hagas reír. —Me acerco un paso más a la cama.

Sabina carraspea.

—Hemos hablado. Mucho.

—Claro. —Me giro hacia Irina—. Y luego habéis hablado menos, ¿no?

—Vete a la mierda, Julia.

—Eso es un «sí» con acento ruso. —Me apoyo en el poste de la cama—. Vale, siguiente tema, que hoy vengo en modo presentadora de programa: Sabina. ¿Se te ha pasado ya el berrinche de la farmacia o vas a seguir con esa cara?

Sabina baja la vista a sus manos, se para y cuando me mira tiene los ojos más limpios. Menos brillo de guerra, más... ella. Hay que ver lo poco que me cuesta enternecerme hoy.

—He decidido que vuestra supervisión es un coñazo —admite—. Pero prefiero que me deis la turra a volver a lo de antes.

—Menos mal. —Asiento.

Amaia, a mi lado, hace un ruidito con la garganta. Lleva diez minutos empeñada en ser un mueble y no le está saliendo. Tiene la cara roja y el pelo hecho un desastre. Qué guapa está.

Sabina la ve y ahí se le encienden las ganas de dar por culo.

—Y vosotras... —dice despacio, se recrea—. ¿Qué tal la noche?

—Bien —contesta Amaia rápida, demasiado rápida, con acento vasco más marcado por el nervio—. Bien.

—Mira, otro «bien». —Se me escapa una risa—. Estamos rodeadas de gente que dice «bien» y yo aquí, sola, sacando el cotilleo adelante. Qué injusticia.

Sabina se incorpora, se apoya en el respaldo y nos examina a Amaia y a mí con descaro.

—Traéis cara de dormir poco y de estar contentas. Y eso, en esta casa, canta un montón.

Amaia aprieta los labios.

—No cantamos.

—Sí —afirmo yo sin piedad—. Cantamos. Y desafinamos. Y encima con ganas.

Amaia me pega un pellizco en el brazo, con rabia de la buena.

—Julia, te voy a matar.

—Luego, que ahora estamos en reunión familiar. —Le sonrío de lado—. Además, te queda fatal hacerte la ofendida.

Irina hace un sonido corto, divertido, y se recoloca en la almohada con cuidado. Me mira a mí primero, luego a Amaia. No pregunta, pero está escuchando.

—¿Os habéis... «conocido a fondo»? —pregunta Sabina, y lo dice con toda la malicia del mundo.

Amaia baja la mirada, se frota la nuca.

—No hace falta entrar en detalles, Sabina.

—Ah, o sea que sí —canta Sabina—. Vale.

—A base de bien. —Levanto el mentón—. La pelirroja tiene un talento oculto que me ha dejado nueva. Y no voy a decir más.

Amaia abre la boca, horrorizada.

—¡Julia! Hostia, que no hacía falta soltarlo así.

—¿Así cómo? ¿En castellano? Amaia, cariño, si quieres discreción, me lo dices antes. No después. Que yo voy tarde para esas cosas.

Irina me dice con la mirada que soy tonta, pero no hay bronca. Hay aceptación y un punto de diversión.

—Menudo espectáculo. Intento recuperarme y vosotras estáis aquí montando... esto.

—¿Esto qué? —le contesto—. ¿Familia? ¿Alegría? ¿Una mala idea con piernas?

Sabina sonrío más tranquila.

—Lo sabía. Teníais una carga acumulada que se olía desde el pasillo.

—Pues nada, ya estamos todas bautizadas en este nuevo orden mundial. —Irina se incorpora—. Me da un miedo serio despertarme mañana y encontrarme un reglamento nuevo pegado en la nevera.

—Tranquila, rusa. Si hacemos reglamento, lo hace Martina, que al menos te lo numera —digo yo, y me recoloco en el colchón—. Ha pasado lo que tenía que pasar y punto.

Amaia me roza la rodilla con la suya.

—Aiba, «y punto» dice. Tú siempre tan minimalista, Julia.

—Yo soy muy de ir al grano, sí. Luego ya me pierdo por el camino, pero la intención está.

Las tres delante y me entra una cosa rara, bonita y jodida a la vez. Están ahí, enteras, sin el teatrillo de «yo bien, tú bien, aquí no pasa nada». Hoy hasta Irina parece menos piedra. Y Sabina... Sabina se esfuerza por parecer normal, que es su habilidad cuando por dentro se le cae todo.

—Vale. —Bajo el tono—. Ya está. Hemos hablado. Hemos dicho cosas. Hemos sobrevivido. Nadie ha salido corriendo por el jardín gritando «me voy a un convento». Progreso.

—No cantes victoria —murmura Sabina con voz fina—. Los conventos son muy traicioneros.

—Tú en un convento duras tres días. A la cuarta ya estás organizando turnos y pervirtiendo a la abadesa.

Amaia se tapa media boca con la mano.

—No la piques, Julia.

—Si no la pico, no sé hablar.

Irina hace un gesto pequeño con la mano, de esos que en ella equivalen a «basta».

—He estado dándole vueltas al tema. Y esto de nosotras cuatro... se lo tenemos que contar a Rashel.

Me quedo quieta, Sabina frunce el morro y Amaia levanta la mirada despacio.

—¿A Rashel? —dice Sabina—. ¿Ahora también vamos a hacer reunión informativa de lo que hacemos en la cama?

—Sin bromas —corta Irina, seca pero no borde—. Rashel no está para decorar la casa. Es nuestra amiga, es parte del núcleo duro y lleva la seguridad, el dinero, los contactos, los planes. Si cambiamos la estructura de aquí dentro, ella tiene que saberlo.

—A ver —meto baza—. La señora tiene razón. Rashel no es una amiga que viene a comer. Rashel es la que te saca de un lío y luego te pregunta si has cenado. Y encima te lo pregunta sin cara de juicio, que eso es rarísimo.

Amaia asiente y lo dice a su manera, simple y directa.

—Si Rashel es parte de las decisiones grandes, tiene que conocer el mapa de esta casa. Y ya. No pasa nada por decírselo.

Sabina se muerde el labio, le molesta tener que abrir otra puerta.

—Vale. Lo compro. Pero si se lo contamos a Rashel, entonces también se lo tenemos que contar a Sara.

Irina frunce el ceño.

—¿A tu hermana? ¿Para qué?

—Para que no me mate si se entera —responde Sabina sin adornarlo—. Porque se va a enterar. Y prefiero que se entere por mí a que lo huela en una cena y me haga un interrogatorio delante de las crías.

—Sara va a olerlo a cinco kilómetros —protesto—. Y va a venir con la libreta de «yo ya lo sabía». Me da un asco tremendo su acierto vital.

—Sara no va a juzgarnos —dice Amaia—. Va a reírse de nosotras. Que es su forma de querer.

—Sara se ríe y luego te mete un comentario que te deja calva —le contesto—. Pero sí, vale, es querer. A su manera.

Irina se cruza de brazos, se queda pensativa y luego habla con voz de decisión.

—De acuerdo. Rashel y Sara. Nadie más.

—Hecho. —Doy un manotazo en el colchón—. Y que quede claro: no vamos a convertir esto en un club con carnet. Rashel y Sara porque ya están dentro de la vida. El resto, que se entretenga con su propio drama.

A Sabina se le aflojan los hombros.

—Bien. Entonces ya tenemos dos conversaciones horribles en la agenda. Maravilloso.

—Horribles no —le corrige Amaia con calma—. Incómodas. Y necesarias.

—Amaia diciendo «necesarias» me da hambre —digo yo—. Es que tiene voz de «vamos a resolverlo todo y luego merendamos».

Sabina agarra la bandeja de las curas con una mano y con la otra no deja de teclear en el móvil. Le tiembla apenas. Amaia, pendiente de Irina; Irina, de Sabina, en su bucle habitual.

—Pues resuelve y luego meriendas, *txiki* —me dice Amaia.

—No me llames *txiki* delante de la rusa, que luego se cree que soy adorable y se le descoloca la cara.

Irina me mira sin pestañear.

—No eres adorable.

—Gracias, mi amor. Me mantienes centrada.

—Voy a lavarme las manos y a tirar esto —dice Sabina señalando las gasas usadas.

Se levanta y enfila hacia el baño. Y justo cuando llega a la puerta, el móvil le vibra. Sabina se queda quieta, vuelve a sacar el teléfono. Se le cambia la cara. No mucho, pero se le cambia. Amaia también lo ve.

—¿Quién es? —pregunta suave. No controladora. Solo esposa.

Sabina no contesta al instante. Traga saliva.

—Es... una tontería —dice, y ya con eso me basta para saber que no es una tontería—. Un momento.

Se aparta, se mete en el baño, hablando bajo. No oímos palabras claras, pero sí el tono: el de Sabina que se pone armadura.

—Ya estamos. A ver cuánto tarda en volver y decirnos que el universo tiene más planes para fastidiar.

Amaia me da un golpecito con la rodilla. Irina se pasa dos dedos por la sien, ordenándose por dentro. Luego me da el toque.

—Julia.

—¿Qué?

—Hoy estabas bien.

—Hoy estoy bien —confirmo—. Y si alguien me lo rompe, le muerdo. Con cariño.

Amaia resopla, risa contenida.

—Con cariño, dice. Tú eres una amenaza con abrazos.

—Yo abrazo y luego ya vemos.

Me giro hacia Amaia, bajo la voz para que Irina no me oiga demasiado, aunque Irina lo oye todo, la cabrona.

—Oye —le digo—, tú no te pongas seria ahora.

—¿Yo? ¿Seria? Tú estás fatal, Julia.

—Estoy en mi mejor momento. Cuando estaba encima de ti anoche estabas muy valiente, y ahora me vienes con que yo estoy fatal. Injusto.

Amaia carraspea, fingiendo normalidad.

—Qué rápida te vienes arriba por la mañana.

—Es que me has sentado bien —le siseo con toda la intención del mundo.

Amaia me da un empujón suave con la rodilla, roja de nada, claro.

—Calla, anda.

La boca de Irina hace un intento mínimo de moverse. No llega a sonrisa, pero ahí hay algo.

—¿De qué habláis? —pregunta neutra.

—De desayuno —digo yo rápida—. Amaia quiere tostadas y yo quiero que alguien me prohíba hablar hasta que me haya tomado algo. Por el bien común.

—Imposible —dice Amaia—. A ti no te calla ni Dios.

—Amaia, no me piques, que luego me crezco.

Irina suelta aire por la nariz. Eso, en su idioma, es una carcajada.

—Quiero café —dicta.

—Y yo —dice Amaia—. Y algo de comer. Que yo con nervios me quedo hueca.

—Pues mira, yo con nervios me pongo bocachanca —respondo—. Cada una con su cruz.

En el baño, Sabina habla con alguien. A Irina también le suena el teléfono y se levanta hacia la ventana. Amaia se tensa. Yo me levanto.

—Voy a ver si la rubia se está metiendo en un lío ella sola —digo—. Y de paso la saco de ahí.

Amaia me mira, seria.

—No la ataques.

—Que no la ataco. Soy maja.

Antes de salir, me inclino hacia ella, rápido, sin montar numerito, y le suelto al oído:

—Luego te hago el segundo pase. Con menos charla, que ya sé que te pone nerviosa.

Amaia me mira con cara de querer matarme.

—Julia...

—Dos minutos. —Levanto dos dedos y me meto en el baño.

Capítulo 30

Cierro la puerta con el pie. Sabina ya ha colgado y está en el lavabo, bajo el grifo, frotándose las manos tan fuerte que se le van a poner rojas. Vale. Sigue la movida.

Me apoyo en el mármol, brazos cruzados, y la examino de arriba abajo sin disimular. Está mal, la conozco, no soy ciega.

—¿Desde cuándo no comes, Sabi? Y no me mientas. Estás más delgada. Y me toca los ovarios.

El agua sigue cayendo. Ella no se mueve. No gira la cabeza. Clava la mirada en el desagüe, fija, no quiere hablar, pero sabe que la voy a obligar.

—Estoy comiendo —dice ya con ese tono que sé que es mentira.

—Ya. —Me inclino, sin invadirle ni hacerle el numerito—. Luego lo resolvemos. Ahora mírame un momento. ¿Estás con el mono? Dímelo.

Sabina corta el grifo. Se seca las manos despacio y observa sus uñas, que es su manera de no mirarme a mí.

—Estoy hecha una mierda, Julia —suelta al fin—. Si quieres un titular: estoy fatal ahora mismo.

—Vale. Gracias por no marearme. ¿Ha pasado algo? ¿O es por lo de siempre? —contesto más suave—. Y te aviso: hoy no vengo a ladrarte. Estoy... hasta tierna.

A Sabina se le escapa una risita corta por la nariz, de las que salen aunque no quieras.

—Dios nos pille confesadas.

—Exacto. —La giro por la cintura para que me mire—. Quiero entender lo de las pastillas. No para meterte bronca. Para entenderlo.

Ella aprieta la toalla entre las manos.

—Es que... hay días que no puedo con mi cabeza, Julia. Me pongo nerviosa, me cuesta dormir, me entra miedo por todo, me viene

culpa por todo. Y las pastillas hacen que baje.

—Vale. Eso lo entiendo. Lo que no entiendo es por qué te lo comes tú sola y encima intentas que nadie se entere. Que estamos aquí, coño.

Sabina me enfoca por fin. Tiene los ojos brillantes.

—No quería ver tu cara cuando te enteraras.

—Ah, muy bien.

—No me vaciles ahora.

—Te vacilo porque si no me pongo seria y meto la pata, y entonces ya sí que hacemos el ridículo las dos. —Respiro hondo—. Mira. Soy pesada. Grito. Te aprieto. No lo hago para joderte. Lo hago porque me importas. Y porque me da miedo que un día te me vayas a la mierda y yo con cara de idiota, dándole vueltas a todo lo que podía haber hecho. Y sí, mi forma de querer es bastante... agresiva. Pero es querer, Sabi. No es policía.

Se seca una lágrima con el dorso de la mano, rápido, como si no la hubiera visto.

—Vaya. Tienes sentimientos. Esto se está yendo de las manos.

—Cállate, rubia. —Le tomo las manos, sin apretar—. Estás helada. Y no me cambies el tema: tienes que comer. En serio. Luego te tiembla el pulso, te mareas, te pones peor y encima dices que estás bien. No estás bien. Y no pasa nada por decirlo.

—Tengo miedo de volver a liarla, Julia —confiesa—. De volver a engancharme. Y miedo de que un día ya estéis cansadas de mí.

—Cansadas estamos de muchas cosas, Sabi. De ti no. —Aprieto sus manos—. Pero deja de mentirnos. Porque luego pasa lo que pasa.

Sabina asiente, apenas.

—Vale.

—Y otra cosa. La próxima vez que te notes así, lo dices. Aunque te dé vergüenza. Aunque te parezca una mierda. Lo dices. Y si yo te salto al cuello, me lo paras. Me dices «Julia, hoy no». Y yo me trago el orgullo.

—Eso quiero verlo.

—Yo también. —Sonríe—. Pero me lo curraré, que estoy en modo reforma personal.

—Vale. —Se le bajan los hombros, por fin—. Lo diré.

—Bien. —Señalo la puerta con la barbilla—. Y ahora sales conmigo. Te lavas la cara, comes algo y luego ya vuelves a salvar a Irina y a llevarte el mundo a cuestas, que veo que te encanta. Pero con el estómago lleno, ¿eh? Que si no, te arrastro yo a la cocina y nos ve Amaia y me denuncia.

—Espera, te tengo que contar algo. —Me agarra del brazo.

Se endereza. Dirige la mirada a la puerta del baño, comprueba el pestillo y se me pega tanto que me llega su desodorante. Cambia el tono; se le pone esa voz bajita de «esto es serio y no me hagas chistes».

—Acabo de hablar con Rashel.

—Vale. ¿Qué tal? ¿Nos ha robado alguien la contraseña de Netflix o vamos ya a lo de siempre?

—No están conformes, Julia. Rashel dice que los Trueno creen que estamos... más blandas de lo normal. Que lo del dinero no era arreglo ni paz ni nada: era la entrada. Y ahora quieren más.

—Me cago en mi vida. O sea, que Irina tenía razón y nosotras hemos ido de listas. Qué sorpresa. Les das un dedo y te piden el brazo entero, los hijos de puta.

Sabina se pasa la mano por la cara, harta, y le tiembla la voz.

—Y ahora viene mi parte favorita: no sé si decírselo ya. Está convaleciente. Si se entera de que nos han tomado por idiotas, se levanta, organiza una caza y se nos va la situación a la mierda. Y ahora mismo no está para eso.

Me trago el impulso de gritar. Visualizo la cara que va a poner Irina y me entra un cansancio feo.

—Hay que decírselo, Sabi. Sí o sí. Ayer nos pusimos estupendas con lo de hablar de frente, ¿te acuerdas? No podemos volver a callarnos lo gordo y luego hacernos las sorprendidas cuando explota.

Sabina apoya la nuca en la pared.

—Lo sé. Y aun así me acojona. Se va a cebar conmigo, Julia. Y yo ya no quiero más pelea. Estoy agotada.

—Mírame. —La agarro por los hombros—. Nada de cara de entierro, que hoy no me da la gana. Vamos a hacerlo bien por una

vez, aunque sea por pura supervivencia y porque me apetece llegar viva a la cena. Escúchame.

—Que sí.

—Uno: traemos a las niñas a la mansión ya. Aquí somos intocables, esto es una fortaleza. Y de paso traemos a Luna y a Martina también. No quiero a nadie por Madrid, que luego vienen los sustos y me toca a mí poner cara de madre responsable y se me da fatal.

—Es lo único sensato que has dicho hoy.

—No te vengas arriba que igual mañana recaigo —le contesto—. Dos: cuando estemos todas aquí, montamos una reunión en condiciones y vemos qué hacemos.

—Vale, ¿y tres?

—Tres: salimos y se lo contamos a Irina juntas. No te dejo sola.

—Pues vamos.

—Vale.

Le doy un apretón pequeño en el brazo. Me acerco un palmo más, hasta que respira encima de mí. Sabina se tapa la cara, agobiada. Yo me acerco otro medio paso. No para intimidarla; para estar cerca. Hoy me sale así. Qué le voy a hacer.

—Enséñame la cara.

—¿Qué?

—Que me enseñes la cara, pesada. —Le alzo la barbilla con dos dedos, suave—. Te he visto las canas ahí fuera y me ha dado por pensar cosas.

Fija en mí esos ojos claros que siempre me han dejado sin frase. Coloco el pulgar en su pómulos. Tiene la piel fría y un temblor pequeño en la mandíbula, el de cuando intenta hacerse la fuerte pero está cansada. Aparto un mechón de su flequillo y dejo la palma en su sien. Y la beso. Un beso corto, directo. Nada de demostrar nada. Solo un beso y ya.

Me separo y observo su boca, que la tiene bonita hasta cuando está seria, y se me va la cabeza veinte años atrás. Recuerdo su risa de entonces, las noches tontas, los discos, nosotras creyendo que el mundo era grande y que el daño era una cosa que les pasaba a otros.

Y ahí me cae otra también: no estoy loca por querer a Irina y querer a Amaia y seguir queriendo a Sabina. No es o una u otra todo el rato. Se puede querer a más de una persona y no por guarra ni por capricho. Por querer, ya está. Y de golpe entiendo a Sabina de verdad. Entiendo que lleva toda la vida con esto en la barriga, tratando de meter el amor en un sitio donde no cabe, y encima tragándose la culpa.

A ella se le humedecen los ojos, pero no llora. Lo sostiene. La cabrona lo sostiene. Deslizo el dedo por su labio inferior, muy suave.

—Tienes la boca igual —le susurro, y me sale una sonrisa triste y contenta a la vez—. Y los ojos... ay, Sabi. Tus ojos me han tenido de los nervios desde que éramos unas crías.

—Julia...

—No me cortes. —Me acerco más, frente con frente, sin apretar—. Te vi antes ahí fuera y cuando me dijiste lo del pelo, me dio un vuelco raro, porque no eres la niña de la que me enamoré. Ya no. Y aun así estás preciosa. Y me da rabia haber tardado tanto en decirte esto.

Rozo su nuca y acaricio su cuero cabelludo con la yema de los dedos. Ella cierra los ojos.

—Yo... —respiro—. Te perdono.

—Julia, eso...

—No, escúchame. Te perdono lo de cuando teníamos veinte años. Lo de los cuernos. Lo digo así porque era eso y ya está. Me pasé media vida llamándote de todo en mi cabeza para no reconocer lo otro: que me dolió porque te quería a muerte y porque yo también era una cría y no supe perdonarte. —Se me aprieta la garganta y sé que se me nota, pero hoy no me escondo—. Ojalá te hubiera perdonado entonces. Ojalá no te hubiera soltado la mano. Porque te dejé, Sabina. Te dejé yo. Y me arrepentí. Me arrepentí un montón de veces, en serio. Me hice la dura, te pinté de villana y me fui a vivir la vida... y era mentira. Yo siempre te llevaba puesta.

Sabina roza mi muñeca con una ternura que me deja torpe.

—Nuestra vida habría sido otra.

—Ya. Y también habríamos metido la pata en otras cosas, porque somos nosotras. —Acaricio su mejilla con los nudillos—. Pero mira

dónde estamos ahora. Qué cuadro. Y aun así... no voy a volver a dejarte jamás. No así. No por orgullo, no por miedo, no por hacerme la ofendida.

Se le cae una lágrima, una sola, y se la quita rápido con el dorso de la mano, enfadada consigo misma.

—Yo tampoco quiero que nos dejemos más. Ya estamos donde estamos. Con Amaia, con Irina. Con todo esto montado. Pero tú eres tú, Julia. Y yo... yo también me he arrepentido. Mucho. De lo que hice y de no haberte agarrado cuando todavía se podía arreglar fácil.

—No era fácil —le corrijo—. Éramos idiotas.

—Éramos idiotas —me concede.

Le doy otro beso, más lento, y apoyo la frente en la suya.

—Vale. Ya está. Ya he dicho la parte que me daba vergüenza. Ahora, sal conmigo y nos comemos el marrón de los Trueno, que nos va a encantar, claro.

Volvemos al dormitorio. Amaia está sentada al lado de Irina. La pelirroja intenta tener cara de persona normal, pero lleva el pelo fatal y los ojos demasiado vivos.

—Tenemos un plan. —Me planto a los pies del colchón con mi mejor pose—. Vamos a recoger a las niñas ahora mismo. Y a Luna y a Martina. Se vienen todas para acá con el equipaje. No quiero a nadie fuera de estas paredes.

A Irina se le activa el modo alerta en un parpadeo. Me clava esos ojos verdes que te leen hasta el alma.

—¿Ha pasado algo que yo deba saber, Julia? ¿O es que te ha dado un ataque de pánico maternal?

Sabina busca permiso en mí. Asiento.

—He hablado con Rashel. —Se arrima a la cama—. Los Trueno quieren más. Mi dinero les ha abierto el apetito.

Irina no grita. Eso ya es un milagro. Asiente despacio, muy seria, y yo le veo el cabreo por dentro. Cabreo del suyo: silencioso, pero real. En ese momento le suena el móvil. Muestra la pantalla: Rashel. Descuelga y empieza a hablar en ruso, rápido. No entiendo una mierda, pero el tono lo entiendo perfecto.

—Bien. Todas aquí. Ahora mismo —dice al colgar—. Hay movimientos raros cerca del edificio de las chicas. Y encima Alaska

también está allí. Con Nat.

—Nat va armada —apunta Amaia—. Y Luna también.

—Sí —responde Irina—. Y Alaska sigue siendo Alaska.

Amaia se levanta de golpe. Sabina se paraliza y luego reacciona.

—Perfecto —digo yo, contengo el subidón de que esto se ha puesto feo—. Pues a por ellas. Y rápido.

Nos ponemos en marcha sin drama, solo prisa práctica. Irina se viste refunfuñando porque la ropa le roza los puntos. Sabina recoge los trastos médicos a toda velocidad. Amaia me agarra de la mano al cruzar la puerta. A mí ese gesto me centra.

Bajamos al salón. Ana y Rashel ya están aquí, con cara de preocupación. Nora aparece por detrás y se apunta a la excursión.

—Preparad los blindados —ordena Irina con su voz de mando de siempre—. Vamos a por la prole. Despliegue serio. No quiero ni una mosca cerca de los coches.

Rachel asiente sin preguntar. Salimos juntas hacia el coche. Irina va seria, revisa hasta los cordones de los zapatos de los escoltas con una mirada que fulmina. Está en su salsa, recuperando el sitio aunque le duela el lomo.

—Hoy nos toca protección de la buena, Ira —le digo antes de subirme al bolido, ya empiezo a estar aterrada—. Que hoy no me fío ni de mi propia sombra.

—Descuida. Nadie toca a mi familia hoy. Te lo juro.

Salimos de la finca en una caravana de lujo y pólvora que da miedo solo de verla por el retrovisor.

—¿Estás bien, Julia? —me dice Amaia, y me aprieta los dedos.

—Estoy divina —miento, porque para eso tengo carrera—. Voy a ver a mis hijas y voy a ejercer de madre borde, que lo tengo abandonado y luego se me atrofia.

Sabina se me pega al hombro, porque Sabina es así cuando tiene el corazón a mil y no quiere admitirlo.

—Mentira —me susurra—. Tú vas a llegar, las vas a abrazar y luego te vas a hacer la chula para que no se te note que estás a punto de llorar. Y yo te voy a mirar y voy a pensar: «qué pesada es, pero es mi pesada».

—Qué bonito te ha quedado —le contesto—. Si nos matan hoy, por lo menos morimos habiendo tenido un momento tierno. Qué lujo.

—No digas eso —me corta Amaia sin levantar la voz, pero con la firmeza esa suya que te coloca el cuello en su sitio.

—Vale, vale. No lo digo. Lo pienso en silencio, que es peor.

El coche tira hacia Madrid con prisa. Yo intento estar graciosa, pero por dentro voy contando: niñas, Luna, Martina, Alaska, Nat, y luego ya vemos. Somos un grupo de cuatro mujeres con muchas cosas encima, sí. Pero hoy, si los Trueno han decidido probar, les va a salir el experimento caro. Y no porque seamos heroínas: porque las crías no. Con las crías no.

Capítulo 31

Cuatro coches. Un convoy que apesta a pólvora y a errores que vamos a pagar todas. Delante, el blindado de apertura con cuatro tipos que tienen cara de no haber desayunado nada más que rencor. Detrás de nosotras, el coche de apoyo donde van Ana, Rashel y Nora con Anton y Alexei, que son los dos hombres de confianza de Irina y casi familia. Al final, el blindado de cierre. Dieciocho personas para ir a recoger a nuestras niñas. Es una locura, una absoluta marranada logística que me confirma que la tranquilidad ha muerto y nadie ha ido al entierro.

Irina está a mi lado. Sigue pálida. Tiene la mano derecha apoyada en el costado, pero la izquierda está firme sobre el asiento. Me mira y sus ojos tienen ese brillo metálico de cuando se pone en modo guerra. Me tranquiliza que sea tan eficiente.

Enfrente tengo a Sabina y Amaia. Sabina es un manojo de nervios que intenta disimular jugando con el anillo. Amaia, en cambio, es la calma operativa. Me pica el recuerdo de lo que pasó entre nosotras hace unas horas, ese calor en la cama que ahora me parece un invento de otra Julia, pero me lo trago. Hoy no hay sitio para mis debilidades.

—¿Alguna novedad por la radio? —La voz de Irina es un susurro que corta el aire.

—Rashel confirma que el perímetro en Madrid está sucio — responde Amaia sin despegar la vista de la tableta—. Los chicos que vigilan el piso de Martina han reportado movimientos. Un BMW gris y un Audi negro dando vueltas a la manzana. No son vecinos buscando aparcamiento, Irina. Nos están cronometrando.

—Los Trueno creen que el mundo les debe un favor —dice Irina. Gira la cabeza hacia mí y luego hacia las otras dos—. Ya que vamos a estar un rato aquí encerradas, es hora de que sepáis por qué esa familia de despojos no se conforma con cuarenta millones.

Me acomodo en el asiento, preparada para la ración de mierda que nos va a caer.

—Fue hace años —empieza Irina—, cuando Ana era inspectora en la UDYCO. Su unidad estaba detrás de los Trueno. Eran unos animales y el problema es que los animales cuando se ven acorralados muerden fuerte. La secuestraron. La tenían en un sótano infecto a las afueras de Madrid. Iban a matarla para mandarle un recado a toda la policía. Fue cuando le cortaron la oreja.

Miro a Irina y me pregunto cuántas versiones de esta mujer me quedan por conocer.

—Rashel y yo la sacamos de allí —sigue ella—. Fue antes de que Ana y Rashel estuvieran juntas y yo no me hablaba con Ana, pero no iba a dejar que la mataran. Entramos sin llamar. No hubo negociaciones ni banderas blancas. Esa noche maté a ocho de ellos. Incluido al padre del líder actual. Luego los emparedamos en un edificio en construcción, y como yo soy yo, pues dejé mi firma.

Me quedo helada. Mi mujer no solo mata, firma. Miro sus manos, esas que hace nada me acariciaban el pelo, y me doy cuenta de que cargan con ocho muertos solo de aquella noche. Me da un vértigo que me deja sentada y, a la vez, una punzada de algo sucio que me pone a mil. Soy una enferma, no tengo remedio.

—Desde entonces es una guerra personal —continúa—. Los hijos heredaron el odio y el negocio, y yo me he dedicado a reventarles cada movimiento durante una década. Sabotajes, filtraciones, lo que hiciera falta para que no levantaran cabeza. Lo último fue un cargamento de cocaína en un barco que les hundí hace tres meses. Perdieron una fortuna mucho más grande de cuarenta millones y su reputación se fue al carajo. Por eso el dinero de Sabina les parecen una propina insultante. Creen que les debo hasta el aire que respiran y mi cabeza es el único pago que aceptan.

—O sea, que les hemos dado gasolina para que compren más cerillas —dice Amaia elevando la voz—. ¿Y por qué hostias no nos has contado esto antes?

—¿Y cómo coño iba a saber yo que se os iba a ocurrir la brillante idea de darles dinero? Si lo hicisteis por vuestra puta cuenta.

—A Rashel le pareció buena idea... —murmura Sabina, encogiéndose en el asiento.

—Rashel no ve el dinero como vosotras —la corta Irina—. Para Rashel el dinero es código. Es un rastro. —Se pasa una mano por la cara, frustrada—. Llevo años peleándome con ella por esto. Rashel sabía que cuarenta millones no iban a comprar la paz. No es gilipollas. Su jugada no era pagar un rescate, era marcar el objetivo.

—¿Marcar? —pregunto yo—. ¿Qué coño dices?

—Injectando capital en una estructura opaca —explica Irina con impaciencia—. Los Trueno tienen su fortuna escondida en paraísos fiscales, criptomonedas frías y testaferros que ni ellos conocen. Son invisibles fiscalmente. Rashel no puede hackear lo que no encuentra. Pero si les das cuarenta millones de golpe, los obligas a mover ficha. No pueden guardar eso debajo del colchón. Tienen que lavarlo, distribuirlo, ingresarlo en sus cuentas seguras.

Amaia levanta la vista de la *tablet*, entendiendo la jugada al vuelo.

—Es un caballo de Troya —dice—. Al seguir el rastro de entrada de los cuarenta millones, ellos mismos le enseñan a Rashel dónde está la puerta trasera de todo su capital.

—Exacto —sentencia Irina—. Rashel pretendía usar esa transacción para mapear toda su red financiera y luego vaciarles las arcas hasta el último céntimo. Dejarlos a cero. Arruinarlos, que es la única forma de matar a una organización hoy en día sin disparar una bala. De hecho, está en ello. El algoritmo ya está dentro.

—Vaya tela con Rashel —dice Sabina, con los ojos como platos—. Iba a robarles mientras les pagaba.

—El problema —sigue Irina, sombría— es que Rashel confiaba demasiado en la lógica. Pensó que la codicia los mantendría ocupados y tranquilos el tiempo suficiente para ejecutar el vaciado. Calculó mal el factor humano. Se han puesto ambiciosos y violentos antes de que el sistema pudiera terminar el trabajo.

—O sea —concluyo yo—, que la técnica era perfecta, pero se le olvidó que estos tíos no son banqueros, son carniceros con sed de venganza.

—Y ahora tenemos a los carniceros cabreados, con cuarenta millones más en el bolsillo y con ganas de gastárselos en balas para nosotras. Además, la jugada ha puesto a Sabina en la diana —remata Irina, hacia la rubia—. Es de dominio público que Sabina y yo somos amigas, pero al pagar han confirmado que también está en el negocio. Ahora ya no eres una civil, Sabina. Eres parte del banco que quieren atracar.

Amaia niega con la cabeza, cabreada.

—Vale, pero si la idea era de Rashel, ¿por qué coño no puso ella la pasta? —pregunta Amaia, señalando lo obvio—. Ella tiene fondos de sobra. ¿Por qué meter a Sabina en esto si era su plan maestro?

—Rashel puso diez —salta Sabina rápido, defendiéndola—. Yo puse los treinta restantes. Y no me lio ella, Amaia. Fui yo quien se lo propuso.

Amaia la mira con escepticismo.

—¿Y ella aceptó así, sin más?

—Aceptó... —Sabina duda, frunce el ceño—. Aceptó fácil. Demasiado fácil, ahora que lo pienso. Me extrañó que no me pusiera ni una pega, solo dijo que vale. Pero fui yo la que insistió, que quede claro.

Irina bufa y se gira hacia la ventanilla, negando con la cabeza.

—Aceptó porque no tenía otra opción si quería hacer la jugada —dice Irina, volviendo a nosotras—. Rashel no tiene liquidez. No tiene cuarenta millones muertos de risa en una cuenta corriente. Su dinero está invertido, en la red, en activos que no se pueden hacer líquidos sin levantar sospechas de Hacienda y de medio mundo. Ella no podía poner tanto.

—Podría habértelo pedido a ti —digo yo.

—Me lo pidió —corta Irina, tajante—. Y la mandé a la mierda. Ella quería financiar esa trampa para rastrearlos y yo me negué en rotundo a soltar un euro para una jugada que me parecía peligrosa.

Se hace el silencio en el coche. Sabina baja la vista, entendiendo por fin la jugada completa.

—Así que cuando yo aparecí con el dinero...

—Cuando tú apareciste, a Rashel se le abrieron los cielos —concluye Irina—. Le solucionaste el problema logístico que yo le

estaba bloqueando.

—Pero entonces sabía que la ponía en peligro —dice Amaia, y la voz le sale pequeña.

—No. —Irina suaviza el tono, pero no mucho—. Rashel no pensó que la pusiera en peligro real. De verdad que no. Ella vive en datos. Pecó de arrogante, no de mala. Creyó que podía controlar los tiempos.

—Pues le ha salido el cálculo como el culo —escupe Amaia.

La maternidad en esta casa no es ir al parque; es una operación de extracción con chaleco antibalas puesto. Me revienta que mis hijas tengan que vivir así, bajo la sombra de unos muertos que yo no elegí pero que ahora son mi herencia.

Llegamos a Madrid y la ciudad me parece una ratonera. El tráfico es una porquería que nos obliga a maniobrar con una tensión que se masca en el aire. Los escoltas van soltando avisos por la radio, códigos cortos que suenan a sentencia de muerte. «Posición 1 en verde, Sector 2 bajo vigilancia».

Cuando nos acercamos al piso de Martina, el despliegue es de los que te quitan el hipo. Los blindados se posicionan cortando la calle de forma agresiva. Los escoltas bajan primero, moviéndose con esa coreografía de quien sabe que el peligro no avisa. Abren un perímetro humano, revisando cada portal, cada coche aparcado, cada ventana. Es un pasillo de carne y hueso para que nosotras no toquemos el suelo.

—Bajamos —ordena Irina.

Caminamos hacia el portal. Noto los ojos de los vecinos en las ventanas, esa curiosidad de la gente que cree que está viendo una serie de televisión. Ojalá fuera un guion, me cago en todo. Entramos en el edificio y el ascensor parece que tarda tres vidas en bajar.

Subimos y Nat nos abre la puerta con una pistola en la mano, a pleno orgullo, cero teatro. Alaska está pegada a ella. Tiene la misma mirada que Irina, sí, pero la cría cae mejor, lo digo y me quedo tan ancha. Ahora va muy seria y, cuando nos ve, se le relaja la cara. Se va directa a Irina y se mete en sus brazos. Irina le da un beso en la cabeza.

Martina aparece detrás con la coleta perfecta y me roza la mano. Luna sale también, callada, con los ojos disparados a todos lados, con una seriedad que no le pega por edad. Svet y Vera vienen corriendo con las mochilas al hombro y esa cara mezclada de alivio y miedo.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta Svet, directa a mi cuello. Sé que hoy no cuela lo del fregadero. Mi hija es lista y ya lo sabe. Hay lío.

—Pasa que nos volvemos a casa, Svet. Ya. —Me sale un tono que no deja hueco a debates.

Me acerco y la abrazo. Aprieto demasiado porque yo soy así de intensa cuando tengo miedo. Ella se me pega.

Vera intenta tirar de humor con esa gracia que le copia a Sabina.

—¿Es por el *look* de Irina? Porque con ese chándal yo también pediría escolta —dice, con una sonrisa que se le apaga al instante.

Nadie se ríe. Vera lo pilla, baja la cabeza y se pega a Sabina sin hacer más ruido.

—Rápido —ordena Irina—. Nada de equipaje extra. Lo que tengáis en las manos y fuera. Ahora.

Bajamos todas. Martina no suelta ni una queja: agarra el portátil y se planta en el centro del grupo, recta, eficiente, lo suyo. Luna se queda al final, pendiente de atrás con una concentración que a mí me deja mal cuerpo. Al llegar a la calle, el pasillo de escoltas nos lleva a la furgoneta. Metemos a la tropa dentro a toda prisa, una detrás de otra, sin tonterías.

Y al subir, Luna hace algo que me deja clavada. No se sienta junto a la ventana ni se hace la distraída. Se coloca cerca de la puerta, lista, hombros bajos, ojos bien abiertos. Localiza un compartimento de seguridad de la furgoneta, saca un arma corta y comprueba el seguro con una naturalidad que me pone triste de golpe. No pregunta, no duda. Es hija de Sabina, sí, pero Irina la tiene entrenada para esto, y verla asumir que su trabajo es proteger al grupo me enciende por dentro. Una chica de su edad no tendría que estar en estas movidas. Busco a Sabina y a Amaia: están igual, con la misma cara de «esto no debería pasar».

—¿Todo listo atrás? —pregunta Rashel por la radio.

—Confirmado —responde uno de los escoltas desde el coche de cierre.

Amaia reparte pinganillos. Deja fuera a Martina y a Vera y Svet, para que no se enteren de más de la cuenta y no se asusten todavía más. Yo me lo pongo y pienso: vale, Julia, hoy toca hacer esto bien y no cagarla. Qué planazo.

El convoy arranca de nuevo, ahora más pesado, integrando a los tíos que vigilaban el piso de Martina. Somos una caravana de metal y nervios de punta. Madrid se queda atrás y empezamos el regreso hacia la finca. El asfalto quema y el aire dentro de la furgoneta se ha vuelto escaso, pero, oye, ahora que las chicas van con nosotras en el blindado, a mí por lo menos me baja un punto la opresión del pecho. No es paz, pero se agradece.

El ambiente ha cambiado. Ya no hay charlas sobre el pasado. Ahora el silencio es una herramienta de guerra. Svet me lanza una mirada de reojo, con esos ojos que preguntan demasiado, y yo me obligo a mantener el frente. Vera se pega a Amaia, busca el calor que Sabina no puede darle porque está demasiado ocupada en no romperse en mil pedazos. Vigila a las niñas con una intensidad feroz, pero le tiemblan los dedos sobre las rodillas.

—Ira —dice Rashel por la radio.

—Dime.

—Tenemos un baile detrás. Un Passat blanco y una furgoneta azul. Llevan tres kilómetros alternando posiciones. Aparecen y desaparecen de forma coordinada.

Me cago en mi vida. El Passat blanco y la furgoneta azul. El puto catálogo completo del coche de padre divorciado y reparto de pan. Y nosotras aquí, jugando a que no nos están cazando.

—Matrículas —dice Irina, seca.

—Dobladas, casi seguro —informa Rashel—. Los de cierre confirman que mantienen distancia, pero no se van. Esto no es curiosidad. Es marcaje.

Miro hacia atrás y ahí están, sin esconderse ya demasiado. Los escoltas cantan posiciones por la radio cada pocos segundos y a mí eso me pone nerviosa, pero también me agarra a la realidad:

significa que siguen trabajando y que, de momento, nadie se ha hecho un agujero nuevo en el cuerpo.

—El blanco se abre a la izquierda.

—La azul acelera.

—Cambio de carril.

—Ojo, otro vehículo raro más atrás.

—Cambio de formación —ordena Irina—. Apoyo, cerrad el hueco. No quiero a nadie en medio.

Las niñas se dan cuenta de todo. Svet se pone recta. Vera deja de hablar y se le pone la cara color papel. Martina empieza a recitar fórmulas. Luna se queda firme, mano lista, cuerpo listo, todo listo.

Un vehículo ajeno intenta colarse entre nuestro blindado de apertura y nuestra furgoneta en un movimiento agresivo. El blindado de apertura pega un volantazo coordinado y saca al intruso del carril con una violencia controlada, obligándolo a frenar en seco en el arcén. No hay tiros, pero la agresividad del movimiento nos deja a todas con el alma en vilo.

—Nos están probando —farfulla Irina. Su mirada es puro hielo siberiano.

Miro a Amaia, que me agarra la mano con una fuerza que me va a dejar marca. Le devuelvo el apretón con la misma desesperación. Miro a Sabina, que tiene los ojos empañados, pero mantiene el mentón alto.

—No van a dejarnos llegar —sentencia Irina—. Poneos los chalecos, las niñas también.

Lo dice con una sencillez que me quita la poca esperanza que me quedaba. No es una suposición de paranoica, ni deja margen para el autoengaño. No está especulando. Está informando.

El desastre ya no está esperándonos en la finca. Viene con nosotras, bailando en el retrovisor. Seguimos avanzando y entramos en el tramo de pinos donde la carretera se estrecha y el móvil siempre decide hacerse el muerto. Quedan quince minutos para la finca. Quince minutos que, en estas, se hacen larguísimos.

He pasado demasiados años en el filo como para no reconocer cuando el mundo se convierte en una ratonera. Los árboles se

cierran sobre nosotras y la pendiente nos obliga a bajar la guardia. Es el lugar que yo elegiría si quisiera borrar a alguien del mapa.

Miro a Irina otra vez. Ella también lo sabe. Lo sabe desde que salimos de Madrid. No lo dice porque no hace falta: su cara ya lo está diciendo todo.

Rashel informa por la radio, cortita y al grano.

—Bloqueo en tramo final. Contacto visual. Preparados.

El blindado de apertura clava los frenos. El chirrido de los neumáticos contra el asfalto me retumba en las ruedas. El conductor reacciona con una maniobra brusca y coloca el vehículo atravesado en medio carril. No es un accidente; nos está regalando un muro de acero. Delante, una furgoneta azul cruzada en diagonal nos corta el paso. Miro hacia atrás y el Audi negro que nos pisaba los talones se detiene en seco, bloqueando cualquier amago de huida. De momento no veo más. Solo los coches y dos o tres siluetas moviéndose detrás de las puertas abiertas.

—¡Todo el mundo atento! —ruge Irina.

Su voz no tiembla, aunque se note que el esfuerzo le tira de la costura. Me tiro hacia Svet y Vera, empujándolas hacia el espacio entre los asientos.

—Bajad la cabeza. Ni se os ocurra asomaros. Martina, deja el puto ordenador. ¡Ya!

Ver a mis hijas encogidas en la alfombrilla del coche me revienta por dentro. Esto ya no es una de las anécdotas peligrosas de Irina que escuchamos mientras desayunamos. Esto es real. Svet me mira con una fijeza que me asusta; tiene los ojos de su madre, analizando el peligro en lugar de llorar. Vera, en cambio, ha entrado en barrena.

—¿Nos van a matar, mamá? ¿Van a entrar? —lloriquea Vera.

No hay rastro de la niña mimada de Sabina. Es una pregunta cruda, directa, de las que no tienen respuesta buena. Intenta incorporarse para mirar por la ventana y le arreo un tirón que casi la disloca.

—Abajo he dicho. No va a entrar nadie.

Amaia se hace cargo de la situación. Se olvida de ser la conciliadora y activa el chip de madre y policía. Agarra a Vera por los

hombros, clavándole los dedos con firmeza.

—Mírame, Vera. Escúchame bien. Respira conmigo. Una inhalación larga, aguanta, fuera. Cuenta las respiraciones. No va a pasar nada.

Busco mi pistola en el compartimento de la puerta, el metal frío que Irina me obligó a aprender a manejar. Me giro a Martina. Está blanca. Tiene las manos pegadas al portátil, como si aquello fuera un salvavidas. La pantalla está apagada y ella se ha quedado ida.

—Martina. Eh. Mírame. ¡A los ojos! —le pego un grito para sacarla de ahí.

Parpadea y enfoca, pero el miedo lo tiene metido hasta el fondo.

—Suelta eso. Ahora no te sirve para una mierda. —Bajo el tono para que mi voz le haga de suelo—. Pásate delante. Ya. Necesito que cojas el volante.

Martina mira el asiento del conductor y luego a las niñas.

—Mamá, yo no...

—Sí, tú sí. Me cago en... —Me muerdo la lengua a medias, porque no ayuda—. Martina, escúchame. Si esto se tuerce, si fuera pasa algo, tú sacas a las niñas de aquí. Te da igual quién grite, te da igual lo que veas. Arrancas y tiras. Fincas, carretera, lo que sea, pero te mueves. ¿Me lo prometes?

Se ajusta la coleta y se desliza hacia el puesto de mando con los movimientos de un autómatas. Se coloca al volante, tensa, pero operativa. Ella controla el coche, pero sé que no podrá controlar las piernas de Svet si a la pequeña le da por salir corriendo. Ese pensamiento me muerde la nuca.

—Aquí Rashel —entra la voz por la radio, baja y seca—. Solicito refuerzos. Todos los hombres disponibles. Coordenadas encriptadas en tres, dos, uno... ya. ETA: lo antes posible.

—Recibido —responde desde la finca una voz distorsionada—. Enviamos.

—Ira. —Rashel no coge aire ni para ser educada—. Hay que salir. Si no salimos, nos plantan explosivos en los vehículos. Mira a la izquierda: se están moviendo.

—El jefe ha salido —dice Nat por el canal, con esa voz que dan ganas de apagarle el micro—. Dale charla. Haz tiempo hasta que

lleguen los refuerzos. Quieren dinero, quieren hablar. Aún no van a disparar.

Miramos al frente: un tipo grande se acerca con tres más detrás. Él viene sonriendo, manos a la vista, sin armas enseñadas. Los otros tres, ya tal: fusiles apuntando a nuestra furgoneta.

Y por la izquierda aparecen más. Salen de entre los árboles con bultos oscuros en las manos, pegaditos al terreno, directos a nuestros coches.

—¿Cuántos ves? —pregunta Irina.

—Nos superan —entra Ana—. Y hay más dentro del bosque.

Irina gira la cabeza y ve a Sabina con la mano ya en la manilla.

—Sabina, quédate aquí.

Sabina mira a Vera, que está temblando. Mira a Irina, herida. Y decide que hoy se ha levantado valiente y cabezona.

—Ni de coña me quedo aquí encerrada oyendo cómo os matan.

Yo miro por el cristal hacia el coche de apoyo y me sale del pecho un «¿pero por qué coño hemos traído a Sabina?» que no aporta nada, pero me regula.

Luna no espera a que nadie le dé permiso. Se arma y le ajusta el chaleco antibalas a su madre con una prisa muy aprendida.

—Mamá, no hagas tonterías. —La sujeta por los hombros.

Irina hace una seña y Luna se mueve ya fuera, segura, colocándose donde tiene que estar.

—Cubre a mi madre —le ordena a uno de los escoltas, sin levantar la voz.

Revisa el seguro, encaja el cargador, abre ángulo para cubrir el flanco más expuesto. Luego se gira hacia Svet. No hacia Martina, que es su pareja; no hacia Vera, su hermana. Hacia mi hija. No le dice nada. Le basta con mirarla.

Svet se queda quieta. Quietísima. Se graba la mirada y obedece. Ni protesta, ni se hace la valiente. Gracias, Luna, por hacer de hermana mayor con la cara. Luego, en vez de mirar a Luna, me mira a mí. Se le van los ojos a mi cinturón. Al metal en mi mano. Al sitio de donde Amaia está sacando más armas.

Vuelvo a mirar hacia los pinos y ahí están. Primero uno. Luego dos. Luego cuatro. Y siguen. Niños con fusiles demasiado grandes

para sus brazos, camisetas pegadas de sudor, caras tensas, rabia mal administrada. La carretera se llena de cuerpos y de hierro. No vienen ordenados: vienen en manada y con ganas.

Los nuestros bajan de golpe. Un bloque de escoltas forma un semicírculo y se coloca por costumbre, por repetición, por haber visto suficiente mierda en su vida.

Irina baja de la furgoneta apoyándose en la puerta para no perder el equilibrio. Está pálida y aun así se planta con esa presencia que hace que hasta los árboles se porten mejor.

Amaia sale también. Se queda cerca de la puerta de las niñas, arma lista, sin hacerse la heroína, pero sin ceder un centímetro.

El peso del arma en la mano me trae el recuerdo de Irina en la galería de tiro, corrigiéndome la postura con paciencia.

«No apuntes con miedo, Julia. Si la sacas, es para usarla».

Mis hijas me están viendo a través del cristal, pero quito el seguro igual. Pulso firme. Cháchara interna, luego.

Irina me agarra de la muñeca. Aprieta fuerte y me obliga a mirarla.

—Te quiero.

A mí me cambia la cara sola, porque sé que me lo dice porque piensa que puede no haber un después.

Rashel vuelve por radio, rápida y baja:

—Ira. La mayoría no lleva chaleco. Son más, pero van a lo loco. Idiotas armados. Aun así, una bala es una bala. No regaléis nada. Aguantad. El cierre está montado.

Nos colocamos en segundos, cada cual a lo suyo.

Rashel se queda donde tiene visión y línea de tiro. Ana y Nora abren los laterales, con ese instinto policial que tienen aún. Amaia sostiene el perímetro de la furgoneta, cubriendo a las niñas sin perder el Audi negro de vista. Nat mantiene a Alaska a cubierto, aunque la chica intente sacar el mentón y parecer más alta. Luna se coloca con vista directa al punto por donde aparecerá el jefe.

Irina avanza medio paso. Herida, sí. Fuera de juego, ni de broma.

Entonces uno de los nuestros se mueve un palmo de más. Un gesto mínimo, nervioso.

Y desde el bosque responden.

El líder da un paso al frente. Lleva una camisa oscura, una sonrisa de suficiencia y esa mirada de quien ya ha cobrado la apuesta. Se detiene a una distancia que marca el respeto por nuestras armas, pero sin un gramo de miedo.

—Mirá pues... —Se ríe por lo bajo, y antes de buscarnos la cara ya se le va el ojo al costado de Irina, la mano en la herida. Y ahí se le cambia la voz. El tono del que lleva años esperando este momento —. La zarina vino con escolta y todo... y aun así se le nota el dolorcito. ¿Y esa curita qué, mami? ¿Te dolió cuando te tocó sangrar en serio?

Sus ojos se pasean por el despliegue con calma de carnicero hasta que se clavan en el coche de apoyo. Ve a Alaska y se le ensancha la sonrisa, el cabrón.

—¿Y esa otra Popova qué? —La señala con la barbilla—. ¿La versión económica o la de repuesto?

Nat se pone delante de Alaska sin pensarlo. Irina ni se mueve, pero la mirada se le endurece. A mí me da un vuelco el estómago, porque esa sonrisa suya no es de líder inteligente: es de matón contento.

El tipo me mira a mí. Se fija en mi arma y vuelve a Irina con esa burla barata en la boca. Detrás, uno de los Trueno se acomoda el fusil fatal, otro escupe al suelo y se ríe demasiado alto. No son soldados. Son narcos con armas grandes y cero paciencia. Y con eso ya te alcanza para liarla.

—A ver pues, mi amor —sigue él, encantado de escucharse—. Bajen los jugueticos, que no queremos que las niñas vean un reguero. Vinimos a hablar de negocios, no a ponernos a recoger gente del piso. Pero si quieren *show*, mi reina, aquí trajimos de todo. ¿Qué dice, jefa? ¿Hablamos o contamos huecos?

Irina no se mueve. No baja el arma. Siento el latido de su «te quiero» vibrándome todavía en los huesos mientras el pinar se cierra sobre nosotros. El cara a cara ha empezado y no tengo ni idea de cuántas de nosotros vamos a dormir en casa esta noche.

El sudor me corre por la espalda. Es la conciencia de estar superadas en número. Hay muchos más, seguro, aunque él quiera fingir que solo tiene los que se ven. Mi dedo acaricia el gatillo y me

doy asco por haber aprendido a hacer esto tan bien. Miro a Sabina, que respira de forma errática a mi lado, y me entran unas ganas locas de gritarle que se meta en el coche, pero ya es tarde. Estamos todas en el barro.

El líder nos mide una por una, disfrutando el ratito. Cree que tiene esto amarrado.

—Sos muy valiente, mami. —Se dirige a mí, ladeando la cabeza—. Pero la valentía no para las balas. ¿Cierto, Popova? Dígale a su gente que se calme, que no vinimos a armar escándalo... a menos que nos toque.

Irina da un paso al frente.

—Habla rápido —dice, seca—. Mi paciencia se acaba antes que mi munición.

El colombiano se ríe, corto y con ganas, y el sonido rebota entre los pinos.

—Uy, qué carácter, por Dios. Así me gusta. A ver si ese orgullo te alcanza pa pagar la cuenta que dejaste pendiente.

Siento el peso del arma en la mano y el peso de mi familia en la espalda. El tablero está dispuesto y la partida ha empezado. Pero no pensamos regalársela.

Capítulo 32

La tela del chaleco antibalas me pesa en los hombros, una armadura de mierda que me recuerda que esto no es un simulacro de los que montaba Irina para tocarme las narices.

Trato de no pensar en que Svet y Vera están encajadas contra la alfombrilla de un coche que ahora mismo es el centro de todas las dianas. Me sube una náusea física, un asco profundo por haber permitido que mis hijas respiren este aire cargado de pólvora.

El pinar de los cojones se nos ha echado encima, convirtiéndose en un embudo de pinos que nos ha dejado sin margen de maniobra. Y lo peor es que la finca aún queda a kilómetros, demasiado bosque y, aun así, quince minutos son un puto mundo si te disparan en el minuto uno.

Estamos rodeadas, y me jode soberanamente que no hayamos visto venir el cierre. Son demasiados tíos con fusiles largos y ropa de combate comprada a granel, sin uniformidad, sin disciplina, pero con suficiente metal como para reventarnos la vida en diez segundos.

Para rematar el despropósito, un tipo en un lateral nos graba. Buscan la humillación, el trofeo digital de la caída de la Reina Popov para que el vídeo rule por todos los grupos de Telegram de la ralea de este continente. Quieren que el mundo vea cómo la zarina hince la rodilla en el asfalto sucio de esta encerrona antes de que se le apague la luz.

El jefe de los Trueno no deja de sonreír con esa jeta de suficiencia que pide a gritos un viaje con la culata en los piños. Se mueve de una forma que ofende, disfrutando de su minuto de gloria. De repente decide que Irina ya ha tenido bastante cuota de pantalla por hoy. Gira el cuello hacia mi izquierda, con un movimiento lento, saboreando el silencio que está a nada de romperse. Sus ojos pasan de largo de nuestras armas y se clavan en Sabina.

—Doctora Rey, mis respetos —dice con esa voz melosa que pretende ser educada pero que hiede a veneno puro—. Qué pena verla a usted en estos trotes, no me lo esperaba de una eminencia de su calibre. Mi mujer estuvo muy malita hace dos años, ¿sabe? Y ese fármaco que usted liberó, ese regalo que le hizo al mundo... a ella le salvó la vida. Yo no soy un hombre ingrato, doctora. Yo valoro el talento cuando lo veo.

Sabina está quieta, elegante, mantiene el arma firme sin temblar. Luce la cara de absoluta nada que usa tan bien cuando está nerviosa, pero decidida a que no se le note.

Rashel habla por el pinganillo, seca, práctica, a lo suyo:

—Sabina, necesito tiempo. Hazlo hablar.

Sabina no mira a ningún lado, pero baja apenas la barbilla, un «recibido» mínimo.

—Usted es una mujer muy importante, doctora —sigue el tipo—. Me da lástima verla acá, en un sitio de hombres, con esos juguetes en las manos y oyendo groserías. Una mujer tan bonita no debería estar limpiando el asfalto con nosotros. Debería estar en su laboratorio, salvando el mundo, no haciendo de guardaespaldas de una rusa que solo trae muerte por donde pisa.

Se me calienta la sangre por la forma en la que intenta reducirla a un adorno, a una cara bonita que estorba en su maldita guerra de machos. Irina, a mi lado, se queda dura. Exhala por la nariz, corto. Aviso claro.

Sabina inclina la cabeza para concederle la atención que él cree que se merece.

—Qué interesante —dice con una voz limpia—. Siempre es un hombre armado el que decide dónde debería estar una mujer. Y siempre lo dice con esa seguridad tan cómoda... la que da no tener que demostrar nada.

El colombiano sonríe más, encantado consigo mismo.

—Yo solo estoy siendo considerado, doctora.

Uno de los Trueno del lateral se pone nervioso y hace un gesto raro, medio paso, medio impulso. Rashel levanta el fusil, apuntando al líder sin temblar. El escolta de Irina a mi derecha se tensa y sube el arma un palmo.

—¡QUIETOS! —ladra Rashel.

Se oye un clic metálico. Una bota raspa la grava. Nadie dispara. Yo controlo mi propia respiración, porque nadie quiere ser el gilipollas que la caga.

El colombiano levanta una mano enguantada, calmando a los suyos con una tranquilidad estudiada.

—Tranquilos, muchachos. Suave ahí. No me vayan a asustar a las damas, que todavía estamos conversando —dice, recreándose—. A ver, doctora, le voy a proponer una cosa, bien bonita. Yo soy un hombre de palabra y a usted le debo la salud de mi esposa. Entonces hagamos esto fácil: usted, su mujer —señala a Amaia con un gesto feo— y la niña rosada... —Mira a Luna, que está cubriendo la puerta trasera—. Ustedes tres se van ya. Les abro un pasillo. Nadie las toca. Agarran su carro, se pierden de este pinar y asunto arreglado. Mi problema es con las rusas y con la morena de la pistola grande. —Me señala con la barbilla, chulo—. Usted no es mi objetivo hoy, doctora. Las demás son un estorbo, y yo estorbos no los colecciono. Y mire, esos cuarenta millones... muy generoso el abono, se lo reconozco. Pero la deuda de mi papá no se paga con sonrisitas. A mi papá lo mataron hace diez años. ¿Sabe quién? —Señala a Irina—. Esa. Y no fue en combate, ¿eh? Fue a sangre fría, doctora.

Sabina ni gira la cabeza hacia Amaia, ni busca a Luna, ni me mira a mí. Se queda plantada donde está, quieta, limpia. A mí eso me sube el orgullo y me mete un pellizco de nervios en la garganta. Levanta la barbilla, con educación.

—Antes de que sigas repartiendo permisos de vida y de muerte, una cosa —dice—. Dime tu nombre.

—¿Mi nombre? ¿Y pa qué lo quiere, doctora?

—Para saber a quién estoy escuchando. Y para comprobar si hablo con quien manda o con el señor que repite lo que le dictan, bien puesto y bien peinadito.

A mí se me escapa una risa en la garganta y la aplasto. No por respeto, por supervivencia. Me trago el impulso y aguanto la cara seria, que me cuesta un huevo.

El tipo se queda sin frase. No le gusta.

—Me dicen Córdoba. —Saca el alias con orgullo—. Don Córdoba.
Sabina asiente despacio.

—Córdoba. Perfecto. Entonces, Córdoba, escúchame con atención, porque te voy a hablar con mucha claridad y con todo el respeto que tú mismo dices merecer. Primero: te reconozco una cosa. Eres listo. Has montado un cerco, has traído hombres, armas, nervio. Te crees importante. Eso lo tienes claro.

No alza la voz. No necesita. Lo suyo es una calma que te obliga a escuchar.

—Y ahora viene lo que me parece insultante —continúa—. Después de admitir que soy capaz de salvar a tu esposa y de mover cuarenta millones, me hablas como si fuera tonta. Me pides que me separe de mi gente. ¿Crees que no entiendo para qué sirve ese «pasillo» tan generoso? ¿Qué pasa después, Córdoba? ¿Me disparas por la espalda? ¿Me coges de rehén si las cosas se te tuercen? ¿Me intentas atracar otra vez porque te apetece redondear la noche?

Córdoba sostiene la sonrisa de macho que intenta enseñar dientes sin enseñar el miedo.

—Doctora, usted habla mucho. Y se enreda. Yo le estoy dando una salida decente. Usted se va con las suyas y se acaba este problemita. No sea necia, hija. El orgullo hoy no le sirve pa nada. Agradezca y camine. Que uno aquí está siendo un caballero.

—No. —Sabina lo corta con una sola sílaba, y luego vuelve a su tono educado—. No eres un caballero. Estás interpretando un papel que te queda grande. Te voy a explicar el fallo, Córdoba. Tú primero dices que me respetas, que valoras lo que hice por tu esposa, que soy doctora, que tengo talento. Y acto seguido me hablas con esa condescendencia rancia, esperando que yo aplauda tu «generosidad». Eso es tratarme de tonta. Es decirme: «Tú eres útil, pero obediente». Y te aviso: conmigo eso no funciona.

Él resopla, ofendido, y se apoya en la superioridad que se ha inventado.

—A ver, doctora, no se ponga dramática. Usted es una mujer preparada, sí, nadie lo niega. Pero también es mujer. Y las mujeres, cuando se ponen tercas, cometen errores. Yo estoy tratando de

evitarle un mal rato. Deje a esas viejas atrás y váyase. No tiene por qué meterse en problemas de hombres.

Problemas de hombres. Lo dice delante de Irina, de Rashel. Delante de la mujer que lo ha tenido de rodillas durante años. Y ni se da cuenta. A mí me hierve el impulso de gritarle algo. Me lo guardo. No porque no tenga ideas, sino porque Sabina ya está encima y lo está haciendo mejor.

—Ahí está. Gracias por confirmarlo tú solito —dice ella—. «Problemas de hombres». Pero tu problema aquí somos unas cuantas mujeres. «Viejas». «Mija». Te oyes, ¿verdad? Tú no propones nada razonable. Solo quieres quedar por encima para que tus hombres te miren con devoción y para que yo me sienta pequeña.

Da un paso mínimo hacia delante.

—Y te digo otra cosa, porque ya que te has permitido opinar sobre mí, te devuelvo el favor. Sí, soy rubia. Sí, soy guapa. Y sí, soy mucho más lista que tú. Eso te irrita porque tú necesitas que una mujer te mire hacia arriba para sentirte alguien.

Córdoba se ríe por lo bajo, pero se le endurecen los ojos.

—Usted está muy segura de usted misma, ¿no? Muy creída. Muy reina. Le falta barrio, doctora. Aquí manda el que tiene más fierros. Y yo tengo más fierros. Así que bájele. Haga lo inteligente y váyase. No me obligue a ponerme feo.

—Lo inteligente —responde Sabina— es no aceptar un trato diseñado para dejarme sola. Lo inteligente es no creer en tu palabra cuando ya has mostrado desprecio. Lo inteligente es entender que tú no estás ofreciendo protección: estás buscando ventaja.

Pausa breve. Ni un temblor. Ni un titubeo.

—Y ya que te gusta jugar a ser magnánimo: si fueras un líder, no necesitarías hablarme por encima, ni «regalarme» nada, ni venderte como salvador. Un líder pregunta, escucha y asume consecuencias. Tú solo has hablado de ti: de tu padre, de tu deuda, de tu orgullo. Yo he tratado con gente peligrosa y con gente seria, y tú ahora mismo estás haciendo teatro para que no se te note la inseguridad.

Rachel, en el pinganillo, bajito y firme:

—Sigue. Así. No aflojes.

Sabina ni parpadea con la voz de Rashel; sigue a lo suyo.

—Así que no, Córdoba: no acepto tu pasillo. No me separo de mi gente. Y no te debo gratitud por apuntarnos. Eso no es un favor, es una amenaza.

Córdoba le clava la mirada, ya sin sonrisa.

—¿Entonces qué? ¿Me va a decir que no en mi cara?

—Sí —contesta Sabina—. Y añade esto a tu lista de lecciones: deja de llamar estorbos a personas que no puedes controlar. Te delata. Y a mí no me impresiona.

Él exhala con fastidio, agrandado por el orgullo.

—Doctora... usted está buscando que la pongan en su sitio.

—No, Córdoba —dice Sabina, impecable—. Estoy evitando que tú te creas con derecho a decidir quién vive, quién se va, y a quién le toca agachar la cabeza. Hoy no te va a salir. Y te va a tocar soportarlo.

—Habla ya, basura —dice Irina, plantándose delante de Sabina—. Mi paciencia se está acabando y me estás aburriendo. ¿Qué quieres?

Al colombiano se le marcan los tendones del cuello. Se le acabó lo de sonreír y fingir educación.

En el pinganillo entra Rashel, seca y con voz de trabajo.

—Ira, movimiento en los flancos. Intentan rodearnos por el bosque. Nora, Ana: retaguardia, cubrid árbol a árbol y que nadie se acerque a los coches de atrás. Amaia, ajusta ángulo y cubre el punto ciego de la furgoneta. Nat, mete a Alaska en el blindado con las demás, ya. Sin gritos. Julia, pega tus ojos al jefe. Anton, Alexei: cerrad el lateral derecho. Refuerzos en camino. Cinco minutos. Ira, alárgalo.

Nos recolocamos en dos respiraciones. Yo no pienso: obedezco y me quedo pegada al colombiano, a sus manos, a su arma, a sus ojos. Él lo nota. Se le borra la sonrisa del todo y le sale esa cara de «se acabó el cuento».

Chasquea los dedos y de su fila de gorilas sale un chaval flaco, con gafas gordas y un portátil colgado al hombro. Le tiemblan las manos. El colombiano lo engancha del cuello y lo empuja hacia delante, sin cariño.

—Vea pues... les presento a mi experto en finanzas modernas — dice, disfrutando y volviéndose hacia Rashel—. El peladito tenía ganas de conocer a la señorita Velikanova. Que usted era una leyenda del código, decía. Pero mire... usted no tiene cara de *nerd*, ¿cierto? Usted viene con fierro. Usted sí mete miedo.

Le da un golpe en la cabeza al chaval. Seco. Al chico se le mueven las gafas y baja la vista a sus botas. No mira a nadie. No respira.

Rashel no cambia la postura. Sigue apoyada en el rifle, tranquila.

El colombiano se vuelve hacia Irina y se le pone voz de dueño del sitio.

—Mire, Popova. Hoy no quiero masacre. Me da pereza luego limpiar el monte. Velikanova va a hacerme una transferencia ya mismo. En bitcoin. Doscientos millones. Ahí tiene la dirección en la pantalla del muchacho. Billetera fría, sin rastros. Un minuto, Velikanova. Mi chico confirma que la transacción entra y que el dinero se mueve. Después ustedes se van. Cerramos esto. Nadie llora por mi papá y aquí no pasó nada. No me haga esperar.

Doscientos millones. Se me queda el estómago tieso y la lengua seca. En la pantalla del portátil hay una ristra de caracteres y un contador en rojo. Yo oigo mi respiración, fea y alta. Irina no baja el arma. Y entonces suelta una risa corta, con desprecio, que me pone el cuello en alerta.

—No.

Una palabra. Limpia. El chaval se queda con el dedo suspendido sobre el teclado. Los Trueno se recolocan, manos hacia gatillos, hombros tensos. Irina Popova acaba de decir que no con un pelotón apuntándole a la cara. Yo quiero abrir la boca y gritar cualquier cosa, pagar, lo que sea, pero me trago el impulso. Sé que ese «no» es lo único que nos da tiempo.

—¿No? —repite él, despacio.

—¿Tú te crees que yo soy nueva, Córdoba? —Irina ladea la cabeza, tranquila—. No hago transferencias con un fusil apuntándome. Y menos para un payaso que viene con una extorsión y un número redondo. Tú no vienes a comprar nada. Tú vienes a cobrar y luego vas a disparar igual.

El colombiano aprieta los labios. Irina sigue, con tono de profesora aburrida.

—Y por si te sirve: yo soy Irina Popova. La Reina Popov. La que te voló media familia, se cargó a tu viejo y siguió respirando. Así que no me vendas esto como negocio limpio. A ti te gusta oler el miedo. Pues mala suerte. —Irina se permite mirarlo de arriba abajo, sin prisa—. Quédate con tus bitcoins. No te llevas ni un céntimo. Tienes más gente, sí. Y tus niños van nerviosos, sin chaleco, con el dedo flojo. Los míos no.

Señala con el cañón, un gesto mínimo. No necesita más.

—Si tú dices «disparen», aquí se cae tu gente también. Y te vas sin vida y sin cuento. Yo no me arrodillo para ahorrarte consecuencias.

El colombiano se inclina hacia ella, buscando intimidar. Se acerca para que sus hombres lo vean valiente y para que solo lo oigamos nosotras.

—Vos sí entendés, zarina —murmura—. Vos sabés que yo sé que tenés gente buena. —Se gira un instante hacia mí, un vistazo rápido, sucio—. La diferencia es que vos viniste con tu mujer, con tus niñitas, con tus amigas, con tus amantes... —escupe—. Vos tenés cosas que perder. Yo no. Se me caen tres y me da igual. Pero a vos te va a doler todo cuando empiece esto.

Se echa atrás y recupera la sonrisa para su tropa. Mira alrededor, deja que el momento crezca. Luego se ríe, fuerte, y levanta la barbilla.

—¡Armas arriba! —grita uno desde un lateral, con voz temblona.

—¡Nadie dispara hasta que yo diga! —ruge el líder—. ¡Quiero que me mire cuando entienda que perdió todo!

Yo miro a Irina de reojo. Ella me sostiene la mirada. Me está diciendo «hasta aquí». Tengo el dedo clavado en el gatillo y me duele la articulación.

—Irina Popova... —empieza él.

No termina.

Suena un golpe de chapa. Chirrido de la puerta lateral de la furgoneta abriéndose. Martina grita desde el asiento del conductor, un grito que no me entra por el oído, me entra por el cuerpo.

—¡SVET, NO!

Se me vacía la cabeza. Me giro y la veo. Svet ha bajado. Mi hija de trece años está fuera, en mitad de la carretera. Sin correr. Sin llorar. Camina con los hombros bajos y el mentón arriba. La cara que pone cuando se cabrea en casa, pero aquí esa cara es una sentencia.

Se me parte algo por dentro y el miedo me hace torpe. Me sale una voz que no reconozco.

—¡Svet! ¡Vuelve al coche ya! ¡Ya, joder!

Rashel entra por el pinganillo, mandando sin elevar la voz, pero metiendo hierro.

—Niña al suelo. No os mováis hacia ella. Anton, Alexei: cubrid la izquierda, sin disparar. Nora, Ana: bajad un paso, bloquead líneas de tiro. Amaia, mantén puerta y no te separes de las crías. Ira, no avances.

Qué bien suena todo en teoría. Qué asco lo que tenemos delante.

Nadie se mueve. Si alguien se lanza a por Svet, los Trueno barren la zona por reflejo. Si nos quedamos quietas, mi hija llega hasta donde le dé la gana.

Amaia se queda clavada, arma lista, y le veo la cara: piensa «no, no, no» sin decirlo. Sabina abre la boca y no le sale nada. Solo traga saliva y se le quedan los ojos húmedos. Irina... Irina da medio paso sin querer. El cuerpo se le va antes que la cabeza. Y ese detalle me pone peor que los fusiles.

El colombiano lo ve y se le abre la sonrisa, encantado. Uno de sus tíos saca el móvil y enfoca. Grabando.

—Vea pues... ¿y esta belleza quién es? —dice, con una curiosidad repugnante—. Ay, no jodás... si es igualita a la rusa.

Irina reacciona de golpe. Se coloca delante de Svet, tapándola con su cuerpo, con una violencia que no tiene nada de jefa y todo de madre.

—Vuelve a la furgoneta. Ahora. Svetlana —dice Irina, fría, cada sílaba con filo real.

Svet se aparta de un tirón. Le mete un codazo a Irina y se planta delante, insolente, con la barbilla arriba. A mí se me para el corazón.

—Que no me toques —protesta, sin mirarla—. No soy de cristal.

Irina se queda quieta. No por el golpe. Por lo que significa. Amaia suelta un «Svet...» casi sin voz. Sabina se tapa la boca con dos dedos, para no hacer un sonido que la delate.

Svet mira al colombiano a menos de tres metros. Le tiembla la garganta una vez. Se la traga. No parpadea.

—Te he oído desde el coche —dice—. ¿Tú eres el payaso que dice que va a matar a mis madres? Lo he oído todo. Cada estupidez.

El colombiano baja el arma, confiado, disfrutando del regalo.

—Ay, mirá qué cosa tan linda... —dice—. ¿Y esta princesita quién se cree que es pa hablarme así? Sí, mamita, soy yo. Y si vos sos la hijita de la rusa... mejor. Así cierro el tema completo.

Yo intento moverme y no me sale. Tengo a mi hija ahí, expuesta, y mi cuerpo decide quedarse a medias. Cobarde, inútil, madre.

Svet no grita. No hace teatro. Se limita a preguntar, con una frialdad que no sé de dónde ha sacado.

—¿Entonces quieres matarlas de verdad? ¿A eso has venido?

El colombiano sonríe aún más, orgulloso de sí mismo.

—Sí, mi amor. Y después voy por vos, pa que no te quedés solita.

Suena un chasquido apagado. No es un trueno. No hay épica. Solo un golpe seco. El colombiano abre los ojos. Se le queda la cara colgada, con la sonrisa a medias. Mira hacia abajo. Tiene un agujero en el centro del pecho y una mancha oscura creciendo en la tela.

Veó la mano de Svet levantada. Firme. Sostiene una pistola pequeña con silenciador. De la furgoneta.

Se me aflojan las piernas y a la vez me entra una rabia tan grande que me sube hasta los dientes. Mi hija. Mi niña. Acaba de disparar, y lo ha hecho bien. Pasan unos segundos raros. Nadie entiende nada. El móvil sigue grabando. El cuerpo del colombiano intenta seguir siendo jefe por inercia, pero no le da. Se desploma hacia delante y golpea el asfalto. Húmedo. Final.

Ahí sí. Ahí se rompe todo. Los Trueno tardan un instante en reaccionar y luego se encienden. Armas arriba, gritos, pasos, una ráfaga abre el pinar. Irina se gira hacia mí, con los ojos helados, y me grita una orden que me entra hasta los huesos.

—¡AL SUELO, JULIA! ¡CÚBRELA!

No pienso. Me tiro. Agarro a Svet por los hombros y la empujo contra el asfalto. Le echo el peso encima, sin suavidad. Necesito que siga respirando.

El suelo me raspa las rodillas. Se me mete polvo en la boca. Me sabe a carretera y a mierda.

Empieza el tiroteo de verdad. El chaleco recibe impactos y mi espalda se queja a lo bruto. El aire se me va en cada golpe. Intento llenar los pulmones y no me entra. Me sale un sonido ridículo, ahogado. El cuerpo responde con dolor puro. No pienso en frases bonitas. Solo en aguantar. Cae un peso encima de mi cabeza y mis hombros. Un cuerpo. Grande. Nos tapa. Sangra. Me moja la nuca. Me da arcadas y me las trago.

—Mierda... —digo entre dientes, con tierra pegada a la lengua.

Sigo sujetando a Svet. Ella está debajo, hecha una bola, y aun así intenta moverse. Ni se le ocurra.

Me zumba el oído. La vista se me va por los bordes. Trato de respirar y el pecho no abre. Lo intento otra vez y me sale peor. La cabeza se me llena de ruido y de luz mala.

Me estoy yendo y me da una rabia tonta, infantil, porque no tengo tiempo para irme. Luego el cuerpo decide por mí. Me apago.

Capítulo 33

Abro los ojos y lo primero que entiendo es que el pecho me está haciendo una putada seria. Intento coger aire y no entra. Entra poco, a trozos, y cada intento me devuelve un dolor que me dobla. Los oídos me pitan fuerte y me dan ganas de gritar, pero ni eso me sale. La boca me sabe a tierra y sangre. Gracias por tanto, universo.

No sé dónde estoy. Techo. Luego asiento. Luego un trozo de chapa. Tardo en acordarme de que existo. Estoy en el suelo de la furgoneta, atravesada entre los asientos, con las piernas mal puestas y el chaleco abierto. Alguien me lo ha soltado y el velcro me raspa el cuello. Parpadeo y el mundo no se coloca. Solo noto el corazón a punto de salirse por la garganta y una náusea que sube.

No me muevo porque si lo hago, vomito. Y porque no sé si fuera sigue habiendo tiros. No sé si estamos paradas. No sé si estamos en el puto pinar aún. No sé dónde están mis hijas. No sé dónde están las demás.

El recuerdo llega a golpes: Svet bajando. Mi cabeza gritando. La pistola. El tipo cayendo. Luego ruido, gritos, disparos, mi cuerpo encima del suyo. Y después... nada.

—¡Svet! —intento decir.

Lo que sale es un sonido roto, una tos con nombre propio. Trago saliva y me sabe peor. Me incorporo a trompicones, me agarro a un asiento para no darme contra nada. La vista se me va y vuelve. Me cuesta enfocar, pero empiezo a reconocer caras.

Vera está hecha polvo, tiembla. Se le oye el castaño de dientes. Amaia la tiene abrazada, pegada al pecho, y le marca el ritmo de la respiración con paciencia. Me encuentra sin soltar a la niña. No tiene buena cara, pero está entera.

Vale. Vera viva. Amaia viva. Mi cerebro sigue con el inventario, desesperado.

—¿Svet? —repito, ya con la voz más alta, o eso creo.

—Julia. Eh. Mírame. Estamos bien. Estás en la furgoneta. Respira corto —me dice Amaia, firme, bajito.

Me obligo a girar la cabeza.

Svet está sentada muy recta, en el banco. No llora. No tiembla. No mira a nadie. Tiene los ojos clavados en un remache de la chapa y las manos apoyadas en las rodillas, quietas, demasiado quietas. La boca la tiene apretada.

Se me rompe algo por dentro.

—Svet... cariño... mírame, por favor —digo, y la voz me sale suplicante y asquerosa, pero me da igual.

Estiro la mano. Los dedos me tiemblan, pero llego hasta su brazo. En cuanto la rozo, Svet se aparta. No brusca, pero sí clara. Como si ese contacto no existiera en su cabeza ahora mismo. Sigue igual, fija en el remache, sin pestañear.

Me quedo con la mano en el aire. Trago bilis.

—Vale —murmuro, con la garganta cerrada—. Vale, nena. Ya está. No te toco. Estoy aquí.

Me da un ataque de culpa instantáneo. Me lo trago a la fuerza, porque tengo más cosas que comprobar.

Martina está al lado. La cara blanca. Las pupilas abiertas. Está en su modo de cálculo, el que le sale cuando todo va mal y ella intenta sostener el mundo con datos. Me mira y se agacha conmigo, demasiado exacta en los movimientos, cuidadosa de no pisarme.

—¿Qué cojones ha pasado? —consigo soltar.

—Mamá, has estado inconsciente once minutos y cuarenta segundos —dice Martina, plana, precisa—. No hay sangre en tu espalda. El chaleco ha absorbido el impacto. Tienes contusiones torácicas. No respires profundo todavía.

—Coño, Martina... —me sale, más flojo, porque verla así me activa otra cosa distinta al pánico—. Ven aquí.

Ella se queda quieta, procesando. No es de abrazos cuando está en alerta, pero yo alargo el brazo igual y le toco la muñeca, suave, con lo que me queda.

—Estoy aquí. Tú estás aquí. Bien —le digo, despacio, mirándola a los ojos para obligarla a volver.

Martina traga saliva. Asiente una vez, mínimo. Sigue procesando, pero ya me ve.

—¿Qué ha pasado fuera? ¿Ha terminado? ¿Dónde está mi gente? —pregunto, y me sube el temblor a la voz aunque intente esconderlo—. ¿Dónde está Irina? ¿Dónde está Sabina? ¿Dónde está Luna?

Amaia aprieta más a Vera y me contesta sin gritarme, que se lo agradezco porque ahora mismo estoy a nada de perder la cabeza.

—Se acabó. Respira, Julia. Corto, ¿vale? Mira mi cara —me dice, y espera a que yo le haga caso—. Eso es. Otra.

Yo lo intento. Me duele, pero entra.

Martina retoma el informe, porque es su manera de no caerse.

—Te abrimos el chaleco porque estabas respirando mal. Sabina dijo que era compresión. Te lo aflojamos para que pudieras ventilar —continúa. No me pregunta si quiero oírlo. Me lo suelta porque ella necesita ponerlo en orden—. Amaia, Sabina y yo te arrastramos dentro. Cuando se pudo, te quitamos el cuerpo de encima.

Se me revuelve el estómago con lo del cuerpo. Cierro los ojos. Me obligo a abrirlos.

—¿Y las demás? —pregunto, y la voz se me quiebra de rabia—. ¿Están todas bien?

Amaia contesta al momento, clavándome los ojos para que yo no me vaya por dentro.

—Están vivas. Ninguna baja. Svet... —Amaia corta la frase—. Svet está en *shock*. No la presiones ahora.

Me trago el «ya lo veo» porque no ayuda. Giro el cuerpo hacia Svet, sin acercarme. Muy despacio, para no invadirla.

—Svet, soy mamá. Estoy aquí contigo. Te oigo respirar, ¿vale? Eso me vale. Lo estás haciendo bien. Ya está —digo, sin que me tiemble la voz—. No te voy a pedir nada ahora mismo. Solo quédate con nosotras.

Svet no levanta la cabeza. Pero traga saliva. Ese microgesto me sostiene.

Martina sigue.

—Los Truenos están neutralizados. Se han rendido. No hay bajas en nuestro bando, pero hay heridos —dice, y por primera vez se le

rompe la voz—. Rashel está operativa. Herida leve en el brazo. Ana recibió impactos en el chaleco. Está consciente.

Me sale aire por la nariz, feo, de alivio. Dura poco, porque lo siguiente me vuelve a poner de punta.

—Luna es la única con herida seria —añade Martina.

—¿Herida seria de qué? —le corto, y me sale mal, demasiado alto—. Martina, por favor. Dímelo claro. ¿Está perdiendo sangre? ¿Respira? ¿Dónde está?

Martina parpadea rápido. Le molesta mi volumen, pero no se va. Se queda. Qué buena es, joder.

—Respira. Está consciente a ratos —dice—. Sabina me ha asegurado que sobrevivirá si no hay infección. Ha pedido asistencia médica externa. Nos encontraremos con ellos en la finca. Sabina está con ella. Me ordenó dejarla trabajar.

La palabra «ordenó» me da un pinchazo de ternura y miedo a la vez. Sabina mandando porque no le queda otra. Porque le toca sostener a su hija. A su niña grande.

—Vale. Vale —repito, sin estar segura de nada—. Bien. Sabina con Luna. Bien.

Me acuerdo de Irina de golpe y se me sube el pulso otra vez.

—¿Irina? —pregunto—. ¿Dónde está Irina?

Amaia contesta sin soltar a Vera.

—Está fuera. Está herida, pero no se está quieta. Se puso terca y la hemos tenido que sostener cuando empezó a marearse. Está viva. Está cabreada. O sea, Irina.

Me sale una risa corta que muere rápido, pero por lo menos es una risa.

Vuelvo a mirar a Martina. Tiene los dedos tensos, como si estuviera sujetándose por dentro.

—Marti —le digo, bajito—. Ven aquí otra vez.

Martina duda y luego se acerca. Yo le agarro la mano. Aprieto. Ella me aprieta de vuelta, rápido, y se queda quieta. Contacto justo. El que puede.

—Lo has hecho bien. Me da igual lo que te diga nadie luego. Lo has hecho bien, ¿me oyes?

Martina asiente, otra vez ese gesto mínimo.

—He seguido instrucciones. Era lo eficiente. No la pude retener.

—Sí, claro, mi niña —le contesto—. Eficiente. Y valiente. Las dos.

Amaia me mira y me habla otra vez, lenta, ordenando el caos.

—Julia. Dame tu mano.

Se la doy. Me la aprieta.

—Estás viva. Tus hijas están vivas. Están todas vivas. Ahora quédate aquí, quieta. Respira corto. No intentes levantarte más. No me discutas, por favor.

—Te voy a discutir por costumbre —murmuro, y me duele hasta eso.

—Luego. Ahora no.

Me dejo caer contra el asiento, a medias. Trago saliva. Vuelvo a mirar a Svet, sin tocarla.

—Nena... —digo otra vez, casi sin voz—. No estás sola. Te lo prometo.

Svet sigue con el remache. Pero esta vez, muy despacio, apoya la punta del pulgar en la uña, como para comprobar que su mano sigue siendo suya.

Yo cierro los ojos y esta vez no me caigo. Y sí, Amaia me está diciendo que ni se me ocurra moverme, pero me la suda. Me arrastro hasta la puerta abierta porque necesito verlo con mis ojos, no con el resumen amable de nadie. El pecho me duele al respirar y la boca me sabe a tierra. Fuera huele a hierro y a pólvora. Asomo la cabeza y se me pone el estómago tieso.

Hay gente por todas partes. Mucha. Los de la finca han llegado y están moviéndose rápido, armados, con guantes, con bolsas, con botellas de agua, con trapos. Se oyen órdenes cortas, pasos sobre grava, puertas de coches cerrándose a hostias, radios escupiendo voces. Entre los pinos hay sombras vigilando, apuntando a la nada por si alguien decide levantarse del suelo y hacerse el vivo.

En el asfalto hay casquillos a montones y manchas oscuras que están tapando a toda prisa. Veo a dos tíos echando tierra encima y a otros frotando con un líquido que huele fuerte y te pica la nariz. En la cuneta han puesto plásticos negros sobre dos bultos. No miro más de la cuenta, porque mi cabeza ya tiene suficiente para hoy y, además, me tiemblan las piernas.

Me agarro al marco de la puerta. El suelo no se mueve. La que se mueve soy yo, por dentro, y bastante. Me entra la urgencia de pasar lista, porque en mi cabeza, si no las nombro, el universo aprovecha y me roba a alguien.

—¡Ira! ¡Rashel! ¡Alaska! ¡Sabina! —berreo, y sueno a madre histérica.

No me contesta nadie y a mí se me va el alma a la garganta. Entonces la veo.

Irina está de pie, pálida, pero viva. Tiene a un escolta cerca y otro le está hablando al oído.

—Estoy aquí, Julia. No te me caigas otra vez. Vuelve dentro con las niñas.

La veo entera y me afloja algo por dentro, pero no lo suficiente.

—No me mandes fuera, que todavía no he terminado de comprobar que respiras.

Veo a dos de los nuestros recogiendo casquillos con guantes, agachados, metiéndolos en bolsas. Uno levanta la vista y me mira de arriba abajo, comprobando que sigo en el mundo. Yo le devuelvo la mirada y le sonrío, porque a mí me han educado fatal y mi cariño siempre llega tarde y mal.

—¡Moveos! —brama Rashel por algún lado—. ¡Que no quede nada! ¡Si aparecen los de uniforme, aquí estábamos haciendo una excursión familiar y se nos ha caído una caja de petardos!

La oigo y el cuerpo me pide buscarla ya, verla también. Me cuesta respirar y aun así no paro. Entiendo la prisa: aquí ha habido tiros y esto no es un sitio donde puedas quedarte a contemplar tu obra. Si aparece la Guardia Civil y ve el asfalto, los casquillos y los plásticos, nos vamos todas a comisaría con un lazo y una carpeta, y luego ya que nos explique alguien qué hacemos con las niñas.

Alaska se mueve entre los coches con una mala hostia que impone. Va dando órdenes sin levantar demasiado la voz, pero nadie se atreve a no hacerle caso. Y yo la miro y pienso: vale, la cría ya no está jugando. Ya lo ha entendido todo.

Veo a varios Trueno de rodillas, con bridas en las muñecas y la cabeza baja. Les han puesto las manos atrás y les han apretado

tanto que se les ven las venas. Uno intenta mirar alrededor y un armario le baja la nuca con una mano.

—¡Al de cola, ya! —les grita Nat a dos de los escoltas—. Cinta en la boca. Y si alguno se hace el listo, lo dormís y se acabó. No quiero a nadie contando historias.

Los arrastran por la grava. Las botas rascan piedra. Las bridas crujen. Uno suelta un quejido y se lo traga cuando le ponen la cinta. Yo lo veo y se me revuelve el estómago, no por pena de ellos, por el paquete completo de realidad. Esto ha pasado. Esto va a seguir pasando. Y mis hijas iban en esa furgoneta.

Me duele hasta tragar. Giro el cuello y ahí está Ana en el suelo, tumbada en el asfalto. Nora le sujeta la cabeza y le habla pegada a la cara, con esa firmeza suya que te deja claro que o respiras o te respira ella a hostias.

—¡ANA! —grito, y me sale voz de pito. Genial, Julia, perfecta, nada ridícula.

Nora me clava los ojos y me hace un gesto seco para que no meta más ruido. Sin soltarle la nuca a Ana, me contesta con la voz justa.

—Impacto en chaleco. Dos golpes. Contusión. Está aquí. No empieces a repartir herencias, que te veo.

Ana abre un ojo despacio, como si le costara hasta odiarme.

—Julia... no chilles —masculla—. Qué pesada eres.

El alivio me dura poco. Me sube una rabia rara, de esas que salen cuando te has comido el susto entero.

—Claro, perdona. La próxima vez te pregunto con educación si te has muerto, para no molestarte.

Nora resopla por la nariz, sin reírse del todo, porque tampoco es el momento de ponerse tierna. Yo me quedo mirándolas y me obligo a seguir: falta Sabina, falta Luna.

Localizo a Rashel. Va de un lado a otro dando órdenes, con el brazo izquierdo con un torniquete y sangre seca en la manga. Tiene la cara de no tener tiempo ni para sangrar y, la verdad, me da miedo acercarme porque me va a poner a trabajar aunque me esté cayendo a cachos. Pero necesito verla entera, así que doy dos pasos, torpes.

—Rashel —la llamo, más bajo esta vez—. Mírame un momento.
Ella gira la cabeza. Me mira. Me ve.

—Seguimos vivas, Julia. Entra dentro. Deja de asomarte que me estás poniendo nerviosa.

—Ya, pues imagínate tú a mí. —Me tiembla la voz, pero por lo menos no me rompo—. ¿Sabina y Luna dónde están?

Y ahí, justo ahí, el terror me vuelve entero, porque si me dice una frase mala, yo me caigo aquí delante de todos y encima hago espectáculo.

Luna está apoyada contra el blindado de delante y tiene la cara de un color que no le desearía ni a mi peor enemiga. El pantalón está empapado, un rojo oscuro que no para de crecer. La bala le ha hecho un túnel en el muslo y el rastro que deja en el suelo me vuelve a subir la náusea. Siento mareo físico. Es una cría. Una cría que debería estar suspendiendo exámenes o bebiendo cerveza con sus amigos, no desangrándose en un arcén.

—No, no, no... —balbuceo. Soy un desastre de gestión de crisis.

Sabina está de rodillas, con sangre hasta los codos, hundiendo una venda en el agujero. Tiene la cara desfigurada, pero las manos no le tiemblan.

—¡El torniquete! ¡Traedme el torniquete ya! —ruge.

Alguien vuelca un botiquín y las gasas salen volando por el suelo. Luna intenta hacerse la fuerte, aprieta los dientes y el sudor le resbala por las sienes, pero cuando Sabina le aprieta la cincha para frenar la hemorragia, suelta un alarido que se me clava en la nuca.

—Mamá... —susurra, y ahí se le sale la voz de niña pequeña que solo quiere que la tapen por la noche.

—¡No te me mueras, cariño! —le contesta Sabina. Se está rompiendo por dentro, lo veo en la tensión de la cara, pero no suelta ni media lágrima. Sabe que si se pone a llorar ahora, la sangre de su hija no se va a detener a consolarla.

Arrastro los pies hacia ellas con la intención de ser útil, medio doblada por el dolor del pecho, pero una garra me frena por el hombro. Es Irina. Está palidísima, con la mano izquierda apretando el costado. Veo el reguero oscuro que le baja por la camiseta. Por lo demás no parece que tenga ninguna herida nueva. Alaska viene

pegada a ella, sosteniéndola de forma que parezca que solo la acompaña, pero sé que si Alaska la suelta, la jefa se va al suelo.

—Estás viva —me dice, con una sonrisa que no termina de salir.

—Me ha caído un muerto encima, Irina. Me he desmayado debajo de un cadáver. ¿Tú sabes lo que es eso? Pues eso: una experiencia de mierda, gracias.

—Te lo he tirado yo —dice, tan tranquila—. Era lo único que tenía a mano para que no os volaran la cabeza a ti y a Svet. Ha funcionado, ¿no? Pues ya está. Y deja de dramatizar: la sangre ajena sale con agua fría.

Se me abre la boca entera. Me trago el insulto porque, si lo escupo, me sale un párrafo entero. Es una hija de puta con el cariño mal configurado. En su mundo, tirarte un fiambre encima para salvarte es un «te quiero» de los gordos. No le pidas flores; te lanza cadáveres. Y encima espera que le des las gracias.

Voy a soltarle algo sobre su puntería con los muertos, pero entonces pasa algo que no estaba previsto. Irina flaquea. Alaska aprieta el agarre y la jefa, en vez de recomponerse y mandarnos a todos a la mierda, estira el brazo libre, me agarra del cuello y me pega a ella de golpe. Esconde la cara en mi hombro. Dura poquísimo. Huele a sangre y me dan ganas de apartarme por puro instinto, pero le tiemblan los dedos en mi nuca y yo la aprieto contra mí.

—No he tenido más miedo en mi vida, Julia —me susurra al oído—. Ayuda a Sabina con Luna. Eso es lo primero.

Me suelta antes de que me acostumbre al contacto, recupera el tipo y se gira. Va hacia el hacker del portátil, el friki que ahora está lloriqueando de rodillas en el asfalto. No grita. No se pone a soltar discursos. Se limita a apoyarle la mano en la nuca, un gesto que en otro contexto sería casi maternal, pero aquí tiene toda la pinta de que lo va a dejar temblando sin gastar una sola palabra.

—Devuélvelo todo, cariño —le dice Irina con voz de que no piensa repetirlo—. Los cuarenta millones de la doctora. Y hasta el último céntimo de la cuenta de Trueno. Teclea, que quiero ver los numeritos entrando en mi cuenta antes de que te metamos en el coche y decida si te invito a un helado o te tiro en un descampado.

Al desgraciado le tiemblan los dedos sobre el teclado. Rashel se le planta al lado, cara de piedra, vigilando cada pulsación.

—¿Te vas a poner a cobrar el alquiler ahora, Irina? —le digo yo, con la boca abierta.

—No es por avaricia. Créeme. Tengo experiencia en venganzas familiares y aún queda un Córdoba vivo. Si lo dejamos sin un duro, se le acabaron los mercenarios, los jueces comprados y los polis que miran para otro lado. Le cortas el dinero y le cortas la guerra.

Me muerdo la lengua porque me fastidia cuando tiene razón. Y más cuando lo dice con un costado abierto. Irina es capaz de estar sangrando y aun así darte una clase.

—Ni se te ocurra intentar un truquito, Harry Potter —le suelta Rashel al chaval—. Firma la transacción y deja de sudar sobre el portátil, que me lo vas a oxidar.

El friki asiente tan fuerte que casi se le desencaja el cuello.

—S-sí, jefa... es que... —intenta decir, y le sale un gallo—. Si no ajusto el gas de la red, la transferencia se queda colgada y no... y no...

—Y te desmonto pieza a pieza —dice Irina, tranquila, sin subir el tono—. Sigue tecleando, bonito. No te distraigas.

El chaval traga saliva. Los dedos se le resbalan del sudor, pero se pone a tirar código. En la pantalla pasan líneas y más líneas que a mí me suenan a idioma inventado, y a ellas les alegran el día. Rashel no aparta la vista. No está ahí para aprender; está ahí para que el niño no borre nada ni mande un mensajito pidiendo auxilio.

Le apoya el cañón de la pistola en la sien. Yo sé que Rashel no va a apretar el gatillo ni de coña, pero él no lo sabe. Y con eso le sobra para portarse.

—Léelo —ordena Rashel.

—¿El qué? —pregunta el hacker, que ahora mismo tiene cara de no acordarse ni de su nombre.

—Lo que te sale ahí. En voz alta.

El friki vuelve a tragar saliva, la voz hecha polvo.

—E-está... en mempool... y... y... está pendiente de confirmación...

—¿Cuántas? —le corta Rashel.

—C-con una ya... pero... pero mejor seis...

—Seis. Perfecto. Pues no apartas los ojos de la pantalla hasta que tenga seis. Y si intentas cambiar de pestaña, te arranco el brazo y te lo coloco en el ratón.

El chaval parpadea al borde del ataque de nervios. Da una pena rara, de esas que te sorprenden. Le daría un bocadillo de jamón y una manta. Tiene ese rollo de gente que rompe el mundo desde una silla ergonómica y luego pide perdón por existir. Y apuesto lo que sea a que Rashel ya sabe dónde encajarlo. Le va ese tipo de pieza: útil, dócil y con instinto de conservación.

—Hasta que no tenga las confirmaciones... alguien podría intentar un doble gasto si... si tienen acceso... —murmura el chaval, buscando aire.

—Aquí el único que gasta eres tú, y estás gastando mi paciencia —dice Rashel—. No hay nadie más. Solo tú, yo y el hecho de que sigas respirando, que te lo estás currando.

Irina se agacha más y le invade el espacio.

—Y luego... lo de la doctora... —balbucea él, con la voz al límite—. Devuelvo los cuarenta a la billetera de origen...

—Lo confirmas y me lo dices —le corta Irina—. Clarito. Sin llorar. Sin inventarte palabras.

El friki asiente, rápido, obediente.

—Y la cuenta de Trueno... —sigue—. La vaciamos, pero... pero no es instantáneo, hay límites... hay saltos...

—Me da igual —dice Irina, y ahí sí le sube medio grado la voz; lo bastante como para que el chaval se encoja por dentro—. Lo haces por partes. Lo haces como sea. Y cuando termines, esa cuenta que esté a cero.

Asisto al *show* con una mezcla de cansancio y asco. Un tío con gafas y manos temblorosas puede dejar temblando a un señor de la guerra en lo que yo tardo en encender un cigarro. El poder ya no va de músculo; va de quién teclea más rápido mientras alguien le apunta a la cabeza. Y, en el caso de este pobre, de si Rashel decide que hoy le toca ser su nuevo juguete tecnológico.

Alaska se ha puesto en modo sargento de hierro y está pegando berridos.

—¡Venga, coño, cargad ya! —grita con la vena del cuello a punto de explotar—. ¡Dos minutos y nos piramos! ¡Limpieza final y fuera de aquí!

Me acerco a Luna y a Sabina y entre las dos la movemos con cuidado. La llevamos en volandas, con mimo, sin hacer brusquedades. Sabina va pegada a su pierna, apretando, sin aflojar ni para respirar.

—A la finca, cagando leches —grita Nat—. Los médicos vienen ya, nos esperan en la puerta. Aquí nadie frena por nada, ¿queda claro?

Las niñas siguen en nuestra furgoneta. Svet se levanta sin cruzarse con nadie. Se frota los dedos con una mala hostia tremenda, como si intentara quitarse algo que no se ve. Se sienta al fondo y se queda fija en la chapa del lateral, sin pestañear apenas.

Me planto a su lado. Nada de distancias de seguridad ni de respetar su burbuja personal. Me pego a ella para que sienta el calor de mi cuerpo.

—No me toques —murmura, sin girarse.

—Te voy a tocar lo que me salga del coño. Luego haces lo que quieras: me odias, me ignoras, me borras de tu vida, lo que te apetezca. Pero ahora te aguantas.

Le paso el brazo por la cintura y la aprieto contra mí. Svet se queda rígida, pero no se aparta, aunque tiene la boca tensa, ese tic que le sale cuando va a explotar y se muerde la explosión.

Intento girarme para ponerme el cinturón y las costillas me pegan un pinchazo serio. Me quedo a medias, con el brazo levantado. Amaia me echa un cable sin abrir la boca. Me aprieta la mano, un gesto de «estamos en la mierda, pero estamos», y vuelve con Vera.

—¡Arranca ya! —brama Irina desde el copiloto.

El convoy sale disparado con un tirón que me hace ver chiribitas negras. Atrás quedan los pinos, la carretera y ese olor a carnicería que se nos ha metido en la ropa y no va a salir ni con lejía. Dentro de la furgoneta nadie dice ni mu. Vera respira al ritmo de Amaia, intenta volver al planeta Tierra. Martina, pegada a la ventana, con cara de estar echando cuentas: cuánto va a costar la terapia para arreglar este desaguizado. Svet sigue muda. Yo también.

Mi hija. Con las manos por fin quietas. Hoy la niña ha matado a un tío. Y yo sigo aquí porque Irina decidió que lo mejor para la familia era tirarnos un muerto encima y a correr.

Sobrevivir te deja la cabeza hecha polvo. Y lo peor es que lo de hoy no se arregla con un par de puntos y una gasa. Esto se queda. Esto se te pega. Y mañana también va a estar ahí.

Epílogo 1

Amaia

El sonido del mar es un metrónomo perfecto. Treinta y tres pulsaciones por minuto, constante, sin arritmias. Es un sonido que me ayuda a bajar las revoluciones de mi propio sistema nervioso, ese que todavía, después de un año, se despierta en mitad de la noche buscando una amenaza que ya no existe. Pero hoy, sentada en esta silla de playa que me clava la rejilla en los muslos, me permito un lujo que no me concedo casi nunca: no ser la psicóloga de nadie. Ni la que sostiene, ni la que analiza, ni la que traduce el dolor de las demás. Hoy solo soy una mujer con los pies enterrados en la arena —hasta los tobillos, que es la única forma decente de estar en la playa, por cierto— y un *kalimotxo* que me sabe a gloria bendita.

A mi lado, Julia está teniendo uno de sus micro-infartos de ansiedad, versión playa. La observo de reajo porque si lo hago de frente me da por abrazarla, y si la abrazo me da por querer salvarla, y si quiero salvarla acabamos en un bucle. Julia gira el cuello como una lechuza, busca una tragedia o un comando de élite entre las sombrillas de colores. Está tensa, con los hombros metidos en las orejas, fingiendo que rebusca el protector solar cuando en realidad está haciendo un barrido de la playa.

Y, claro, se me cruza la imagen de anoche. De ella encima de mí, perdiendo ese control que tanto le obsesiona, con el pelo húmedo pegado al cuello y esa boca suya que no se calla nunca... salvo cuando la beso de verdad. Me recorre un escalofrío que no tiene nada que ver con la brisa. Me he enamorado de esta mujer que me dispara el pulso y me saca de mis casillas a partes iguales, y lo peor —o lo mejor, qué sé yo— es que me encanta. Me encanta a rabiar.

—Estás dándole vueltas, Julia. —Rompo su burbuja de paranoia con la voz más suave que me sale—. Tienes cara de estar repasando el inventario de daños.

—Estoy controlando el percal. Que es muy distinto —me dice con ese tono de jefa que ya no engaña a nadie, ni a ella misma.

Le apoyo dos dedos en la rodilla. Es un contacto mínimo, casi nada, una señal de: estoy aquí, baja un poco, *txiki*. Julia traga saliva como si se estuviera obligando a soltar el aire y por fin exhala ese montón de tensión que lleva retenida desde el pinar. Se limita a dar un sorbo a su bebida y yo me apunto una victoria pequeña: paz, por ahora.

Giro la cabeza hacia Sabina. Está tumbada, con los ojos cerrados, buscando un sol que la cure de tanto invierno acumulado. Tiene el sombrero echado hacia un lado y la piel brilla por la crema. La observo con ese nudo en el estómago que no se ha desatado en veinte años. Sigo perdidamente enamorada de ella. De su elegancia incluso cuando está pringada de protector; de su inteligencia afilada, de esas frases suyas que te dejan pensando horas y de esa fragilidad que ahora, por fin, me deja tocar sin que se rompa nada.

Me acerco y le acaricio el tobillo con el pie, un gesto tonto y privado. Sabina no abre los ojos, pero curva la comisura de los labios. Esa microsonrisa es mi nómina mensual, mi sueldo emocional, el recordatorio de que mi mujer sigue aquí, conmigo, entera.

—Sabina, amor, échate más protector en los hombros, que te vas a incendiar —le digo con suavidad, medio madre, medio amante, medio yo.

—Déjame, Amaia, estoy haciendo fotosíntesis —murmura ella con ese desdén cariñoso que tanto me gusta.

Me río por lo bajo y dejo que el sonido del mar rellene lo que no digo. Mis ojos saltan a Luna. Está desparramada en la toalla, con el cuerpo pesándole lo justo para disfrutarlo. Y aunque no compartamos sangre, me duele el cuerpo cada vez que veo la cicatriz de su muslo. Es un rastro oscuro, una marca de guerra que me devuelve a la tarde en la que casi la pierdo. La veo ahí, con su pelo rosa y su risa de cachondeo perpetuo, y me cuesta creer que

sea la misma niña que a los siete años me pedía que le leyera cuentos porque tenía miedo a la oscuridad.

Ahora tiene miedo a cosas reales. A cosas que no se espantan con una luz encendida. Pero camina con una chulería que me infla el pecho. Es una superviviente. Igual que su madre. Igual que todas las que estamos bajo este sol.

Vera está a dos metros, hundida en la arena, construyendo una nación soberana con una seriedad que asusta. Tiene un palo en la mano y ha decretado que su castillo es territorio prohibido, con fronteras, leyes y seguramente pena de muerte para quien toque su muralla. Me encanta esa agresividad constructiva. Es su manera de procesar que ahora los muros se hacen para jugar, no para protegerse de verdad.

Y entonces, como si el universo necesitara recordarnos que la calma es un estado temporal, el equilibrio se rompe con el huracán Sara.

Sara aparece por la duna cargada como Txantxillo, con la nevera colgando y una bolsa que parece contener media casa. La suelta en los pies de Julia, casi con puntería, y nos bendice con su repertorio de quejas, que es su forma de querer.

—Julia, escúchame: tú a mí me prometiste paz y yo aquí solo veo jaleo. ¡Me tienes negra ya, chiquilla! —berrea mientras se quita las gafas de sol y se abanica con la mano.

Amo a esta mujer. Amo su drama, su ruido, su manera de llegar como si el mundo fuera un escenario y ella tuviera que salvar la escena a gritos. Detrás vienen Daniela y Carla, que ya traen cara de «otra vez no», y los mellizos, que ni han terminado de bajar a la arena y ya están en la orilla zurrándose con Mikel. Sara me mira, derrotada por su propia genética, como si hubiera parido una banda organizada.

—¿Ves? Mi vida es un campo de minas y tú me traes a la playa para que las minas tengan más espacio para explotar.

—Están respirando, Sara —le contesto con mi sonrisa de «no me voy a asustar por esto». A estas alturas, con que no haya que llamar al forense, yo lo doy por bueno.

Julia hace un gesto, a punto de protestar, pero se contiene. Y yo la observo porque la conozco: se está tensando otra vez. Robin acaba de pisar la frontera de Vera, y Vera ya está levantando el palo. Miro a Julia, lista para intervenir. Miro a Sabina, que suspira bajo su sombrero, resignada como solo se resigna quien ha amado demasiado.

Y entonces lo entiendo, lo siento aquí, en el pecho, sin necesidad de ponerle teoría: este es mi diagnóstico del día. Estamos rotas, sí. Cada una a su manera, cada una con sus piezas sueltas. Pero este ruido ruidoso, este desastre de arena en las ingles, las sillas incómodas, los bocadillos de tortilla medio aplastados y las broncas por un castillo... esto es la normalidad. La nuestra. La que nos costó sangre aprender a habitar.

Y la normalidad, aunque sea cutre, aunque venga con protector solar en los ojos y gritos de niños de fondo, es el único milagro que nos quedaba por cumplir, ¿eh? Pues mira: aquí está.

Vera berrea con los pulmones en la mano y la paciencia en el fondo del mar:

—¡ROBIN, QUÍTATE DE MI PUERTA O TE REVIENTO!

Robin da un paso hacia la entrada de arena. Vera se levanta desde las rodillas, tesa, petrificada. Robin apoya la puntita del pie y empieza a hundir la muralla, grano a grano. Y lo hace mirándola a los ojos, con esa soberbia de heredero que le viene de serie.

Vera respira una vez, y elige violencia. Qué sorpresa.

—Te he dicho que no —dice, con el mismo tono que usa cuando le camuflamos verduras en la pasta.

—No pasa nada, pesada. —Sonríe Robin.

—Pasa mucho. Es mi país.

Julia se pone recta en la silla, hombros en las orejas.

—Ni se te ocurra mover un dedo —le digo, sin levantar la voz, pero con ese tono que te deja sin ganas de hacerte la lista.

—Solo vigilaba —miente, y se le nota en la cara porque Julia miente fatal, siempre le sale el brillo de «me apetece liarla».

Vera levanta el palo. Robin abre los brazos, retándola, chulo, como diciendo: «Venga, dale. A que no hay huevos». Se ríe... hasta que Vera le mete un palazo.

No lo mata: es madera mojada. Pero el berrido de Robin tiene la frecuencia exacta para hacerte cuestionar tus ganas de estar viva.

Luna se incorpora en la toalla con una sonrisa de hiena. Sabina se pone de pie y da un paso al frente con los dedos pringados de protector solar. Yo me levanto también. Camino hacia Vera, le pongo una mano en el hombro y saco esa voz que guardo para las crisis. Vera cede. A regañadientes. Pide perdón entre dientes, baja el palo.

Pero lo que de verdad me detiene el corazón no es Vera ni el palo ni el berrido. Es ver a Sabina. Se arrodilla en la arena frente a Robin ignorando que se está rebozando en arena pegada al protector solar. Y cambia en segundos. Deja de ser la mujer mística que se queja por todo y vuelve a ser la que tiene las manos de seda y la cabeza fría. La que, aunque estemos en chanclas, sigue siendo doctora.

Le inspecciona el brazo al niño. Le manipula el codo, le gira la muñeca, le da un toquecito en la zona del impacto mientras Robin intenta mantener el nivel de drama.

—No seas exagerado, nene. No te vas a morir hoy. Mañana ya veremos —le dice con esa ironía suya que me encanta. Y sí, la adoro por esto. Por no comprarle el teatro, pero cuidarlo igual.

Me encanta verla así: operativa, precisa, con la mente clara y los dedos firmes. Robin hipa, señala a Vera y se refugia en el cuello de su abuela, que le limpia el moco con un desdén que es puro amor. Ese amor de «te quiero, pero cállate ya».

Vega se arrodilla asustada, me busca con la mirada, esperando que yo diga algo sensato... pero yo me callo. Porque, si alguien pisa mi castillo, yo también disparo primero. Qué quieres que te diga. *Jo ta ke.*

—Mi hijo no es un soldado —protesta Vega, ofendida, roja como un tomate.

—No, claro que no —apunta Julia, que no se puede callar ni aunque le paguen—. Los soldados se quedan quietos cuando se lo ordenas. Este es un anarquista con mocos.

Yo me recuesto en la silla y cierro los ojos. Que griten. Que se peleen por el castillo. Que discutan de fronteras de arena y derechos infantiles. Mientras haya ruido, significa que nadie está conteniendo el aliento. Y en mi mundo, cuando nadie contiene el aliento, todavía

estamos a salvo. Aunque sea por hoy. Aunque sea solo en esta playita de mierda con neveras portátiles y dramas de verano.

Epílogo 2

Julia

Hace tres meses que mandamos Madrid a la mierda para instalarnos frente al mar, en este invento de villas de lujo que más que un vecindario parece una comuna de gente que se cae regular, pero se quiere a morir. Compramos el lote completo: casas blancas, jardín compartido para que los traumas de unas se mezclen con los de las otras y espacio de sobra para que toda la familia y los amigos que quisieron apuntarse al exilio tuvieran su propio rincón.

En nuestra villa estamos las de siempre: Irina, Sabina, Amaia, las dos crías y yo, luchando para no matarnos entre boles de avena y gritos adolescentes. No le hemos explicado a nadie por qué hemos decidido compartir casa, no hace falta. Sabina y Amaia tienen su zona, Irina y yo la nuestra, pero nos marcamos una jugada maestra con un armario secreto que comunica las dos habitaciones por dentro. Es nuestra aduana privada; si nos entra el hambre de piel o queremos rajar en privado sin testigos, cruzamos por el fondo entre perchas y abrigos. Es el túnel de escape perfecto para mezclarnos cuando nos sale del higo sin tener que desfilas por el pasillo con las tetas al aire delante de las crías.

La logística funciona porque nos entendemos a patadas pero con cariño. Yo me acuesto con las tres, Sabina también reparte juego con eficacia de veterana, y aunque Amaia e Irina no han pasado de la fase de mirarse con respeto intelectual porque no ha fluido la cosa en horizontal, el equipo no cojea. Somos una especie de comuna anárquica donde los horarios no existen, pero los orgasmos están garantizados.

Analizo el cuadro y mi cerebro empieza con su matraca habitual. Todo esto es demasiado bonito. Tiene que haber trampa. Alguna desgracia tiene que estar calentando en la banda porque esto de la felicidad no se nos da bien. Tengo los hombros que parecen dos

bloques de granito y los ojos buscando por dónde va a saltar la liebre.

Amaia sabe que estoy a punto de cortocircuitar y me roza la mano con un dedo.

—Julia.

—¿Qué pasa? —salto yo, que estoy para que me echen a los leones.

Amaia no me da el sermón. Solo señala con la barbilla hacia la orilla.

—Mira eso, anda.

Vera está en su búnker de arena. Robin anda por ahí con Vega, luciendo una tirita en el brazo que le ha puesto Sabina por si se le caía la piel a tiras. Ya no llora, ahora solo se queja. La guerra mundial que tenían montada se ha evaporado. Los niños son unos psicópatas fascinantes: un minuto se arrancan las cabelleras y al siguiente comparten el cubo de playa.

Vera me localiza desde su fuerte. Ya no tiene esa mirada de querer quemar el mundo, solo me observa. Yo le devuelvo el gesto. Le sonrío y me duele hasta la cara porque no estoy acostumbrada a no enseñar los colmillos. Por fin suelto lastre. No es que ahora me fíe de la vida, ni de coña, pero por hoy el desastre puede esperar.

Sara, que me tiene más calada que un paraguas de los chinos, me pega un codazo que casi me manda a por coquinas.

—Hija, quita esa cara de pena, que te vas a poner tierna y me va a salir un sarpullido que no se me va ni con agua bendita.

—Que no estoy tierna, pesada —le gruño.

—¡Qué no vas a estar! Si tienes los ojos que parecen dos huevos fritos de la emoción.

Me río, qué remedio. Me toca los ovarios que la tía tenga razón. Admito que este desastre, con su mugre, la arena incrustada, la nevera de Sara que pesa como un muerto y los críos inflándose a hostias, es lo más parecido a una familia que voy a oler en mi vida. Adoro esta guarrada ruidosa.

En este circo también entran Nora y Valeria. Se materializan en la playa. Bueno, no es el término. Se imponen. Hay gente que camina

pidiendo perdón por ocupar espacio, y luego están ellas, que se plantan y te conquistan el terreno.

Nora trae esa jeta de aristócrata estreñida que en su idioma significa que nos quiere un huevo, aunque preferiría vernos arder para no tener que reconocerlo. A su lado va Valeria, haciendo todo al revés, como de costumbre. Lleva las gafas de sol puestas y el pelo hecho un cristo, esa maraña que solo a ella le queda bien.

Vera, que tiene un imán para detectar lo que brilla o lo que es peligroso, la mira con la misma cara que pongo yo ante un chuletón de kilo.

—Hola —saluda muy seria.

Valeria le choca el puño sin despeinarse.

—Hola, guapa. ¿Cómo va el negocio?

Vera se atusa el pelo, inflada como un pavo real. Sabina levanta un pulgar. De puta madre. Su hija está haciendo migas con una cleptómana de guante blanco. Currículum completo.

Valeria se agacha y recoge una pulsera que se le ha escapado a la niña. Un gesto de vecina maja. Bajo la guardia, pero entonces veo el truco: con la misma soltura con la que yo me rasco el culo, Valeria se guarda la joya en el bolsillo. Sin aspavientos. Sin mirar a los lados. Pura memoria muscular de delincuente profesional.

Nora ni se inmuta, pero gira la cabeza con esa mirada que te congela en el sitio.

—Devuélvesela, Valeria. No me seas cutre.

Valeria suelta un suspiro de los que se oyen en la otra punta de la cala.

—Me estás matando el arte, Nora. Es un vicio, no lo puedo evitar.

—Te estoy evitando un marrón con la madre rubia.

Valeria vuelve a sacar la pulsera y se la encasqueta a Vera en la mano con una sonrisa de villana.

—Toma, guapa. Se te ha caído. La próxima vez, que no te pillen.

Vera se la pone, encantada de la vida. No sabe que acaba de presenciar un delito, solo sabe que la tía guapa le ha hablado con cariño. Y para la cría, eso es el cielo.

Miro a Nora. No puedo callarme, es superior a mis fuerzas.

—La tienes a raya, ¿eh? Menudo mérito.

Nora me clava los ojos con la misma emoción que si mirara un chicle pegado en la acera.

—No.

—Venga ya, si te falta el silbato.

—Que no —repite, cortando por lo sano.

Valeria se tira del cuello del vestido para ventilarse.

—Yo no soy una mascota, Julia. Soy una experiencia religiosa.

—Eres un dolor de muelas.

Valeria me guiña un ojo.

—Y eso también.

Nora le planta la mano en la cintura. Firme, en el sitio exacto. Esa mano está diciendo: «No te me pires», «no la lées más», «me pones de los nervios, pero te quiero entera». Todo ese testamento en cinco dedos. Valeria disfruta el contacto. Se inclina y le pega un bocado a Nora en la mandíbula. Un «esto es mío y me lo como cuando quiero». Nora se deja morder, porque ya sabe de qué pie cojea su loca.

Las observo y me da por pensar en nosotras cuatro. En cómo encajamos las piezas. Una estructura que hemos levantado a base de frenazos y de aguantarnos las taras. Es un equilibrio precario, pero es nuestro. Y el que venga a joderlo, que se prepare.

—Te va a dar un parraque por el calor, báñate, anda—dice Nora.

—Me daría igual morir siendo icónica. Prefiero un desmayo estético a una vida mediocre.

—No digas esas gilipolleces delante de Julia, que aquí la icónica es ella —murmura Nora. Y ahí está. Humor versión Nora.

Levanto la mano desde mi rincón.

—Gracias. Me encanta que esa sea mi marca personal. Cállate, que todavía estoy dándole vueltas a lo de esposarte a una nevera para que no te muevas —le respondo.

Valeria me saca la lengua. Le encanta que la trate como un problema de orden público porque ese es su lenguaje del cariño: el conflicto de baja intensidad.

Luna, desparramada en la toalla, levanta la cabeza con cara de fastidio feliz.

—Qué estampa más tierna. Romance, vigilancia y una pizca de fascismo preventivo. Me flipa.

Valeria le dedica un dedo corazón con elegancia.

—Yo no vigilo, Gata. Yo observo. Es antropología aplicada.

—Tú robas —susurra Martina desde debajo de una gorra que es un atentado contra el buen gusto. Ni siquiera levanta la vista del mar.

Valeria se gira hacia ella.

—Yo redistribuyo el capital, Martina. Soy una romántica del intercambio no consensuado.

Martina asiente, sin que se le mueva un músculo de la cara.

—Redistribución no autorizada.

Nora aprieta el agarre en la cintura de Valeria. Valeria le planta un beso en el cuello. No es que obedezca, es que le apetece que Nora gane de vez en cuando.

—Está bien —cede Valeria—. Hoy no se roba nada. Por la paz social y porque me da pereza correr con estas sandalias.

—Joder, eso me pone cachonda —murmura Luna. Lo suelta así, sin vergüenza, porque Luna entiende la decencia como algo que les pasa a los demás.

Sabina, que hasta ahora parecía una estatua bajo la sombrilla, solo pronuncia una palabra:

—Luna.

—¿Qué? Es la verdad. Una mujer peligrosa que se rinde por amor es mi fetiche número uno. Dejadme vivir.

Martina se pone rígida. Es apenas un parpadeo. Se gira hacia Luna; intenta mantener la fachada, pero le sube el rojo desde el esternón hasta los lóbulos de las orejas. Luna, que es un bicho, enseña los dientes.

A mí me da ese pellizco en las tripas, el aviso de que mis hijas están ya mayores. Me jode reconocerlo porque me hace vieja, pero verlas crecer sin que hayamos acabado bajo tierra es una victoria que me voy a cobrar en gin-tonics.

Martina se acerca a la toalla con paso lento. Se sienta con el ángulo exacto de noventa grados, evitando que un solo grano de sílice se le pegue al muslo. Saca el bote de crema de la mochila, que

está tan bien colocada que da ganas de desordenarla solo por verla llorar, y mira a Luna con el juicio final en los ojos.

—Has omitido el refuerzo de la protección dérmica.

—No la he omitido —le vacila Luna—. La tengo en espera.

—¿Motivo?

Luna se incorpora, apoya el peso en un codo y la mira con esa jeta de hormigón armado que Dios le ha dado. Ella no tiene filtro, ni vergüenza, ni falta que le hace. Se inclina hacia la oreja de Martina y le suelta una guarrada. No la oigo, pero sabiendo que Luna tiene la mente de un guionista de cine X, me lo huelo.

Martina se pone tiesa. Nivel columna jónica. No respira. Las manos se le quedan soldadas al bote. El cuello ya no es rojo, es fucsia nuclear.

—Ese comentario es improcedente en un núcleo de convivencia parental —dice Martina. Intenta sonar científica, pero le sale voz de pito.

—Lo que es improcedente es este sol y que tú no me estés tocando.

Mi hija vuelca un pegote de crema en la palma de la mano. Lo hace con una meticulosidad que roza lo patológico. Empieza a extendérsela por el hombro a Luna con una mala hostia preciosa, apretando como si quisiera borrarle los tatuajes a base de fricción.

Luna cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás. La tía está en su salsa, disfrutando del castigo.

—Me estás maltratando —murmura, por tocar los huevos.

—Negativo —responde Martina—. Estoy aplicando una presión de tres pascales para asegurar la absorción del filtro UV.

—Dime más cosas de esas y me quito el biquini aquí mismo.

Martina se detiene con la mano en el aire. Creo que duda entre la huida o el asesinato, y luego sigue dándole al masaje con una fuerza que le va a sacar los colores a la dermis.

—No estoy empleando un lenguaje con connotaciones eróticas.

—Estás siendo tú, Martina. Es lo mismo.

—Y tú estás siendo Luna. Una variable incontrolable.

—La mejor que te ha pasado en la vida, gélida mía.

Y entonces, Martina hace algo que no viene en su manual de instrucciones. Se inclina y le planta un beso en la boca. Un roce rápido, de esos que si parpadeas te lo pierdes, pero que tiene más verdad que todo el catálogo de una farmacia. Lo hace porque el motor se le ha acelerado y no sabe dónde meter la energía.

Luna enmudece. Eso sí que no se lo esperaba. Se le quita la cara de lista y le sale la de niña que acaba de ganar en la feria. Vuelve a sonreír, pero esta vez con menos colmillo.

—¿Ves? —susurra—. Núcleo de convivencia.

Martina no dice ni mu. Se dedica a restregar el resto de la crema con la mirada fija en el horizonte.

Miro a Sabina. Está ahí, con los brazos cruzados, viendo la función con esa expresión de madre que sabe que ha criado a una fiera pero que, en el fondo, le gusta que muerda.

—Como le haga un rasguño en el alma, la entierro bajo tres metros de arena y no pongo cruz.

—¿A cuál de las dos? —pregunto, por confirmar el presupuesto del entierro.

—A la que me toque las narices.

Familia equilibrada, sí señor.

Me fijo en el detalle: Martina no tiene el portátil. Tiene el kit de supervivencia, la batería para cargar tres iPhone y un botiquín de guerra, pero está ahí. Sentada en una toalla, dejándose comer la oreja por una pirada y devolviendo besos. Ha salido de su búnker de datos y está pisando tierra.

No abro la boca porque soy una madre decente y no quiero que me mande a la mierda, pero me lo guardo en la caja de las victorias. Martina está en el mundo. Y el mundo, aunque ella no lo sepa, tiene mucha suerte de tenerla.

Alaska, que tiene un helado en la mano y la desfachatez de quien ya no le debe explicaciones a nadie, decide que es el momento de fingir que son una pandilla de campamento de verano. Agarra a Nat, que la sigue con esa devoción de sombra mal pagada, y lanza una mirada de reclutamiento forzoso.

—Venga, las jóvenes al agua —grita con una sonrisa de esas que te venden una estafa piramidal—. Vamos a ahogar a los mellizos y a

Mikel e Ivan, que están muy gallitos y necesitan que les bajemos los humos.

El sarcasmo me sube por la garganta.

—¿Las jóvenes? —Arqueo una ceja—. ¿A quién estás llamando joven, Alaska? ¿Me has dejado fuera del grupo de riesgo de la diversión por la cara?

Alaska ni se inmuta. Me ignora con elegancia, se mete un trozo de helado en la boca y, con la misma mano que sujeta el cucurucho, le agarra el culo a Nat delante de todo el mundo. Hace unos años, Nat habría mirado a los lados buscando testigos o amenazas; ahora también existe.

Vega camina hacia nosotras, suelta la bolsa con un golpe seco y clava los ojos en Robin. El crío tiene el puño lleno de arena y la cara de quien va a cometer un crimen gastronómico.

—Robin, no te metas arena en la boca.

Robin la mira con los molares ya crujiendo.

—¿Por qué?

Vega exhala un suspiro que lleva dentro diez años de cansancio acumulado.

—Porque luego vomitas piedras, me toca limpiar el estropicio y tengo que convencer a los servicios sociales de que esto es crianza consciente y no un castigo divino por mis pecados. Suelta eso ahora mismo.

Mikel emerge del agua en ese momento. Viene chorreando, con el pelo pegado a la frente y una cara de salud mental que me ofende. No hay rastro de los muertos que arrastró, ni de las noches en vela. Si un satélite nos enfocara ahora mismo, pensaría que somos una familia normal en sus vacaciones de agosto. Esa es la verdadera estafa: hemos aprendido a camuflarnos tan bien que hasta nosotros nos lo creemos un par de minutos al día. Es una situación de alto riesgo.

Se acerca a Amaia y le planta un beso en la frente, le dedica un gesto de respeto a Sabina.

—¿Todo bien? —suelta el tío, con una paz que dan ganas de profanar.

—No hemos tenido que enterrar a nadie desde el desayuno. —Me cruzo de brazos—. Mi autocontrol está alcanzando niveles de santidad. Deberíais hacerme un altar.

Mikel se parte.

—Bueno, es un avance. Mañana igual hasta dejas de insultar a los bañistas que se acercan a menos de tres metros.

Le daría un abrazo, pero tengo una reputación de borde que mantener y no quiero que se piense que me he ablandado por el sol. El afecto me sale en formato de pulla o no me sale.

—No te flipes —le digo, aunque por dentro reconozco que su risa me molesta menos de lo habitual—. Venga, vete a ahogarte con los «jóvenes», antes de que Alaska decida que soy la abuela del grupo y me traiga una manta.

Se van todos hacia la orilla, con Robin saltando para no quemarse los pies. Los veo irse y pienso que, para ser un hatajo de tarados con antecedentes, no nos ha quedado una estampa tan malparida.

Y entonces me acuerdo de Irina, sin verla todavía, porque yo siempre pienso en Irina aunque no la tenga delante. Es un problema serio.

La veo aparecer por la orilla con Rashel y Ana, que estaban dando un paseíto como señoras. El agua les lame los tobillos y las veo venir con cara de idiota. Irina lleva una camisa blanca abierta y el pelo hecho un nudo mal hecho, sin un gramo de esa pintura de guerra que usa para acojonar al personal. Está asquerosamente real. Verla así, sin el uniforme de jefa suprema de la galaxia, es una ofensa para mi autocontrol. Me cabrea que le baste un trapo mal puesto para tener más presencia que yo después de tres horas de chapa y pintura. Parece otra. O parece la de antes, la que yo no conocí.

Por una vez en su puñetera existencia, no tiene ese gesto de estar buscando la salida de emergencia más cercana o de planear cómo deshacerse de un cuerpo sin mancharse la ropa.

Svet camina a un par de metros. Siempre mantiene esa distancia de seguridad. La niña está... bueno, está. Digamos que no ha salido ilesa de despachar a un narco colombiano al otro barrio. Se quedó hecha unos zorros, con la mirada perdida en un punto fijo del techo durante semanas. Amaia, que para eso es la psicóloga oficial del

clan, le hace sesiones de terapia en la cocina entre café y café. Es una chapuza profesional, pero ¿qué hacemos? No podemos llevar a una cría de su edad a un gabinete en el centro y soltarle al especialista: «Oiga, que mi hija tiene pesadillas porque le metió un tiro al jefe de un cártel, ¿me la arregla para el lunes?». No cuela. Así que ahí está Amaia, haciendo lo que puede con lo que tiene.

Todas estamos encima de Svet, vigilando que no se rompa del todo. A veces la ves riéndose con Vera por alguna gilipollez de TikTok y respiras, sigue habiendo una niña debajo de todo ese trauma. Otras veces, la ves con un frío en los ojos que te hiela.

Amaia me clava la mirada. Sabe que estoy rayándome. Pero es Sabina quien me arrea desde la hamaca, sin molestarse en bajar el libro.

—Mueve el culo, Julia. Deja de analizar el paisaje con esa cara de estreñimiento metafísico y vete con ellas antes de que me dé un síncope de verte ahí plantada. Das ansiedad, nena.

No es una orden. Es su forma de decirme que deje de comerme el coco y empiece a vivir. Me levanto y arrastro los pies hacia la orilla.

Epílogo 3

Irina

Camino por la orilla y el agua fría me llega a los tobillos. Son las doce y diez. Cielo gris de postal, brisa que te despeina y ese olor a sal que se mete en la nariz. Podría ser un día perfecto si no tuviera esta costumbre mía de revisar el horizonte por si alguien decide que hoy toca un tiro de gracia. Manías sanas.

Rashel camina a mi izquierda. No dice nada. Nunca lo hace cuando no hace falta. Pero está. Siempre ha estado. Ana va al otro lado, hablándome de cualquier cosa que no importa: el viento, la arena, una señora que ha montado la sombrilla al revés.

—Te vas a oxidar si sigues tan tiesa —dice, dándome con el hombro—. Relaja, jefa.

No respondo. Rashel tampoco.

—Está relajada —dice Rashel al final.

—Sí, claro. Y yo soy bailarina clásica —resopla Ana.

Rashel ladea la cabeza.

—No ha matado a nadie hoy. Va mejorando.

Durante años, mi vida ha sido un mar picado. Una sucesión de tormentas donde yo era el único faro que no se permitía parpadear. Problemas, amenazas, gente que te sonríe mientras calcula dónde meterte el cuchillo. Yo sosteniendo el sistema. Yo asegurándome de que nadie se saliera del carril... y de que el carril no ardiera.

—Antes no sabías andar sin montar un operativo. —Ana me mira de lado—. Dos pasos y ya estabas calculando salidas.

—Y tú detrás —contesto—. UDYCO. Siempre tarde.

—Siempre cerca.

—Siempre con ganas.

—Era mi trabajo.

—No. Era personal.

Ana no sonríe esta vez. Sabe que las dos recordamos las persecuciones, las noches en vela y ese hilo invisible que nos unía

mucho antes de que Rashel apareciera en la ecuación.

—Tú tampoco jugabas limpio —sentencia Ana.

—Nunca he dicho que sí.

El agua sube, baja. Ritmo constante. Predecible. Qué lujo.

—Te montaste un imperio —dice Ana—. Y te creíste imprescindible.

—Lo era.

—Claro.

—Si no lo hacía yo, lo hacía alguien peor.

Ana chasquea la lengua con ese sonido de desaprobación que me ha dedicado durante décadas.

—Eso es lo que te has dicho siempre.

—Y vosotros siempre llegabais cuando ya estaba todo hecho.

—Alguien tenía que intentar pararte.

—¿Y lo hiciste?

Ana abre la boca, pero no dice nada. La respuesta flota entre nosotras, amarga y real. Rashel interviene, sin mirarnos, poniendo fin al duelo de egos.

—No. Y ahora está con nosotras.

Sigo andando. He pasado años construyendo un imperio de hierro para proteger lo que amaba. Qué frase tan bonita. Qué mentira tan útil. Porque el problema del poder es que siempre te da una justificación elegante para hacer cosas que no lo son.

—La Reina Popov y yo paseando por la playa, quién me lo iba a decir —dice Ana, con ese tono entre burla y respeto que nunca ha sabido disimular.

—Me lo pusiste tú, idiota —respondo—. Y ese personaje casi termina por devorar a la mujer.

Rachel asiente muy levemente, con esa sabiduría silenciosa que solo da haber compartido cada pecado.

—Ya no sabías dónde empezabas tú —dice Rashel.

—Ni dónde terminaba.

Sentía el poder como una responsabilidad moral, con esa cosa noble de si no lo controlo yo, ¿quién frena a los que trafican con niñas, a los que se forran con la basura que vive sin luz? Qué bonito suena cuando lo dices sin incluir los detalles feos. El problema es

que el orgullo no hace descuentos: te cobra completo y con intereses. Me gané enemigos que no aceptaban mis reglas y, por poco, lo pagan las personas que me mantienen entera.

He tenido miedo muchas veces. Miedo de verdad. Pero lo del pinar... eso no fue miedo. Eso fue ver el resultado de mis decisiones con nombres y apellidos. Julia. Sabina. Amaia. Mi hermana. Mis hijas. Mis amigas. Todas con la posibilidad real de no volver a casa por mis movidas. Ese día se me cayó algo dentro. Ese fue mi punto de inflexión. Mi abdicación silenciosa. Y sí, yo también sé rendirme. Solo que lo llamo de otra forma para poder dormir.

Me detengo a mirar a Svet, que corre hacia los chavales que la llaman desde el mar. Durante mucho tiempo, tuve el delirio de que ella heredaría mi mando. Pensé que convencería a Julia de que Svet era mi continuación natural. Pero cuando vi a mi hija apretar aquel gatillo para matar a mi último enemigo, sentí un frío que no tenía nada que ver con la nieve. Mi misión ya no es entrenarla para el legado; es asegurarme de que no tenga que fabricar ni un solo muerto más. Qué ambición tan modesta, Irina. Aplausos.

—Bueno —dice Ana, y tira del brazo de Rashel para reanudar la marcha—, os dejamos, que vienen tus «problemas favoritos» por el flanco derecho. Vamos, Rash, que si me quedo cinco minutos más aquí acabo pidiéndole el DNI por costumbre.

Rachel me dedica una última mirada de lealtad absoluta y se deja arrastrar por Ana. Las veo alejarse: la mujer que me guardó las espaldas y la que intentó cazarme, caminando juntas por la orilla. Vaya chiste de mal gusto.

Miro a Julia, que camina hacia mí con su habitual desgana elegante, y siento ese tirón en el pecho que me acompaña desde hace quince años. La amo con una fuerza que a veces me da asco, una devoción que ha sobrevivido a la sangre y a mi propia incapacidad de ser humana. Ella fue la única que me llamó Irina cuando el resto del mundo solo veía a la Zarina.

Me giro hacia ella. Hoy no hay sermones, ni esa manía mía de buscar fallos en su sistema para ver por dónde va a petar.

—El agua está buena —digo.

Julia frena. Se ve que esperaba otra cosa. Un comentario ácido, una orden, una evaluación táctica del oleaje.

—¿Buena? —replica—. Está fría.

—Me has entendido.

—Te he entendido, cielo —dice, recortando la distancia—. Pero no te acostumbras a la paz, que te pones muy intensa y me das trabajo extra.

Sabina se acerca con el bote de crema, siempre tan impecable, siempre tan ella. Es el otro amor de mi vida, el que guardé en un cajón con llave para no quemarnos, y verla aquí, por fin, me hace sentir que el rompecabezas está completo. Le meto un apretón en el culo al pasar. Directo. Un gesto de propiedad y deseo. Me sale solo.

—Irina, por favor... —murmura Sabina, se tensa y mira alrededor—. Que nos pueden ver.

—Que miren —le digo—. Igual aprenden algo.

Me da lo mismo lo que opinen bajo estas sombrillas de rayas. Le guiño un ojo a Amaia, que nos observa con esa cara suya de clínica privada: cara de estoy tomando nota aunque no me pagues la sesión. Entre nosotras no pasa nada físico. No por falta de ganas por mi parte, que prejuicios no me sobran. Nos medimos, nos estudiamos, nos dejamos margen. Ya te tocará, Amaia. No te emociones.

—Irina no echa de menos la finca —suelta Julia, que hoy ha venido con ganas de guerra pequeña.

No pestañeo. Sabina se adelanta y me embadurna la espalda sin preguntarme, como si yo no pudiera vivir sin su crema del factor mil.

—Mentira —dice—. Ella sin sus hectáreas, sus puertas falsas y sus escondites de armas está rara.

—No echo de menos la finca —respondo, tajante—. Echo de menos el poder. No es lo mismo.

Sabina chasquea la lengua cerca de mi oreja.

—No digas tonterías. Tú echas de menos tener a cincuenta tíos cagados de miedo cuando levantas una ceja.

—Sigo mandando —contesto, con una sonrisa pequeña. De esas que sé que a Julia le aceleran el pulso aunque finja que no.

Amaia nos salpica con los pies. El agua me llega a las espinillas, y ella disfruta.

—No —dice—. Ahora decides. Concepto nuevo para ti. Te da urticaria, pero te adaptas.

Me callo. Y cuando me callo, suele ser porque tiene razón, que es una costumbre muy fea que tiene ella.

He pasado de dar órdenes a elegir cosas que importan. Eso pesa más que cualquier cargamento, cualquier pacto, cualquier amenaza.

—He cerrado todo —digo al fin—. No queda nada abierto. Ni un fleco. Ni un socio. Ni una red. Lo que había, ya no está.

Sabina suelta una risa seca sobre mi hombro.

—Qué romántica nos ha salido la jefa.

La ignoro y fijo los ojos en Julia. Le noto el vértigo. Sin estructura, sin hombres armados, sin una batalla cada lunes. Sin la excusa de vivir en modo emergencia.

—¿Y tú qué eres ahora sin todo ese circo? —pregunta Julia. La voz le sale más baja.

Le sostengo la mirada con lo poco que me queda sin usar.

—Vuestra.

No lo digo para quedar bien. Lo digo porque me deja en paz. Porque me canso de ser un puesto de trabajo. Porque quiero vivir como vive la gente normal, esa especie exótica: gastar mi dinero sin justificarlo, reírme sin mirar la puerta, follar con mis mujeres hasta que me duela el cuerpo y dormir sin la corona clavada en la nuca.

Amaia me pone una mano en el hombro. Sabina se apoya en el otro. Julia me aprieta el brazo como si confirmara que sigo aquí, sin uniforme. Y, por una vez, no me dan ganas de estropearlo.

El cuatrimonio. Un desastre logístico que le daría un ictus a cualquier terapeuta. No voy a prometer que seremos felices para siempre; somos más de ser «felices mientras no nos prendan fuego».

—¿Qué miras tanto, pesada? —me espeta Julia, aunque se le escapa una mueca de ternura.

—Nada. Que sois insoportables. Todas.

—Y tú la que más —responde Amaia dándome un beso rápido.

Me vale. El mundo no ha podido con nosotras. Mañana será otro día de mierda, probablemente. Pero hoy, hemos vivido.
Larga vida a la mujer que ha sobrevivido a la Reina.

Epílogo 4

Sabina

El jazmín. La carne a la brasa. La libertad. Huele a una mezcla indecente. Es un olor que me convence de que el mundo, por una vez, solo por esta, no me quiere aniquilar. Yo no me muevo. Ni pienso hacerlo. Estoy desparramada en una hamaca balinesa que ha costado más que un riñón en el mercado negro. El resto de la manada, allá en la distancia, discute. Parece que debaten el orden de los chuletones y los espárragos. ¿Problemas del primer mundo, eh? Pues sí, esos son mis problemas ahora.

Me enciendo un porro con la tranquilidad de quien ha ganado una guerra de cien años. Es mi sello, mi liturgia, el pequeño vicio que me permite ver la realidad con un filtro que le quita las aristas al pasado. Retengo el humo en los pulmones. Cuento hasta el infarto. Y entonces, comienza. Mi inventario mental.

Mikel, mi hijo. Qué barbaridad. Lo miro y el pecho me lo rompe un orgullo que no creía capaz. Anda por ahí, con esas rastas piojosas y esa cara de guapo profesional que sabe que lo es, el muy bribón.

Y esa forma que tiene de mirar a Vega. Ay, esa mirada. A mí me confirma que el chico ha heredado la peor de mis debilidades. La de caer rendido a los pies de esas mujeres que, a la primera de cambio, te arrancan un cacho de vida sin pestañear. Pero Vega, la muchacha, la hermana de Irina y de Alaska, lo tiene domesticado. Sí, a mi Mikel. Ver para creer.

Aunque con Robin no tiene tanto éxito. Cuatro años de anarquía pura corriendo entre las mesas, con esa insolencia que no tiene edad. Ser abuela, a estas alturas de la película y de mi vida, me suena a broma pesada del destino. Una mala rima. Pero oye, cuando veo a ese crío, con la soberbia de los Popov y la caradura, mi querida caradura, de los Rey, solo en ese momento, lo juro, es cuando creo en la genética. ¿Que si lo amo? Mucho, con una intensidad que a veces me hace sentir ridícula. Estúpida. Es mi

oportunidad de ver crecer a un hombre que no tenga que esconderse para ser feliz. Para hacerlo yo mejor, ¿sabes?

Luna, mi primogénita, lo esquivo. Ella es mi reflejo más salvaje, o eso dicen. Veintitantos años y sigue teniendo esa risa de hiena que espanta a los tiburones. Está enzarzada en una discusión con Martina y el lío es de telenovela turca con guion de Tarantino: mi hija enamorada de la hija de Julia. A veces la vida te sirve cada comedia de errores...

—¿Y tú crees que tengo cinco años, Martina? —grita Luna, más gesticulante que actriz de teledrama.

—Solo te pido que seas razonable —replica Martina, la calma tensa personificada.

Ahí están ellas. Discutiendo, o amándose ruidosamente, no siempre distingo. Si un día hiciéramos el árbol genealógico de esta familia, nos saldría un círculo. Uno bien cerrado, con un cartel fluorescente: «Peligro de incendio». Yo qué sé. Es que miro a Martina y aún la veo con dos años. Así la conocí, una tarde de lluvia, cuando mi historia con Julia empezaba.

Recuerdo aquellas noches, tan lejos ya. Noches donde soñé con ser su otra madre. Y mírame ahora. Ahora soy su suegra. Y, para colmo, la amante de su madre. Dime si esto no es para exponerlo en el Louvre de los despropósitos. Un auténtico disparate.

Y hablando de Julia, qué tema. Dios, Julia. La busco entre el humo del porro y la encuentro sonriendo, claro. Ahora mismo se ríe de algo que Ana acaba de soltar, de una de esas tonterías ingeniosas que solo a Ana se le ocurren. Ay, Julia. El universo confabulándose para ponérmela en bandeja una y otra vez.

Yo, que me he enamorado las suficientes veces como para saber que la media de estabilidad de mis romances es inversamente proporcional a lo intensos que prometen ser, no olvidé jamás lo que sentí por ella. Por Julia Sinmiedo. Qué nombre. El destino tiene un retorcido sentido del humor. Porque ella era exactamente eso. Sin miedo.

Y yo, una gilipollas integral, dicho sea de paso. Ya lo sé, no tienes que decirlo, me lo repetí cada noche durante años, justo antes de sobornar al sueño con píldoras o, mejor, con la promesa de una

botella vacía. La cagué. Punto. La fastidié a niveles estratosféricos, con mi cobardía crónica, con esos secretos ridículos que guardaba. Secreto por aquí, mentirijilla por allá. Y izas! La vida, como un buen bofetón, me puso en mi sitio. La patada en el culo fue histórica.

Pero fíjate, ahora, verla aquí, al alcance de una mirada, de un par de pasos torpes, provoca en este cuerpo un alivio que, sinceramente, no merezco. Me deja sin aire, pero en plan bien. Es como volver a casa. Solo que mi casa siempre ha sido como un manicomio sin paredes. Pero qué va, con Julia, el exilio ha terminado. Un exilio que, oye, se hizo eterno. Demasiado largo para mi gusto. Y, qué narices, para el de ella también, supongo. Ojalá.

Mis ojos se empañan cuando veo a las pequeñas abrazarla. Mis niñas, Vera y Svet. Con ellas tengo la oportunidad de ser una madre en condiciones, una que no tenga las manos manchadas de coartadas o la mente nublada por el miedo. Svet camina con esa rectitud de Irina, pero Vera le está enseñando a hacer trampas a las cartas. Ese es el equilibrio. Esa es la victoria.

—Sabina, tía, danos una calada, no seas egoísta.

La voz me arranca del sopor, del humo, del dulce abandono. Oigo el mundo de nuevo. Me sobresaltan. Qué fastidio.

Valeria, Berta y Leti. Ahí vienen. Criaturas de veintitantos, con ese olor inconfundible a futuro que tanto me asusta y me intriga. Huelen a problemas aún sin estrenar. ¿Las aprecio? Puede que sí. ¿Me horrorizan? Absolutamente. Son las mejores amigas de Luna. Mis espías. O quizá mis guardianas. Todavía no lo tengo claro, y mira que ha llovido ya.

—Venga, Matriarca, comparte el vicio —insiste Valeria. Se desploma a mis pies, sin pedir permiso, por supuesto. Cómo no.

—Si os doy, vuestras madres me cuelgan de un pino, y no estoy para martirios, pesadas. Yo ya he cumplido mi cupo en esta vida —gruño, pero les tiendo el porro. Ni modo. La ley de la abuela, que le dicen.

Se instalan. Me observan. Me disparan sus dramas como si yo tuviera las respuestas a todo. Una especie de oráculo en biquini, con la mirada perdida y los pulmones teñidos de alquitrán. Me río yo, de la vida, de ellas, de mí. Ellas creen que soy un templo de sabiduría,

pobre ingenuas. Solo soy Sabina. Y ya es bastante carga, para qué nos vamos a engañar.

—Eres la madre de todas, Sabina —sentencia Berta. La miro. Sus ojos brillan, ¿adoración, piedad? ¿Qué sabrá ella?—. Sin ti, este circo habría ardido hace años.

Y ahí la tengo. Una estúpida oleada. Una de esas mierdas que te dejan el alma patas arriba. El nudo en la garganta. La voz se me quiebra. Empiezo a moquear. Lloro a gusto, con la boca abierta y los mocos desbocados. Un desastre. Lloro por lo que fuimos, por lo que perdimos, por lo que nos ha quedado. ¡Qué dolor de cabeza!

—¡Pero bueno! ¿Ya estamos con el lagrimón?

Un peso cae sobre mí. Me arranca el aire. Sesenta kilos de hermana menor se me echan encima. Sara. ¡Joder! Siempre lo mismo. Es mi hermana pequeña. La perfecta doctora que fingió normalidad por una temporada, solo por molestar. Ella, que me cuida como si fuese un jarrón de los caros, una pieza de museo que hay que mantener a toda costa.

Me embiste. Me besa la cara, la frente, me empapa con sus lágrimas y su felicidad. Se ríe, yo gruño. Ella siempre llega para reventarme el drama, y, por algún motivo, la adoro. Soy feliz. ¿Sabes por qué? Porque al fin encontró a Asia. Sí, esa Asia. La misma Asia que un día fue mía. En esta familia, el que no corre, vuela.

Verlas ahora, juntas, cuidándose, el fuego de Sara, el bálsamo de Asia. O al revés. La una para la otra. Me deja en paz. Quién me lo iba a decir, la gran Sabina, feliz por ver a la examante con la hermana pequeña. Pues sí, señores, la vida te da esas sorpresas.

Me incorporo, malamente. El dorso de mi mano va directo a las mejillas. Vaya papelón. Pero no es vergüenza. Es emoción. O vete a saber, soy un nido de contradicciones. Necesito ese contacto. Verlas, sí. Tocarlas, más. Cruzo el jardín, arrastrando los pies o algo parecido. Amaia me ve venir. La pobre ya me conoce. Le planto el beso. En toda la boca. Un beso que, a ver, ¿cómo lo explico sin cursiladas? Es el hogar. Es verdad. La jodida verdad absoluta.

—Pero, Sabina, ¿otra vez llorando? —Su mano acaricia mi nuca—. Pensé que ya habías soltado todas las lágrimas, *txiki*.

Se ríe, me aprieta y luego me mira con esa paciencia suya, de santa, que yo no entiendo. Deberían canonizarla. Ya lo he dicho un millón de veces: sin ella yo sería solo una mancha de humedad en cualquier callejón de Madrid, fijo. Mi suelo, mi maldito y bendito suelo. Y ahora a por la otra.

Irina. La Zarina. La miro. El vello se me eriza. Es instantáneo, lo juro por el porro que acabo de fumarme. Otra que me salvó la vida. Una vez, y otra, y la de más allá. Puso su cuello en la guillotina más veces de las que la decencia permite. Demasiadas, diría yo. Me acerco. Le rozo el oído con los labios.

—Tú eres mi otra debilidad, pedazo de hielo.

Ella solo arquea una ceja. Solo eso. Suficiente para destrozarme. Me sigue poniendo enferma. Esa frialdad rusa, impenetrable para el resto. Que solo se derrite entre mis dedos. O mis piernas. Da igual, me entiendes. Es mi droga favorita. Lo reconozco. Me calienta el pecho como el primer día. O incluso más. Ahora no hay balas, ni sangre. Solo piel.

Me quedo en el centro del jardín. El regusto del porro, amargo, aún en los labios. El corazón martillea. Ya no me asusta, que lo sepas. Este ritmo es el mío. He tenido muchas adicciones, lo admito. A las pastillas, sí. Al alcohol, por supuesto. Al control, madre mía, obsesiva. Al peligro. A la culpa, más que a nada. Hoy no.

Hoy, en este jardín, huele a hierba fresca, a vida. A gente que se quiere a martillazos. Tomo una decisión. Una de verdad, de las de novela. Mi única adicción, de ahora en adelante, van a ser ellas. Mis amores. Mi familia. Mis hijos. Incluso esos chavales, los más jóvenes, que nos miran con una especie de devoción que me da escalofríos. Como si supiéramos lo que hacemos. Una mierda. Solo improvisamos. Sobre las ruinas que nos dejó el mundo. Voy a gastarme cada maldito céntimo de mi fortuna viéndolos reír. En boles de avena orgánicos, horribles. En viajes absurdos, en el fin del mundo. Y en este silencio. Que no es preludio de ninguna explosión. Es simplemente paz. La dichosa paz.

Soy Sabina Rey. Qué le voy a hacer. Una cínica, para qué engañarnos. Una madre desastrosa, lo admito. Una abuela

maravillosa, eso sí. Soy una superviviente. Lloro por todo y me río de mi sombra. Pero hoy no engaño a nadie.

El mundo intentó desguazarnos. Pieza por pieza. Quiso vernos muertas. Pero se equivocó. Se olvidó de algo fundamental: nosotras no nos rompemos. No. Nos transformamos. Mañana, sí. Mañana volveremos a gritarnos. A insultarnos, a pelear por la logística de este cuatrimonio. Y a esperar que el sol no nos queme demasiado las retinas. Será otro día. Pero hoy. Hoy el jardín huele a vida. Mis mujeres me sostienen el mundo. Y lo sé. Hemos ganado.

Y al que no le guste, sinceramente, que le den. Nosotras hemos vivido para contarlo. Y lo que nos queda por joder, créeme. Es infinito.

FIN

Nota de la autora

Si estás leyendo esto, es porque has llegado hasta el final. Y eso, para mí, ya es un regalo.

Cuando empecé a escribir esta serie, no tenía ni idea de dónde me iba a llevar. La idea de una mujer que huye de su marido con unos tacones de aguja y un plan improvisado me parecía divertida, pero no sabía que aquella imagen se iba a convertir en un universo entero. No sabía que iban a ser diez libros, ni que esos personajes se iban a meter en mi vida para no salir nunca.

Todos estos libros los escribí durante un momento muy complicado de mi vida. Estaba en el ojo del huracán, y en lugar de parar, me senté a escribir. Y de algún modo, estas mujeres, con sus broncas, sus silencios y su forma tan peculiar de quererse, se convirtieron en mi refugio. Cada vez que escribía un capítulo, sentía que estaba poniendo un poco de orden en mi propia cabeza.

Y sí, hay un poquito de mí en cada una de ellas. Sabina tiene mi obsesión por la imperfección, esa manía de querer controlarlo todo mientras el mundo se desmorona, y también esa necesidad de ser querida aunque no sepa cómo pedirlo. Julia es mi lado más cascarrabias y leal, la que suelta una barbaridad para no tener que decir lo que siente, y que siempre termina abrazando a los suyos con una mala hostia que es puro cariño. Amaia es la que pone orden en el caos, la que escucha sin juzgar, la que te sujeta la cabeza cuando estás a punto de hundirte. Ojalá tener un poco más de su paciencia. Irina es el miedo a soltar el control, a creer que si no lo llevas todo tú, el mundo se va a romper. Y también esa fortaleza que no sabe que tiene hasta que se queda sin opciones.

No, no tengo nada que ver con la mafia. Mi vida es mucho más aburrida y mucho más tranquila, y si tengo que hacer una

transacción sospechosa, probablemente sea para comprar tonterías en Temu a las dos de la mañana. Pero en el fondo, todas esas mujeres viven en mí. Son mis miedos, mis ganas, mis silencios, mis gritos.

Y luego está Sara, la hermana metomentodo, la que siempre llega con el comentario inoportuno y la copa de vino en la mano. Ella es un homenaje a todas las amigas que te dicen lo que necesitas oír, aunque te escueza. Y también es un poco el altavoz de lo que yo misma he sentido en muchos momentos: la necesidad de querer entender, de poner nombre a lo que está pasando, aunque sea con una palabra tan absurda como «cuatrimonio».

Esta serie ha sido mi particular viaje al centro del laberinto. He querido hablar de la familia que se elige, de la que no se hereda sino que se construye a base de tropiezos y de abrazos. He querido hablar de cómo el amor no tiene por qué ser una línea recta, ni una única persona, ni un destino fijo. He querido hablar de la violencia que se ejerce en silencio, de la que se oculta detrás de una puerta cerrada, y de cómo se puede salir de ella cuando alguien te tiende la mano. He querido hablar de la amistad como el pegamento más fuerte que existe, y de que a veces las personas que te salvan no son las que eliges, sino las que se empeñan en quedarse.

Si tuviera que nombrar a mis referentes, diría que Quentin Tarantino es una influencia inevitable: el diálogo afilado, la violencia como parte de la cotidianidad, la mezcla de géneros. Pero también está Pedro Almodóvar, con sus mujeres rotas y magníficas, sus pasiones desbordadas y ese humor tan único que convierte el drama en pura vida. Y en el terreno del humor sarcástico y el retrato de relaciones femeninas, no puedo evitar pensar en Mujeres desesperadas, con sus diálogos mordaces y su capacidad para convertir el caos doméstico en una comedia negra brillante. Y, por supuesto, en Breaking Bad, por cómo transforma a una persona normal en alguien capaz de todo, y por ese humor negro que asoma incluso en los momentos más oscuros, porque a veces la vida es tan

absurda que solo te queda reírte de ella. En el cine y en la literatura, siempre he buscado historias que no tuvieran miedo a la imperfección. Y con esta serie, he intentado hacer lo mismo.

He sufrido con ellas, he reído con ellas, y he llorado en sus funerales y en sus bodas. He escrito sus peleas y sus reconciliaciones, sus silencios y sus gritos. Y en el camino, he aprendido mucho sobre mí misma. He aprendido que se puede querer a más de una persona sin que eso sea una traición. He aprendido que la familia no tiene por qué ser un árbol genealógico, sino un ecosistema de afectos que tú mismo decides cultivar. He aprendido que el dolor no se borra, pero se puede acompañar. Y que, por muy jodida que esté una situación, siempre hay una mujer dispuesta a darte la mano, aunque sea para decirte «cállate un rato, pesada».

Y ahora, después de diez libros, llega el momento de poner un punto y aparte. No es un adiós, es un «hasta luego». Estos personajes seguirán viviendo en mí, y quién sabe si algún día volveré a encontrármelos en una esquina, o en una cena, o en medio de una discusión sobre quién ha dejado el cepillo de dientes en el sitio equivocado.

A todas las lectoras que han llegado hasta aquí: gracias. Gracias por acompañar a estas mujeres en sus caídas y en sus levantadas. Por reír con ellas, por llorar con ellas y por entender que el amor, el verdadero, no es el que viene con un contrato firmado, sino el que se queda a pesar de todo.

No sé si habrá más historias de este universo. Pero si algún día vuelvo a cruzarme con ellas, prometo avisar. Mientras tanto, las dejo en su playa, con sus neveras portátiles, sus castillos de arena, sus broncas y sus abrazos. En paz. En casa. En su sitio.

Gracias por haberlas querido como yo las quiero.

Con todo mi cariño y mi gratitud,

Ángela M. Ruiz